MARIA DEL MAR ARIAS AISA

EL ESTILO EN LA OBRA DE MANUEL VICENT

(LA OBRA EN PRENSA DE MANUEL VICENT)

DIRECTOR: RAMON BLANCO CARRIL

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACION
RAMA DE PERIODISMO
1.993

A mis padres, Adela y Esteban.

A mis hermanos, Adela, José María, Esteban y Juan de Dios.

A Carlos.

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	1
PRIMERA PARTE. BIOBIBLIOGRAFIA	9
1. Biobibliografía	10
- Su "visión del mundo"	20
- Publicaciones en prensa	42
- Premios. Libros	108
2. El escritor y su autocrítica	110
2.1. El escritor y su autocrítica ...	111
2.2. El escritor y la crítica	120
SEGUNDA PARTE. LENGUAJE Y ESTILO DEL ESCRITOR	136
3. Periodismo y Literatura	137
4. Formas de expresión	150
5. El neologismo en Vicent	162
6. Recursos estilísticos	164
7. Vocabulario	174
TERCERA PARTE. TEMATICA DE MANUEL VICENT	
8. La influencia de los medios de comunicación de masas: El consumidor consumido	184
- La sociedad de consumo	185
- Los medios de comunicación	213
- El hombre-masa	232
9. Sexo: Prejuicios y libertad	261
- Sexualidad en la etapa de la dictadura	262
- Sexualidad en la etapa de la democracia	267
10. Pareja-Matrimonio. Familia y conflicto generacional	300

	Pág.
11.. Retrato de "Tipos" y tribus urbanas .	368
12. Clases sociales	405
13. Las movidas madrileñas	435
14. Pobreza y marginación	452
15. El hombre	477
16. Soledad del hombre	491
17. La estética de la muerte	531
18. Costumbres	546
19. Pequeñas historias	573
20. La libertad	599
21. El Arte descafeinado	621
22. Cultura de moda	635
23. El viajero civilizado	645
24. Daguerrotipos	666
25. La Iglesia	721
26. Política	747
- El tardofranquismo	750
- La transición	791
- El advenimiento del gobierno socialista	838
27. Contra la violencia	862
- Antitaurino	867
- Contra la caza	880
- Rechazo de dictaduras, fascismos y terrorismos	883
- Por la paz	889
- La guerra del Golfo	902
CONCLUSIONES GENERALES	920
BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL	924

INTRODUCCION

INTRODUCCION

Emprendemos esta Tesis con la admiración que nos ha causado un escritor actual con un estilo clásico, pero nuevo; un autor que hemos descubierto en las páginas del diario El País, los sábados, en 1.982, con las series Estampas de una década y Crónicas urbanas. Lo primero que buscábamos en el periódico, en ese tiempo, era su relato, que llevaba nuestros pensamientos a desmenuzar esta sociedad violenta y deshumanizada, masificada, con rasgos, también, de ternura y muchas dosis de sensibilidad, en descripciones repletas de metáforas sinestésicas, imágenes, sabores y olores. Algo que reconociamos y entendiamos, porque lo encontramos cada momento en la calle y en nuestras propias vidas.

Ello nos ha despertado la curiosidad de querer conocer a Manuel Vicent a través de su obra periodística. Así nuestra intención al elaborar la Tesis es recopilar y analizar (estilo y contenido) la obra publicada en prensa del autor.

No se trata de acumular muchas definiciones de otros autores sobre las diferentes materias, ni de llegar a grandes conclusiones. Sólo retomar y continuar las huellas de un escritor, del que hasta la fecha no existen, que conozcamos, estudios publicados.

El mayor mérito del trabajo será recopilar, durante largos meses fríos y calurosos de silenciosa hemeroteca, todos los artículos del autor publicados en la prensa. Por primera vez dispondremos de todos

los textos aparecidos desde 1.969 hasta la actualidad, fechados y clasificados.

Queremos dejar claro que las fechas y la mayoría de los artículos no constan en ningún sitio. Manuel Vicent nos ha facilitado los días y años aproximados, pero no exactos, y así pasamos completas tardes en la Hemeroteca Nacional repasando volúmenes enteros en los que no aparece nada.

La obra ha sido publicada en Madrid, Hermano Lobo, Personas, Posible, La Codorniz, Triunfo y El País.

Deseamos desentrañar su biografía, que será breve por los escasos datos con los que contamos acerca de la vida del autor, hombre tímido, respetuoso, no dado a figurar, del que constan pocas entrevistas, ningún estudio que conozcamos, que vive su vida y apenas sale en las imágenes y páginas de los medios de comunicación, más que con ocasión de ganar algún premio o publicar un libro.

Por lo mismo, el capítulo dedicado a la autocrítica y la crítica, quizá tampoco será muy brillante, pues sólo hemos localizado el prólogo de alguno de sus libros, no de todos, y las pocas menciones en la prensa.

A Manuel Vicent no le gusta hablar de sí mismo, como de verdad se encuentra a gusto es observando y

describiendo. Escribir le lleva mucho esfuerzo, es decir, prefiere vivir a producir o crear. Lo suyo no es tomar partido, sino contar, ya que se trata de un gran escéptico, en nuestra opinión por amor y ternura hacia el desamparo de la humanidad y por el dolor que siente ante la impotencia por el absurdo y el azar que giran sobre la existencia, sorprendido ante la grandeza y miseria humanas, y dispuesto a agotar sus pasiones, que siempre son las mismas, lo que varía, como a él le gusta indicar, es la forma de contarlas.

Intentaremos estudiar, por tanto, el estilo, fundamental en Vicent, lo que le da su propia idiosincrasia, con una imaginación y habilidad increible para descubrir sobre todo metáforas sinestésicas, sensualidad mediterránea, potencia visual. También domina las figuras descriptivas, prosopografías y etopeyas, que cuajadas de hipérboles, animalizaciones y ternura consiguen como una escisión quirúrgica de forense o detective, desmenuzar actos, ideologías, creencias, sentimientos y psicologías de sus protagonistas.

El autor cuenta con su instinto, olfato, pupila, bagaje cultural y sobre todo sensibilidad. A través de la observación, sin cesar de contemplar, llega a lo concreto, plasma lo visual, los sabores y los olores. Una de las características permanentes en su obra es la importancia que concede al placer alcanzado en lo percibido por los sentidos, muchas veces fundido con los recuerdos de los primeros años de su vida.

Otra la configura el sentido de culpa. Creció en una familia y sociedad especializadas en decir a todo lo grato que no, en las que todo lo agradable estaba prohibido. Una fecha imborrable la marca el

día en que cumplió siete años, el 10 de junio de 1.943, su madre sacó una tarta de moka y merengue, el autor llevaba su cucharilla repleta del postre hacia la boca, y su padre detuvo la trayectoria con estas palabras: "Manuel, hijo mío, has cumplido siete años. Ya tienes uso de razón. A partir de hoy ya puedes ir al infierno. Recuérdalo siempre. Felicidades".

En la temática deseamos extraer todas las ideas que configuran su universo literario, ahondando en la sociedad actual y en el material humano. Manuel Vicent no está conforme con la vida que le rodea, no le gusta lo que ve, mediante el esperpento, que le acercan a Quevedo, Goya, Solana y Valle-Inclán, deforma y transforma la realidad, recreandola. Pero también expresa ternura por los fracasados, los marginados, ante la frustración que genera la sociedad contemporánea dominada por el consumo, los medios de comunicación y productora de hombres-masa, uniformados, espectadores y no protagonistas de la vida.

Además le interesan los temas del sexo, pareja, familia, retrato de "tipos" y tribus urbanas, costumbres, muerte, pobreza y marginación, libertad, lo urbano, cultura, arte, Iglesia, clases sociales, soledad del hombre, Daguerrotipos, viajes, política, se manifiesta en contra de la violencia, y narra pequeñas historias.

Manuel Vicent literaturiza desde la posguerra hasta la democracia, deteniéndose en los males de la sociedad y del hombre, acercándose a todo el siglo, pero principalmente desde los años cincuenta-sesenta hasta nuestros días. Desmigando el conformismo, la dictadura, los fascismos, el consumismo, cada tema

concreto, violaciones, conflicto generacional, guerra, vejez, marginación, soledad, frustración, drogas, prostitución, desamor...

Y mostrando su idiosincrasia, ideas de izquierdas, transigencia, en contra de todo tipo de violencia (contra la fiesta de los toros, la caza, rechazo de dictaduras, fascismos y terrorismos, por la paz), panteísmo, identificando los placeres alcanzados mediante los sentidos corporales con la paz, la belleza, el sosiego y todo lo grato de la vida, defendiendo todas las libertades concretas, en desacuerdo con la sociedad actual, con un sentido franciscano, falta de ambición y desconocimiento de la envidia.

Entre sus gustos figuran, por ejemplo, el color azul, contemplar la vida, la tertulia y la conversación, la paella, no hacer nada, y todo lo relacionado con el mar, ya que lo relaciona con la civilización, lo primigenio, el gozo, el dulce recalar de la meta final.

Resulta sarcástico por inconformismo, expresando con ese dolor desgarrado e impotente toda la ternura y afecto que le sugiere el desvalimiento del ser humano, único, capaz de los actos más sublimes y más míseros, víctima de las circunstancias y la sucedánea sociedad actual. Cercano al sentir de Dostoievski y de Joyce.

Observa, selecciona y elige, colmando su obra de la subjetividad imprescindible para crear arte, literatura. Debatiéndose entre el periodismo y la literatura, partiendo de la actualidad, en ocasiones la política, y la sociedad, para reconducirse a lo concreto, al hombre, que es lo que más le ilumina y preocupa.

Todo éllo nos ha persuadido a sumergirnos en la empresa de esta Tesis, su vida y su obra, áquella a través de ésta, que es con lo que contamos y la permanencia que deja el mundo propio y distinto de cada escritor, en este caso de Manuel Vicent, una síntesis entre lo real y lo deseado, lo extraordinario y lo marginal. Porque como el autor afirma, se nutre del estercolero de la sociedad. Es lo que nos ha "enganchado" y conmovido de las páginas y de la sensibilidad de Manuel Vicent.

Por último deseamos puntualizar el tema y el título de nuestra Tesis. En principio, y como es lo primero que hay que decidir, pensamos redactarla bajo el título "El estilo en la obra de Manuel Vicent", pero conforme avanzábamos en nuestro estudio, decidimos ceñirnos a la obra publicada en la prensa, mucho más extensa y, en general, con la misma calidad literaria de sus novelas. Nos pareció también, que la labor de investigación era más novedosa y completa, pues se trataba de recuperar todos los textos perdidos en lo fugaz y transitorio de las páginas de diarios y revistas, y rescatarlos para la permanencia.

Nos dimos cuenta que el concepto de estilo en prensa y en la obra considerada clásicamente como literaria, se prestaba a una reflexión sobre ambas formas, y que Manuel Vicent puede ser considerado escritor antes que periodista.

Además no podíamos renunciar, según progresábamos en la lectura de su obra, a detenernos a analizar el contenido, sustentado por el pensamiento del autor y la honda preocupación por las pasiones y conflictos de la condición humana. Estilo y contenido se enlazan

y funden, hasta no poder emprender el estudio del uno sin el otro.

Así en un afán de precisión, hemos decidido que el título que reflejaría el trabajo sería "La obra en prensa de Manuel Vicent", pareciendonos más acertado, y deseando que permanezca el subtítulo sobre el título.

PRIMERA PARTE

BIOBIBLIOGRAFIA

1. BIOBIBLIOGRAFIA

MANUEL VICENT, Manuel Vicent Recatalá, nació en La Vilavella, provincia de Castellón, el 10 de junio de 1.936. Obtiene el título de Bachiller en el Instituto Ribalta de Castellón, se licencia en Derecho en la Universidad Literaria de Valencia, y posteriormente, ya en Madrid, estudia tres cursos de Filosofía y Periodismo.

Su primera novela, El Resuello, la publica en la Editorial Alfaguara en 1.966, el mismo año consigue su primer premio con Pascua y Naranjas. En el periodismo se inicia en 1.969 en el diario Madrid, y será una década después, en 1.980, cuando le sea otorgado el premio "González Ruano" con el artículo "No pongas tus sucias manos sobre Mozart", publicado en la revista Triunfo. Su último galardón lo constituye el "Nadal" en el ochenta y seis, con la novela Balada de Caín.

Sus textos han aparecido publicados en los siguientes periódicos y revistas: Madrid, Hermano Lobo, Personas, La Codorniz, Posible, Triunfo, y El País.

Manuel Vicent llega a Madrid con el título de Derecho bajo el brazo, en teoría con el fin de preparar una oposición, pero enseguida se da cuenta de que no mantiene ningún interés, ni estudia ni se concentra en tal tarea, y poco a poco, sin darse cuenta, se encuentra escribiendo. "Pero por otra parte, cuando ya estaba escribiendo, cuando ya había publicado, recordé como si lo supiera de toda la vida, desde adolescente, que yo lo que quería era escribir, aunque no lo tuviera muy claro, aunque no lo tuviera presente, sino latente, y de pronto aquello que había imaginado lo estaba haciendo sin darme cuenta", me explica en el mes de febrero de 1.991.

De padres agricultores, y sin grandes problemas económicos, su situación familiar siempre le ha favorecido y permitido no conocer otro tipo de trabajo. En la misma conversación expone "yo no he querido vincularme neuróticamente a la literatura como forma de subsistencia para no tener que escribir como por obligación, y ver la literatura o el periodismo como una cosa lúdica, digamos de observador imparcial, he tratado de aislarme de la literatura como profesión. He vivido en parte de lo que tenía de casa, no voy a decir de rentas porque éso no es así, yo siempre he vivido del periodismo pero poco, he ganado poco. Mi mujer tiene una galería de arte, en mi casa han tenido bienes para ayudarme, hasta que poco a poco he ido viviendo del periodismo". Por tanto, Manuel Vicent nunca ha sido agricultor ni ha dirigido una galería de arte, como en ocasiones se ha escrito y afirmado. La sala madrileña, ubicada en la calle Claudio Coello, la lleva su mujer, Pilar.

El autor no ha participado en ningún Congreso o Asamblea, no pertenece a ninguna Asociación, no posee ningún carnet político, y ha tomado parte en escasas conferencias, por ejemplo en Viena, y en Munich, en marzo y junio, respectivamente, de 1.991. Ello refleja una nota de su personalidad, la total falta de ambición.

En cambio gusta de una costumbre hoy desarraigada casi por completo en nuestra sociedad, la tertulia. Desde 1.977 forma parte de la que tiene lugar en el café Gijón, de Madrid, y a la que acuden Clemente Auger, Pepe Díaz, Tito Fernández Tola, Ignacio Sierra, Raúl del Pozo, Chamorro, Manolo "El guapo", Javier Cobos, Alvaro de Luna, y Arturo González, entre otros personajes, algunos de los cuales encontraremos en los Daguerrotipos. Pero un pequeño personaje, Alfonso, el cerillero, será

el más importante para Vicent. En la entrevista realizada por Lola Díaz para Cambio 16 (18-2-91) afirma que el último intelectual fue Jean Paul Sartre, y cuando la periodista le inquiere que si ni siquiera en las tertulias del café se encuentran, la respuesta revela: "En el Gijón el único intelectual que hay es el dueño, y Alfonso, el cerillero".

Y es que siente, como desarrollaremos más tarde, un profundo amor y respeto por los perdedores, por los marginados, por las personas humildes, corrientes, pobres, prostitutas, drogadictos, y gente "pequeña", fracasada, por los que soportan la vida, o por los que a diario, sin grandes gestos ni palabras, sin ser "importantes" hacen posible la historia y escasa convivencia posible que va quedando. Hacia éllos muestra infinita ternura, de éllos se nutre su literatura.

En Alfonso, el cerillero, pequeño personaje, que en su humildad y humanidad es el que más le dice, de los múltiples protagonistas del local, se fija Manuel Vicent para trasladarlo a su columna dominical en El País, (1) "Alfonso I".

"Ahora Alfonso, desde su taquillón de tabaco, conduce el viejo vagón del café, éste convoy del Gijón, lleno de humo y siluetas de quebrantada gloria. En él viajan chulos, periodistas, fantasmas, poetas, viejos enamorados, jóvenes que sueñan, gente feliz o derrotada, y al final de la travesía de cada tarde Alfonso deja a todo el pasaje en la otra orilla de las tinieblas, y entonces pliega el estanco, hace un arqueo sucinto y vuelve a Vallecas atravesando indemne un jardín de navajas, donde cualquier David de Miguel Angel podría abrirle una flor en el costado si él no se defendiera sólo con una mirada aún más dura que el acero.
He quemado una parte de la memoria en ese tren viendo pasar la existencia por el cristal de la ventanilla. Durante el trayecto he conocido algún pliegue del alma humana, pero ninguno tan soberano como el de Alfonso el cerillero, que fue a la

vez mi banquero y guardaespaldas, recio y desvalido. Mientras el mundo a nuestro alrededor se hundía, él ha sonreído, en medio del tiroteo dormitaba con desdén, ante la desdicha nunca tembló. Yo me apeo en la próxima estación. Desde lejos en la mar siempre divisaré su figura impasible sentada en el café Gijón, lleno de niebla, en esa nave que seguirá viaje por la estratosfera de asfalto".

El 2 de junio de 1.988, en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, se presenta el disco Navegando la noche, musicado e interpretado por Amancio Prada, con letras de Manuel Vicent, entresacadas de sus artículos en la prensa. El autor no acude al estreno, (El País, 3-6-88) "porque, según se dijo, había perdido un avión en Roma. Algunos pensaron que en realidad tenía más canguelo que el Paula". Se sintió satisfecho e identificado con el resultado, "Es una sensación extraña pero muy interesante y agradable sentirse interpretado; no sabría cómo decirlo. No me siento halagado, ni extraño, ni complacido; es sentirme bien expresado a través de un artista, y creo que expresarte a través de otro es algo muy comunicativo". (El País, 13-3-88).

El elepé editado por Ariola, lo componen canciones como Semáforo, Vieja Dama, Otoño, Navaja, En los vapores del sábado y Novia de leche. Semáforo, por ejemplo, parte del artículo del mismo título de la columna del diario El País, del 7 de enero de 1.986, y Vieja Dama de "Una dama en la noche" de las Crónicas urbanas, publicado el 4 de junio de 1.983, en el mismo periódico.

Confeccionar la biografía del escritor no resulta fácil, ya que no suele hablar ni escribir sobre él mismo, pero en ocasiones su existencia, ideas, costumbres, se entresacan de las líneas de sus textos, una de las ocasiones que se salta su propio hábito ahora

nos interesa para recomponer datos de su vida, y fue en Hermano Lobo (2), con "Volver la página".

"nací en 1936, año de mala gracia, en que dio comienzo aquella traca siniestra; un cura de misa y olla a los ocho días me sanó el pecado original con sal y agua bendita; por delegación en un tío mío que era habilitado de Hacienda en Zaragoza me pasaron por el manto de la Virgen del Pilar; las primeras diarreas infantiles me las remediaron con puré de algarroba y los estreñimientos con lavativas de agua tibia. De esta forma alcancé el uso de razón, llegué a esa edad en que, según los sacerdotes del templo uno está perfectamente capacitado para caer en el infierno. En aquel tiempo se tocaba mucho el tambor, se desfilaba con fusil de madera, se aprendía a deletrear el catón brazo en alto, los maestros no depurados nos hablaban del imperio y se ensalzaban mucho los valores de la raza en un país hambriento lleno de mendigos y tuberculosos. En aquel tiempo no se votaba. Con un boniato en la mano izquierda y con un tebeo del Guerrero del Antifaz en la derecha, después de haber conseguido que no le mataran a uno las bombas que se habían quedado en el monte sin hacer explosión, me salió el primer acné y entré en la pubertad bajo el fuego cruzado de las amenazas morales. En aquel tiempo tampoco se votaba. Las primeras cuitas del sexo me las curaba con sabatinas, leyendo Energía y Pureza, de Thiamer Thot, y acudiendo regularmente a un confesionario de nogal con olor a picadura selecta. Y así me fué el primer cigarrillo Bubi, escuché en la radio Telefunken la voz de Matías Prats, que narraba la epopeya del gol de Zarra, en Maracaná, y quedé a la espera del advenimiento del reino de la Coca-Cola. En aquel tiempo tampoco se votaba. Sin embargo, aparecieron los primeros cacharros de plástico. Y con la llegada de la Vespa y mientras Lorenzo González cantaba Cabaretera, uno comenzó a no dar, por supuesto, que España estaba dividida en buenos y malos, según el reglamento oficial. El biscuter fue el ratón que parieron los montes de la autarquía, y en vista que el ciclo del tambor no daba para más, vinieron los tecnócratas con la coyuntura y Romano Guardini, con los royaltis y el colonialismo industrial, abrieron las puertas para que entraran los bikinis y se marcharan los obreros a Alemania y uno se quedó dentro, rodeado de aparatitos con patente extranjera, rellenando quinielas, buscando libros prohibidos, oyendo Radio París, viendo la repetición de las jugadas en el televisor, comprando camisas terlenka, pensando en la parcelita, veraneando en un pisito de las costa detrás de la colada de un francés. Y sin votar. Porque en este tiempo tampoco se votaba ni loco. Ahora que todo el mundo dice que hemos entrado

en unna nueva etapa histórica y que, sin comerlo ni beberlo, se ha convertido de la noche a la mañana en súbdito de la corona, uno en su modestia, aunque sólo fuera por probar, después de tantos años, por primera vez, quisiera echarse una urna libre a la cara".

Por tanto pertenece a la generación de posguerra, a los que durante la guerra fueron niños, y en la etapa posterior a adolescentes, y crecieron entre los "vencedores", las gachas, los piojos, y la educación católica del imperio. De ahí surge otra de las características de la personalidad y tema de literatura del autor, el sentido de culpa, la idea de que todo lo bueno era pecado, de que la mayoría de las cosas que hoy se encuentran normales estaban prohibidas. Ello conlleva también que cuando llega la democracia a nuestro país, Manuel Vicent, junto a toda su generación, cuenta o supera los cuarenta años, y, cómo veremos, constituyen los que siempre llegan tarde a todo en la vida, lucharon por conseguir lo que se está disfrutando hoy, pero cuando llega a éllos se les relega, ya no cuentan.

Veamos sólo un texto más para dejar constancia de estas dos ideas. Se publicó en Personas (3).

"Los que nacimos en 1.936, año de la traca siniestra, y llegamos al uso de razón con España hecha ya un imperio hacia Dios con parada y fonda en los luceros, estábamos destinados unos al clero y otros a la milicia, como en los mejores tiempos de la Edad Media, musicada ahora por Machín. La milicia era la falange; el clero era la Acción Católica, y todo junto formaba el bolo alimenticio del Movimiento. Los chicos de mi edad fuimos convertidos en flechas o aspirantes, pelayos o luises y cantábamos Prietas las filas y Ser apóstol mártir acaso, acompañados de tambor o armonium, unos con correajes y otros con escapulario, según el caso, cada uno por un lado o entreverados. Después resulta que, a pesar de tenerlo todo en contra, el secular abandono, la pertinaz sequía, el boicot internacional, la conspiración judeo-masónica, el enemigo que acecha desde dentro y desde fuera, uno ha alcanzado la suficiente

madurez mental para comprobar que aquellos falangistas o luises, los discípulos de José Antonio o de San Estanislao de Kostka se han sucedido en el poder y uno ha tenido que obedecer alternativamente a todos".

No obstante, Manuel Vicent se ha mantenido siempre dentro de la misma ideología, sin militar nunca en ningún partido político, ha sido un hombre de izquierdas. Se verá en diversas ocasiones a lo largo del trabajo. En una respuesta a Raúl del Pozo en Pueblo, sobre si votaba a la izquierda, expresa, "sí; soy el compañero de viaje nato. Lucho por la libertad para todos", y seguidamente le contesta también, "estoy con los que sufren la historia, no con los que son protagonistas de la historia".

Su última y premiada novela, Balada de Caín, ha sido traducida al sueco en 1.989,, al holandés en 1.990 y al alemán en 1.991.

Al sueco fue traducida su obra a la vez que Un mundo para Julius, de Alfredo Bryce Echenique y Rayuela, de Julio Cortázar. En El País el día 28 de octubre de 1.989 se ofrece la noticia, y se informa "La importancia de la publicación de estas obras se ve realzada por el hecho de que se trata de la iniciación de una colección que se denomina El Dorado, de la Forfattarforlaget (Editorial de Escritores), dedicada a autores de habla castellana, que estará dirigida por un experto de esta literatura, el diplomático sueco Peter Landelius". Ulla Roseen fue el traductor de Balada de Caín.

La traducción al alemán ha sido realizada por el cantante Georg Danzer, que ha incluído en su último disco una canción inspirada en el libro de Vicent, Caín triunfando como saxofonista en Manhattan.

Y por último para comprobar la repercusión que ha obtenido más allá de nuestras fronteras la novela ganadora del premio "Nadal", transcribo un párrafo de la información aparecida en El País, el 28 de marzo de 1.991: "La televisión austriaca dedicará su programa titulado El libro del mes a Balada de Caín. Es la segunda ocasión en que este espacio se centra en un autor español; la primera fue con motivo de la entrega del Premio "Nobel" de Literatura a Camilo José Cela".

Para completar su biografía podemos decir también que Manuel Vicent realizó las prácticas de alférez y el servicio militar en Madrid, al finalizar le dieron una estrella "a pesar de que yo tengo un índice bajísimo de espíritu militar".

Que en diversas ocasiones ha desmentido estar contra las feministas, aclarando "yo estoy de acuerdo con los planteamientos feministas, que pretenden mejorarnos la vida a todos; pero me dan pánico las que van con tijeras de podar, me siento indefenso esqueje" (El País, 16-6-83), "yo creo que la mujer es un ser tan miserable como el hombre. Sin embargo, a mí me repatea un poco todo lo que termina en "ista" o en "ismo", exactamente igual que todo lo que lleva uniforme. Yo a un "punk" lo considero tan de derechas y tan instalado como a un coronel. La única diferencia es que el coronel lleva gorra y el "punk" lleva cresta. Por eso, tanto los ecologistas como las feministas o los pacifistas son gentes encuadradas en una disciplina y en un uniforme" (Cambio 16, 14-11-85).

El autor se confiesa aprensivo, con miedo a cualquier enfermedad, sin embargo no teme a la muerte, en entrevista realizada por Lola Díaz, en la revista

y fecha citada en el párrafo anterior, la periodista le interroga si le da miedo morirse, y la respuesta es: "No. La muerte la veo como una maravillosa bahía azul muy suave donde voy a recalar. A mí lo que me molesta es el deterioro y la parafernalia que rodea a la muerte. Eso de que tengas un cáncer de garganta y la familia te diga, en plan amoroso, que tomes pastillas Valda y que te abrigues al salir porque estás un poco resfriado".

El azul se convierte en el color predilecto del autor, el mismo de sus ojos, y de su mar Mediterráneo.

Otras consideraciones en las que podríamos abundar a la hora de valorar la vida y obra de Manuel Vicent que en ocasiones ha expresado pertenecer a la escuela de la abulia, y éllo es cierto en lo que se refiere a su sentido contemplativo de la vida, y a saber permanecer sin hacer nada, es decir, disfruta dejando pasar el tiempo de diversas maneras, leyendo el periódico, bañándose en la bañera o en el mar, degustando una paella junto a amigos, conversando en sus tertulias, jugando al mus, leyendo a Homero, y sobre todo mirando a la gente. Es una persona sin horarios fijos, y con una constante afición a mirar a la gente, así se entiende su literatura, alimentada de la observación, repleta de metáforas e imágenes.

Y por último diremos que su existencia transcurre entre Madrid, donde llegó en mil novecientos sesenta, y Denia a orillas del Mediterráneo. En Madrid y Denia se nutre también lo fundamental de su literatura.

SU "VISION DEL MUNDO".

Todo escritor, y también toda persona, se encuentra marcada por unas constantes en su vida, una forma de ser, de estar, unas aspiraciones, traumas, deseos y frustraciones. Todo éllo configura su propia idiosincrasia y personalidad, y en el caso de un escritor también su propia obra literaria.

En Manuel Vicent podemos hallar unas notas características que marcarán, como veremos detenidamente, su temática. Y las clasificamos así:

1. Defensa de todas las libertades.
2. Contra la violencia.
3. En desacuerdo con la sociedad actual.
4. Panteísmo.
5. Trascendencia de las vivencias de la niñez.
6. Importancia de lo adquirido a través de los órganos de los sentidos.
7. "Ni ambicioso", "ni envidioso".
8. Su teoría de la felicidad.
9. Sentido franciscano.
10. Mediterraneidad.
11. Mar = infancia = paz = sosiego = belleza = plenitud.

1. Defensa de todas las libertades.

Manuel Vicent ha defendido a lo largo de su trayectoria como escritor las libertades concretas y la libertad en abstracto. No es necesario que aquí traigamos citas, puesto que al analizar los temas lo vamos a comprobar, pero podemos adelantar que ha escrito por la libertad política, de expresión, de información,

sexual, que se ha opuesto a todo tipo de dictaduras, y que de cualquier forma le preocupa el hombre y la libertad.

Ello le ha ocasionado amenazas personales, y problemas judiciales, como también veremos.

2. Contra la violencia.

El autor detesta la violencia, de talante liberal y transigente, no entiende otra arma que la palabra. Así está en contra de la guerra, de la política armamentista, de las organizaciones militares, de la caza, de los toros, y de toda persona, grupo o colectividad que manifieste fuerza o violencia para llevar a cabo sus fines, neonazis, mafias, terroristas. Tendremos ocasión de detenernos ampliamente en este apartado, podemos decir que Manuel Vicent es una persona pacífica cien por cien, no queremos calificarlo de "pacifista" porque ya hemos apuntado que le fastidia todo lo terminado en "ista", y no desea pertenecer a ningún tipo de asociación ni organización.

3. En desacuerdo con la sociedad actual.

Describe una sociedad consumista, materialista, pasiva, conformista, deshumanizada, se nutre de las tribus urbanas cortadas por el mismo patrón, las víctimas de las prisas, drogas, imagen, falta de libertad, es decir, en realidad traslada a sus textos lo que encuentra, lo que ve cada día en la calle, en las personas concretas. El insistiría en que sólo describe, pero estoy convecida de que describe lo que no le gusta, lo que le duele de lo que observa.

En la conversación que mantuve con el escritor en febrero de 1.991, le indicaba lo siguiente, "describes la sociedad desde la década de los sesenta hasta hoy, descripción por la imagen, qué ropa visten, qué coche conducen, qué musica escuchan, en qué barrio habitan, éllo situa a los personajes, tú mismo has dicho que no hay que interiorizar, porque lo que lleva una persona lo lleva en la cara. Pero a su vez creo que estás criticando que la gente no asimila ideas, sino imagen, el culto al cuerpo-moda, la sociedad como mimetismo, se copia a los famosos, se viste de marcas, se divierte y se consume en los "garitos", locales de moda. Todo imitado de imitaciones".

A lo que él se oponía, "no, no, a mí la palabra crítica no me va, es decir, yo no critico nada, yo me limito a verlo y a asimilarlo, y a narrarlo como una corriente, como un fluído, porque creo que la sociedad es un fluído, o trato de ver la sociedad como un fluído, como un río. Y el río no tiene culpas de nada, la corriente es ciega, la corriente va buscando digamos el mínimo esfuerzo como la sociedad. El discurrir de la gente como un fluído de agua yo lo veo, lo analizo, literariamente es como analizarlo desde una ribera, pero no participo en éllo, ni lo critico, ni creo que yo digo que una cosa es buena o es mala".

Sigo pensando que Manuel Vicent no se encuentra conforme con esta forma de estar en la vida, siente ternura por sus personajes porque le produce tristeza la soledad, la incomunicación, el desamor en cada faceta de la existencia de cualquier ser humano. Publicidad, medios de comunicación de masas, sociedad de consumo posibilitan un mundo materialista que conduce a sus ciudadanos a imitar la vida en lugar de protagonizarla,

a perder sus señas de identidad, su capacidad creativa. Nuestra actual forma de vida conforma ciudadanos en serie, uniformados, desasosegados, esclavizados, incapaces de renunciar al consumo y de idear su propia personalidad, que no aman porque no son amados y a su vez no son amados porque no aman. Y, efectivamente, ésto relata el autor sobre todo en la revista Triunfo y en el periódico El País, y aquí en las series Estampas de una década, Crónicas urbanas, Historias de fin de siglo, y en su columna ahora dominical, y lo hace porque no le gusta.

4. Panteísmo.

Manuel Vicent identifica totalmente a Dios con el universo, con la naturaleza, con los sabores, olores, el mar, con lo placentero que se obtiene de la tierra.

Dios pasa a ser algo de andar por casa, cotidiano. Las grandes cosas las adapta a nuestra medida, las empequeñece, para poder comprenderlas y quererlas, y en cambio las pequeñas las engrandece y cree que hacen más feliz y dichosa la vida del hombre. Todas las convierte en sensaciones de la existencia, así Dios puede ser un menú casero y el menú casero se eleva de esta forma hasta el alma.

En "Sustancia" nos dice lo siguiente, (4)

"El Dios verdadero habita todavía en el interior de aquel potaje que hacía tu madre cuando eras niño. Su sabor te perseguirá toda la vida donde quiera que estés, y con el tiempo llegarás a confundirlo con la salvación de tu alma (...)".

"Ese guiso que selló como un sacramento el paladar ppara siempre en los días de la infancia y su perfume te atravesó la adolescencia se unió al vapor de todos los

deseos de la pubertad y después desapareció en la juventud al abandonar la casa. Dios es un condimento, y eso lo saben muy bien los emigrantes (...)".

"Cuando seas mayor, un día en que estés desprevenido, después de tanto tiempo, tomarás un potaje y por un instante todo volverá a comenzar. A la primera cucharada verás entrar al Dios de la niñez por la puerta del jardín, el fondo de tu memoria se iluminará con la sonrisa de tu madre, el sentido de la culpa volverá a cubrir tu cerviz con tallos de espinacas y te sentirás cobijado. Otra cucharada, y tu alma ya estará salvada".

En "El Pegolí", (5)

"Sobre un lecho de patatas en rodajas, el insigne cocinero, con gestos sin apelación, dispuso en el recipiente un gran bogavante rodeado de cangrejos reales, rayas estrelladas, rapes, galeras, caballas, vieiras y aretes, añadió ajo y tomate, escanció una botella de cava, echó agua, azafrán y pan rallado con almendras, y en el momento preciso el caldo se puso a hervir y bajo el perfume que exhalaba todo comenzó a tener sentido: Dios, la naturaleza y la historia. Entonces llegaron los amigos y la noche era templada. Durante la cena a puerta cerrada en El Pegolí pensé algunas cosas: el mundo se puede recomponer a partir de un "suqet de peix", ni el pasado ni el futuro existen, la inmortalidad es ese instante perenne y feliz que liga una buena salsa".

Y leamos para concluir este apartado lo que escribe en "Anchoas", (6)

"En esta tierra, la verdad no habita en el cerebro de nadie. Sólo está en la superficie de las cosas que más brillan, y, no obstante, resulta una labor muy ardua descubrirla. ¿Acaso Dios es un ente distinto al sabor de los berberechos? Cada jornada te ofrece una ráfaga de inmortalidad: ayer la encontré en los ojos de un perro abandonado, hoy tal vez se hará evidente mientras le meta el diente a un pan con tomate. En este momento, por ahí delante pasa Dios. Un camarero lo lleva en la bandeja humeando bajo las palmeras por la terraza de este bar de puerto. Va dentro de una taza. Dios es ese café negro cuyo perfume me ha transportado hasta las murallas de Jericó. No hay que morirse todavía. Quedan algunas rosas por oler, algunos garitos que visitar,

distintas regiones de otras almas para explorar, y mientras exista una maleta de cuero con fuelle, uno siempre podrá huir, pero ésta aún es una hora de gloria al mediodía: huelen a brea las redes tendidas al sol y los gatos en el muelle se ofuscan ante el resplandor de las cajas de sardinas. Sentado en el bar del puerto leo el periódico: en un asilo del interior de España, un matrimonio de ancianos se ha suicidado arrojándose de la mano al patio desde la ventana. Como estaban en Castilla han caído a plomo. Si este par de viejos hubiera vivido en el Mediterráneo, al tirarse al vacío habrían volado hasta volverse los doso muy azules. Voy a pedir al camarero otra ración de anchoas para que me estalle Dios en la lengua otra vez bajo las palmeras".

Dios por tanto es el sosiego, la paz, la felicidad, lo bueno de la vida, el mar, el color azul, las anchoas, la ternura en los ojos, el pan con tomate, el olor a brea de las redes, en fin, se halla en las sensaciones y cosas humildes que el autor encuentra cada día.

Desarrollaremos más la idea cuando lleguemos al tema relativo a la religión, pues por contraposición, el autor no encuentra, lógicamente, a Dios en las catástrofes naturales o en la intransigencia humana, lo cual no quiere decir que el autor sea ateo, aunque sí se está en una línea agnóstica, que se cuestiona su existencia, pero, como demuestra su panteísmo, lo halla en la profundidad y humildad de lo creado, porque como también comparte, lo "bueno" no cuesta dinero, no es material.

5. Trascendencia de las vivencias de la niñez.

La niñez adquiere uno de los motivos de más interés en la literatura y vida del autor. La infancia considerada como estado primigenio e inocente, puro, auténtico, en que el hombre vive lo mejor de su vida,

cuando asimila lo natural, el placer de los sentidos. Infancia equivale a belleza, la felicidad posible.

Manuel Vicent se nutre literariamente de las vivencias sensitivas de la infancia. Veámos unos párrafos en "El tren", (7)

"y durante el insomnio no hacía sino recordar lejanos e inciertos fragmentos de la infancia: aquella alberca de agua verde en el jardín, las tardes de verano que exhalaban un perfume de hoguera apagada, los sabores de mermelada olvidados en una profunda alacena, las viejas melodías en las placas del gramófono La Voz de su Amo. Probablemente había sido feliz en el pasado, e incluso había gozado de algunos instantes dorados, llenos de gloria corporal, cuando el amor le visitó por primera vez. Ahora ese mundo se había esfumado".

En el apartado dedicado a la autocrítica, él mismo reconoce esta asimilación, lo que experimentó en sus primeros años de vida le acompaña el resto de su existencia.

6. Importancia de lo adquirido a través de los órganos de los sentidos.

Se trata de otra constante fundamental en la filosofía y literatura de Vicent, en su forma de escribir, en el estilo de su obra.

Lo que ofrecen los órganos de los sentidos resulta lo único que permanece, y configura la verdad de la vida, mientras la mente evoluciona, cambia.

Las percepciones sensoriales, adquiridas casi siempre en la niñez, lo que confluye con el apartado anterior, marcan la personalidad del ser humano. Los recuerdos de niñez vienen por los olores, sabores,

sonidos, colores y tacto, por lo que captaron nuestros sentidos en las primeras vivencias.

En "Barniz", dentro de su columna semanal en El País, (7-4-87) lo expone.

"Mi tía planchaba la ropa blanca en un cuarto que olía a lejía y a almidón. (...) No quiero ser "proustiano". Sólo digo que el pensamiento de los hombres cambia y los perfumes, los sabores y los sonidos permanecen". (...)
"Cualquier pensamiento es vano. Busque la verdad en la música de las palabras, en el fondo de la nariz y en lo alto del paladar, porque allí reside".

7. "Ni ambicioso", "ni envidioso".

Esta cualidad de su personalidad no está traída aquí a la ligera, por pura lógica alguien que permanece en desacuerdo con la sociedad consumista que nos rodea, con el materialismo que nos invade, rechazará en consecuencia la competitividad, la ambición, el querer figurar a toda costa. Siguiendo su biografía, leyendo sus textos, por poco que se sepa del autor, o con dos veces que se haya hablado con él se puede comprobar.

En el artículo de Pedro Sorela, "La marginación de un premio Nadal" (El País, 11-3-87), el periodista comenta, "Vicent detesta que le señalen por la calle y no sabe qué hacer en los cócteles, "donde la gente mira por encima de tu hombro para ver si llega alguien más importante que tú". "Si no vas a los sitios, aciertas" dice. Se siente un "outsider", un marginal. Asegura que siempre lo ha sido desde que prescindió de un título de abogado que le habían dado como cuerda para izarse a la cumbre social".

El mismo expone su manera de ser en la entrevista ya citada que confeccionó Lola Díaz (8), y que lleva por título "Manuel Vicent: la elegancia del desdén". Vamos a ver sus afirmaciones.

"Y luego hay una especie de elegancia en no desear nada y que muchas veces es un truco". (...)

"Yo no deseo absolutamente nada y no tengo ninguna capacidad de odio. A mí me pueden insultar y me quedo exactamente igual. No tengo ninguna dignidad. Lo que sí tengo es una enorme capacidad de indiferencia. Esto puede parecer elitismo o cosa de señorito, pero en el fondo se trata de una conquista, de un sufrimiento, de una especie de ascética". (...)

"Yo carezco de esa ambición del artista que busca el prestigio y que, para alcanzarlo, tiene que andar pisando cadáveres. Mi única ambición consiste en no escribir nada que no me apetezca, cosa que, hasta ahora, he podido hacer. Escribir cuanto menos mejor, porque yo me lo paso muy bien sin escribir, y en segundo término, no escribir ni una sola línea que no me apetezca" (...)

"A mí lo único que me produce desazón es entrar en competición conmigo mismo, cosa muy difícil de erradicar. La competitividad con los otros la tengo resuelta. A mí me da igual que uno escriba bien, que otro salga en los periódicos o que a aquél le den premios. Y eso va desde la literatura hasta el coche: que un tío quiere adelantarme, que me adelante; que otro quiere la mejor página del periódico y a mí me tiran a la página trasera, da igual. Lo que sí me produce desazón es entrar en ese juego de querer hacerlo mejor y de

querer epatarme a mí mismo. Esa competitividad con uno mismo es lo más cruel que existe y uno de mis ejercicios diarios consiste en luchar contra eso".

Manuel Vicent cree que hay que vivir el momento, disfrutarlo, éso es lo único cierto que posee el hombre. Piensa que lo importante no cuesta dinero, y él se conforma con lo que tiene.

Rechaza el materialismo y la sociedad de consumo, prefiere a los marginales, a los que no han triunfado en la vida, tal y como se entiende la palabra triunfo, escoge la derrota antes que la fama, no desea el éxito ni la inmortalidad. Para él ser inmortal no consiste en alcanzar el poder, la fama, la gloria, el dinero, sino en retornar a la infancia salvando los instantes felices del pasado, en estar bien consigo mismo, en conseguir cierta paz de espíritu, en definitiva, en las conclusiones de los apartados anteriores, tener pocos amigos, leer, pasear, mirar, amar, comer productos auténticos, navegar, bañarse, aficiones que no cuestan, o al menos no deberían costar dinero.

En 1.989 el autor cumplió cincuenta y tres años, se siente maduro, "uno comienza a sobrevivirse", los cincuenta suponen un cumpleaños en que uno reconsidera si no lo ha hecho ya, su vida, lo que puede quedar, lo que puede haber al otro lado de la muerte, "si quieres ser inmortal", lo expone en el artículo "Inmortal", y así piensa, (El País, 18-6-89).

"A cierta edad uno comienza a sobrevivirse. Si quieres ser inmortal, siéntate en un sillón de mimbre bajo una parra y construye de nuevo esa casa encalada que es la llama donde tus recuerdos se incineran. En su interior hallarás todavía la misma mosca que vibraba en el cristal de la ventana mientras leías a Salgari en la adolescen-

cia, la humedad de aquellos temporales de Cuaresma traídos por un viento morado, las botellas con licor de menta y de café, el retrato ovalado de una difunta bellísima, el sexo palpitando en el granero donde entraban y salían los vencejos, la silueta de aquella muchacha que se balanceaba en la galería, los días de libertad, el amor perdido. Elige de tu pasado un instante feliz, quémalo en tus párpados con la luz del mediodía, y si con ella logras tallarlo como un diamante, entonces serás ya inmortal".

Y para terminar citamos dos textos más del mismo periódico, el primero del día 6 de marzo del año 84, y el segundo del 9 de julio del 89.

"La inmortalidad, incluida la de Homero, consiste en un fin de semana en los anaqueles del pasadizo de San Ginés. Cuando veo a un escritor con la papada póstuma, a un pintor que compra en Macarrón un lienzo muy resistente o a un político emitiendo frases hacia la historia, me entran ganas de llorar. Las bacterias que logren sobrevivir serán incapaces de escribir una tesina acerca de estos imbéciles. ¿Qué es la inmortalidad? La inmortalidad es que aquí y ahora te acaricie fugazmente una mujer hasta que haga brotar de tu cuerpo una flor de jara".

"En nuestra sociedad, que está amasada con héroes y mercancías, los máximos vencedores siempre acaban anunciando sardinas en escabeche. Así trabaja el destino. Afrodita hoy pasaría modelos de Ives Saint Laurent, y Sócrates haría filosofía envuelto en una sábana a la sombra de esa valla donde brilla con el fulgor del cerdo una salchicha de McDonald. Huye del éxito, criatura, porque todo el que triunfa ha muerto. Pide sólo que los dioses te quieran, vístete de dril y, apartado de la fama, contempla el mar hasta que tus ojos se vuelvan azules. La victoria engendra dispepsia. En cambio, la melancolía es una vid muy dulce que los dioses reservan para algunos escogidos perdedores. Antiguamente era una enfermedad sagrada. Ahora, la melancolía se ha convertido en un estanque cuyo espejo refleja la imagen de algunas ruinas, de sabios y flores, marginados decadentes, aves azules, frutas de oro, la última gente elegante que ha sido derrotada pero no vencida".

8. Su teoría de la felicidad.

No se trata aquí de qué es la felicidad para Vicent, lo cual por otra parte se puede entresacar de lo hablado hasta ahora, sino de uno de sus pensamientos favoritos, y que tiene que ver con la experiencia de su generación, y consiste en que si el hombre tiene o no la obligación de ser feliz. El cree que su generación fue educada para la desdicha, bajo el concepto de que en realidad habitaba un verdadero "valle de lágrimas", pero luego resultó que con la llegada de los sesenta, de la sociedad del bienestar, y posteriormente de la democracia, y más tarde aún del partido socialista en el poder, se transmite a todo el mundo, incluída su generación, la idea opuesta, la obligación de ser feliz. Todo ello relacionado con la sociedad de consumo, es decir, contraponiendo la etapa de carencia de la posguerra con la sociedad del confort y materialista que se gesta en los sesenta y puede tener su culminación en los ochenta.

Analicemos cómo lo expresa en 1.973, 75 y 83, aunque el tema surge en toda su obra.

En Hermano Lobo, "La Felicidad, S.A.", (9)

"Como ser feliz no es ninguna obligación, los españoles eso llevamos ganado. (...) Ahora la organización de la felicidad y del amor al prójimo la están llevando los grandes almacenes, ya no se gesta en las sacristías. Los departamentos de ventas han sustituido por el lavaplatos aquel paquete de buenas indulgencias plenarias que te llevaban a la patria celestial en un periquete; han suplantado en la hornacina familiar a la Virgen del Carmen, patrona de náufragos, por un televisor de veinte pulgadas, donde, como un tornillo mal ajustado, todavía predica monseñor Guerra Campos el antiguo camino para ir al cielo entre braslip Ocean, cruzados mágicos y aparatos que te quitan los últimos veintisiete pelos de la barba. El español se

ha hecho un lío: aquí ya no se sabe si la felicidad estriba en el mazapán y el violín o en el diseño industrial con una tía en cueros sobre el capó del automóvil.
En el peldaño de 1973 conviene recordar que lo nuestro consiste en sufrir, que las prohibiciones ciegamente obedecidas dejan una honda paz en el alma, que la muerte es un signo de vida futura".

También en Hermano Lobo, "La obligación de ser dichosos", (10):

"Toda la filosofía de Occidente está basada en el principio de que el hombre tiene la obligación de ser feliz. Desde que se inventó el erotismo en la puerta trasera del paraíso con la braguita vegetal de nuestros primeros padres expulsados hasta la última teoría de la sensualidad de la masa política, el ser humano es un ente con dos patas y tarjeta del Diners que está condenado a la felicidad. Los filósofos, los inventores, los políticos, los tenderos y los sacerdotes palpan psicológicamente nuestras vísceras buscando el nervio donde nos habita el síndrome de la obediencia con objeto de devolvernos al paraíso del orden y de los grandes almacenes. Los españoles somos seres occidentales, de modo que Sócrates, Tomás de Aquino, Voltaire, Carlos Marx, Jean Paul Sartre y Marcuse desembocan en el Corte Inglés. Los españoles tenemos, pues, la obligación de ser felices, aunque haya cambiado el gobierno".

Y en El País, "El placer", (12-4-83):

"Ignoro si la felicidad es un deber. Si lo es, tiene que tratarse de un asunto reciente". (...)

"Despertó al uso de razón cuando la tuberculosis era la única constitución democrática, (...) Conoció el amor bajo el fuego cruzado de las amenazas morales". (...)

"Quiero decir que mi generación está preparada para seguir aceptando el mal como un mensaje de la naturaleza y la desdicha como un coloreante de las hormonas. Ahora resulta que la gente quiere ser feliz y reclama sus derechos. Este deseo inmoderado a algunos todavía nos produce una sensación de peligro". (...)

"Está claro, pues, que mi generación había nacido para el humanismo, o sea, llegó

al mundo con el único objeto de llenar el reemplazo del 57". (...)

"La nuestra es una generación tocada por la naturalidad de la desgracia. Por eso nos causa estupor cuando algún político socialista, de manera frívola, pretende forzarnos a ser felices. He aquí, pues, una consigna revolucionaria: el placer es una obligación".

Manuel Vicent por tanto cree que para él y su generación, es decir, desde 1.936 hasta el 20 de noviembre de 1.975, aunque empezando a cambiar en la década de los sesenta, lo suyo era sufrir. Con el advenimiento del consumo y más tarde de la democracia, la felicidad se instituye como obligatoria. Ninguna de las dos opciones le convencen.

En principio su generación padeció la tragedia de la posguerra, y la postergación, nunca tuvo nada, no le estaba permitido el placer, no fue educada para el hedonismo, se la utilizó, y llegó tarde a todo, todo se le prohibió y se le inculcó el sentido de culpa. Y cuando llegó la democracia, ya era tarde, el triunfo era ya de los jóvenes por un lado, y por otro la felicidad obligatoria suponía asumir lo que imparte la publicidad y el consumo, también obligatorio.

En ambos casos siempre se les ha dicho lo que había que hacer, éllos debían limitarse a obedecer, bien para salvar el alma o el cuerpo. Es decir, se trata de crear ciudadanos conformistas, uniformes, miméticos, que nadie actue independientemente, libremente, que no se posean ideas ni inteligencia, se trata de anular la personalidad, la idiosincrasia del individuo.

9. Sentido franciscano.

El sentido franciscano de Manuel Vicent puede ser una conclusión de todo lo que estamos exponiendo, incluídos los dos puntos que nos quedan por destacar. Bajo mi punto de vista es su filosofía de la vida o visión del mundo. En los dos artículos que reseñaremos encontraremos todos los rasgos. Ama todo lo creado, no siente ambiciones, quiere lo que ofrecen los sentidos, lo que percibe el cuerpo, odia lo material, ficticio y falso, muestra ternura por lo humilde y auténtico, por los perdedores, le gusta el color azul, el mar, la niñez, los frutos de la tierra, los elementos de la naturaleza, la pobreza, lo rústico, primitivo, desechando lo material, superfluo y ostentoso.

No desea para vivir mas que lo necesario, ama la libertad y el placer que se alcanza por lo que nos dan los sentidos, la amistad, el amor, las pequeñas cosas que nos sorprenden cada día.

Leamos detenidamente dos artículos fundamentales, publicados en la columna de El País. "Trama" (14-4-87).

"El cielo y el infierno están aquí. Por ejemplo, el cielo consiste en contemplar cómo resbala el aceite virgen de oliva sobre el pimiento asado; en oler a hierba mojada después de una tormenta de mayo; en recordar aquella tarde de la adolescencia cuando por primera vez la mano temblorosa de una doncella se posó en tu sexo; en percibir el instante mágico en que la bola de la ruleta cae en el número que habías elegido para la última ficha de tu fortuna; en escuchar la mansa lluvia en el tejado mientras a la amorosa luz de la mesilla de noche lees a HÖrderlin; en diluirse entre azules al pairo en un velero durante un día radiante del Sur, y con el mar en calma, desnudo en cubierta, no pensar en nada sino en el propio sol; en extasiarse ante la teta inmaculada de Simonetta Vespucci que pintó Antonello de Mesina bajo los

suaves efectos del cáñamo; en comerse una sandía de agosto a la sombra de una parra del Mediterráneo en compañía de amigos inteligentes, amables y divertidos.
Por el contrario, el infierno es el aliento fétido de ese desconocido que te sulfata el rostro con una conversación aburrida en un cóctel; pisar jeringuillas por los callejones de un barrio maldito en busca de aquel muchacho que quería ser libre y nunca será Rimbaud; la soledad de una habitación que da a un patio interior y desde allí saber que ella, a la que tanto amaste, ya no vendrá; sentir la incapacidad de refugiarse en un momento feliz de la infancia y que el perfume de pan caliente no te lleve al regazo de tu madre; el dolor siempre inútil de los inocentes cuyo sentido se ofrece a un Dios lejano; descubrir a una ramera embarazada que se vende a la baja en una esquina a la hora más alta de la madrugada y que un mendigo de amor se acerque a ella y le pida limosna; no encontrar respuesta nunca a las lágrimas; zamparse una cazuela de pájaros fritos antes de ir a una corrida de toros; el tedio de una pareja frente al televisor un atardecer de domingo. El cielo y el infierno están aquí. Forman una pequeña trama, casi infinita, que diariamente nos exalta y nos mata".

E "Inventario" (19-4-88).

"Una mecedora blanca, algunas diosas de escayola en el jardín, las paredes de la terraza pintadas con cal, una parra de sombra amorosa, libélulas y campanillas moradas en la alberca, las persianas verdes, cortinas que inflan la brisa durante la siesta, el sonido de una mosca vibrando en la penumbra, el Mediterráneo en la ventana. El viejo arcón despide un perfume de ropa almidonada y en el mármol del aparador hay un botijo de agua fresca. Una camisa de hilo, un sombrero de paja, unas sandalias grecolatinas, el pantalón impregnado de salitre, la piel quemada. Nada existe más hermoso que habitar una aseada pobreza junto a la mar, olvidado de todos, habiéndolo olvidado todo. Escuchar las olas de púrpura que resuenan en torno a la quilla cuando uno navega al atardecer y contemplar las velas ligeras que se confunden con la imaginación o el pensamiento. Crepúsculos en el malecón, marineros semejantes a Telémaco, ninfas de rubias trenzas tan bellas como una deidad vestidas de lino y adornadas con collares de frutas, aroma de brea en el puerto de pescadores, gritos de hembra solariega en el mercado de verduras, cuentas de Pitágoras en la lonja alrededor de las cajas de langostinos.
Todos los barrancos de este litoral son deslumbrantes, abren un ojo azul al Mediterrá-

neo, están llenos de espliego y alacranes, pero en los huertos también cantan las acequias. ¿Es necesario creer en Dios cuando en esta tierra se dan habas tan tiernas, lechugas con el corazón de nieve, alcachofas parecidas al cetro de Agamenón, tomates dulces como la sangre de una doncella? Se trata de huir detrás de un sueño para encontrar una mecedora blanca y balancearse en ella bajo una parra, junto a la mar, hasta que las ideas sean idénticas a la luz que en cada momento percuta tu cabeza. Dejar pasar las horas, desechar cualquier ambición, vivir el sol en medio de una elegante austeridad, tomar aceite de oliva, andar descalzo sobre la sal, navegar en aguas de dulzura y no desear nada sino amigos y ensaladas de apio. He aquí el inventario de mi fe".

10. Mediterraneidad.

Casi no habría que añadir nada para entender este punto, ya está todo dicho. En el Mediterráneo, en Denia, es donde Manuel Vicent se encuentra bien, identificado con todo lo que proviene de la naturaleza y del mar en concreto, gozando, sin aspirar a nada. Como una idea panfletaria, es feliz con los colores, olores, hundido en las aguas azules o navegándolas, vestido de lino blanco y sandalias, comulgando una paella, un pescado, un pimiento, berenjenas, viendo resbalar el aceite de oliva.

¿Qué hay que hacer para ser feliz? Nada. Vivir, dejarte llevar por la vida, gozarla, imbuirte en élla sin esperar ni ambicionar nada, en este sentido podemos decir que su carácter también es epicúreo. Y comprobamos la sensualidad que fluye de los artículos que describen la vida al borde del Mediterráneo.

Veamos dos ejemplos. "Moscardón", (11)

"¿Qué podría hacer hoy para redimirme? Me pongo a bostezar.
Iré a comprar tomates al mercado, y allí, durante una hora, me detendré a analizar

los matices de cada fruta reflejados en la carne lozana de las verduleras, y acogido por el perfume de los salazones a la sombra de los toldos que ciernen una luz de azafrán envolveré el pan con el periódico del día y luego navegaré hasta alta mar para bañarme en las aguas azules, y cuando me encuentre flotando sobre los destellos de diamante pensaré un instante en la belleza inmoral. De regreso, sin duda, en casa me esperará una ensalada de pimiento y berenjena con albahaca, un arroz con sabor a pescado y el fogonazo de una sandía contra la pared de cal. A la hora de la siesta, una brisa de yodo hinchará las cortinas de las estancias en penumbra y sobre el aparador estará el botijo de agua fresca, y un moscardón de oro zumbará fuera cabeceando a veces en el cristal. Al atardecer leeré algunas páginas paganas sentado en un blanco sillón de mimbre con un granizado de café en la mesa de mármol, y de esta forma esperaré a que lleguen las tinieblas del Mediterráneo, y entonces me pondré a contar en el interior de mi propia alma estrellas errantes sin esperar nada más".

"Delfines", (12)

"El cocinero Pere se pone a guisar un caldero de pescado con arroz, y tumbado a popa con la visera casi en la nariz aún acierto a vislumbar una ristra de pequeños bacalaos colgados de un sedal que alguien ha puesto a secar para el aperitivo. Se ven perfilados contra la claridad absoluta del firmamento por encima de la regala y en ese momento el cerebro se me funde y yo ahora no puedo recordar nada, pero creo que estuve entre marineros y delfines, y en el fondo de la memoria no descubro sino una luz blanca y el oro del sol sobre el agua que era la inocencia".

11. Mar = infancia = paz = sosiego = belleza = plenitud.

Ello constituye simplemente la visión del mundo de Manuel Vicent, lo veremos a través de todo el desarrollo del trabajo. Las ciudades donde hay mar conllevan bienestar, ternura, felicidad, un ideal de vida para un hombre sin ambiciones, sin estrés, sin ningún trauma de la civilización actual. Ciudad con mar significa ciudad progresista, liberal, culta, pacífica.

El mar contrapuesto a la gran ciudad, donde también se nutre su literatura, de sus tribus urbanas, su sentido de estercolero repleto de núcleos de marginación.

Con todo lo cual se puede concretizar la personalidad de Manuel Vicent y su temática con los siguientes adjetivos e ideas. Hombre con tiempo, amante de la tertulia y el arte, tímido, tierno, entrañable, sensible, digno, honesto, no "oficializado", vago, sarcástico, irónico, escéptico, contemplativo, franciscano, hedonista, agnóstico pero creyente. Amante del mar y la gran ciudad, determinada en Madrid. Cronista político, pero más a gusto escribiendo de la vida y sus anónimos protagonistas. Que le conmueven los pobres y marginados, sufre por la miseria humana y siente amargura por la desgracia ajena.

CONCLUSIONES.

En 1.936 nace Manuel Vicent en La Vilavella (Castellón). Licenciado en Derecho. Cursó estudios de Filosofía y Periodismo.
1.966. Primera novela: El Resuello.
1.966. Premio Alfaguara de novela: Pascua y naranjas.
1.969. Colabora en el diario Madrid.
En prensa publica en Madrid, Hermano Lobo, Personas, La Codorniz, Posible, Triunfo y El País.
1.986. Premio Nadal: Balada de Caín, (traducida entre otras lenguas al sueco y alemán).

Manuel Vicent ha vivido sin grandes problemas económicos, creció en una familia de padres agricultores, su padre fue juez de paz, entre cuatro hermanos y habiéndo perdido dos más, a los que no conoció.

Así describe a su padre: "El dolor de la guerra le había multiplicado por dentro la convulsión religiosa y yo ya lo conocí cuando era un ser tímido, acobardado, trabajador, entregado al catolicismo, del cual se derivaba la harina, la salud, el bienestar y para eso había que negar el sexo, no pedir créditos y sentarse en el primer banco los domingos en misa mayor".

Educado en una familia de orden, donde todo estaba prohibido, y en la sociedad de posguerra, éllo generó el sentido de culpa característico del autor. "Al entrar y salir por la puerta de mi casa, siendo todavía muy niño, yo experimentaba bajo el dintel una transformación. Dentro estaba el orden, fuera estaba la imaginación. Yo tenía ya una máscara distinta para cada uno de esos dos mundos".

Las mentiras se desarrollaban junto al sentido de culpa, así dice: "Primero aprendí a mentir para defenderme, después para complacer a mi padre, luego por el simple placer de imaginar y finalmente para refugiarme en ese mundo que cada día construía sin motivo ni ayuda de nadie".

Por lo tanto pasó la niñez y adolescencia en un ambiente hostil y autoritario, como se educaba en ese tiempo, por lo general, a los hijos, sin grandes demostraciones de ternura y afecto.

El primer acercamiento a la muerte se lo dió la fotografía de la hermana que no llegó a conocer, y ejercer como monaguillo, con lo cual enterraba a los muertos del pueblo.

A Madrid llegó en 1.960, con el título de Derecho para preparar una oposición, en la que no tenía ningún interés, y así se quedó a escribir... y hasta ahora.

En este capítulo analizamos también su visión del mundo, que marca su temática, y que subdividimos en varios apartados: 1. Defensa de todas las libertades. 2. Contra la violencia. 3. En desacuerdo con la sociedad actual. 4. Panteísmo. 5. Trascendencia de las vivencias de la niñez. 6. Importancia de lo adquirido a través de los órganos de los sentidos. 7. "Ni ambicioso", "ni envidioso". 8. Su teoría de la felicidad. 9. Sentido franciscano. 10. Mediterraneidad. 11. Mar = infancia = paz = sosiego = belleza = plenitud.

Manuel Vicent ha defendido siempre las mismas ideas y se puede decir que es un hombre de izquierdas.

(1) El País, 4-6-89.
(2) Hermano Lobo, 29-11-75.
(3) Personas, "Requien proustiano por el Movimiento Nacional", 9-4-77.
(4) El País, 10-5-88.
(5) El País, 4-9-88.
(6) El País, 1-10-89.
(7) El País, 6-1-87.
(8) Cambio 16, 14-11-85.
(9) Hermano Lobo, 6-1-73.
(10) Hermano Lobo, 20-12-75.
(11) El País, 21-8-88.
(12) El País, 11-9-88.

PUBLICACIONES EN PRENSA:

MADRID.

6 de enero de 1.969	"Oriente Medio: La medida de los riesgos".
29 de enero de 1.969	"El azar como demagogia".
6 de febrero de 1.969	"Izquierda y derecha de los intelectuales".
12 de febrero de 1.969	"Un Vietcong para Oriente Medio".
20 de febrero de 1.969	"El surrealismo político".
27 de febrero de 1.969	"La inteligencia y el tópico".
19 de marzo de 1.969	"Ser de derechas".
17 de abril de 1.969	"Elogio del pesimismo".
28 de abril de 1.969	"Intelectuales y computadores".
5 de mayo de 1.969	"La ofuscación de la claridad".
13 de mayo de 1.969	"La otra guerra de los jóvenes".
21 de mayo de 1.969	"Nadie se muere la víspera".
29 de mayo de 1.969	"Acertar la mano con la herida".
3 de junio de 1.969	"La ironía y la fusta".
16 de junio de 1.969	"El palo y las astillas".
25 de junio de 1.969	"Aquello de la Segunda República".
2 de julio de 1.969	"Los puntos sobre la O".
9 de julio de 1.969	"El centro desde la orilla".
17 de julio de 1.969	"Pedagogía del látigo".
26 de julio de 1.969	"Ceros a la izquierda".
30 de julio de 1.969	"Ciencia e instinto".
2 de septiembre de 1.969	"La doctrina del miedo".
9 de septiembre de 1.969	"Apuntes de pesimismo".
24 de septiembre de 1.969	"Lecciones gratuitas".
30 de septiembre de 1.969	"La úlcera y la política".
6 de octubre de 1.969	"La crítica como ética".
17 de octubre de 1.969	"¡Que dialoguen ellos!".
23 de octubre de 1.969	"Naturaleza caída".
30 de octubre de 1.969	"El color rosa como delito".
6 de noviembre de 1.969	"La pulga en el sillón".
17 de noviembre de 1.969	"La esclavitud es un hábito".

28 de noviembre de 1.969	"La brocha del ángel exterminador".
5 de diciembre de 1.969	"El jardín de la cultura".
17 de diciembre de 1.969	"Dólares "per capita"".
16 de enero de 1.970	"Ideas para epitafios".
16 de enero de 1.970	Arte. "Antonio Suárez: El gozo de las vísceras".
20 de enero de 1.970	Arte. "Mingorance se asoma al mar".
23 de enero de 1.970	"La neurosis como escapatoria".
27 de enero de 1.970	Arte. "Angel Orcajo: La línea, el ojo y el cerebro".
4 de febrero de 1.970	"Luchar contra la palabra".
4 de febrero de 1.970	Arte. "Genaro Lahuerta: Cierta crudeza del Mediterráneo".
6 de febrero de 1.970	Arte. "Manuel Millares meditación ante una arpillera".
11 de febrero de 1.970	Arte. "Cristobal Toral: Un hombre en el cosmos".
13 de febrero de 1.970	"La razón y los pícaros".
18 de febrero de 1.970	Arte. "Llorens Poy: Voluntad de lo gris".
24 de febrero de 1.970	"Un sillón en el balneario".
25 de febrero de 1.970	Arte. "Matías Quetglas: La sensualidad de las superficies".
28 de febrero de 1.970	Arte. "Aureliano de Beruete".
4 de marzo de 1.970	Arte. "Baltasar Lobo: Formas dichosas".
4 de marzo de 1.970	Arte. "José Barceló: El color y la composición".
6 de marzo de 1.970	"Diga treinta y tres".
11 de marzo de 1.970	Arte. "Lucio Muñoz: Visualización de la ética".
12 de marzo de 1.970	"Diga treinta y tres. Volteo general de campanas".
13 de marzo de 1.970	Arte. "Arnaiz: La línea pura y la emoción".
31 de marzo de 1.970	Arte. "Viteri: Collages en actitud ritual".

8 de abril de 1.970	Arte. "Lección de pintura en tres tiempos". Llanos Gallardo. Un ejercicio de doma. Luis Seoane. Una síntesis. Y Cuervas-Mons".
16 de abril de 1.970	Arte. "La simplicidad y la paciencia como arte".
22 de abril de 1.970	Arte. M. Antonia Dans: Color y expresividad".
30 de abril de 1.970	"Ingenuidad torturada".
30 de abril de 1.970	Arte. "Juana Frances: Geometría y humanismo".
30 de abril de 1.970	Arte. "Pérez Gil: La luz y la densidad del color".
7 de mayo de 1.970	Arte. "Jorge Castillo: La expresión surrealista".
11 de mayo de 1.970	"La otra economía".
13 de mayo de 1.970	Arte. "Luis Feito: Sentimiento refinado en el arte".
4 de junio de 1.970	Arte. "Angel Orcajo se va a la Bienal de Venecia".
11 de junio de 1.970	Arte. "Lorenzo Goñi: El ácido de la mirada".
11 de junio de 1.970	Arte. "Guinovart: Expresionista, surrealista, irónico, patético".
12 de junio de 1.970	"Comentarios de Feria".
18 de junio de 1.970	Arte. "Matta: Un maestro del surrealismo".
23 de junio de 1.970	"Agenda del alto ejecutivo".
15 de julio de 1.970	Arte. "Eduardo Urculo: Desde el paisaje minero a la sal del Mediterráneo".
22 de julio de 1.970	Arte. "Guinovart: Desde la brocha gorda al expresionismo objetivo".
19 de septiembre de 1.970	"Puntos de mira".
3 de octubre de 1.970	Arte. "Antonio Zarco: La profesión como arte".

9 de octubre de 1.970	"Hay que contaminarse".
17 de octubre de 1.970	Arte. "Bonifacio Alfonso: Nada más que pintura".
22 de octubre de 1.970	"Redadas".
24 de octubre de 1.970	Arte. "Paisajes y figuras de Arias".
24 de octubre de 1.970	"La magia de las buenas firmas".
30 de octubre de 1.970	"Libertad, igualdad, fraternidad. A contrapelo".
7 de noviembre de 1.970	Arte. "José Caballero: Dramatismo lírico".
7 de noviembre de 1.970	Arte. "La brisa erótica de Eduardo Urculo".
14 de noviembre de 1.970	Arte. "Francisco Peinado, el análisis del instinto".
19 de noviembre de 1.970	"Con "buenos modales". Crítica constructiva".
11 de diciembre de 1.970	"En el césped, al pie de la colina. La séptima cara del dado".
18 de diciembre de 1.970	"La conciencia, en el frigorífico".
10 de febrero de 1.971	"La neurosis gratuíta".
17 de febrero de 1.971	"Lo nuestro, lo que conocemos".
24 de febrero de 1.971	"Las computadoras tienen razón. Los tenderos de la ira".
4 de marzo de 1.971	"Tres escenas neo-capitalistas y un final".
24 de marzo de 1.971	"Apuntes o fórmulas".
7 de abril de 1.971	"El idealismo como flato".
15 de abril de 1.971	"Pensamientos de Pascua Florida".
21 de abril de 1.971	"El hormigón y la hormiga".

HERMANO LOBO.

13 de mayo de 1.972	"Elogio del boniato".
20 de mayo de 1.972	"La izquierda erótica".
27 de mayo de 1.972	"Teoría del toro homosexual".
10 de junio de 1.972	"Marihuana".
17 de junio de 1.972	"La fachada y la desfachatez".
8 de julio de 1.972	"Accidente laboral".
15 de julio de 1.972	"Hay que realizarse".
22 de julio de 1.972	"Sexo y librería".
29 de julio de 1.972	"La estética del secano".
5 de agosto de 1.972	"Un cilicio en el muslo".
12 de agosto de 1.972	"Ligar o no ligar".
19 de agosto de 1.972	"Veraneo del "stablishment"".
2 de septiembre de 1.972	"Los turistas y la banderilla".
9 de septiembre de 1.972	"Matarse".
16 de septiembre de 1.972	"La santa quiniela".
23 de septiembre de 1.972	"¡Madrid, caca!".
30 de septiembre de 1.972	"Safari de conejos".
7 de octubre de 1.972	"Rezar antes de comer".
14 de octubre de 1.972	"El "roul" de la mala conciencia".
21 de octubre de 1.972	"Hay que sudar".
28 de octubre de 1.972	"La revolución".
4 de noviembre de 1.972	"Un día de ejecutivo".
11 de noviembre de 1.972	"Senos y cosenos".
18 de noviembre de 1.972	"Derecha obrera".
25 de noviembre de 1.972	"Patos con detergente".
2 de diciembre de 1.972	"El cacique hibernado".
9 de diciembre de 1.972	""Strip-tease" en Moscú".
16 de diciembre de 1.972	"Cabaret a la española".
23 de diciembre de 1.972	"La Navidad sin zambomba".
30 de diciembre de 1.972	"Inventario".
6 de enero de 1.973	"La felicidad, S.A.".
13 de enero de 1.973	"Digerir el mazapán".
20 de enero de 1.973	"Los maletillas del balmoral".

27 de enero de 1.973	"Canutillos de nata".
3 de febrero de 1.973	"Un demócrata violento".
10 de febrero de 1.973	"La chapuza erótica".
17 de febrero de 1.973	"Cultura de la imagen".
24 de febrero de 1.973	"Dos centímetros más de español".
3 de marzo de 1.973	"The Socavon in London".
10 de marzo de 1.973	"La protesta en divisas".
17 de marzo de 1.973	"Madrid del nueve largo".
24 de marzo de 1.973	"Los españoles: Cascorro y Chamorro".
31 de marzo de 1.973	"Bofetadas".
7 de abril de 1.973	"La primavera no es subversiva".
14 de abril de 1.973	"El centralismo de Perpiñan".
21 de abril de 1.973	"Atraco a un banco".
28 de abril de 1.973	"Picasso a la española".
5 de mayo de 1.973	"El primero de mayo".
12 de mayo de 1.973	"La Ford en Almusafes".
19 de mayo de 1.973	"Política, vino y rosas".
26 de mayo de 1.973	"Política y fútbol".
2 de junio de 1.973	"Hermano lego".
9 de junio de 1.973	"La política y las faldas".
16 de junio de 1.973	"Verano sin Lute".
23 de junio de 1.973	"Cebolla, patata y bacalao: una filosofía".
30 de junio de 1.973	"El trébole".
14 de julio de 1.973	"El amor es caca, nene".
14 de julio de 1.973	"La ley del asfalto".
21 de julio de 1.973	"Noches de España".
21 de julio de 1.973	"El trabajo es un castigo".
28 de julio de 1.973	"Ex ministros en bañador".
28 de julio de 1.973	"Turismo sin sujetador".
18 de agosto de 1.973	"Tópicos de viaje".
25 de agosto de 1.973	"A vendre, For sale, Zu verkaufen, To keep".
25 de agosto de 1.973	"Catedrales made in Japan".
1 de septiembre de 1.973	"Futbolistas falsos".

8 de septiembre de 1.973	"La liga".
8 de septiembre de 1.973	"El envase".
15 de septiembre de 1.973	"Tres rentrées, tres".
22 de septiembre de 1.973	"Rosas en Chamartín".
29 de septiembre de 1.973	"Dios guarde a usted muchos años".
6 de octubre de 1.973	"Divorcio progresista".
13 de octubre de 1.973	"Watergate a la española".
20 de octubre de 1.973	"Rinencefalo".
27 de octubre de 1.973	"Rumores prohibidos".
3 de noviembre de 1.973	"La riada".
10 de noviembre de 1.973	"El gaudeamus".
17 de noviembre de 1.973	"Trento y el derecho a voto".
17 de noviembre de 1.973	"Travesti de provincias".
1 de diciembre de 1.973	"El especulador literario".
8 de diciembre de 1.973	"El petróleo de la risa".
15 de diciembre de 1.973	"Fabada con guirnaldas".
22 de diciembre de 1.973	"El santo gordo".
29 de diciembre de 1.973	"La pandereta de Navidad".
5 de enero de 1.974	"El año del cometa".
12 de enero de 1.974	"El cometa kouhutek".
19 de enero de 1.974	"La comida awan".
26 de enero de 1.974	"Año 2000".
2 de febrero de 1.974	"La peseta es una coqueta".
9 de febrero de 1.974	"La billetiz de baraja".
9 de febrero de 1.974	"El timo de la energía".
16 de febrero de 1.974	"El siglo de oro de 18 kilates".
16 de febrero de 1.974	"Violencia en plan exótico".
23 de febrero de 1.974	"Turismo de invierno".
2 de marzo de 1.974	"Fútbol asociación".
9 de marzo de 1.974	"La revolución social del rastrillo".
9 de marzo de 1.974	"-Futbolterror-".
23 de marzo de 1.974	"La descomposición de las dictaduras".
23 de marzo de 1.974	"Primavera cerrada".
30 de marzo de 1.974	"La contracultura".
30 de marzo de 1.974	"Spanich streaking".

6 de abril de 1.974	"Number 100".
6 de abril de 1.974	"La minoría selecta".
13 de abril de 1.974	"The Spanish Nazareno".
13 de abril de 1.974	"La selección natural".
20 de abril de 1.974	"Declaración de amor y renta".
27 de abril de 1.974	"Bolero de la participación y la apertura".
4 de mayo de 1.974	"1 de Mayo".
11 de mayo de 1.974	"A liberaçao de la liberdade".
18 de mayo de 1.974	"La bullabesa es de derechas".
18 de mayo de 1.974	"A mí particularmente no me duele España".
25 de mayo de 1.974	"Empanada - crak".
1 de junio de 1.974	"El santo matrimonio".
8 de junio de 1.974	"Aquí no pasa nada".
8 de junio de 1.974	"La casa sobre los hombros".
15 de junio de 1.974	"La perenne actualidad".
22 de junio de 1.974	"Los hitleritos".
29 de junio de 1.974	"Que no vienen los turistas, madre".
29 de junio de 1.974	"La apertura de papel".
6 de julio 1.974	"La reforma agraria".
13 de julio de 1.974	"Consideraciones morales, políticas y económicas sobre el campeonato de la liga y copa de fútbol".
20 de julio de 1.974	"Yo soy árabe".
27 de julio de 1.974	"Pedir un crédito o asaltar un banco".
3 de agosto de 1.974	"El turista número tres".
10 de agosto de 1.974	"Las queridas".
17 de agosto de 1.974	"Sexo y democracia".
24 de agosto de 1.974	"Nada de nada".
31 de agosto de 1.974	"La democracia es masculina".
7 de septiembre de 1.974	"Periodistas sin orejas".
Especial verano 1.974	"Julio: Los turistas".
Especial Verano 1.974	"Agosto: El santo patrón".
Especial verano 1.974	"Septiembre: El moscatel".

14 de septiembre de 1.974	"La mayoría de edad política".
21 de septiembre de 1.974	"El dinero es un problema".
28 de septiembre de 1.974	"La cosa está mal".
5 de octubre de 1.974	"Perico Fernández, el inclusero".
5 de octubre de 1.974	"Fosfatos".
12 de octubre de 1.974	"Consejos prácticos para ganar dinero en la Bolsa".
12 de octubre de 1.974	"Curas con sotana".
19 de octubre de 1.974	"El gimnasio y la política".
26 de octubre de 1.974	"La aparición".
2 de noviembre de 1.974	"El piojo verde".
9 de noviembre de 1.974	"La pularda, los senos y la democracia"
16 de noviembre de 1.974	"Un chupa chup en los Campos Elíseos".
23 de noviembre de 1.974	"Tampoco pasa nada".
30 de noviembre de 1.974	"Doña Eva de Perón y el fenol".
7 de diciembre de 1.974	"¿Nos abrirá el embarazo de Sarita Montiel las puertas de Europa y el de Marisol las de América?".
14-21 de diciembre de 1.974	"La [illegible] puede traernos la democracia".
28 de diciembre de 1.974	"Elogio de 1.974".
4 de enero de 1.975	"Elogio de 1.975".
11 de enero de 1.975	"Año Santo: Bajan las eléctricas, suben las indulgencias".
18 de enero de 1.975	"Las bases americanas y las bombas atómicas".
25 de enero de 1.975	"1.975 Un año maravilloso".
1 de febrero de 1.975	"Las cabras y la crisis".
8 de febrero de 1.975	"La libertad en Portugal".
15 de febrero de 1.975	"Los árabes y el 7 de caballería".
22 de febrero de 1.975	"El timo del trabajo".
23-28 de febrero de 1.975	"Los pecados sociales".
8-14 de marzo de 1.975	"El futuro de España está en Argentina"
15-21 de marzo de 1.975	"¿Qué podemos vender a los árabes?".
22-28 de marzo de 1.975	"Cosas de la derecha".

22-28 de marzo de 1.975	"Exorcismo a la española".
29 de marzo al 4 de abril de 1.975	"Portugal: País hermano ó país vecino".
5-11 de abril de 1.975	"El trasero de las asociaciones".
12 de abril de 1.975	"El 14 de abril y los socialeros".
19 de abril de 1.975	"El juicio Matesa".
26 de abril de 1.975	"La erótica del poder".
3 de mayo de 1.975	"Elecciones en Portugal".
10 de mayo de 1.975	"Las prostitutas de Saigón".
10 de mayo de 1.975	"La odisea del chicle".
17 de mayo de 1.975	"Agua bendita con cloro".
17 de mayo de 1.975	"¿El artículo 2, en artículo mortis?".
24 de mayo de 1.975	"Bien venido, mister Ford".
24 de mayo de 1.975	"Una escena de vaqueros".
31 de mayo de 1.975	"Esta vez tampoco pasará nada".
7 de junio de 1.975	"Izsquierda infeliz".
7 de junio de 1.975	"Futuro imperfecto de subjuntivo".
14 de junio de 1.975	"Miedo al pasado".
14 de junio de 1.975	"Capullos y geráneos".
21 de junio de 1.975	"Indulto, amnistía o aprobado general".
28 de junio de 1.975	"Las portadas del ABC".
28 de junio de 1.975	"El trasvase ideológico".
5 de julio de 1.975	"El bunker con aire acondicionado".
12 de julio de 1.975	"La ley contra los malos".
19 de julio de 1.975	"Conversaciones pornográficas".
26 de julio de 1.975	"Los centristas esotéricos".
2 de agosto de 1.975	"Cojo y mal latinista".
9 de agosto de 1.975	"El anticiclón y la política".
16 de agosto de 1.975	"Jóvenes sentados en las escalinatas".
23 de agosto de 1.975	"Crónica de verano 1.975".
30 de agosto de 1.975	"La crisis en el bar del pueblo".
6 de septiembre de 1.975	"Las otras agresiones".
13 de septiembre de 1.975	"Otoño, dulce otoño".
20 de septiembre de 1.975	"Cambio erótico".
27 de septiembre de 1.975	"El futuro de nuestra generación".

4 de octubre de 1.975	"Tomar el té en Embassy".
11 de octubre de 1.975	"Cloaca máxima".
18 de octubre de 1.975	"El tren borreguero".
25 de octubre de 1.975	"Tiburón".
1 de noviembre de 1.975	"Galileo o el síndrome de la obediencia".
15 de noviembre de 1.975	"Escuela de pesimismo".
22 de noviembre de 1.975	"Fascismo aplicado".
29 de noviembre de 1.975	"Volver la página".
6 de diciembre de 1.975	"Un atracón de libertad".
13 de diciembre de 1.975	"Charada del bunker y la apertura".
20 de diciembre de 1.975	"La obligación de ser dichosos".
27 de diciembre de 1.975	"Los pobres, a su sitio. (Nochebuena en Hermano Lobo. Siente un pobre a su mesa).
3 de enero de 1.976	"1.975: El dinosaurio mueve el rabo".
3 de enero de 1.976	"Carta a los Reyes del hijo de un obrero. (Los Reyes Mágicos. Melchor (nacido Garrigues), Gaspar (Conde de Rico) y Baltasar (que el pueblo le dice Fraga)". (Firmado Vicentín).
10 de enero de 1.976	"Santiago y abre España".
10 de enero de 1.976	"Drásticas rebajas. (Saldos políticos de enero).
17 de enero de 1.976	"El garrote envuelto en celofán".
24 de enero de 1.976	"Parto con forceps".
24 de enero de 1.976	"Manifestaciones. (Crónicas mundanas de la España diferente.- La plataforma de Puerto Banús)".
31 de enero de 1.976	"Técnicas sexuales democráticas".
7 de febrero de 1.976	"La derecha de rostro humano".
7 de febrero de 1.976	"Política cerrada, teta destapada".
14 de febrero de 1.976	"La zarza ardiente de la libertad".
14 de febrero de 1.976	"El tiburón económico".
21 de febrero de 1.976	"Doscientos partidos políticos".

21 de febrero de 1.976	"El porompompero. (Gran recital político de Escobar)".
28 de febrero de 1.976	"Carnaval político. (Todo el Año (Santo) es Carnaval)".
28 de febrero de 1.976	"Secreto profesional".
6 de marzo de 1.976	"La apertura de los atracadores".
6 de marzo de 1.976	"¡A por los trescientos!. (Hoy hace 200 números. Bicentenario político de Hermano Lobo)".
13 de marzo de 1.976	"Voyeur de quiosco".
13 de marzo de 1.976	"La atómica florida y democrática. (Por el imperio nuclear hacia Dios)".
20 de marzo de 1.976	"El famoso oro de Moscú, de T.V.E., de la CIA, de Lockheed, de Willy Brand y del Presupuesto General del Estado".
27 de marzo de 1.976	En plan rollo. "Partenogénesis".
27 de marzo de 1.976	A media voz los dos. "Antonio García Trevijano".
3 de abril de 1.976	"Derecho de procesión".
10 de abril de 1.976	En plan rollo. "Todo es oposición".
17 de abril de 1.976	En plan rollo. "¿Has matado ya tu rojo?".
17 de abril de 1.976	A media voz los dos. "Josefina Camacho. María Mercedes Dorronsoro. Teresa Aguado".
24 de abril de 1.976	En plan rollo. "Tres hombres-orquesta".
1 de mayo de 1.976	En plan rollo. "La jota del obrero".
1 de mayo de 1.976	El cadáver exquisito. "Don Salvador de Madariaga. Curriculum quasi mortis".
8 de mayo de 1.976	En plan rollo. "La minoría en el poder".
8 de mayo de 1.976	El cadáver exquisito. "El marqués de Villaverde. Historia".
8 de mayo de 1.976	A media voz los dos. "Raimon".

15 de mayo de 1.976	En plan rollo. "Política y toros".
15 de mayo de 1.976	El cadáver exquisito. "Don Torcuato Fernández Miranda. Historia".
22 de mayo de 1.976	En plan rollo. "Perdido con la cantimplora en la ingle".
22 de mayo de 1.976	El cadáver exquisito. "José Solís. Ex igabro".
29 de mayo de 1.976	En plan rollo. "Estar al día".
29 de mayo de 1.976	El cadáver exquisito. "Don Carlos Arias Navarro. Vida".
29 de mayo de 1.976	A media voz los dos. "Felipe González".
Extra. Especial verano 1.976	"Verano Fascismo".
Extra. Especial vernao 1.976	A media voz los dos. "Joaquín Ruíz Giménez".
Extra. Especial verano 1.976	"Fuego de campamento".
Extra. Especial verano 1.976	"Documento ológrafo de Hermano Lobo". (Sin firma).

HERMANO LOBO.

Serie: El lobo ( ) de la semana.

Manuel Vicent realiza "La perdigonada del cazador".

18 de octubre de 1.975	El lobo (feroz) de la semana. "Don Cruz Martínez Esteruelas".
25 de octubre de 1.975	El lobo (feroz) de la semana. "Hassan II".
1 de noviembre de 1.975	El lobo (feroz) de la semana. "Pedro Rodríguez en La Colmena".
22 de noviembre de 1.975	El lobo (feroz) de la semana. "Fraga".
29 de noviembre de 1.975	El lobo (crepuscular) de la semana. "Don Gonzalo Fernández de la Mora".
6 de diciembre de 1.975	El lobo (feroz) de la semana. "Girón".
13 de diciembre de 1.975	El lobo (de papel) de la semana. "Falange. Rafael García Serrano".
20 de diciembre de 1.975	El lobo (pastoral) de la semana. "Monseñor Guerra Campos".
27 de diciembre de 1.975	El lobo (y el madroño) de la semana. "García Lomas. Alcalde de Madrid".
3 de enero de 1.976	La oveja (lucera) de la semana. "Doña Mónica Plaza".
10 de enero de 1.976	El lobo (peleón) de la semana. "El Alcázar".
17 de enero de 1.976	El lobo (manchesteriano) de la semana. "Villar Mir".
24 de enero de 1.976	El lobo (fraternal) de la semana. "La amnistía".
31 de enero de 1.976	El lobo (reprimido) de la semana. "El Vaticano".
7 de febrero de 1.976	El lobo (nuclear) de la semana. "El tío Sam".
14 de febrero de 1.976	El lobo (ex combatiente) de la semana. "La Confederación Nacional de Combatientes".

21 de febrero de 1.976	El lobo (democrático) de la semana. "La ley antiporno"
28 de febrero de 1.976	Los lobo (de Bengala) de la semana. "Fraga y Areilza Tigres del motor español".
6 de marzo de 1.976	El lobo (preuniversitario) de la semana "Pedrosa Latas: "La Universidad es un bunker marxista".
13 de marzo de 1.976	El lobo (insolvente) de la semana. "Prensa Económica, S.A. Editora de Nuevo Diario".
20 de marzo de 1.976	El lobo (intelectual) de la semana. 'Don Jesús Suevos: De nada servirá reprimir el terrorismo político si no se corta por lo sano el terrorismo intelectual".
27 de marzo de 1.976	El lobo (pardo) de la semana. "Los montes de El Pardo".
3 de abril de 1.976	El lobo (nipón) de la semana. "Lockheed, soborno y kamikaze".
10 de abril de 1.976	El lobo (notarial) de la semana. "Blas Piñar".
17 de abril de 1.976	El lobo (asilvestrado) de la semana. "Trevijano, Camacho, Dorronsoro, Alonso y siguen las firmas".
24 de abril de 1.976	El lobo (corregidor) de la semana. "Don Carlos Arias Navarro".

PERSONAS.

25 de diciembre de 1.976	España en travestí.
1 de enero de 1.977	España en travestí. "La prisión de Santiago Carrillo".
8 de enero de 1.977	España en travestí.
15 de enero de 1.977	España en travestí.
22 de enero de 1.977	España en travestí. "Paracuellos, mon amour".
29 de enero de 1.977	España en travestí. "Sayas, fajas, corses, ligueros, gasas y bragueros democráticos".
5 de febrero de 1.977	España en travestí. "El marketing del terror".
12 de febrero de 1.977	España en travestí. "Los líderes sagrados".
19 de febrero de 1.977	España en travestí. "El sentido común de un gobierno".
26 de febrero de 1.977	España en travestí. "La danza del vientre de la economía".
5 de marzo de 1.977	España en travestí. "Cantata para unas elecciones".
12 de marzo de 1.977	España en travestí. "El entierro de la sardina política".
19 de marzo de 1.977	España en travestí. "¿Quién se atreve con los comunistas?".
26 de marzo de 1.977	España en travestí. "El partido de Televisión Española".
2 de abril de 1.977	España en travestí. "Centro democrático for sale, se vende".
9 de abril de 1.977	España en travestí. "Requiem proustiano por el Movimiento Nacional".
23 de abril de 1.977	España en travestí. "La patria está en peligro. Yo me rindo".
30 de abril de 1.977	España en travestí. "Suárez viaja a la metrópoli".

7 de mayo de 1.977	España en travestí. "Usted también será de derechas".
14 de mayo de 1.977	España en travestí. "Televisión: El gran cacique de las elecciones".
21 de mayo de 1.977	España en travestí. "Los dioses toman café con leche".
28 de mayo de 1.977	España en travestí. "Las urnas de la ira".
4 de junio de 1.977	España en travestí. "15 De junio: Día de la Victoria".
13 de mayo de 1.978	Esta semana. "1 de mayo, quitaté el sayo".
20 de mayo de 1.978	Esta semana. "La desbandada".
27 de mayo de 1.978	Esta semana. "Tedio y Constitución".
3 de junio de 1.978	Esta semana. "Militares y paisanos".
10 de junio de 1.978	Esta semana. "El consenso lo encontré en la calle".
17 de junio de 1.978	Esta semana. "La política en garabatos".

POSIBLE.

22-28 de septiembre de 1.977	"Las Cortes desde la calle. Se acabó la calma chicha".
24-30 de noviembre de 1.977	Crónica política. "Viajes, huelgas, pactos y funerales".
1-7 de diciembre de 1.977	Crónica política. "La Constitución y otros sabores".
8-14 de diciembre de 1.977	Crónica política. "Dios aprieta, pero no afloja".
22 de diciembre de 1.977 al 4 de enero de 1.978	Crónica política. "Violencia ritual de Navidad".
5-11 de enero de 1.978	Crónica política. "El turrón se alternó con la intriga".
12-18 de enero de 1.978	Crónica política. "El robo de dinamita y otras sutilezas".
19-25 de enero de 1.978	Crónica política. "Militares, políticos y terroristas".
26 de enero al 1 de febrero de 1.978	Crónica política. "El pesimismo oficial de la semana".
2-8 de febrero de 1.978	Crónica política.. "Condenados a la democracia".
9-15 de febrero de 1.978	Crónica política. "El miedo y unidad de la derecha".
16-22 de febrero de 1.978	Crónica política. "PSOE-UCD: Pelea para el título".
23 de febrero al 1 de marzo de 1.978	Crónica política. "Caladeros de pulpos y sardinas".
2-8 de marzo de 1.978	"Se resolvió la crisis. Gobierno de la derecha civilizada".
9-15 de marzo de 1.978	Crónica política. "Habla, Suárez, habla".
16-22 de marzo de 1.978	Crónica política. "Insultos y besos".
23-29 de marzo de 1.978	Crónica política. "Suárez no ama a Fraga".

30 de marzo al 5 de abril de 1.978	"La Constitución al horno".
6-12 de abril de 1.978	"Otra ración de saliva".
13-19 de abril de 1.978	"Equilibrio de males".
20-26 de abril de 1.978	"La moderación freudiana".
27 de abril al 3 de mayo de 1.978	"El lagrimal de los empresarios".
4-10 de mayo de 1.978	"Anticonceptivos y otros sabores".
11-17 de mayo de 1.978	"Fiestas constitucionales".
18-24 de mayo de 1.978	"La revolución del adjetivo".
25-31 de mayo de 1.978	"El sonido de la Constitución".
1-7 de junio de 1.978	"Bipartidismo de pasillo".
8-14 de junio de 1.978	"Partidos, los de fútbol".
15-21 de junio de 1.978	"15-J: Primer aniversario".
22-28 de junio de 1.978	"El optimismo es progresista".

LA CODORNIZ.

22 de mayo de 1.977	Crónica de un irresponsable.
29 de mayo de 1.977	Crónica de un irresponsable.
29 de mayo de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos.
5 de junio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
5 de junio de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos.
12 de junio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
12 de junio de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos.
19 de junio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
19 de junio de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos.
26 de junio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
26 de junio de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos.
3 de julio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
3 de julio de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos "van a votar".
Julio-Agosto de 1.977	Crónica de un irresponsable. "En verano, el culo se hace cultura".
Julio-Agosto de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos "en la playa".
10 de julio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
10 de julio de 1.977	Blancanieves y los siete enanitos "y Breznef".
17 de julio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
17 de julio de 1.977	Blancanieves, los siete enanitos "y Garrigues Walker".
24 de julio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
24 de julio de 1.977	Los episodios nacionales. Sherlock Holmes... y Mr. Watson. "Fábula del oso y el gaitero".
31 de julio de 1.977	Crónica de un irresponsable.
31 de julio de 1.977	Elemental, querido Watson. Sherlock Holmes... y Mr. Watson. "El caso de la minoría asesinada".
7 de agosto de 1.977	Crónica de un irresponsable.

7 de agosto de 1.977	Elemental, querido Watson. "El caso de un espíritu que humeaba en un cajón".
14 de agosto de 1.977	Crónica de un irresponsable.
14 de agosto de 1.977	Elemental, querido Watson. "El caso de la desaparición de Solís".
21 de agosto de 1.977	Crónica de un irresponsable.
21 de agosto de 1.977	Elemental, querido Watson. "El caso del mínimo exento".
28 de agosto de 1.977	Crónica de un irresponsable.
28 de agosto de 1.977	Elemental, querido Watson. "El extraño caso de los ruidos subterráneos".
4 de septiembre de 1.977	Crónica de un irresponsable.
4 de septiembre de 1.977	Elemental, querido Watson. "La desaparición de Martínez Esteruelas".
11 de septiembre de 1.977	Crónica de un irresponsable.
11 de septiembre de 1.977	Elemental, querido Watson. "El caso de la ponencia cerrada".
18 de septiembre de 1.977	Crónica de un irresponsable.
18 de septiembre de 1.977	Elemental, querido Watson. "El caso del viaje de Miss Cebreros".
25 de septiembre de 1.977	Crónica de un irresponsable.
25 de septiembre de 1.977	Elemental, querido Watson. "El caso del niño judío".
2 de octubre de 1.977	Crónica de un irresponsable.
2 de octubre de 1.977	Elemental, querido Watson. "No son vascos, pero como si lo serían".
9 de octubre de 1.977	Crónica de un irresponsable. "El gobierno de concentración de UCD".
16 de octubre de 1.977	Crónica de un irresponsable. "La amnistía".
23 de octubre de 1.977	Crónica de un irresponsable. "Marihuana con goma-2".
30 de octubre de 1.977	Crónica de un irresponsable. "Picasso con pistolas".

10-16 de abril de 1.978	"Woody Allen canijo y pasota".
17-22 de abril de 1.978	Retratos de comisaría. "Antonio Cubillo".
24-30 de abril de 1.978	Retratos de comisaría. "Santiago Carrillo".
24-30 de abril de 1.978	"Tres monstruos que engendrán sueño. Miró no es ningún niño. Francis Bacón, la putrefacción estética. Goya, un sordo malvado".
1-7 de mayo de 1.978	Retratos de comisaría. "Alfredo Mayo".
8-14 de mayo de 1.978	Retratos de comisaría. "Eleuterio Sánchez".
15-21 de mayo de 1.978	Retratos de comisaría. "Felipe González".
22-28 de mayo de 1.978	Retratos de comisaría. "José Mª García".
29 de mayo al 4 de junio de 1.978.	Retratos de comisaría. "Kubala".
5-10 de junio de 1.978	Retratos de comisaría. "Pirri".
12-17 de junio de 1.978	Retratos de comisaría. "Fermín Vilchez" (Firmado "La Redacción").
26 de junio al 2 de julio de 1.978	Retratos de comisaría. "Mingote". (Firmado "Los Redactores de La Codorniz").
21-27 de agosto de 1.978	Retratos de comisaría. "Gregorio Peces-Barba".

TRIUNFO:

Serie: Detrás del espejo.

3-9 de enero de 1.980	"El doctor Paco Torrent, un sabio en su rincón".
10-16 de enero de 1.980	"Lina Morgan y el escritor".
17-23 de enero de 1.980	"Papá, compramé un Picasso".
24-30 de enero de 1.980	"El santo, el salvaje y la devota".
31 de enero al 6 de febrero de 1.980	"Amistad hispano-helénica".
7-13 de febrero de 1.980	"La suerte y la muerte".
14-20 de febrero de 1.980	"La España radical".
21-27 de febrero de 1.980	"Carnaval en Malasaña".
28 de febrero al 5 de marzo de 1.980	"Tu hijo no será Rimbaud".
6-12 de marzo de 1.980	"Aquellos guerreros con anorak".
13-19 de marzo de 1.980	"Raimon y otras nostalgias".
20-26 de marzo de 1.980	"No pongas tus sucias manos sobre Mozart".
27 de marzo al 2 de abril de 1.980	"Banquetes, conferencias y otros funerales".
3-9 de abril de 1.980	"A las cinco, lección de filosofía".
10-16 de abril de 1.980	"Semana Santa, festival del delco".
17-23 dee abril de 1.980	"La España necesaria".
24-30 de abril de 1.980	"Los frailes del Hare Krisna".
1-7 de mayo de 1.980	"Libertad de expresión sin micrófono".
8-14 de mayo de 1.980	"Seis hombres justos en el Ateneo".
15-21 de mayo de 1.980	"El pigmalión progresista".
29 de mayo al 4 de junio de 1.980	"Las tortas del Santo".
5-11 de junio de 1.980	"Fragmentos del debate".
12-18 de junio de 1.980	"Terroristas y pasotas".
19-25 de junio de 1.980	"La libertad en un pisapapeles".

26 de junio al 2 de julio de 1.980	"El Estatuto de la Redacción".
3-9 de julio de 1.980	"El dinámico reportero sigue a Carter".

TRIUNFO.

Noviembre de 1.980	"El Papa y la carne femenina".
Diciembre de 1.980	"Reflexión sobre un nido de mirlos".
Enero de 1.981	"Los nuevos seductores de la derecha perenne".
Febrero de 1.981	"La última forma de amar".
Marzo de 1.981	"Boceto para un laberinto".
Abril de 1.981	"No pongas tus sucias manos sobre Mozart". (Premio González Ruano 1.980).
Mayo de 1.981	"La carne es yerba".
Junio de 1.981	"Contracultura".
Julio-Agosto de 1.981	"El futuro será ayer".
Septiembre de 1.981	"El paraíso es nuestra infancia".
Octubre de 1.981	"El Guernica en la cueva neolítica".
Noviembre de 1.981	"El terror de 1.983".
Diciembre de 1.981	"Equipo Crónica un artista ha muerto, como siempre".
Enero de 1.982	"Doña Juana la Loca ¡Presente!".
Febrero de 1.982	"La Historia como chapuza".
Marzo de 1.982	"España como palo enjabonado".
Abril de 1.982	"El humor en la transición".
Mayo de 1.982	"Cinco años de libertad".
Junio de 1.982	"Refugio atómico para el mundial".
Julio-Agosto de 1.982	"El libro y la mecedora".

EL PAIS.

Serie: Crónicas parlamentarias.

23 de julio de 1.977	"Las nupcias de la democracia".
27 de julio de 1.977	"La llave del Gobierno".
28 de julio de 1.977	"Los sermones de la montaña".
3 de agosto de 1.977	"Rito de palabras en el Senado".
2 de septiembre de 1.977	"Las Cortes encantadas".
7 de septiembre de 1.977	"La Constitución, sonata, op. 77".
11 de septiembre de 1.977	"La fuga de Rafael Alberti".
14 de septiembre de 1.977	"Variaciones sobre el "as de bastos"".
15 de septiembre de 1.977	"Fin de un viaje de novios".
18 de septiembre de 1.977	"Los héroes toman café con leche".
21 de septiembre de 1.977	"Del padre Vitoria a Torrejón".
25 de septiembre de 1.977	"El terrorismo de la risa".
14 de octubre de 1.977	"¿Se sabe algo de La Moncloa?".
15 de octubre de 1.977	"¡Hermanos, daos la paz!".
20 de octubre de 1.977	"El existencialismo del Senado".
23 de octubre de 1.977	"Clases de oratoria en el hemiciclo".
26 de octubre de 1.977	"El sonido de los números".
28 de octubre de 1.977	"La dicha de un papel firmado".
11 de noviembre de 1.977	"El Senado, en su casa".
12 de noviembre de 1.977	"El sortilegio del pacto".
17 de noviembre de 1.977	"El envés del contubernio".
23 de diciembre de 1.977	"La astronomía del Presupuesto".
24 de diciembre de 1.977	"El maleficio del orden público".
29 de diciembre de 1.977	"El arte de matar, versión legal".
12 de enero de 1.978	"Los quebrantos de Televisión".
13 de enero de 1.978	"La izquierda propone, la derecha dispone".
18 de enero de 1.978	"El remate del Presupuesto".
20 de enero de 1.978	"Una bella sesión de florete".
26 de enero de 1.978	"Desde Santana Land-Rover al Tajo".

2 de febrero de 1.978	"Sexo y escrituras".
9 de febrero de 1.978	"Olor a fábrica".
11 de febrero de 1.978	"La delincuencia en rama".
16 de febrero de 1.978	"Alevines y tiburones".
23 de febrero de 1.978	"La Universidad, en ruinas".
2 de marzo de 1.978	"El misterio de la crisis".
9 de marzo de 1.978	"La baraja, rota".
10 de marzo de 1.978	"Idilio en los pasillos".
16 de marzo de 1.978	"La palinodia del Sahara".
30 de marzo de 1.978	"Elegía de Extremadura".
6 de abril de 1.978	"La oración del presidente".
7 de abril de 1.978	"La dicha del consenso".
27 de abril de 1.978	"Conceptos anticonceptivos".
28 de abril de 1.978	"La máscara del actor".
4 de mayo de 1.978	"Los buenos sentimientos del paro".
5 de mayo de 1.978	"La izquierda toca el "tam-tam"".
10 de mayo de 1.978	"Obertura constitucional".
11 de mayo de 1.978	"El semáforo rojo".
12 de mayo de 1.978	"La utopía concreta".
13 de mayo de 1.978	"Nación de naciones".
17 de mayo de 1.978	"La guerra de las lenguas".
18 de mayo de 1.978	"Las cosas de la edad".
19 de mayo de 1.978	"El derecho a esta vida".
20 de mayo de 1.978	"El jardín de los derechos".
23 de mayo de 1.978	"La estrategia del receso".
25 de mayo de 1.978	"La resaca del consenso".
30 de mayo de 1.978	"El regreso de Fraga".
2 de junio de 1.978	"La llave de la derecha".
3 de junio de 1.978	"El paso del Ecuador".
7 de junio de 1.978	"El calor dilata las ideologías".
8 de junio de 1.978q	"Humanismo contra Pinochet".
10 de junio de 1.978	"Carlos Marx en la maleta".
14 de junio de 1.978	"Filibusteros contra el pacto".
15 de junio de 1.978	"El campo de minas".
16 de junio de 1.978	"El sentimiento de los vascos".

21 de junio de 1.978	"La última cena".
5 de julio de 1.978	"La ira de las minorías".
6 de julio de 1.978	"La picaresca electrónica".
7 de julio de 1.978	"La juventud y el derecho a la vida".
8 de julio de 1.978	"El fantasma de Azaña".
12 de julio de 1.978	"El divorcio de la realidad".
13 de julio de 1.978	"Un tedio de negociado".
14 de julio de 1.978	"Los vascos, héroes del pasillo".
19 de julio de 1.978	"El dilema de las autonomías".
20 de julio de 1.978	"El voto de Ausías March".
21 de julio de 1.978	"Algo más que palabras".
22 de julio de 1.978	"Final allegro trágico".
26 de septiembre de 1.978	"Solución Xirinacs".
27 de septiembre de 1.978	"Lenguas, banderas y escudos".
28 de septiembre de 1.978	"El cansancio de los profetas".
30 de septiembre de 1.978	"Constitución entre dos Papas".
1 de octubre de 1.978	"En defensa del fiscal".
4 de octubre de 1.978	"El debate paralelo".
5 de octubre de 1.978	"La piedra filosofal de los vascos".
6 de octubre de 1.978	"La Constitución, con salsa agridulce".
1 de noviembre de 1.978	"El gran reto".
23 de noviembre de 1.978	"El abrazo de los exploradores".
26 de febrero de 1.987	"La nación, bien, ¿y usted?".

EL PAIS.

1 de febrero de 1.979	"Lárgate a Marraquech, encanto".
4 de febrero de 1.979	"Caperucita ya no se pincha".
8 de febrero de 1.979	"No estornudes en el contro".
11 de febrero de 1.979	"Morder la oreja al Papa".
15 de febrero de 1.979	"La patria es un refresco".
18 de febrero de 1.979	"Extraño viaje electoral".
22 de febrero de 1.979	"Dale chocolate a la máquina".
25 de febrero de 1.979	"El sha, en órbita".
1 de marzo de 1.979	"Mañana sale, sale mañana".
4 de marzo de 1.979	"Blas Piñar, en el Congreso".
15 de marzo de 1.979	"La salida del "rollo"".
18 de marzo de 1.979	"Teoría de las fallas".
25 de marzo de 1.979	"Estética de la depresión".
29 de marzo de 1.979	"Noches de la ciudad".
1 de abril de 1.979	"Mister d´Hont, supongo".
8 de abril de 1.979	"Amor y ecología".
19 de abril de 1.979	"No encuentran al mono".
22 de abril de 1.979	"La pistola del diputado".
26 de abril de 1.979	"Los sótanos de Estambul".
29 de abril de 1.979	"Bocadillo de mármol".
6 de mayo de 1.979	"El éxtasis y el bingo".
8 de mayo de 1.979	"Tercio de varas".
10 de mayo de 1.979	"El vivo al bollo".
13 de mayo de 1.979	"Estética de la violencia".
18 de mayo de 1.979	"El pulverizador".
20 de mayo de 1.979	"Los toros".
24 de mayo de 1.979	"Oración sexual".
27 de mayo de 1.979	"La última subasta".
31 de mayo de 1.979	"El antihéroe".
3 de junio de 1.979	"Es un deber olvidarlos".
1 de julio de 1.979	"Te espero en el Eslava, ¡guau...!".
3 de julio de 1.979	"Salve a Kempes".
8 de julio de 1.979	"Los pasotas también se casan".

EL PAIS.

SEMANAL.

Serie: Daguerrotipos.

4 de enero de 1.980	"El escritor Gonzalo Torrente Malvido. Cuentos de la mala vida".
10 de febrero de 1.980	"El pintor José Hernández. Una úlcera consolidada".
17 de febrero de 1.980	"El actor Alvaro de Luna. Lo suyo son las urgencias".
24 de febrero de 1.980	"El fiscal Jesús Chamorro. Aguijón de una avispa".
2 de marzo de 1.980	"El ginecólogo José Antonio Hernández. Placer como obligación".
9 de marzo de 1.980	"El escritor Carlos Luis Alvarez. De recogepelotas a campeón".
16 de marzo de 1.980	"El ingeniero Fernández Ordóñez. Una teta de Simonetta Vespucci".
23 de marzo de 1.980	"El pintor Juan Barjola. Una refinada y ascética sordidez".
30 de marzo de 1.980	"El escritor Héctor Vázquez Azpiri. Un cerebro bien amueblado".
6 de abril de 1.980	"El cardiólogo Paco Torrent. Vesalio resucita en Denia".
13 de abril de 1.980	"El periodista Eduardo Haro Tecglen. Los oráculos están dentro por el calor".
20 de abril de 1.980	"El guionista Pedro Beltrán. Los bohemios, al final, también se casan".
27 de abril de 1.980	"El humorista Chumy Chúmez. Un genio sin convicciones, o las angulas de la ira".

4 de mayo de 1.980	"El médico Pedro Caba. Los langostinos de Villa Avelina".
11 de mayo de 1.980	"El escritor Francisco Umbral. Breve análisis de un impudor".
18 de mayo de 1.980	"El director Luis G. Berlanga. Un anarquista burgués independiente".
25 de mayo de 1.980	"El pintor Antonio López. Fray Angélico atrapado".
1 de junio de 1.980	"El escritor Jesús Fernández Santos. El hígado en una taza de manzanilla".
8 de junio de 1.980	"El reformado Eleuterio Sánchez. Una parodia de esta mediocridad".
15 de junio de 1.980	"El juez Clemente Auger. La ética por la estética".
22 de junio de 1.980	"El humorista José Luis Coll. La venganza del chinito de Cuenca".
29 de junio de 1.980	"El pintor Juan Ripollés. Una santidad de ajo y perejil".
6 de julio de 1.980	"El dibujante Ops. Un cangrejo en la yugular".
13 de julio de 1.980	"El seductor Jimmy Giménez-Arnau. Caída de los dioses en alpargatas".
20 de julio de 1.980	"El montador de cine Pablo del Amo. Asumir el impacto del trauma".
27 de julio de 1.980	"La pintora Beppo. Imagen de una mujer libre".
3 de agosto de 1.980	"El periodista José Altabella. Cien baúles llenos de fichas".
10 de agosto de 1.980	"El pintor Alfredo Alcaín. Flores de papel para los muertos".
17 de agosto de 1.980	"El periodista Vicente Ventura. Un apostol en el restaurante".
31 de agosto de 1.980	"El pintor Andrés Cillero. Tetas perfumadas con Nina Ricci".
7 de septiembre de 1.980	"El dibujante y escritor Máximo. La cabeza dentro de un cesto".

14 de septiembre de 1.980	"El escritor Joan Fuster. Una revolución en la mesa-camilla".
21 de septiembre de 1.980	"El escritor Juan Cueto. Los dioses detergentes, en la lavadora".
28 de septiembre de 1.980	"El actor Manuel Aleixandre. La VI Flota en la taza de café".
5 de octubre de 1.980	"El humorista Manuel Summers. Perfil de un niño cabreado".
12 de octubre de 1.980	"La actriz Sara Montiel. Una mujer--tierra".
19 de octubre de 1.980	"El bailarín Antonio Gades. La venganza de los pies alados".
26 de octubre de 1.980	"La artista Marisol. Nancy levanta el puño".
2 de noviembre de 1.980	"La directora de cine Pilar Miró. Un muchacho como los demás".
9 de noviembre de 1.980	"El periodista Luis Carandell. España es un chiringuito".
16 de noviembre de 1.980	"El pintor Onésimo Anciones. Una voz sin amo".
23 de noviembre de 1.980	"El productor de cine Elías Querejeta. No hables de dinero, por favor".
30 de noviembre de 1.980	"Monseñor Alberto Iniesta. Una espiritualidad de uralita".
14 de diciembre de 1.980	"El duque de Alba Jesús Aguirre. Una tarde en el palacio de Liria".
21 de diciembre de 1.980	"El periodista José María García. Napoleoncito con auriculares".
11 de enero de 1.981	"La novelista Montserrat Roig. El talento o las buenas piernas".
18 de enero de 1.981	"El escritor de cine Carlos Saura. Un murciano con corsé".

EL PAIS.

Serie: Inventario de verano.

11 de julio de 1.981	"Maldades, ternuras y otros duendes de Luis Calvo".
18 de julio de 1.981	"Pedro Sainz Rodríguez: La tortuga y el águila".
25 de julio de 1.981	"El dulce sueño de Dolores Ibárruri".
1 de agosto de 1.981	"Dámaso Alonso: En el jardín de la Filología".
8 de agosto de 1.981	"Cristino Mallo, en la barbacana del café".
15 de agosto de 1.981	"Ernesto Giménez Caballero, o el imperio en una zapatería".
22 de agosto de 1.981	"Rafael Alberti, con los bolsillos llenos de sal marina".
29 de agosto de 1.981	"Domingo Ortega, con los pies entre dos surcos".
5 de septiembre de 1.981	"Juan Gil-Albert navegando en un mar de dulzura".
12 de septiembre de 1.981	"Maruja Mallo, la diosa de los cuatro brazos".
19 de septiembre de 1.981	"Luis Escobar o el último baile de la monarquía".

Serie: Inventario de otoño.

26 de septiembre de 1.981	"Juana Mordó, en óleo sobre tabla".
3 de octubre de 1.981	"Tertulia de tarde con Santiago Ontañón".
10 de octubre de 1.981	"Josep Renau desde un cartel en llamas".
17 de octubre de 1.981	"El baúl de Concha Piquer".

24 de octubre de 1.981	"Faustino Cordón, el genio es la constancia".
31 de octubre de 1.981	"Josep Lluis Sert, en el voladizo de hormigón".
7 de noviembre de 1.981	"Rosa Chacel en el barrio de Maravillas".
14 de noviembre de 1.981	"El pentagrama de Federico Moreno Torroba".
21 de noviembre de 1.981	"Gabriel Celaya como ingeniero sentimental".
28 de noviembre de 1.981	"La romería del pintor Laxeiro".
5 de diciembre de 1.981	"Guillermo Marín en el carro de la farándula".
12 de diciembre de 1.981	"Justino Azcárate, caballero con caballo".
19 de diciembre de 1.981	"José Maldonado, último presidente de la República".

EL PAIS.

Serie: Estampas de una década.

13 de febrero de 1.982	"En el parque del Retiro".
20 de febrero de 1.982	"El mundo del arte por dentro".
27 de febrero de 1.982	"Carnaval en Munich".
6 de marzo de 1.982	"La noche íntima de Madrid".
13 de marzo de 1.982	"Muerte de Agueda en Marraquech".
20 de marzo de 1.982	"La inmortalidad de Ramón Carande".
27 de marzo de 1.982	"Historias del casino".
3 de abril de 1.982	"Retrato de un ecologista".
17 de abril de 1.982	"Cómo hacer feliz a un niño".
24 de abril de 1.982	"Nudo de feministas".
1 de mayo de 1.982	"Feria de Abril en Sevilla".
8 de mayo de 1.982	"Magia para gente noble".
15 de mayo de 1.982	"Estofado de toro".
22 de mayo de 1.982	"La chica que quería un reportaje".
29 de mayo de 1.982	"Viaje iniciático al Nilo".
5 de junio de 1.982	"El intelectual de moda".
12 de junio de 1.982	q"Día del Corpus en Toledo".
19 de junio de 1.982	"No sonrías a un desconocido".
26 de junio de 1.982	"El galán impotente".
3 de julio de 1.982	"El signo de la patada".
10 de julio de 1.982	"Rolling del amor hermoso".
17 de julio de 1.982	"Extraterrestres en Puerta de Hierro".
24 de julio de 1.982	"El viejo y la mosca".

EL PAIS.

Serie: Crónicas urbanas.

11 de septiembre de 1.982	"El cementerio desnudo".
18 de septiembre de 1.982	"El autorretrato de Van Gogh".
25 de septiembre de 1.982	"Misa en Aravaca".
2 de octubre de 1.982	"Adolfo Suárez, sentado en la acera".
9 de octubre de 1.982	"Fraga, como toro nacional".
16 de octubre de 1.982	"Carrillo no tiene rabo".
23 de octubre de 1.982	"Landelino, en camafeo de marfil".
30 de octubre de 1.982	"Felipe y la computadora".
13 de noviembre de 1.982	"Cierta idea de Moscú".
27 de noviembre de 1.982	"Fiesta en Nueva York".
4 de diciembre de 1.982	"Bicicletas para el invierno".
11 de diciembre de 1.982	"Complejo de socialista".
18 de diciembre de 1.982	"¿Quiere usted acostarse conmigo?".
8 de enero de 1.983	"Terror de Año Nuevo".
15 de enero de 1.983	"Servicio de urgencia".
22 de enero de 1.983	"Antena colectiva".
29 de enero de 1.983	"La sopa de Ulises".
5 de febrero de 1.983	"Depósito general de mercancías".
12 de febrero de 1.983	"Unidad móvil".
19 de febrero de 1.983	"Una cuestión de sexo".
26 de febrero de 1.983	"La noche de Rumasa".
5 de marzo de 1.983	"El espectador incorrupto".
12 de marzo de 1.983	"Retrato de familia".
19 de marzo de 1.983	"El refugio atómico".
26 de marzo de 1.983	"Una historia de amor".
14 de mayo de 1.983	"Un terrorista sentimental".
21 de mayo9 de 1.983	"La hamburguesa platónica".
28 de mayo de 1.983	"El rey de la feria".
4 de junio de 1.983	"Una dama en la noche".
11 de junio de 1.983	"Seres o enseres".
18 de junio de 1.983	"La terraza del Teide".

25 de junio de 1.983	"Grandes almacenes".
2 de julio de 1.983	"El crimen de somosaguas".
9 de julio de 1.983	"Dinero para un yate".
16 de julio de 1.983	"Oficio de anacoreta".
23 de julio de 1.983	"Muda de verano".

EL PAIS.

Serie: Daguerrotipos municipales.

9 de abril de 1.983	"Tierno Galván, intelectual con bastón".
16 de abril de 1.983	"Antonio Garrigues, héroe del espacio".
23 de abril de 1.983	"Trias Fargas, con los ojos abiertos".
30 de abril de 1.983	"Pasqual Maragall, con una vara".
7 de mayo de 1.983	"Jorge Verstrynge o el ardor".

Serie: Daguerrotipos.

22 de octubre de 1.983	"Teoría de Alfonso Guerra".
29 de octubre de 1.983	"La dicha de ser Miguel Boyer".
5 de noviembre de 1.983	"El rayo de Oscar Alzaga".
12 de noviembre de 1.983	"Jordi Pujol o Blancanieves".
19 de noviembre de 1.983	"Ramón Tamames, en verde".
26 de noviembre de 1.983	"Tarancón, cardenal entre naranjos".
3 de diciembre de 1.983	"El paraíso de Ignacio Gallego".
10 de diciembre de 1.983	"Vuelo nocturno de Isabelita Perón".
7 de enero de 1.984	"Garaikoetxea, delantero centro".
14 de enero de 1.984	"Gutiérrez Mellado, en pliego de cordel".
21 de enero de 1.984	"Albarán de Miguel Roca".
28 de enero de 1.984	"Paco Ordóñez, torero de salón".
4 de febrero de 1.984	"El misionero Bandrés".
11 de febrero de 1.984	"Herrero de Miñón, el adalid".
18 de febrero de 1.984	"Y al fondo, Blas Piñar".
25 de febrero de 1.984	"¿Dónde está Calvo Sotelo?".
3 de marzo de 1.984	"Juan Carlos o el Rey".

EL PAIS.

Serie: Historias de fin de siglo.

1 de octubre de 1.983	"Balada de la cárcel".
17 de diciembre de 1.983	"La fiesta argentina".
10 de marzo de 1.984	"No ardió el café Gijón".
17 de marzo de 1.984	"Havana Club".
24 de marzo de 1.984	"Cubalibre de ron".
31 de marzo de 1.984	"Viaje de regreso".
7 de abril de 1.984	"Fin del mundo en la chimenea".
14 de abril de 1.984	"Mendigos mecánicos".
28 de abril de 1.984	"El caballo amante".
5 de mayo de 1.984	"El náufrago vuelve a casa".
12 de mayo de 1.984	"Grandes paellas en el cielo".
9 de junio de 1.984	"Conciencia de Jerusalén".
16 de junio de 1.984	"Viaje al mar Muerto".
23 de junio de 1.984	"Corazón de Israel".
30 de junio de 1.984	"Diferencia de fase".
7 de julio de 1.984	"Batalla en el Club de Campo".
14 de julio de 1.984	"El gran proxeneta".
8 de septiembre de 1.984	"Amor y otros muebles".
22 de septiembre de 1.984	"Déle un duro a Beethoven".
29 de septiembre de 1.984	"Vaqueros de asfalto".
27 de octubre de 1.984	"Area". 157 Hudson St. New York".
10 de noviembre de 1.984	"Marque el número de sus sueños".
17 de noviembre de 1.984	"Musical sobre Nicaragua".
1 de diciembre de 1.984	"La chica de la valla".
8 de diciembre de 1.984	"Ejecutivos de usar y tirar".
22 de diciembre de 1.984	"Cuento de Navidad".

EL PAIS.

Serie: Relatos.

5 de enero de 1.985	"La bicicleta estática".
9 de febrero de 1.985	""Live-sex show"".
9 de marzo de 1.985	"¿Quiere usted una magdalena?".
13 de abril de 1.985	"La historia de Ingrid Holm".
11 de mayo de 1.985	"Ascensión a una columna dórica".
15 de junio de 1.985	"Laberinto para un conde siciliano".
13 de julio de 1.985	"El desván de Juliette".
12 de octubre de 1.985	"La hormiga de oro".
12 de enero de 1.986	"La señora inglesa de Fátima".
26 de enero de 1.986	"Bajo los tilos de Berlín".
9 de febrero de 1.986	"El nieto de Ulises".
23 de febrero de 1.986	"La rata que amaba la pintura".

EL PAIS.

SEMANAL.

Serie: La Europa que viene.

24 de febrero de 1.985	"Holanda visillos con gato".
31 de marzo de 1.985	"Francia cultura gratinada".
21 de abril de 1.985	"Ser o no ser en Dinamarca".
19 de mayo de 1.985	"Grecia tratamiento de belleza".
30 de junio de 1.985	"Viaje a Italia".
28 de julio de 1.985	"Bélgica vacas a la sombra de Babel".
25 de agosto de 1.985	"Luxemburgo bancos y pastelerías".
29 de septiembre de 1.985	"Alemania Occidental el romántico corazón de una salchicha".
3 de noviembre de 1.985	"Reino Unido un viaje sin paraguas".
24 de noviembre de 1.985	"Verde corazón de Irlanda".
29 de diciembre de 1.985	"Viaje al lejano Portugal".

EL PAIS.

Serie: Viajeros de verano. Por la costa de Turquía y las Islas Griegas

25 de julio de 1.988	"La púrpura del Egeo".
26 de julio de 1.988	"Navegando rumbo a Estambul".
27 de julio de 1.988	"Las ruinas de Efeso".
28 de julio de 1.988	"De Rodas a Creta".
29 de julio de 1.988	"En la vertical de Apolo".

EL PAIS.

SEMANAL.

Serie: Por la ruta de la *memoria*.

10 de mayo de 1.987	"La Habana. Dulce y espesa".
19 de julio de 1.987	"La Medina de Fez".
23 de agosto de 1.987	"Leningrado".
18 de octubre de 1.987	"Viena".
29 de noviembre de 1.987	"Praga. Una leyenda entre andamios".
27 de diciembre de 1.987	"Jerusalén".
21 de febrero de 1.988	"Rodas. Origen de la paella".
10 de abril de 1.988	"Budapest".
3 de julio de 1.988	"Nueva Orleans".
21 de agosto de 1.988	"Pekín. En el centro del hormiguero".
9 de octubre de 1.988	"Nueva York. La ciudad de los extraterrestres".
20 de noviembre de 1.988	"Shanghai. La sopa más espesa".
22 de enero de 1.989	"Río de Janeiro. A ritmo de cuerpo".
26 de febrero de 1.989	"Mérida de Yucatán".
28 de mayo de 1.989	"Nairobi. Sueños de Africa".
6 de agosto de 1.989	"Lima. La cuenta atrás".
10 de septiembre de 1.989	"Hong Kong. Baile de mercancías".
14 de enero de 1.990	"El silencio de Cuzco".

EL PAIS.

COLUMNA DE LA CONTRAPORTADA.

24 de febrero de 1.983	"Collar de guindas".
1 de marzo de 1.983	"El feto".
6 de marzo de 1.983	"El miedo".
11 de marzo de 1.983	"Los niños".
17 de marzo de 1.983	"La fusta".
27 de marzo de 1.983	"La crisis".
1-2 de abril de 1.983	"La golilla".
7 de abril de 1.983	"A Baeza".
12 de abril de 1.983	"El placer".
17 de abril de 1.983	"El paraíso".
22 de abril de 1.983	"Patriotas".
27 de abril de 1.983	"Cintas".
2 de mayo de 1.983	"La ciudad".
11 de mayo de 1.983	"La bofetada".
17 de mayo de 1.983	"Raimon".
22 de mayo de 1.983	"Los toros".
27 de mayo de 1.983	"La revolución".
1 de junio de 1.983	"Negros".
6 de junio de 1.983	"Dalí, todavía".
12 de junio de 1.983	"Dalí / y 2".
16 de junio de 1.983	"El chico de Orce".
21 de junio de 1.983	"La metrópoli".
26 de junio de 1.983	"La recepción".
1 de julio de 1.983	"Nucleares".
6 de julio de 1.983	"Pablo del Amo".
11 de julio de 1.983	"Tal para cual".
16 de julio de 1.983	""Top-less"".
21 de julio de 1.983	"El hacha".
26 de julio de 1.983	"El universo".
31 de julio de 1.983	"El caos".
20 de septiembre de 1.983	"Senos".

25 de septiembre de 1.983	"Rebeldes".
30 de septiembre de 1.983	"El deber".
5 de octubre de 1.983	"Himno a Madrid".
10 de octubre de 1.983	"La felicidad".
14 de octubre de 1.983	"Conejos".
19 de octubre de 1.983	"Jockey".
23 de octubre de 1.983	"La pistola de Escobedo".
28 de octubre de 1.983	"El badajo".
2 de noviembre de 1.983	"La partitura".
7 de noviembre de 1.983	"La raíz".
11 de noviembre de 1.983	"Idiomas".
17 de noviembre de 1.983	"Músicos".
22 de noviembre de 1.983	"Paz atómica".
27 de noviembre de 1.983	"Ajedrez".
2 de diciembre de 1.983	"El avión".
7 de diciembre de 1.983	"Posaderas".
16 de diciembre de 1.983	"Petunias".
21 de diciembre de 1.983	"Máquinas".
27 de diciembre de 1.983	"El gran reto".
3 de enero de 1.984	"Martín Prieto".
10 de enero de 1.984	"Calma".
17 de enero de 1.984	"Vips".
24 de enero de 1.984	"Lombrices".
31 de enero de 1.984	"El buzón".
7 de febrero de 1.984	"Reflejos".
14 de febrero de 1.984	"Volada".
21 de febrero de 1.984	"Humo".
28 de febrero de 1.984	"Espiritismo".
3 de marzo de 1.984	"Moderneces".
6 de marzo de 1.984	"Posteridad".
13 de marzo de 1.984	"Gran escala".
20 de marzo de 1.984	"El poder".
27 de marzo de 1.984	"La huída".
10 de abril de 1.984	"Ellas se van ".
17 de abril de 1.984	"Orfebrería".

24 de abril de 1.984	"Dioses lares".
1 de mayo de 1.984	q"Puente aéreo".
8 de mayo de 1.984	"Viaje a París".
15 de mayo de 1.984	"La corrida".
5 de junio de 1.984	"Sexo".
12 de junio de 1.984	"Encanto".
19 de junio de 1.984	"Suiza".
26 de junio de 1.984	"Mono común".
3 de julio de 1.984	"La pastilla".
10 de julio de 1.984	"Mediterráneo".
17 de julio de 1.984	"Zumos".
24 de julio de 1.984	"Bodegón".
31 de julio de 1.984	"Olimpia".
5 de septiembre de 1.984	"El mosquito".
11 de septiembre de 1.984	"La foto".
18 de septiembre de 1.984	"La abuela".
25 de septiembre de 1.984	""Lara"".
3 de octubre de 1.984	"Paquirri".
9 de octubre de 1.984	"Intelectuales".
16 de octubre de 1.984	"Nueva York".
23 de octubre de 1.984	"Formas".
30 de octubre de 1.984	"La culpa".
6 de noviembre de 1.984	"Nueva sopa".
13 de noviembre de 1.984	"Nicaragua".
20 de noviembre de 1.984	"Cultura".
27 de noviembre de 1.984	"Cuatro patas".
5 de diciembre de 1.984	"El tango".
11 de diciembre de 1.984	"Gas letal".
18 de diciembre de 1.984	"Burocracia".
8 de enero de 1.985	"Herejes".
15 de enero de 1.985	"Deseos".
22 de enero de 1.985	"Comestibles".
29 de enero de 1.985q	"Los del 27".
5 de febrero de 1.985	"Bendición".
11 de febrero de 1.985	"Identidad".

19 de febrero de 1.985	"La pregunta".
26 de febrero de 1.985	"Arte".
5 de marzo de 1.985	"Ecosistema".
12 de marzo de 1.985	"Belcebú".
19 de marzo de 1.985	"Cárcel".
26 de marzo de 1.985	"El cilindro".
2 de abril de 1.985	"Mantequilla".
9 de abril de 1.985	"Denia".
16 de abril de 1.985	"Aborto".
30 de abril de 1.985	"Relaciones".
7 de mayo de 1.985	"La fortaleza".
14 de mayo de 1.985	"Fiesta".
21 de mayo de 1.985	"La rueda".
28 de mayo de 1.985	"El futuro".
11 de junio de 1.985	"La carne".
18 de junio de 1.985	"Dinero".
2 de julio de 1.985	"Cielo".
9 de julio de 1.985	"Verano".
16 de julio de 1.985	"Pólipo".
30 de julio de 1.985	"La corbata".
10 de septiembre de 1.985	"Minero".
17 de septiembre de 1.985	""Movida"".
24 de septiembre de 1.985	"El pato".
8 de octubre de 1.985	"El mal".
15 de octubre de 1.985	"Milenio".
22 de octubre de 1.985	"Purgatorio".
29 de octubre de 1.985	"Guapos".
5 de noviembre de 1.985	"El áspid".
12 de noviembre de 1.985	"Franco".
19 de noviembre de 1.985	"Tarzán".
26 de noviembre de 1.985	"Jóvenes".
3 de diciembre de 1.985	"La bola".
10 de diciembre de 1.985	"Monstruo".
17 de diciembre de 1.985	"Esposas".
24 de diciembre de 1.985	"Secuestro".

31 de diciembre de 1.985	"Chanquetes".
7 de enero de 1.986	"Semáforo".
14 de enero de 1.986	"Mendigos".
21 de enero de 1.986	"Bando".
28 de enero de 1.986	"Nocturno".
5 de febrero de 1.986	"Buda".
11 de febrero de 1.986	"Ráfaga".
18 de febrero de 1.986	"Jo, macho".
25 de febrero de 1.986	"Siluetas".
4 de marzo de 1.986	"Concierto".
11 de marzo de 1.986	"Parabellum".
18 de marzo de 1.986	"Ruleta".
25 de marzo de 1.986	"La Pasión".
1 de abril de 1.986	"Gólgota".
15 de abril de 1.986	"Armonía".
22 de abril de 1.986	"Macarra".
29 de abril de 1.986	"Agua".
6 de mayo de 1.986	"Atomos".
13 de mayo de 1.986	"Toros".
20 de mayo de 1.986	"Perros".
27 de mayo de 1.986	"Veneno".
3 de junio de 1.986	"Taller".
10 de junio de 1.986	"La pulga".
17 de junio de 1.986	"El túnel".
24 de junio de 1.986	"Juego".
1 de julio de 1.986	"Infierno".
8 de julio de 1.986	"El plazo".
15 de julio de 1.986	"Quirófano".
22 de julio de 1.986	"Desnudos".
29 de julio de 1.986	"Explosivo".
5 de agosto de 1.986	"La noticia".
12 de agosto de 1.986	"Anfora".
19 de agosto de 1.986	"La huella".
26 de agosto de 1.986	"Incendio".
2 de septiembre de 1.986	"Motocicleta".

9 de septiembre de 1.986	"Fráse".
16 de septiembre de 1.986	"El silencio".
23 de septiembre de 1.986	"Sinatra".
30 de septiembre de 1.986	"Romance".
7 de octubre de 1.986	"Interludio".
15 de octubre de 1.986	"Terremoto".
21 de octubre de 1.986	"La prueba".
28 de octubre de 1.986	"Brindis".
4 de noviembre de 1.986	"Ordenador".
11 de noviembre de 1.986	"Anónimo".
18 de noviembre de 1.986	"Caballo".
25 de noviembre de 1.986	"Almas".
2 de diciembre de 1.986	"Equilibrio".
9 de diciembre de 1.986	"Retrato".
16 de diciembre de 1.986	"Receptor".
23 de diciembre de 1.986	"Servicio".
30 de diciembre de 1.986	"Biopsia".
6 de enero de 1.987	"El tren".
13 de enero de 1.987	"El muro".
20 de enero de 1.987	"Panorama".
27 de enero de 1.987	"Festín".
3 de febrero de 1.987	"Relevo".
10 de febrero de 1.987	"Arquero".
17 de febrero de 1.987	"Nivel".
24 de febrero de 1.987	"Destrucción".
3 de marzo de 1.987	"Marcinkus".
10 de marzo de 1.987	"Tropical".
17 de marzo de 1.987	"Fuego".
24 de marzo de 1.987	"En flor".
31 de marzo de 1.987	"Nada".
7 de abril de 1.987	"Barniz".
14 de abril de 1.987	"Trama".
21 de abril de 1.987	"Amigo".
28 de abril de 1.987	"Génesis".
5 de mayo de 1.987	"Cenizas".

12 de mayo de 1.987	"Armas".
19 de mayo de 1.987	"Sangre".
26 de mayo de 1.987	"Suicidio".
2 de junio de 1.987	""Peep Show"".
16 de junio de 1.987	"Vasectomía".
23 de junio de 1.987	"Pócimas".
14 de julio de 1.987	"Juguete".
21 de julio de 1.987	"Mariposa".
28 de julio de 1.987	"Código".
1 de septiembre de 1.987	"Combate".
8 de septiembre de 1.987	"Capricho".
15 de septiembre de 1.987	"Gracia".
22 de septiembre de 1.987	"Moderno".
29 de septiembre de 1.987	"Trébol".
6 de octubre de 1.987	"Sperman".
13 de octubre de 1.987	"La bomba".
20 de octubre de 1.987	"Almohada".
27 de octubre de 1.987	"La huida".
3 de noviembre de 1.987	"Rotación".
10 de noviembre de 1.987	"Enredo".
17 de noviembre de 1.987	"Sepelio".
24 de noviembre de 1.987	"Innombrable".
1 de diciembre de 1.987	"Biopsia".
8 de diciembre de 1.987	"Trompeta".
15 de diciembre de 1.987	"Libertad".
22 de diciembre de 1.987	"Travesía".
29 de diciembre de 1.987	"Feliz año".
5 de enero de 1.988	"Dioses".
12 de enero de 1.988	"Hipóstasis".
19 de enero de 1.988	"Mando".
26 de enero de 1.988	"Escena".
2 de febrero de 1.988	"Tabaco".
16 de febrero de 1.988	"Silencio".
23 de febrero de 1.988	"Ave María".
1 de marzo de 1.988	"Goliat".

8 de marzo de 1.988	"Derechos".
22 de marzo de 1.988	"A pleno sol".
5 de abril de 1.988	"Inmortal".
12 de abril de 1.988	"Tajadas".
19 de abril de 1.988	"Inventario".
26 de abril de 1.988	"Balas".
3 de mayo de 1.988	"Testamentaría".
10 de mayo de 1.988	"Sustancia".
17 de mayo de 1.988	"Costumbre".
24 de mayo de 1.988	"Boxeo".
31 de mayo de 1.988	"Discotecas".
7 de junio de 1.988	"Ultima copa".
14 de junio de 1.988	"La rosa".
19 de junio de 1.988	"Apoteosis".
26 de junio de 1.988	"Suicida".
3 de julio de 1.988	"Inmersión".
10 de julio de 1.988	"Exótico".
17 de julio de 1.988	"Cultura".
24 de julio de 1.988	""Okupas"".
31 de julio de 1.988	"El desagüe".
7 de agosto de 1.988	"Hacia la mar".
14 de agosto de 1.988	"Sustento".
21 de agosto de 1.988	"Moscardón".
28 de agosto de 1.988	"Album".
4 de septiembre de 1.988	"El Pegolí".
11 de septiembre de 1.988	"Delfines".
18 de septiembre de 1.988	"La bondad".
25 de septiembre de 1.988	"El tahúr".
2 de octubre de 1.988	"Carrera".
9 de octubre de 1.988	"Relajación".
16 de octubre de 1.988	"Naipes".
23 de octubre de 1.988	"Culto".
30 de octubre de 1.988	"El perfume".
6 de noviembre de 1.988	"Moneda".
13 de noviembre de 1.988	"Diamante".

20 de noviembre de 1.988	"Los pobres".
27 de noviembre de 1.988	"El terror".
4 de diciembre de 1.988	"Serpentina".
11 de diciembre de 1.988	"El volcán".
18 de diciembre de 1.988	"Capones".
8 de enero de 1.989	"Solsticio".
15 de enero de 1.989	"Teorema".
22 de enero de 1.989	"Paseante".
29 de enero de 1.989	"Concurso".
5 de febrero de 1.989	"En la selva".
12 de febrero de 1.989	"El jardín".
19 de febrero de 1.989	"Montería".
26 de febrero de 1.989	"Baluarte".
5 de marzo de 1.989	"Museo".
12 de marzo de 1.989	"Progresista".
19 de marzo de 1.989	"Cabalgar".
26 de marzo de 1.989	"La savia".
2 de abril de 1.989	"Eutanasia".
9 de abril de 1.989	"La capucha".
16 de abril de 1.989	"Estilo".
23 de abril de 1.989	"Lluvia".
30 de abril de 1.989	"Pétalo".
7 de mayo de 1.989	"Latido".
14 de mayo de 1.989	"Tauromaquia".
21 de mayo de 1.989	"Metáfora".
28 de mayo de 1.989	"La firma".
4 de junio de 1.989	"Alfonso I".
11 de junio de 1.989	"Tiananmen".
18 de junio de 1.989	"Inmortal".
25 de junio de 1.989	"Felipones".
2 de julio de 1.989	"El jugador".
9 de julio de 1.989	"La derrota".
16 de julio de 1.989	"Galaxia".
23 de julio de 1.989	"Marina".
30 de julio de 1.989	"Teología".

6 de agosto de 1.989	"Ceniza".
13 de agosto de 1.989	"Misterio".
20 de agosto de 1.989	"Los tordos".
27 de agosto de 1.989	"Utopía".
3 de septiembre de 1.989	"Vástagos".
10 de septiembre de 1.989	"Temporal".
17 de septiembre de 1.989	"Drogas".
24 de septiembre de 1.989	"La pinza".
1 de octubre de 1.989	"Anchoas".
8 de octubre de 1.989	"En la UVI".
15 de octubre de 1.989	"Popes".
22 de octubre de 1.989	"Ficha roja".
29 de octubre de 1.989	"Espejos".
5 de noviembre de 1.989	"La peste".
12 de noviembre de 1.989	"El muro".
19 de noviembre de 1.989	"Imagen".
26 de noviembre de 1.989	"Invasión".
3 de diciembre de 1.989	"Amanecer".
10 de diciembre de 1.989	"Ambulancia".
17 de diciembre de 1.989	"Un juez".
24 de diciembre de 1.989	"Pantera".
31 de diciembre de 1.989	"Balneario".
14 de enero de 1.990	"El viaje".
21 de enero de 1.990	"Manantial".
28 de enero de 1.990	"El asesino".
4 de febrero de 1.990	"Simetría".
11 de febrero de 1.990	"Arte".
18 de febrero de 1.990	"Habas".
25 de febrero de 1.990	"Creación".
4 de marzo de 1.990	"Marisquería".
11 de marzo de 1.990	"Madurez".
18 de marzo de 1.990	"Alta mar".
25 de marzo de 1.990	"El tacto".
1 de abril de 1.990	"El olfato".
8 de abril de 1.990	"El oído".

15 de abril de 1.990	"El gusto".
22 de abril de 1.990	"La vista".
29 de abril de 1.990	"El destino".
6 de mayo de 1.990	"El tesoro".
13 de mayo de 1.990	"La corrida".
20 de mayo de 1.990	"El tostador".
27 de mayo de 1.990	"El ángel".
3 de junio de 1.990	"Naturaleza":
10 de junio de 1.990	"El viaje".
17 de junio de 1.990	"Esfera".
24 de junio de 1.990	"Drácula".
1 de julio de 1.990	"Berlín 1990".
8 de julio de 1.990	"Bailable".
15 de julio de 1.990	"Año 1994".
22 de julio de 1.990	"El resplandor".
29 de julio de 1.990	"El vigilante".
5 de agosto de 1.990	"El proyecto".
12 de agosto de 1.990	"Bisturí".
19 de agosto de 1.990	"El arpón".
26 de agosto de 1.990	"Carne picada".
9 de septiembre de 1.990	"Delfines".
16 de septiembre de 1.990	"Sombras".
30 de septiembre de 1.990	"Sicario".
7 de octubre de 1.990	"Santidad".
14 de octubre de 1.990	"Tribunal".
21 de octubre de 1.990	"A un amigo".
28 de octubre de 1.990	"El tambor".
4 de noviembre de 1.990	"El retablo".
11 de noviembre de 1.990	"Arquímedes".
18 de noviembre de 1.990	"Exterminador".
25 de noviembre de 1.990	"Suena Brahms".
9 de diciembre de 1.990	"El gallo".
16 de diciembre de 1.990	"Aluvión".
23 de diciembre de 1.990	"Sin rostro".
30 de diciembre de 1.990	"Gran copa".

6 de enero de 1.991	"Epifanía".
13 de enero de 1.991	"Las calmas".
20 de enero de 1.991	"Animales".
27 de enero de 1.991	"Semillas".
3 de febrero de 1.991	"Candelaria".
10 de febrero de 1.991	"Carnaval".
17 de febrero de 1.991	"Cuaresma".
24 de febrero de 1.991	"Almendros".
3 de marzo de 1.991	"Victoria".
10 de marzo de 1.991	"Aeropuerto".
17 de marzo de 1.991	"Primavera".
24 de marzo de 1.991	"Frontera".
31 de marzo de 1.991	"Espárragos".
7 de abril de 1.991	"Festival".
14 de abril de 1.991	"Silencio".
21 de abril de 1.991	"Exorcismo".
28 de abgril de 1.991	"Concierto".
5 de mayo de 1.991	"Lebeche".
12 de mayo de 1.991	"El ruedo".
19 de mayo de 1.991	"Vellocino".
26 de mayo de 1.991	"Manzana".
2 de junio de 1.991	"Huida".
9 de junio de 1.991	"Terror".
16 de junio de 1.991	"Armilar".
23 de junio de 1.991	"Reloj de oro".
30 de junio de 1.991	"Desfile".
7 de julio de 1.991	"Enemigo".
14 de julio de 1.991	"Posesión".
21 de julio de 1.991	"Corrupción".
28 de julio de 1.991	"Nupcias".
4 de agosto de 1.991	"Baile".
11 de agosto de 1.991	"Espejos".
18 de agosto de 1.991	"Tobi".
25 de agosto de 1.991	"La casa".
1 de septiembre de 1.991	"El sillón".

10 de mayo de 1.992	"Ferlosio".
17 de mayo de 1.992	"Juan Benet".
24 de mayo de 1.992	"La explosión".
31 de mayo de 1.992	"Gran resaca".
7 de junio de 1.992	"Ordóñez".
14 de junio de 1.992	"Al día".
21 de junio de 1.992	"La partida".
28 de junio de 1.992	"Esquela".
5 de julio de 1.992	"Del amor".
12 de julio de 1.992	"Fascismo".
19 de julio de 1.992	"Mercado".
26 de julio de 1.992	"Kundalini".
2 de agosto de 1.992	"El Sol".
9 de agosto de 1.992	"Cormorán".
16 de agosto de 1.992	"La prueba".
23 de agosto de 1.992	"El Rey".
30 de agosto de 1.992	"Solidez".
6 de septiembre de 1.992	"Cerecedo".
13 de septiembre de 1.992	"Desafío".
20 de septiembre de 1.992	"Degradante".
27 de septiembre de 1.992	"Hombre lobo".
4 de octubre de 1.992	"Cobardía".
11 de octubre de 1.992	"Los tordos".
18 de octubre de 1.992	"Ventiladores".
25 de octubre de 1.992	"Cansancio".
1 de noviembre de 1.992	"Homenaje".
8 de noviembre de 1.992	"Máquinas".
15 de noviembre de 1.992	"Los límites".
22 de noviembre de 1.992	"La cometa".
29 de noviembre de 1.992	"Conciencia".
6 de diciembre de 1.992	"Sátira".
13 de diciembre de 1.992	"Catecismo".
20 de diciembre de 1.992	"Quimera".
27 de diciembre de 1.992	"Fortaleza".

EL PAIS.

Serie: Gran angular.

20 de enero de 1.991	"Sadam Husein, el obstinado".
24 de febrero de 1.991	"El emperador Bush".
31 de marzo de 1.991	"Isaac Shamir o la fe en la dinamita".
26 de mayo de 1.991	"Hassan II de Marruecos. La crueldad del ajedrez".
30 de junio de 1.991	"Felipe González. ¿Ser o no ser, qué?".
28 de julio de 1.991	"Fidel Castro. La última soledad".
25 de agosto de 1.991	"El héroe convulso. Yeltsin".
29 de septiembre de 1.991	El Papa Wojtyla. Adalid del sacro imperio".
27 de octubre de 1.991	"James Baker, el domador".
1 de diciembre de 1.991	"Julio Anguita. En el camino de la perfección".
29 de diciembre de 1.991	"Gorbachov. Frente al ratón blanco".

EL PAIS.

Serie: El agosto de Vicent.

2 de agosto de 1.992	"Pesca de arrastre en un mar de dulzura".
9 de agosto de 1.992	"La luz de Tabarca".
16 de agosto de 1.992	"Ejercicios en la isla de Cabrera".
23 de agosto de 1.992	"Una fiesta valenciana".
30 de agosto de 1.992	"Por tierras de carlistas, curas y trabucaires".

EL PAIS.

SEMANAL.

Serie: Domingo negro.

24 de febrero de 1.991	"Pareja de ases".
2-3 de marzo de 1.991	"El difunto Salami llama por teléfono".
10 de marzo de 1.991	"Una flor se abre de madrugada".
17 de marzo de 1.991	"La dama se traga el brillante".
24 de marzo de 1.991	"El muerto se agarró a la verja".
31 de marzo de 1.991	"Baile en el depósito de cadáveres".
7 de abril de 1.991	"El interventor de la oreja cortada".
14 de abril de 1.991	"En busca de un amor tunecino".
21 de abril de 1.991	"El sueño de Pitágoras".
28 de abril de 1.991	"Por el cielo pasaron sus labios".
5 de mayo de 1.991	"La segunda muerte de una dama".
12 de mayo de 1.991	"Dame un filtro de amor".
19 de mayo de 1.991	"Un antílope de asfalto".
26 de mayo de 1.991	"El duque tatuado".
2 de junio de 1.991	"Los jabalíes beben en vaso largo".
9 de junio de 1.991	"Partida de caza mayor".
16 de junio de 1.991	"El dálmata que tomó un elixir".
23 de junio de 1.991	"Echad serrín para bailar el vals".
30 de junio de 1.991	"Cántico de la llave de oro".
7 de julio de 1.991	"Navegando por el Cuerno de Oro".
14 de julio de 1.991	"Coronas en el vertedero general".
21 de julio de 1.991	"Segundas nupcias en Alcalá-Meco".
28 de julio de 1.991	"El amor es el camino más corto".
4 de agosto de 1.991	"Georgina y el magistrado".
11 de agosto de 1.991	"La noche oscura del alma".
18 de agosto de 1.991	"Te daré una prueba de amor".
25 de agosto de 1.991	"Cantará Frank Sinatra".
1 de septiembre de 1.991	"La bodega de palacio".
8 de septiembre de 1.991	"El cocodrilo emisario".

15 de septiembre de 1.991	"Junta de accionistas en la casa de los muertos".
22 de septiembre de 1.991	"La fuga de Boro Salami".
29 de septiembre de 1.991	"Las vísperas de la alegría".
6 de octubre de 1.991	"El vuelo de la extinta belleza".
13 de octubre de 1.991	"Verás el cielo abierto".
20 de octubre de 1.991	"El arco cegado".
27 de octubre de 1.991	"Desafío en la fila cero".
3 de noviembre de 1.991	"La próxima verdad de la ceniza".
10 de noviembre de 1.991	"Hay un reino abierto abajo".
17 de noviembre de 1.991	"El último vuelo de los jabalíes".
24 de noviembre de 1.991	"La oración definitiva".
1 de diciembre de 1.991	"Fin de fiesta".

EL PAIS.

SEMANAL.

Serie: Fantasmas.

23 de febrero de 1.992	"La galería del amor".
1 de marzo de 1.992	"La caja del tesoro".
8 de marzo de 1.992	"El celo del garrote vil".
15 de marzo de 1.992	"¿Dónde está el lavabo, por favor?".
22 de marzo de 1.992	"El cajón de los traumas".
30 de marzo de 1.992	"Unidad de vigilancia intensiva".
5 de abril de 1.992	"El santuario nuclear".
12 de abril de 1.992	"Tener un palco en el Liceo".
19 de abril de 1.992	"Supermercado del sexo".
26 de abril de 1.992	"El doctor Freud ha salido".
3 de mayo de 1.992	"La cámara de gas".
10 de mayo de 1.992	"Corrida de toros en Europa".
17 de mayo de 1.992	"Gatos en la Residencia".
24 de mayo de 1.992	"Jugar con la máscara".
31 de mayo de 1.992	"La huerta de las Descalzas Reales".
7 de junio de 1.992	"Terror en el bosque informático".
14 de junio de 1.992	"La casa natal de Hitler".
21 de junio de 1.992	"La orquesta del Titanic, en Venecia".
28 de junio de 1.992	"Etica de la basura".
5 de julio de 1.992	"La Vibradora Universal en el Vaticano"
12 de julio de 1.992	"La quinta marcha".
19 de julio de 1.992	"El atleta y sus zapatillas".
26 de julio de 1.992	"El viaje del héroe".
6 de septiembre de 1.992	"Introducción a la Academia".
13 de septiembre de 1.992	"El buzón de las delaciones".
20 de septiembre de 1.992	"Delírium trémens".
27 de septiembre de 1.992	"La simetría de las cigalas".
4 de octubre de 1.992	"El dedo que señala".

18 de octubre de 1.992	"Soñador de museos".
25 de octubre de 1.992	"El amor y la peste".
1 de noviembre de 1.992	"Fin de semana, fin de la historia".

EL PAIS.

(Textos sueltos).

8 de mayo de 1.979	"Tercio de varas".
22 de octubre de 1.980	"Cena con un premio Nobel".
16 de diciembre de 1.980	"El secano contra el regadío".
1 de marzo de 1.981	"La larga noche del 23 de febrero. Los pájaros huyeron de Valencia".
17 de mayo de 1.981	"Delicias de perro mundo".
6 de junio de 1.981	"La noche del gorila".
31 de enero de 1.982	"Alá está aquí".
7 de febrero de 1.982	"El heredero".
15 de mayo de 1.982	"El vaquero de "boutique" y los charolés suizos".
14 de junio de 1.984	"El estómago de los españoles".
11 de enero de 1.987	"Háblame de Caín".
17 de noviembre de 1.989	"Pasionaria, el sueño más dulce".
27 de enero de 1.990	"Fiesta en el Prado. Velázquez eres tú".
12 de junio de 1.991	"Por el Cañón de los Héroes".
30 de agosto de 1.991	Baleares. "Teoría de Ibiza".
31 de agosto de 1.991	Baleares. "Meditación de Mallorca".

DOMINICAL.

15 de febrero de 1.981	"Concierto en el pabellón".
25 de octubre de 1.981	"El Guernica como pintura rupestre".
junio de 1.982	"Un viaje por el "metro" de Nueva York. El bosque petrificado".
4 de noviembre de 1.984	"Imagen y sonido de las elecciones norteamericanas".

DIARIO POR LA PAZ.

7 de febrero de 1.991 "Sobre el honor".

PREMIOS

1. ALFAGUARA. 1.966. Pascua y naranjas.
2. GONZALEZ RUANO. (Periodismo). 1.980. "No pongas tus sucias manos sobre Mozart".
3. NADAL. 1.986. Balada de Caín.

BIOGRAFIAS

MANUEL VICENT. García Lorca. Epesa. Madrid, 1.969.

NOVELAS

MANUEL VICENT. El Resuello. Alfaguara. Madrid-Barcelona, 1.966.
MANUEL VICENT. Pascua y Naranjas. (Premio Alfaguara). Alfaguara. Madrid-Barcelona, 1.967.
MANUEL VICENT. El anarquista coronado de adelfas. Destino. Barcelona, 1.979.
MANUEL VICENT. Angeles o neófitos. Destino. Barcelona, 1.980.
MANUEL VICENT. Balada de Caín. (Premio Nadal 1.986). Destino. Barcelona, 1.987.
MANUEL VICENT. La muerte bebe en vaso largo. Destino. Barcelona, 1.992.
MANUEL VICENT. Contra Paraíso. Destino. Barcelona, 1.993.

LIBROS DE RECOPILACIONES DE ARTICULOS

VICENT, UMBRAL, CANDIDO. Caperucita y los Lobos. Ediciones S.A. Madrid, 1.976.
MANUEL VICENT. Retratos de la transición. Penthalon. Madrid, 1.981.

MANUEL VICENT. No pongas tus sucias manos sobre Mozart. Debate. Madrid, 1.983.
MANUEL VICENT. Crónicas urbanas. Debate. Madrid, 1.983.
MANUEL VICENT. Crónicas parlamentarias. Ed. Libertarias. Madrid, 1.984.
MANUEL VICENT. Inventario de Otoño. DEbate. Madrid, 1.984.
MANUEL VICENT. Daguerrotipos. Debate. Madrid, 1.984.
MANUEL VICENT. La carne es yerba. El País. Madrid, 1.985.
MANUEL VICENT. Ulises, tierra adentro. El País. Madrid, 1.986.
MANUEL VICENT. Arsenal de balas perdidas. Anagrama. Barcelona, 1.987.
MANUEL VICENT: Por la ruta de la memoria. Destino. Barcelona, 1.992.
MANUEL VICENT: A favor del placer. Cuaderno de bitácora para náufragos de hoy. El País-Aguilar. Madrid, 1.993.

TRADUCCIONES

MANUEL VICENT. Balladen om Kain. Fischer Rye. Uddevalla, 1.989. (Traduc. Peter Landelius).
MANUEL VICENT. La ballade de Caïn. Robert Laffont. París, 1.990. (Traduc. Chantal Mairot y Eduardo Jiménez).
MANUEL VICENT. Mein Name ist Kain. Residenz Verlag. Ausgabe, 1.9991. (Traduc. Georg Danzer).
MANUEL VICENT. Kronieken van de grote stad. Coppens Frenks Uitgevers. Amsterdam, 1.991. (Traduc. Verhalen).

2. EL ESCRITOR Y SU AUTOCRITICA

EL ESCRITOR Y LA CRITICA

2.1. EL ESCRITOR Y SU AUTOCRITICA.

En las jornadas de la Universidad Complutense, que tuvieron lugar en Torrelodones, en el mes de julio de 1.991, en el ciclo de "Novela española contemporánea", bajo el título Confesiones de autor, Manuel Vicent leyó un texto en el que encontramos su autocrítica, en primer lugar el por qué y cómo escribe, y después el origen de su estética literaria, fijado en los recuerdos de su infancia, que transcurre entre la realidad implacable de la guerra civil y el descubrimiento esplendoroso de los elementos de la naturaleza.

Transcribimos su propia lectura.

"Ya está todo dicho. Todo absolutamente escrito. Cambia la forma. La forma es insondable. Repetimos el discurso de siempre. Son cuatro cosas. Tal vez hay un libro inventario donde está enumerada la historia de todos los argumentos posibles. Los ordenadores la tienen incorporada como un programa. Las pasiones son cuatro, cinco, seis o siete pecados capitales. Y la combinación de estas pasiones forman setenta argumentos".

"Me cuesta mucho escribir. El proceso de ponerme a la máquina es muy lento. El proceso de tener claro lo que quiero decir es muy angustioso. El proceso de conseguir en la mente algo que valga la pena escribir es neurótico. Considero un horror ser un escritor profesional: que todo lo que escribas, por el hecho de que lo escribas tú, tenga que ser publicado me parece un horror. No escribir por necesidad también me parece un horror. Todo me parece un horror. En el fondo no sé si esto es un oficio, si es un beneficio, si es una neurosis, si se ha de hacer para ganarse la vida,

si se ha de escribir por necesidad. Yo soy un escritor que escribo porque me lo exige el periódico, porque me lo manda el redactor jefe. Creo que no podría dejar de escribir, y al mismo tiempo creo que lo que escribo no tiene ningún motivo para ser escrito. Es una neurosis total. Estamos en lo de siempre".

"Este es mi proceso. Comienzo a tratar de escribir. Normalmente no se me ocurre nada. En el caso de que se me ocurra creo que no tiene ninguna importancia, que puede esperar perfectamente y ser mejorado. Y dejo pasar el tiempo. Al cabo de una o dos horas de no haber hecho nada me entra la depresión por no haber hecho nada y porque las cosas que se me han ocurrido no tienen importancia. No obstante, si he de entregar el papel rápidamente me pongo a trabajar, y todo aquello que me acude a la mente va adquirieno una importancia directamente proporcional al tiempo que falta para la entrega. Y todo lo que se me ocurre en el último minuto me parece genial, siempre que sirva para tapar un trozo de folio".

"Al margen de que escriba bien o mal, con esfuerzo o sin él, creo que ser escritor es una forma de estar en el mundo, una manera de ser. El escritor se nutre de unas vivencias obsesivas, que no suelen ser variadas sino recurrentes, y que fundamentalmente se derivan de la infancia, y a partir de esa primitiva experiencia la labor del escritor se desarrolla a lo largo de toda su vida, buscando las palabras que expresen de un modo distinto esas pasiones o sentimientos comunes. La búsqueda de palabras: esa es la misión del escritor. Investigar en el mar de la forma para dar profundidad a una narración, estar convencido de que todo está dicho, todas las pasiones contadas, todos los sentimientos repetidos, todos los crímenes cometidos, todos los juicios emitidos,

todas las sentencias cumplidas, pero que el escritor tiene un punzón o estilo con que grabar su nombre, su huella, su experiencia propia, su visión del mundo con palabras con las que es reconocido. Llamar estilista a un escritor es un modo de insultarle. Pero yo digo que el estilo es un punzón y con el estilo se puede matar. Dicho ésto, puedo confesar cuales fueron en esencia las vivencias de mi infancia de las que no he podido huir, y que hoy alimentan mi literatura".

"Antes de llegar al uso de razón, yo era un especialista en bombas y en el paraíso terrenal las había de todas las clases, pero a mí me gustaban más las italianas porque se parecían al frasco de colonia que usaba mi madre. Si alguna de aquellas bombas con las que yo jugaba de niño cerca de la base del Cavalls hubiera estallado, habría ido directamente al cielo puesto que entonces yo era todavía un ángel. Antes de llegar al uso de razón sabía que el olor de los conejos iba unido al amor, pero aún había otros perfumes más violentos que precedieron a mi primer pecado, por ejemplo, el vaho espeso de algarroba que despedía el granero de mi tía Pura, donde también había unos cañizos con frutas de monte puestas a secar, aquellas serbas de color ocre con motas doradas, cuyo arbusto roído por los jabalíes yo había visto en mis correrías por el pilón de Santa Bárbara, por la peña Espiadora, el Castell y la muntanyeta dels Cristalets".

"Estos eran los límites del paraíso terrenal por mí explorados cuando aún no había alcanzado el libre albedrío y sus trincheras aún conservaban algún soldado muerto, en los barrancos había burros podridos con un avispero en la tripa, en los alcornoques se balanceaban los perros ahorcados y allí estaba el precipi-

cio de la cantera, al pie de los lienzos del castillo como el vacío del infierno, pero aquel espacio a su vez tenía todos los perfumes silvestres, flores de una luz violenta y al fondo se abría la circunferencia azul del mar sobre un campo ubérrimo de naranjos. Las trochas de aquellos montes con sus alacranes de color miel tenían botas de guerrero llenas de tierra donde había crecido espliego, tomillo, menta, bergamota y crecía también el laurel junto a cascos de soldados y macutos abandonados".

"Durante la infancia, yo confundía estos parajes terrenales con los pliegues de mi propio cerebro, y desde aquellos días de inocencia no me ha abandonado la idea de que la vida de los hombres no es sino un nudo de aromas que se va deshaciendo ante la muerte. En la montaña de Santa Bárbara que domina el pueblo de La Vilavella, había un yacimiento ibérico con restos de un santuario romano y éso no era explícito, pero le confería un aire sagrado a aquel lugar de iniciación y al amparo de un ara votiva ignorada bajo las hierbas aromáticas y los zarzales buscaba balas de cobre, bombas de mano, proyectiles que tenían una arandela muy apreciada por un trapero llamado El Tramuser, al que yo vendía el material para comprar atún en escabeche. En aquellos días tan azules la Eucaristía aún no había visitado mi tierno corazón, lo cual quiere decir que no conocía todavía el hondo sabor a picadura selecta que exhalaba el confesionario".

"Yo era un garduño de monte que a la caída del sol muchas veces bajaba al llano con el alijo de metal para el trapero, aunque una tarde de primavera encontré un tesoro que no quise vender. Junto a la fortificación de guerra, que aún conservaba los sacos

terreros, había un esqueleto de soldado con algunos harapos del uniforme pegados al hueso a pleno sol y su casco había florecido. Cerca había una higuera que ya sombreaba, y allí estaba aquel zurrón militar que contenía una lata de sardinas oxidada, una navaja con tres muelles y un libro de relatos titulado Corazón, de Edmundo D´Amicis, con tapas duras y los cantos fermentados por la lluvia. Yo no sabía leer, pero llevé aquel volumen a casa porque me gustaba la ilustración que tenía en la cubierta, un medallón granate con la imagen de un niño que también iba solo por un monte. Durante mucho tiempo lo conservé y cuando don Manuel Segarra, el maestro de escuela, me regaló para mi primera comunión un libro que se llamaba Lo que puede más que el hombre, guardé los dos volúmenes siempre unidos, y así nació mi biblioteca".

"Otra frontera sin explorar de aquel paraíso la formaban tres balnearios bombardeados o derruídos. Sus vestigios han alimentado mi inconsciente y aquellas pérgolas con columnas de Itálica, los estanques con mosaicos de peces, las salas con bañeras que tenían garras de león, los techos desventrados donde colgaban racimos de murciélagos y las pegajosas flores dell plumbago, junto a los bancos de azulejos, son todavía para mí ahora la expresión de la belleza, el ideario estético que me conmueve: saber que la dicha late bajo la destrucción. Nací en La Vilavella, en 1.936, cuando aquel era un pueblo dormido al pie de la sierra de Espadán, y en el país los pájaros ya respiraban pólvora, pero el 18 de julio mi pequeña carne sonrosada estaba en la playa de Moncófar, donde mis padres habían alquilado una casita de pescadores encalada con zócalo azul, y allí me llevaba en brazos una niñerita adolescente de la Vall d´Uixo que fue famosa por su belleza, seguida

por el amor de todos los veraneantes, y yo guardaba sus senos de lasmiradas libidinosas con mis pañales, pero aquella dulzura del Mediterráneo, cuyo perfume salobre era la gracia preternatural, quedó interrumpida en mitad de la canícula por el odio, ante el cual también enmudecieron las chicharras".

"Las placas de la memoria, como las imágenes de cualquier fotografía, siempre se revelan en la oscuridad. Mi tierna carne sonrosada estaba entonces en mmedio de la luz confusa de la mar, pero fue en el interior de una despensa cerrada bajo una escalera de piedra, que servía de refugio, donde mi conciencia por primera vez se desveló. Allí dentro mi tía Pura rezaba, santo dios, santo fuerte, santo inmortal, líbranos señor de todo mal. Y en seguida la criada Rosario repetía, contestando a esa jaculatoria, con esta exclamación de terror: ¡las bombas, ya están ahí las bombas!. Unos sonidos lejanos, densos y profundos fue lo primero que oí en este mundo cuando tenía 18 meses de edad".

"Luego está el lance del día de mi séptimo aniversario. Mi familia me había preparado una tarta de aniversario para celebrar mi entrada oficial en el uso de razón. Había en la sobremesa botellas de cristal labrado con licores verdes, rosas, amarillos, rojos y la tarta tenía grecas con una inscripción de merengue que decía: felicidades. Recuerdo que yo estaba levantando la cucharilla con aquel dulce a mi boca, cuando a mitad de camino mi padre dijo: hijo mío, recuerda que acabas de cumplir siete años, ya tienes libre albedrío, a partir de hoy ya puedes ir al infierno".

Además de estas Confesiones, donde Manuel Vicent ofrece su propia visión de sí mismo, señalamos

tres características que ponen de relieve su personalidad literaria. 1. Escribir le requiere esfuerzo. 2. No corrige nunca sus propios textos. 3. Le define su estilo.

1. Escribir le requiere esfuerzo. Escribir le cuesta mucho trabajo, no le resulta un acto placentero ni sencillo. Ya en 1.979 lo afirma en el diario ABC, (17--6-79): "Y es por eso, por escribir con tanta agonía, que un buen tema se me queda en un guión, en una mera simbiosis de lo que puede ser una buena novela. Y a El anarquista coronado de adelfas me temo que le haya ocurrido lo mismo. Es éste sí, mi pequeño drama particular, porque sé que si me lo tomo con calma no escribo nada. Todo esto quizá explique la razón por lo que luego no leo mis novelas, para no darme cuenta de que podía haber puesto tal o cual cosa, mejorarla, en resumidas cuentas. Pero creo que no puedo luchar contra esto".

Maruja Torres escribe en El País, (16-6-83), "El, lo que quiere, es terminar el folio, porque después de eso se siente el hombre más feliz del mundo. (...) "Porque a mí no me gusta escribir, sufro mucho de pura vagancia. Y, mira, yo creo que cuando el escritor o la escritora disfrutan mucho escribiendo, luego a quien le toca sufrir es al lector"".

Y a Lola Díaz le responde: "Si la primera frase me sale bien resulta tirado, si no sale abandono, pero para mí sentarme ante la máquina puede ser una tortura espantosa". (Cambio 16, 14-11-85).

2. No corrige nunca sus propios textos. Ni siquiera los vuelve a leer. Se lo explica a José Miguel Ullán, con ocasión de la presentación de su libro Inventario de otoño, (El País, 31-5-82). El periodista le pregunta,

"¿Ha retocado o corregido el autor las entrevistas a la hora de decidir su mudanza del periódico al libro?", y Vicent dice, "Ni un pelo. Incluso figuran las erratas. Yo reivindico lo que sea con tal de no entregarme al suplicio de corregir pruebas. El azar tiene derecho a intervenir. Si yo veía a Alberti con el bolsillo repleto de "entradas" y resulta que luego aparece escrito "entrañas", ¿por qué voy a modificar tan maravillosa enmienda? No voy a ser yo más estrecho que su bolsillo hospitalario".

3. Le define su estilo. Manuel Vicent es el estilo, él mismo ha señalado que ya ha sido todo dicho, lo que varía es la manera de decirlo. La forma nos ofrece la clave, marca la diferencia entre un periodista y un escritor. El primero informa, proporciona conocimientos, datos, hechos, noticias, mientras el segundo nos traslada de lo abstracto a lo sensible, nos hace entender, identificarnos con lo relatado, humaniza el tema concreto, *y el lector se reconoce o reconoce a sus personajes.*

En la misma entrevista que acabamos de apuntar José Miguel expone "¿Modifica en alguna medida su escritura por el hecho de que inicialmente vaya destinada a un periódico?", la respuesta indica, "Jamás. Yo escribo como escribo. Eso es todo. Un señor que escribe es un señor que escribe, lo haga en una pared, en un diario o en un libro. Aunque sea ya un tópico, conviene repetirlo: no hay géneros separados. Lo que a mí no me interesa es la entrevista informativa. En el fondo, todas las entrevistas son falsas. Lo que se oye en ellas es la voz de cada entrevistador. O sea, que, puestos a partir de esa ficción, lo mejor es hacer la entrevista a tope".

En otro artículo de Maruja Torres, Vicent

afirma: "A mí me horroriza el pensamiento. Es decir, yo pienso, tú piensas, el camarero piensa, todos pensamos. Y todos opinamos. Es terrible, porque todos queremos tener razón. Yo escribo con imágenes, y así te ahorras el pensamiento, que es una cosa pesadísima". (...). "Siempre he escrito así. Verás, es que aquí, en la pelota (...) parece que hay dos lóbulos, el del análisis y el de la creación, y yo el primero lo tengo totalmente amorfo. No recuerdo nada ni analizo nada. Pero tengo una gran memoria visual, y todo lo escribo porque lo veo en mi cabeza. No dispongo de ninguna capacidad de abstracción ni me interesa". (El País, 16-6-83).

Y en el mismo periódico, el 8 de enero de 1.987, Navarro Arisa escribe referente a nuestro autor: "La imagen, la creación de metáforas visuales y la preocupación por convertir su escritura en un recorrido visual son señas de identidad de la obra anterior de Vicent, pero en Balada de Caín estas características quedan, si cabe, realzadas. "A este nivel", explica el autor, "da lo mismo que sea una novela que una crónica de las que escribo en el diario; no escribo nada que no pueda imaginar y no imagino nada que no pueda visualizar"".

2.2. EL ESCRITOR Y LA CRITICA.

Trataremos primero brevemente las críticas con que le responden los lectores a través de su única posibilidad, es decir, en la sección de "Cartas al director" de la prensa. Se refieren por lo general a artículos concretos, normalmente expresando su disconformidad con las ideas del escritor.

Para pasar seguidamente a exponer cómo le ven, definen, adjetivan otros escritores o periodistas mediante las pocas entrevistas que le han realizado o en los comentarios con motivo de la publicación de uno de sus libros o de la concesión de un premio.

En las "Cartas al director" domina el comentario por un artículo del autor sobre algún tema que tiene que ver con la Religión.

Nos detenemos en algunos de los artículos que han ocasionado las consiguientes reacciones en los lectores. Uno se publicó el 13 de noviembre de 1.984, en El País, "Nicaragua", y exponía:

"Nicaragua es un pequeño país indefenso, pobre como una rata, cuyos habitantes han decidido quitarse el higo chumbo del culo y mirar al patrón cara a cara sin la necesaria humildad. Es lo que sucede siempre en los casos de rebelión". (...).

"Si yo fuera un joven de corazón limpio, aunque hubiera nacido en California, me alistaría en defensa de Nicaragua".

"Al final sólo las causas perdidas mueven la historia. Pero desgraciadamente soy un fino occidental que se la coge con un papel de fumar. Sueño con una urna plantada en medio de la pocilga frente a una cola de gente depauperada que acude a votar libremente con un tomo de Montesquieu en la mano. La conciencia, por la noche, la

guardo en la nevera".

Pues bien, la misma semana, en el mismo periódico, en las "Cartas al director", en una de éllas, "Nicaragua y las causas perdidas", podíamos leer:

"Entiendo muy bien el exacerbado sentido de culpabilidad que en estos días experimenta Manuel Vicent. ¿Quién, como él, no siente su pizca de remordimiento ante la miseria en que viven millones y millones de nuestros hermanos sobre este planeta, cada vez más pequeño y amenazado? Se ha dicho que este año, sólo en Africa, morirán 35 millones de seres humanos -¿será posible?- de hambre. (...) Si el señor Vicent fuera "un joven de corazón limpio y romántico", y no "un señor demasiado fino... y totalmente corrompido" se iría a Nicaragua. Pues yo he conocido a individuos de 50 y hasta 60 años que han ido a Nicaragua a participar en su revolución contra la injusticia, el analfabetismo, el dolor. Y todos han sido ciudadanos de Estados Unidos de Norteamérica. A diferencia de Manuel Vicent, no se acercaron nunca "a la piscina del Hilton", a menos que fuera para participar en alguna manifestación antiimperialista. En cambio, conocieron las chabolas desde dentro, no como él, desde una lejanía romanticoide y segura. (...) "Si yo fuera un joven de corazón limpio", repite el señor Vicent, "aunque hubiera nacido en California, me alistaría en defensa de Nicaragua". Conozco a tal joven que hace dos años pasó 10 meses en Nicaragua trabajando de maestra con niños refugiados de El Salvador. Compartió todo lo que tenía con ellos y sufrió las privaciones y penas que allí pululaban, (...) Sé mucho de la vida de esta admirable joven, porque además de ser norteamericana, y precisamente de California, es mi hija. Hace una semana volvió a Nicaragua para poder

dedicarse otra vez de cerca a una de esas "causas perdidas" que desde Madrid tanto admira Manuel Vicent".

Creemos que tal vez en esta ocasión el autor de la carta se ha encontrado impulsado por una circunstancia personal, y no ha sabido interpretar el sarcasmo amargo de Vicent. La clave la ofrece la última frase, "la conciencia, por la noche, la guardo en la nevera". Es decir, apoya y defiende la causa del pueblo contra la política del "pato Donald", además antepone la justicia a la caridad y la esclavitud, considera a los idealistas capaces de morir por la revolución y los derechos del hombre. El lector no ha querido interpretar el doble sentido, la censura contra la política de EE.UU. y la actuación de los europeos, incapaces ya de luchar por un ideal, que adormecen su conciencia burguesa y materializada cada noche bajo su confortable almohada.

En "Comestibles", (El País, 22-1-85), Manuel Vicent concluye:

"¿Qué hay debajo de tanta ciencia, filosofía, arte, teología acumuladas por este hombre? Un pequeño sueño de comida, tal vez sólo el vapor de una sopa de fideos. De modo que el tendero de comestibles, aunque lleve plantada en el cráneo esa avellana con toda la cultura concentrada, hará muy bien en no abandonar el mostrador. Desde el principio de los tiempos todos los sabios han luchado por conseguir lo que él ya tiene en sus manos. Un kilo de judías".

El comentario del lector aparece el 6 de febrero, "Vicent y los tenderos", y dice: "La forma grosera de analizar la personalidad de un tendero de comestibles utilizando palabras verdaderamente insultantes no se corresponde con la personalidad de este periodista, con su probada cultura y entendimiento. ¿Qué le pasa al señor Vicent en algunos momentos de su vida? ¿Pierde

momentáneamente la razón? ¿Es su íntimo estilo de hacer periodismo ofendiendo a la gente? (...) Los hombres que estamos detrás de un mostrador (...)".

Aquí tampoco nos parece muy acertada la crítica, el escritor realiza una serie de paralelismos y antítesis entre la ciencia, lo "intelectual", la cultura acumulada en la historia de la humanidad y la realidad, que además sustenta su psicología de que el hombre es un cúmulo de necesidades materiales, que se rige más por los sentidos corporales que por los mentales o intelectuales. Expresa que un tendero tiene más al alcance de la mano la verdad de la existencia que un hombre de "ciencia", que uno y otro han de cubrir simplemente sus necesidades fisiológicas. Ya que para él el ser humano no se halla muy distante de los animales irracionales. Da lo mismo saber mucho, filosofar... si no se puede comer, abrigarse ante el frío, por muy espiritual que uno sea "ha de acudir al pesebre de forma regular lo mismo que el resto de los animales". No ha ofendido al gremio de los tenderos de comestibles, ofrece su visión de la conducta humana.

"Bendición", (El País, 5-2-85) también gozó de polémica, obtuvo una crítica positiva, por lo que nosotros no nos detenemos, únicamente exponemos los tres textos. El del autor,

"Si yo gozara de fe ciega en la patria celestial, no lo dudaría un segundo. Me gustaría ser etíope hambriento, indio peruano analfabeto o minero en el altiplano de Bolivia. Tendría muchos hijos de barriga hinchada, una mujer llena de pústulas, una chabola de lata y alguna vez el papa Wojtyla vendría desde Roma a darme el consuelo de su bendición. Ese sería un día feliz. Me lavaría la cara, adornaría a los míos con plumas y rebozos de vivos colores y acudiría en reata por los vericuetos de la selva a la explanada de la concentración eclesiástica mascando una hoja de coca". (...).

"Después de la ceremonia sacramental en el estadio el Papa regresaría al Vaticano con el corazón henchido de gozo por el éxito de público y yo igualmente macerado por una piedad instantánea volvería a sentarme frente a la choza en un cubo de basura, que para mí sería el trono verdadero a la espera del santo advenimiento en forma de leche en polvo. No tendría que hacer nada, sino aceptar la gracia mediante la impasibilidad. Así como me ven, con estos harapos, yo entraría el primero en el reino de Dios. Mas para eso existe una condición indispensable. Aparte de ser totalmente pobre debería callar y dejar a un lado el mosquetón".

La respuesta, el 9 de febrero, se titula "El Papa, caricaturizado": "¡Con qué frivolidad y ligereza algún periodista "pontifica" sobre todo lo humano y lo divino! Ni la carismática y entrañable figura del Papa se ve libre de la fácil caricatura y de la mordacidad irónica de sus plumas".

"El señor Manuel Vicent se despacha a su gusto a propósito del viaje de Juan Pablo II y, en estilo desenfadado, ridiculiza el contenido y toma de postura del Papa en el sangrante problema de la pobreza y violencia en el Tercer Mundo".

"¡Qué fácil le resulta en pocas líneas tergiversar y distorsionar la verdad! Presenta el mensaje pontificio como una proclama de resignación y aceptación de la acutal situación de miseria e injusticia, en espera de la futura salvación en el reino de los cielos".

"Esto, además de falso, es injusto y malévolo, y denota cuando menos no haber leído -o, lo que es peor, haber leído al revés- las palabras de Juan Pablo II. Ell Papa sólo ha pronunciado un no claro, enérgico y valiente a la lucha armada, a la revolución y a la violencia, como posturas anticristianas y antievangélicas".

Y el 12 del mismo mes, "La salvación eterna de los pobres", refleja una visión distinta: "La columna de Manuel Vicent "Bendición", sobre la manipulación que se hace de los sentimientos religiosos de los pobres, me produjo un escalofrío. Reflejaba con soltura y profundidas la verdad del tema. Y que conste que creo enDios y en todo lo que haga falta creer, pero tengo serias dudas de toda la parafernalia que rodea a las creencias religiosas. Supongo que estas cosas harán daño a mucha gente, totalmente reacia a cambiar de opinión o a vivir acorde con los tiempos; pero más daño hace comprobar, al cabo de los años, que hemos sido las víctimas de un monstruoso engaño, que se nos ha manipulado como títeres de feria y se nos ha anulado la voluntad y la capacidad de decisión".

"Si realmente fuese tan glorioso y dignificante ser pobre y pasar por toda suerte de miserias y calamidades con el único e hipotético fin de ganar el Cielo, ¿no creen ustedes que tal maravilla nos hubiese sido ocultada celosamente, para ser reservada a quienes preconizan dichas "purgas" mientras no carecen de nada? Yo creo que la única verdad está en ser honrado con uno mismo y en vivir sin hacer daño al prójimo, aunque sea difícil; pero no en engañar a los que no conocen otra cosa para tenerles sujetos y dóciles".

Otra de las columnas que exasperó a más de un lector fue "Denia", en la que Vicent afirmaba:

"¿Por qué iba a llorar un Cristo en Denia, con el buen clima que hace? (...) ¿Cómo puede llorar un Cristo en Denia, donde los jazmines huelen con una profundidad tan suave? (...).

"Dios siempre se había comportado en Denia como un buen turista alemán. (...) Pero

últimamente una curandera de origen castellano ha importado a esta tierra una réplica del Cristo de Limpias que hace unas gracietas tenebristas. De pronto, sin razón aparente, esta imagen se pone a sudar como un botijo. Ciertos días de la semana, en jornada corrida, derrama por los ojos un líquido bermejo de dolor mientras por el contorno el azahar estalla, los pájaros comienzan a hacer los nidos y brotan llamaradas de buganvillas. No digo que se trate de una superchería, sino que este número no encaja en el paisaje. Está muy bien que un Cristo llore en Castilla, donde no hay limoneros ni arroz abanda. Motivos no le faltan. En el altiplano la desgracia es una filosofía, el secano se riega con la sangre licuada de San Pantaleón. Pero en Denia no existe la costumbre de sufrir fuera del misterio de la propia naturaleza. El mito de la muerte y de la resurrección está unido al destino de los frutales. Aquí las aves migratorias son jóvenes escandinavas y el Cristo de Limpias no tiene lugar. Sus lágrimas, que son de tierra adentro, pueden acabar con nuestra tradición de felicidad momentánea. En Denia se quiere a los cristos, vírgenes y santos sonrientes". (El País, 9-4-85).

El día 17 se publica la contestación, "Las chanzas de Vicent": "Esta vez se ha pasado de irrespetuoso. Me molesta muchísimo el tono de chanza que usa el columnista al referirse a Cristo. Ya sé que una imagen es un símbolo, como la bandera, el dinero, etcétera, y con ellos estamos actuando continuamente. Por eso sabemos que el que maltrata un símbolo, de alguna manera maltrata o degrada (aunque no lo consiga, como en este caso) aquello que representa. (...) Quiero que quede claro que no estoy de acuerdo con los relatos milagreros, pero eso no quiere decir que pueda alguien arremeter contra todo lo que representa, y conste que si no se protesta, como yo lo hago ahora, es por pereza o comodidad, pero estoy convencida de que este tono molesta no sólo a los cristianos, que somos mayoría en España, sino a las personas respetuosas y de buen gusto, que abundan en nuestra sociedad. Ya dije al principio que soy optimista".

El receptor de este artículo puede interpretar, condicionado por sus valoraciones connotativas, que el texto o ciertas expresiones son ofensivas hacia la imagen de Cristo, por la forma en que la humaniza, pero hay que tener en cuenta que primero, no está hablando de Cristo, sino de las imágenes de Cristo, y segundo, ya dijimos que Manuel Vicent habla con pequeñas palabras de grandes temas, los cotidianiza, los torna asequibles, y posee un sentido panteísta de la Religión. Pero en cualquier caso, sólo desea transmitir la sensualidad de Denia y el Mediterráneo, el sentido franciscano de que Dios se encuentra en lo pequeño de cada día, en la naturaleza, y de que en un habitat tan grato, placentero y pacífico, Cristo no sería el crucificado sino el marinero, el bebedor de vino, el "amigo de prostitutas y publicanos". Todo depende de conocer su manera de interpretar la existencia, él quiere comunicar su sentido de la paz y la felicidad, lo positivo que encuentra en la ciudad bañada por el Mediterráneo.

Por último vamos a ver otra columna que suscitó una crítica, pero esta vez en la Gaceta Conquense. Se trata de "Hacia la mar", (El País, 7-8-88), que entre otras cosas decía:

"Iban en caravana conmigo bandadas de familias católicas con sombrillas y patos de goma en dirección a la playa. Un ejército de hugonotes avanzaba lentamente con el maletero lleno de patatas y ellos también eran inmortales". (...).

"He llegado a la siguiente conclusión: son muchos los ciudadanos que estarían dispuestos a cambiar la existencia de Dios por una plaza de garaje. En un mundo nuclearizado hay gente sin pretensiones que muere envenenada por una seta o una salsa. Puede que el ser humano tenga un destino inmortal, pero su máxima aspiración en la tierra consiste en jugar con un pato de goma en la playa".

Este es el comentario en la Gaceta Conquense, en su número del 13 al 19 de agosto de 1.988, "De un tiempo, de un país": "Tus sucias manos Manuel Vicent apártalas de Dios, tan grande y tan desconocido, silencioso y quizá lejano. Déjalo tranquilo Vicent, no lo mezcles con nuestras pequeñas cosas; porque tú eres como todos nosotros un breve sueño y quizá no puedas, o no podamos, imaginar algo eterno, próximo, y a la vez tan distante. No hables de El. Déjalo en su paz y en su silencio pero no digas que hay quien lo cambiaría por un aparcamiento. Poroque es una frivolidad tonta y puede que a muchos les duela al leerlo, y tú no tienes derecho a ofenderles; porque tu pequeña e importante columna en El País es muy poca cosa al lado de la esperanza de tanta gente. Un día escribiste un hermoso artículo que se titulaba "No pongas tus sucias manos sobre Mozart". Vuelve a leerlo Vicent y luego, con mucho respeto, quita tus sucias manos de Dios".

Se puede entender que Manuel Vicent está criticando la sociedad de consumo, de la clase media acomodada o del pequeño burgués, gente de orden, "creyente", de principios, pero masificada, teledirigida, materialista, consumista, por éso escribe "familias católicas" y después "son muchos los ciudadanos que estarían dispuestos a cambiar la existencia de Dios por una plaza de garaje", porque un buen "católico" se caracterizaría por el amor al prójimo, pero esta sociedad "católica" sólo se ama a sí misma, pierde el respeto al resto de los ciudadanos en un atasco, buscando un hueco en la playa para clavar la sombrilla. A nadie le preocupa en 1.988 ni en la actualidad una cierta ética, elegancia, sino lo que expresa el autor. Las vacaciones también se convierten en una selva regida por la ley del más fuerte, y donde la inmensa mayoría actúan uniformemente,

siguiendo las consignas que le ha marcado la sociedad de consumo y pasando un mes programado a orillas de las masificadas playas. Porque también toca el tema de la masificación, la saturación de población que ha creado los problemas de medio ambiente, contaminación, transporte, urbanismo, donde todos pervivimos hacinados y estresados. En fín, todo menos blasfemar o herir la sensibilidad de los lectores.

Como podemos observar, lo que más nerviosos pone a los receptores de sus artículos, lo encontramos cuando se dan por aludidos por motivos personales, o cualquier comentario o tema que trate o roce cuestiones religiosas. Ya veremos en su momento, que el único artículo que no le publicaron en El País fue precisamente uno relativo a la figura del Papa, "Dios sabe a almendra amarga".

¿Cómo ven y entienden escritores, críticos y periodistas a Manuel Vicent? Es lo que exponemos a continuación.

MARUJA TORRES. "Así que Manuel Vicent es un tímido. Ese hombre que les mira a ustedes irónicamente desde la contraportada de su último libro -No pongas tus sucias manos sobre Mozart, es su título-, ese hombre con un vaso en la mano, con cara de fenicio hastiado de la compraventa, es un gran tímido. Y un escéptico -aunque eso se le nota-, y un vago, y un contemplativo". (El País, 16-6-83).

JUAN CUETO. "Es decir, partamos de esa imposibilidad y, sobre todo, de la envidia que provoca (al menos, me la provoca a mí) este valenciano con ojos de isla griega. No sé si el estilo es el hombre, como

dijo aquel naturalista francés, pero estoy convencido de que Manolo Vicent es el estilo. Yo descubrí a este sujeto por la orfebrería rabínica de sus verbos y predicados. Mucho antes que el conocimiento físico fue el trato diario con esa cabreante facilidad que el tipo tiene para transformar la basura cotidiana en deslumbrante estampa de las mejores añadas literarias; esa endemoniada pericia artesanal, indudablemente de raza semítica, de afilar el adjetivo, de afinar la frase, de atinar con la metáfora más insólita, sonora y oportuna". (...).

"O sea, que otra vez en el principio fue el verbo. Sólo después, mucho después, el estilo se hizo carne. Una carne, por cierto, que encajaba a las mil maravillas con las intolerables maneras que el hombre tenía de traficar con el castellano. Aquella pinta de chivo hebraico bajo una prematura calva de alquimista toledano, absurdamente oculta por una gorra de capitán de corbeta, delataba inmediatamente el estilo que tanto admiraba. Allí estaba resumido todo. La mirada mediterránea, el barroco valenciano, los arcanos del arte de judería, el distanciamiento irónico y disolvente del señorito que tiene naranjos y galerías de arte, o que no tiene necesidad de vivir de la literatura, la pasión por la estampa, la cordialidad del individualista feroz, la cabeza del anarquista coronado de nata".

"Yo no se cuándo, dónde y cómo rayos lo hace, pero la impresión es que Vicent no da golpe. Que es un vago redomado. Que pasa olímpicamente de la literatura, de la columna de los martes, de cualquier asunto relacionado con esto de la cultura, que sólo vive para escuchar anécdotas golfas en su descolocante tertulia del Gijón, o para largarse a navegar los fines de semana por las costas de Denia, eso sí, siempre acompañado de amigos

a los que también les importa un bledo el mundillo intelectual. Así no hay manera de hacer carrera literaria y, sin embargo, ahí está el hombre con su brillante carrera literaria a cuestas, y sin que, además, se le note el mínimo esfuerzo y la menor petulancia". (...).

"No es la idea, sino la imagen. No es la sindéresis, sino la sintaxis. No es el sustantivo, es el puñetero adjetivo deslumbrante". (El País, 7-1-87).

ALFONSO ARMADA se encarga en el artículo "Mejor jugar bien al póquer que ganar el Premio Nobel", (El País, 7-1-87), de contarnos la visión de los propios amigos del autor: "A **AUGER**, amigo de Vicent desde hace 15 años, le cuesta distanciarse y sintetizar al personaje: "Es un tipo muy profundo, muy inteligente, más bien callado, de mirada acerada. El es como una especie de señor del Mediterráneo, la antítesis del hortera. Cuando está en el mar, en su barquito, siempre parece o un pirata o un almirante, nunca un deportista. Destaca en él esa mezcla de almirante y agricultor, con la sabiduría del que conoce la tierra como el que cuida un huerto de naranjas o un arrozal en el Misisipi. Siempre está brillante, aunque es más incisivo que brillante. No es arrollador, no es parlanchín. Se podría destacar de él que es el que más entiende, el que más sabe de las miserias de la gente. Otros compañeros suyos de generación saben más de política o de sociología, Vicent es el que más sabe del alma humana y de sus sufrimientos".

"**PEPE DIAZ** cree que "Vicent es un hombre tímido, pero con mucho sentido del humor. Entra en la tertulia en ráfagas, muy divertidas, como agujas. Es lo contrario

de lo que aparenta en los artículos, no tiene nada que ver con esa agresividad que a veces hay en lo que escribe"". (...).

"**MANOLO EL GUAPO, MANOLO SAÑUDO** (...) dice de Vicent que "tiene una inteligencia crítica muy valenciana. Es muy mediterráneo, muy listo, muy espléndido. Hay en él más inteligencia interior que la que exterioriza. A veces te deja abrumado, por su talento y por su ternura"". (...).

"Para **UMBRAL**, que lo conoció en 1965, "es como Gabriel Miró, pero con mala leche. Escribe tan bien como su paisano, pero tiene a su favor la mala leche que a Miró le faltaba"". (El País, 7-1-87).

RAFAEL CONTE. "Hoy, Manuel Vicent es uno de nuestros mejores prosistas, dueño de un estilo incomparable, denso, poético e iluminador, que se derrama con cierta frecuencia sobre el común de los lectores. Y, sin embargo, su talla como novelista no ha sido todavía reconocida al nivel que se merece, la crítica lo ha desatendido y ni siquiera los jóvenes profesores que tantos libros nos perpetran sobre la narrativa española más actual lo han tratado con el necesario detenimiento. Como si toda la fortuna que Vicent ha alcanzado como articulista incomparable le hubiera faltado en su carrera de narrador". (El País, 5-3-87).

E. HARO-TECGLEN. "Vicent ofrece el asombro de la naturalidad propia, de una serenidad de narración y de estilo para conseguir que lo mágico parezca lógico, y viceversa, como si fueran una misma carne; es probablemente el único secreto de nuestro tiempo". (...).

"Vicent debe tener un don. No se de dónde le viene. Supongo que de unos antepasados que le han dejado, por fuera, ese labio inferior grueso, esa nariz avanzada, esos ojos traslúcidos. Digo yo que serán los antiguos semitas de Valencia -árabes o judíos, qué más da- tan amigos de lo arcano. Le han dejado eso, unos cuantos naranjos y una percepción del arte capaz de monetizarse cuando llega el caso. La facilidad de mezclar arte con dinero es tan maravillosa como la de andar por la cornisa de la fachada; o por el cable de funámbulo tendido entre los dos abismos igualmente insondables, el de lo posible y el de lo imposible. En el don de Manuel Vicent está esa misteriosa, incalculable posibilidad de llegar a saber quién es el otro. Esta es la deslumbrante virtud de sus Daguerrotipos. El hallazgo está en saber -o en intuir, que viene a ser lo mismo sólo que más difícil- que el "otro" es capturable sólo un momento, en el momento en que están visibles los huéspedes desconocidos que lo habitan. No sé si el título, Daguerrotipos, es meditado, intuido o tomado prestado, pero responde con mucha exactitud a lo que hace Manuel Vicent. (...) Por un lado, fija, detiene la luz que emite su personaje; por otro, libera a la misma luz, la espejea, la refleja y la refracta para multiplicar sus dimensiones. Forma parte de ese don, y debe venirle también del Mediterráneo. Se sabe que algunas gentes de la orilla de ese mar tienen el don de transformar la luz en lenguaje: y en estos casos, cuando se dice esto, se cita siempre a Gabriel Miró, y se puede citar a Azorín, que en lo que alguien llamó su prosa tartamuda -de perplejo, de quietista- sabía, sobre todo, traducir la luz". (...).

"Pero Manuel Vicent sabe a qué hora llegaron los bomberos a la vida del personaje real que retrata;

sabe cuándo no han llegado nunca y en qué arruguilla de la boca hay un silencioso grito de petición de socorro. Sabe cuándo uno de nosotros -yo estoy también en esta Galería, en este callejón del Gato- se ha arrojado a las llamas, y dónde tiene las quemaduras. Sabe quién es el otro". (Prólogo de Retratos de la transición. Penthalon. Madrid, 1.981).

JUAN BENET. "Manuel Vicent es un tanto anormal. No lo digo solamente porque en Madrid se viste de marinero y muy probablemente en la costa -donde no le he visto nunca, y a donde dice que va algunos viernes para (con toda seguridad) subirse a un barco anormal para distraerse un par de horas con los pies en el agua- se viste de madrileño. Uno de esos madrileños que un día después de abandonar su ciudad empieza a sufrir su nostalgia, aduce toda serie de falsos compromisos para volver el sábado al Paseo de Recoletos -a ser posible para llegar a cenar- y, angustiado y jadeante, aborda a los peatones para inquirir dónde se celebra esa noche la partida. No lo digo por todo eso, pues como persona no destaca por sus extravagancias; al fin y al cabo es hombre al que le gusta comer bien, duerme como un chiquillo, no le hace ascos al dinero, no le importa seducir a una mujer de menos de veinte años, le tienta la causticidad, y de vez en cuando publica un artículo en la prensa para acrecentar -a medio plazo- las ganancias de la partida del sábado". (Prólogo de No pongas tus sucias manos sobre Mozart. Debate. Madrid, 1.983).

CONCLUSIONES.

Se trata del escritor y su autocrítica y del escritor y la crítica. Para el primer tema trasladamos el texto de la conferencia del escritor "Confesiones de autor" (1.991). En él desarrolla el esfuerzo que le supone el proceso de escribir, la importancia del estilo en su obra y las vivencias de su infancia, que, en definitiva, alimentan su literatura.

Llegamos a la conclusión de que existen tres características que ponen de relieve su personalidad literaria: 1. Escribir le requiere esfuerzo. 2. No corrige nunca sus propios textos. 3. Le define su estilo.

Manuel Vicent es el estilo, él apunta que ya ha sido todo dicho, lo que varía es la forma de decirlo. Lo importante es su memoria visual, el escritor nos conduce de lo abstracto a lo sensible, a lo humano, a lo concreto, mediante imágenes y metáforas. Afirma: "no escribo nada que no pueda imaginar y no imagino nada que no pueda visualizar".

A continuación exponemos las críticas de los lectores, en la sección de "Cartas al director" en la prensa escrita. Dominan los comentarios por artículos del autor que tienen que ver con algún tema relacionado con la religión.

Y finalmente, nos detenemos en analizar cómo le contemplan otros escritores y periodistas: Maruja Torres, Juan Cueto y Juan Benet, entre otros.

SEGUNDA PARTE

LENGUAJE Y ESTILO DEL ESCRITOR

3. PERIODISMO Y LITERATURA

PERIODISMO Y LITERATURA

Lo que pretendemos evidenciar a lo largo de nuestro recorrido por la obra periodística del autor, es que Manuel Vicent es estilo. Como él mismo asegura, ya está todo dicho, no hay nada nuevo que contar, los sentimientos del hombre son los mismos a lo largo de los siglos, pero lo que sí es posible cambiar es la forma de decirlo. Fondo y forma quedan perfectamente aunados en cada página de su creación.

En el artículo publicado el 18 de junio de 1.980 en El País, con motivo de la aparición de su novela Angeles o neófitos, el escritor afirmaba: "Ante cualquier cuestión yo nunca me planteo en primer lugar "qué" tengo que decir, sino "cómo" decirlo. Puede ser esterilizante. Pero creo que la forma puede llegar a tener un gran poder de penetración, esa profundidad de la piel de la que hablaba Gide. El adjetivo es un medio de comunicación, el único instrumento literario para luchar contra la competencia de las imágenes visuales Frente a tantas máquinas que nos suministran tantos datos objetivos creo que hay que volver a refugiarse en la mentira de la literatura. La forma es un campo inagotable de mentira, de imaginación, de invención".

Sin forma puede darse un periodista pero no un escritor, y nuestro deseo es mostrar que Manuel Vicent crea literatura para la prensa. Nos interesa citar las palabras de Francisco Ayala en su artículo "La literatura del periodismo" (El País, 17-1-87): "Pero bajando ahora de nuevo desde la poesía sublime

a la prosa del artículo periodístico, hemos de tener en cuenta -y para ello nos bastará invocar tan sólo el nombre de Larra- que algunas piezas de este género han ganado fama imperecedera, para su autor, mejor que otros empeños más forzados y arduos de su caletre, pero, no obstante, más sujetos en definitiva que aquellas datadas piezas al fatal deterioro del tiempo. Mal recordamos el drama Macías o la novela El doncel de don Enrique el Doliente, pero "El día de difuntos de 1836" es en cambio fecha inolvidable por el relato que hace Fígaro de su visita al cementerio. Lo transitorio y efímero ha sido ahí detenido en su fugacidad por obra y gracia del arte, que fija el momento en un sueño de eterna perduración".

Lo mismo que afirma Ayala de Mariano José, podemos expresar nosotros de Manuel, nadie olvida títulos como "No pongas tus sucias manos sobre Mozart", "La chica que quería un reportaje", "Grandes almacenes" o "El náufrago vuelve a casa".

Y es que Vicent desentraña el alma humana, impregna sus folios en sus pasiones, miserias, aspiraciones y fracasos como hiciera Dostoievski, visualizando su grandeza y su vacío.

El escritor se despoja de la moral, de la crítica, por supuesto de la objetividad, y sólo cuenta con su mirada para describirnos y comunicarnos la soledad del ser humano y la tremenda angustia de nuestro tiempo.

No será la última vez que nos acerquemos a compararle con James Joyce. En el prólogo de José María Valverde (Ulises, Lumen, Barcelona, 1990) podemos leer la recensión periodística del Daily Express (25-3-1922):

"(...) La mayor parte de los escritores jóvenes desafían las reticencias convencionales en cuanto que describen todo lo que la mayor parte de nosotros hacemos y decimos. Mr. Joyce va mucho más lejos: de sus páginas saltan hacia nosotros todos nuestros más secretos e inconvenientes pensamientos íntimos".

Nos interesa, por tanto, establecer las diferencias entre el periodismo y la literatura.

En el Seminario de "Lenguaje en periodismo escrito" (1), la ponencia del profesor Lázaro Carreter: "El lenguaje periodístico, entre el literario, el administrativo y el vulgar" nos exponía:

"(...) Con la palabra "escritor" me estoy refiriendo aquí al creador literario. George Steiner ha dicho de modo muy intuitivo que "la literatura es lenguaje liberado de su responsabilidad suprema de información (...); las reponsabilidades supremas de la literatura, su razón de ser ontológica se encuentran fuera de su utilidad inmediata y de su verificabilidad" Podemos concluir, por ello, que las responsabilidades del periodismo están en las antípodas de la literatura, puesto que son la información, su utilidad inmediata y su verificabilidad".

"Se trata, en efecto, de dos procesos comunicativos muy diferenciados, en todas las funciones de la comunicación. He aquí algunas de las oposiciones de más bulto que pueden establecerse:"

"1. Al escritor no le urgen necesidades prácticas inmediatas; en el periodista, son acuciantes".

"2. El escritor se dirige a un receptor universal sin rostro; el periodista, aunque el periódico tenga vasta audiencia, escribe para receptores bastante concretos, cuyo núcleo suele ser fiel y escasamente variable".

"3. El mensaje literario actúa sin límites de espacio y tiempo; el periodístico pierde eficacia y se desvanece fuera de las precisas coordenadas espacio--temporales que definen la actualidad".

"4. Al lector de literatura no suelen guiarle necesidades utilitarias, bien al contrario de lo que le ocurre cuando se convierte en lector de prensa informativa".

"5. A diferencia de lo que sucede con las obras literarias, las cuales actúan en situación de lectura sumamente diversa para cada lector (como resultado de la falta de un contexto necesariamente compartido por el emisor y el receptor), el periodista y sus lectores viven por fuerza en unas mismas circunstancias de espacio y tiempo. Prácticamente, cada día reanudan el contacto comunicativo interrumpido el día anterior".

"6. El periodista no puede desentenderse del desciframiento que se haga de su escrito, por el carácter pragmático de sus mensajes. Ha de esforzarse en eliminar por su parte los que en Teoría de la Comunicación se llaman "ruidos", es decir, las perturbaciones en el circuito. Tales perturbaciones son, por el contrario, elementos de gran importancia para la existencia de la comunicación literaria".

"7. Por fin, a la altiva y a veces dramática soledad del escritor, que cuenta teóricamente con toda

la libertad que quiera tomarse como único límite a la hora de escribir, cada periodista compromete con su labor a los otros periodistas con quienes colabora para confeccionar el diario. También, pues, por este lado ve mermada su libertad, ya que trabaja solidariamente".

Manuel Vicent reune características de las que cita Lázaro Carreter como periodista y escritor, ya que se trata de un escritor que publica su obra inicialmente en la prensa, si bien posteriormente, en diversas ocasiones, la recopila en el soporte clásico del libro.

En numerosas ocasiones parte de un hecho de actualidad, o cuando menos sociológico, de interés para la opinión pública. No se trata de información sino de opinión. No son necesidades prácticas inmediatas pero cuando él las retoma todavía están calientes.

De entrada se dirige, como apunta el profesor, a receptores concretos, los del medio en el que escribe, pero no pierde al receptor universal, ya que podría ser igualmente leído un tiempo después en un libro, como de hecho ocurre en su caso.

Su mensaje, literario, se somete a las coordenadas espacio-temporales del periódico, ciertamente, por imperativos del medio pero no del autor.

En los textos del autor sí caben los "ruidos".

Manuel Vicent, además, escribe con toda libertad.

El mismo profesor, Lázaro Carreter, intenta

precisar las características de la literatura en ¿Qué es la literatura? (2).

Concluye: "(...) Nos encontramos con la posibilidad de definir la literatura (...) como un conjunto de mensajes de carácter no inmediatamente práctico; cada uno de estos mensajes lo cifra un emisor o autor con destino a un receptor universal, constituido por todos los lectores potenciales que, en cualquier tiempo o lugar, acudirán voluntaria o fortuitamente a acogerlo. Ese mensaje conlleva su propia situación; lo cual implica que, para adquirir sentido, debe instalarse en la peculiarísima de cada lector, constituyendo una situación de lectura apropiada. Por último, la obra literaria, en función de que debe mantenerse inalterada y ser reproducida en sus propios términos, se cifra o escribe en un lenguaje especial, cuyas propiedades generales se insertan en las del lenguaje literal, y cuyas propiedades específicas deben investigarse".

"(...) no hay valor literario sin lector que lo aprecie como tal. Lo artístico es algo que está en aquel texto para aquel lector, o a la inversa, que el lector halla en aquel texto. En este sentido, es inventor de la literatura, si damos a la palabra inventor su acepción etimológica, frente al autor, que es su creador".

"Sin embargo, al margen de esa invención -por la cual se explican los fenómenos de literarización de textos que en la intención del autor no tuvieron destino literario: cartas, crónicas, diarios, etc.-, y, por tanto, fuera de todo planteamiento axiológico, la obra literaria puede ser reconocida como tal en términos estrictamente semióticos y lingüísticos, con rasgos muy bien definidos frente a otras formas de comunicación".

Por lo tanto, el lenguaje periodístico y el literario poseen distintas características y fines. En el primero su misión es dar a conocer sobre todo hechos, y también opiniones. La obra literaria, por el contrario, conlleva distintas significaciones e interpretaciones, y es funcionalmente expresión.

Paloma Cuesta Martínez (3) también intenta descifrar qué es la literatura y el uso literario del lenguaje.

Vemos que según Jakobson, el lenguaje literario se caracteriza, fundamentalmente, por llamar la atención sobre sí mismo. Esta reflexividad -la "función poética" del lenguaje- toma una forma precisa: la serie de recurrencias o repeticiones que se producen en los distintos niveles -fónico, morfológico, sintáctico y semántico- del texto.

Todo texto denota y connota, y en los literarios el papel fundamental lo desempeña la connotación. Paloma Cuesta entiende que en el discurso literario los elementos están en función de un contenido estético.

Nos expone cómo caracteriza la lingüística textual los textos literarios:

"- La descripción de los rasgos característicos del lenguaje literario se realiza sobre un conjunto de textos intuitiva y previamente considerados como "literarios". Se observa que un poema, una novela, presentan repetidamente ciertas estructuras lingüísticas -la función poética, el "coupling", las oraciones desviadas...- que cumplen en ellos un papel muy importante, pero que no garantizan su "literalidad" porque también

pueden aparecer en otros textos que son considerados no literarios: anuncios publicitarios, artículos periodísticos, fórmulas jurídicas...".

"- Estas estructuras no se limitan al nivel oracional (frases agramaticales) ni a relaciones entre unidades suboracionales de una secuencia de frases (recurrencias y correferencias). Afectan también a la microestructura y a la macroestructura textuales. Así, la lingüística textual ha sistematizado los distintos rasgos típicos de los textos literarios -propiedades textuales literarias- según los diversos niveles del texto. Con ello, su aproximación es más completa".que

"- La pertenencia de un texto concreto a la literatura de una lengua no se decide sólo basándose en sus propiedades lingüísticas, sino, sobre todo, por un conjunto de factores que derivan de la específica situación comunicativa en que tienen lugar. Un mismo texto puede ser considerado literario por una determinada sociedad y no literario en otra; el concepto de literatura varía también de unas épocas a otras, de unos grupos a otros e incluso de un individuo a otro".

"(...) Algunos textos literarios (...) contribuyen normalmente a la formación, confirmación o cambio de opiniones, pero la información de la literatura sería siempre secundaria como lo demuestra el hecho de que el lector centrará también su atención en la estructura superficial del texto, es decir, en la manera como ese contenido se manifiesta".

"El reconocer unas propiedades comunes al conjunto de los textos literarios tiene implicaciones en las dos fases del proceso comunicativo: hay muchos aspectos del fenómeno literario que no dependen directa-

mente del genio del escritor ni del genio del crítico, sino del aprendizaje de unos mecanismos de producción y de recepción de textos literarios que se conocen con el nombre de "competencia literaria", o habilidad de los seres humanos de producir e interpretar la literatura. El afirmar el carácter social de estos mecanismos no significa que los conozcan y practiquen todos los individuos de una comunidad dada: son muy pocos los hablantes que escriben literatura y pocos también los que saben interpretarla. La competencia literaria "se define sólo para los miembros de la clase de los "usuarios de la literatura", es decir, para aquellos hablantes que han adquirido en un proceso de aprendizaje normal las reglas y categorías que subyacen a los textos literarios. Podemos decir, sin embargo, que todos los hablantes tienen una habilidad para aprender tales lenguajes específicos"".

"(...) la crítica literaria se viene ocupando desde hace tiempo de los aspectos psíquico y social de la creación de obras literarias. Charles Mauron, representante de la psicocrítica, señalaba que, aunque existe un margen de libertad, la creación literaria está vinculada a tres variables: el lenguaje, la personalidad del creador y el medio social".

"Lo común, lo compartido, lo codificable del lenguaje literario fue puesto en evidencia ya en los antiguos tratados de retórica. El escritor dispone de recursos que van desde la disposición tipográfica o la ortografía (nivel grafemático del texto) hasta la dislocación de la sucesión lógica de las proposiciones narrativas (macroestructura textual). Entre ambos niveles extremos dispone de la rima, el metro, la estrofa, la aliteración, el ritmo, el simbolismo fonético...

(nivel fonológico); la repetición léxica... (nivel morfemático); el orden de palabras, la supresión de elementos oracionales, el apareamiento... (nivel sintáctico); los cambios de contenido o tropos: metáfora, metonimia... (microestructura textual". (...).

"El componente psíquico ha sido considerado durante mucho tiempo el responsable de la singularidad -lo creativo, lo principal, lo irrepetible- de la obra literaria". (...).

"Un cauteloso estudio biográfico y psicológico del autor podría aproximarnos a este misterio".

"Este ya se viene haciendo por la crítica biográfica y por la crítica psicoanalítica. La primera atribuye determinados aspectos de la obra literaria, tras una constatación documental (cartas, diario...) a la intención expresiva concreta del autor, a sus ideas políticas, religiosas, filosóficas, a sus concepciones sobre el arte, a sus lecturas... El psicoanálisis, a partir de los trabajos de Sigmund Freud, explica, por su parte, la obra literaria por el inconsciente del autor. No se trata de una interpretación "ad hoc" sino de una técnica que puede aprenderse. Se somete, así, a una regularidad el aspecto que parecía menos convencional de la producción de textos literarios".

"El yo creador entra en conflicto con el yo social. Ciertos aspectos de la obra literaria vienen determinados por el "status" socioeconómico del escritor (la clase social en la que nace, el ambiente al que se incorpora...), el "status" del público al que se dirige (élite frente a público de masas): la presunta censura, moral o física, con que una sociedad puede sancionar al escritor, coacciona a veces la libertad de exprexión.

Más interesante es estudiar cómo el mundo exterior -con sus leyes, normas, instituciones, "roles", valores..- determina las estructuras semánticas de un texto. Su influencia en la configuración de la intriga es muy clara: los dramas de honor de Calderón (la infidelidad sólo es punible en la mujer, el marido se siente deshonrado, un adulterio, probado o no, se debe castigar con la muerte, el Estado se inhibe de los asuntos privados...) serían hoy inverosímiles".

En fin, hemos intentado una breve aproximación a qué es la literatura, para expresar que nosotros entendemos que Manuel Vicent es un escritor.

Podríamos diferenciar entre literatura testimonial y literatura permanente. Así veríamos que por el soporte en el que publica (la prensa escrita) poseería algunas características de la primera, ya que parte de hechos de actualidad o de interés sociológico, pero también reune los elementos indispensables para acercarse a la literatura permanente, ya que el autor va de los abstracto a lo sensible, humaniza los hechos, los concreta en personajes, visualiza las ideas describiendo hechos, historias, realidades, mediante adjetivos, metáforas, imágenes...

A Manuel Vicent le preocupa antes, como hemos visto, el cómo va a decir, que el qué. Parte del estilo, de la forma para llegar al contenido. Se trata de arte.

La mayoría de las series de artículos, publicados en periódicos y revistas, las recopila posteriormente en el soporte clásico del libro, dando permanencia a su obra.

Dando la razón a los que creen que la mejor literatura se publica en los periódicos. Manuel Vicent deja en sus páginas lo esencial de la actualidad, de la sociedad y del ser humano.

Así opina el autor, (El País, 6-6-93): "A mí lo que me gusta es escribir en el periódico y, si me dejan, hacer literatura en el periódico, porque creo que lo importante de la literatura es escribir en un medio que sea rigurosamente actual. Y, en este sentido, el diario es lo que está más vivo y lo que le da más calor a la literatura. Cuando tratas de hacer literatura en un periódico, notas enseguida la pulsión, el rechazo o la aceptación del lector, y eso te mantiene vivo y excitado, y después te da la urgencia, esa prisa del diario, que también te espolea para escribir, para imaginar cosas. La literatura no debe estar desligada de la actualidad y, aún más, tiene que estar excitada por esa propia actualidad".

Creemos por tanto, y por éso le hemos escogido como tema para nuestra Tesis, que nos encontramos ante un escritor excepcional.

4. FORMAS DE EXPRESION

FORMAS DE EXPRESION

Vamos a detenernos en las formas de expresión literaria más comunes en Manuel Vicent. Una de éllas es la descripción, que consiste en modelar, pintar, mediante palabras, la imagen de las personas, objetos, etc. Manuel Vicent lo que mejor hace es describir, y éllo porquè como apuntaremos repetidas veces, es un buen observador.

El autor capta, observa, selecciona a través de su exquisito olfato y aguda sensibilidad, y escribe.

Manuel Vicent utiliza la cronografía, la descripción de distintas épocas. La prosopografía, para describirnos físicamente a sus personajes, y la etopeyas, para llegar a la descripción interior. Ambas confluyen para configurar el retrato, donde lo hallaremos continuamente será en los Daguerrotipos.

El autor realiza una pintura de los personajes seleccionados, un negativo fotográfico, que el vuelve del derecho para ofrecernos la personalidad del retratado y también la época o diferentes épocas en que han transcurnido sus vidas y las del resto de los ciudadanos.

En el retrato hace confluir las radiografías exteriores e interiores de sus protagonistas, de tal forma que la descripción exterior del personaje nos guía a su psicología, su idiosincrasia. Vamos a ver un ejemplo en uno de los Daguerrotipos, "El actor Alvaro de Luna. Lo suyo son las urgencias":

"Tiene la estructura ósea del fuertote bonachón, ancho de riñones, lomo redondo, morrillo alto y cuello corto. Te da la sensación de que el punto de empuje le nace en la cervical como en los toros. Si se cabrea, cosa que sucede a veces, el golpe

de ira le hace temblar el labio inferior, le enciende aún más la calva sanguínea bruñida por el relente de un rodaje de exteriores. (...) Alvaro es un macho pacífico, muy besuqueador de niños". (...).

"Su estado natural se balancea entre una suave depresión y una euforia de carcajadas con sonoridad de bronce pasando por algún alarido de Tarzán". (...).

"Alvaro de Luna limita a la izquierda con Mario Camus; a la derecha, con Manolo Aleixandre, y por el centro, con Sancho Gracia. (...) podrías jurar que los dos van a una ferretería a comprar un destornillador, una tuerca, una escarpia, unas tenazas o algún menaje casero para arreglar algo, probablemente la situación del país". (...).

"En la adolescencia estuvo muy metido en el asunto de los luceros y las montañas nevadas. Fue un buen neófito en el culto esotérico de la musculatura y la salvación de la patria a través del levantamiento de peso. (...) Cuando se apercibió de que tenía demasiada fuerza para salvar los cuerpos, que se le podía ir la mano al apretar un forúnculo o descalabrar al paciente al darle con un martillo de plata en la rótula, al comprobar que la patria por su parte no quiere ser salvada o se redime sola con una cura de hierbas, Alvaro de Luna se desbocó como caballo de cuatrero y comenzó a cobrar del cine asaltando trenes, arrojándose al foso de los cocodrilos y pegando mamporros terroríficos en la cantina".

También usa muy a menudo la caricatura, acercándose a Quevedo y a Valle-Inclán. Vamos a fijarnos en la que realiza de Umbral, asímismo se trata de otro de sus Daguerrotipos, "El escritor Francisco Umbral. Breve análisis de un impudor":

"(...) usa los propios menudillos como fuente de inspiración, y las vísceras, de tintero. (...) Se picotea los traumas ferozmente como un pelícano, extrae del subconsciente un pedazo de entraña cremosa, la pone a secar en el folio o, lo que es lo mismo, escribe un artículo y lo cuelga del tendedero en plan prenda íntima, de lencería fina, húmeda de secreciones internas".

"Probablemente, un estado de inquietud misteriosa ha hecho que el feto se diera algún cate contra las paredes de la placenta, de modo que la nuez viscosa del cerebelo, todavía sin caparazón, ha quedado marcada con lesiones sagradas, que luego, pasado el bachillerato o al regresar de la mili, afloran en un síndrome de ansiedad, delirio de grandeza, sentido de la gloria, desmesurado afán de poseer a los demás o de que los demás te posean. (...) Francisco Umbral pertenece a esta clase de animales literarios que busca la paz en la propia destrucción". (...).

"Pudo haberse ahogado en una taza de café con leche en el Gijón o quedarse varado en la barra de Cultura Hispánica con un soneto frente a una tostada con mantequilla o morir envenenado de polilla en el aula pequeña del Ateneo. Lo salvó el olfato. Umbral tiene una poderosa nariz y una oreja muy fina. Esa es su cultura (...) en trenzar una plateada orfebrería de heridas y halagos, de picotazos venenosos, paños calientes e ironías rítmicas. Finalmente encontró la fórmula mágica: ofrecerse a sí mismo en sacrificio y quemar todos los días en la zarza ardiente sus faringitis, diarreas, dudas, depresiones, libidos y forúnculos. Abrasar incluso la propia vanidad". (...).

"Francisco Umbral es ese señor alto, de cara amplia, un poco blanda y pálida, con una muesca carnosa, algo canalla, que le parte la mejilla, gafas concéntricas de miope, melena de erudito y paños de terciopelo. Es un caballo literario, poseedor del patrón de la moda".

Otro tipo de descripción lo conforma el paisaje, Manuel Vicent se detiene tanto en el paisaje natural como en el urbano. Donde mejores muestras da es precisamente en los artículos de viajes, vamos a leer un fragmento de uno de ellos, que pertenece a la serie Por la ruta de la memoria, "Nairobi. Sueños de Africa":

"Nairobi es un lugar moderno que a principios de este siglo creció alrededor de un nudo del ferrocarril. Este fue trazado desde Mombasa hasta las entrañas de Uganda. En la mitad de ese trayecto, en pleno corazón de las tierras altas, nació la ciudad, y como es lógico lo primero que construyeron los británicos en ella no fue una iglesia ni siquiera una biblioteca, sino un hotel de máximo confort y un club para jugar a las cartas. Hoy el hotel Norfolk y el club Muthaiga marcan todavía la dirección

para los elegantes de Nairobi junto con la terraza del New Stanley, donde los viajeros dejan mensajes clavados en el tronco de una acacia para que los lean de regreso sus enamorados. "Liza, te espero en Marraquech". "Te veré en Viena, Frank". Tal vez ellos ahora están en la jungla, pero Nairobi es una ciudad moderna hecha de hormigón, con los rascacielos de costumbre a cargo de las multinacionales. El romanticismo sólo es mental. Sentado en el bar del Norfolk, cerca de la universidad, uno puede imaginar que hasta allí llegaban los exploradores y aventureros con carretas de bueyes cargadas de colmillos de elefantes. Después de tomarse una copa al amparo de unas vigas de ébano, bajo los retratos de los próceres que fueron famosos en este abrevadero, uno puede dirigirse al club Muthaiga, que guarda todo el aire embalsamado de aquel tiempo que se fue. Mientras estuve en Nairobi no hice sino pasear por las calles desde el Norfolk al New Stanley y desde allí al club Muthaiga. En el Norfolk había caballeros muy finos y damas sin traza turística, todos con pátina, decadentes, gastados por la existencia. Estaban allí como imágenes del pasado. En el New Stanley tomaban licores a media tarde mariquitas desvaídos, algunas flores del mal y estetas de cuello blanco. La suprema riqueza espiritual en Nairobi consistía en pasear dentro de una brisa perfumada con solidez por la calle del mercado, alrededor de la mezquita Jamia, por los jardines del parque central sin dejar de admirar en los seres humanos la belleza que han conquistado a los animales".

La narración es otra de las formas más importantes de la expresión literaria que domina el autor, contando los acontecimientos, sucesos, acciones que los seres realizan. La técnica es la misma que para la descripción: capacidad de observación, de selección y disposición de los elementos.

Las series más importantes de Manuel Vicent: Estampas de una década, Crónicas urbanas, Historias de fin de siglo o Relatos no son otra cosa que magníficas narraciones. Como ejemplo vamos a leer "No pongas tus sucias manos sobre Mozart" (Ver página 360) del capítulo dedicado a la familia.

Se trata como vemos de un texto narrativo, "es la pequeña historia". Historia que se puede dividir en dos partes. La primera comprende hasta el primer

punto y aparte, que contiene un completo resumen de la segunda, donde se explica detalladamente la historia: El enfrentamiento de dos generaciones, o bien la liberació de un hombre que no se quiere dejar atrapar por los nuevos modismos sociales.

El relato contiene todos los elementos fundamentales: presencia del narrador, velado hasta el final, "mi amigo no sabe". Los verbos propios de la narración, abundantes aparecen los pretéritos indefinidos (se deshizo, le arreó, le echó, cumplió, se casó, fue, educó...). El diálogo en estilo directo ("¡¡¡Mozart, no!!!", "¡¡No pongas tus sucias manos sobre Mozart!!"), más que diálogo es el grito desencadenante, el centro de la narración, el punto de partida de la catarsis de nuestro protagonista.

Las descripciones que acompañan a la narración nos reseñan la antítesis paralela de los personajes, con sus verbos en pretérito imperfecto ("La chica estaba", "el padre estaba"). La antítesis se mantiene en los adjetivos, y así vemos al padre limpio, sereno, atildado, sentado en su sillón, frente a su hija con "unos" amigos, indefinidos amigos, sucios, desharrapados, mal olientes, espatarrados. Antítesis en los lugares que ocupan, la sala donde está el padre, la pocilga, madriguera de la hija. Antítesis en los quehaceres, leyendo un serio informe económico, frente a manoseando libros, fumando porros, apurando cerveza, oyendo música que no deja lugar a la reflexión. La música de Mozart contra la múscia que hace vibrar las paredes.

La utilización y unión de las antítesis constituye la ironía, "cuando su querida hija salió a la sala", y a partir de aquí el diálogo que sirve de título a la historia, y la consecuencia, una sonora bofetada.

La ironía impregna las descripciones de los personajes, o bien las últimas consecuencias, "que los angelitos no sufran".

Después cambia el rumbo. Su querida hija y los amigos desaparecen para describir al protagonista desde el útero materno. Sus primeros estudios, la firme ideología política, se trata de un hombre limpio, eficaz, comprometido, y así, cumple siempre los ritos.

No entiende a la nueva generación, su sensibilidad progresista y cultivada se niega a aceptar la indumentaria zarrapastrosa del vaquero, los remiendos, la suciedad. Sus hijos desaparecen y al final su querida hija vuelve a presentarse para oscurecerse un día determinado, el 14 de marzo de 1.980.

Desde el comienzo el narrador desea dejar bien claros tres conceptos: La actualidad de la narración, el realismo y su carácter esencial.

La actualidad queda demostrada al principio y al final con demostrativos, esta es, este buen padre, este tipo, el hombre tiene. Acentuados por los verbos en presente o gerundio que representan presentes prolongados, leyendo, fumando, oyendo, apurando.

El carácter del realismo queda reflejado en los nombres propios: música de Led Zeppellin, The Police, The Knack, Mozart, alfombra de las Alpujarras, poster del Ché Guevara, colegio del Pilar, altos de Chamartín, viaje de novios a Rumania, un hijo en Valencia, otro en Ibiza. Empleo de números, fechas determinadas... 14 de marzo de 1.980, sinfonía número 40, cuarenta y dos años, tres hijos. Todo concretizado. Sólo nos

quedan velados, como buen periodista, los nombres de los personajes.

Su carácter esencial está enmarcado por la presencia del verbo ser al inicio y al final: esta es, mi amigo es...

La sintaxis es sencilla, predominan las oraciones coordinadas y yuxtapuestas en las descripciones.

El título, centro del relato, es la figura literaria más importante del texto, lo podemos considerar como un "símbolo bisémico", significa realmente manos sucias de personas que no se lavan, y por otro lado manos supone el símbolo de la amistad, la franqueza, liberalidad, pero tocado con el adjetivo sucias, que además conforma un epíteto por estar antepuesto al nombre, ofrece la antítesis de su sentido primario. Mozart representa las "limpias manos", la transparencia, la libertad, la limpieza, la elengancia interior y exterior.

La última frase condensa todo el relato, "Mi amigo es un hombre de izquierdas liberado", liberado.

Contemplemos a continuación como Vicent utiliza también, como apuntamos al principio, la cronografía, realizando una auténtica bisección de la pequeña historia de nuestra sociedad. El ejemplo lo entresacamos de "Dios sabe a almendra amarga":

"Nuestra generación no conoció aquellos alardes. Vino al mundo con el concilio de Trento otra vez en el cogote y con la frase de Azaña marcada a fuego en la paletilla en señal de aviso. Las viejas iglesias húmedas, los retablos de escayola, los santos con mirada de marica, los suaves pescozones de confesionario y el sexo unido directa-

mente a la parrillada infernal, fue el rebrote religioso por la parte borde del fanatismo después de la guerra. Los clérigos de los años cuarenta llevaban la faltriquera llena de caramelos y amenazas para los niños del rebaño. Al abrir los ojos, nuestra generación se encontró de nuevo al padre Claret y a sor Patrocinio, la monja de las llagas, disparando con un naranjero desde la balaustrada del coro contra la rebotica de Mendizábal instalada en la alcantarilla". (...).

"Clericalmente la etapa franquista se dividió en dos: aquella en que el certificado de buena conducta del cura párroco era creído de oficio por el comandante del puesto de la guardia civil y se convertía automáticamente en un documento de salvación terrena; y la otra, en que ciertos avales de abadía comenzaron a inspirar sospechas políticas en el ministerio de la Gobernación. La línea divisoria era en realidad aquel meridiano cultural que atravesó el país en 1956, famoso año de gracia, que dejó en la parte de allá al padre Astete con un trabuco y en la de acá a las nuevas promociones de curas y católicos que leían ya los libros de Rumano Guardini, ensayos de Unamuno, novelas de Greham Greene, estudios de Charles Moeller sobre literatura y cristianismo, existencialismo de Gabriel Marcel, relatos agónicos de Bernanos, el Diario de Ana Frank para llegar a la teología cosmonáutica de Theilard de Chardin, con alguna parada en Papini".

"El anticlericalismo universitario fue tomando un carácter razonado, puesto a remojo durante los ejercicios espirituales dirigidos por el padre Llanos. A los jóvenes socialistas los casaba Sopeña y entonces la izquierda católica estaba flanqueada por Aranguren y Maritain, frente al nuevo anticlericalismo de derechas que asomaba la oreja a través de los cursillos de cristiandad donde se mezclaban oraciones y tacos, requiebros a la Virgen con una campechanería de barrio bajo para darle un aire de confianza a la espiritualidad".

"De pronto un día el padre Llanos se fue a vivir al Pozo del Tío Raimundo y esa fecha marcó la lenta bajada de una parte de la iglesia española hacia el sótano obrero, que era un territorio de infieles sin hucha de domund. Los nuevos curas se vistieron de pana, iban con el casco hablando de justicia social por los andamios, descubrieron otra forma de llevar almas al cielo a través de la democracia y dejaron que una tropa de metalúrgicos leyera sus reivindicaciones salariales desde el presbiterio, como si fueran epístolas de san Pablo". (...).

Y por último, Manuel Vicent salpica sus narraciones de escuetos y breves diálogos, que utiliza para resaltar más el contexto y las circunstancias de las descripciones.

Presenta los diálogos en forma directa. Y su principal recurso estilístico es la elipsis.

Son diálogos muy cortos, que podemos tener u oir en cualquier conversación común. Citamos algunos:

"- Es muy triste tener que pedir.
- Sí.
- Y no quisiera convertirme en un ladrón.
- Claro.
- Soy un albañil sin trabajo, con cuatro hijos".

"- ¿Y tú, qué has hecho?
- Nada. Un colega y yo íbamos sólo por el dinero del tío. Estaba con la novia en el coche. Entonces ella se abrió de piernas y dijo: "Vayan pasando".
- ¿La violaste?
- A ella le gustaba.
- Y qué.
- Me quedan 20 años de "talego"".

"- Yo no hago mal a nadie, señor guardia.
- Pero es un truco.
- Cada uno se gana la vida como puede.
- También es verdad. Siga usted".

"- ¿Le duele?
- Mucho.
- Acabo de comprar unos bonos de Bankinter. ¿Cree usted que he hecho bien?
- No lo sé.
- Ahora le voy a lastimar un poco.

- Me está usted matando, doctor.
- Déme un consejo. ¿En qué puedo invertir dos millones de dinero negro?
- ¡Quíteme ese maldito dedo del culo!
- No lo haré.
- Compre renta fija, pagarés del Tesoro. ¡¡Cuidado!! Me va a destrozar la próstata.
- Necesito un crédito. Usted podría hacer algo.
- ¡¡Auxilio!!
- Maldita sea. No sacaré este dedo nunca si no me lo concede ahora mismo.
- Pídame lo que quiera.
- Eso está mejor".

"- Si le huebieras soltado un bofetón a tiempo...
- Qué quieres.
- ... aquella vez que llegó a casa con los labios pintados de negro, con una pluma de pato en la oreja...
- No sé pegar a nadie. ¿Qué quieres que haga?
- Haberla molido a palos, como se ha hecho siempre.
- No entiendo. Lo tenía todo".

"- ¿Cómo está tu madre?
- Muy bien. Ya ha ligado.
- ¿Cómo?
- Que ya está ligada.
- ¿Con quién?
- Con un hombre con barba.
- Vaya.
- ¿Te acuerdas de aquel señor que te vendió la enciclopedia?
- ¿Con ése?
- Sí.
- ¿Y qué tal?
- Me ha comprado un "scalextric"".

"- Han llegado los Rolling. ¿Le apetece a usted un canuto?
- Bueno.
- ¿El señor presidente va a ir al concierto?
- No lo dude. ¿Cómo se fuma este chisme?

- Dé usted una calada lenta, señor presidente.
- Ah.
- Ahora retenga el humo en los pulmones lo más posible. Es el rito. Tiene que ser todo muy suave. Después pase la colilla al primer vocal.
- Esto sabe a aquel cuarterón de entreguerras.
- ¿Cómo ve la crisis?
- Oh, muy interesante. Son buenos chicos estos Rolling".

Como vemos abunda la elipsis, la hipérbole, el habla común, realizando, en ocasiones, una caricatura de la sociedad, acentuando la ironía y el sarcasmo, propios del autor.

5. EL NEOLOGISMO EN VICENT

EL NEOLOGISMO EN VICENT

Una de las características del estilo de Vicent es el frecuente empleo del neologismo, tanto de forma como de sentido. En ambos casos siempre trata de denotar una nueva realidad (nueva técnica o nuevo concepto), que transmite a sus lectores, de acuerdo con su especial visión del tema. Cómo sabemos la neología de forma le lleva a crear nuevas unidades, mientras que la neología de sentido parte de un significante existente en la lengua, al que confiere un nuevo contenido.

Entre los numerosos procesos existentes en la lengua que permiten la neología de forma, utiliza frecuentemente la prefijación y la sufijación. Este mismo procedimiento lo utiliza también a partir de préstamos de otras lenguas.

El recurso del neologismo de sentido también es abundante, sobre todo en los casos de creaciones metafóricas referidas a la animalización.

Veámos algunos ejemplos de palabras incorporadas a su literatura:

"El convoy del Gijón".
"Hacer un master de tres meses en Carabanchel".
Whiskies, karate, pachulí, pub, rock, lingotazos, muladies, boutique, loden, bridge, cheyenes, proxenete, boxes, punkies, rockes, yuppies...

Podemos afirmar que una de las características de su estilo es su capacidad de creación léxica.

6. RECURSOS ESTILISTICOS

RECURSOS ESTILISTICOS

Pasamos ahora a estudiar los principales recursos estilísticos que configuran el estilo de Manuel Vicent. Queremos partir de las palabras de Rafael Lapesa (4):

"Hasta el siglo actual las observaciones sobre el estilo se limitaban a lo externo de las obras literarias, como si pudiera desligarse del contenido psíquico e ideológico. Pero no se dan separadamente, sino compenetrados y fundidos: por eso todos los elementos de una obra artística lograda, desde los más profundos móviles que han estado presentes en el momento de concebir la idea inicial, hasta los más leves detalles de la expresión, todos guardan entre sí relación estrecha".

"La interdependencia existente entre los elementos de la obra literaria es la base en que se asienta la estilística actual, que rastreando las manifestaciones de lenguaje, intenta penetrar hasta el fondo psicológico de que han brotado y reconstruir el proceso de la creación artística, descubriendo las rutas por las cuales ha discurrido. Tal investigación requiere, de una parte, hondo conocimiento de los fenómenos del lenguaje, y de otra, agudeza y despierto sentido artístico, a fin de poder compenetrarse con el espíritu de la obra que se analiza".

"Esta estilística moderna no se limita a las creaciones literarias, sino que, tomando como campo de acción el lenguaje expresivo, trata de estudiar cuanto en el habla no es molde gramatical generalizado, sino reflejo inmediato de la vida individual. Más amplia aún es otra orientación de la estilística, encaminada a renovar desde sus cimientos la ciencia del lenguaje:

en cada lengua va reflejada la especial manera de sentir e interpretar el mundo la comunidad que la habla; las lenguas son, por tanto, los estilos de los diferentes pueblos, ya que revelan lo más característico de sus respectivas mentalidades".

Lo importante en Manuel Vicent es la estética y lo visual. Sus metáforas son más que nada visuales, pero todo lo percibido por los sentidos (olores, sabores, colores...) conforma su estilística.

Mediante la hipérbole nos muestra las vísceras de nuestra sociedad. Es un recurso, que junto a la animalización, nos aproxima al esperpento, propio de Quevedo, Goya, Solana o Valle-Inclán. Detengámonos en distintos ejemplos de hipérboles que maneja el autor:

"caballo literario".
"A Alvaro de Luna le divierte mucho coger una bola de treinta kilos y jugar con ella a las canicas bajo los pinos".
"(...) este hombre (...) es capaz de saltar una acequia a la pata coja".
"(...) enciende la pipa con un mechero recargable, un desprendimiento de ceniza cae sobre su chaleco cruzado".
"(...) con resortes de gata, una de ellas trepó por una columna y, desde el capitel, se arrojó en plancha sobre el cuello de un alemán de 150 kilos de espesor, el cual no dejó por eso de cantar el vals lleno de regüeldos con un litro de cerveza en lo alto del puño".
"Las meadas en una cervecería de Múnich son tan largas que a uno le da tiempo de trabar con el vecino una profunda amistad de toda la vida".
"Asaltan un yate, devoran con un sangriento bocado el contenido de un bikini, descerrajan el esternón del millonario, se comen a dentelladas a sus hijas, vacían la bodega, defecan en el cuaderno de bitácora en presencia de toda la tripulación y continúan camino hacia el Sur. Cuando uno de la camada se despeña a la velocidad de 220 por hora, el resto no vuelve la cara. Lo abandona con las tripas fuera del cinche y el cráneo astillado, en el fondo del barranco, hasta que se le zampan los cuervos".

"Puede arrancar una puerta con los dientes".
"En Madrid ha comenzado la matanza de San Isidro".
"Batalla en el Club de Campo".
"(...) que luego cobra en el seguro por centímetros cuadrados de tiritas".
"(...) se veían viejas desnudas arrastradas del collar de perlas por el barro".
"Todos los conductores hicieron mugir el claxon en un estado de pánico, y el fragor de apocalipsis aún excitó más la huida general. Los coches buscaban la ciega salida saltando unos sobre otros; verdaderas riadas de chapa fluían por las bocacalles buscando el campo abierto, los automovilistas se aplastaban mutuamente, se acuchillaban para ganarse un espacio en dirección al yermo y el extrarradio vertía hacia el campo sucesivas oleadas de búfalos en una cabalgada irracional que levantaba una seca polvareda radiactiva hasta las nubes".

La lista podría resultar ilimitada, pero creemos que sirve para comprobar cómo el autor mediante este recurso muestra el absurdo de la existencia. Unas veces caricaturiza, y otras simplemente deja sentir el dolor que le producen las circunstancias de la forma de vida actual.

Lo mismo consigue con la animalización, unida a la hipérbole, como hemos visto en algunos de los ejemplos. En algunas ocasiones simplemente atribuye cualidades irracionales al hombre masa. Contemplemos algún párrafo:

"(...) un señor de 60 años de quijada reluciente".
"Hay en el aire un erotismo muy ganadero de refajo sudado".
"(...) una nube de gorrones que te pase la mano por el lomo en el bar del hotel".
"(...) estuvo a punto de partirle el gañote".
"(...) el cuarteto músico-vocal de las fieras lusitanas".
"(...) un magistrado convertido en churrasco, (...) chuletas de cómico a la parrilla".
"El caballo amante".
"(...) se abanicaba la finísima mandíbula con el programa rebosante de sinfonías".
"La coral de relinchos de caballo no se ha producido".

"(...) traía sentado en una silla de ruedas a un viejo minotauro ciego con dos cuernos que le brotaban de las sienes".

"Sentados en el parqué del salón, con las patas en aspa como dos excursionistas, se zamparon las viandas sin hablar".

"Acodados en la barra de un bar de la Gran Vía, abrevan algunos cuatreros".

"Cada 15 días la discoteca Area cambia totalmente el decorado, si bien los escualos permanecen siempre al acecho".

"(...) aquella reina macabra e inteligente rebanadora de gaznates".

"(...) panteras rubias".

"Jesús Fernández Santos. El hígado en una taza de manzanilla".

"Un cangrejo en la yugular".

"(...) otros tiburones de secano con pistola en la sobaquera".

"(...) nuevas oleadas de búfalos llenos de garfios e imperdibles atravesados en las mejillas".

"(...) cada elemento del rebaño se enfrentará por separado con la propia maldición".

"(...) aquella zarpa gotosa del profesor que le pellizcaba las tetillas".

"(...) y muchas hormigas pulsando ascensores como él mismo dispuestas a fichar".

Lógicamente también encontramos recorriendo sus textos la metonimia, citamos algún caso:

"(...) enormes tripas rehogadas en cerveza".

"pasos de babucha".

"- ¿Quien es ése?

- Un Terry.

- ¿Y ése?

- Un Osborne.

- ¿ Y ése?

- Un Medinaceli.

- ¿Y ése?

- Nadie".

"El resto de la escolanía también se ha pasado lo mejor del Código por la entrepierna".

"(...) 90 kilos en canal".

"(...) un vaso de campari".

Y paradojas:

"(...) se peinó la calva".

"Dos paralíticos, sentados en sillas de ruedas, tocan la guitarra acompañando unos salmos a ritmo de "rock"".

"Se te acercan con una sonrisita histérica y te hunden la navaja en el hipocondrio".

"(...) beatas en bikini".

"A primera hora la radio había lanzado la buena nueva de un descarrilamiento de tren y los periodistas que cubrían la tragedia en una yerta barrancada ponían una voz eufórica, todavía con sabor a turrón de coco, para contar el número de víctimas y describir minuciosamente sus heridas mortales".

"(...) ángeles del infierno".

Pero donde Manuel Vicent es un maestro, donde reside todo su estilo sensual y visual es en el uso y dominio de los tropos, concretamente de la sinestesia y de la metáfora, consiguiendo una metáfora sinestésica.

Ahí está todo el dominio del placer de los sentidos y todo el olor, sonido, sabor, tacto y color mediterráneos.

Podríamos realizar un listado separado, pero creemos que es más sabroso, ya que en ocasiones se confunden, fundir sinestesias y metáforas:

"La carne es yerba".

"Y los marchantes del terreno también han cogido pátina".

"(...) colores pastosos".

"Por encima del tejadillo se ve la espadaña de la Giralda".

"(...) un perfume de tomillo que te lija la nariz hasta el fondo de la infancia, y los toldos ciernen una sombra color azafrán".

"La calabaza atómica se alzará en las tinieblas con suprema elegancia".

"(...) una novia con el grado exacto de azúcar".

"Juan realizó el delito con el mismo mecanismo que él había usado siempre para abrir una sandía en el mes de agosto bajo la parra".

"(...) soledad perfumada".

"(...) conocía a aquella jovenzuela desde niña, había asistido de cerca al proceso de su maduración (...) Llega un momento en que la fruta hay que comérsela, de lo

contrario se pudre".

"(...) el sujeto en cuestión (...) ya se hallaba listo para el descabello".

"En las colinas de menta".

"La olla estaba tapada, aunque ya hervía. De un tiempo a esta parte habían comenzado a verse demasiados furtivos en la reserva. Eran tipos raros, generalmente vestidos de rebajas".

"(...) y un espárrago con una eyaculación de salsa mahonesa en la punta componían el plato de entremeses".

"(...) el orgasmo de los jóvenes amantes sonaba en la casa deshabitada como en un acantilado".

"Amor y otros muebles".

"(...) la polución coronaba el poblado con una boina capona".

"-Sólo deseo explorar el alma humana. Soy un experto en longanizas".

"Sólo deseo ser lechuga con alma de nieve".

"(...) bailan con saltos de fosfato".

"(...) envueltos en una penumbra canalla".

"- Mi alma está pegada allí arriba en aquel canelón".

"(...) con un licor moderno dulcemente mantenido junto a la mórbida duna del pubis".

"Su cuerpo desnudo permanecía varado en la arena bajo las pencas de unas palmeras, y rozando fugazmente aquel litoral pasaba todos los días un ciudadano anónimo".

"(...) boca de melocotón".

"Al ordenanza le estalló el cerebro".

"(...) un sueño secreto fue tomando un viento de oro".

"Sorbía a veces un poco de licor y no hacía sino navegar por mares inexplorados pilotando el cuerpo de una esposa real".

"Varios neones polvorientos ciernen una luz mantecosa sobre este depósito de ejecutivos".

"(...) una mueca de alegría escarchada que había cristalizado alrededor de la nariz".

"A bordo de la bicicleta estática el fulano acababha de arribar en ese instante al estrecho del Bósforo, tenía ante sus ojos el Cuerno de Oro envuelto en luz de albaricoque".

"(...) loe ejecutivos embarcan hacia la habitación".

"(...) posaderas de mantequilla".

"(...) el jarrón chino del consenso".

"Las mujeres usan unos senos de perita".

"Las mujeres divinas son flacas, tienen las asas del amor, o sea las paletas de la pelvis, salidas como alas de hueso, el cuello a modo de batido de vainilla (...) su lengua es una ventosa que podría crear el vacío absoluto en los pulmones del enemigo por succión".

"Conserva el mismo sabor a tahona en ese rostro".

"(...) noche pálida de lecheras policiacas".

"(...) el epiglotis lacerado con el licor de la noche".

"Tiene cara de judío polaco al que le hubiera caído una fregona en la cabeza".

(...) sensación de haber desvirgado a la censura".

"(...) las salidas del Metro echan bocanadas de obreros sobre Vallecas".

"(...) ha caído en Vallecas, donde los ciervos heridos son metalúrgicos de la pegaso".

"(...) largas barricadas de libros".

"En el jardín de la Filología".

"(...) en 1948 quedó varado en el peluche del café Gijón".

"(...) haciendo bascular lentamente su cadera destartalada".

"(...) montado en el cacharro de sí mismo":

"(...) con las alas del bolsillo llenas de sal marina".

"Yo siempre he pensado a Rafael Alberti de color vainilla".

"Sobre el andamio de unos zapatones con palmo y medio de suela".

"(...) cejas bermellonas disparadas hasta las sienes".

"(...) el mercurio humeante le chorrea por las orejas y el sol de la calle vuelve a iluminar esta calcomanía surreal".

"Al Guernica, de Picasso, lo acaban de internar en una UVI antibala".

"Cuando las sombras se alargan, el parque del Retiro se llena de libélulas, de hadas y de bambis con navaja bajo un decorado de ópera".

"(...) recogió en la joyería a su amante, aquel lujoso galgo rubio que había entrado a saco con amoralidad idiota en el reino de los cristalinos".

"Con unos modales de guante de cabritilla que esconde un garfio de pirata, rodeados (...) de negras exóticas recostadas en divanes como leonas de Etiopía, todo naufragado en un perfume diorísimo, (...) y se zampan a los boquerones que se acercan al coto".

"(...) equipado con un abrigo de caza mayor".

"(...) arriaba las cejas a media asta".

"El circuito de Ulises perdido en su regreso a Itaca puede partir de la calle de la Ballesta, que es un puerto para marineros de secano".

"Entonces se forman en la acera de la Telefónica unos corros de contrata con el aluvión que sube de Carretas (...) y elmercado de la carne allí juega a la baja".

"Junto a los cubos de basura florecen muchachos de pestañas rizadas. La ciudad presenta de noche una máscara de crema que está en los camarinos de Gay Club".

"Los centauros corren por el pasillo agitando la grupa con un bronceado de lámpara de cuarzo".

"El residuo desvencijado de la jornada, drogadictos (...) se hacen un nudo de carne y esperan a que el sol ilumine la crestería de las Calatravas".

"(...) un reflejo de color quisquilla".

"(...) el saxofón coge una morbidez de boa".

"(...) conserje antorchado con charreteras doradas".

"La sesión de espeleología continuó por las cavernas del barrio de Malasaña con el mismo resultado".

"(...) le pega al plato de callos con una devoción eucarística".

"(...) la primera panzada de libertad le dejó un poco agotado".

"(...) el niño estornudó y el padre sintió un pinchazo de amor".

"(...) le lavaba los calzoncillos con devoción".

"(...) llevar botas de anca de potro".

"(...) aunque tuviera la carrocería de Paul Newman".

"(...) sobre el oleaje de los senos".

"Este es un país de ejemplares únicos colgados de la rama del liberalismo decimonónico".

"(...) coches de la policía con sus cantos de búho".

"Las dulces sonrisas de una pasada dicha familiar se vislumbraban a través de los carámbanos que pendían de todas las mandíbulas".

"(...) las rameras permanecen todavía en las bomboneras de los escaparates".

"Casa Rosso emite sobre la atmósfera escarchada una bocanada de terciopelo caliente y luces de fesa que fríen tetas desnudas en las parrillas de neón".

"(...) las vergas de la policía".

"1936, año de la traca".

"(...) cultura a granel".

"(...) la democracia también es una máquina de triturar basura o de picar carne de perro".

(...) conduce el viejo vagón del café, éste convoy del Gijón".

"Pato Donald" = Presidente Bush.

Todos los textos de Manuel Vicent se hallan rebosantes de metáforas y sinestesias, son sus señas

de identidad en el estilo, lo que configura que sus publicaciones sean auténtica literatura, lo que posibilita que su obra sea sugestiva y permanente.

Manuel Vicent transforma la realidad, dotando al lenguaje de sensual expresividad.

7. VOCABULARIO

VOCABULARIO

Al estudiar los recursos estilísticos, hemos podido comprobar que en la literatura del autor dominan tres tipos de vocabulario, el referido a la fauna y a la anatomía tanto animal como humana, el gastronómico y el marinero.

En cuanto al primero, hemos visto sobradas muestras al hablar de la animalización. Continuamente Manuel Vicent utiliza sustantivos, verbos y adjetivos aplicados a los animales y adjudicados a las personas. Con éllo resalta lo que de animal hay en el hombre, le atribuye propiedades animales, luego rebaja la categoría humana. Su condición no es tanto el alma, el espíritu y el intelecto, como el cuerpo. La humanidad posee más instintos irracionales que racionales. Véamos algún caso más:

"(...) puedan ahora pacer a gusto canapés de salmón en las alfombras del Ritz".
"(...) camadas de adolescentes que abrevan en otras barras".
"(...) con el belfo macerado por una pipa centenaria que le llega al esternón".
"(...) como una yegua purasangre".
"estampidas de búfalos".
"(...) entre bostezos de tigre, rascándose los riñones".
"(...) escupió un trozo de pulmón, se fregró las axilas y ahora la plaza de San Marcos aparecía frente a sus fauces sudorosas".
"(...) - Primero me tentaron las cachas".
"(...) cabalgando una motocicleta de fuego".
"(...) con una Virgen pegada a los riñones dejando una ráfaga de hedor cabrío en la noche".
"(...) sonaba la enorme berrea de los venados cerca de los abrevaderos":
"(...) generación de jóvenes con cuatro filas de dientes en el paladar y una aleta de tiburón bajo la chaqueta de Yusti".
"(...) exhibiendo una chota cuyos muslos le llegan hasta el salpicadero de limoncillo".

"(...) ponen un riñón sobre la mesa y el otro lo mandan directamente a Nueva York".
"(...) las vacas sagradas de la cultura no oficial".
"(...) lujosas panteras de 20 años".

Este vocabulario, que refleja el esqueleto, las vísceras, la animalización, lleva a la hipérbole, a deshumanizar a los protagonistas de sus historias, mostrándoles carentes de sentimientos, productos del sexo sin amor, de la carne sin esencia, de la sociedad de consumo de masas, de los medios de comunicación, de la publicidad... como veremos más adelante.

Por el contrario, en ocasiones, humaniza a los animales. Se trata de su sentimiento franciscano, que le conduce a amar a la creación. Vamos a ver sólo un ejemplo, referido al toro, en la fiesta que no comparte; y donde ejerce la personificación:

"El toro (...) se pega unos coscorrones en el burladero pensando que detrás está el útero de su madre y de pronto se para en medio del ruedo sorprendido al ver a un señor con una boina rara, los calcetines color de rosa y los hombreras relampagueando vidrios que se acerca a saludarle sin conocerle de nada con una especie de cubrecamas en la mano. El toro se lleva un susto enorme, como se lo llevaría cualquiera en su lugar".

El vocabulario gastronómico nos lleva al placer del paladar, al gusto y al sabor, a los frutos de la tierra, convertidos en alimentos. A la importancia del gozo alcanzado por los sentidos corporales y de los primeros recuerdos de la niñez y de la adolescencia en la vida de cualquier ser humano, y en concreto del autor.

Dicho vocabulario también nos muestra la clave de su sentido panteísta de la existencia. Comprobémoslo:

"El Dios verdadero habita todavía en èl interior de aquel potaje que hacía tu madre cuando eras niño. Su sabor te perseguirá toda la vida donde quiera que estés, y con el tiempo llegarás a confundirlo con la salvación de tu alma".
"Ese guiso que selló como un sacramento el paladar para siempre en los días de la infancia y su perfume te atravesó la adolescencia, se unió al vapor de todos los deseos de la pubertad".
"Dios es un condimento".
"(...) el cielo consiste en contemplar cómo resbala el aceite virgen de oliva sobre el pimiento asado, (...) en comerse una sandía de agosto a la sombra de una parra del Mediterráneo".
"(...) y al mismo tiempo se asaban los chorizos y los deseos en aquel recinto".
"(...) se trataba de un bizcocho de dinamita, hecho a mano".
"La sopa de Ulises".
"(...) un cocido de tres pisos".
"Media España olía a Nina Ricci y la otra media a pimiento".
"(...) que me estalle Dios en la lengua".
"(...) hirviendo unas camisas en la lavadora".
"¿Dónde tenía el yo? Tal vez en el fondo del propio laberinto de mantequilla".
"(...) le pega al plato de callos con una devoción eucarística".

Las grandes cosas las describe con pequeñas palabras, y en cambio las pequeñas las engrandece, conforma otra característica de su estilo.

Y por último muchas de sus metáforas llevan connotaciones marineras, lo que también nos muestra la personalidad mediterránea del autor. Como veremos, Manuel Vicent identifica el mar con el placer, con la paz, con la posible felicidad, con dios, con lo civilizado, con lo sensual, con todo lo bueno y positivo de la vida. El uso de vocabulario marinero es constante:

"(...) arriaba las cejas a media asta".
"(...) los ejecutivos embarcan hacia la habitación".

"Bajo los luminosos románticos de la calle de la Ballesta, que tiene algo de muelle portuario".

"En la pista había otras parejas amarradas y el conserje las fue embarcando con reverencias en la jaula del ascensor".

"(...) desembarcan en el vestíbulo".

"(...) aparecían varados". Refiriéndose a personas.

"(...) en ese dique de Recoletos".

"(...) en el interior de Leopoldo Bloom, cuya alma no tenía oleaje".

"(...) por la trasera de la Telefónica, ese puerto de mar para lobos de asfalto".

"(...) hacía navegar el cerebro en una esclerosis acuática y embarcaba la memoria hacia los parajes de una niñez llena de columpios".

"(...) un atasco, que era un banco de centollos".

"(...) del lobo de mar".

"(...) los cinco mozalbetes con el mentón aproado de orgullo".

CONCLUSIONES.

Una de las conclusiones fundamentales de nuestra Tesis, es que Manuel Vicent es funcionalmente estilo literario.

Tratamos el tema de periodismo y literatura, ofreciendo una aproximación al concepto de ésta última. Y entendiendo que el autor es periodista y escritor, poseyendo características de ambas categorías, pero sobre todo escritor, definido por su estilo, esencialmente creativo.

Veamos la respuesta del autor ante la cuestión de la diferencia entre escribir sobre la actualidad y la literatura (El País, 1-7-79): "Tal como está la actualidad en este país, realmente ninguna: La vida concreta descrita en artículos políticos es lo suficientemente alucinada como para sentirse realizado estéticamente. Si cualquier noticia la redactas buscando el adjetivo preciso, ya te conviertes en escritor. Cualquier periodista que ponga el adjetivo exacto en el lugar oportuno es un escritor, tanto si el protagonista es un tipo maravilloso que se da pinchotazos en las venas como si es un jefe de negociado que te lee un comunicado de ministerio. Para mí no hay diferencia entre el periodista y el escritor. Toda la moderna literatura se ha fabricado en los periódicos".

Analizamos las formas de expresión literaria de Vicent: la descripción, el retrato, la caricatura, la narración y el diálogo. Y su técnica, basada en una gran capacidad de observación, el autor es el observador nato, después selecciona, elige, narra, describe... Así conlleva la subjetividad necesaria para crear arte,

literatura.

Estudiamos el uso que hace del neologismo, creando nuevo léxico. Y los recursos estilísticos que emplea: animalización, hipérbole, paradoja, metonimia, y sobre todo, sinestesia y metáforas, que cuajan toda su obra de sensualidad mediterránea y potencia visual.

Domina las figuras descriptivas, prosopografías y etopeyas, que logran penetrar en las creencias, sentimientos y psicología de sus personajes.

Le preocupa antes el cómo va a decir que el qué va a decir, pues piensa que ya está todo dicho, pero varía la forma de decirlo.

Forma y estilo enlazan con el contenido, así en ocasiones se expresa dominando el sarcasmo y el esperpento, y éllo creemos que por el dolor que siente ante el sin sentido y absurdo de la existencia, por la impotencia ante el sufrimiento de la humanidad y lo imprevisible de la vida. Pero otras veces le define la ternura ante el desvalimiento y la gran contradicción del hombre.

Entre sus fuentes podemos citar: Aristóteles, Platón, Homero, Joyce, Camus y Gide. Nosotros le comparamos continuamente con James Joyce y Ramón del Valle-Inclán.

Su estilo deforma y recrea la realidad, en ocasiones con la marginalidad y oscuridad de la época negra de Goya, y en otras, con la grandeza, alargamiento y estilización de Modigliani.

Continuamente crea descripciones visuales, plásticas, aromáticas, sensuales, tiernas y desgarradas,, capaces de configurar todo un mundo propio.

(1) Lenguaje en periodismo escrito. Fundación Juan March. Serie Universitaria. Madrid, 1.977.

(2) ¿Qué es la literatura? Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander, 1.976.

(3) Lengua Española. Edelvives. Zaragoza, 1.978.

(4) Introducción a los estudios literarios. Cátedra. Madrid, 1.974.

TERCERA PARTE

TEMATICA DE MANUEL VICENT

8. LA INFLUENCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS:

EL CONSUMIDOR CONSUMIDO

LA INFLUENCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS: EL CONSUMIDOR CONSUMIDO

1. La sociedad de consumo.

La sociedad de consumo resulta un tema fundamental en la obra de Manuel Vicent. Ya en 1.969, en el periódico Madrid, surge con frecuencia, desde sus primeros artículos se preocupa de este peculiar fenómeno de la civilización actual, que en nuestro país se gesta en los años sesenta, se desarrolla en la década de los setenta, y alcanza su máximo apogeo al final de los ochenta.

En España la sociedad de consumo contiene además unas características particulares, ya que se produce en plena dictadura, en los años del desarrollo, sin cicatrizar todavía las heridas de la guerra civil y de la propia posguerra. Se pasa de una economía autosuficiente, de subsistencia a la de un sistema industrial, de unas necesidades vitales primarias a unas secundarias, en ocasiones superfluas, de cubrir las necesidades fisiológicas a las psicológicas, repletas de deseos y objetos que simbolizan prestigio social. Es decir, aquí hombres y mujeres que conocieron y sufrieron los piojos, el Pelargón, la sarna, las gachas, el boniato, el frío, el hambre, ahora se encuentran desbordados por las consignas del confort y el bienestar, y paulatinamente son conducidos hacia esas necesidades secundarias que ofrecen estatus, información, ocio, imágenes, y cantidades de objetos inútiles.

Manuel Vicent, que en todo momento presenta una radiografía psicológica de nuestra sociedad, no puede dejar de contemplar y preocuparse por este hecho primero insólito y después cotidiano. En la década

de los sesenta prevé, apunta y "avisa" de lo que se va a consumar en los años ochenta, cómo nace esta sociedad de consumo de masas entre la miseria, la corrupción, la especulación, la injusticia social, e incluso la incultura del pueblo.

El escritor refleja a lo largo de su trayectoria la transición de nuestra economía de subsistencia a la economía de la opulencia, el paso del hambre al consumo, y éllo relacionado con otros dos temas básicos: la influencia de los medios de comunicación, sobre todo de la televisión, y la sociedad como masa.

Ve y escribe cómo nace la nueva sociedad, una sociedad industrial repleta de objetos conviviendo con nudos de pobreza:

"la misma pobreza del antiguo régimen invadida hoy de cacharros de plástico" ((1).

"El hombre, (...) no come lo que le gusta, sino lo que le anuncian, aunque eso contenga ciclamato, estrógenos o hexaclorofeno. (...) En esta sociedad de consumo no hay alimento al que no haya metido mano un listo, de modo que llenar la tripa, que antes era un problema, hoy se ha convertido en una aventura. Pero el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, sigue siendo libre: puede escoger entre morir de hambre o morir envenenado. Las dos opciones tienen sus ventajas". (...)
"Y así hasta el final, hasta que se erija un reino de comerciantes ricos y de consumidores muertos. Amén". (2).

Posee una visión premonitoria de la civilización que se avecina, masas de ciudadanos al servicio del trabajo y del consumo, una sociedad en la que el culto al bienestar esclaviza, no deja pensar ni vivir. Y su eslogan podría ser "díme lo que consumes y te diré quien eres". Nace un nuevo estilo de vida más

materialista.

Todo se convierte en rutina, trabajo y ocio. Se trabaja para obtener tiempo libre, y este se apura consumiendo bienes y servicios, así se tendrá más necesidad de trabajar para satisfacer esas ilimitadas necesidades, que los mass media nos prometen liberadoras, y que el autor encuentra esclavizadoras.

Leamos algunos párrafos. El primero se encuentra en el periódico Madrid, 23-1-70 (3):

"Si en el futuro nuestros hijos se toman la molestia de juzgarnos, imagino que no nos juzgarán por no haber hecho más autopistas, por no haber fabricado más cacharros de plástico, por no haber escrito libros geniales, por no haber hinchado la "renta per capita". Con el tiempo eso no tendrá demasiada importancia. La industria estará conectada con las descargas de adrenalina como un derivado automático de la voluntad, y por otra parte, "El Quijote" ya está escrito. Si en el futuro existe el oficio de juez, cosa que dudo, nuestra generación será juzgada por no haber luchado más por la dignidad del hombre, por no haber arriesgado nada en favor de la libertad y de los derechos esenciales, por no habernos puesto decididamente de parte de los que sufren persecución por la injusticia, por haber vendido nuestro valor por el bienestar. Pero ya he dicho, tal vez en el futuro no habrá nadie que se tome la molestia de ser juez. Entonces la nuestra pasará a la Historia como la generación del silencio".

En Madrid, también, el 11-5-70, "La otra economía":

"Alguien deberá advertir al español que ser pobre no es pecado".

Y el 18-12-70, en el mismo diario, "La conciencia en el frigorífico":

"Llega a tu casa un encargado y apela al honor. Con dulces palabras te demuestra que una firma tuya bien rubricada puede convertirse en una fuente de riqueza para

el país y de bienestar para la familia. Escribes el nombre del bautismo y el apellido de los antepasados, los dos recostados en la letra de cambio y ya tienes en casa el frigorífico, el televisor, la lavadora automática y el coche utilitario aparcado en batería en la calle. Todo por el rito sencillo de convertir el honor en un honor aceptante. Entonces el encargado, con una sonrisa de conejo, te descubre la tripa, te mete una llave en el ombligo, te da cuerda y empiezas a bailar". (...)

"El neocapitalismo ha sumido a la pequeña burguesía en una espiral de objetos, en un sensualismo de las superficies, en una grosera religión del bienestar. Su trabajo ha sido trocado en algo estúpido al servicio del electrodoméstico con un horario suficientemente medido y agónico como para que no se pueda pensar en nada más. Después de esto, la esperanza en la lotería se ha convertido en un elemento puro y revolucionario, en la única forma de salir del chantaje".

El autor trae el presentimiento del hombre que surgirá de este tinglado. Para Manuel Vicent la sociedad de consumo no acerca al igualitarismo, ni garantiza las libertades, ni el progreso, ni el equilibrio cultural, por el contrario, cree que despoja al ser humano del libre albedrío, de ética, de sensibilidad e inquietudes "espirituales" o "intelectuales", en definitiva, que posibilita una civilización más deshumanizada. El 24 de febrero de 1.971 publica en Madrid ((4):

"El resto consiste en empalmar con un hilo de corriente alterna el hígado de la clase media a la sensualidad de los diseños industriales. Mientras tanto el pueblo llano guarda silencio y mira escaparates. Todo está en venta, nuestra civilización vive en una fiebre de posbalance general, así que incluso el obrero industrializado lo puede comprar casi todo, salvo el honor que es patrimonio del alma, una excrecencia, algo así como un verrugón de caballería que Ricardo Corazón de León transmitió por línea directa.
A pesar de eso la vieja cuestión sigue en pie: simplemente que la sociedad se divide en explotadores y explotados. Pero los técnicos de la política sólo están preocupados en mantener el fuego, en vigilar el nivel de la presión. En las calderas hierve

todo, pero la filosofía se ha especializado en el drenaje, mediante el erotismo, las reformas sociales, las vacaciones pagadas, las revistas de papel satinado, el fin de semana en el césped con la mochila llena de latas de tordos en conserva. Frente a este espectáculo, la izquierda histórica se ha quedado sin oficio. Ahora se dedica a adornar la vieja estaca con margaritas. Por otro lado, ya se sabe que la izquierda divina es de derechas (...)".

"No se puede negar qùe hoy el obrero de la civilización occidental es más feliz que en los tiempos de la Marsellesa, si se entiende por felicidad el poder comprar licor del polo y pasar quince días junto a la mar".

Con este modelo de vida, ciertamente, se ha llegado a un estado de abundancia, en el que se atenuan las diferencias económicas, en el que todos los ciudadanos disfrutan de mayor nivel material. La sociedad vive en el mito de la opulencia, pero no han desaparecido las desigualdades sociales ni culturales. En teoría se ha borrado la antítesis riqueza-pobreza, ya veremos que en la práctica, y cómo al propio autor le conmueve, no se han extinguido los pobres ni la marginación, y todo lo inunda el batallón de la clase media.

Se ha conseguido por tanto una uniformización, con unas pautas consumistas homogéneas, que da un conjunto de bienes comunes a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Los deseos materiales se uniformizan, y muestran, como piensa Vicent, un ideal de bienestar, aunque "ficticio", en el que la masa piensa en el confort del "hogar" y la satisfacción del ocio.

Todo manejado por las multinacionales, y así en la literatura de nuestro escritor, toman protagonismo las marcas, diseños, etiquetas, publicidad, moda, imagen. Manuel Vicent describirá y clasificará, como

comprobaremos, a las clases sociales por sus posibilidades y realidad de consumo.

Los argumentos poseen como habitat Madrid, es decir, la gran ciudad, la metrópoli, porque de aquí arranca su material literario el autor, del asfalto recoge a sus más tiernos y frustrados personajes, a sus más entrañables y psicópatas protagonistas.

La gran ciudad es la que sustenta el inacabable aparato de la sociedad de consumo, donde se encuentran los ideales, sueños, mitos, ritos, esperanzas que dicha sociedad, y a través de los medios de comunicación de masas, promete al hombre de nuestros días. Fama, triunfo, fortuna, confort, bienestar, cultura, servicios, lujos, ocio, todo lo alcanzable e inalcanzable es impensable sin pasar por los signos del área metropolitana: vallas publicitarias, supermercados y grandes almacenes, autopistas, avenidas, lujosos pisos, educación, escaparates, neones, espectáculos, restaurantes, discotecas, coches, erotismo soñado y pagado.

Pero como relatará Manuel Vicent, en esa misma gran ciudad se hallan también todos los traumas, infelicidades, insatisfacciones, desesperanzas, depresiones, estrés y fracasos del ciudadano actual: tráfico, atascos, contaminación, enfermedades, violencia e inseguridad, psicópatas, deshumanización, clasismo, racismo, pasotismo, hormigón.

Todo el que no desee o no sea capaz de integrarse en esta forma de vida metropolitana, el que no esté dispuesto a asumir la existencia a través de la competitividad necesaria para triunfar y consumir, se convertirá en un ser fracasado, asocial, marginado, como trataremos

en el tema dedicado a los pobres.

El sistema urbano se constituye en el idóneo para comprar todo lo que se le dicta al hombre-masa: televisión, coche, moto, vacaciones programadas, equipo de alta fidelidad, compact-disc, estudios superiores, rebajas, parquet, alicatados, tresillos, vestuario de moda según la tribu urbana. Hasta el deseo de segunda residencia parece impensable sin encontrarse ubicado el consumidor en la gran ciudad.

La mayoría de los artículos literarios de Manuel Vicent se desarrollan en Madrid. Se pueden destacar las series del diario El País, publicadas los sábados, desde febrero de 1.982 hasta julio de 1.983, Estampas de una década y Crónicas urbanas, donde los personajes viven la mayoría de las ocasiones en la capital.

Algunos de sus títulos nos muestran una idea. En Estampas de una década: "En el parque del Retiro", "La noche íntima de Madrid", "La chica que quería un reportaje", "El intelectual de moda", "No sonrías a un desconocido", "Rolling del amor hermoso", "Extraterrestres en Puerta de Hierro". En Crónicas urbanas: "¿Quiere usted acostarse conmigo?", "Terror de año nuevo", "Antena colectiva", "Unidad móvil", "La noche de Rumasa", "El espectador incorrupto", "Una dama en la noche", "La terraza del Teide", "Grandes almacenes", "Dinero para un yate".

Sólo el título de la serie, Crónicas urbanas, convierte en protagonista a la gran ciudad, principalmente Madrid, pero cualquier gran urbe, por ejemplo "Cierta idea de Moscú" o "Fiesta en Nueva York". Porque la sociedad de consumo de masas, la persuasión que ejercen los medios de comunicación, y el hombre-masa, valga

la redundancia, son inconcebibles sin la metrópoli. En élla tienen lugar los argumentos de nuestros días, y el autor lo sabe, entresaca los hechos, pero de la actualidad cotidiana de las pequeñas historias. No la historia de los grandes titulares, sino la de la letra pequeña que hace literatura.

Y así se ocupa de los problemas y conflictos sociales que nos afectan, de la psicología de la gente que puede ser cualquier ciudadano corriente: estrés, familia, divorcio, desamor, droga, vejez, pobreza, desilusión, sexo, terrorismo, consumo..., es decir, los temas universales que mueven la historia de la humanidad, las pasiones, lo de siempre: amor, soledad, muerte, religión, ideología, envidia..., todo lo que se refiere al ser humano. Su literatura se nutre en los estercoleros, y éstos se hallan sobre todo en la gran ciudad.

Una de sus Crónicas urbanas, "Grandes almacenes" nos parece importante para el tema que tratamos. La descripción nos plantea el mundo de la sociedad de consumo contemplado como una trampa o una cárcel de la que el consumidor no puede, aunque lo desee, salir jamás. Los grandes almacenes simbolizan el signo inequívoco de dicha sociedad, en éllos la gente lo puede encontrar absolutamente todo, puede cubrir cualquier necesidad, comprar cualquier cosa.

En sus múltiples plantas se halla todo expuesto, ordenado, clasificado, jerarquizado para alcanzar cualquier deseo material, previamente sugerido por la publicidad y los medios de comunicación de masas. Lo que vende la economía de la producción en serie lo tiene la civilización de masas en estos centros comerciales, montados

para seducir y no dejar que nadie se salga de la cadena.

No se imaginan en nuestra sociedad unas navidades sin entrar en el fantástico mundo de los grandes almacenes, escasas mujeres, y hombres, se resistirán a prescindir de sus rebajas. Estos "santuarios" equipan a los niños para poder acudir al colegio, poseen cada objeto necesario para "gozar" de las vacaciones anuales, incluso constituyen un lugar donde los ciudadanos llegan para distraerse, matar el tiempo, o quitarse "comprando algo" una depresión.

Manuel Vicent incluso se fija en el modelo arquitectónico de estos centros comerciales, lo mismo que Fournier describió el de los falansterios, igual que las iglesias contienen un diseño adecuado para congregar a sus fieles, o las cárceles, cuarteles, centros de enseñanza un modelo riguroso según su jerarquía y fines, los edificios de que nos ocupamos están ideados para que el hecho de consumin se torne ilimitado.

Fijémonos en lo que nos cuenta el autor que acontece en los "Grandes almacenes" (5), las citas resultan largas, como el artículo, pero sin desperdicio.

"Ella se sorprendió un poco al ver que en el interior de algunos vehículos estacionados unas parejas se hacían el amor rodeadas de paquetes. También le llamó la atención otro hecho insólito: en el suelo de cemento había unos señores muy elegantes, que parecían clientes, tirados sobre una manta durmiendo a pierta suelta (...)".

"Aquella señora no era sino una hormiga más en el hirviente barullo que se agitaba frenéticamente por los distintos departamentos, y no demostraba una voracidad especial. Las escaleras mecánicas transportaban seres inmóviles como maniquíes hacia otros espacios, los altavoces interrumpían a veces la música de ambiente para dar reclamos de ofertas, ventas posbalance, rebajas, semanas de la China y otras promociones

esotéricas y, en medio del oleaje de consumidores, había guardas jurados con galones y un pistolón desmesurado que les flotaba a la altura de los ijares (...)".

"pero ese gran almacén contiene todo lo que a un contribuyente normal le puede apetecer desde bragueros teutones hasta viajes a Tahití pagados en cómodos plazos. Por eso, a la mujer le resultó muy fácil encontrar la cacerola deseada. Durante algún tiempo se movió entre ollas, sartenes, electrodomésticos, espátulas, instrumentos de cirugía culinaria y bisturís de cocina amenizados por una melodía cenital de Julio Iglesias; y mientras una empleada le envolvía la perola de aluminio, pensó que la moderna ama de casa se había convertido en una reina de quirófano (...).

"las miradas de la multitud tenían un brillo de sudor o de fiebre ante los objetos amontonados en las largas bancadas. Se abrió paso a codazos por algunas galerías y de repente vio una manada que corría hacia un montacargas. La mujer se precipitó dentro de aquel remolino de cuerpos y paquetes y de repente la caja blindada salió zumbando en dirección a la estratosfera. Se detuvo bruscamente en la última planta y allí las sardinas en lata se vaciaron con una violenta bocanada en busca de otros cacharros (...)".

"Los grandes almacenes modernos están construidos con una estrategia de ratonera. Tienen una entrada muy fácil, con vestíbulos de excitantes arcadas. Incluso se puede acceder a ellos por debajo de la tierra a través de túneles que han perforado la raíz de los muros como un queso gruyere. Pero tan pronto el pequeño roedor ha caído dentro, el laberinto se complica cada vez más. Las sucesivas dependencias se van enredando, todas las paredes se vuelven lisas, los espacios toman una fórmula cuadrangular, los distintos volúmenes se repiten en cadena unificados por el hilo musical y la luz pastosa. Podría considerarse un hecho anecdótico que aquella mujer no encontrara la salida, aunque los casos como el suyo han sido calculados científicamente. Está probado por los psicólogos de consumo que si alguien, ya sea rata, hormiga o ciudadano medio, se entretiene 15 minutos buscando una escapatoria, siempre acabará comprando alguna cosa más. Pero la mujer se sentía angustiada y se acercó por tercera vez a una dependienta para explicarle el problema. Llevaba mucha prisa, había concertado una cita con el callista y buscaba una puerta, un ascensor, una escalera principal o de servicio, cualquier hueco que le permitiera llegar cuanto antes a la calle, porque además comenzaba a notar cierto ahogo. La dependienta hizo la mueca habitual.

Le contestó que no debía preocuparse por eso, que se tranquilizara, que subiera a la cafetería a tomar algo. También le dijo que el establecimiento tenía un servicio de reparto de mercancías hasta el domicilio de los señores clientes y sería bueno que lo usara. Ella podía seguir comprando sin parar y cuando se le acabara el dinero debería pedir una tarjeta de crédito. Le sería facilitada al instante por el personal habilitado (...)".

"aquel genío parecía la repetición uniforme de la misma persona, en versión masculina o femenina, como si todas las dependencias del establecimiento hubieran sido invadidas por los propios maniquíes, que no cesaban de comprar de una manera mecánica cuantos objetos les ofrecían unos empleados, también de plástico. Podía tratarse de una alucinación debida a la claustrofobia. Eran seres con una expresión de cera, con las hombreras muy cuadradas, los ojos de baquelita y un vaho de pegamento en las pelucas (...)".

"Trató de serenarse un poco. Desde la catacumba subió otra vez en el ascensor hasta la cafetería de la última planta. Ahora la mujer estaba sentada a una mesa y alrededor de ella muchos maniquíes tomaban el plato del día. Un medallón de merluza congelada, unas croquetas de pollo y flan de polvos pinos. Los maniquíes hablaban animadamente entre sí, e incluso se reían con carcajadas de plástico enseñando la dentadura de maíz híbrido (...)".

"Después de todo tampoco hacía falta salir de los grandes almacenes para ser feliz. Allí dentro había de todo: peluquerías, retretes, guardería infantil, restaurante con platos combinados y también se podía recorrer el mundo mirando los paisajes lejanos de los folletos de la agencia de viajes. (...) Los clientes eran seres puros como máquinas, entes inmutables como categorías de consumo que nunca abandonan su sitio. Permanecían siempre en el interior de ese bloque, ajenos a toda esperanza (...)".

"Las escaleras mecánicas se cruzaban en aspa aéreamente y acarreaban cuerpos con una expresión de goma espuma hacia otros espacios, y la luz batida con la melodía sideral de Julio Iglesias se vertía sobre los mostradores cargados de utensilios de toda índole, y los maniquíes agolpados adquirían nuevas mercancías alargando los brazos ortopédicos en la crepitante densidad del lugar cerrado. Al caer el crepús-

culo la cornisa del gran almacén se adornó con una cresta de neón. Finalmente, en mital del laberinto, la mujer descubrió una cristalera que daba a una acera por donde se veían pasar coches y contribuyentes con paraguas. Se pegó a ella como un mosquito a una farola. Sólo era un escaparate. La mujer comenzó a arañar la luna dando alaridos desmesurados para llamar la atención de la gente de fuera. Pero la gente pensó que se trataba de un reclamo publicitario. Y algunos peatones desocupados decidieron entrar en el gran almacén".

Manuel Vicent ha descrito el reflejo de la sociedad actual, el consumo visto como una droga de la que no se puede huir, un sistema de venta deshumanizado, en el que no se encuentran, como antes, relaciones humanas, en el que al cliente se le rodea de guardas de seguridad.

Los grandes almacenes están preparados para que el público pueda permanecer todo el día sin salir, dejando su dinero desde por la mañana hasta por la noche, ahora incluso los días de fiesta. Y lo importante no es el cliente, sino las mercancías, el sistema capitalista, montado para ganar dinero la empresa.

Nadie posee individualidad, personalidad ni libre albedrío. Los clientes son para el autor hormigas, los dependientes máquinas, seres fríos, todos actúan mecánicamente. Nos muestra sonrisas de plástico, brazos ortopédicos, caras de anuncio publicitario, vestidos en serie. Es decir, moldeados para cumplir órdenes, obedecer sin cuestionarse nada, sin rebelarse, sin pensar.

El autor va describiendo la metamorfosis que se produce en la sociedad. Vamos a comprobarlo en el artículo publicado en Hermano Lobo, el 21 de octubre de 1.972, "Hay que sudar":

"Una voz femenina, acompañada con música de Vivaldi, susurra melosamente que te fumigues el sobaco con desodorante de hondo sabor a pino, que te espolvorees los bajos con talco, que te curtas el mentón después del afeitado con violentas friegas de espliego, que te sujetes los riñones con un ancho cinturón de cuero, que cubras el ombligo con el escudo de una hebilla plateada, que seas verdaderamente hombre con un "slip" color violeta; y tú te fumigas el sobaco, te espolvoreas, te curtes el mentón, te vistes reglamentariamente según el anuncio de la voz femenina con música de Vivaldi y luego, a la caída de la tarde, te vas a un Morrison hecho un brazo de mar y no te comes una rosca. Aunque complementes tu figura con ese bigote de Porfirio Díaz". (...).

"Y uno en su modestia cree que esta sociedad en desarrollo está evaporando los valores eternos, las esencias seculares del país, entre ellas el sudor. El reclamo del sudor a sobaquillo del macho ibérico hacía maravillas en el pasado: una camiseta imperio, unos calzoncillos largos, una dentadura potente y cariada a salvo de hexaclorofeno, *un matojo de pelo en pecho y el cabello con brillantina goteando el pescuezo* pasado a maquinilla de barbero con guardapolvo: con este uniforme, el macho ibérico desde los tiempos de los Reyes Católicos ha cubierto a las hembras de la patria con el suficiente énfasis como para tener bien abastecidos todos los reemplazos de quintas. Y aún le sobraban fuerzas para trabajar, al margen de los papeles del Concordato, la pernada, el crimen pasional previo navajazo al contrario, el consuelo de viudas, el adulterio saltando ventanas, los revolcones de pajar y las embestidas a mozas garridas contra las tapias del cementerio municipal". (...).

"(...) que nos quedamos sin mozos para abastecer las fábricas de Alemania, que las coladas tendidas en patio de vecindad con bragas varoniles tienen que ser oreadas con música de Vivaldi y no con una canción de la Piquer a cargo del servicio mientras goteaban los calzoncillos del amo, que los pilares de la patria comienzan a oler a rexona, que nos quedamos sin frailes andariegos con sudor a pies y que a este paso la brava infantería va a exigir cepillos de dientes con pasta clorofilada. Y así sucesivamente".

Por tanto, con ironía, expresa que las costumbres están cambiando, critica a la vez la sociedad de consumo, el mito del eterno macho, y la publicidad, que dicta las normas para llegar al erotismo, ya que

el consumo transforma la sexualidad en erotismo.

Veámos otro texto, que también refleja el cambio de valores que tiene lugar en los ciudadanos, lo escribía en 1.973, (6):

"Aquella gloria de mujer que viajaba en tranvía jardinero con el sobaco levantado como un saludo patriótico con toda la mantilla de madroños en la axila y el olor a hembra sudada que aturdía de emoción todo el cerebro de la concurrencia, eso se ha perdido. Aquellos pálidos cesantes que olían a cera de entierro, a cretona y a babucha vieja, eso ya ha pasado. Aquellos rellanos que olían a breza, aquellas casas que sabían a pis de gato y a supositorio del señor amo, eso ha pasado. Terminó la cultura del olfato, la imaginación de la nariz ibérica y el olor profundo a bacalao y a gambas al ajillo que impregnaba las Historias de España ha sido sustituido por un fumigado general a ozono-pino".

"Y con el ambiente a desodorante, los cerebros uniformados y las librerías apedreadas. En las viejas reboticas con sabor dulzón a polilla ya no hay tertulias liberales con café agrio sino mangueras para apagar fuegos, retenes de vigilancia donde el librero con guardapolvo ha sido cambiado por el guardaespaldas. Con el sexo desinfectado y la cabeza vacía la cultura de nuestro tiempo va dirigida hacia la licencia de armas".

Asímismo el autor piensa que la sociedad de consumo se convierte en una nueva forma de dominar al hombre en particular, y al pueblo en general. El pueblo siempre ha estado asustado, amenazado, confundido y engañado, antes se echaba mano del infierno, ahora de la sociedad de consumo para conseguir ciudadanos atemorizados, callados, incultos.

La sociedad de consumo está montada para a) Conformar ciudadanos conformistas. b) Convertir al pueblo en masa. Y c) Despojar al hombre de conciencia de clase.

La vida se materializa. Se trata de despojar de ideología e idiosincrasia al pueblo y a los individuos. Lo expresa a lo largo de toda su trayectoria. En 1.969:

"Las gentes instaladas y bien pensantes tienen los domingos por la tarde un espectáculo confortador. Los prados de las cercanías se pueblan de ciudadanos con tortillas, termos y cacharros de plástico; los niños juegan con el pelotón, el atardecer se dora de buen sol y de regreso a la ciudad las carreteras se atascan de coches. Todo parece estar en orden. Las gentes instaladas y bien pensantes creen que el "seiscientos" socialmente compartido les ha puesto a salvo de cualquier revolución violenta. Pero habría que advertirles que nadie odia más al propietario del Dodge que el que va en utilitario. Y a lo mejor resulta que la revolución empieza por un problema de adelantamiento". (7).

En 1.974:

"Ya se les ha inoculado la convicción de que todo es una cuestión de dinero. Para esto el capitalismo tiene una sabiduría diabólica: ha actuado como en los sermones de los frailes medievales. Primero te describen las penas del infierno con gran lujo de serpientes y calderas de aceite hirviendo, con los demonios pinchándote las posaderas con un tridente al rojo y cuando la parroquia bajo el púlpito llora las culpas desconsolada porque no encuentra salida, entonces el predicador se saca de la manga la promesa del cielo lleno de mazapán, de violines y de vida a la bartola, todo si se abandona el pecado. Para el capitalismo el gran pecado mortal consiste en no pagar. Si la gente paga el capitalismo te llena el depósito de gasolina hasta ahogar el delco, te llena de cacharros, te llena de plus valías, te construye pisitos con salón-estar-comedor, te atiborra la mesa de merluza y langostinos e incluso cordero lechal. Y te regala energía sobrante para todo el mes. Pero hay que pagar rudamente sin hacer ascos. Es un detalle". (8).

En 1.977:

"Muchos se preguntan qué ha sido de aquellos agresivos combates de los universitarios de Berkeley, de Columbia, de Harvard, que hace unos años constituían la punta de lanza de la rebeldía mundial. El remedio ha sido sencillo. La CIA se fue a la India

y efectuó, bajo contrato, una importación masiva de gurus, los repartió estratégicamente por los campus y ahora aquellos chicos frenéticos están en calma: todoso mirando a la hermana Luna, con la tripita llena de germen de trigo, ensimismados con el rollo de hacerse felices azotándose con un látigo de acelgas, practicando yoga sobre el esplendor del césped mentolado, descubriendo el aura de Visnú al típico pastel de cerezas del día de Acción de Gracias. Los gurus de la India, ayudados por la CIA y los canutos de marihuana, han relajado mucho a aquellos muchachos rubios; francamente han hecho el papel de efecto multiplicador al pelargón de leche de burra de Marcuse. (...) Ese orientalismo en diez lecciones, un anarquismo bondadoso y herbolario, el deseo de ser feliz es otro modo refinado de opresión, de explotación, de agresión capitalista sobre los estudiantes". (9).

En 1.983:

"En Occidente ya no se mata a nadie que sea capaz de comprar un lavaplatos, y el ciudadano medio lleva incluso una vida normal. ¿De modo que usted, después de tantos siglos de lucha, sólo quería la libertad? Ya la tiene. El modo grosero con que los tiranos de antaño usaban el hacha para librarse de los rebeldes hoy causa la misma risa que las viejas películas de terror".

"Ahora existe una fórmula más diabólica. Consiste en regalar los derechos, en someter cualquier rebelión a las reglas de la democracia. No hay que despreciar cuerpos o trozos de cerebro que aún pueden comprar toda clase de cacharros. El método más cruel de tortura es ese que ensalza todos los días a la libertad mientras la calle está llena de ajusticiados asépticos con una tarjeta de crédito en el bolsillo". (10).

La sociedad de consumo altera la vida y las costumbres de la clase media. Así, por ejemplo, se convierte en turista. Surge el modismo de las vacaciones en la costa, generalmente en Levante. Las vacaciones anuales se tornan en programadas, en turismo de masas, sin posibilidad de aventura, descanso ni soledad, con estancias e itinerarios uniformes y masivos.

La clase media, la infinita muchedumbre de consumidores que se desplaza periódicamente en los descansos de Semana Santa, puentes y mes de verano, se sigue contemplando en las multitudes apiñadas en las playas, abandona el lugar de trabajo en caravana y retorna hacía él de idéntico modo, no para descansar, disfrutar, hallar la paz, otros paisajes o costumbres, sino para consumir mejor y mirarse en el espectáculo de dichas multitudes que se han desplazado al unísono.

Todo tiene lugar en serie, como el resto del año, y nada queda auténtico. En dos textos lo comprobamos.

El primero se publicó en Hermano Lobo:

"Pero hoy, esta filosofía, esta poesía está en manos de las constructoras, que sobre ese mismo solar han levantado torres de apartamentos con salón-comedor, bragas y calzoncillos de la clase media frente a la terraza del vecino, expendedurías de perros calientes, tiendas de sombreros de paja y quioscos de prensa extranjera controlada. En filosofía, la plenitud de una playa del Sur era el lado positivo del absurdo. En construcción es la lucidez de la ganancia con la barriga tostada. O así".

"En este ambiente radiante, Camus creó la figura de El extranjero. Un señor de bigote, más bien anodino, que actúa gratuitamente, que después de pegarle un brillante navajazo a un moro sobre el espejo cegador de la arena, exclama: "¡El sol, el sol!". Ahora, el extranjero es español, probablemente madrileño. Durante el mes de junio, una publicidad bien montada le ha obligado a dirigirse en sábado a unos grandes almacenes con el fin de equiparse: camisa de terlenka, pantalón de terylene, gorra de marinero en secarral, pelotón de Nivea y cubitos de plástico para los niños, parasol, crema para dar un aire recio a su piel amarillo-cromo y a lo que deje fuera el "bikini" de su legítima señora. Y este extranjero filosófico se dirige a escena. En la playa le espera el coro de las valkirias, los extranjeros de verdad. La paella con sangría: ¡niño, que te doy!; la diarrea estival, mal llamada cólera por los progresistas; cazar a la espera en la terraza hasta altas horas de la madrugada para ver cómo

Françoise se quita los "pantis" en el apartamento décimo, letra k, tercer pasillo, cuarto ascensor; viaje en burro-taxi; excursión bajo un solazo a sesenta grados a ese puebluco serrano donde hay una fuente de la teja y venden unos pitos de barro muy simpáticos y se come ensalada con puerros de la huerta del tío Arsenio; "gogó-giris" con danza de vientre industrial; un par de "make love" sudorosos a la semana, con el agobio de que no se caiga el tabique y se despierten los niños; sesiones estajanovistas de mar, con lal piel al rojo vivo. Y el extranjero español, probablemente madrileño, regresa purificadò mediante el absurdo a la ciudad, donde los grandes almacenes le están preparando las rebajas".

"El dueño de la torre de apartamentos, llamado John el Speculator, ha veraneado lejos de allí, en una playa recóndita, con una extranjera de las buenas, cimbreante y dorada, amansada junto a sus zapatillas de toalla blanca, al pie del sillón de mimbre. John el Sepeculator lee un libro de Albert Camus que se titula El extranjero, donde en una playa del Sur resulta que un señor sin bigote mata a un moro". (11).

En Triunfo dice:

"La meteorología ha regalado a los españoles un hermoso anticiclón, para estas fiestas de primavera, y bajo la isobara propicia se ha producido una explosión automovilística de primer orden, una estampida de búfalos motorizados. Media España ha cambiado de sitio. Los del Mediterráneo se han ido a las Rías Bajas, los andaluces se han acercado al Pirineo, los vascos se han fugado a Puerto Banús, los gallegos han bajado a Almería, los catalanes han desembocado en Extremadura y los madrileños, que aún sigue creyendo que en este país hay provincias, se han dilapidado en todas direcciones y con gran sorpresa se han encontrado con que todavía no han puesto aduanas a cien kilómetros de la Puerta del Sol".

"Largarse al Mediterráneo y disfrazarse de anuncio de Martini. Esta ha sido la última pasión de la clase media, el rito de sentirse hermoso, joven, un cachas con sonrisa binaca y una yegua bronceada a los pies. Se ha visto que tampoco por ahí hay salida".

"Lo que está claro es que el festival del delco está a punto de terminar. Sólo falta que los diseñadores de la moda encuentren una fórmula erótica que exprese nuestro

deseo de ser pobres, que loos publicitarios lancen un mensaje mórbido como un anuncio de Martini para obligarnos a ir en carreta a comprar pañol, aperos de labranza y frutos secos a una feria medieval". (12).

Describe a la clase media imitando la vida que recibe a través de la publicidad y los medios de comunicación, sobre todo la televisión. La clase media ha sustituído su propia vida, su propia práctica sexual por el consumo. La repercusión de la sociedad de consumo en las costumbres de la clase media es tan fuerte, que puede terminar con instituciones eternas, como la de la querida:

"La depositaria y guardiana de la moral que prohibe meter mano en la propiedad del prójimo y en las carnes de la prójima es la clase media. (...) Sin embargo desde toda la vida ha sido uno de los signos externos característicos de la clase media la institución de la querida, el tener colocada una amante gordita en un pisito donde el pequeño burgués solía acudir a una hora exacta: allí la papreja primero tomaba café, luego cometía el pecado mortal y finalmente terminaba la sesión con un ponche servido con amor maternal y un besito furtivo en el rellano".

"Los tiempos han cambiado. (...) la clase media ha visto desaparecer la institución fundamental de la querida porque al final resultaba cara y además con lo del pluriempleo ya no se la podía atender. Aunque el pequeño burgués sigue en sus trece. La parte erótica la tiene ahora abastecida con los anuncios del tampax, del cruzado mágico y con el stok de los desodorantes íntimos, más pecaminosos que las antiguas amantes que eran unas buenazas y nunca perdían una sabatina. Las amantes del pequeño burgués son ahora la nevera, el televisor, el friegaplatos, la lavadora y el turmix de la mahonesa con los que ha establecido una liasón morbosa. Pero la cosa ha perdido encanto. Estas queridas ya no dicen eso de te juro que es la primera vez, vas a pensar que soy una cualquiera y me has hecho una desgraciada, porque las lavadoras a pesar de la publicidad no suelen hablar. En cambio tienen la ventaja de que te son muy fieles. Pagas la letra y ya está. No son como las otras que al final te la pegaban con el portero". (13).

Vamos a detenernos en un artículo más donde el autor no comparte lo que resulta sucedáneo, falso. Ve que el viajero se ha tornado turista, ya no busca la aventura, la soledad, lo exótico, la cultura, sino lo conocido, la masa, lo cotidiano.

El turista derrocha, no busca emociones nuevas, sino imitaciones de lo que ya ha visto en folletos, agencias de viajes, televisión, vallas publicitarias. Es decir, sigue ejerciendo de hombre masa.

"El número libidinoso de Ibiza, donde la clase media se pone en erección psicológica apenas baja del aeroplano, es uno de los espectáculos más deprimentes de nuestra sociología. Ponerse un batolón, enjoyarse con la bisutería de la libertad, remojarse las partes en agua salada y poner luego el sexo a secar al sol de la cala es un rito hortera al que se somete cada año el pequeño burgués en sus ansias de oficiar de moderno;". (...).

"No discuto el derecho de cualquier menestral a tenderse desnudo como una patata pelada en el varadero; ni que el mediano contribuyente trate de realizarse poniendose margaritas en las ingles fuera de las horas de oficina; ni que un ejecutivo fondón pretenda hacer de Tarzán "prét-àporter" o de buen salvaje preternatural que peca con manzanas reineta. Cada cual, oiga, es libre de oficiar de adán bajo las higueras maternales, siempre que no tenga el transistor demasiado alto. Lo depresivo es que la multinacional del erotismo pretenda vender a esta buena gente la posibilidad de cometer el pecado original en cómodos plazos y que la inocencia de una joven y radiante animalidad se expanda en los grandes almacenes". (14).

También se detiene en el "engaño" de las agencias de viajes. En cómo la sociedad de consumo y el afán de lucro han contaminado las raíces de la humanidad, la historia, los antiguos paraísos. A todos los lugares han llegado ya el consumo y los medios de comunicación. La televisión hace posible que entre las ruinas de Egipto se pueda asimilar a la vez la

cultura norteamericana de sus telefilmes y productos. En grupo se viaja y se programan los itinerarios, todo marcado. Lo relata en "Viaje iniciático al Nilo" (15):

"Tampoco era raro que su tumbona estuviera siempre rodeada de espléndidas muchachas como un anuncio de Martini que atendían a cualquiera de sus gestos y de señoras maduras que lo acariciaban con la sonrisa". (...).

"El tipo en su primera encarnación había sido sobrino carnal del faraón Amenofis IV. Pero eso lo supe algunos días después, cuando le vi oficiar de gran sacerdote entre las ruinas nocturnas del templo de Luxor en el alto Egipto. Ahora estaba rodeado de beatas en bikini y bebía coca-cola como un simple mortal, a doce kilómetros de las moscas de El Cairo". (...).

"En el Cairo hay algunas cosas que ven los turistas, por ejemplo, el lugar donde el niño Moisés fue salvado de las aguas, que coincide exactamente con la fuente del camino en que bebió la Virgen María y con la casa alquilada por la Sagrada Familia durante su exilio de tres meses en Egipto cuando huyó del plan pedagógico de Herodes. (...) También es casualidad que San José fuera a apearse del pollino 1.500 años después en el punto preciso de matorrales de papiro donde atracó la canastilla de Moisés. Seguramente sería para que el día de mañana las agencias de viajes pudieran enseñarlo todo junto en media hora a los turistas sudados, que arrastran los pies, jadeando con la lengua fuera".

Llega Manuel Vicent a describir una nueva clase social, una especie de yuppies, que denomina "felipones", que se caracterizan por el culto a la imagen y al dinero, al consumo. Una clase desprovista de ideología, de sentimientos, amor y sensibilidad, que representa el culto absoluto al materialismo. Muestra su rechazo por esta forma de vida, y su desencanto por los hombres que forman parte del gobierno socialista.

"Mientras muchos tontos con Rolex de oro bailaban sevillanas con cara de falso cabreo,

en este país ha ido madurando una generación de jóvenes con cuatro filas de dientes en el paladar y una aleta de tiburón bajo la chaqueta de Yusti. Se llaman felipones. Son esos tipos que han triunfado en la vida con el PSOE revendiendo un chaflán o arreando sartenazos en la bolsa y ahora van por ahí en BMW exhibiendo una chota cuyos muslos le llegan hasta el salpicadero de limoncillo. Pero el sexo no les interesa nada. Aunque usan pijamas con dibujos eróticos y toman píldoras tailandesas, les excita mucho más el índice Dow Jones, los solares del área metropolitana, los eurobonos y el dinero negro. Para ellos, copular significa comprar, y a la hora de acostarse con alguien prefieren hacerlo con un concejal corrupto del grupo mixto. Por eso utilizan un doble fondo en la bragueta para llevar los cheques bancarios que abren el mundo cada mañana. Estos felipones parecen frágiles e incluso dulces, y no obstante te pueden matar y después pedir un zumo de zanahoria. Llevan cuellos de pajarita y hombreras sin guata, siguen el régimen del melocotón con yogur y no fuman, pero se lavan la boca sin quitarse la navaja que lucen entre los dientes".

"Los felipones se despiertan con las noticias financieras de Japón. Bostezan y se rascan la espalda mirando la nevera abierta llena de bienes; por una autopista colapsada llegan a la ciudad desde la colonia de chalés adosados deglutiendo a las chicas de las vallas; en el despacho ponen un riñón sobre la mesa y el otro lo mandan en prenda directamente a Nueva York. No tienen ninguna clase de ideología, salvo la que expele el becerro de oro, y tal vez votan a los socialistas, aunque no lo confiesan en público. Su filosofía son los objetos. En cada perfume, camisa, bebida, raqueta, coche, crema, viaje, piscina, ordenador, terraza, dejan parte de su existencia. Trabajan hasta la agonía para poseer cosas, y el contacto con ellas les erotiza, pero ante la inminencia de una nueva presa que comprar sólo les crecen los dientes". (16).

Por tanto el autor se sitúa en contra del materialismo que genera la sociedad de consumo. Se da cuenta que el que desea otro tipo de vida es desechado por los demás, y nunca obtendrá fama ni poder, pero en cambio disfrutará de la poca felicidad que se puede encontrar en la vida, estará en paz consigo mismo, poseerá integridad, sosiego, belleza, individualidad. Lo expresa en "Cultura" (17).

"Hoy la cultura internacional no es sino un cúmulo de mercancías, ese fuego fatuo que la publicidad genera. Despréciala. Entre jumentos, rascacielos, higos chumbos y bares sucios que exhiben en el mostrador ensaladilla venenosa, triturando con los pies las cáscaras de los mejillones deberás pasearte con la altivez de un Rimbaud desconocido. Experimentarás sentimientos muy delicados, pasiones terribles, dulzuras insospechadas. El mar te golpeará la carne y el paisaje más puro te atravesará el alma, pero eso lo guardarás para tí en un libro por todos ignorado. Nunca será tu nombre pronunciado desde Nueva York. En cambio podrás oler secretamente en este país las flores más hermosas".

En "Cómo hacer feliz a un niño" (18), artículo que volveremos a citar más detenidamente, encontramos en el desarrollo de la historia la conclusión de un niño víctima de la sociedad que estamos describiendo. Un niño que pasa del cariño y los lazos paternos, y prefiere satisfacer sus instintos materiales. Los calificativos que utiliza el autor: "extraterrestre", "ese producto con gafitas de empollón", "hipnotizado", nos conducen a pensar en un crío que no es ni humano, casi autista, que carece de todo tipo de sentimientos y afectos, totalmente frío e indiferente a lo que le rodea.

"Cuando supo que su padre hacía los bártulos para largarse, aprovechando que la mujer estaba en la peluquería, tampoco apartó la vista del televisor". (...).

"- Vendré por tí el sábado.
- Vale.
- ¿No me dices nada?
- Dame cinco duros". (...).

"mientras el padre ponía una moneda en la ranura con una cadencia de dos minutos, cada vez que su hijito era derribado en el espacio". (...).

"No tenían nada que decirse. Su punto de contacto era el paquete de chocolatinas

y el impuesto de cinco duros que el niño reclamaba cada media hora". (...).

"- ¿Cómo está tu madre?
- Muy bien. Ya ha ligado.
- ¿Cómo?
- Que ya está ligada.
- ¿Con quién?
- Con un hombre con barba.
- Vaya.
- ¿Te acuerdas de aquel señor que te vendió la enciclopedia?
- ¿Con ése?
- Sí.
- ¿Y qué tal?
- Me ha comprado un scalextric". (...).

"El niño, ahora, quería dos helados con nueces, uno detrás de otro.
-
- No te importa, ¿verdad?
- No, no.
- Tú puedes comprarte otro". (...).

"El padre repasó las llamadas del contestador automático. (...) De pronto salió ella. Aquella chica de la oficina. Con una tonalidad cariñosa le decía que a las nueve estaría en la cafetería Riofrío. El hombre miró angustiado a su hijo. Le pidió por favor que le dejara salir. Era una cita muy importante".

"- ¿Has ligado?
- Sí.
- ¿Y esa chica es muy importante para ti?
- Sí.
- Entonces, cómprame una bicicleta".

El tema de la sociedad de consumo también ha jugado su papel en la caída del comunismo en Europa. Muchos han defendido la industrialización y el consumo,

como forma de resolver los problemas económicos de los regímenes comunistas y de mejorar el nivel de vida de sus ciudadanos, así como sus libertades individuales. Manuel Vicent, por el contrario, no cree que el dilema materialismo-espiritualismo encuentre su panacea en el sistema capitalista.

Así trata la paradoja de que en los países del este, donde sus ciudadanos son teóricamente ateos y su modo de vida se basa en el materialismo dialéctico, la gente no practica los placeres del cuerpo, no son los individuos consumistas, no materializan ni hacen exhibición del sexo, sino que son más cultos y espirituales que en los países occidentales, católicos, creyentes, en la práctica consumistas, hedonistas, masoquistas, más alejados del espíritu, la música, las artes... el alma.

Nos viene a decir que en Occidente no se halla la libertad. La propaganda que nos han vendido a ambos lados del muro es falsa, sólo existe la realidad del ser humano, contradictorio, preocupado por los mismos temas y necesidades ya viva en un régimen capitalista o comunista.

Vamos a detenernos en tres artículos que contraponen lo que han supuesto los países del este, comunistas, frente a los occidentales, capitalistas. Ellos poseían la cultura, nosotros el consumo. Ellos contaban con la carencia y la escasez, y en su austeridad surgían con la elegancia y la estética de la ascética, del espíritu, nosotros con la abundancia, el lucro, el consumo que nos ha tornado conformistas, vacíos.

En los países del este soñaban con que la

economía de mercado y la sociedad de consumo les traerían las libertades. Manuel Vicent expone que el consumo no acerca a la libertad, por el contrario vuelve a los hombres esclavos, esclavos de vivir para trabajar por consumir.

En 1.986, en "Bajo los tilos de Berlín", nos relata:

"Al otro lado del muro pude haberme hartado de librerías, de museos, de conciertos, de partidas de ajedrez, de clorofila. Todo para el alma en la que no creen. Nada para el cuerpo mortal si no es la gimnasia casi mística. También en Berlín Oriental el sexo visible había sido erradicado y los militares llevaban el casco soldado a las orejas en nombre del pacifismo. Por la mañana paseando bajo los tilos de la avenida de Carlos Marx, todo me obligaba a pensar en Dios. Encima de los tejados el cielo era como el cristal del dogma y yo de recuerdo me traje unos zapatones de plástico. En cambio ahora me encontraba en Berlín Occidental, donde reina todavía el idealismo hegeliano unido a la fe en el otro mundo y a mi alrededor, en el Kudamm, había una multitud cebada con codillo, el lujo hedonista se exhibía impudorosamente y las ofertas terrenales, incluyendo ligueros y cremas vaginales, caían hasta mis cejas desde los anuncios en los aleros". (19).

Y ya cuando está cayendo el muro, en 1.989, trata el tema en "El muro" (20).

"El muro de Berlín no será derribado. Grandes lienzos de ese hormigón circular quedarán en pie atravesando todavía la ciudad sólo para sustentar las nuevas vallas publicitarias, y éstas formarán un alto parapeto mucho más difícil de saltar o de eludir. Del lado occidental, el paredón estaba lleno de inscripciones, jeroglíficos, símbolos o deseos pintados con alquitrán, y a la sombra de ellos, algunas familias de inmigrantes turcos los domingos devoraban salchichas con tomate. Del lado oriental, la tapia era un subyugante mazacote gris que se perdía por tierra de nadie hasta llegar al centro de cada cerebro. Al quedarse sin mensaje aquellos garabatos de alquitrán ya se han convertido en obras de arte informal, a modo de expresionismo abstracto; y en la parte limpia del muro que mira hacia Moscú comenzarán a florecer anuncios

de Martini, de Cannon, de Sony, de Long John y de Cimarrón, los cuales serán elevados por encima de la multitud como las pancartas de los héroes, y no sin razón, puesto que ellos son los generales que han ganado la guerra fría. Muy pronto contra el muro de Berlín romperá una playa de cocoteros y desde la arena una mulata de carne mojada ofrecerá a los biznietos de Lenin toda clase de objetos cuyo diseño muchos podrán confundir con la libertad, y por el horizonte de la valla el peatón también divisará un velero de dos palos con todos los placeres a bordo alejándose siempre. ¿Quién logrará saltar hacia el otro lado de esa belleza? Los berlineses tenían una pared muy gorda interiorizada como una forma de conciencia, y a partir de este momento, un nuevo bastión de imágenes bellísimas e inalcanzables la ha suplantado. Bienvenidos sean a este fascinante basurero nuestros hermanos separados del consumo. Pero antes de que comiencen a devorar mercancías como las cabras habría que advertirles algo: en esta feria de Occidente uno debe hacer esfuerzos sobrehumanos cada día para parecerse a cualquier anuncio, uno tiene que estar dispuesto a matar para ser tan guapo como una sopa de espárragos".

Y en "Invasión" (21):

"Pasan junto a los escaparates polvorientos, llenos de telarañas, donde se exhiben botes de papaya cubana y fina lencería de esparto. Por las aceras de Berlín Oriental, de Moscú, de Praga, de Varsovia, pasan muchos adolescentes abrazados a un estuche de flauta o de violín, camino del conservatorio. En esas ciudades no hay mantequilla ni libertad, pero bajo las lámparas imperiales de antiguos palacios que fueron requisados danzan innumerables bailarinas. Licenciados en lenguas románicas conducen convoyes estatales cargados de obreros, y éstos, después del trabajo, en las noches ateridas del "socialismo real", alternan el ajedrez con las gachas, las sesiones en el gimnasio con las colas ante el suministro, el desesperado alcohol con los nocturnos de Chopin o el adagio de Albinoni..Medio siglo de tedio y librerías, de escuela y escasez, de museos y austeridad ha acumulado en estos países un poderosísimo caudal de cultura, y ahora que la libertad ha suplantado allí a la doctrina, sus gentes van a invadir con zapontes de plástico la Europa burguesa, tan podrida en su abundancia. Habiendo caído todos los muros, pronto las fronteras del Este serán traspasadas por nuestros mercaderes, los cuales sólo podrán llevar hasta allí aparatos, dólares, grasa de cerdo y expectativas de lucro. En cambio, a Berlín unificado, a París, a Bruselas llegarán sucesivas levas orientales, pueblos muy sabios de ojos casi oblicuos cuya

alma ha sido tallada en un pedernal por el sufrimiento de la historia, y ellos aquí van a encontrar a nuestros hijos bebiendo cerveza en corro sobre la Kawasaki, vestidos de Valentino, sin más horizonte que ése. Entre estos dos mundos se producirá tal vez una síntesis o explosión y nadie sabe quién saldrá vencedor: este lujo descerebrado o aquella cultura popular, el hedonismo sin reflejos o la libertad espartana que viene en avalancha. El armamento atómico no encuentra enemigo, por eso en la próxima conferencia el presidente Bush le pedirá a Gorbachov que siga siendo comunista. Qué más quisiera. El comunismo ya es una utopía".

2. Los medios de comunicación.

Sin los medios de comunicación de masas: prensa, radio, televisión, y sin la publicidad, no hubiera sido posible la sociedad de consumo. Ellos arrojan mensajes independientemente de las clases, del hábitat, costumbres, ideologías de los destinatarios; han posibilitado la pluralización de informaciones pero a su vez han uniformado los comportamientos y gustos. Es decir, han fabricado necesidades en serie, y han conformado el boceto del hombre-masa-consumidor, homogeneizado las actitudes y negado la individualidad.

Sus mensajes son devorados por el hombre contemporáneo, convirtiéndose en meros productos comerciales, tan efímeros como otra mercancía cualquiera, se reciben y olvidan con idéntica velocidad. Ninguna noticia ni información perdura en la mente del receptor, nada le conmueve por mucho tiempo, eso sí, se sensibiliza más fácilmente con las imágenes que fluyen por la pequeña pantalla que por las que ve a su alrededor, más por los personajes lejanos que por los que puede palpar, por lo planetario que por lo cercano.

La publicidad pretende dar protagonismo al consumidor, convencerle de que puede conseguir la satisfacción de sus necesidades, alcanzar a través de mercancías y marcas prestigio social, cultura, belleza, juventud, amor, sexo, todo lo intangible y deseable de la existencia mediante productos concretos. Hasta tal punto que el hombre contemporáneo se convierte en mera materia. Mediante las marcas que gasta manifiesta su nivel social, cultural, ideas, clase...

El aparato de televisión es el símbolo por

excelencia de las característica de la sociedad de bienestar, no se entiende hoy la existencia de un ciudadano desinformado, pero en realidad la gente no consume ni cultura ni información sino meramente televisión.

La televisión ha cambiado lo cotidiano en la vida de los hombres, y desea controlar la mente de los receptores a través de sus múltiples mensajes.

El televisor es el mueble central en la vivienda de la llamada familia nuclear, en torno a él se organiza la vida, de tal forma que ha mudado incluso la distribució del salón-comedor, la decoración se proyecta en el habitáculo para el hecho sagrado de ver la tele, tresillo, mesa-comedor, iluminación, etc. Por una parte los miembros familiares se reunen y confluyen en torno a la pequeña pantalla, pero por otra practican la incomunicación, el silencio, se ha perdido el diálogo, la tertulia, las sobremesas. No se conversa ni "discute" sobre los problemas reales, cercanos, cotidianos de las personas que conviven, sino de los lejanos, planetarios, abstractos de los mensajes que llenan la programación.

Manuel Vicent describe, analiza, y no comparte esta forma de vida, encuentra a los receptores-consumidores víctimas de las circunstancias que propicia esta sociedad dominada por los medios de comunicación de masas.

Ve que todo se confunde con las marcas de los productos, que no queda a quién admirar. Los héroes se convierten en los antihéroes, el desecho de la sociedad, víctimas de la injusticia y el vacío que proporciona el propio sistema. Individuos estresados, esquizofrénicos, a los que se ofrece un mundo a su alcance que nunca

pueden alcanzar. La sociedad que les incita, mediante la publicidad, al consumo, no les da acceso a esa forma de vida prometida, deseable pero ficticia.

En torno a la publicidad, vamos a ver dos textos, el primero entresacado de su columna dominical, "Olimpia":

"En la actualidad resulta imposible separar el sudor del campeón y el anuncio de una bebida, la elasticidad de la carne y la fibra de la pértiga, el estilo de un salto y el tipo de calzón, la victoria propiamente dicha y la marca del cronómetro. En las vallas publicitarias se unen héroes y salchichas, ráfagas corpóreas y refrescos sin calorías, bíceps afeitados y ensaladas de zanahoria, tensas pantorrillas y ofertas de sandalias. Nadie es capaz ya de distinguir entre la llamada de los dioses y el reclamo de la Coca-Cola. En medio de una hirviente multitud sentada que lame inmensas bolas de helado con un gorro de periódico en la cabeza los atletas corren por la pista y al final de su quiebro supremo e inútil les espera sonriente el fabricante de linimento. Pero hoy todavía se producen Juegos Olímpicos en estado puro. En una hamburguesería de un barrio de San Diego un tirador poseído por la gloria ha abatido con un rifle a dos docenas de clientes. Un conductor alumbrado por el alcohol ha recorrido en coche a toda velocidad la acera de un bulevar de Los Angeles llena de peatones y se ha puesto de corbata a medio centenar de contribuyentes. Desde una azotea de Barcelona un cazador que no se llamaba Romeo le ha dado un tiro inconsútil en toda la cresta al rey de la Mafia asomado a la ventana de la cárcel como Julieta. Estos héroes anónimos no anuncian camisetas de algodón". (1)

En la serie Historias de fin de siglo, el artículo "La chica de la valla", nos habla del vacío y la soledad del hombre en la sociedad actual, y de las promesas del mundo de la publicidad:

"La descubrió en un momento de vulgaridad en medio de un atasco de coches. Como siempre, aquel lunes el despertador había sonado a las siete en punto y el tipo lanzó un gruñido de palabras inconexas contra el destino que no tuvo respuesta. Entre bostezos de tigre, rascándose los riñones, arrastró las babuchas hasta el

cuarto de aseo para ejecutar las abluciones típicas de un asalariado. Mientras una mujer con bata de felpa le preparaba el café con leche en la cocina, él se acomodó los gases, experimentó algunas arcadas, vomitó un pedazo de bofe por la nariz,se fregoteó los alerones, se rasuró el rostro anodino, se peinó la calva, se dio un breve masaje en el papo con colonia de garrafa y salió casi triunfalmente del retrete con unos calzones de saldo. Se trataba de un ordenanza maduro, vestido de marrón oscuro, que nunca había tenido una pasión". (...).

"A lo lejos humeaba el centro de la ciudad. En la barriada de bloques de extrarradio, rodeada de basureros generales, el hombre montó en un automóvil de segunda mano y se dirigió al trabajo por carreteras que bordeaban fábricas desvencijadas, descampados con perros famélicos y chabolas con chapas de bidón. (...) ¿Qué podía esperar este sujeto de la vida? Nada, o sea, nada. Unas vacaciones en Cullera, alguna tortilla de patatas con gaseosa los domingos en la sierra, una quiniela con 14 aciertos, una excursión a su pueblo de origen durante la matanza, una sonrisa del director general o un campeonato de Liga que ganara el Atlético de Madrid". (...).

"De pronto levantó distraídamente los ojos y a través del parabrisas vio la valla publicitaria colgada en una fachada desconocida. Una muchacha bellísima, de largos muslos anfibios, le miraba de forma intensa. Detrás de la silueta de su cuerpo desnudo había una maravillosa puesta de sol sobre un mar caliente donde navegaba un velero de dos palos. Ella se encontraba reclinada en una tumbona de playa bajo palmeras celestes acariciando un licor rojo. Pero no cabía la menor duda. La mirada azul de esa muchacha era sólo para él. La sonrisa insinuada en su boca de melocotón parecía exigirle una inmediata respuesta. Al ordenanza le estalló el cerebro". (...).

"- ¿Qué es eso?
- He comprado una botella de Campari.
- ¿Te has vuelto loco?
- Esta noche nos la vamos a tomar entera en la cama.
- ¿Qué te pasa? Hoy es lunes.
- Bueno, ¿y qué?".

"Nunca había sentido tanta dulzura en los propios músculos. Sorbía a veces un poso de licor y no hacía sino navegar por mares inexplorados pilotando el cuerpo de una esposa real, aunque debajo del deseo fluía la imagen de aquella muchacha que durante

la celebración carnal le llevó muy lejos (...) Seguía siendo el mismo tipo miserable y el camino hacia el trabajo también era idéntico. Carreteras que bordeaban fábricas destartaladas, descampados con canes escuálidos y chabolas de latón, puentes, pasarelas, tapias con churretones de alquitrán, autopistas que saltaban sobre cementerios de chatarra, calles llenas de pequeños comercios insípidos, de escaparates polvorientos, de gritos voceando mercancías, de atascos que producían los repartidores de butano o de bebidas. (...) Pero una tarde aciaga la muchacha desapareció. Su lugar lo ocupaba ahora el anuncio de un famoso salchichón". (...).

"Llegó hasta la esquina del litoral y desde allí comenzó de nuevo a dar vueltas por las calles sin rumbo fijo buscando a la chica de la valla. Había pasado más de un mes y no la había encontrado. Pero el ordenanza cada día no hacía sino dar vueltas por calles de niebla y nunca se supo si llegó a su destino. En la compañía de seguros le habían dado de baja". (2)

En "La chica de la valla" Manuel Vicent trata la vida de este hombre en su matrimonio y en su trabajo de horario fijo, sin inquietudes ni posibilidades profesionales. Personaje de mediana edad, que seguramente no posee estudios, y el sistema le ha estancado, relegado, ya ha llegado a todo lo que puede aspirar en esta vida. Lleva una existencia metódica, sin alicientes, pertenece a una clase baja, con sueldo fijo, coito fijo, piso para siempre.

Una vida real, rutinaria y vulgar, por la que el autor siente ternura, impotencia. El protagonista necesita un escape, y resulta tan simple como soñar con un paraíso y la anarquía y pasión que anuncia la publicidad de Campari. La chica de la valla, modelo erótico-sensual de mujer, libre, sonriente, comprensiva, ligera en el vestir y en el ambiente de una playa, representa lo contrario de la mujer legal, en bata de felpa, antierótica, rutinaria, encerrada en cuatro tabiques, a la que probablemente no le quedan ya ni

sonrisas ni sorpresas.

La publicidad le promete lo contrario a lo que tiene en la vida, su existencia mediocre y gris no tiene nada que ver con el lujo que se refleja en el cartel. Su mujer, antideseo, preocupada con las cosas cotidianas y materiales, choca con la belleza, sensualidad y relax que refleja la chica estampada en la valla.

En el refugio de Campari ha encontrado un sueño de cambiar su vida, un refugio donde esconder las frustraciones y falta de emociones.

Las grises descripciones de la ciudad y del protagonista de la historia son asfixiantes, repletas de lo que significa la vulgaridad y la mediocridad, y éllo se contrapone con el paisaje y la existencia de otra vida en el mundo de la publicidad. Pero la promesa es falsa, la publicidad engañosa, y el consumo no conduce a ningún paraíso, no pone al alcance de los hombres lo que insinúa.

Ante los medios de comunicación de masas los receptores mantienen una situación pasiva y mimética. Ya en la revista Hermano Lobo, en 1.973, lo desarrollaba el autor.

"Para un futbolista tener un papiloma o un callo en el pie es como para un intelectual tener un tumor en el cerebro. Y lo que para uno significa ganar un Pullitzer para otros eso mismo significa conseguir el Trofeo Pichichi. Pues bien, entre el callo en el dedo gordo y el mal del cerebro, entre el premio Pulitzer y el Pichichi, la cultura española se ha decidido por el callo y el Pichichi. Las consecuencias son evidentes: medios de comunicación de masas, como se dice ahora en lenguaje tecnócrata-lechuguino, van a despreciar cualquier noticia que se refiere al cerebro y

a poner en primera página cualquier cosa que atañe a los pies". (...).

"Y el ciudadano, que es un gran deportista sentado, se tragará todo eso con el seso vacío y la próstata endurecida". (3)

Trasladamos otro caso que refleja este mundo en el que se emulan imitaciones de vida, en el que prima la incomunicación. Los hombres de este artículo no están participando de su propia vida, no hablan ni comentan entre éllos, no realizan su propio acto de amor. Se quedan boquiabiertos mirando un acto sexual que no es el suyo, incluso pueden llevar días sin relación sexual en sus vidas, pero participan de la de una película o vídeo. No hablan de sus cuestiones laborales, no contemplan su entorno, su paisaje, el amanecer que pertenece a su vida, pero sí sienten lo que "viven" los actores en la televisión:

"La niebla del alba se confundía con el vaho de aguardiente en ese bar de la carretera donde se concentraban las cuadrillas de jornaleros. En la barra había cazuelas de tordos, raciones de bacalao con tomate, chorizos humeando en la plancha, y desde lo alto de una pared, el televisor emitía un vídeo pornográfico con obsesivas imágenes de látigos, cópulas yrudimentarias felaciones. Estaba clareando el día. En los cristale del bar, que trepidaban con el paso de los grandes remolques, había siluetas empañadas de jornaleros y capataces con una copa de matarratas en la mano, y al local iba llegando otra gente igualmente dura, y todo el mundo guardaba un silencio religioso o libidinoso, aunque detrás del mostrador sonaba una refriega de platos y cucharillas, la cual no impedía oír los terribles jadeos de amor. Enmudecidos dentro de sus pellizas de oveja, los campesinos ocupaban en semicírculo varias filas de banquetas frente a aquel espectáculo. En el televisor, una rubia oxigenada con polainas y correajes del III Reich le sacudía latigazos a un individuo desnudo cuya piel sonrosada se parecía mucho a la del cerdo común. Y mientras tanto, fuera del bar amanecía. Todos los matices de una luz violeta se deshacían en la niebla, y ésta, al levantar suavemente el ala, dejaba ver debajo de ella dorándose la gran extensión de los naranjos llenos de fruta encendida entre las oscuras ramas. Y al mismo tiempo se asaban los

chorizos y los deseos en aquel recinto. Crepitaban los gemidos del sexo en la pantalla; se expedían raciones de bacalao en la barra. Los genitales humanos bregaban con suma dureza en unas imágenes que se reflejaban en las tazas, en los vasos, en la humedad del alcohol, en el plástico de las mesas donde el público devoraba tordos o tal vez alondras en silencio. Con un ojo picado bajo la gorra, los campesinos miraban aquella lucha de la carne sobre las dunas femeninas, y entonces comenzó a salir el sol, llegaron los camiones y, después de apurar el último acto de amor y la última cazalla, las cuadrillas se fueron al campo a recoger naranjas". (4)

En "El Buzón" (5) también trata del tema de la sociedad como víctima de los medios de comunicación y la cultura de masas. El individuo actual posee una cultura mosaico, en la que sabe un poco de todo y en profundidad nada, está inundado de retazos de información, pero no domina ningún tema, no posee idiosincrasia, gustos propios, aficiones. Vive sin experiencias personales, se "traga" lo que le echen, precisamente como un buzón, sin elegir, sin seleccionar información.

"El ciudadano se ha desayunado con un vago bombardeo en Líbano, un fragmento de zarzuela, café con leche y media tostada. Mientras se lavaba los dientes también ha oído por la radio alguna noticia sobre el asesinato de un teniente general, entre una receta de cocina a base de zanahorias y una canción de Serrat, cortada por el anuncio de una promoción de pisos de renta limitada". (...).

"A las nueve de la mañana ha salido a la calle y, en el camino hacia la oficina, ha recibido más información: desde las vallas publicitarias unas hembras de labios entreabiertos le han ofrecido fugazmente yogur para adelgazar, medias hasta la cadera, un curso de inglés acelerado y salchichas con mahonesa. En el despacho este ciudadano ha hojeado el periódico. Los titulares traían la muerte de un militar, algo acerca del dólar, la foto del gol de Maradona, cosas del Parlamento, alguna sobredosis de herína, un sorteo de vídeos y la crisis de Guatemala. (...) Al atardecer ha vuelto a casa y se ha sentado frente a la televisión. Por la pantalla salían anuncios de lavadoras, imágenes del entierro del general, un concurso de rumbas, un reportaje

de pesca del chanquete y a continuación han echado Hamlet, cuyo monólogo de suprema incertidumbre ha sido interrumpido por una publicidad de compresas. El ciudadano se ha ido a la cama. Ahora, con la tripa llena de sonidos, medias palabras, medias visiones, medias lecturas, ronca invicto con la boca abierta como un buzón. Por allí las máquinas han enviado sus mensajes, que el subconsciente del ciudadano cuece durante el sueño. Mañana continuará la información".

Los `medios~ de comunicación también transforman la realidad en espectáculo. La gente está desbordada por la imagen, y llega a percibir y sentir más lo que ve en la televisión que los hechos reales. Describe Manuel Vicent una sociedad deshumanizada, reacciones de frialdad en la colectividad, que no se conmueve por una desgracia tangible, cercana, y que puede llorar por un hecho que se le da en el argumento de una película pero no por el prójimo o la persona que tiene al lado, a la que ni siquiera ve:

"Aquel obrero en paro que la crisis había convertido en un mendigo no salía de su asombro al ver que el público le echaba tantas monedas y nunca entendió el motivo de su éxito comercial, aunque la gran recaudación sólo se producía durante una hora, de 6 a 7 de la tarde. Estaba sentado en una acera muy concurrida frente a un escaparate de televisores, y allí se exhibía a la caridad todo el día con los arreos de trabajo: un niño anestesiado en brazos, una manta para la colecta, el ceño sumido en los harapos del vientre y un cartón escrito con caracteres de alquitrán con la explicación de su desgracia, que nadie leía. Esta clase de seres con la mano alargada forma parte del paisaje de la ciudad, y la gente tal vez percibe algo caliente dentro de esos bultos callejeros, pero nunca les mira directamente a la cara". (...).

"y en toda la jornada ningún cristiano osaba echarle un duro, pero a sus espaldas, en aquel escaparate, había 20 televisores y el dueño de la tienda tenía la costumbre de conectarlos -de 6 a 7 de la tarde- a un circuito de vídeo enfocado a la calle, que grababa y al mismo tiempo transmitía la imagen de cuantos se acercaban a la cristalera. Un pequeño gentío se adensaba allí para contemplarse en los múltiples aparatos gesticulando como los tontos de córner. Estos espectadores también veían

en el televisor al mendigo de la acera que no habían descubierto a su lado en carne mortal. Durante esa hora de emisión, mientras sólo era un ente televisivo, este pordiosero adquiría su única existencia. La gente lo visualizaba en la pantalla. Luego volvía la cabeza y lo encontraba objetivamente con el brazo extendido. ¡Es él! ¡Es él! Sólo entonces, movido por la imagen, todo el mundo enloquecía y comenzaba a echarle billetes, y así hasta que el tendero apagaba el cacharro y la realidad se desvanecía". (6)

En "Cómo hacer feliz a un niño" Vicent trata el tema de la familia, el divorcio, los hijos, la incomunicación que produce la televisión, y su influencia en los niños. Entresacamos los párrafos que tratan este último punto (7).

"El hijo estaba espatarrado en la moqueta, viendo los dibujos animados, mientras la loza volaba sobre su cabeza, pero el chico se había acostumbrado a abstraerse en medio de las alambradas". (...).

"y la pareja se puso a ver la televisión en silencio. Después de todo, era gente con estudios, así que al final optó por hacer las cosas civilizadamente". (...).

"mientras el niño comía pipas como un descosido, tirado en la moqueta, totalmente hipnotizado con los dibujos animados".

"- ¿Y tú qué dices?
- Mierda, callaos, que no me dejáis oir". (...).

"La madre se había limitado a dejar al niño en la moqueta, unido indisolublemente a la televisión, y a orearse un poco por los viveros donde abrevan, al caer el sol, los divorciados. Los hay de todos los tamaños, a elegir". (...).

"El barbudo miró con cierto reparo al niño tirado en la moqueta, que comía pipas, cara a la televisión".

"- No te preocupes. No está para nadie.

- Se puede escandalizar.
- ¡Qué va!
- Me da no sé qué meterte mano aquí.
- Este niño es extraterrestre". (...).

"No quiso ducharse ni ponerse el pijama porque Popeye ya estaba haciendo de las suyas".

El relato discurre repleto de esperpento, con un tremendo escepticismo, con mucha tristeza. Refleja cómo la televisión produce niños indiferentes, crueles, sin sentimientos, idiotizados, robots, "extraterrestres", autistas.

El niño vive tan insensible, que sigue viendo la televisión cuando está en juego no sólo el divorcio de sus padres, sino con cúal de los dos quiere vivir.

La televisión crea niños "monstruitos", carentes de curiosidad, materialistas, no imaginan ni crean porque el aparato se lo da todo creado.

La familia nuclear practica el silencio, entre todos sus miembros no existe más que incomunicación. Además publicidad y televisión enseñan desde que tienes uso de razón que todo es cuestión de dinero, todo posee un precio, es la ley de la oferta y la demanda de la sociedad capitalista, incluso se quiere por lo que se paga.

Se retrata también la soledad del ser humano, que no encuentra respuesta en la familia, y soledad propiciada también por la incomunicación que facilita la televisión.

Tanto en "La chica que quería un reportaje" como en "unidad móvil" Manuel Vicent expone el hecho de que triunfar hoy resulta impensable sin pasar por los medios de comunicación de masas. En ambos los protagonistas son víctimas de las circunstancias y de nuestro modelo de sociedad. Por la chica que busca el reportaje, el éxito, siente el autor profunda ternura. El artículo no tiene desperdicio, pero sólo transcribimos lo que viene al caso (8).

"fotos de estudio en poses de diva ya con las ancas fuera, el pecho desnudo, la mirada turbia de misterio, la silueta del cuerpo en la ventana, los muslos entre rocas. Eran cosas del trabajo. El representante necesitaba un primer plano del trasero a la intemperie para correr la mercancía". (...).

"Ella había visto a las grandes "estrellas" en los cines de su barrio, una mitología secreta que le poblaba la imaginación compartida con las sardinas y lenguados de cada jornada. No sabía exactamente qué le pasaba dentro de la cabeza, pero estaba decidida a no ser una chica como las demás, con un novio tendero y la media corrida esperando el autobús en el extrarradio". (...).

"Cayó bien, porque parecía un niño rebelde que aún traía cagarrutas en el pelo de ratón y usaba reflejos de gato. En aquel ambiente resabiado de artistas insomnes, en las madrugadas de humo en Oliver y Bocaccio, ella llevaba el olor a chozo, tan primigenio; la desenvoltura de analfabeta, tan natural; la rapidez mental del hambre canina. Y así se fue convirtiendo en una cara conocida en aquel circuito bohemio, y se dejaba invitar a un bocadillo mientras preguntaba quién escribió el Quijote. La dulzura de la juventud, y las ganas de triunfar en la vida, salir de la miseria dando el campanazo, y la sangre que te pega en las paredes del cuerpo hicieron lo demás. Ya no había duda. Aquel era su mundo". (...).

"La verdad es que había dejado el trabajo de enseñar el culo por los cabarés de tercera y que el administrador la había echado del apartamento por falta de pago. No se sabía que hiciera nada. Sólo un viaje al Brasil. Había desaparecido del mapa, hasta que dos días antes me llamó. Necesitaba dinero urgente para salir de un apuro

Comparemos ahora el relato anterior con el de "Unidad Móvil", de Crónicas urbanas (9):

"El banco había sido atracado por un conjunto musical llamado Unidad Móvil y no quería dinero. A cambio de la vida de quince rehenes sólo exigía que alguien mandara las cámaras de televisión hasta la sucursal y que realizara una toma en directo de tres canciones de su repertorio para salir en pantalla en medio del "Telediario" de las tres de la tarde". (...).

"Cuatro pirados de un conjunto musical, vestidos de lentejuelas, tenían encañonados a quince inocentes en el interior de un banco y todo lo que querían era cantar en televisión a la hora de las noticias". (...).

"Cada diez minutos de reloj, la puerta del banco se entreabría y un atracador bien armado cacheaba y dejaba pasar al encargado de montar el tinglado. Los armatostes entraron uno a uno y lo mismo sucedió con el realizador, con el regidor o con cualquier clase de experto. Las cosas se complicaron un poco porque los asaltantes habían tomado precauciones para que no hubiera trucos. Además del monitor, pedían un televisor enchufado a la corriente general que funcionara durante el programa. Sólo así estarían seguros de que su imagen saltaba en el aire".

"El telediario de las tres comenzó puntualmente con las noticias desagradables de la jornada. En la calles de Beirut había más cadáveres despanzurrados; otra conferencia de paz había fracasado no se sabe dónde; el Congreso de los Diputados había aprobado nuevas incompatibilidades; un tren había descarrilado en la India, y, como siempre, los moros querían Ceuta y Melilla. En medio de tanta calamidad, de pronto, el locutor anunció una conexión de última hora. En ese instante, salió el chapista en pantalla vestido de gala, con chaqueta azul galáctico de solapas plateadas, rodeado por el conjunto musical Unidad Móvil, también acicalado con zapatos rojos, pajarita, chaleco de estrellas y manguitos de almidón plisado. El chapista se puso a cantar "Siboney" con la escopeta cruzada en el pecho y no parecía estar nervioso en absoluto. Aquel cantante tenía estilo y modulaba tonalidades de amor con lágrimas en los ojos. Pero los espectadores supieron que algo grave pasaba en el estudio. El cantante paró en seco, se echó la escopeta a la cara apuntando a la cámara, y entonces se oyó un disparo en el televisor, seguido de un fregado de gritos. Como no murió nadie,

y quería vender unos cacharros de cerámica de Talavera, entre otras cosas porque no le cabían en el cuchitril, casi una carbonera, donde vivía ahora. Estaba extremadamente pálida, con las ojeras moradas; tenía la boca seca y la dentadura postiza".

"- ¿Te pinchas?
- Qué va.
- Cuídate. Tienes mala cara.
- Mañana me voy a Ibiza. Dos días. Sólo para dormir. Necesito dormir. Después me voy a Grecia".

"Llevaba los folletos de la agencia, y allí se veían islas blancas, mármoles contra el cielo azul, yates atracando en puertos de pescadores. En su dedo brillaba un garbanzo de mediana calidad. Todavía habló de sus proyectos. Necesitaba un gran reportaje. Allí estaban esas fotografías con una mirada misteriosa de gran diva, con la boca entreabierta. Había que promocionar su nueva imagen. El arte a tope".

"La noticia saltó primero por la radio. Un sujeto de mala calaña, con cara de lobo, traficante de drogas, con el que al parecer la chica convivía, la había apuñalado con un cuchillo de cocina la tarde del sábado en un apartamento de la calle de Cartagena, cuando se suponía que la actriz debía estar en Ibiza, durmiendo. Le dio siete "viajes" en el cuerpo, dos de ellos en el cuello, que le segaron la médula. Al día siguiente la "estrella" salió de cabecera, la primera en el reparto de las páginas de sucesos en todos los periódicos. Al oír los gritos un vecino saltó por la terraza y se encontró con la carnicería. La actriz estaba en el suelo en medio de un charco de sangre. Era esa chica que quería un reportaje".

Ha sido una de las Estampas de una década, narrada con amargura al contraponer la lucha por el triunfo tronchada por las circunstancias. Los medios de comunicación no consienten el éxito de los débiles. Manuel Vicent lleva el sarcasmo al límite de que la chica que quería un reportaje, llega a ocupar las primeras páginas de los periódicos, la primera noticia de los informativos, porque es víctima de un asesinato brutal, así alcanza la fama que con su ilusión y viva no pudo conseguir.

el chapista consiguió ser noticia sólo veinticuatro horas. Después, el asunto se olvidó. Si hubiera matado a alguien, habría logrado ser noticia durante dos días".

En ambas narraciones Manuel Vicent se ha detenido a exponer y analizar dos cuestiones. Una que hoy toda persona que quiere triunfar tiene claro que debe de pasar por los medios de comunicación de masas, sobre todo por la televisión. En las dos historias nos muestra unos protagonistas que se mueven desesperados por la impotencia, por el paso del tiempo, porque no han llegado al éxito en sus profesiones. La segunda cuestión destaca la influencia de los medios audiovisuales en la opinión pública, una influencia paradógica, por un lado nadie es reconocido si no ha pasado por la pequeña pantalla, pero por otro esta opinión pública olvida con la misma velocidad que recoge.

Imagen y medios de comunicación ejercen un papel básico para repartir fama y reconocimiento público.

El autor conduce a los protagonistas al límite. Pero un límite al que a nadie chocaría. El grupo musical atraca un banco, coge rehenes, no por afán de riqueza, no busca dinero, sino fama, salir en televisión para ser conocidos por un infinito público.

En contraposición con la grandeza de los medios de comunicación, muestra su miseria y la de los receptores. Estos necesitan morbo, sangre, son eternos digeridores de guerras, atentados, escándalos, cantantes, publicidad... se tragan lo que les echen pero lo olvidan con idéntica facilidad, lo contemplan con la misma indiferencia, ya nada les conmueve. Con igual ansia reciben, devoran y desechan.

La chica del reportaje quería la fama, y la alcanza porque aparece asesinada, así sale en primera página. Unidad Móvil busca lo mismo, y lo consigue por unas horas, si por medio hubiera habido más escándalo o sangre, el tiempo de su posteridad se hubiera prolongado. Manuel Vicent no deja de sentir ternura y comprensión por estas víctimas de nuestra sociedad, que aniquila a sus hombres con las mismas armas que les propone la gloria.

Por último vamos a fijarnos en otra Crónica urbana que nos cuenta cómo la televisión es consumida ferozmente por los receptores. Se trata de "El espectador incorrupto", (El País, 5-3-83):

"Estaba sentado frente al televisor cuando de repente murió fulminado por un derrame cerebral, que le inundó tres bulbos de la mollera. (...) Según el informe de la autopsia, el hecho ocurrió a primeros de otoño, pero el cadáver de este intelectual solitario no fue descubierto hasta la semana pasada. La vida de una comunidad sólo es un conjunto de ruidos familiares, el zumbido del lavaplatos, la descarga de la cisterna del retrete o las voces cotidianas de cualquier aparato. A través del tabique, los vecinos oían el televisor funcionando y creyeron por eso que el ciudadano colindante llevaba una existencia normal. Por debajo de la puerta distintos cobradores y anunciantes le echaban recibos, avisos de embargo o folletos de publicidad, y muy pronto el vestíbulo de la casa se llenó de mensajes y requerimientos, aunque, lógicamente, el inquilino no se sentía capacitado para levantarse del sillón. Se había convertido en un perfecto espectador, en un adicto de la imagen". (...).

"De pronto, el aparato arrojaba a la cara del muerto una carga electrónica de fabulosos traseros adolescentes patinando con la armadura de unos pantalones vaqueros". (...).

"La tripa del televisor sacaba yates, motocicletas náuticas, refrescos sorbidos al borde de la piscina por rubias empapadas, tapangos del Caribe en un crepúsculo de playa con palmeras y parejas de enamorados a contraluz que chupaban a medias un coco tropical, amas de casa con delantal y bigote ponderando un detergente a

la prima Eustaquia y dulces esposas de tecnócrata junto al fregadero usando esa crema que deja las manos suaves para la carica nocturna. Entre el cadáver y el aparato se había establecido una corriente alterna. Los dos parecían excitarse mutuamente. Desde el sillón, la mirada fija de este ser inerme recibía imágenes con mensajes subliminales, que penetraban en su cerebro paralizado y allí dentro trataban de mover el último resorte de antiguo consumidor. Luego las ondas le salían por el hueco de la nariz y volvían al interior del cacharro con un alto nivel de aceptación". (...).

"Este hombre se había quedado tieso a primeros de otoño, y en aquella época, fuera del panteón, se sucedían grandes hechos fantasmales. La calle estaba llena de carteles, mítines, canciones y fervientes discursos, y la excitación de las próximas elecciones lo sacudía todo en la ciudad. El también pensaba votar a los socialistas, atraído por aquella valla imaginativa donde se veía a Felipe González como un joven puro, de ojos soñadores sobre fondo azul. La venta masiva del cambio le había tocado el hígado y se sentía uno de ellos, incluso había hecho campaña en mesas redondas, coloquios y reuniones de intelectuales subalternos. Sabía que algo comenzaba a fluir. Por fin el dinosaurio hibernado durante cuatro milenios bajo la nieve movía el rabo y el deshielo prometía llevarse por delante la costra de jefecillos, enanitos roedores y otros sátrapas vitalicios, que había taponado las cañerías del país durante la gran era de derechas". (...).

"Ese día, el intelectual se había levantado a las nueve y su jornada se había desarrollado en una serie de pequeños hechos tal vez reales, muy tangibles en apariencia. (...) Juraría que todo había sido real. Entonces sintió un rayo de sangre en el occipucio y ni siquiera tuvo tiempo de cerrar los ojos. Quedó muerto, mirando con asombro el cacharro mientras en la pantalla, precisamente en ese instante, salía Alfonso Guerra diciendo que la televisión tenía que cambiar". (...).

"Durante cuatro meses y medio, el cadáver de ese intelectual sentado en el sillón, iluminado por las lámparas de la sala, había permanecido incorrupto con el cogote apoyado en el respaldo. Sólo las uñas y algunas briznas de la barba le habían crecido un poco. Por lo demás, había resistido el tiempo de una forma intacta e inmóvil, como un espectador nato, y sobre su rostro inmutable la televisión había vertido la realidad, los torbellinos de pancartas, los discursos de los políticos, los anuncios

de lavadoras, las colas delante de las urnas, las imágenes de compresas, los agitados mítines en el descampado, el libro gordo de Petete, los adulterios de Dallas, la santa misa y toda clase de sopas preparadas". (...).

"Antes de que fuera descubierto, el cadáver de este espectador hermético se había saturado con todo lo zafio de Bigote Arrocet, cómico fascista; con las paletadas de boina y salgorda a cargo de Esteso, con las chocarrerías de Pajares y con la estupidez inalterable de otros programas. Era un difunto experto. Después de cuatro meses y medio, su cuerpo estaba misteriosamente incorrupto, tal vez animado por la única realidad de la imagen".

"El descubrimiento del cadáver fue un hecho muy lógico. El casero llevaba demasiado tiempo sin cobrar y pensó que el inquilino se había fugado. La policía tuvo que echar la puerta abajo, y dentro del panteón se encontró el televisor en marcha sacando humo y al intelectual mirando el cacharro con una sonrisa cenicienta. Entonces sucedió una cosa rara. Mientras estaban levantando al difunto, alguien desenchufó el televisor, pero las imágenes siguieron en la pantalla. Un guardia zarandeó el aparato y el locutor continuaba hablando sin parar. Le dio un golpe. Todo en vano. El artefacto parecía tener vida propia. De pronto, el forense se cabreó y, en medio del pasmo general, comenzó a pegarle mazazos con el pie de una lámpara; lo deshizo en pedazos sobre la alfombra, y allí, en cada trozo de cristal, salía Hermida, Amestoy, Cantalapiedra, Charo Soriano, un fragmento de telediario, una carta de ajuste, el himno nacional. Todos se pusieron a pisotearlo como se apaga un conato de incendio. En ese momento, cuando el televisor enmudeció de una vez, el cadáver se desintegró súbitamente en la butaca".

Escrito esperpénticamente, expresa cómo la influencia de la televisión en la vida de los ciudadanos resulta tan inconmensurable que funciona hasta "después de muerto el telespectador". Cuatro meses después de fallecer, el intelectual, un teórico además de la comunicación, continúa siendo el espectador perfecto, "incorrupto". Cada programa de televisión forma parte de la vida de cada ciudadano, que a su vez es un consumidor exhaustivo no sólo de cada producto que se anuncia

en la pequeña pantalla, sino también de cada imagen, gesto, idea, ya estética o política.

Se genera un círculo vicioso en el que el consumo va y viene del aparato de televisión al individuo y de éste a aquel. Las marcas de los productos, los peinados, el atuendo de los locutores, el modelo de vida americana a través de sus series y telefilmes, el gobierno de un país en su propaganda electoral, en definitiva, toda la programación es asumida, imitada, consumida por los receptores.

El sarcasmo que comunica el escritor llega al punto de que el cadáver no se descompone hasta que no se destruye cada trocito del aparato. Y es que el hombre occidental es un espectador perfecto, vive la vida a través de las imágenes de la televisión. La crónica desea decirnos que cada ciudadano-receptor no posee vida propia, su existencia se encuentra enchufada al modelo de vida de los "personajes" de la tele.

Cada ciudadano es el conjunto de un compendio de marcas comerciales e imágenes asumidas de los medios de comunicación de masas, principalmente de la televisión.

3. El hombre-masa.

El fenómeno característico de la sociedad de consumo está en las masas, el bienestar al alcance de todos termina con la idea de los placeres reservados a una minoría. Las diferencias se pierden con las masas, que todo lo arrasan, lo indiferencian, lo equilibran, lo repiten, lo copian, mimetizan y uniforman.

Los medios de comunicación de masas posibilitan unos mecanismos de persuasión y modificación de los comportamientos, que convierten a las masas en protagonistas. Pudiéndo establecerse un triángulo equilatero: sociedad de consumo, masificación y medios de comunicación, en el que cada lado se sustenta en los otros dos.

Las masas han traído como consecuencia la **uniformización**. Se da el hecho de un modelo de consumo que traspasa incluso las fronteras geográficas y origina unas pautas comunes a nivel mundial. Se uniformizan los deseos materiales y los comportamientos individuales, el modo de vestir, viajar, gozar, comer, existir.

Manuel Vicent describe esta uniformización, y una sociedad mimética, donde coexisten tribus urbanas, modelos de ciudadanos cortados en serie, es decir, una sociedad despersonalizada, sin individualidad, que imita los comportamientos que dictan las pautas de los medios de comunicación de masas, y rinde culto absoluto al modelo consumista.

La masa actúa indiscriminadamente, arrasa, invade, destruye. En 1.973, bajo el título "El envase", el autor escribe así:

"En los años 40 las playas estaban limpias. No había ni costas doradas, ni costas de azahar, ni blancas ni verdes, ni costas del sol ni de la sombra que tan bellas se ven a contraluz en los folletos satinados, pero las playas estaban limpias. Por dos razones: Porque entonces la gente no iba a la playa y los ciudadanos sólo comían boniatos y como entonces cundía un hambre feroz se tragaban también lal piel. El español es un ser espiritualmente abocado a arrojar al suelo el sobrante de comida, mas si por la pertinaz sequía o el surco internacional la comida no sobra, el español no la tira como es lógico. Se come hasta el papel de estraza".

"Creo que si el consumo ha tenido tanto éxito en este país ha sido por los envases. El neocapitalismo produce una cantidad espeluznante de envoltorios y el español disfruta como un enano arrojándolos al suelo. (...) Las suaves resacas del Mediterráneo ya no entierran cofres con denarios de oro, sino botes de danone, rescoldos de sangría, plásticos que han albergado el bocadillo de tortilla y papeles de periódicos censurados Sobre este basurero acariciado por las olas sale desde Oriente el sol glorioso y hace platear el resto de los vientres podridos de las sardinas en escabeche". (1)

Es decir, a principios de la década de los setenta, el autor ya intuía las consecuencias desastrosas que la sociedad de consumo y el hombre-masa podrían traer para el medio ambiente.

El hombre actuando en masa no resulta del agrado de Vicent, detesta la masa, la incivilización, lo hortera, las personas que no saben estar y molestan al prójimo.

Lógicamente se pone de parte de las personas respetuosas de los demás, de la naturaleza, de las ciudades, el que respeta la libertad de todos. La gente con personalidad que sabe convivir en sociedad. Así vuelve a la carga en el verano de 1.974.

"Entre gente inteligente el mes de Septiembre tiene cada vez más adeptos. Son ciudadanos que no prefieren alinear su cuerpo como una desoladora formación de cadáveres

palpitantes, apretujados, tendidos en las playas para que el solazo inmisericorde les pase revista y les ase vivos. Son ciudadanos que no prefieren oír cómo eructa el excelentísimo señor menestral en el apartamento contiguo, ni el guitarreo de las pandillas adolescentes hasta el amanecer, ni los apuros de la señora vecina porque el niño está vaciando en una diarrea porque se ha comido una cáscara de sandía. Son ciudadanos que no prefieren bañarse en una mar salada donde miles de contribuyentes a la vez alivian la vejiga mirando el horizonte. Los que para veranear prefieren septiembre son unos ciudadanos muy finos que saben que la mayoría de los hombre puestos en reata y programados por agencia son unos pelmazos insoportables".

"Existe una especie de migración, de vuelta del hombre a la naturaleza. Pero en pleno verano, en lo que los horteras de ministerio llaman temporada alta, la única naturaleza que existe en el litoral son las letrinas y las cloacas a tope. Lo demás no es naturaleza, sino historia: una historia vulgar, apelotonada, con el sudor a chorros y además cara. Como es lógico uno veranea en septiembre". (2).

En una de las Estampas de una década, el autor nos describe la sociedad mimética y la cultura de masas, se trata, el título ya es significativo, de "El intelectual de moda" (3):

"Aproximadamente el éxito era eso; que los hermosos caníbales de la radio, armados con una porra de McLuhan, se metan en tu cama a primera hora del día y te ofrezcan la oportunidad de enseñar a medio país el hígado empapado en alcohol". (...).

"El intelectual pertenecía a la escuela clásica, es decir, le pegaba a la frasca como un satanás. Todo legal. Nada de marihuana. Era un borracho escueto, uno de esos tipos con el jersei en la espalda y las mangas anudadas entre las tetillas, las gafas de sol en lo alto del cráneo, al que se le ve salir del supermercado de la esquina abrazado a una bolsa de botellas dando la imagen moderna de alcohólico neoyorquino. A los 43 años estaba en plena gloria, había sido bendecido por Aranguren, era la revelación de la temporada. (...) y allí, en medio de un concierto de baterías de cocina, piso en Leganés y jabones de tocador, el intelectual de moda, convertido en otra cacerola para amas de casa por la voz torrencial del locutor, tuvo que soltar algunas bobadas". (...).

"Había que ser duro y tener pegada para triunfar en esta perra vida. Se acabaron aquellos tiempos en que el intelectual tenía el culo gordo y olía a cerrado, a biblioteca con polilla. Sócrates enseñaba filosofía bajo la higuera, pero ahora estaban los chicos de la Prensa, los cazadores de cabezas en la radio, los bares de Malasaña por la tarde, los abrevaderos nocturnos de Oliver y Bocaccio llenos de niñas que esperaban hacer una buena tesina sin preservativo. La nueva filosofía se había posado sobre el capó de la juventud y él tenía que percutir todos los días desde los medios de comunicación para abrirse paso entre aquella pandilla de borrachos que se disputaban la gloria al amanecer".

"En las noches de insomnio se había hecho un diseño de sí mismo. Tenía que ser estéticamente malvado como Juan Benet, o currante y acelerado como Juan Cueto, cínico como Savater, brillante como Umbral, divertido como Vázquez Montalbán, con el gancho ácrata californiano de Aranguren, dándole a todo eso unos reflejos de joven airado con un toque decadente. Tenía que estar a la altura de una botella de "whisky" diaria, cuatro anfetaminas y una gragea afrodisiaca y resistir hasta las cinco de la madrugada descubriendo presocráticos en el fondo de la copa. Además de eso, había que agenciarse un perro y separarse de su mujer. Pero este asunto ya estaba resuelto. Hacía un año que la mujer legal se había largado con otro y ahora vivía a solas con un dálmata. Quedaban algunas cosas más. Hacerse experto en vinos y practicar la nueva cocina para poder colocar en medio de una conversación de neomarxismo la receta del besugo con habas o aludir a la cosecha del 72, que está bien encabezada con mosto de Utiel. Y por encima de todo, ligar, ligar, ligar con esas muchachas que se te restriegan al salir de la conferencia". (...).

"Por supuesto que este intelectual glorioso hacía más de un año que sólo leía solapas, pero tenía bastante con eso porque su labia era muy potente y estaba en forma. En los días de menos agobio social metía la cuchara en el interior del libro de moda, olisqueaba con olfato de perdiguero el ambiente y escribía un artículo en el periódico" (...).

"El intelectual fue a mirarse en el espejo del lavabo. Allí se dio cuenta de que era físicamente un tipo vulgar, tirando a esmirriado, con ojeras, el bigote de brigada con hebras blancas, el pelo corto, el pantalón gris, los zapatos comprados en unas rebajas y un jersei de pico. Había que cambiar de imagen. Eso era todo. Dejarse

crecer una cabellera llameante como una zarza bíblica y soltar la barba salvaje, equiparse con un cinchо y diversos herrajes de soldado pacifista, ponerse una estola con brocados de oro a modo de bufanda de mago y calzarse con zancos holandeses bajo unos pantalones de toldo playero. La filosofía daba para eso y mucho más. Al día siguiente tenía que dar una charla en un café cantante y pensaba presentarse con los nuevos arreos de la gloria". (...).

"Y de pronto se presentó él, medio disfrazado de García Calvo, con las vestiduras de la revelación, aunque sin el bigotazo de herradura y la melena flamígera. Venía con gorra de cosaco y camisola abombada de violinista zíngaro, polainas de caballista y un cíngulo dorado en el lumbar. El héroe iba a hablar del lenguaje como creación de la realidad, de la cuantía y el tiempo, de lo continuo y discontinuo. (...) algunos devotos ponían cara de estar oyendo chino embotellado. (...) Estaban lejos aquellos tiempos cuando al joven intelectual se le veía solo, en pie, apoyado contra una columna en Oliver, con una copa en la mano pensando en el éxito. Por fin el éxito había llegado. Y ahora las mujeres lo palpaban". (...).

"Por la tarde le esperaban en el coloquio sobre el medio ambiente. Iba por una acera de la Gran Vía cuando le saltó el cable ante un escaparate de ante y napa. Sintió una raya de fuego detrás de la oreja izquierda y cayó desplomado. Algunos peatones quisieron darle agua del Carmen en un portal, pero en seguida se vio que la cosa era más importante". (...).

"El cirujano le pellizcó un hilo del cerebro con una pinza electrónica y el intelectual de moda, en un reflejo mecánico, gritó:

- Mamá, mamá.
- Llama a su madre.
- Es que le he tocado el nervio de la infancia. El cerebro es una caja de resortes. Aquí está la historia resumida en un código. Verás como ahora mueve un codo".

"Efectivamente, a los tres meses el intelectual de moda estaba otra vez en Bocaccio empinando el codo con una placa de platino detrás de la oreja. Mañana tenía que ir a la radio, dar una conferencia, y así todo seguido".

Describe al individuo víctima de la imagen. A un escritor, artista o intelectual, como al resto de los mortales, no se le valora en nuestra sociedad por su talento o mérito, sino por la imagen que ofrece.

El éxito, como hemos visto al tratar el tema de los medios de comunicación de masas, no se obtiene si no te llaman de dichos medios, televisión, radio y prensa, se puede poseer talento, cultura, inteligencia... pero no sirve sin la bendición oportuna.

A su vez la imagen que hay que dar nos la dictan estos mismos medios de comunicación, a través de la publicidad y de los que éllos elevan a la categoría de personalidades públicas.

"El intelectual de moda" también nos muestra que hoy no se aprecia la cultura, sino la cultura de masas, la cultura mosaico, que además se consume, no se asimila. Por éso, para ser intelectual basta con ser "olfateador de solapas", no se necesita profundizar, basta con pillar un poco de cada sitio, con tener "rollo".

Se cuestiona la cultura, el hombre-masa no asimila ideas sino imágenes.

Se trata de un intelectual que ejercita tareas contrarias a las propias de su profesión. El protagonista no lee, no medita, no recapacita, no reposa, su vida consiste en una carrera acelerada que no le da un minuto de descanso ni sosiego, de una conferencia a una entrevista, de la radio a una mesa redonda, su teléfono no deja de sonar, el ocio lo realiza en los locales de moda y a las horas establecidas por la "movida" el sexo, que también se trata en la crónica, también

sigue el modelo de vida que gastan los héroes de las películas americanas, rápido, vertiginosos, sin flirteo, sin conversación, sin ningún atisbo de ternura, se llega rápidamente a la cama, y a la mañana siguiente el intelectual no se acuerda ni de con quien ha estado.

Describe, en definitiva, la tónica de la sociedad actual. La sociedad mimética, guiada por la imagen. Se copia a los famosos, se viste de marcas, se consume y divierte en los locales de moda. Todo imitado de imitaciones en una cadena infinita. Para ser alguien hay que ser guapo y bello, sino no se alcanza el triunfo.

Tal vez donde mejor describe el autor el comportamiento del hombre-masa, sea en dos artículos referidos a los conciertos de grupos musicales, en el suplemento semanal de El País, el 15 de febrero de 1.981 aparece "Concierto en el Pabellón", y en el propio periódico el 10 de julio de 1.982, "Rolling del amor hermoso". Los dos resultan igual de buenos, ambos retratan tipos urbanos de nuestro tiempo, y el estilo e ideas que nos ofrecen son similares, por lo cual sólo vamos a transcribir el segundo, que se refiere al acontecimiento que supuso la actuación de los Rolling en Madrid.

"Sabía que estos señores traían consigo unos gorilas de cien kilos en canal, débidamente amaestrados, que en cierta ocasión aplastaron con un bate de béisbol el cráneo de un muchacho hasta rematarlo ante las cámaras. Eso la tenía muy excitada. Pensaba que la podrían violar contra una valla, que la manada de búfalos haría sobre ella una ceremonia ritual, y entonces el collar de perlas majórica, el camafeo de marfil y los pendientes de oro, arrancados a dentelladas, rodarían por la grada y serían aplastados por un rebaño calzado con botas de baloncesto. Aún así, aquella madre de familia numerosa, que tiene ya dos hijos colocados en la Administración del Estado,

y el marido subsecretario, no quería perderse el espectáculo de los Rolling Stones. Había oído hablar de esas estampidas animales que se producen en los conciertos de "rock". De pronto, se desprende una avalancha desde el segundo anfiteatro y caen mil fanáticos sobre tu hígado. O la policía se siente atacada por el mal de ojo de algún melenudo, comienza a cargar contra todo lo que se mueve y en un momento ya estás bajo los cascos de la caballería. O también puede pasar que llegue un drogado, te abra el vientre con un cuchillo de cocina y ofrezca tus menudillos a su dios. Ella optó por dejarse los aderezos de oro en el joyero y se vistió con unos trapos de Ibiza". (...).

"Algunas damas ilustres decidieron engarzarse una pluma de pato en la oreja; aquel director general pensó en llevar una mejilla traspasada con un imperdible, y el notario le pidió a su hijo los vaqueros cortados, los garfios, brazaletes, colmillos de jabalí, calcetines de lana, zapatillas de deporte y el chaleco con chinchetas". (...).

"Cuando los Rolling comenzaron a agitar la pelvis hace veinte años, los que hoy son jefes de negociado, registradores de la propiedad, diputados, ejecutivos, subsecretarios, consejeros delegados, presidentes de consorcio y madres de familia numerosa bailaban con la panda en la veranda del chalé en la sierra, descubrían los primeros desnudos en las calas, asaban sardinas de madrugada en la playa después de la juerga, iban en motocicletas por Moncloa con una panamefia en el portaequipajes o preparaban oposiciones en babuchas, con la pretina del pantalón desabrochada, memorizando un tema de Derecho Civil por el pasillo, mientras el "rock" de estos muchachos llenaba el patio interior desde el tocadiscos de aquella vecina de los leotardos, que hacía yoga en el alféizar de la ventana y se ponía cabeza abajo, colgada de las corvas en la cuerda del tendedero, como una pieza más de la colada. Pero el otro día no sólo había un frenesí entre subsecretarios por ver a los Rolling. Aparte de la nostalgia cuarentona de recuperar el sonido de aquel patio de la casa de huéspedes, corría por la ciudad una furia desatada, un ajetreo de entradas, llamadas de teléfono9 y gritos de histeria entre el personal con varices, que llegó hasta la sacristía de San Ginés, y las señoras que meriendan a media tarde pasteles de fresa en la cafetería California también se dieron un toque rebelde en el moño y se fueron para allá. Lo peor eran las avalanchas, porque estos jóvenes de hoy, con eso de las drogas, se pueden convertir en unas fieras". (...).

"Hacía un calor inmisericorde y parecía que llevabas un par de huevos fritos en el pescuezo". (...).

"Mi reino por una "coca-cola" familiar. Ese era el deseo más morboso y secreto del rebaño dentro de la olla. Nada de marihuana, ni cocaina, ni heroína -quita, quita- sino agua de la fuente" (...) al tinglado del escenario, un andamio de tubos como los que levanta la empresa Mundus para revocar fachadas (...) Pero el estadio comenzaba a abarrotarse con la mejor carne mortal de Madrid". (...).

"Los Rolling traen las guitarras afinadas por la NASA, los micrófonos sensibles como glandes electrónicos, altavoces que son túmulos infernales, cables para un viaje espacial y la mitología de aquella década prodigiosa, cuando estos bestias enseñaban el culo en el suburbano, hacían el amor en las aceras y se descoyuntaban vertiendo alaridos de sexo y droga en la pechuga de la burguesía. La multinacional del ruido sincopado ahora los ha convertido en pienso compuesto, (...) descargas de música, que te machacan el cerebelo con sucesivos martillazos". (...).

"Había que hacer algo duro para entretener a tanta gente. Parece ser que el cerebro electrónico, regido desde la casa madre en Nueva York, tenía una buena idea. Bip. Bip. Bip. Soltad globos y que los niños jueguen". (...).

"En seguida llegó el número de la manguera. Unos tipos cuadrados, como levantadores de pesas, regaban a los neófitos por encima del foso de cocodrilos que separa del escenario el resto del barullo. Y ellos cantaban: que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva. Angelitos míos". (...).

"los teloneros y la cacerola se puso a hervir. Estaban muy bien. Parecían gatos rabiosos. (...) Algunos chicos percutían guitarras imaginarias contra el vientre y torcían el cuello como si el muelle de la cervical les hubiera saltado en pedazos". (...).

"100.000 cuerpos en plenitud de facultades, que hacían vibrar la musculatura con chispas en los cartílagos. De otra forma, en las concentraciones de Fátima sucede lo mismo. (...) Tal como van las cosas, algún día llegará el "rock" a la explanada de las basílicas. Los profesores de filosofía afirman que esta música es sedante

y liberadora, una purga que te echa los diablos del vientre. Dentro de poco vendrán los sacerdotes y, después del concierto, darán la comunión". (...).

"Todo el mundo vuelve a pastar bombón helado, chicle y caramelos de menta; se abreva con "coca-cola" y pide agua como en las rogativas. Los héroes tardarán otra hora en llegar, mientras los criados anglosajones arreglan andamios, tiran cables, martillean las tarimas, asientan los aparatos y prueban los micrófonos. Todo en regla. ¿Quién manda aquí? Por lo visto, aquí todavía manda Dios, que puede convertirse en el mejor batería del universo cuando le da la gana. (...) Desde la casa madre de Nueva York, el ordenador IBM dio la señal. Bip. Bip. Bip. Arriba el periscopio. Ya puede salir ese muchacho. Pero a Dios también le divierte ser un "rockero" duro y empezó por su cuenta a tocar el bombo allá arriba. De pronto, los cielos se abrieron; los efectos especiales, con centellas encabritadas y truenos que no los mejora la casa de discos RCA, pusieron aquello en estado de coma, y entonces, bajo la tormenta, se apareció Mick Jagger quebrandoo su raspa de arenque. (...) y aquel dios de cincuenta kilos, de 38 años, vestido de toldo playero, con un guante de boxeo ahí, en las partes, se entregó como alimento a la multitud. Fue el alarido de un gol, que duró dos horas exactas". (...).

"En el palco estaba la ministra de Cultura con otros probostes del ramo de la cultura; la mujer del presidente del Gobierno, rodeada de gente con corbata y pasador de platino. Un friso de metralletas guardaba el cercado, y allá abajo cantaba un señor rebelde con cien millones de dólares en el riñón, y toda la juventud de Madrid era legítimamente feliz aquella noche, entre saltos, brazadas y cañonazos guturales, con el mito recuperado a un tiro de piedra".

"No hubo muertos, heridos ni ceremonias rituales que no vinieran en el programa de mano".

"Mick Jagger, en la última canción, salió disfrazado de tabacalera española o de puerta de estanco y cantó "Satisfacción" con gritos de ¡viva España! y besitos, muá, muá, a los suyos". (...).

"Llega un momento en que la multitud produce un salto cualitativo y, entonces, la electricidad que emana de 100.000 cuerpos jóvenes crea una carga magnética, y dentro

de ella vale todo, un globo, dos globos, tres globos, un cohete, un mechero encendido, un bote, dos botes, tres botes, carroza el que no vote a Mick Jagger for president. La madre de familia numerosa estaba radiante".

"Había asistido a un concierto de los Rolling, se sentía más joven, quería hacer el amor con todos los muchachos del mundo". (...).

"La multitud iba abandonando las gradas, ocupó las pasarelas con orden, se vació por las calzadas con la cabeza baja; y, entonces, pasó la sirena de la Policía y el coche que llevaba a la ministra de Cultura Soledad Becerril dentro".

"Por la ventanilla, ella bendecía a buenos "rockeros", que duermen mucho".

El autor trata cómo el hombre-masa actúa igual en cualquier aglomeración, ya sea una concentración religiosa, política, deportiva, musical. La masa conforma rebaño, se animaliza, son "bestias" ordenadas, obedientes, uniformadas, pasivas.

Retrata un mundo en el que nos invade la desesperanza, el mimetismo, la imagen, las multinacionales

El hombre-masa no posee individualidad, uno por uno nadie es nada, choca con el vacío y el tedio.

El resultado es el antiindividuo, la anticivilización, el aborregamiento. La miseria del consumo y la imagen aniquila y se traga a sus propias víctimas. En esta sociedad los débiles no cuentan y los fuertes se apoyan en la masa, necesitan pertenecer a una tribu.

Sus gestos, atuendos, héroes, música es estridente.

En este tipo de sociedad, lo que ayer fue contestatario, síntoma de rebeldía, hoy forma parte del sistema, se recicla por la gente de orden, los altos cargos, ministros, amas de casa, burguesía, clase media alta.

Un montaje en el que igual toman parte jóvenes que maduros, drogadictos, parados que ministros. Y todos son nadie, cada cual pierde su individualidad, ante un espectáculo de masas, patrocinado y servido por multinacionales. La sociedad de consumo vuelve todo productos, incluido el arte, y la música. Las clases sociales se igualan ante el consumo, todos comen, visten, beben, oyen, ven y hacen las mismas cosas.

Manuel Vicent refleja también la histeria, el atontamiento, la imbecilidad de las personas en una concentración de masas.

La sociedad de consumo y los medios de comunicación al servico del hombre-masa convierten lo revolucionario en lo establecido, bendecido por el poder. Lo que nació contra la burguesía, lo que ésta detestó, ahora lo asume, lo consume, porque desea estar a la última, porque se lleva, supone moda, aún en el caso de que no lo entienda, no forme parte de su lenguaje ni de su cultura o ideas.

Al héroe le describe como a un payaso, ridículo enano, soberbio, engreído, envanecido y petulante, y no obstante, se queda con todos, con el hombre-masa.

El hombre-masa es capaz de pagar para que se rían de él, para que le arrojen agua, le empujen, le molesten, le traten como a un animal. Se trata de

una forma de actuar masoquista para estar donde hay gente, para formar parte de la masa.

El arte se torna sucedáneo del arte, en la cultura de masas todo es pseudo.

Manuel Vicent describe la sociedad actual como una masa de hombres-animales, deshumanizados, consumidores en serie. Se ha perdido el concepto de único, irrepetible, personal, individual.

Vamos a ver otros párrafos de "La bicicleta estática" que demuestran el vacío de los ciudadanos en la sociedad occidental. Relatan cómo domina el culto al cuerpo, fuera de cuestionamientos metafísicos o ideológicos. El problema crucial de nuestra sociedad, como venimos estudiando, colmada de bienes materiales, cubiertas sus necesidades, está en lo superfluo, en la imagen.

La masa actúa indiferente ante el dolor, la desgracia, la muerte. Manuel Vicent realiza una fotografía del ciudadano frío, necio, incapaz de sensibilidad ni solidaridad.

"Los crímenes vulgares comenzaron de nuevo, las treguas se rompieron en seguida, hubo un descarrilamiento de tren con muchas víctimas, un gendarme fue baleado por la espalda y todos los ciudadanos recibieron estas noticias con el mismo rictus de dulzura, con el sabor de mazapán aún paralizado en los labios". (...).

"Al principio del año 1985 todo el mundo trataba de bajar la tripa. Los que no tenían tripa deseaban dejar de fumar. Los que no fumaban pretendían evitar la caída del pelo. Y los que no eran calvos habían prometido hacer gimnasia. Cualquier mortal había albergado una pequeña grandeza en su interior, por ejemplo, no morirse. En cambio, él sólo quería huir y para eso se había comprado una bicicleta estática".

"En el lugar del suceso un amplio círculo de ciudadanos contemplaba en silencio el trajín de las camillas con la dulce sonrisa de Navidad todavía engatillada bajo la nariz debido al frío polar. El caso era bastante terrible. Por dentro los espectadores sentían el espanto de la sangre aunque nadie podía expresar el horror en el rostro. Todos hacían la misma mueca de felicidad o de ternura, incluidos los agentes del orden, los artificieros, que sacaban muestras de dinamita en un zócalo sin evitar el mohín más cariñoso". (4)

El autor muestra tristeza y desprecio por esta humanidad morbosa y deshumanizada. Describe lo que no le gusta, lo que le desagrada, su forma irracional de comportarse, insensible, hedonista y conformista.

Los medios de comunicación "venden" igual un accidente, una matanza, un detergente, sin compasión. Y receptores-ciudadanos lo digieren como un producto, un espectáculo, sin sensibilidad ni raciocinio. Sumemos otro ejemplo.

"Hay que imaginarse hoy el asedio al Alcázar de Toledo, un espectáculo gratuito en plan Quexigal a merced de unos automovilestas con la familia entera a cuestas, la tortilla de patatas, la manta campestre, la Coca-Cola gigante y todos contemplando desde el atasco cómo resiste Moscardó. La masa no dejaría trabajar a los generales. La primera logística consistiría en la forma de desviar el tráfico".

"Hace unos días, los domingueros han vuelto a hacer otra de las suyas. La mañana se presentaba muy aburrida, más he aquí que un terrible accidente de aviación vino a salvar el tedio dominical. Un avión despanzurrado y 200 cadáveres entre los rescoldos de un fuselaje humeando no es un panorama muy agradable, pero allí estaban ellos. Padres con niños, madres con gaseosas, largas caravanas con toda la parentela y su merienda respectiva saltaron morbosamente varias lomas para asistir a un acto de devoración multitudinaria. La noticia del accidente la acababa de dar televisión con otras sopas y electrodomésticos. El avión destrozado formaba parte de la oferta del día. Los domingueros se limitaron a cumplir". (5).

Una de las Crónicas urbanas de Manuel Vicent resume las tres materias que estamos analizando, sociedad de consumo, medios de comunicación y hombre-masa. El límite de la situación, hasta dónde nos puede llevar este modelo de vida. Se trata de "Seres o enseres":

"Aquel tipo tampoco poseía ninguna característica especial si se quita la peca en una nalga. Había muchos bigotes igual que el suyo. Existen en el mundo demasiadas miradas marrones de expresión vulgar y él no era un privilegiado en este sentido. Sólo muy pocos elegidos pueden presumir de llevar en la cara una cicatriz de navaja que les saque del anonimato. Se trataba de un cuarentón de diseño medio, un ejecutivo vaciado en molde, con chaqueta de dos aberturas, yugular palpitante contra el cuello de la camisa, patillas grises y corbata con pasador; uno de esos que se pone un chandal los domingos y realiza 100 flexiones de bisagra, según prospecto de mano, para bajar tripa o sacar las gambas al ajillo por las orejas y luego se viste con un polo de cocodrilo en la tetilla". (...).

"Había levantado mecánicamente la puerta metálica y en principio notó que el garaje esta vez no olía igual". (...).

"El televisor era de la misma marca y en ese momento emitía una papilla común a todos los mortales del país. (...) La mujer se agitó detrás del periódico para preparar la bebida y antes de servirla cumplió de rodillas una vez más el rito de quitarle los zapatos, de ponerle las babuchas al marido, o sea, al guerrero vencido que había vuelto del trabajo". (...).

"Nadie entre ellos se había mirado a los ojos. Junto a él había ahora una madre y tres hijos hipnotizados por las imágenes de aquella película de Ingrid Bergman y cada uno tenía en el regazo una bandeja con la tortilla a la francesa, dos rodajas de mortadela y un vaso de leche. De pronto, en medio de un silencio de televisor se produjo un golpe seco en la segunda planta del chalé". (...).

"No hubo más palabras, ya que aquella era una familia modelo, es decir, que allí nadie abría la boca mientras el televisor continuara funcionando. También ocurrió un leve percance cuando sonó el teléfono. Una voz muy amigable preguntaba por un

tall Enrique. Se había confundido de número". (...).

"Fue otra sesión de amor con piloto automático. Dentro de las sábanas, cada bulto había adoptado la posición de querencia y de nuevo la mano izquierda de él comenzó a — explorar rutinariamente aquel cuerpo cuyos caminos conocía muy bien. Los había recorrid do mil veces. Sabía que llegando a un punto la mujer se pondría a bombear lentos suspiros como una máquina, y luego se vería obligado a acariciar esa zona para que ella balbuciera la primera palabra caliente. Realizar este trabajo en tinieblas tenía la ventaja de que uno podía bostezar impunemente mientras bregaba. La operación duró los 15 minutos reglamentarios. La pareja se manoseó en un compás de tres por cuatro, logró sacar algunos acordes de mediana calidad y cuando las cavernas de los dos se llenaron de sangre, se puso a navegar en seco remando hacia puerto franco. No hubo una sola sorpresa. Aquel pasajero había creído adivinar en el subconsciente un magnetismo de otra índole en la carne de su esposa, probablemente una mayor suavidad en la piel, tal vez un volumen distinto en la parábola de los senos o una forma desconocida de crujir en el momento supremo, pero estaba demasiado cansado. También ella había pasado la pulpa de los dedos por la nalga del otro sin tropezar con aquella peca del tamaño de una peseta. Ambos se quedaron sobados como bollos después del débito, se dieron la espalda y hablaron entre bostezos de algunas cosas". (...).

"También este verano irían al Corte Inglés para equiparse antes de partir hacia Benidorm como todos los años". (...).

"Los chalés adosados de esa colonia son uniformes, unívocos, unifamiliares y todos sus habitantes tienen problemas análogos. En los diminutos corrales de ladrillo color tabaco crece un pruno idéntico, un pino semejante, la misma enredadera y también ladra un perro parecido. La urbanización converge en varios semicírculos hacia una zona común y allí se mueven algunas criaturas en triciclo y madres jóvenes fabricadas a troquel. Durante el día, a ellos no se les ve. Son directivos de empresa o profesionales establecidos que trabajan en la ciudad, en despachos unidimensionales de oficinas equivalentes, en las colmenas repetidas en cajas de cristal. A la caída del sol vuelven al dormitorio simétrico de la colonia a bordo de coches similares y algunos pueden equivocarse de ratonera".

"Este señor se levantó a las siete de mañana y tampoco observó nada especial. Hizo

las abluciones de un ejecutivo medio en un cuarto de baño, que era exactamente igual al suyo, se vistió con gestos automáticos como todos los días de labor y salió bien perfumado con lavanda al salón para coger el maletín. El desencadenante fue aquel animalito. El hombre había entrado en la cocina para servirse el vaso de leche ritual cuando se sorprendió al ver un gato arañándole la pernera. ¿Qué hacía ese bicho maldito en su casa? A partir de la visión del gato, que era el único elemento extraño en su vida, el tipo descubrió que había pasado la noche en el chalé de un vecino sin que nadie de aquella familia, ni él mismo, se hubiera dado cuenta. Al volver del trabajo la tarde anterior, se había distraído un poco, había entrado en la urbanización por otra calle. Desde ese instante no había hecho más que desarrollar un programa".

"Sin otra consideración, el hombre montó en el coche y se fue a la oficina. En el camino hacia la ciudad imaginó la clase de ser o de enser que le habría sustituido en su propia casa o en ese elemento al que él había suplantado en un hogar desconocido. Pero éstas eran cuestiones sin demasiado interés. Tenía por delante otro día muy duro". (6)

Manuel Vicent realiza una especie de censura de la vida que se desarrolla en serie. Se trata de familias de similar clase social que habitan en una zona residencial de chalets adosados. Las casas son idénticas, las ocupaciones de los maridos y demás miembros familiares similares, las compras se realizan en los mismos lugares, el modelo familiar también es igual, no varía ni siquiera el número de hijos por matrimonio, ni la forma de vestir, ni las costumbres diarias, ni las horas de ver la televisión, ni de acostarse con la pareja. La forma de distribuir el tiempo discurre cada jornada igual, con la repetición de los mismos gestos, todo se lleva a cabo mecánicamente, a las mismas horas.

La televisión como aparato que reune pero no comunica a la familia, colaborando a consolidar

más esa uniformidad entre los seres. Llega a ser más importante lo que ocurre a los personajes de la pequeña pantalla que los propios problemas y vivencias de los que les miran. Hasta el punto de que nadie se percata en este relato de que ha llegado a casa un señor distinto, otro padre, otro marido, ni él mismo de que se ha confundido de casa, de mujer y de hijos. Es un triste sarcasmo.

A su vez, la televisión divulga idénticas marcas para el consumo de los ciudadanos, todos terminan uniformados en la alimentación, el vestir, el utilitario que conducen, la decoración, adquiriendo además todo en los mismos comercios.

Hombres-masa, obligados a realizar la misma vida y desear las mismas cosas. Pero éllos mismos se conforman con éso, no quieren otra cosa, es más, desean poseer los mismos enseres y existencia que el resto de los vecinos. Se potencia y desarrolla por parte de los mismos ciudadanos una existencia idéntica.

Todos se mueven por las mismas motivaciones, y deseando todo asegurado: sexo, familia, profesión, jubilación...

El autor lo esperpentiza, llevando a sus personajes a situaciones increíbles. Describe una vida familiar deprimente, la terrible incomunicación y soledad de sus miembros, viéndose cada día, a las mismas horas, y pudiendo llegar a ser entre sí totales desconocidos. Se sostienen de costumbres, les une un consumo común, una pantalla común, pero no comparten absolutamente nada, ni siquiera el acto amoroso entre la pareja.

Es decir, desea decirnos que se comparten

los objetos, no las personas, que en esta sociedad una persona posee el mismo valor que un objeto, lo expresa en el título, un ser es un enser, y los enseres se fabrican en serie.

El resultado de todo lo visto hasta ahora, de la sociedad de consumo, de los medios de comunicación y del hombre-masa, no puede ser otro que el materialismo. La uniformidad, el mimetismo, la apariencia, la abundancia, el hedonismo, todo éllo desemboca en puro materialismo, de lo cual también se ocupa Vicent, detengámonos en sus columnas de finales de los ochenta.

En "Desnudos" trata el tema del culto al cuerpo.

"La última vez que visité la Capilla Sixtina tuve una visión aterradora. Contemplaba aquel cúmulo de cuerpos desnudos que cubre las paredes, aquellas oleadas de carne humana que se desprende del techo y de pronto creí que me hallaba en la piscina del Parque Sindical de Madrid un domingo de julio. Otras veces me ha sucedido lo contrario. Estando en pleno verano bajo el terror del sol en una piscina pública o en una playa de moda he tenido la sensación plástica de lo que podría ser el Juicio Final: una alucinada carnicería de mortales resucitados, todos dándose crema hidratante en el Valle de Josafat a la espera del gran veredicto. Pero sin duda mi imaginación es demasiado cristiana: hoy nadie espera un castigo de Dios que vaya más allá de la musculatura y por otra parte Miguel Angel se ha convertido de nuevo en un artista moderno porque pintó la piel de los seres y no se preocupó de su alma".

"En la Capilla Sixtina está la historia de la humanidad imaginada por Miguel Angel de una forma gimnástica. Desde la creación de Adán hasta la escena abigarrada del Juicio Final en aquellos frescos sólo se ven posturas, ejercicios de carne, expresiones atléticas, una interpretación muscular de la existencia. Parece que allí todo el mundo ha hecho pesas, empezando por el Padre Eterno. Nadie hay en esos paneles que no dé la talla: cualquiera de los personajes podría anunciar un aceite bronceador o posar junto al coche del año. En la playa de Benidorm o en la piscina del Parque

Sindical de Madrid no existen cuerpos tan gloriosos, aunque la teología es idéntica. Sobre la arena o en los solarios se extiende una trama de pantorrillas, glúteos, bíceps, torsos, caderas embadurnadas con pasta de zanahoria. Tanta apariencia te revienta los ojos. Me lo decía una de esas vírgenes que practican la halterofilia: se lleva lo exterior, la piel o el paño. Lo mismo en Nueva York que en una piscina pública el alma ha pasado de moda. Todo vuelve a ser como en la Capilla Sixtina donde a todos los santos y profetas se les ve en buena forma. Los condenados sólo son aquellos que no han hecho gimnasia". (7).

Manuel Vicent ha descrito la moda del culto al cuerpo, a la imagen, a lo exterior. No se mira a las peprsonas por cómo son, por sus sentimientos y actitudes, sino por lo que representan. Cuenta la gente guapa, la belleza uniformada, estereotipada, cómo mandan los cánones de nuestra sociedad. Y los que no se encuentran dentro de las reglas de los guapos, no tienen nada que hacer, el escritor lo afirma en el último párrafo.

Ello crea una tonta sociedad, repleta de apariencias y sin profundidad, poblada de ciudadanos--masa, que consiguen aplastar e ignorar a todo el que es diferente. Una sociedad en contra del pluralismo y de los hombres libres.

Traigamos otro ejemplo en que se fija en el mimetismo, su título "Equilibrio".

"Cualquier idiota quería diseñar algo, todos los desfalcos eran perdonados, un escándalo servía para olvidar otro escándalo y los ciudadanos llevaban en el bolsillo la invitación para un desfile de modas. Nadie podía presumir de moderno si no se hacía un poco homosexual y ninguna cosa era tan villana como fumar negro y hablar de los pobres. La gente votaba, bebía pacharán en público y comía cuellos de pollo en la intimidad, asistía a los conciertos, visitaba exposiciones y se dejaba limpiar el parabrisas del coche en el semáforo como prueba de amor al prójimo. Los jubilados

iban en autocares a las Rías Bajas y las amas de casa escondían el vídeo pornográfico en la cesta de la compra bajo una lechuga. En el otoño de 1986 por el cielo pasaban tordos radiactivos y aquí abajo todo parecía perfecto y a la vez todo estaba a punto de reventar". (8).

Trae a su columna dominical el sinsentido de la vida, la apariencia de vida, cada persona cree que lleva su propia existencia, pero cada cual imita lo que se le indica.

Otro texto en el que se ocupa del materialismo actual es en "Silencio".

"El silencio es hoy un género literario. Lo moderno consiste en usar un tono pastel en todo: ser mediocre en política, discreto en las pasiones, suave a la hora de matar a alguien, obediente con los superiores, risueño ante la adversidad. No se lleva crear problemas. Se trata de transformar la humillación en una estética. La generación que ahora se halla instalada en el poder no hizo sino patalear, proclamar sus derechos, vociferar toda clase de denuncias desde el patio de la oposición mientras duró su ascensión a la cumbre de las moquetas. Tuvo suerte. La ira estaba entonces de moda. Había que exhibir camisa de felpa a cuadros en el escaño del Congreso, cantar calamidades con la garganta bronca en los conciertos, predicar las postrimerías económicas en los mítines, lanzar soflamas contra la injusticia con un chorizo en la boca. Los ayudamos a triunfar, los votamos, los dejamos sentados en las poltronas, y de pronto el sonido de la jauría cesó. En este momento sólo se oye el murmullo de aquellas abejas tan rebeldes libando decretos en los despachos más altos. El silencio es de miel. Las mordazas son de seda".

"Se dice que ahora la gente no habla por miedo a perder el cargo, el empleo o la ración de pienso. Sin duda eso es cierto, pero existe una causa más profunda e indigna de este silencio. La gente calla porque no quiere hacer el ridículo. Si protestas, ellos sonríen; si los desafías, te ignoran; si los aclamas, lo aceptan. Y lo que es más cruel: si les pides disculpas, te perdonan con suma amabilidad".

"Así está dictaminado: no se lleva epatar, ni tener aristas, ni exigir nada, ni

ser feo, ni oler mal. Todo debe ser dulce y ambiguo por fuera. Todo es férreo e inmisericorde por dentro. Los intelectuales aman a los misiles, toman una croqueta y corren. Los políticos son mediocres, los escritores otanistas se hacen la manicura. El silencio es el género literario más exquisito. Las cosas que no se dicen, las que no se escriben, constituyen un texto sagrado". (9).

Se trata de vivir en masa, aborregados, de no plantearse ni oponerse a nada. Se trata de la caída de las ideologías y las revoluciones. Manuel Vicent está describiendo durante todos los años ochenta lo que ha desembocado en la realidad de los noventa. Un ser humano conformista, sin ideas, sin preocuparse por el prójimo, sin respeto por la diversidad de tendencias, ideas, razas, creencias, es decir, un hombre insípido, frío, materialista, aborregado, masa.

Contrapone el hombre de los ochenta al de los sesenta, el primero ha dejado olvidados los grandes conceptos, la defensa de los derechos humanos, el afán de justicia, no desea ser libre, digno, vivir la vida, ahora no lucha ni se rebela ante nada.

Además es el producto que han vendido los medios de comunicación de masas, ha de ser guapo, higiénico, frío, competitivo, uniformado. Si destaca por algún rasgo personal, creativo, opositor, no es admitido por la sociedad, si no desea bienes materiales le toman por loco.

Sí, sólo lo describe, pero lo hace porque no está de acuerdo con esta forma de vida, él mismo lo expresa, "los ayudamos a triunfar, los votamos (...) y de pronto el sonido de la jauría cesó", o sea, él quería a esa generación que pataleaba, proclamaba sus derechos, denunciaba hechos, él deseaba un mundo más

justo, más libre, en el que estuviese "prohibido prohibir" en el que se respetase a las personas aunque no fueran blancas, ni guapas, ni poderosas. El deseaba lo que prometía el cambio, una democracia, unos ciudadanos libres y con esperanzas e ideales. No lo que ha ocurrido después, una sociedad uniformada, corrompida, sin libertad de expresión ni diversidad de tendencias, sin rebeldes, sin creadores, con consentidores.

Veamos el último ejemplo, "Tajadas".

"Los socialistas llevan instalada en el rostro una sonrisa de piedra". (...).

"Las reglas de esta religión son duras. Para alcanzar la perfección hay que callar mucho, tragar aún más y, no obstante, simular una felicidad congénita. Existe un cielo inmediato: ser guapo, beber licor de pera, adornar el jardín con un par de mastines sangrientos, tener pistoleros entorchados en la puerta del despacho, viajar a países que broncean en invierno, atravesar el local de moda llevando una pantera atada por el tobillo, habitar un dúplex en la ciudad, poseer dos fincas rústicas, conducir un Porsche, ejercer la fascinación del poder mediante un perfume exquisito, tomar cocaína con cuchara y no dar golpe. En este paraíso, ser rico equivale a ser guapo. En efecto, ¿a quién hay que matar?".

"Nunca como ahora en nuestro país se ha hablado tanto de dinero. En cualquier sobremesa de poetas, en el entreacto de un concierto de violín, al final de una conferencia sobre metafísica, los asistentes más finos siempre acaban tratando de ese negocio que hay que hacer para forrarse. Los profesores de románicas, de aspecto celeste, levantan una oreja de liebre cuando suena un rumor de bolsa. Los bingos están llenos de teólogos, los estetas compran cupones de ciego, los canónigos apuestan a los caballos, los músicos juegan a la lotería, las marquesas rellenan quinielas, los intelectuales especulan con solares o se dejan las cejas en el cero de la ruleta, y tal vez los economistas se sueñan a sí mismos investidos con una escopeta de cañones recortados saliendo gloriosamente de un banco con la saca a cuestas. Todo el mundo habla de inversiones, dentelladas, plusvalías y tajadas. Pero bajo la sonrisa de piedra que exhiben los socialistas también existe un infierno muy próximo: ser pobre,

contemplar desde la acera el lujo que pasa y carecer de valor para tirar de navaja". (10).

Lo peor del caso es que la izquierda, los socialistas en el gobierno, también se han convertido al materialismo. No se valora a nadie más que por el dinero que posee, se han perdido las ideas y los valores, la individualidad del ser humano.

Desde el propio poder se incita al materialismo. No obstante como dice al final, el estado de opulencia no ha terminado con la existencia real de pobreza.

Pero Manuel Vicent deja clara una cosa, que nos interesa para finalizar el tema, "nunca como ahora en nuestro país se ha hablado tanto de dinero".

CONCLUSIONES.

Es un tema clave en la obra del autor, lo trata desde que nace en los años sesenta hasta su máximo apogeo en los ochenta. Hemos clasificado el capítulo en tres apartados: 1. La sociedad de consumo. 2. Los medios de comunicación de masas. Y 3. El hombre-masa.

Muestra su visión premonitoria de la civilización que hoy es un hecho, la del culto al bienestar, al materialismo y la falta de sensibilidad a la que arrastra al hombre.

Manuel Vicent no comparte el consumismo, y piensa que no conduce al ser humano a la libertad ni a la felicidad que promete.

Los medios de comunicación de masas fabrican necesidades en serie y borran la individualidad del hombre contemporáneo.

El autor retrata a los receptores-consumidores víctimas de las circunstancias en la sociedad, dominada por la prensa, la televisión y los mensajes publicitarios, no compartiendo esta forma de vida.

Los medios de comunicación de masas consiguen ciudadanos pasivos, fríos, fracasados, meros espectadores y no protagonistas de la vida.

Sociedad de consumo y medios de comunicación transforman al individuo en hombre-masas. Las masas han propiciado la uniformidad. La realidad es una sociedad mimética, que rinde culto al consumo, al dinero y a la imagen.

Manuel Vicent siente tristeza por el hombre deshumanizado y conformista. El resultado de todo es la incomunicación y la sociedad descafeinada que lleva a sus textos.

(1) Madrid, "Elogio del pesimismo", 17-4-69.
(2) Hermano Lobo, "Rezar antes de comer", 7-10-72.
(3) "La neurosis como escapatoria".
(4) "Las computadoras tienen razón. Los tenderos de la ira".
(5) El País, 25-6-83.
(6) Hermano Lobo, "Rinencéfalo", 20-10-73.
(7) "Nadie se muere la víspera", 21-5-69.
(8) Hermano Lobo, "El timo de la energía", 9-2-74.
(9) Personas, "El entierro de la sardina política", 12-3-77.
(10) El País, "El hacha", 21-7-83.
(11) "La fachada y la desfachatez", 17-6-72.
(12) Triunfo, "Semana Santa, festival del delco", 10--16 abril 80.
(13) Hermano Lobo, "Las queridas", 10-8-74.
(14) "Crónica de un irresponsable", 21-8-77.
(15) El País, 29-5-82.
(16) El País, "Felipones", 25-6-89.
(17) El País, 17-7-88.
(18) El País, 17-4-82.
(19) El País, 26-1-86.
(20) El País, 12-11-89.
(21) El País, 26-11-89.

(1) El País, 31-7-84.
(2) El País, 1-12-84.
(3) "La liga", 8-9-73.
(4) El País, "Amanecer", 3-12-89.
(5) El País, 31-1-84.
(6) El País, "Reflejos", 7-2-84.
(7) El País, 17-4-82.
(8) El País, "La chica que quería un reportaje", 22--5-82.
(9) El País, "Unidad móvil", 12-2-83.

(1) Hermano Lobo, 8-9-73.

(2) Hermano Lobo, "Septiembre: El moscatel", Especial verano 74.

(3) El País, 5-6-82.

(4) El País, "La bicicleta estática", 5-2-85.

(5) El País, "El avión", 2-12-83.

(6) El País, 11-6-83.

(7) El País, 22-7-86.

(8) El País, 2-12-86.

(9) El País, 16-2-88.

(10) El País, 12-4-88.

9. SEXO: PREJUICIOS Y LIBERTAD

SEXO: PREJUICIOS Y LIBERTAD

La sexualidad constituye una dimensión más de la conducta humana. Según sea el modelo social de una comunidad, sus instituciones, su forma de gobierno, se puede desarrollar más positiva o negativamente.

Manuel Vicent, defendiendo todo tipo de libertades, también lo hace con las sexuales. Identifica la practica sexual con algo preternatural, consustancial al ser humano, su ejercicio natural con personas libres, transigentes.

No trata el tema del sexo de una forma aislada, sino dentro de la sociedad, relacionado con la pareja, la familia, el status, la religión, los modismos, el amor, la soledad...

Podemos establecer una división entre sus textos en la etapa de la dictadura, y la democrática.

1. Sexualidad en la etapa de la dictadura.

Un régimen sin libertades políticas ni sociales lógicamente tampoco las permitirá en lo relacionado con la materia sexual. Iglesia y Estado jugaban juntos en su papel de refrenar o reprimir al pueblo.

Cuando llegaba el verano, el autor siempre echaba mano del tema del turismo para contraponer su aire liberal, civilizado, con la realidad de nuestro país mojigato, hipócrita.

En "Ligar o no ligar" refleja la reacción

de nuestras gentes ante el ambiente de "libertad" que traen los turistas europeos a las playas (1).

"Está claro que cada año el ibérico liga menos con extranjeras y secretamente comienza a sentirse herido en su vanidad suprema. Puede que la cosa se deba a que vamos perdiendo el talante exótico o a que nuestras hormonas se están volviendo rubias o a que las turistas traspasan el Pirineo ya emparejadas, como quien va a un restaurante y se lleva la tortilla hecha en casa". (...).

"Nuestras clases finas nunca han acabado de tener éxito de bajo vientre con las valkirias. Para nuestras clases finas, Europa pocas veces ha pasado de ser el buen paño inglés, la técnica en cerraduras de los Bancos suizos o el saber recitar de memoria, al menos, cuarenta clases de quesos franceses. (...) Para nuestra clase media, Europa tampoco ha pasado de ser el duralex de Andorra y el transistor alemán, con el que oye muy bien el mercador simultáneo. Nuestros intelectuales, con la llegada de las turistas rubias y cimbreantes, ni se pusieron a ligar ni siquiera abordaron su estudio sociológico. Sólo reaccionaron levantando las gafas de sol hasta la mitad del cráneo, echándose el jersey suelto en la espalda, atando las mangas entre las tetillas y dejándose crecer la barba, que es más barato que comprar libros en Biarritz. El oficio de dar abasto a la hipotética demanda de cariño latino aquí lo asumieron los chulos de bocadillo".

Deja caer por tierra el mito de ligar con extranjera, síntoma machista de la época. Además vemos que el hecho de ligar, aquí era cosa sólo de hombres, como el coñac.

Con mucho sarcasmo, al verano siguiente, relata cómo en nuestro país nos encontramos constreñidos por el peso de la represión sexual, la condena de la Iglesia, la derecha, los reaccionarios, la "moral". Lo leemos bajo el título "Turismo sin sujetador" - (2).

"Se nota que a nuestro país viene un turismo pobre porque cada año llegan con menos

ropa. (...) Pero aquí estamos más capacitados para ver la verdad desnuda porque no hay política. Y ha habido hambre". (...).

"Aún hoy el rico se viste mucho y para matar conejos se pertrecha de polainas, sombreros de safari y correajes de guerrero. Los pobres en cambio siguen igual: con su ropita estropeada y sin sostén. Pero como los pobres son feos y no hacen turismo ni la moral ni la sociología les entienden".

"Así pues, las mujeres europeas han llegado este año sin sujetador y con doscientas pesetas de ropa encima. Estoy seguro que si fueran realmente ricas irían vestidas de falleras. No se comprende que se pongan así de dignos en el Mercado Común con sus reglamentos sobre la mantequilla y sus aranceles a la coliflor y luego esparzan hacia el sur esas bandadas de harapientas sin sisa ni canesú con el maletero lleno de patatas caseras y las gracias del cuerpo al aire. No hay otra explicación. Es que deben de ser pobres. Aunque ellas están muy ricas. Pero en estos parajes la escolástica nos ha enseñado bien la diferencia entre ser y estar. Lo nuestro es la esencia; lo de ellos la estancia".

También en Hermano Lobo, en su número Especial verano, de 1.974, describe lo que supuso el turismo en nuestro país, en cuanto a apertura "moral", trayendo una suave brisa progresista y de realidad.

En un principio fue considerado piedra de escándalo. A las mujeres extranjeras que poseían un talante más abierto, libertad de costumbres, los españoles las veían más o menos como prostitutas. Aquí las costumbres eran oscurantistas, beatas, reaccionarias, como en las antípodas de Europa. En "Julio: los turistas" relata Manuel Vicent:

"Cuando aparecieron los primeros muslos rubios, las primeras cinturas doradas y el espectáculo fascinante de una pareja de masones dándose el pico bajo la radiante luz del mediodía, los obispos comenzaron a disparar pastorales furibundas, los curas a tronar castigos desde el púlpito, los beatos a exigir medias y mangas, los reacciona-

rios a hablar de corrupción de los valores eternos, y el resto de los españoles normales se pusieron a ligar como enanos. Pasado el primer trauma moral, cuando los aborígenes se dieron cuenta de que las extranjeras no eran unas prostitutas "per se" y que aunque iban casi en pelotas eran gente normal capaces de llorar incluso si se les moría un hijo, que sólo ligaban cuando el español era en realidad un tío bueno, como pasa siempre, el concepto de turista dejó de ser un problema moral para convertirse en un asunto económico, en un ente que traía monedas en el bolsillo para comprar banderillas embadurnadas con sangre de conejo y que a la vez nos permitían importar vacas suizas y transistores japoneses para oír las quinielas del marcador simultáneo".

"Digo todo esto porque según parece este verano va a venir muy poco personal extranjero Y si es así, los españoles guapos se van a quedar sin comerse una rosca, y el erario sin una divisa para traer betún de autopista. Y nos vamos a quedar todos los españoles dentro de España, cabreados mirándonos a la cara. Lo que puede ser peligroso con tanto calor".

El franquismo prohibía todo lo relacionado con la libertad sexual y con el erotismo. Pero bajo un clima cínico, hipócrita. Así en los últimos años se puso de moda cruzar la frontera para disfrutar del cine sin censura en Francia, con lo que las clases sociales altas y los ejecutivos gozaban de lo que aquí el sistema no permitía, pero el grueso del pueblo, la gran mayoría, se tenía que quedar.

La clase media y obrera no podía viajar, y se quedaban soportando y sufriendo la estrechez mental del régimen.

"y si las ideas tuvieran senos, que desgraciadamente no tienen, al pasar los Pirineos se los taparían con una rebeca. Almacenado en Irún, debe de haber un formidable "stock" de carne mortal. Si algún día se le diera salida, aunque fuera por el sistema del aceite de Redondela, el español ya no tendría necesidad de tomar el avión para comprobar cómo es por dentro Claudia Cardinale, que por lo visto es una señora que

gusta mucho a los jefes de negociado".

"Ahora se ha puesto de moda entre nuestros burgueses largarse los fines de semana al extranjero para darse un atracón de películas eróticas en plan estajanovista. Antes, todo esto era materia reservada a progresistas de taberna. Hoy, el último Buñuel o "La naranja mecánica" es el comentario obligado en despacho de ejecutivo. Y lo peor es que la dulce señora esposa de ejecutivo ya no pica. Hasta hace poco, un señor podía ir a París para importan un lote de calcetines de Tarrasa o a Londres a comprar chorizos de Cantimpalo, y la mujer tragaba: ella se quedaba en casa porque el niño hacía caquita verde". (...).

"Como siempre, hay que ser rico. Para viajar a Europa hay que ser o muy rico o muy pobre. La clase media se queda aquí, porque es la guardiana de la reserva espiritual. Se la abastece con Alfredo Landa y con las alegre chicas de Colsada. Su único viaje erótico lo puede solucionar cogiendo el Metro en hora punta y tratando de arrimarse a una moza hilandera. Nuestros obreros en Alemania, ve usted, en eso tienen más suerte. Pero nuestra clase media nunca podrá ver los senos de las señoritas de Europa. Es una pena. Nuestra clase media sólo puede ver el coseno, que es el pecho desnudo de San Sebastián con su saeta clavada. O incluso el de Santander". (3).

En estos años Manuel Vicent apunta que no hay ni libertad política ni sexual, relaciona ambos temas. No existen derechos para el ciudadano en nintún terreno.

La concepción de la vida era machista, no existía igualdad de sexos. No se veían bien las relaciones sexuales en la mujer, y se la exigía virginidad hasta llegar al matrimonio. El sexo debía pasar en teoría por el matrimonio, cuyo fin era la procreación, se valoraba a las familias numerosas por intereses demográficos y económicos. Se vivía sin libertad de costumbres, sin divorcio, sin ley de aborto, sin métodos anticonceptivos legalizados, y sin ser bien vistas las relaciones prematrimoniales ni extramatrimoniales. Dictadura e

Iglesia prodigaban la represión sexual.

Vamos a ver el último artículo en este apartado, "Sexo y democracia", publicado en Hermano Lobo, el 17 de agosto de 1.974.

"En tiempos de imperio y de mando no es que la gente no haga el amor: es que el amor siempre lo hacen los mismos. Existe lo que se llama el latifundio del sexo. Recuerden que aquí en los años 40 al Pasapoga sólo iban los señoritos. Tomaban una combinación y después se llevaban a la moza en coche topolino a la Cuesta de las Perdices. Y allí la hacían una desgraciada. En cambio con la democracia el sexo baja de precio y las clases populares del mismo modo que disfrutan del seguro social se besan en los parques, se hacen el amor bajo los pinos del patrimonio nacional y se emparejan con facilidad en las aceras a la vista del público y es un gusto ver cómo la justicia distributiva sexual se reparte con generosidad". (...).

"El sexo en nuestro país sigue siendo caro; lleva muchos papeles con pólizas, aparte del arancel del sacramento. Y el llamado amor libre siempre está a merced de la escopeta del guardajurado. Y en cuanto a la democracia, pues ya ven, en agosto frío en rostro".

2. Sexualidad en la etapa de la democracia.

Al llegar a su fin el régimen franquista, nace la esperanza en las libertades. Quizá la transición la primera libertad que trajo fue la sexual, se relajan las costumbres y la "moral". El conservadurismo gira en torno a la prohibición, el pecado, el tabú y el oscurantismo. Los régimenes democraticos creen en un sistema de derechos, en la defensa de la igualdad de la ley por distintas razones, entre ellas la de sexo. Así se expresa ya Vicent en 1.976, todavía en Hermano Lobo, "Técnicas sexuales democráticas", el 31 de enero

"En los cuarenta años de democracia orgánica, pese a que ésta lleva un adjetivo

muy propio, el español ha copulado poco y mal. La doctrina del Régimen ha exaltado mucho los atributos de la raza, los valores de la estirpe; nos ha enseñado a poner encima de la mesa por cualquier motivo nuestro par de genios creadores, pero todo ha quedado en bravuconería varonil; por eso no es extraño que los habitantes de este territorio, a la hora de usar los excedentes de pasión, en lugar de dedicarse a escalar el monte de venus, que es el bueno, hayan optado por echarse al otro monte, el de las cumbres nevadas. Y allí arriba con el frío que hace, cualquiera se quita los pantalones y se pone a practicar posturas raras. En las cumbres nevadas, a la intemperie, bajo los luceros, mientras se piensa en el Kama Sutra, uno se puede quedar pajarito. La democracia orgánica, pese a su nombre, no tiene ninguna tradición en esto del erotismo sofisticado: detrás está Isabel la Católica con tenazas de herrumbre en las ingles, Felipe II con la bragueta negra abotonada hasta la golilla de encaje, Fernando VII con el labio leporino y todo eso no excita absolutamente nada". (...).

"Ahora resulta que con esto de la democracia del sufragio universal todo es distinto: se liga más, se copula mejor, se practican técnicas nuevas y exóticas importadas del Tibet. Antes, si querías comerte una rosca, tenías que ir a la cola de Jesús de Medinaceli; ahora en las manifestaciones por la amnistía conoce uno enseguida a chavalas impresionantes con pantalón vaquero y su bufanda carmesí, que están muy liberadas y si hay suerte y eres un tío que les gustas, pues al catre que te vas. Y a vivir que son dos días. Durante la democracia orgánica la materia del sexo se trabajaba mucho de oído, por tradición familiar, un poco a la pata la llana, echándole pundonor; ahora en cambio te puedes acercar al primer quiosco y comprar un libro de técnica sexual aplicada donde viene todo. Y eso que todavía estamos en el cotillón pre-democrático, en el aperitivo de la libertad. Pero cuando llegue el sufragio universal se verá que la española cuando besa, es que besa ya como una extranjera".

En el artículo "El Papa y la carne femenina", cuatro años después del que acabamos de citar, ridiculiza la postura de la Iglesia en el tema del sexo y del divorcio.

El autor, como estamos observando, cree en el sexo como algo hermoso, noble, que libera al

individuo, que es consustancial y natural a su instinto. Así trata el asunto:

"El Papa de Roma ha recomendado a sus súbditos casados que dejen de mirar a la mujer propia con deseo libidinoso si no quieren cometer adulterio. Es un detalle de buen gusto, aparte de una obviedad porque, según la versión más moderna, el matrimonio sólo consiste en hacer el amor sin ganas y dar dinero para la compra. Realmente sería una ordinariez poner ojos de sátiro o morderse la lengua con lascivia ante la legítima esposa, que está dando cera al aparador con bata de cuarterones, la cabeza coronada de biguidíes y las medias bajadas hasta la babucha". (...).

"De modo que el Papa prohibe los juegos eróticos en el lecho conyugal, manda que se vaya directamente al grano en plan estajanovista y que se tome el sexo como un instrumento de trabajo. Por su parte los obispos no quieren que la gente se divorcie. Tanto si lo tomas como si lo dejas, si te pasas como si te quedas corto, en ambos casos por igual te ves amenazado por el fuego del infierno". (...).

"Habitamos un valle de lágrimas, no hay que olvidarlo, donde la mujer más apetecible siempre la tiene el prójimo. En el Evangelio según San Mateo dice Jesús: "Vosotros habéis oído que los antiguos dijeron: no cometerás adulterio. Pero yo os digo: cualquiera que mira a una mujer para desearla ha cometido adulterio con ella en su corazón" En el texto no se especifica el estado civil del enamorado. Pero el Papa Wohtyla lo aclara. Se puede cometer adulterio sin salir de casa, sin abandonar la salita de estar, hasta con que mires de reojo a tu señora con los párpados entornados por un celo no profesional para que sientas que el brasero de la mesa camilla se convierta en una caldera de Pedro Botero".

"Tomás de Aquino remacha que el acto conyugal en el fondo ofende a Dios y así sucesivamente una larga lista de reprimidos sexuales que han torturado su mente en torno a ese calambre glorioso de la uretra que en el fondo es algo hermoso, simple e inofensivo si se toman las debidas precauciones". (...).

"La tradición judeocristiana no le tiene ninguna simpatía a la mujer, por decirlo de una forma suave. Desde San Odón de Cluny que la llama bolsa de estiércol a San

Luis Gonzaga al que se le subía el rubor hasta las orejas cuando miraba a su madre, desde el Eclesiatés a la alocución dominical del Papa Wojtyla las señoras constituyen un vaso de lujuria, se establecen como la perdición de los hombres. Queda una solución. Pedir el divorcio. Pero tampoco se puede". (...).

"El adulterio es un motivo más que sobrado. Resulta que un cristiano ve todos los días a su mujer con la fregona y se pone cachondo. Yo pregunto si se puede alegar este deseo impúdico delante del juez, contando con toda la jurisprudencia misógina de la Biblia, para repartirse amigablemente la loza y salir pitando cada uno por una esquina. Si el hogar se ha convertido de hecho en un prostíbulo, donde cada mirada a los bajos de la mujer es un desafío al sacramento, si cada gruñidito amoroso atenta no sólo contra el reglamento, sino que te puede proporcionar la perdición eterna, no encuentro obstáculo para que un católico pueda acudir al juzgado con un certificado médico de normalidad sexual y pedir el divorcio por adulterio con su esposa. Y encima pasas por santo".. (4).

Dos columnas nos ilustran la postura del autor, que encuentra en el sexo algo bueno para el hombre. Una "Top-less" (5), y la segunda "Sexo" - (6).

En ambas defiende la libertad sexual. Manuel Vicent cree que los"bajos instintos" constituyen lo más preternatural, espiritual del ser humano. Y supone que la práctica natural del sexo se debe a personas pacíficas, libres, transigentes, mientras que sus detractores son por el contrario reaccionarios, bélicos, involucionistas, intransigentes, irrespetuosos con el prójimo.

"Top-Less":

"Antiguamente, en el pecho se hallaba situado el arrojo, la nobleza y el belcor. Pero ahora ha llegado el alcalde de Cádiz con ese bando liberal que permite el "top--less", y de pronto las señoras se encuentran con media inocencia corporal recuperada

legalmente. También hace unos años el idealismo estaba debajo del sombrero. El pudor del cráneo, la sopa de neuronas, había que cubrirlas con la chistera, el hongo, la gorra o el borsalino. Llevar la cabeza despejada fue una revolución. Existen ideas muy indecorosas, fanatismos obscenos, creencias impúdicas, pero nadie pide que les tape un jipijapa. Lo mismo ha sucedido con la mano. El saludo de los romanos con la palma abierta, ese nudo de dedos con que se recibe a las visitas o se presenta a los desconocidos es una forma de indicar que uno no va armado, que es inocente. Cuando las mujeres ya han recuperado las tetas y los hombres han descubierto la mano o la olla del pensamiento, ahora sólo queda darle al vientre sus derechos. No se trata de quitarse el "meyba" o de arriar los calzones, sino descubrir la espiritualidad de los menudillos. El hombre fue un mono que comenzó a jugar con unos palillos. Su zarpa desarrolló el cerebro. Hoy estos dos instrumentos van desnudos por el mundo con una inocencia preternatural. Pero el vientre, o sea la parte más mística del cuerpo, todavía es culpable. Aún está esperando el bando de otro alcalde de Cádiz".

"Sexo":

"Si el hombre se esconde a la hora de copular con su pareja no es por pudor, ni por miedo a hacer el ridículo, sino por una simple precaución que viene de muy lejos. Durante el acto carnal el macho pasa por un breve estado de imbecilidad, con la guardia totalmente baja, y en tiempos de las cavernas ese momento de dulzura era aprovechado por el enemigo para darle al Romeo troglodita un garrotazo en la espalda. Desde entonces, el reflejo condicionado permanece. El mensaje de sexo unido a la muerte está grabado, como un binomio inexorable, en el cerebro de los amantes. Los enamorados modernos aún buscan un buen refugio para celebrar el coito fuera del alcance de la policía, de cualquier asociación católica de padres de familia o del navajero forestal que emerge en la oscuridad del parque por detrás de un seto. Nada hay más indefenso ni antiheroico que un novio en erección. El amor lo convierte en un ser extremadamente amable". (...).

"Pero el trabajo del sexo, origen de la danza, hay que oficiarlo todavía a escondidas porque se trata subliminalmente de un ejercicio antimilitar".

También en una columna de El País (7) describe otra situación, la del sexo sin amor, por rutina, víctima del aburrimiento, en el matrimonio, es decir, sexo descafeinado.

Lo relaciona con la vida actual teledigida. El sexo sentido a través de otras vidas, mimético, en una situación en que los que lo ejercen no son protagonistas de sus existencias:

"En los últimos tiempos, las alcobas de matrimonio se han visto invadidas por los aparatos de vídeo. Hoy existe un rito de clase media que está ayudando mucho a mantener unida a la familia y a prolongar el deseo de la carne más allá del aburrimiento. El fin de semana, la señora va de compras. Los suyos necesitan repollos, sopas, merluza congelada, calcetines y pasta de dientes. Pero el ama de casa, intuitivamente, sabe que a este materialismo básico hay que añadirle un poco de fantasía para sobrevivir. La mujer, vigilante del fuego sagrado del hogar, se pasa por la tienda de vídeos y alquila uno de Tarzán para los niños, otro de intriga para la reunión social de la tarde y uno de porno duro para la noche con su marido. Lo mete en la bolsa con las lechugas y vuelve al nido. Medio Occidente cristiano, en nuestros días, está haciendo el amor conyugal ayudado por un monitor. Las parejas modernas y cansadas, que durante la jornada han recibido a través de la televisión mensajes políticos, tentaciones de refrescos y jabones, ofertas culturales y otras rebajas, llegan finalmente al dormitorio, colocan una película pornográfica en el aparato y un par de acróbatas le dan una lección de gimnasia erótica. Después, el matrimonio se limita a ejercitar la repetición de la jugada. Así, dentro de poco, la multinacional del sexo va a convertir el amor en sonido e imagen".

Pero es en sus series de relatos donde Manuel Vicent concretiza situaciones reales en personajes reales, en biografías humanas. Porque el sexo no es un hecho exclusivamente biológico, sino psíquico y social, con un significado en la existencia de cada persona.

Así en "La noche íntima de Madrid" (8), el autor realiza una disección del comercio del sexo y la prostitución en Madrid, describiendo la vida con toda su crudeza:

"Una muchacha inglesa, en el papel de pantera en celo que no halla consuelo para su furor uterino, ofrece al respetable público sucesivas oleadas de su culo. Ruge y mueve voluptuosamente la maternidad, embistiendo con el sexo a un macho imaginario". (...).

"En esto sale un gorila muy afelpado, casi auténtico, y en seguida se ve que la pareja de fieras va a celebrar un coito triunfal. Están hechos la una para el otro. En la sala hay maridos tensos, con la bragueta inflamada, que tragan saliva junto a la mujer legítima, un poco somnolienta ya a estas horas. Después de realizarse todo el día en casa con la fregona, ella ha ido por la tarde a la peluquería, ha dado de cenar a los hijos, ha lavado los platos, ha usado esa crema que deja las manos suaves para la caricia nocturna y ha consentido en acompañar a su marido a este antro de perdición. Con ademanes primitivos, el gorila arranca a mordiscos el taparrabos de la pantera, y una vez pelada del todo esta fiera inglesa, al son de unos trallazos electrónicos y mucho rebuzno de zoológico, se apodera del mando, sus partes bajas se agitan carnalmente y pronto se nota que el pobre gorila no puede con el paquete. El marido le da con el codo a la legítima:".

"- No te duermas, mujer.
- ¿Qué pasa?
- El mono, que está a punto de palmar. No te lo pierdas". (...).

"Después, los padres de familia se van muy motivados al lecho matrimonial, donde la legítima hará un remedo de "strip-tease" con lencería fina entre el ropero castellano y la mesilla con orinal sin hacer ruido para que no se despierten los hijos. Los ejecutivos solitarios y los alcaldes de pueblo vuelven al hotel, en cuyo vestíbulo tal vez encuentren una rubia oxigenada con la bandera subida, dispuesta a llevarles a los mares del Sur sobre una colcha de satén". (...).

"El circuito de Ulises perdido en su regreso a Itaca puede partir de la calle de

la Ballesta, que es un puerto para marineros de secano". (...).

"Ahora ya no se ven aquellas mujeres de cuarenta arrobas con una medalla de la virgen de la Fuensanta en el canalillo o ejemplares de hueso gótico y rostro macilento, unas con el preñado de cinco meses comprimido por la faja, otras chaparras con muslos de defensa central asomando por la minifalda, todas con la boca pintada en forma de corazón sobre un dedo de argamasa. Ahora van de progresistas con bufanda y la que menos tiene un hijo en segundo de BUP. Algunas lucen un moño de Evita Perón con lividez de talco en la mejilla, otras visten de malvadas con sombrero borsalino y siempre hay una que queda muy señora con traje de sastre". (...).

"Entonces se forman en la acera de la Telefónica unos corros de contrata con el aluvión que sube de Carretas, de la plaza del Carmen, de las esquinas de Montera, y el mercado de la carne allí juega a la baja bajo el relente del amanecer". (...).

"Salen con un novio colombiano dedicado al asunto de drogas al por menor. Primero ellas han transitado por el desbrague medio artístico en los cabarés de la Gran Vía, soñando con un papel en una comedia de Alonso Millán, a la espera de una hipotética llamada para un programa de televisión o para una película de Iquino, mientras se conformaban con darle un masaje a un gato rico de provincias".

"Cuando de todo eso no ha salido nada y ya se ve que no saldrá, han arrojado la toalla y ahora están sentadas a medianoche en la butaca del lujoso vestíbulo del hotel con la pierna elegantemente cabalgada, el cigarrillo rubio, el mechero de oro, el chaquetón de zorro, viendo pasar por la alfombra peces gordos con tarjetas de crédito. (...) Los ejecutivos embarcan hacia la habitación y ellas, estratégicamente situadas como equipaje al pie de la escalerilla, los siguen con la mirada,, esperando que se produzca un guiño de complicidad, ese discreto ademán de contratación para cerrar el trato a distancia, y seguirlos dócil y silenciosamente hasta arriba. (...) Si cae la pieza, ellas se la llevan a su apartamento amueblado, donde suena una melodía de Frank Pourcel en el hilo musical. Cada noche, en estos nidos de amor se reproduce la mitología. La chica dice que estas vacaciones de Semana Santa piensa ir a Londres a comprarse ropa, que en verano se largará a Marbella porque está harta de las piscinas de Madrid, que debe cuatro meses de alquiler, que por las mañanas estudia pedagogía o se mete en un gimnasio, que van a contratarla para anunciar

un zumo de fruta. El ejecutivo, con la camisa abierta y los pantalones en la rodilla, juega con el payaso de trapo, y en ese apartamento tan cálido, antes de entrar en combate, alimenta un sueño de oro, el deseo más viejo de cualquier hombre: que esa putilla tan fina se enamore de él y no le cobre, aunque después le tenga que regalar un bolso de cocodrilo". (...).

"El garito está en un sótano rojo en forma de tranvía y en la pequeña barra del rellano se amontonan algunas criaturas con uniforme de conejo y una docena de borrachos de lengua gorda con una mano en el cubalibre y la otra buscando la teta más cercana. (...) Una mujer en bikini y la cara triste de madre de familia numerosa está semidesnuda y sola en un taburete de la barra".

"Se despeja la pista y un empleado echa la cadena por el borde de la tarima para que el personal no muerda las pantorrillas del elenco". (...).

"Entonces ella abrevia. Se quita los leotardos como si se fuera a dormir, arroja el sostén por aquí y las bragas por allá, se manosea el sexo, mueve la tripa recién parida y en eso se produce el acorde final". (...).

"Los homosexuales se han apoderado de la noche de Madrid. Junto a los cubos de basura florecen muchachos de pestañas rizadas. La ciudad presenta de noche una máscara de crema que está en los camerinos de Gay Club, donde reina Paco España en bata de cola". (...).

"Ellos o ellas se reflejan en los espejos de los cuchitriles entre estampas de santos de su devoción, vírgenes superticiosas, fotografías dedicadas, pinturas, botes de crema, pastas de color, pinceles, sombreros de copa, pelucas, capas de falso armiño, bisutería, taparrabos de vidrio y zapatos de tacón de aguja. Los centauros corren por el pasillo agitando la grupa con un bronceado de lámpara de cuarzo". (...).

"Paco España sale de faraona desmadrada, con un desgarro del Sur, pero al final de la noche se pone metafísico y realiza un "strep-tease" existencialista. Mientras reivindica a gritos su condición de homosexual con orgullo de pollancón, se arranca el "atrezzo" a tirones, se limpia el rostro con crema y dentro aparece un señor gordito con cara de paracaidista". (...).

"El residuo desvencijado de la jornada, drogadictos, navajeros, mariconas sin amor, putas sin catres, chulos después de hacer caja, borrachos sin brújula y expresidiarios se hacen un nudo de carne y esperan a que el sol ilumine la crestería de las Calatravas".

Manuel Vicent ha descrito diferentes formas de disfrutar del sexo pagando o cobrando y de prostitución en la noche madrileña.

Pero podemos preguntarnos leyendo el texto, ¿quiénes practican la prostitución? Los que de una u otra forma necesitan un medio de vida, y las víctimas del desamor, que también son quienes la consumen. Se trata de personas que han soñado con ser algo en la vida, cuando menos con una existencia que llamamos "normal", que han mantenido una ilusión, pero en el transcurso de la vida no se ha materializado. Se trata de mujeres que han fracasado en el mundo laboral, mujeres abandonadas con hijos, recién paridas sin maridos.

Refleja, también, el deseo del ser humano de practicar el sexo por amor, "que esa putilla tan fina se enamore de él y no le cobre, aunque después le tenga que regalar un bolso de cocodrilo", que choca con la realidad de la soledad y en ocasiones el vacío, por eso el sexo se comercia.

La pareja tradicional, como hemos visto en un ejemplo anterior, también busca el morbo del espectáculo sexual, para salir de la rutina, para romper la falta de imaginación que produce la repetición mecánica de la cotidianidad, quizá para salir del hastío donde ya no queda amor ni pasión.

Manuel Vicent parece apuntar que la profesión

más vieja del mundo se lleva a cabo cuando se han perdido las ilusiones. El sexo puede ser entendido como un acto profundo, total, el súmmum de la vida cuando se trata de la conjunción de sentimientos y entendimiento entre dos personas, pero cuando ésto no se tiene, se busca para huir de la soledad de la noche, queriendo encontrar esa sensación, aunque haya que pagar.

Pasemos a otra historia de vida y sexo, en este caso el protagonista es un hombre. A la vez encontraremos una buena descripción del cine en los años sesenta y setenta. "El galán impotente" (9).

"Cuando aquí los galanes de cine llevaban suspensorio y hacían el amor a la primera actriz con una mano en la hernia, llegó él a los estudios Bronston, moreno de cuarzo, con la quijada cuadrangular, la cabellera peinada con los dedos y las venas del bíceps palpitándole en la manga. Era el nuevo diseño de macho italo-argentino, uno de aquellos sementales de piscina, con la musculatura aceitada sobre el antebrazo en la toalla del solario, junto al transistor, la cajetilla de Kent y el tubo de leche hidratante Vichy, que aún podía enamorar a Laura Antonelli en un puesto de sandías. Dios le había dotado con un buen martillo en la parte baja; su sexo parecía una pierna del juicio y en ese punto era irresistible".

"Aquí, las posiciones estaban tomadas. José Luis López Vázquez ejercía el papel de sa— lido oficial, con ojos de borrego degollado, y Alfredo Landa, en calzones, perseguía criadas alrededor de la cama de matrimonio. Arturo Fernández iba con el pelo cortado a navaja, un pasador de oro en la corbata y la hebilla rigurosamente en el ombligo, con la elegancia de un futuro diputado de UCD. Y Paco Rabal ya se había pegado el primer leñazo contra la trasera de un camión, que le dejó la cara zurcida para las pasiones más canallas. No había un hueco en toda la gama del amor. Los galanes alcanza- ban el hocico de la primera dama por escalafón y, entonces, ya podían comprarse un Renault con cuatro puertas. El no tenía otra salida que esperar frente a un bocadill de calamares en la barra del café Dorín a que alguien del ramo le llamara para hacer de chino en "55 días en Pekín", arrastrar un cañón junto a las murallas de Avila, mientras a Sofía Loren la maquillaban en el carromato o tirarse desde el alero de

de la tienda de comestibles sobre unas cajas de cartón en un poblado de Almería, abatido por un alumno cuatrero de Sergio Leone". (...).

"Por la vía Apia, que va a Navacerrada, subían los domingueros de aquellos años hacia la parcela histórica con el sacramento de la tortilla con patatas. Claudia Cardinale llevaba la corona de sus trenzas sobre la cerviz de gacela, que Rex Harrison morreaba con un tedio sofisticado. El argentino estaba cuadrado como un guripa, sin mover una pestaña, con la cacerola de guerrero cubriéndole la belleza varonil, de modo que la cámara, en un plano con suerte, tampoco hubiera podido hacer mucho por él. (...) Con el cubalibre en la mano no tenía rival. En aquella película de romanos la segunda vestal había caído en sus garras sin lucha, y una virgen cristiana, que en escena consiguió librarse de los leones, fue devorada por esta fiera en un catre de pensión en la calle Barbieri. De ahí le vino la fama. Ellas decían que era un duro cariñoso. Realmente, pertenecía a la mejor escuela, esa que ofrece una lidia para cada caso, entre el dominio y la ternura, cuya primera lección consiste en estar atento a los cambios de sentido de la hembra hasta que esté cuadrada. Entonces entraba a matar, deslumbrante y ceñido. Luego había que tener su gracia para dejarse invitar a un pepito de ternera". (...).

"El sabía que su éxito no estaba en escena, sino fuera de campo". (...).

"Aquel segundón salía con el rabo entre las piernas y fuera de campo comenzaba a brillar. La novia del protagonista le esperaba con la boca entreabierta bajo el toldo. ¿Qué le había dado Dios? Eso mismo se preguntaba él muchas veces, en un monólogo interior, aquellas tardes sin trabajo, fumando hacia el techo, con la sábana en la cintura y el tronco galvanizado, sobre el que dormitaba, como contra un madero de naufragio, cualquier actriz secundaria. Tenía una vocación desmesurada de galán, pero el suyo era un caso de Pirandello. En el cine no se comía una rosca. A lo más que había llegado era a simular una agonía de siete segundos cuando el chico le pegó un tiro en la barriga, y tuvo que morir en primer plano junto a un nopal. Pero luego, en la práctica, él se las llevaba a todas a la cama, abriéndose paso entre ciervos de catorce puntas, que estaban en las cabeceras de cartel en la Gran Vía".

"Un día tuvo la revelación. Supo ver que la vida real era el teatro más imaginario. El estaba dotado para desarrollar una ficción casi científica. Tenía dos buenas

cualidades: una psicología muy simple y un gran instrumento ahí abajo. Sabía que, después de una gran faena en el catre, algunas mujeres estuvieron a punto de abrir el bolso, en un reflejo condicionado, con lágrimas de rimel". (...).

"En el mundo había otras mujeres maravillosas y solitarias, con caniches y cuenta corriente. Después de todo, sacar a pasear a un perro y administrar el propio sexo también era un arte, incluso una fuente de creatividad estética". (...).

"El chulo clásico sólo tiene el matrimonio. Hay que cargar con un loro millonario o con una heredera subnormal. Si vas por libre, ellas son terribles en esto. Uno tiene que repartirse las dietas con el caniche". (...).

"El hombre tuvo la suerte de estar aquel día en la esquina de Goya con Lagasca cuando la vieja loca se pegó el cacharrazo con el descapotable contra una farola. Al oír el golpe, este galán solitario abandonó el perro y fue a auxiliar a la víctima. Aquella mujer sacaba el cuello de pavo por la ventanilla astillada, con los ojos en blanco, y todo hacía suponer que había muerto. Ningún voluntario de la Cruz Roja lo hubiera hecho como él. Rescató aquel pingajo desvanecido en el asiento del Triumph, lo tendió en la acera, le hizo la respiración boca a boca, con el mérito que eso tiene y, al ver que no volvía en sí, pensó que tal vez la señora estaría rota por dentro. Paró un taxi, la cargó, gritando a los transeúntes que era su madre, y se fue con ella y el caniche hacia La Paz, con el pañuelo ondeando por la Castellana". (...).

"De esta forma, hasta que a su primera víctima la dieron de alta, se vio al galán siempre a bordo del Triumph deportivo llevando rosas amarillas a La Paz. Allí tenía el mismo problema. Las enfermeras coqueteaban con él. Podía llevarse a un par de ellas a la piltra sin más apelación, sólo con levantar el dedo, pero, desde el instante de su conversión, se consideraba un trabajador del sexo, como otros eran panaderos o fresadores. Tenía un horario fijo y no podía permitirse lujos. De momento, su único objetivo estaba allí, con la barriga abierta. La mujer le miró la musculatura". (...).

"Después de lucirlo una temporada, lo soltó en medio del cotarro de amigas y, el galán, con una fiebre meticulosa, con su martillo científico, se las fue pasando

a todas por la piedra. Tampoco había mucho que rebañar en aquel abrevadero. Pero en ese tiempo era el figurante mejor vestido, comido, bebido, perfumado en el mundo del cine. Iba con llavero de plata, reloj de oro macizo, cazadora de gamuza, zapatos de cabritilla, mientras los primeros actores estaban en el café Dorín hablando de dietas con la taza llena de colillas. Era especialista en ancianas finas, de esas que parecen pastelitos de nata. Y cumplía con una moral de peón". (...).

"Pero él seguía siendo un figurante de cine. De modo que, cada mañana, acudía al rodaje con el deportivo plateado y, durante cinco minutos, hacía de romano, de indio, de cuatrero, y se dejaba matar por las buenas. Después, el protagonista cogía el Seat 124 y, arrastrando las patas llegaba al café Gijón para tomarse un café con leche en taza mediana, y él montaba en el Aston Martin, con salpicadero limoncillo, y se largaba al tiro de pichón de Somontes, a jugar al póquer hablando de inmobiliarias".

"El mal lo llevaba dentro. Las chicas se colgaban de su cuello. La estrella de la película lo besuqueaba fuera de escena, bajo el toldo de la cantina. Y él hacía esfuerzos desmesurados para fingir. Jamás podría hacer el amor con una mujer que tuviera menos de sesenta años. Se había vuelto impotente. Tenía una deformación profesional en el sexo. Las jovencitas no le gustaban nada. Por fin se casó con una anciana de cien kilos, en la iglesia de los Jerónimos. Al día siguiente montó con ella en el descapotable y se fue a hacer de vaquero a Almería. Esta vez también lo mataban en seguida".

Se trata también es este caso de un hombre que quiere triunfar en el mundo del cine, pasa el tiempo y éso no se realiza, aunque se da la paradoja que lo que no consigue en el mundo de la gran pantalla lo logra en la vida real. El fracaso en su profesión le va convirtiendo primero en chulo, y después le conduce a la prostitución.

El personaje sólo desea fama y dinero, carece de cultura, sensibilidad y afecto. Su éxito es el físico, pero él desea un éxito material. El resultado

es paradójico, el galán se vuelve impotente. Lo cual también nos dice que los traumas sexuales provienen de los desequilibrios, problemas o fracasos psicológicos.

En muchas historias de las que relata Manuel Vicent las expectativas de vida, los primeros sueños, proyectos que el hombre tiene de realizarse, no se llegan a cumplir, la vida se encuentra repleta de circunstancias y adversidades que dirigen al ser humano al estrés, al vacío, a la paranoia, tan habituales en la sociedad actual.

En "Antena colectiva" el sexo es tocado desde el punto de vista de la hipocresía de la clase alta, acomodada. Se trata de una de sus Crónicas urbanas, publicada el sábado, 22 de enero de 1.983.

"Allí viven ocho familias muy respetables, de esas que dejan un rastro de poder perfumado cuando atraviesan el vestíbulo entre caobas y espejos biselados para ir a misa, al despacho o al Club de Campo. La nómina de inquilinos se compone de un general de división en activo, de un letrado del Consejo de Estado, de un ingeniero de presas con alto cargo en Obras Públicas, de un marqués con tierras en Jaén y de otros seres de semejante tamaño". (...).

"la servidumbre saca a mear a perros de distintas razas, el chico del supermercado sube por el montacargas el pedido de tan distinguida clientela, llega el cartero con sobres importantes y a la hora del ángelus salen las señoras con un zorro muerto en el hombro y un caniche en el tobillo para ir de tiendas en compañía de una hija todavía inmaculada". (...).

"La cancela se clausura a las diez de la noche y en la acera se queda el policía de vigilancia soplándose los dátiles". (...).

"El programa era tan malo como de costumbre, de modo que en aquel hogar se tomó la sublime decisión de cambiar de canal. Una hija se levantó a pulsar otro botón,

y cuando lo hizo, entonces en la pantalla apareció una cara muy conocida, exactamente la del vecino de abajo, (...) El registrador de la propiedad no participaba en ningún coloquio, ni le estaban haciendo una entrevista, y ni siquiera iba de negro. Esta vez salía en calzoncillos con un gorrito de lechero y sonreía lascivamente. La escena, rodada por un aficionado, era muy burda".

"En pantalla se veía un plano de la cocina, una puerta que se abría y al galán en pelotas entrando con una botella en la mano. La señora del registrador lo recibía junto al fregadero y entre ellos se hacían gestos eróticos del género íntimo. En el piso de arriba, la honorable familia del general se frotó los ojos llena de espanto" (...).

"de las prendas de lencería y de las medias con liguero hasta quedar desbragada del todo, y entonces don Julio en persona se ponía a cabalgarla sobre el felpudo del perro con furia desigual en el suelo de la cocina. Alguien le arreó un puñetazo al televisor y la imagen cambió de repente. Una ensalada de tiros llenó por completo el salón de la casa con la película del Oeste que estaba dando el segundo canal. (...) ¿Qué había pasado? Nada en especial. El matrimonio del tercero, en uso legítimo del derecho a la intimidad, que ampara la Constitución, había puesto una cinta en el vídeo para contemplar las propias experiencias eróticas, pero esta vez la antena colectiva le había gastado una extraña broma en el tejado y las imágenes de su pasión habían saltado en las pantallas de algunos televisores de la finca". (...).

"El encanto dominical se estableció en el cancel del templo en medio de ese perfume mórbido que envuelve la piedad en amoroso visón. (...) o sea, que el precepto cumplido despierta el apetito, y así, al terminar la misa, bajo el radiante mediodía, aquella gente hizo cola en las pastelerías y se agolpó en los mostradores de las cafeterías para tomar el aperitivo. Tampoco aquí se atrevió ninguno a insinuar nada acerca del percance de la televisión. El señor letrado sonrió al registrador al pie de la barra y entre ellos se cruzaron palabras de ceremonia, con el balbuceo social del que tiene un montado de ensaladilla en el paladar". (...).

"Era el portero quien más cabreado estaba. Lleno de furia, cogió una bota y la estampó contra el tabique. Tembló la buhardilla y tal vez con el resorte entró en funciones la antena colectiva en el tejado, porque en ese instante doña Merceditas apareció en

camisón en todos los televisores del edificio". (...).

"cuando se levantaba la tela hasta la altura del vientre, y entonces una imagen de muslos escuálidos con la vergüenza entera llenaba la pantalla en un montaje paralelo con los senos de doña Merceditas, caídos como dos bolsas de pulpo, y un primer plano de su boca entreabierta con la lengua mordida por el deseo. El registrador lucía un desnudo a modo de tonelete lechoso, muy envergado, bailando una suerte de samba carioca. Lo demás se reducía a un acto carnal de tercera clase. El lechoncillo remaba todavía contra el cuerpo gótico de su señora cuando el televisor produjo un crujido y de pronto salió un delantero del Osasuna lanzando un penalti".

"- Se acabó.
- ¡Maldita sea!
- Hoy me ha gustado más.
- Habría que avisar a los del tercero.
- Nada de eso, chaval.
- O arreglar la antena.
- Ni se te ocurra". (...).

"Ni uno solo tuvo el mal gusto de abrir la boca".

Nos ha descrito la falsedad en materia sexual de la clase alta, son ciudadanos con altos sueldos, de vidas "ordenadas", y mojigatas costumbres, pero con idéntico morbo a otros mortales. Predican una cosa y hacen otra.

Practican como católicos, van a misa, no osan hablar de sexo, censuran las existencias que no se rigen por los ritos de las suyas, no entienden a los que no poseen la misma educación, el mismo poder adquisitivo, a los que son distintos o tienen conductas diferentes en cualquier terreno de la condición humana, pero actuan como fariseos.

El sexo es tan inherente al ser humano como el amor o la muerte, la condición sexuada es vital en el hombre, todo el mundo necesita el sexo como un componente más de su existencia, pero existen mentalidades que lo niegan, que lo consideran un tema tabú, aunque luego actuen igual que los demás, como es lógico.

La cuestión de la hipocresía sexual también la hallamos descrita en el Relato de El País, "El desván de Juliette", el 13 de julio de 1.985, pero no transcribimos su texto por no alargarnos excesivamente.

Por el contrario, sí vamos a detenernos en "La historia de Ingrid Holm" (10) que ofrece una visión totalmente distinta en la manera de enterder el tema sexual en la vida del ser humano.

"Ingrid Holm, danesa de 38 años, tiene unos ojos acuáticos, la melena de paja, el esternón espolvoreado de pecas sonrosadas y es ministro del Señor. En su despacho hay un zurrón con palos de golf, una jaula con dos periquitos, un archivo metálico lleno de problemas de conciencia, una estantería con muchos tomos severos entre los que brillan las Sagradas Escrituras en piel de ternera. Sobre la mesa se han acumulado varios estratos de carpetas y papeles de negociado que lucen la cruz del Redentor en el membrete. (...) Esta hermosa clériga luterana sabe que no ha llegado hasta su despacho en busca de Dios, sino tratando de cifrar una rara historia". (...).

"- Bien. Entonces usted es como todos. Sólo quiere saber por qué hice aquello. ¿No es así? Yo bailaba, bailaba... en un elegante burdel de Copenhague y estudiaba Teología en la Universidad. Por la mañana asistía a clase para conocer los libros revelados y de noche enseñaba el sexo a unos seres solitarios a cambio de algunas coronas. ¿Es eso lo que desea?". (...).

"En la adolescencia comenzó a sentir que Dios estaba unido al deshielo de la primavera de Fionia. Tal vez el Creador era aquel silencio interior del bosque donde un día

se perdió. (...) Cerca de casa había una laguna hibernada y en la oscuridad percibía siempre dentro de ella la presencia de un ojo plateado y sumergido que la miraba durante los sueños. Probablemente esa gran córnea de hielo también era Dios. (...) intelectuales con leche en la sangre que discutían sin parar cuestiones de materialismo mágico. Allí se enteró de que Dios no habitaba sólo en la humeante espesura del bosque o en el fondo del lago, sino que palpitaba igualmente en las páginas de ciertos libros fuera de su alcance. Pero el local pronto cambió de dueño y éste lo convirtió en un bar de licores a media lumbre donde se exigía a las chicas de la barra que sirvieran a los clientes toda suerte de brebajes con ambos senos a la intemperie. Ingrid Holm no lo dudó un instante. Se quitó la camisa con una naturalidad escandinava. Es más. En seguida descubrió con orgullo que sus pechos de novicia se habían convertido en un regalo. Ebrios silenciosos los acariciaban con la mirada en la penumbra caliente y a veces la muchacha se sentía la carne traspasada en la conjunción de la soledad por aquella gente tierna y tabernaria. ¿Acaso interponer su cuerpo entre el aguardiente y la desesperación no era una sustancia religiosa?". (...).

"- Mi primer trabajo de artista consistió en acostarme con un negro de Guayana y fingir un orgasmo de cierta calidad. Nada interesante. La lectura de Spinoza me regaló el sentido de la naturaleza. Ese era mi camino". (...).

"Hacia medianoche Ingrid Holm se convertía en una reina de garito en el Stroget de Copenhague y allí se le encendían el vientre, los senos, los muslos licuados en la oscuridad y a la mañana siguiente se la veía cruzar la plaza del Ayuntamiento con un libro sagrado bajo el brazo en dirección a la escuela de pastores luteranos, un establecimiento lleno de alumnos con barbita y gafas plateadas, de profesores con alzacuellos y perilla sumidos en la investigación de la sabiduría desde el Génesis hasta el Apocalipsis de San Juan". (...).

"Ingrid Holm no cesó de enseñar el culo con honestidad en aquel cabaré hasta unos meses antes de su consagración a la Iglesia como ministro del Señor. Por otra parte, su cuerpo ya no se encontraba en forma. Había dejado de ser estelar y le sonaban los cartílagos cuando levantaba la pierna fabulosa en el escenario. Después la chica se casó con el publicitario filósofo, amante de las aves, y casi en seguida entró en el sacerdocio con una gran ceremonia de obispos a la que acudieron su padre, el granjero atormentado por la divinidad, camaradas del conjunto musical, el empresario

del local, alguna compañera de garganta profunda, gente de su pueblo de Fionia, amigos de la infancia, colegas del oficio y otros devotos no clasificados". (...).

"Dentro del hielo brilla todavía el ojo surreal de Jehová. ¿Cómo conseguiría Ingrid Holm aislar a un Dios personal de la germinación panteísta de la naturaleza?". (...).

"Después la vi resplandeciente en el altar. Llevaba sobre la sotana negra con golilla de encaje un roquete, una estola de grana y una capa bordada con filamentos de plata. Fieles rubicundos de clase campesina, con corbatines y lazos, cantaban amarrados con manazas de tractoristas al libro de los salmos. (...) El templo estaba iluminado con todas las lámparas y los vitrales cernían una luz de fuego. Ingrid Holm parecía una diosa".

Coinciden en este relato la visión panteísta de Manuel Vicent con la de Ingrid Holm. Cuerpo y alma conforman una misma entidad.

Lo que parece en principio una antítesis, el sexo y la religión, no sólo no se oponen, sino que se cohesionan. A través del conocimiento y la experiencia de su propio cuerpo y de la naturaleza, llega la protagonista a Dios.

Su cuerpo le ha servido también a la danesa para costearse los estudios de Teología, para acercarse al estudio de Dios.

En esta historia, el sexo queda descrito como algo límpio, natural, tierno, incluso como una *forma de amor al prójimo, en oposición a los cuestionamientos* morales católicos, que lo presentan como sucio, pecado, malo.

Lo creado por Dios, no puede ir contra Dios, lo natural no puede ser pecado.

Ingrid Holm, educada en la filosofía de Spinoza, no ha tenido nunca el sentido de culpa, contrariamente, como sabemos, al autor del relato, a quién se le inculcó desde su más tierna infancia, en un país oficialmente católico.

La descripción de la forma de vivir el sexo desde los años cincuenta hasta los ochenta, la desarrolla Manuel Vicent en una de sus Crónicas urbanas, en élla contrapone las costumbres de cada década, y trata también el tema generacional, que veremos en el apartado siguiente. Encontramos dos puntos de vista en la manera de enterder la vida, desde el todo prohibido, al todo permitido. Es "Una cuestión de sexo", en El País, - (19-2-83):

"Después de veinte años de matrimonio este par de seres ya sólo se comunica mediante un código de pequeños gruñidos, aunque sus cuerpos se friegan todavía con el débito conyugal una vez a la semana. Hace el amor con partitura contemplando una revista pornográfica, usa ungüentos eróticos de Malasia, se enchufa vibradores de pilas, pero de un tiempo a esta parte en ese dormitorio el misterio de la carne ha sido sustituido definitivamente por la cultura. Se trata de una pareja casi perfecta. Ella da clases de Filosofía en un instituto y a él lo acaban de nombrar secretario general técnico de un Ministerio. Es uno de esos tipos que recibe siempre palmadas cariñosas o abrazos frenéticos en los altos despachos, y va embalado hacia la cumbre". (...).

"Desde la Dirección General de Seguridad le llamaba un funcionario de la policía para decirle que su hijo había sido detenido".

"- No se trata de drogas.
- ¿Ha matado a alguien?
- Tampoco es eso.
- ¿Qué ha pasado?
- Se trata de una cosa de sexo.

- ¿Qué diablos es una cosa de sexo?
- No está muy claro. Tendría que venir usted a verle". (...).

"Un morboso escalofrío le oscila todavía en la nuca cuando piensa en aquel perfume de flores con cantos a María unidos al castigo del infierno y a los latidos de la pubertad en noches insomnes pobladas de hogueras y demonios que ensartaban con tridentes a mujeres desnudas. Necesitó mucho tiempo para que esos fantasmas se le disiparan del cerebro". (...).

"Este hombre tan importante, en su desolada juventud de los años cincuenta también fue cazado vilmente otras veces por ojeadores privados en el parque del Oeste, cuando esperaba aquellos lejanos crepúsculos sentado en un banco con la chica. En la penumbra del jardín, una tarde de otoño, después de hablar de oposiciones, del ajuar de la boda y de las conferencias del padre Llanos, los novios decidieron besarse. De pronto un sujeto con escopeta, tocado con una extraña gorra, saltó desde el interior de un seto y le encañonó el pecho en la oscuridad. Tuvo que darle cien pesetas". (...).

"En ese momento de la madrugada funcionaba a pleno rendimiento la bolsa de contratación en los garitos sonrosados de la calle de Capitán Haya, y los ejecutivos de provincias y otros alcaldes pedáneos encargaban urgentes viajes a los mares del Sur con tarjetas de crédito a bordo de muchachas pelirrojas. En el jardincillo de Isabel la Católica se veían jovenzuelos vestidos de Lola Flores con la mano enredada en el collar de perlas encima de los capós. En las esquinas de Recoletos se vendían mozalbetes con caderitas de cristal. Había bares de ambiente, y en cualquier parte se podían contemplar espectáculos eróticos con carne de cañón. En un semáforo rojo se acercó a la ventanilla del coche un adolescente ataviado con plumas de pavo real". (...).

"Como buen señorito, en una casposa época de autarquía imperial, él se inició en el sexo con la criada en el retrete del servicio donde se guardaban las escobas, el serrín y los estropajos, y de allí pasó directamente a los prostíbulos de la calle de San Marcos. Era un Madrid lleno de gonococos y discursos de Girón, de ladillas como nécoras y procesiones del silencio, de escaparates todavía galdosianos con bragueros de estameña, ortopedias, lavativas y suspensorios de nueve, de tranvías con jardinera que le llevaban a la facultad de San Bernardo. Entonces los besos más puros eran para la novia, pero en la intimidad de los cines, en la penumbra

de los portales, en los trayectos del ascensor, en el atardecer de las tapias debatía con ella un diario combate para ir tomando cotas a su cuerpo, y la chica, atormentada por las tentaciones del maligno y por un esfumado pudor de monja, establecía líneas de resistencia a la mano enamorada que se abría paso entre encajes. Había una frontera imposible, una aduana invicta en aquel fuerte lleno de suspiros. En casos de urgencia estaban las otras. Mientras estudió la carrera y preparó oposiciones a abogado del Estado él iba una tarde cada quince días a despachar el vicio con una puta maternal con la que jugaba al parchís en una mesa camilla bajo una lámpara de cretona. Un mutilado de guerra repartía chapas de zinc con un número a la clientela adensada en el vestíbulo y daba allí la voz de mando". (...).

"Entonces pensó qué habría sido de aquel portero de la calle Fleming. En aquel tiempo ese sujeto había descubierto un gran negocio. Durante el mes de agosto muchos apartamentos de la finca quedaban vacíos porque sus propietarios se habían largado a Benidorm. Abajo había bares de alterne, y el portero se dedicaba a alquilar por horas las casas de los señores a las parejas de la noche. El estuvo una vez allí con una filipina de club e hizo el amor con aquella exótica en un salón lleno de retratos de primera comunión, de sillones tapados con sábanas y de ceniceros de cristal tallado, ante la mirada del padre de familia pintado en un óleo de Enrique Segura". (...).

"Ahora tenía una amiga, que era actriz de segunda, y se veía con ella en moteles, en el hotelito de la sierra y a veces dentro del coche en la cuarta planta de un aparcamiento. ¿Qué diablos podía ser una cuestión de sexo?". (...).

"– ¿Dónde está?
– Le tengo aquí.
– ¿Qué ha pasado?
– Nada. Cosas de sexo. Estos chicos de hoy no encuentran el camino. Se han hecho un lío.
– ¿Le puedo ver?".

"Sentado en la mejor butaca del despacho estaba el hijo del secretario general técnico vestido con bata de cola, peluca, peineta y arracadas de espejo que le brillaban en los hombros desnudos. Iba pintarrajeado como una mona, y por debajo de la tela de lunares le asomaba una pantorrilla de gimnasta rematada con zapato de tacón.

El joven recibió la visita de su padre con un desplante de orgullo. Entre ellos se cruzaron muy pocas palabras".

"- ¿Qué tal?
- Bien. Ya me ves.
- Qué cosas.
- ¿Me das un cigarrillo?
- Vamos a casa. Tendrás que lavarte".

Nos ha ofrecido el autor en su crónica una descripción fantástica del tema sexual en el Madrid de los años cincuenta y de los ochenta, lo que se ha encontrado en la calle en cada momento en la ciudad.

De la época de la dictadura, donde todo estaba prohibido, a la de la democracia, en que se da la libertad. Con el problema generacional, la experiencia del sexo en aquellos jóvenes que hoy son padres, y de estos jóvenes que hoy son sus hijos.

Nos cuenta el dilema con que se encuentran aquellos niños de posguerra, jóvenes de los cincuenta. Su juventud ha pasado por la prohibición, el miedo, el sentido constante de culpa, la mojigatería en el sexo, la amenaza del pecado, éllos se rebelaron o subsistieron en aquella educación y forma de estar en la vida, formaron parejas, en ocasiones progresistas, y han querido educar a sus hijos en un ambiente opuesto de libertad.

Los hijos, describe el autor, pueden resultar pasotas, drogatas, locas como en este caso. La libertad sexual tampoco ha creado seres libres.

De cualquier forma, en todas las décadas

se han dado todos los casos, homosexualidad, prostitución, pareja establecida, amancebada. La búsqueda del más allá en el sexo.

Se abunda en el tema en un artículo que no vamos a tratar. En "El gran proxeneta", (El País, 14-7-84), se ofrecen puras descripciones de todo lo marginal en el mundo del sexo. El sexo como negocio. Ofrece materia para todos los gustos y desviaciones mentales, así como para todas las posibilidades económicas y para cubrir todo tipo de frustraciones. Todo fuera de sus cauces normales, pagado, y en muchas ocasiones para todo tipo de maniacos.

En el que sí nos detenemos, y con el que cerramos este apartado, es en "¿Quiere usted acostarse conmigo?" (11), una crónica urbana que nos parece enternecedora, exquisita, que se para ante el sexo con amor y sin amor, que se detiene ante los sentimientos, la soledad... y el tópico de la libertad sexual. Veámos:

"La mujer sentía muy cerca la palpitación del cuello contrario, el lóbulo peludo de aquel tipo cuyo rostro había visto por primera vez sólo un instante en la oscuridad. Estaba decidida a abandonarse totalmente esa noche sin exigir nada, pero en su memoria se agitaban todavía fantasmas de amor y, por otra parte, pensaba demasiado en los hijos. ¿Dónde estarían ahora? Qué estupidez. Sus hijos habían alzado el vuelo a media tarde, como siempre, sin dar explicaciones, y no volverían a casa hasta la madrugada. En ese momento podrían estar devorando una hamburguesa de perro en cualquier subterráneo de la ciudad o cazando marcianos en la máquina de un garito o inyectándose en la vena salsa mahonesa en el conglomerado de túneles del complejo Azca. En cambio, ella se encontraba muy sola y Lucho Gatica no cesaba de cantar cosas tristes. Dicen que la distancia es el olvido. Reloj, no marques las horas, porque mi vida se acaba, Y el sótano olía a desinfectante edulcorado". (...).

"Juana había tenido una bajada de soledad aquel día y en un golpe de rebeldía o de aburrimiento se había echado a la calle dispuesta a acostarse con el primer hombre

que pillara a mano. Era un acto de higiene mental, que otras amigas ya habían experimentado correctamente. El juego consistía en salir de cacería sin hacerse ninguna concesión. Para solucionar este asunto podía servir cualquier sujeto, un tendero calvorota, un oficinista con braguero o un repartidor de ensaimadas, ya que ella no se movía por nada físico, sino por un despecho contra la vida en general. Estaba harta, eso era todo, y necesitaba probarse a sí misma. El arranque le sobrevino mientras hacía ganchillo en el sofá. De pronto quedó deslumbrada por el propio tedio, y en medio de la depresión recordó con ternura cierta animalada que alguien le había ladrado en la espalda esa mañana al coger el autobús". (...).

"Juana entró en el cuarto de baño y, frente al espejo ovalado, que aún la trataba con amor, se enumeró una vez más las patas de gallo y las arrugas del pliegue de la boca. Tenía cuarenta años, pero aquel bestia había dicho que en su culo podían partirse bellotas con un martillo". (...).

"Estaba hasta aquí de aquel pequeño mundo de artistas subalternos, intelectuales de segunda, un poco flácidos, y antiguos progresistas en paro. Ella necesitaba tener una experiencia ingenua, sin adherencias culturales, con un hombre de usar y tirar. La vida no era sólo una cosa de barbudos traumados, había también polleros, fresadores, dependientes de comercio, agentes del seguro e industriales establecidos, que entraban a matar con el cerebro limpio. Juana optó por acicalarse con algo intermedio. El pantalón vaquero le daba todavía un aire juvenil a los bajos de su carrocería y la blusa de seda malva con flecos soltaba alrededor del cuello unos reflejos delicados. La chica se puso el abrigo de cuero encima, cogió un bolso de bandolera y de esta forma salió a cazar a las siete de la tarde un día de diciembre". (...).

"Tuvo por primera vez una sensación aterradora. Analizados objetivamente los hombres a cierta edad eran todos feos, sucios, calvos, gordos, estaban terciados o delataban su existencia anodina con una expresión vulgar. (...) Sacó la polvera, se pintó los labios con lentitud pecaminosa y por encima del espejo minúsculo comenzó a desafiar con los ojos a cada uno de los machos que abrevaban en el mostrador contrario". (...).

"En la ciudad había muchas cafeterías, pero todas eran la misma. Estaban pobladas de idénticas caras con la palidez uniforme del neón y el hedor de margarina caliente,

que lo llenaba todo a esa hora. Juana había hecho ya cuatro barras seguidas, había mirado cien veces desafiando los ojos de cien desconocidos, había sacado la punta de la lengua voluptuosamente mordida ante gran cantidad de posibles clientes, había pedido fuego acariciando la mano del donante al prender el cigarrillos. Ellos sonreían. Y luego, nada. Llegó un momento en que se hartó. Todavía estaba a tiempo de ir a la conferencia sobre Nicaragua, aunque eso era aún más deprimente, porque allí se encontraría con un par de amantes usados y con el idiota de su ex marido, que le hablaría otra vez estéticamente del modo de suicidarse. La chica deambuló un rato por la calle mirando escaparates y entonces porla cabeza le pasó la idea de ofrecerse a los peatones solitarios. Oiga, ¿quiere usted acostarse conmigo esta noche? Sin duda la tomarían por una loca o por una graciosa de la revista "Interviú". Finalmente, Juana entró en un bar americano de luces calientes y allí encontró a un parroquiano alcohólico con un bodoque de gloria en el cerebro". (...).

"Le patinaba el embrague visiblemente a aquel señor; tenía en la narizota bermeja y en los pómulos un craquelado de venillas incandescentes y en seguida se puso muy pesado contando casos de adulterio. Resulta que todas las mujeres eran unas zorras y él había caído en el alcohol porque su señora se había liado con el electricista del barrio, con ese tío de Jaén, lo sabía hasta el gato, y Juana tuvo que soportar el soliloquio del cornudo durante media hora. Al final, el borracho se armó un barullo en el seso, decía que Juana era su hija y quería llevarla al zoológico para enseñarle los monos. Vamos a ver el chimpancé, vamos a ver el chimpancé. Comenzó a arrastrarla del brazo, pero el camarero intervino a tiempo con una salida genial. A esas alturas de la noche todos los monos se habían ido a la cama. Le llenó otra vez la copa y en el hilo musical se oía balar a Julio Iglesias, como una cabrita que no se podía enamorar". (...).

"De repente pensó que había enloquecido de tedio".

"- Oiga, señor.
- Diga.
- ¿Quiere usted acostarse conmigo esta noche?
- Vaya por Dios.
- Lo digo en serio.
- ¿Le sucede algo, señorita?

- Quiero viajar al Este del Edén".

"A unos les hacía gracia y otros la tomaban por loca. Unos pensaban que se trataba de una encuesta, otros querían acompañarla a una clínica, unos le daban limosna, otros la habían insultado, pero nadie deseaba viajar con ella al Este del Edén. De pronto recordó lo que en cierta ocasión le había contado una amiga".

"El Este del Edén era simplemente una sala de fiestas familiar, donde acudían a bailar mujeres separadas en la noche de cada jueves. Juana le dio la dirección al taxista y partió hacia allí". (...).

"Juana tenía en la oscuridad la sien apoyada contra la oreja de aquel desconocido, sentía muy cerca la palpitación de su cuello, el lóbulo peludo de un señor cuyo rostro apenas había divisado. Del otro lado del tabique llegaba un estruendo de máquinas electrónicas y eso le hizo pensar en sus hijos. ¿Dónde estarían ahora? Se sentía muy deprimida y sólo quería ser feliz. La voz de Lucho Gatica le hacía recordar momentos de su vida, cuando conoció a su marido en la facultad y los dos eran unos jóvenes rebeldes, que tomaban perritos calientes en una esquina de Moncloa, las primeras vacaciones en Fuenterrabía y las salidas a Francia para comprar libros de El Ruedo Ibérico, aquella vez que hizo el amor en Ibiza con un holandés, la tesina de final de curso sobre Baroja, aquel novio de la adolescencia y el primer beso en el desván. ¿Dónde estarían sus hijos ahora? Tal vez estarían comiendo una hamburguesa de perro en cualquier subterráneo. De pronto aquel desconocido notó cierta humedad en el cuello. Juana estaba llorando, mientras el tipo le contaba que era representante de jabones. Y Lucho Gatica no cesaba de cantar cosas muy tristes".

Manuel Vicent parece sentir gran ternura por esta mujer, por Juana, que busca un poco de felicidad, de ilusión, y no la encuentra. Se trata de un relato muy real, que refleja todos los miedos de la mujer, y la falta de amor por parte de todos, entre la pareja, los hijos, los padres, es la incomprensión general.

Queda constancia de que el tópico de la libertad sexual no existe, en este país, nadie se acuesta

con nadie así por las buenas, nadie se va a la cama si no es por algo. También el tópico machista que califica a la mujer como retrógrada, que no se va a la cama sin más, Juana es lo que busca y ningún hombre está dispuesto. Las frustraciones sexuales por tanto son de ambos sexos, así nos lo muestra el hombre de la barra que se emborracha para olvidar que es un cornudo, y para el que todas las mujeres son unas zorras. Los convencionalismos sociales siguen siendo los mismos de siempre.

La protagonista se encuentra, entre otras cosas, con la crisis de los cuarenta, sin hombre en su vida, con los hijos que vuelan, haciendo ganchillo, con el vacío de la existencia, todo lo que daba sentido a su vida se ha esfumado, está a punto de perder el atractivo físico, algo muy importante en la mujer, pero no obstante, ella se da cuenta de que los hombres a esa edad también son feos, sucios, calvos.

De entrada, no quiere más que una locura que la saque del tedio y la desesperanza. No busca más que el placer del sexo por el sexo, sin rollos intelectuales ni amorosos, es decir, el sexo entendido como algo exclusivamente biológico. Pero en realidad va buscando amor, ternura, comprensión. Cuando por fin liga, cosa que queda claro, no es tan fácil como se habla, recuerda los momentos de su existencia en que hubo vida, amor, proyectos, pasión, locura, sexo, es decir, el tiempo en que el sexo poseía una significación biográfica.

Porque es cuando el sexo se conjuga junto al amor, cuando alcanza su máximo sentido, cuando evita la soledad, el tedio, el hastío, la incomunicación.

Manuel Vicent describe cómo el matrimonio, la familia degeneran en la rutina, la apatía, la opresión. Lo que nació con ilusión y ofrecía un proyecto de vida se rompe, queda la frustración, la soledad. "¿Dónde estarían sus hijos ahora?", y ¿por qué "Lucho Gatica no cesaba de cantar cosas muy tristes"? Parece que la familia, la pareja, el amor se hallan en crisis, y entonces el sexo ya no forma parte de la biografía del ser humano, sino de su biología.

Todo forma parte de una cadena, donde todos los temas de nuestra Tesis son un eslabón, que hablan del materialismo de la sociedad actual, y la soledad del hombre de hoy. En el siguiente apartado vamos a entrar en el mundo de la pareja y la familia.

CONCLUSIONES.

Hemos decidido dividir el tema en dos apartados, 1. Sexualidad en la etapa de la dictadura, y 2. Sexualidad en la etapa de la democracia.

En el primero vemos cómo se trataba de una cuestión tabú. La Iglesia y el Estado iban a la par en su papel represor, cualquier manifestación del ser humano que se escapara de los cauces establecidos, era calificada de escandalosa.

Es la época del sentido de culpa del autor y de su generación. El gozo y la "felicidad" no les estaban permitidos, así el sexo era materia prohibida y todo lo relacionado con él, que no estuviera dentro de la familia y la procreación, pecado.

Vicent también se detiene a desmenuzar lo que supuso el turismo, en cuanto a apertura de costumbres en este período oscurantista.

En la segunda etapa, con la transición y la democracia, arrecian las esperadas brisas de libertades, y entre éllas, las sexuales. La Constitución garantizará la igualdad de derechos. Van acuñando palabras hasta entonces censurables: divorcio, aborto, anticonceptivos, homosexualidad...

Ello no significa que la Iglesia y muchas capas de la población lo asimilen ni lo admitan. El autor trata todo éllo, así como muchas conductas fariseas de la sociedad.

Describe el sexo en todas sus posibilidades:

por amor, por dinero, por interés, por evasión, así como a sus diferentes protagonistas. El tema lo desarrolla siempre encuadrado en la realidad cotidiana y formando parte del engranaje social.

Manuel Vicent mantiene una postura transigente, encontrando en el sexo algo consustancial al ser humano, natural, y que alcanza grandeza y ternura cuando se conjuga con los sentimientos, así el amor y la comunicación.

(1) Hermano Lobo, 12-8-72.
(2) Hermano Lobo, 28-7-73.
(3) Hermano Lobo, "Senos y cosenos", 11-11-72.
(4) Triunfo, noviembre 80.
(5) El País, 16-7-83.
(6) El País, 5-6-84.
(7) "La partitura", 2-11-83.
(8) El País, 6-3-82.
(9) El País, 26-6-82.
(10) El País, 13-4-85.
(11) El País, 18-12-82.

10. PAREJA-MATRIMONIO. FAMILIA Y CONFLICTO GENERACIONAL

PAREJA-MATRIMONIO. FAMILIA Y CONFLICTO GENERACIONAL

Siempre se ha considerado que la familia es la más antigua de las instituciones sociales humanas, la célula primitiva de la sociedad. En cuanto tal, va experimentando transformaciones acordes con la sociedad en la cual ha surgido.

Un determinado modelo de sociedad, con sus concretos factores económicos, religiosos, políticos y culturales, conformará la estructura familiar de un momento dado. En nuestro tiempo constantemente se ha hablado de la familia como una institución en crisis.

De cualquier manera, la familia es un tema sociológico más del que se ha ocupado nuestro autor.

En el Diccionario de uso del español, de María Moliner, encontramos como definición del vocablo "familia" al "conjunto formado fundamentalmente por una pareja humana y sus hijos y, en sentido más amplio, también por las personas unidas a ellos por parentesco que viven con ellos".

Así, nosotros vamos a tratar el tema realizando una clasificación de tres apartados: 1. Pareja-matrimonio. 2. Familia. 3. Conflicto generacional.

1. Pareja-matrimonio.

La pareja suele generar el inicio de la familia, pero una pareja de hoy no es igual a una de hace veinte o treinta años. La educación al alcance de ambos sexos,

y la incorporación de la mujer al mundo laboral, han creado unas relaciones distintas en el mundo de la pareja, un cambio de roles en los dos miembros.

Esto lo describe Manuel Vicent en "El pigmalión progresista", en la revista Triunfo (15-21 de mayo de 1.980), y en "Nudo de feministas", en el periódico El País (24-4-82). Como ambos relatos son semejantes, nos detenemos en este último.

"Si no hubiera encontrado a aquel fotógrafo tan progresista, ahora la chica sería una dulce esposa que va a la peluquería los viernes, remedia las pasiones del marido los sábados después del bingo sin hacer ruido para que no se despierten los niños, se come una tortilla de patatas, tamaño familiar los domingos en Serranillos Playa y guarda los supositorios contra el catarro en la nevera, pagada a plazos". (...).

"Genoveva paraba de golpe a los rijosos. Era una estrecha clásica, que pensaba casarse de blanco y soñaba con tener lista de boda en una tienda de Serrano. No sé cómo explicar que aquella era una chica totalmente alienada. Baste con decir que jamás había ido a Ibiza, ni había fumado marihuana, ni siquiera había votado a UCD. Tenía una cultura hecha bajo el secador de la peluquería, leía revistas del corazón mientras se le secaba la laca de las uñas y sacaba media lengua de gusto cuando oía a Julio Iglesias balar como una cabrita. Para ella, Franco era un rey godo". (...).

"En cambio, Víctor Luis, a pesar del nombre, era un tipo magnífico, un progresista con pipa, barbudo y apaleado en los saltos callejeros de la transición. Había estudiado hasta tercero de Económicas, pero a mitad de carrera vio crecer delante de sus cejas un muro de hormigón, sintió la tentación estética y se hizo fotógrafo, como todos. Vivía en una buhardilla de Malasaña, y había montado un laboratorio de revelado en el retrete. A salto de mata logró estabilizarse con encargos publicitarios: retratar bloques de ladrillo visto plantados en medio del secano que dieran la sensación de estar rodeados de un jardín tropical, sacarle el máximo partido a un sauce raquítico y a un par de cactus procurando que quedara fuera del objetivo el vertedero. Cosas así". (...).

"Víctor Luis era un artista y había colaborado en dos libros, uno sobre pintadas políticas en las paredes, y otro sobre viejos de pueblo con muchas arrugas contra un fondo de sillares románicos. Además poseía un archivo propio de manifestaciones, mítines y cargas de la policía. Si las concentraciones eran de izquierda, en las fotografías se veían rostros nobles y tensos de obreros oyendo discursos con unción, niños adorables con gorrito rojo dormiditos en los brazos de su padre con una banderita del partido en la mano. Si eran de la plaza de Oriente aparecían fascistas con correajes, bocas desdentadas sorprendidas en un grito terrible, gente patibularia con el pecho lleno de medallas. No había término medio. Su pieza más valiosa era aquella en que se vislumbraba a un mozalbete con pistola apuntando por la espalda a unos manifestantes que huían como en un cuadro de Genovés. La foto había servido de prueba en un proceso. Piensen en un progresista con bufanda y morral, la camisa abierta y un pequeño bronce de la diosa Tanit balanceándose en el esternón. Así era. Encima, Víctor Luis iba de feminista por la vida, lo que equivale a un doctorado". (...).

"y un súbito ardor los llevó hasta los pies de un cura con pantalón de pana, que los casó sin más, bajo un techo de uralita". (...).

"aunque le lavaba los calzoncillos con devoción y se empeñaba en llevarle el desayuno a la cama, era un material virgen que podía ser remodelado". (...).

"Había mucho que restaurar en aquella idiota, pero él era un feminista coherente y empezó a realizar sobre ella un buen trabajo. Le enseñó a liberarse". (...).

"Víctor Luis le dio a leer El cuaderno dorado de Doris Lessing y las cosas más comestibles de Virginia Wolf, para abrir boca". (...).

"y al cabo de un año, analizada por fuera, ya era una progresista homologable. Por dentro tardó un poco más. Mientras tanto, a la feliz pareja le había nacido un hijo, que el día de mañana también sería progresista". (...).

"Genoveva se alistó en el ejército de liberación femenina por pura lógica amorosa. También por pura lógica laboral, el fotógrafo se quedó sin trabajo. (...) Por ley natural, él pasaba todo el día en casa o más bien en el laboratorio del retrete revelando fotos que nadie publicaría de momento, y atendía la papilla del niño,

al hervido matrimonial, al cobrador del gas, a los avisos de la portera". (...).

"Probablemente el asunto comenzó a estropearse por la cuestión del dinero. En la buhardilla de Malasaña no entraba un duro; en cambio, Genoveva ya sabía explicar las luchas de clase en tiempos de Carlos V". (...).

"Además ya era una cara conocida en los coloquios, y un día la había felicitado Aranguren y era bien recibida en la trastienda de algunas librerías especializadas. Sin duda pasaba por una mala racha familiar, a Víctor Luis cada día le salía peor el potaje, ya no ponía aquel amor en el perejil ni presumía de su mano para la sal. De la buhardilla se fue apoderando un sólido olor a tigre. En aquel muladar por donde se arrastraba un furioso taca-taca de niño se veían calcetines sucios entre los libros de filosofía, pellejos de chorizo en medio de las sábanas, cepillos de dientes dentro de los zapatos. La pareja de canarios hacía ocho meses que había muerto". (...).

"Entonces apareció él con pantalón de franela, chaqueta azul, el cuello de la camisa abierto sobre la solapa, un tipo moreno de lámpara, perfumado con Paco Rabanne, que se le arrimó a la barra de una cafetería, la miró de abajo arriba como un gallo de Madagascar, jugueteando con el llavín del coche y la invitó a un viaje a Ibiza. Aunque a simple vista aquél era un hortera de molde, la chica aceptó fumarse un cigarrillo con él".

Manuel Vicent ha descrito la personalidad antagónica de ambos miembros de una pareja. La de la protagonista coincide con el modelo tradicional de lo que ha sido hasta hace escasos años la vida de la mujer, del ama de casa. Una chica con estudios medios pero sin cultura, y sin conciencia política. La democracia en 1.982 aún no había sido del todo asimilada por el pueblo, y el autor lo retrata en Genoveva, "ni siquiera había votado UCD".

Víctor Luis representa la otra España. Al relatar las fotografías de las manifestaciones de los

dos partidos extremos, Manuel Vicent resume la situación del país a principios de los años ochenta, sin citar los partidos, PCE y FN, el escritor ofrece la división típica de la transición, había cambiado el sistema de gobierno, pero la gente era la misma.

La mujer se "intelectualiza", y con éllo va tomando en cierto sentido el papel del hombre. Y el hombre, con la liberación de su mujer, va adquiriendo roles femeninos, desempeñando la labor tradicional de la mujer.

Manuel Vicent refleja el fracaso progresivo del matrimonio, aún siendo progre. La institución matrimonial en la mayoría de sus artículos no sirve, la cuestión econónica contribuye a romper el pastel. En este caso el hombre liberal, progre, cultivado, lleva a la mujer a ese camino, a superarse, a llegar hasta su altura, él lo intenta, pero como en muchos otros casos el diálogo no existe.

El cálido "hogar" del principio se va convirtiendo en una pocilga, algo inhabitable, la misión de la pareja y la comunicación en la familia se quiebra.

Pone en cuestionamiento también los planteamientos feministas. La protagonista "pasa" de los principios feministas cuando se le pone por medio un hombre. Se trata de un varón tipo hortera-machito-play-boy, lo contrario a su pareja, sensible, cultivado, tierno, progre. Las feministas, en este relato, deciden por un hombre contrapuesto a la idea de igualdad entre los sexos.

El sarcasmo llega al colmo de una feminista.

Genoveva deja a su marido por alguien que representa todo lo contrario a lo que él le inculcó. En realidad, alguien que la habría "pegado" en principio. Los datos que describe Vicent, colonia Paco Rabanne, jugueteando con el llavín del coche, le situan en un hombre con dinero para desenvolverse, la mujer apuesta por la seguridad, por el hombre duro, macho, "la miró de abajo arriba como un gallo de Madagascar", animalizado, en otro momento dice también el artículo, "buscó con ojos ávidos a su amante secreto, que era el yudoka más fiero, el que más japoneses mataba".

Genoveva abandona la vida intelectual por la seguridad económica y el culto al cuerpo. La infidelidad, la ruptura matrimonial, el fracaso de la pareja para siempre, ha sido redondo.

La relación matrimonio-economía también la trata el autor en "Dinero para un yate" (1). Nos traslada al caso de una pareja tradicional, donde la mujer no trabaja y el marido se queda en el paro. La realidad de la inutilidad de la institución matrimonial queda evidente. Comprobemoslo.

"Era muy raro que un ejecutivo tan dinámico estuviera a las 11 de la mañana en el parque del Retiro leyendo el periódico. Había dicho que esperaba la visita de unos japoneses en el despacho, pero un primo del pueblo le descubrió a esa hora sentado en aquel banco público y había hecho ciertos comentarios que finalmente llegaron a oídos de la mujer. Esa tarde volvió a casa simulando el gesto agotado de siempre, y ella le recibió en medio de un silencio borde, con ese morro de oso hormiguero que ponen las legítimas cuando notan un escozor de calcio en la frente. A otros no les importa. Entran silbando un bolero en el sagrado hogar, cuelgan el sombrero con desfachatez en los cuernos de su señora a modo de perchero y se sirven una tónica con ginebra. En cambio, éste era un marido ahormado. Dejó con humildad el maletín en el tresillo, se quitó los zapatos y trató de hablar sin convicción de lo dura

que había sido la jornada. (...) Después de llevar una doble vida durante seis meses alguien había dado el soplo, así que aquella noche tuvo que soportar una cena doblemente fría, o sea, unas malditas rodajas de mortadela y la mirada glacial de la mujer, que mordisqueaba con despecho una empanadilla, también congelada". (...).

"¿Quién sería esa perra? Cuando el hombre supo que la actitud de la mujer se debía sólo a un ataque de celos tuvo una sensación de alivio. Su caso era más cruel. En realidad se trataba de un ejecutivo de 47 años que se había quedado sin trabajo y quiso ocultar por pura vanidad la tragedia para no sentirse un ser despreciable". (...).

"y este ingeniero industrial se vio en la calle sin previo aviso, formando una gota de rocío en el mar de la crisis. (...) El directo a la mandíbula había sido tan inesperado que el hombre quedó flotando unos días y no logró acopiar el valor necesario para confesarse en la almohada con la mujer, de la que sólo buscaba admiración. Pensó que el problema podría solventarlo con cierta brevedad, pero a la semana siguiente ya había llegado a la conclusión de que el mundo estaba lleno de caimanes. El ejecutivo siguió saliendo de casa cada mañana, a las nueve en punto, con el maletín, y al principio esta parodia tenía sentido, e incluso era divertida". (...).

"También tenía que simular reuniones de empresa hasta altas horas de la noche, como las de antes. Anunciaba viajes que se suspendían en el último momento, o negocios con el extranjero que al final siempre resolvían por télex, y mientras tanto él no hacía más que dar vueltas, vueltas, vueltas a las manzanas, a las manzanas, a las manzanas de la ciudad durante todo el día, con las venas de las pantorrillas a un punto del estallido, y a las ocho de la tarde terminaba su jornada". (...).

"Mientras tanto, este elemento fue tirando de la cartilla y jugó bingos solitarios, que le esquilmaron los ahorros. Se acercaba el instante supremo en que se iba a quedar limpio como la tapa de un piano". (...).

"Al principio conservaba todavía cierto interés por su imagen, aunque lentamente el cuerpo se le fue deteriorando, su rostro tomó un aire de ceniza, y al final la chaqueta le pendía del hombro caído como una piel de bacalao, pero la mujer le ameba todos los sábados por la noche. Era una de ésas que en medio del orgasmo piden cosas,

viajes, vestidos, playas de Tahití, zapatos y tarjetas de crédito, dando alaridos de pasión contra los tabiques. Ella era una hermosa chica de 30 años, de aperitivo en Serrano, peluquería de Llongueras, que conocía recetas de diversas tartas y tenía un Seat Panda para ir de tiendas. La quería con un hondo sabor masoquista; su mirada le restallaba como un látigo en la piel de gallina, pero desde el día en que el primo del pueblo le descubrió sentado en un banco del Retiro habían cambiado algunas cosas. Las broncas de celos se sucedían y eso alimentaba su deseo de forma extraña, porque después de una batalla llena de insultos la pareja se enredaba a mordiscos de amor y entonces ella le exigía más bolsos, más viajes hipotéticos a Honolulú, más pantalones de cuero, más botas de ante entre largos jadeos". (...).

"Durante muchas semanas fue de retrete en retrete, alternando las paradas según un trayecto programado. Los conocía todos, de cualquier tamaño y categoría, desde los que ofrecían un frasco de lavanda en la repisa hasta las putrefactas guaridas de las tascas, donde había que estar en cuclillas como un moro bajo la cuerda de esparto de la cisterna que le goteaba los riñones. Sentado en la taza real en jornadas de ocho horas tuvo sueños de antigua grandeza". (...).

"Un día abandonó la ratonera y se dedicó a pedir dinero a los automovilistas en el semáforo. Era un trabajo como otro. En este tiempo controlaba ya cinco cruces de calle de alta rentabilidad en la zona de Goya, donde paran los peces gordos. Tenía un estilo. Se acercaba bien trajeado, con una sonrisa extremadamente educada, con el maletín de cuero en la mano y junto a la ventanilla hacía un relato sintético del problema. Mientras el conductor con mala conciencia se rebañaba las monedas del pantalón, el ejecutivo susurraba".

"- Por favor.
- Ya, ya. Un momento.
- Mire usted, señor. Quiero comprarme un yate de 11 metros de eslora. ¿Puede ayudarme?
- ¿Cómo no? Si es para eso".

"Era la única forma de sacar 10.000 pesetas diarias sin perder la dignidad, porque la gente para yates solía dar limosnas hasta de 100 "pavos". Su mujer seguía tomando el aperitivo en Serrano, se daba mechas en Llongueras y podía comprarse bragas sucintas de color malva para él. Entró en contacto con otros parados y mendigos. Tenía algunos

pordioseros, gitanos con niño, abogados sin oficio, licenciados en Filosofía, peones de la construcción que trabajaban bajo sus órdenes. Todos pedían dinero para el mismo yate, y el truco funcionaba. Pero un día tuvo el patinazo. En medio de un atasco, que era un banco de centollos, el ejecutivo se acercó a pedir caridad a un Seat Panda".

"- Señorita, deme dinero para un yate.
- ¿Qué haces aquí?
- Nada.
- Sube. Te llevo a casa".

"Durante el camino su mujer le echó una bronca histérica. Una vez más pensó que lo había cazado ligando".

La institución familiar gira en torno al sistema económico de un país. Con la crisis económica, y la problemática actual del paro, el modelo familiar, la edad de casarse, el número de hijos, etc., varía.

En este relato Manuel Vicent se detiene, en la problemática de quedarse en el paro. Un hombre parado no tiene ningún valor ni para la sociedad ni para su familia, se pasa de ser una persona respetable a otra sin dignidad. El problema se agudiza si se pasa de los cuarenta años, en un mundo en que se rinde culto a la juventud, a más edad, existen menos posibilidades de encontrar trabajo. Se puede pasar, como aquí, de ser un ejecutivo, de pertenecer a una clase alta, a ser un mendigo.

También describe otro tipo de mujer casada, de clase media-alta, "señoras" que no trabajan, no aportan nada útil ni a la sociedad ni a sus propias vidas, que sólo viven para gastar lo que ganan sus maridos, sus vidas giran en torno al consumo, sin desear

nada más que hacer.

El matrimonio lo suele tratar el autor como una rutina, el sexo en él carece de amor y de pasión, se realiza una vez por semana, generalmente los sábados. Y para la clase de mujer que refleja en "Dinero para un yate", además el coito se paga, se realiza una especie de chantaje, el derecho al acto matrimonial, requiere pagar en ropa, viajes, peluquería, cosmética...

El matrimonio no soluciona los problemas del individuo, no termina con la soledad, en él no existe comunicación, ni respeto, ni confianza, ni apoyo. En este caso el hombre lleva medio año parado sin atreverse a decirselo a su mujer, y élla por su parte no nota la diferencia, y cuando podría enterarse, se cree que se trata de infidelidad. La falta de entendimiento, comprensión, ayuda, diálogo y amor es total.

La incidencia de la crisis económica en la pareja le preocupa a Manuel Vicent en distintas ocasiones, una vez más la trae a colación en el mismo periódico, en "Una historia de amor" ("26-3-83), en el que vemos un punto de vista premonitorio de lo que está sucediendo hoy mismo, el paro, la imposibilidad de conseguir una vivienda, llevan a la marginación de sectores de la sociedad que no pueden acceder a lo que requiere la vida actual y promete la propia sociedad de consumo.

Esto ocurre en "Una historia de amor":

""Primero él tuvo que dejar la costumbre de cortarse las venas o de tragarse un tenedor cada vez que recibía una carta de la novia con un beso de carmín estampado en el último pliego. Aquellos ardientes papeles siempre le hacían saltar por dentro

un mecanismo de destrucción. No solía arremeter contra nadie que no fuera él mismo; eso era una ventaja y podía pasar largo tiempo barriendo la celda con una mansedumbre de lego. Sólo después de leer una carta de su novia se volvía un ser peligroso. Un golpe de sangre le inundaba el cráneo totalmente y entonces cogía el primer hierro de su entorno y se lo introducía en el cuerpo enamorado por el agujero que encontraba más a mano. Mientras el cirujano le abría en canal se cruzaban apuestas en la enfermería acerca de qué cosa contundente se habría comido esta vez". (...).

"Hay pocos hombres capaces de llevar su pasión por una mujer al extremo de zamparse una llave inglesa". (...).

"Por ella había intentado atracar en dos ocasiones la nómina de una oficina de patentes en Chamartín y de una factoría en Villaverde. Sólo era un buen chico que quería comprar un piso para casarse. Incluso había visto uno a su medida en Alcorcón. Noventa metros cuadrados, baños alicatados hasta el techo, armarios empotrados, cocina Forlady, terraza con vistas al rebaño de merinas en el descampado, sauce famélico en el jardincillo de la entrada, dos columpios y un parapeto de piteras en el terraplén, total, cinco millones; uno, a la entrega de llaves, y el resto, a convenir. Sólo tenía una solución: coger una escopeta de cañones recortados y hacer un par de visitas". (...).

"y formarían una de esas parejas que toman un aperitivo de mejillones en el bar los domingos arrastrando un niño con gorro de lana en el cochecito. El dinero del atraco sería para salir adelante en la vida, y mientras eso llegaba, la chica sólo se dejaba acariciar un poco por el exterior allí en la chopera, le daba besos de novia antigua, pero le impedía el paso tenazmente si al galán se le iba la mano. Ella quería hacer el amor en un piso propio, con lámparas, ceniceros, televisor y flores de papel, porque la virginidad era el único bien parafernal que la muchacha podía aportar al matrimonio. Fue un asunto de mala sombra. Un día de cobro, el tipo agarró la escopeta y del primer golpe escapó sin botín a duras penas, pero algunos testigos le echaron el ojo y en el segundo le trincaron de huida con la saca, y además, en la escueta refriega salió un policía accidentado, aunque levemente. Carecía de facultades, y allí acabó un sueño de clase media". (...).

"Si uno desea realizar el crucero por esta bahía de ocho metros cuadrados debe acredi-

tar buena conducta, tener un expediente limpio, llenar algunas formalidades con meses de antelación, escribir una instancia a la junta y demostrar que la visita esperada es la mujer legítima; pero si el preso ha sido bueno, alguien puede hacer la vista gorda. En ese caso, las novias, compañeras y queridas con dos trienios también cuelan, siempre que exhiban modales. Algunas señoras traen para la cita camisón rosa y colchoneta hinchable, adornan el cuarto con un ramo de rosas y cuelgan de la pared objetos familiares: aquel retrato ovalado de los abuelos que el amante prisionero vio tantas veces en la alcoba de matrimonio. Durante una hora hay que recrear un mundo en ese sumidero de aire denso. Se agitan las caderas femeninas en una danza del vientre sobre el banco a salvo de las cucarachas, se hablan palabras cálidas contra el muro de cemento, se galopa brevemente con el piloto automático y la esposa maternal excita al marido con frases de mucho afecto".

"- No hagas ruido, que se van a despertar los niños.
- ¿Qué dices?
- Verónica duerme al lado.
- Estás loca. Fuera sólo hay un guardia.
- Cariño, no me entiendes. Anda, termina de una vez". (...).

"y el recluso Julián Requejo Gómez ya no se metía ningún hierro. El funcionario mantenía la promesa en pie. Si seguía siendo un buen muchacho, un día no muy lejano podría estar a solas con su novia en el cuarto". (...).

"La chica había excitado la memoria de su amante encarcelado durante años con unas cartas ardientes. Y ahora dudaba. Simplemente sentía miedo. Podría creerse que su escrúpulo era demasiado cruel, pero la chica tenía motivos para recelar de esos guardianes de mirada lasciva, de unas rejas oxidadas, de un ambiente miserable con aspecto de basurero e incluso de la pasión de aquel hombre que en un instante de furia amorosa tanto tiempo reprimida sería capaz de estrangularla de un zarpazo. Ella todavía pensaba para su amor en un piso de lámparas rosas, en una almohada con iniciales conyugales bordadas por sí misma; pero el recluso Julián Requejo luchó a muerte por el derecho a comunicación que le establece la Constitución democrática, lloró, suplicó de rodillas, se mordió los puños, tampoco se introdujo esta vez ningún hierro por la boca, y después de unas semanas de zozobra la novia transigió, y aquella tarde de sábado cruzó la reja como una gacela asustada".

"Previamente él se había ofrecido voluntario para limpiar el nido. Con una fregona y un cubo de agua con zotal frotó el suelo, las paredes y la tabla de pino. Pasó un trapo por la bombilla y puso una mata de geranio en la cabecera del banco. Compró refrescos de naranja del economato y extendió una sábana sobre la madera de la operación. Ahora el hedor a besugo podrido se había mezclado con una veta de desinfectante mortal". (...).

"No tenían nada que decirse. La novia se sentó temblando como un pájaro en el filo de la tabla y, primero, se bajo el borde de falda con dos tironcillos nerviosos sonriendo con la cara fija en la pared. El la pellizcó suavemente un brazo. Y murmuró:"

"- Por favor.
- ¿Qué vas a hacer?
- Querías un piso. ¿Te acuerdas?
- Sí.
- Esto es un piso".

"Entonces la chica comenzó a acariciarle el pecho por dentro de la camisa y con la yema de los dedos recorrió los dientes de sierra de unos costurones mal cosidos que su amante tenía repartidos por el tronco. Después de un suave forcejeo ella abandonó el cuerpo y entonces él acudió en una galopada de caballo a tomar posesión de su heredad. Fuera, un celador leía un periódico, a veces miraba el reloj y ponía la oreja en la puerta del nido. Y no lograba oír nada".

Manuel Vicent realiza, como estamos comprobando, en toda su obra retratos psicológicos de cada uno de sus protagonistas. Nos los sitúa en clases sociales, en la zona de Madrid que habitan, las ideas que por educación han recibido...

Hace una descripción perfecta de cada zona y barrio de Madrid. Visualiza los pisos que se venden en cualquier barrio periférico de Madrid, sobre todo en la zona sur, ciudades dormitorio donde se ha construído indiscriminadamente, sin planes previos de ciudad humana,

y se ha llevado a las parejas de recién casados en espera de servicios urbanísticos y de transporte que nunca llegan. No se trata ni de una ciudad ni de un pueblo, sino de una monstruosidad donde pacen las ovejas entre la maquinaria de la construcción y la basura. Pisos uniformados según dicta la sociedad de consumo, con sus cocinas y cuartos de baño alicatados, muebles por marcas según el poder adquisitivo del inquilino en cuestión. Un engaño al consumidor, conducido allí donde la ciudad ya no es ciudad, barrios sin calles, sin servicios mínimos, sin comercio, escuelas, médicos, bares...

Las personas que quieren casarse no pueden acceder a un piso ni propio ni alquilado. Los sueldos de la clase media son insuficentes e incapaces para poder adquirir o alquilar una vivienda digna, ni siquiera en la periferia, según garantiza el derecho constitucional.

También describe el sexo del matrimonio con hijos. La mayoría de las parejas legales han de acostarse con el trauma de los tabiques de papel, de los pisos enanos donde los hijos les pueden oir, sin intimidad.

Así como el sexo en la cárcel. La existencia desesperante de los presos, los trámites para poder estar con una mujer, sólo la legítima, aunque como vemos todo se puede comprar.

Y otro modelo de mujer, una chica educada para el matrimonio, y para cambiar su virginidad por un piso propio y un sueldo fijo. Se trata de otra especie de chantaje, la chica se acuesta con el novio sólo

en el momento en que se hace la ilusión de que se encuentra en la vivienda propia, sólo éllo le hace desear al hombre.

El chico, en cambio, la deseaba tanto que fue capaz de robar para conseguirla.

Una vez más el autor refleja la incomunicación en la pareja, cuando se encuentran "no tenían nada que decirse". Siempre insiste en este punto, una pareja que no tiene nada que decirse, no puede decirse que se ama, el matrimonio parece no aportar nada a sus miembros, no les saca de la soledad del individuo.

Podemos apuntar que cuando hay amor falta tiempo para hablar, para comunicarse, todo tiempo es poco para estar con la persona amada, cuando esto ya no pasa, se ha perdido el amor.

En la clase alta, el asunto no varía demasiado, como expone en "El caballo amante" (2).

"La belleza posee siempre un fondo de corrupción, y ellos eran así, un poco viciosos, muy visuales, con una decadencia de lino color hueso o de lacitos malvas de seda pura, seres viscontianos en las exposiciones de arte, figurantes en los vestíbulos de los hoteles ingleses con valija de un cuero antiguo que traía pegada una etiqueta de Creta o tal vez de Nairobi. El hacía versos secretos, aunque trabajaba de ingeniero jefe en una central térmica y habitaba un apartamento decorado según el estilo de Van der Rohe, con muebles fríos de acero y cristal, alguna talla románica, cuadros de Tàpies, un óleo diabólico de Jardiel y sillones blancos. Caído en el sofá estaba ahora el joven amante de su mujer, con las costillas ensangrentadas, muerto del todo; pero el marido miraba turbiamente por la ventana, dando la espalda al traidor y no podía olvidar el pacto que entre ellos formularon un día". (...).

"una de esas chicas algo puta o un poco artista, (...) El la exhibía en los restauran-

tes, fiestas y convenciones como a una yegua pura sangre y la mujer lograba acopiar joyas y pieles de las fieras más elegantes, hasta tal punto que incluso había aprendido a rugir. El regalo de boda fue un caballo alazán sobre el cual reinó algunas tardes nupciales en la pradera del club de campo, y allí se dejaba admirar fugazmente por el marido cuando su ráfaga rubia cruzaba a galope tendido bajo las hayas musicales; pero el caballo había muerto ya. Lentamente, el dinero les obligó a amar la superficie de las cosas, la atmósfera que despiden los objetos, las profundidades de la imagen para alcanzar el refinamiento y con él también ese espacio del tedio donde el amor adquiere formas complicadas". (...).

"Si estaba aburrida, podía llevarla a tomar el aperitivo a Nueva Delhi para que se distrajera viendo mendigos leprosos, y sin embargo, también la odiaba como lo hacen por instinto de conservación ciertas bestias inferiores". (...).

"había oído hablar de los nuevos seres naturales, de esos jóvenes agrestes que experimentan la aventura moderna del perro callejero y son felices. Este hombre no tenía trabajo, pero sabía algo de caballos, disponía de todo el tiempo libre, se alimentaba de bocadillos de calamares y sonreía con unos dientes perfectos cuyo mordisco podía resultar exacto de ternura y ferocidad. (...) Esta pareja tan fina había dejado entrar en su apartamento decorado según el estilo glacial de Van der Rohe a un tipo peludo, informal y portador de una rara ecología no exenta de piojos. A menudo le invitaban a comer y le enseñaban a las visitas, habían comenzado a presumir de su amistad y se lo llevaban algunos fines de semana a la casa de la sierra, donde el joven silvestre les contaba íntimas historias de lagartijas, grillos y alimañas que alcanzaban la alucinación". (...).

"No se trata de que el marido fuera exactamente un homosexual ni siquiera un dulce decadente, sino que su alma se había iniciado en una clase de aroma muy delicado, en ese sabor agriculce que despide el vicio más exquisito. (...) A su vez eso le proporcionaba un lujo supremo: poseer todavía a su pareja y sentirse libre de ella, poder cabalgarla a su antojo, compartirla, usarla, huir y volver a solicitarle los muslos en el momento oportuno". (...).

"Puesto que se amaban de una forma tan moderna, era necesario establecer ciertas reglas europeas entre ellos. El marido pagaría los gastos y el amante debería compor-

tarse con la nobleza de un buen caballo. (...) De noche, en la buhardilla del dúplex, a la sombra de un óleo diabólico de Jardiel, el esposo amado escribía versos que se inspiran en la excitación de algunos gemidos en el piso de abajo y nunca había sentido un latido tan fiero en la caverna del vientre. Su trabajo de inspector de la central térmica permitía a la mujer quedarse sola con el peludo ecologista unos días a la semana, pero el sábado era una música verlos galopar en las verdes colinas del club de campo y oír risas plateadas en los sotos". (...).

"Poseer una mujer hermosa con un amante a sueldo era la fascinación más audaz que podía ofrecerse en los vestíbulos de moda. Viajar a la selva, matar elefantes, desembarcar en puertos egeos con una hembra radiante llevando atado al tobillo a un atleta genital contratado, asistir al espectáculo de un deseo compartido y acariciarse juntos bajo las mosquiteras del Caribe o contemplar un paso a dos desde una butaca de mimbre en una terraza del Mediterráneo resulta lo más venéreo que la modernidad podía dar. El equilibrio nunca llegó a romperse. La dicha común era completa, sin posesiones exclusivas; pero hubo un momento en que el amante, al conseguir el tedio, quiso abandonar la partida". (...).

"De una forma helada descargó un par de estocadas fatales en las costillas del amante de su mujer, y cuando ella volvió de la peluquería aquella mañana se encontró en la moqueta el cuerpo recién ensangrentado y al marido que le daba la espalda mirando turbiamente por la ventana. El pensaba en un lejano caballo al galope con el lomo desnudo en la sombra de unas hayas musicales".

Ahora se ha situado Manuel Vicent en la clase acomodada, nos ofrece su perfil sociológico y psicológico, una imagen de individuos fríos, fríos en afectos, sentimientos y comportamiento, el ambiente de que se rodean tampoco resulta acogedor. Su personalidad es lo que poseen, la ropa que visten, los objetos que poseen.

El matrimonio en este caso se encuentra invadido por la misma rutina, tedio y aburrimiento, pero lo combaten con su dinero.

En las clases altas existen los mismos "pecados que en las medias y bajas, pero se les cambia el nombre. Entre éllos no está mal visto el adulterio, ni otros conceptos "escandalosos" cuando se aplican al resto de la sociedad.

Este marido puede sufrir la infidelidad, es más, la puede pagar para conservar a su mujer, para evitar el aburrimiento, pero lo que no puede soportar es que el "macho" que ha encontrado para sus fines, tenga una idea propia, decida dejar el trabajo.

Al amante no le ve como a un rival, ni siquiera como a un hombre, sino como a un animal de su propiedad. A la mujer la tiene perdida sin el amante, por eso el caballo al final de la historia galopa solo.

El amante tampoco es tal amante, es decir, el amor no entra en el juego, un amante para un rico es algo que se puede pagar, sexo a sueldo, en este caso se le compara con un caballo porque se compra la belleza salvaje del animal, lo rudimentario y natural que no se tiene en el refinamiento, la potencia sexual que se ha perdido en la rutina del matrimonio.

Describe también, aunque nos salgamos del tema que nos ocupa ahora, la crueldad, el desprecio que sienten por el resto de la humanidad, "si estaba aburrida, podía llevarla a tomar el aperitivo a Nueva Delhi para que se distrajera viendo mendigos leprosos".

En cualquier caso, va quedando clara la importancia de la economía dentro del "contrato" del matrimonio.

La visión deprimente del mundo de la pareja, y la transmutación que sufren sus relaciones con el tiempo, nos lo cuenta Vicent magistralmente en "Amor y otros muebles" (3):

"En realidad, aquel hombre no era nada sin el viejo sillón. (...) Tampoco el cuerpo de la mujer en aquella soledad de cal, ausentes ya los reflejos de la madera y de las copas de cristal en la vitrina, poseía la densidad a la que él se había acostumbrado". (...).

"Antes de casarse llegaban al piso mordiéndose en el ascensor, abrían la puerta con toda la sangre ya en el bajo vientre y se arrojaban en el parqué recién acuchillado, entablaban una refriega absolutamente carnal, y el deseo del cuerpo contrario, que sólo se requería a sí mismo, no necesitaba colchón, ni lámparas, ni tresillos, ni consolas, ni espejos, ni estanterías, ni chinos de alabastro, ni la "Santa cena" de Leonardo, ni colchas bordadas por unas monjas de Granada, ni esas uvas de resina ni, por supuesto, el televisor. Ambos atravesaban en largas cabalgadas la desnudez del espacio y el crujido del amor rebotaba en los tabiques. Los objetos llegaron después". (...).

"Primero fue aquel arcón (...) La nueva pareja lo había utilizado para guardar las sábanas almidonadas, pero sus entresijos permanecían impregnados con fragmentos de memoria cuyo aroma les llevaba a la infancia en el pueblo. También acudió a continuación un armario ropero de nogal con la luna emplomada de origen desconocido o perdido en el pasado. (...) Este mueble severo había presidido los mil coitos reglamentarios de la pareja, formaba parte indivisible de su amor, ya que siempre se veía reflejado en el espejo biselado de la alcoba cuando los cónyuges realizaban la posesión. La luna del armario mandaba la imagen de los conejos al espejo de la pared y éste la devolvía a la luna del armario; así que ellos no eran más que una apariencia. Con el tiempo este armatoste llegó a despertarles un reflejo condicionado. Esa mezcla de alcanfor, membrillo, almidón y lavanda que exhalaba su intestino se había unido para siempre a través de la nariz con las venas eróticas del fémur. (...) Se habían diluido en la biografía amorosa de la pareja o en su vida común, hasta tal punto que no se podía separar la consola de la paga extraordinaria del marido, ni la lámpara de Murano de aquel viaje a Venecia, ni los regalos de boda del recuerdo de los primeros

años felices, ni la colección de cerámica popular de aquella etapa de activismo progresista, ni las litografías enmarcadas del paseo de los sábados por las galerías de arte. (...) También la sensación del espacio se la habían llevado los rateros".

"-¿Qué podemos hacer?
- Nada. Resistir.
- No tenemos televisor.
- Entonces no habrá más remedio que mirarse a la cara.
- Es terrible.
- Bueno. ¿Qué más da?
- ¿Me quieres?
- Claro". (...).

"Sin un solo cacharro a su alrededor, estaban condenados a comunicarse". (...).

"Sin la presencia adusta del armario ropero ellos no alcanzaron el orgasmo ni una sola vez, y aquel hombre fuera de su sillón había perdido toda la autoridad" (...).

"El instante supremo se alcanzó aquella tarde en que él pudo sentarse finalmente en un sillón con el periódico y ella enchufó el aparato para contemplar "Flamingo Road" mientras hacía calceta al lado de su amado. De aquel mueble".

Manuel Vicent nos ha reflejado crudamente la soledad de dos acompañados que acompaña al matrimonio. El cambio de relación en la pareja de antes a después de casados. Ahora, y cuando se han quedado sin televisión, necesitan preguntarse si se quieren, antes lo sabían, el deseo, la pasión y el amor se encontraba dentro de cada uno, poseían más importancia que cualquier otra cosa, porque el entendimiento no necesita muebles, espejos, ropa, televisión. Cuando el sexo necesita algo más que dos cuerpos, es que ya no se mueve por el amor ni el deseo.

El drama viene cuando se ha de enfrentar

uno con la persona que tiene al lado al desnudo, si queda algo hay amor, amistad, comunicación, sino ya no queda nada en común, se comparten los muebles, los objetos. Cuando se calla la televisión, invade el silencio porque entre los dos ya no queda nada.

Una vez más, el autor ve la convivencia del matrimonio como rutina, costumbre, aislamiento.

El "otro" se convierte en un mueble más de la casa, no existe vida entre ambos. Sólo se acuerda uno de una lámpara de noche cuando se va a acostar y la prende, el resto del día no existe, así ocurre en la pareja, ya no les mueve ningún sentimiento, ni la pasión, que se utiliza en el momento de necesidad sexual o de cenar con un bulto en silencio, como un objeto más de la decoración del salón frente al televisor.

La televisión nos la muestra Vicent como necesaria para romper el silencio, para soportar la vida en común. Un medio que lleva a la incomunicación, pero a su vez imprescindible para tener de qué hablar y compartir la vida.

Nos describe una existencia actual sin sobremesas, la conversación no se comparte como tampoco un café o un cigarro, las personas no se hallan unidas por hechos ni diálogos. Las tertulias y los gustos compartidos se han sustituído por los objetos, los muebles compartidos. Lo que se puede comprar desplaza a lo que se puede compartir, las imágenes de vida sustituyen a la vida.

También ofrece al hombre como a un animal

de costumbres, narra la sensación de extrañeza que siente esta pareja al encontrarse la casa vacía, un entorno distinto, la falta de imaginación para conseguir conectar, familiaridad entre ellos. El hombre fuera de su ambiente y entorno ya no es nada, le invade la inseguridad.

Y por último vamos a analizar "El nieto de Ulises", donde confluyen todos los traumas del matrimonio en la sociedad actual, desde el punto de vista del autor, y que además refleja al hombre de hoy como un antihéroe:

"Tenía la cara pecosa, el pelo de maíz, la espalda redonda, las manos grandes. Se llamaba Leopoldo Bloom. Hace 40 años, en la pila del bautismo le impusieron ese nombre en memoria del abuelo paterno, que fue el famoso héroe de la novela Ulises, y aún habitaba la misma casa de su antepasado, en Eccles Street, número 7, de Dublín, pero su mujer no se llamaba Molly, sino Dorothy, (...) Tampoco el nieto Leopoldo podía exhibir una excusa para perderse en la ciudad, puesto que las calles de Dublín ahora estaban bien señalizadas. Lo ignoraba todo de Dios y del alcohol, su alma no se hallaba podrida por ninguna clase de culpa levítica, había sido educado en los rigores de la informática". (...).

"reinó brevemente en el trono del cuarto de baño, y allí las vísceras inferiores le respondieron con absoluta perfección, cosa que en este mundo sólo consiguen algunos seres privilegiados que carecen de traumas. (...) además de veterinario era medio gerente en un negocio de piensos compuestos, de modo que estaba al corriente de las secretas ansias del ganado moderno, conocía las pasiones íntimas de cualquier especie de bestia y podía sanar la neurosis de un canario o la faringitis de un puerco; su sabiduría iba desde el alpiste hasta la alfalfa vitaminada. Pero lo ignoraba todo de las miserias del corazón humano, empezando por el suyo, si bien eso no le importaba mucho". (...).

"que le presentó la secretaria, cuyas nalgas eran perfectas. Ellas, sin duda, hubieran llevado al abuelo a una lejana ensoñación entre la teología y el instinto carnal

con intrincadas derivaciones hacia la lingüística, en una amalgama freudiana y bíblica de judío converso. En cambio, este descendiente pelirrojo de 40 años miró de soslayo las nalgas de Alice, y, viendo que tenían forma de almendra, pensó únicamente en las almendras, aunque sólo en su cáscara". (...).

"y en ese tiempo no dedicó el más leve pensamiento a Dorothy. Ella en ese instante se encontraba hirviendo unas camisas en la lavadora después de haber dejado el salón--comedor y alcobas de Itaca como los chorros del oro". (...).

"Dios había naufragado en su memoria. Ya no existía Zeus, ni Jehová, ni Jesucristo, ni Freud. Dentro de su cráneo reinaba el pato Donald. No tenía veleidades raras en el sexo, las mujeres hermosas le excitaban lo justo -siempre que se parecieran a otro mamífero superior-, no había leído un libro de literatura desde la adolescencia, no tenía noción del pecado, desconocía la historia de Irlanda y el mundo para él consistía en una culata de ternera". (...).

"Así llegó el instante sublime, las seis de la tarde, en que el héroe debía regresar a Itaca. (...) pero este Ulises tuvo que realizar una mínima parada en el camino con objeto de alquilar otra remesa de vídeos en una tienda del ramo frente al Post Office. Con el cargamento metido en una bolsa de plástico, Leopoldo Bloom arribó al hogar con la mente en blanco, sin percances. Besó al sesgo la mejilla de Dorothy, (...) Cuando ya estaba embarcado en el viejo butacón tapizado con flores amarillas, como en un bajel del mar Egeo, la mujer le depositó una bandeja con la cena en las rodillas, pero en la pantalla del televisor de muchas pulgadas había comenzado la navegación". (...).

"El gran laberinto del viaje de Ulises no sucedía en el interior de Leopoldo Bloom, cuya alma no tenía oleaje, sino en la pantalla, donde se veían imágenes de signos modernos, sólo externos". (...).

"La noche de Dublín cayó en la ventana de Eccles Street, número 7, y fuera de Itaca cantaban lejanas sirenas, aunque eran de ambulancia o de policía". (...).

"Leopoldo Bloom, convertido en Ulises, y Dorothy, en el papel de Penélope, se tumbaron abrazados en la moqueta, y los dos a remo fueron mimetizando, repitiendo, imitando,

interpretando en forma de sombras los mismos actos obscenos que la pantalla transmitía con fulgores de carne". (...).

"Un leve oleaje se había elevado en el alma de Leopoldo Bloom, pero ambos terminaron de hacer el amor cuando el vídeo todavía andaba por la mitad. La pareja quedó inmóvil sobre la moqueta, varada en una playa, y aquel yate voluptuoso se fue alejando de su imaginación. Lo gobernaba un Ulises de pacotilla entre insulsas muchachas desnudas. Leopoldo Bloom vio cómo se perdía por mares azules, y con una mano en el vientre de Dorothy se puso a pensar en todo eso que le esperaba al día siguiente en la oficina". (4).

Manuel Vicent nos revela la existencia de la pareja actual, unida por el matrimonio, mediante una transposición y oposición de la historia literaria de la Odisea y de Ulises. Lo mismo que James Joyce refería sus capítulos a episodios y personajes de la obra de Homero, Manuel Vicent va haciendo respectivas referencias a ambas novelas para construir su relato. Si ambos textos universales nos manifiestan un gran conocimiento del alma humana, también el de nuestro autor nos lo ofrece en época actual, en la década de los ochenta.

Vicent también nos describe una jornada entera del protagonista, y nos introduce en la vida de un matrimonio de la clase media, pero si en 1.904, en Dublín, Leopold Bloom se evadía en el alcohol, la música, la mujer, en 1.986, su nieto lo hace en el trabajo y el vídeo.

Si Penélope representaba la esposa fiel, y Molly la infiel, Dorothy encarna a la resignada.

El autor narra los ideales actuales encarnados en Leopoldo Bloom y su mujer Dorothy, se trata de los

antihéroes, de los arquetipos de hoy día. Ciudadanos que no son protagonistas de sus vidas, sino que imitan la vida en una cadena interminable de la imitación que nos dan los medios de comunicación de masas.

Leopoldo no se pierde por la ciudad, no participa en élla, por el contrario, se pierde ante la pantalla dè televisión, en las películas de vídeo. No lee, no ama el arte ni la música, no bebe, no se sumerge en Dublín, no realiza ningún viaje, carece de imaginación, esperanzas y metas. Como nos va contando el autor no busca aventuras, no se mete en las vidas de verdad, ni siquiera en la suya, no le queda nada por descubrir ni por amar, nada le inquieta, ni el alma, ni las vivencias ni las miserias ajenas. Va de su casa al trabajo, y del trabajo a casa, donde ve la televisión, hace el amor deprisa y obligado, motivado por las imágenes del vídeo y no por las de su mujer, y vuelve a retornar su mente al trabajo. Ese es todo su laberinto, su otro paisaje, su más allá.

Al nieto de Ulises no le motiva el sexo ni el amor, se excita lo justo ante la presencia de una mujer, y nada con la suya propia, necesita mirar cómo hacen el amor los actores en una película para poder estar con su élla y ejercer el acto por rutina y obligación.

El amor lo hace sin amor ni sensibilidad. No busca un acto total, satisfactorio, que lleve más allá del cuerpo, por lo que le conduce al vacío. No hace el amor, lo imita.

Ni siquiera en este acto tan íntimo y que debería ser pleno, se encuentra el hombre actual a

sí mismo. Es el producto de esta sociedad donde el dios es el dinero y el consumo, el ciudadano mimético, cuya vida gira en torno al trabajo.

Manuel Vicent mantiene, por tanto, unas constantes en su visión de la relación pareja y de la vida matrimonial. La gente se casa porque llega la hora, sin una decisión razonada ni libre, y en muchos casos sin que medie el amor. El matrimonio engendra la rutina y la incomunicación, incluso en la cama. *Termina con las aspiraciones, ilusiones e independencia* de las personas. Existe una íntima conexión entre economía y matrimonio. Todo es relativo, se mezclan y confunden las pasiones humanas, el sexo, el dinero y el amor. El matrimonio actual además es víctima y protagonista de los problemas sociales y de la forma de vida de hoy día, paro, estrés, impotencia, soledad, sociedad de consumo, medios de comunicación... de la vida programada, uniformada, imitada, que estamos encontrando a lo largo de todo el trabajo.

2. Familia. Nos resta citar tres textos más, que corroboran lo dicho hasta aquí, y añaden el tema del divorcio. En el primero de éllos, publicado en Hermano Lobo, el 1 de junio de 1.974, comprobamos cómo Manuel Vicent ha defendido la existencia de una ley de divorcio, cuando en nuestro país aún no había arribado la democracia, es "El santo matrimonio":

"No hay más que mirar el mapa para comprobar que allí donde está establecido el divorcio la gente es muy desgraciada. En los países civilizados cuando uno se siente casado hasta el cuello coge los papeles, los rompe como se hace con la baraja y en un santiamén se descansa. Pero, claro, después viene en seguida ell pecado mortal y con el pecado mortal, según dice el catecismo, viene el infierno. Y esto, amados hijos, es muy grave: calderas de aceite hirviendo, serpientes venenosas que se te

meten por el recto, demonios pinchándote las posaderas con el tridente al rojo vivo en herraje de azufre como si uno fuera un novillo de ganadería y todo por no aguantar a la mujer que es una santa o al marido que es un hombre honrado y emprendedor". (...).

"Los casados aguantan una barbaridad; se pasan años haciendo el amor sin ganas y dando dinero para la compra; ponen el periódico apoyado en la jarra y leen el editorial aperturista mientras comen las sopas gallo; se calzan las babuchas y son capaces de resistir veinte noches delante del televisor sin hablar. Pero cuando en este páramo de aburrimiento aparece una moza coqueta ante los ojos del honrado varón o en la vida de doña atareada se cruza un joven dinámico y con sed de porvenir entonces el matrimonio, que ha pasado por doscientos mil telefilms sin rechistar o ha soportado doscientas mil caquitas del nene sin una protesta, entonces comienza a disolverse para formar en seguida otro hogar donde al poco tiempo va a penetrar el tedio por la ventana hasta que aparezca la posibilidad de fundar otro. Y así sucesivamente".

"Pero esto sucede en los países llamados industriales, mal llamados de civilización avanzada.l Y basta contemplar el mapa para comprobar que viven en pecado mortal. En nuestro país, en cambio, el matrimonio es una roca. Por eso sencillamente somos felices ahora e iremos al cielo después".

En "Los pasotas también se casan", nos muestra las costumbres de los jóvenes, según la imagen de la década que viven.

"A pesar de todo, los pasotas también se casan. La naturaleza tiene previsto un estado de imbecilidad transitoria alrededor de los veinticinco años en que los cuerpos más insolentes están con la guardia baja. La escabechina sacramental captura entonces una gran redada de inocentes. Después de visitar los santos lugares magnéticos con un macuto, después de revolcarse por el esplendor de la hierba, después de pasear la barba y el morral por las plazoletas iniciáticas, las tabernas de moda, las barrocas escalinatas que sustentan héroes con levita, si una pareja de pasotas se ama, al final entra en un garaje convertido en capilla de suburbio, pide presupuesto, tantos cirios, tantas alfombras de estameña, tantos geranios, tantos acordes de armonio ratonero, los tres quilos de arroz bomba y se casa. Todo por epatar. Los pasotas

se arrodillan en un reclinatorio de pino, humillan ligeramente la nuca y se hacen bendecir por un cura amiguete".

"El novio suele ir equipado con un traje de pana lisa; la novia se adorna con traje típico del tercer mundo, de colores vivos, tela basta bordada por las manos de un zulú. Ella ni siquiera insinúa el más leve mohín. Los dos admiten las maniobras del ceremonial con rictus divertido, con un pliegue cínico en la comisura, como si la cosa no fuera con ellos. Pero lo cierto es que los pasotas se casan con papel timbrado, hisopo, arroz y consentimiento a prueba de un obispo de Detroit".

"En los años sesenta los progresistas también se casaban, aunque no eran tan inocentes ni provocadores. (...) La pareja, antes de visitar al cura, pasaba por la notaría y depositaba allí un sobre lacrado. Sabía perfectamente que las promesas de amor y los dulces revolcones en el pajar, cuando llegaba el hermaneo de carnes, se convierten en un puro asquito. (...) Hasta entonces la separación matrimonial entre progresistas solía hacerse a pelo: para ti la cerámica de Alcora, para mí el mantel de Rumanía; para ti el cartel de Che Guevara, para mí el disco de Jazz; para ti el amuleto erótico de Ibiza, para mí el plato limosnero que compramos en aquel anticuario de Orense; tú te largas por esa esquina y yo me rilo por la otra". (...).

"Pero con el truco del sobre lacrado en la notaría los progresistas más sofisticados cogían el atajo. El sobre contenía una declaración jurada donde se decía que ellos no tenían intención de casarse ni nada, que todo había sido una broma, por eso ponían esa cara de risa en la ceremonia nupcial". (...).

"los dulces pasotas, ajenos a la que está cayendo, se arrodillan en un reclinatorio de pino y blanden el dedo corazón para que les metan el aro. Es lo último que se lleva en materia de cinismo". (5).

Y en "Ellas se van" (6), toca el tema del divorcio, pero destacando la vuelta que ha dado la mujer psicológicamente. Descrito sarcásticamente, hace-notar que se han cambiado los papeles hombre-mujer, que la mujer se ha independizado, ya no se trata del sexo débil, mientras el hombre se ve debilitado, desborda-do y sorprendido por la actitud de la hembra.

"Ellas se van a comprar tabaco y ya no vuelven. Un buen día esas chicas de 30 años, tan sanas y eficientes, cogen los bártulos sin mover una pestaña, dejan al marido con los hijos sentado en el sofá viendo "Flamingo road" y se largan con otro. No tienen corazón. (...) Los machistas clásicos que cubren su pecho ensortijado con camiseta de felpa aún creen que las mujeres son máquinas lloronas, encremadas, de tiernas manos, con dos biberones colgados en las costillas delanteras. Si el negocio de embutidos marcha bien, las visten con un abrigo de astracán, les pagan la permanente en la peluquería, las obligan a hacer canelones y las cabalgan con grandes risotadas en la noche del sábado. Se trata de la vieja escuela. A algunos les funciona".

"En cambio, los cuarentones neuróticos, jeques de mayo con mala conciencia, han dado un paso adelante. Sus esposas progresistas están interiormente rebeladas, ellos realizan en ciertas ocasiones el supremo esfuerzo de ponerse un delantal, en la casa se oyen todavía gritos de igualdad y la pareja se neutraliza en largos períodos de silencio. Probablemente el hombre ha acariciado en secreto la idea de separarse, pero la decisión siempre aplazada se convierte en una tortura varonil, entre el orgullo y la destrucción, que lo transforma en un ser pálido. Este macho cuarentón analiza durante el insomnio la propia soledad, el daño que puede causar, el futuro de los hijos, las lágrimas inminentes, y deja pasar otro fin de semana".

"Ahora son ellas las que se divorcian. Ha llegado una generación de mujeres de 30 años que una tarde mete el cepillo de dientes en el bolso y se esfuma por la puerta falsa sin decir una palabra. Ellas no se plantean ningún trauma. Un día se enamoran de un canadiense y sólo necesitan media hora para fugarse con él a Tahití o a Venta de Baños. Aunque parezca lo contrario, la hembra moderna adopta una frialdad rápida y ciega cuando le conviene y está preparada psicológicamente para saltar cualquier obstáculo. El marido se debate en la duda agónica de comunicarle una idea lejana de separación, pero al volver la cara ya no la ve. En ese momento su mujer está con el amante abordando el avión".

2. Familia y conflicto generacional.

La familia será el resultado y reflejo de la sociedad. Manuel Vicent describe la crisis de la familia tradicional occidental.

La estructura social básica actual es la familia nuclear, el padre, la madre, y los hijos, que hoy día son uno o dos, y se tiende a olvidar o relegar a los abuelos. Todo éllo dentro de un modelo urbano, y como una unidad básica de consumo.

Una de las características en que se fija Vicent es en la falta de libertad dentro de la unidad familiar, la pérdida de individualidad de sus miembros. Veamoslo en "La pandereta de Navidad" (7):

"La Navidad tiene muy buena prensa, pero la Navidad es una lata impresionante. A la familia cristiana le da por enchiquerarse entre cuatro paredes, poner los braseros a tope y empezar a comer como bestias durante quince días. Los niños se pasan la jornada gritando por el pasillo, haciendo gamberradas con el abuelo, estrellando juguetes contra los espejos, limpiándose los hocicos de turrón en los visillos; luego está ese primo del pueblo que viene a felicitarte las pascuas y se queda pensionado toda la semana (...) Luego está la tía dulce y beata que canta villancicos cuando deja de confeccionar más guisotes; la mamá atareada comprando cacharros en los grandes almacenes y la televisión bombardeando todo el día. La chacha se ha ido de vacaciones y ha dejado abandonada en el frenesí a toda la familia encerrada entre cuatro paredes. Y encima pende sobre el hogar la obligación de ser feliz y de amarse los unos a los otros". (...).

"Desgraciadamente en Navidad cierran las oficinas porque esa sería una salvación. Sería una felicidad dejar a la familia en casa atascada de turrón el almendro y meterse uno en la oficina a cuadrar balances tranquilamente con un transistor. Y cuando los reyes de oriente lleguen sin los grifos de petróleo y la cuesta de enero ponga las cosas en su sitio coge uno y vuelve a casa y comienza a repartir besos a todo el mundo. Y el primo del pueblo ya se ha largado".

Esto lo ha escrito el autor en 1.973, y como podemos comprobar, apunta que no existe comunicación, amor ni entendimiento dentro de la familia, y que permanecer juntos por obligación, como ocurre en fechas señala-

das, no contribuye a la libertad del individuo.

El absurdo de la existencia, que en ocasiones genera la vida en familia, la opresión que la persona puede llegar a sentir dentro de élla, también lo trata en una de sus Crónicas urbanas, concretamente en "Muda de verano" (8).

"He aquí a un sujeto que llegó al fondo de su yo a través de la ensalada de apio. Era un ser rodeado de cosas. Tenía un perro, cuatro hijos, dos coches, una mujer tan redonda como él mismo, un canario flauta, un jefe al que le olía el aliento, una bicicleta estática, una secretaria, un piso con terraza, una báscula a la que se le había saltado la aguja, un mes de vacaciones, una tarjeta Visa, un abono del Real Madrid, diversas porcelanas, fascículos y bandejas de plata, cuarenta y tantos años de vida, algunas arrobas de más y una mirada melancólica de buey. Estaba deprimido. (...) Era uno de esos gordos que hunden el catafalco del psicoanalista. Podía suicidarse, apuñalar a su señora, huir a Brasil con la nómina de la empresa o hacerse musulmán, pero él sólo deseaba meter la calva incipiente en el útero de su madre y convertirse en una carpa. Los señores, a cierta edad, suelen atravesar turbios lances de semejante estilo. (...) Este elemento había alcanzado una etapa de la existencia en la que se ve con claridad la pequeña bazofia rutinaria que a uno le rodea. Se sentía atrapado por un mundo de cacharros familiares, de amores usados, de horarios sometidos. Jamás podría seducir a aquella adolescente rubia y amoral que le tentaba lascivamente desde el balcón de la playa con la pompa del chicle en la boca entreabierta. Ella fue tal vez el dispositivo que le hizo saltar la neura". (...).

"Después de varias sesiones en el diván del psicoanalista comenzó a darle vueltas a una idea obsesiva: la falta de libertad produce cáncer. Aquella gorda que se pasaba los días bordando almohadones y comiendo pasteles, los hijos que parecían cuatro máquinas tragaperras, el jefe de la oficina que le echaba el aliento podrido en el pescuezo, las babuchas, la butaca raída por su inmenso trasero delante del televisor, el mes de vacaciones en Gandía, con la sombrilla, los flotadores y los cubos de plástico; el tedio de media tarde dando lengüetazos, en pantalón corto, a un cucurucho de helado, seguido de la prole por la linde de la playa, era el horizonte

cerrado de este padre de familia, antiguo héroe del espacio con mechero dunhill, convertido ahora en un volquete de tocino con los muslazos de paquidermo, el oleaje de la papada sumergido en la densidad de las tetillas y aquella barriga que doblaba la esquina cinco minutos antes que él. ¿Dónde tenía el yo? Probablemente, en el rincón más insospechado debajo de aquel montón de grasa". (...).

"En medio de la depresión, se contemplaba las grietas del vientre, se palpaba las varices (esos gusanos azules con nódulos que le trepaban por las pantorrillas), se miraba en el espejo las bolsas de pulpo, y entonces sólo quería huir, o apuñalar al ser más querido, o meter la cabeza en el cubo de la basura; pero la mujer, casi tan gorda como él, llena de melindres, acababa de sacar la cena a la terraza". (...).

"La barriga le funcionaba a toda máquina, se le había convertido en una hormigonera. Comía y odiaba. Se inflaba aún más, y luego los embutidos le sumían en una modorra poblada de sueños de lolitas desnudas, aparatos de gimnasia, aventuras galantes, viajes al trópico y anuncios de Martini. (...) Podía haber dejado el dálmata en la perrera municipal, mandar los hijos a un campamento, imaginar que a su mujer se la había llevado la grúa y él no la reclamaba;". (...).

"Pero de pronto se le ocurrió la última fórmula de salvación. Decidió someterse a un riguroso plan para adelgazar. Sólo de este modo podría fugarse hacia dentro de sí mismo en busca de su yo. Comunicó la noticia a la mujer, y ella, soltando un grito de súbita felicidad, le dijo que quería acompañarle también en ese viaje. La pareja de gordos penetró a continuación, con una alegría furiosa, en la alucinante marcha atrás de las calorías. Parecía una bobada, pero la obsesión por recobrar el esqueleto llenó de sentido toda una existencia". (...).

"En el cuarto de baño tenía una báscula con la que había establecido una intimidad erótica. (...) La pareja entró en competición. Se desinflaba unos centímetros cada día, y por casa se oían gritos de victoria cuando caían las marcas". (...).

"En la vida siempre hay un momento estelar: ése en que uno decide huir o romper la soga, y este héroe dietético lo estaba consiguiendo. (...) Mientras tanto, la zanahoria rallada y el huevo duro hacían su trabajo, le iban esmerilando las fibras del magro, y entonces unos pellejos como pergaminos comenzaron a colgar a modo de

colada de los altos huesos del hombre; pero en este tiempo aún se reconocía en el espejo. Podía decirse que todavía era el mismo ser". (...).

"Después de un mes de brega alucinante con la dieta, al final de las vacaciones, la pareja también se reconocía mutuamente. Estaban todo el día juntos. Hacían un amor consabido. Incluso una ternura extraña había brotado entre ellos. Pero algo espiritual sucedía en aquella terraza. Habían perdido alrededor de 30 kilos cada uno y tenían la sensación de que sus cuerpos volaban hacia una lejanía contraria. La cadena de ganglios del hombre fue la primera en romperse. Aquella mañana en que la familia hacía las maletas para volver a la ciudad, este sujeto sintió un breve estallido, como si una burbuja le hubiera reventado bajo las costillas. En ese momento se había producido en su persona un salto cualitativo. Se miró en el espejo y vio allí a un señor desconocido. La última ensalada de apio le había roto el yo. Cuando salió del cuarto de baño, la mujer lanzó un grito de asombro en el pasillo". (...).

"El *antiguo* Pepe y *la antigua* Leonor regresaron a Madrid en el *mismo* coche, con el perro, los hijos y los paquetes, haciéndose las caricias de esos seres que se acaban de conocer. En la playa habían dejado entre los dos unos 60 kilos de grasa, el equivalente a otro individuo. Finalmente, el tipo había huído. En ese instante estaba solo en la playa, tomando una cerveza. Este montón de grasa, en adelante se llamó Nicolás. Era libre. Acababa de ligar con la adolescente del chicle".

En este relato Manuel Vicent denota que no cree en la familia, al menos como funciona en nuestra sociedad. El ser humano es un ente independiente, cada persona es un mundo, cada cual se encuentra lleno de sí mismo, ansía actuar por libre en cada faceta de la vida, y la institución familiar quita la libertad.

La familia simboliza la opresión, las obligaciones impuestas, genera insatisfacción. El matrimonio consiste en un cúmulo constante de prohibiciones hacia el otro, de chantajes, de frustraciones. La pareja aplasta la individualidad, los deseos, las esperanzas, las ilusiones, la personalidad del otro.

La familia, por tanto, aniquila la idiosincrasia y la libertad. Supone a todos sus componentes un aburrimiento compartido, un soportarse continuo. La familia, desde este punto de vista, está bien para conformistas, para gente sin ideales, que sólo busca seguridad.

Como en este caso, consiste en una acumulación de cosas y objetos, en una cadena interminable de consumo, un consumo estándar como forma de integración familiar, el protagonista lo tenía todo programado. Ninguno de sus miembros es feliz si no se encuentra continuamente consumiendo, "hijos como tragaperras".

Por otro lado, describe el trauma de los gordos. En nuestra sociedad, según aumenta el consumo general, tiende a disminuir la parte de gasto destinado a la alimentación. Porque las dietas de adelgazamiento han sustituido a la abundancia de comida como elemento de distinción de clase, ya que ahora el cuerpo posee una gran importancia social. Se intenta romper las frustraciones con el culto al cuerpo. Existe la moda de la gente delgada y bella. Y cuando uno no está a gusto consigo mismo, anhela estarlo con su cuerpo.

En "Muda de verano" vemos al protagonista queriendo conseguir el mundo placentero que nos ofrece la publicidad (Martini), relax, paz, playas con palmeras, sexo, erotismo, y le lleva a desear poner a tono con esa idiea al propio cuerpo, creyendo que, con el logro del peso ideal, vendrá la vida ideal.

La vida de esta sociedad y de este modelo de familia sólo produce insatisfacción, pero imitar las imágenes de los cuerpos de la publicidad no con

duce al propio yo ni a la libertad. Así finaliza el artí-- culo con el hombre delgado en el coche con la familia de vuelta a la rutina, el aburrimiento y la programación, y los kilos sobrantes realizando el sueño del hombre, sintiendose libre.

El autor nos hace recapacitar que uno se pasa la vida estudiando, opositando, trabajando, luchando por conseguir un bienestar, sacar adelante una familia, adquirir lo que las reglas sociales y la configuración de la propia familia exigen, y cuando se ha llegado a éllo, se da cuenta de que no ha hecho nada de lo que de verdad quería en la vida.

De la soledad de cada individuo dentro de la institución familiar nos habla Manuel Vicent en "Retrato de familia" (9).

"Se trata de una familia tan moderna, que gracias a ella el psiquiatra ha podido comprarse un chalé en la sierra equipado con refugio atómico. El padre empina el codo, el hijo se mete salsa de tomate en las venas, la madre tiene depresiones suicidas y la hija se ha escapado de casa. (...) Los cuatro elementos de este retrato se han despellejado los riñones en el diván del psiquiatra, pero hasta el momento, ese barbudo de bata blanca no ha logrado descifrar el enigma principal. No sabe si el padre se emborracha porque su hijo se pica con la jeringuilla, o si el hijo se droga porque su padre se embriaga, o si la madre quiere tirarse por el tendedero porque su hija se ha fugado con un guitarrista, o si la hija ha puesto tierra por medio para no asistir al gran desenlace que se avecina". (...).

"Sin embargo, no siempre había sido así. Hubo un tiempo en que esta familia era tan normal como cualquiera de las que van al parque los días de fiesta, y coleccionan fascículos, y compran bronceadores en verano, y juegan con cubos de plástico y patos de goma, y se echan arena bajo la toldilla en la playa de Benidorm, y acuden en reata al Corte Inglés, y hacen quinielas, y suben a la sierra los domingos en un Renault 18 y extienden la manta bajo los pinos y comen tortilla de patatas con gaseosa

Casera y leen revistas del corazón entre avispas". (...).

"De sus viajes al extranjero traía la maleta llena de chocolate suizo, "Play-boys", discos de "jazz", cremas para la erección, fumigadores contra navajeros y bragas rojas con una cabecita de gato. Era un representante de la España dinámica de una época. Tenía un hígado perfecto, que lo filtraba todo, y un tomavistas comprado en Francfort, con el que cogía bodas de amigos, bautizos, cumpleaños y meriendas campestres en unas cintas donde los niños sacaban la lengua en primer plano y saludaban con la manita y la madre se tapaba el rostro con la servilleta". (...).

"La papada y los problemas de la empresa llegaron al mismo tiempo. Había perdido mucho pelo, y con la primera suspensión de pagos le floreció en el pescuezo una guarnición de quistes sebáceos y a continuación comenzaron las diarreas y los cólicos hepáticos de tres en tres, mientras la mujer se pasaba el día en chanclas de gomaespuma sin salir de aquella horrible bata azul con cuarterones de guata, y en la habitación que da al patio interior crecía un adolescente lívido y desconocido para todos. Aquellla tarde, la mujer entró en el cuarto de trabajo del marido comprimiéndose la nariz con el pañuelo y le dijo que apagara el transistor. El hombre cerró también el cartapacio, y entonces ella le enseño un pequeño envoltorio de papel higiénico".

"- Mira esto.
- ¿Qué?
- He encontrado esta jeringuilla dentro de un zapato de tu hijo.
- ¿Le pasa algo?
- No sé. Hace cosas muy extrañas".

"Cuando los padres descubrieron la primera aguja, el muchacho ya era un colador. (...) El equilibrio inestable de la familia se rompió al día siguiente, cuando el padre volvió a casa totalmente ebrio, transportado en carretilla por un amable taxista que lo había recogido al pie de una farola. Y, sin embargo, el chico era un tipo muy sano. Su hermana conservaba de él una imagen de aquellas excursiones a la sierra con botas y calzas tirolesas, (...) Según el informe del psiquiatra, el asunto consistía en que el chico admiraba mucho a su padre, pero había llegado a la conclusión de que su padre no era un héroe". (...).

"El padre llega todas las noches a gatas hasta el rellano, embiste la cerradura con el llavín siete veces, abre la puerta y cruza a cuatro patas las alfombras de la Alpujarra y se descarga a sí mismo sobre la cama vacía como un bulto de la Renfe. La madre anda entre dos aguas. De pronto, se viste de "hippi" y grita que quiere ser feliz desde la terraza, con la cabellera adornada con pétalos de geranios, y otras veces la han tenido que rescatar por los pies en lo alto del tendedero con medio cuerpo en el vacío. El hijo alterna el jugo de tomate, la salsa mahonesa, la aspirina picada, la cáscara de plátano, la frasca de keroseno y la heroína cortada con talco de bebé a la hora de dar consuelo a la vena. A pesar de todo, esta familia ha encontrado un equilibrio perfecto, en el que la neura de uno se neutraliza con el trauma del otro. Dos veces a la semana suben los tres a la sierra. Allí los recibe el psiquiatra y les da una sesión de grupo, todos metidos en el refugio atómico. Mañana, la chica coge el tren para Madrid. Y la ciudad la va a recibir con todos los honores".

Manuel Vicent introduce en esta crónica urbana sobre la familia los temas del alcoholismo, la droga, el suicidio y la huída de casa, que llega cuando las personas intuyen el vacío, se llenan de tedio.

La vida de las familias de la clase media española se desarrolla más o menos similar en todas las casas, bajo la forma típica de la sociedad de consumo de masas, comiendo y vistiendo los mismos productos que se anuncian en la pequeña pantalla, con los mismos horarios de trabajo y ocio, los mismos bienes, el utilitario, si las cosas marchan bien una segunda residencia en la sierra o en la playa, esta existencia se halla repleta de resquicios y frustraciones.

Es una rutina que no llena a nadie, que ejerce todo el mundo porque es lo que hay, o lo que hacemos que haya, y así lo describe el autor, cuenta lo que ve. Pero este montaje resulta un círculo que no realiza, que cansa, que no llega a ningún sitio,

al menor contratiempo hace que surja la depresión, el aburrimiento de la vida.

Cada cual está lleno de sus propias frustraciones, no existe entendimiento entre los miembros de la familia, porque cada cual sólo cuenta con sus deseos y fracasos. Cada sexo, cada edad están ocupados con sus problemas y ansiedades. Y cuando llegan dificultades, se comprueba que se trataba de una institución falsa, en la que nadie se ayuda, sin afecto y sin amor.

En todos los artículos del autor que se refieren a este tema, se ve que el ideal que debería reflejar la palabra familia no existe, quizá porque en la realidad no se da. Cada persona es un mundo,, ajena al resto que componen la teórica familia. En los casos en que se encuentra unida, es por la común hipocresía o común dolor. En el caso de este relato, la familia se reune para acudir todos juntos al psiquiatra, el resto del tiempo cada cual arrastra su neura.

Nadie resulta feliz en las historias de Manuel Vicent. Casados, solteros, amantes, padres, hijos, viejos y jóvenes coexisten con el fantasma de la soledad, la frustración, la vida nunca ofrece a sus protagonistas lo que de ella esperaban.

La hipocresía y el egoísmo que representa la familia, quedan patentes en "Misa en Aravaca" y en "El náufrago vuelve a casa".

"Misa en Aravaca", es una crónica urbana, que aparece en El País, el sábado 25 de septiembre de 1.982.

Aquí se trata de una familia de derechas de las de toda la vida, que teme la llegada de los socialistas al poder.

"Un mastín de orejas cercenadas, alto como un burro, iba lamiendo uno a uno a ese cotarro de hijos, nueras, yernos, sobrinos carnales, nietos, primos segundos y también a la tía monja. Allí estaba la familia entera, menos la oveja negra. Y todos aplaudían a la sagrada reliquia postrada en el carromato de níquel. El carcamal soltó una maldición que le hizo saltar la dentadura postiza. Cortó con un ademán agrio los aplausos y callaron todos. No estaba el horno para bollos". (...).

"- ¿Qué tal le iría un buen matarratas?
- Demasiado basto.
- O se le podría tirar a la piscina sin más.
- ¿Con la silla?
- Claro.
- No seas bestia.
- Hay que hacer algo. Los socialistas se lo van a llevar todo".

"El mundo se caía a pedazos esa mañana de septiembre en el palacete de Aravaca. Se daba por descontado que los socialistas iban a alcanzar el poder y nadie sabía evitarlo. Las encuestas no podían ser más pesimistas". (...).

"Celebrar una misa en la capilla privada para que los socialistas no ganen las eleccio nes era un acto íntimo entre su familia y Dios, casi una cuestión personal. Dios era amigo suyo de toda la vida". (...).

"El prócer desgalichado dormitaba al sol de la terraza en la silla de ruedas, con un hilo de baba hasta el chaleco y el vaso de martini seco en la mano. El tenía la culpa de todo; por eso había allí algunos yernos que lo querían apuntillar de una vez". (...).

"Entonces llegó el que faltaba, el sobrino cura, que era la oveja negra de la familia, apóstol de Moratalaz. Venía con botas de baloncesto, pantalón corto, camisa a cuadros y casco fosforescente". (...).

"- No, por dios. Hace una mañana espléndida. Sentaos por aquí.
- ¿Díces aquí mismo?
- Vamos a celebrar la misa en el jardín. Poneos cómodos. La eucaristía es un acto muy sencillo".

"La servidumbre había encerado la caoba de la capilla privada, había pasado el plumero por las tablas del siglo XV, había pulido con netol los candelabros, había almidonado los paños del ara, había colgado las borlas de terciopelo y las rosas de septiembre daban al sagrado recinto un denso perfume de recogimiento. La familia había decidido contra los socialistas una misa de septiembre, de las que agradan a Dios y mueven su misericordia o su brazo justiciero. Ellos no entendían nada, aunque, llenos de asombro, se sentaron en tumbonas, escalinatas, barandillas y sillones de mimbre. El cura llamó a una criada". (...).

"En seguida dispuso el altar con una hogaza del día y una jarra de tinto, gran reserva 1973". (...).

"Con un desenfado de camarero, el cura troceó la hogaza en raciones y las fue repartiendo con el Rioja, ya divinizado, entre toda la familia, sin olvidar niños ni criados. La ceremonia duró cinco minutos. Parecía una parte del aperitivo".

"- Amigos, la misa ha terminado.
- ¿Ya está todo?
- Cada uno la aplicará a sus intenciones.
- ¡Qué barbaridad!
- Eso no vale.
- El Señor sea con vosotros".

"Nadie contestó. Aquel apóstol moderno tenía cosas urgentes que hacer y no pudo quedarse al almuerzo. Se caló el casco fosforescente, se despidió de la familia con humildad de lego, dio cuatro pedaladas furiosas a la motocicleta y salió echando humo hacia Moratalaz, donde debía atender a una comunidad cristiana de base. Durante el almuerzo, en el palacete de Aravaca hubo un silencio aterrador. Ya no había duda. Los socialistas estaban al llegar. Y hasta los parientes más lejanos del gran patriarca comenzaron a arramblar las cucharillas de plata".

Aquí Manuel Vicent nos ha contado la hipocresía de una familia de derechas reunida en torno al abuelo--cacique, unidos como cuervos en espera de que caiga el gran patriarca.

Una vez más se trata de una mentira, todos juntos para recibir la herencia. A éllos contrapone a la "oveja negra", que es cura en Moratalaz y no le mueve el interés económico.

En "El náufrago vuelve a casa" (El País, 5-5-84), también nos retrata el materialismo que mueve a la familia, como a la sociedad, además de las demás constantes que estamos encontrando.

"De pie en la bañera de popa, gobernando la caña del timón con la cadera, este honorable socio del club náutico, miembro distinguido del casino de labradores, padre de familia, mediano terrateniente con cartilla bien surtida en la caja de ahorros, al doblar el espigón de la bocana, coreado por el grito de las gaviotas, se despidió de la costa donde había pasado una vida apacible de 40 años y puso rumbo a la cala brava, situada detrás del primer farallón. Durante esa hora de navegada el pescador no tuvo un momento de duda. Había tomado todas las precauciones. Su mujer y los tres hijos podían sobrevivirle con holgura gracias a la renta de algunas fincas y por su parte él traía consigo en una bolsa de plástico varios millones de pesetas que había sacado del banco el día anterior. Conocía a la perfección los bajos de la zona, pero no le interesaba que la embarcación quedara encallada, sino a la deriva en alta mar, por eso el lugar elegido para desaparecer del mapa era el más propicio". (...).

"Las circunstancias del caso indicaban que el honorable socio, de todos conocido, había tenido un accidente, tal vez se había ahogado, si bien su cadáver no apareció nunca, cosa lógica, ya que en ese momento el náufrago estaba en el vestíbulo de un lujoso hotel de Alicante pidiendo habitación". (...).

"En la gacetilla del corresponsal se vertían desmesuradas alabanzas en su honor

y los paisanos lamentaban que un caballero tan querido de todos hubiera perecido bajo las aguas. La viuda se vistió de luto y los hijos llevaron corbata negra durante algún tiempo. Entonces el náufrago estaba en Madrid, donde ya había hecho famosas las ruidosas carcajadas en la barra de algunos bares americanos. Era bien recibido en salas de masaje y otros garitos genitales. Se había echado una amiga golfa que le bailaba por la noche el zapateado de Sarasate encima de los riñones y todo iba rodando perfectamente sobre el esplendor de la libertad". (...).

"pero él había logrado sacudirse el dogal de tedio que le atenazaba. Aquella esposa rodeada de chillidos infantiles, las aburridas tardes de dominó en el casino de labradores, la misa del domingo, los saludos de compromiso, los aciagos crepúsculos siempre similares, las comidillas de vecindario, las voces y acontecimientos previsto, el esquilón de la iglesia, las lentas horas en el reloj del ayuntamiento, el amor gastado en una cama de solemne nogal. (...) A cambio de la libertad sólo fue llorado una semana. (...) Podía darse una vuelta por el planeta para comprobar de cerca cómo era este jodido mundo". (...).

"Pero esta vez, después de un año, el olvido más cerrado archivó ya el caso y en el pueblo nadie volvió a hablar de ello. Siguiéndole el rastro a una cuarterona de poderosas ancas y hocico dulzón, el viajero recaló en San Juan de Puerto Rico, donde inició un breve negocio de ferretería y se amaridó forestalmente con una mulata con cuatro hijos distintos y naturales. Con toda seguridad él también se convirtió en padre y durante un semestre se le vio con guayabera en la terraza del hotel Hilton tramando cambalaches de hierros en un país de cafetales y cocoteros. Aún conservaba el último rescoldo de dinero en el talonario de "travelers", si bien sólo era ya un aventurero con sombrero de paja raída, sin camisa, con la espalda despellejada por la luz del Caribe. En México tuvo la primera reyerta con navajas en una peluquería y un compadrito le arpó la mejilla a punta seca y el cárdeno costurón le sirvió en adelante para ser temido en los antros duros. Pero en las noches ardientes él soñaba con llegar a Honolulú. Sabía que allí unas muchachas de chocolate le uncirían con un collarón de flores enroscando la dulce grupa. No obstante, tomó un desvencijado autobús lleno de indios con gallinas y partió hacia el sur del continente". (...).

"Un día llegó a la conclusión de que el mundo no era gran cosa. La fiesta en este jodido mundo consistía en un ruido de voces distintas tratando de ahogar el mismo

tedio. Realmente no valía la pena". (...).

"Desde su muerte habían pasado siete años. Las lentas horas caían en el reloj del ayuntamiento de su pueblo y aquella tarde de otoño lloviznaba. Con una bolsa de lona en la mano volvió el náufrago a su lugar de nacimiento. Caminó lentamente por la calle principal y no lo reconoció nadie". (...).

"El náufrago llegó a casa en el momento en que su mujer, bastante más madura, estaba en la cocina frente a la sartén haciendo patatas fritas para cenar".

"Como si volviera de comprar tabaco, el viajero se colocó detrás de ella, dejó la bolsa en el suelo y la saludó de forma habitual".

"- Hola, ¿qué tal?
- Ah, eres tú.
- ¿Quién va a ser?
- ¿Dónde has estado?
- Por ahí. Estas patatas tienen buena pinta".

"Aquella noche, el náufrago cenó con mucho apetito junto a su mujer y los tres hijos ya adolescentes, que tampoco hicieron ningún comentario. Durmió luego a pierna suelta y al día siguiente comenzó una vida normal. Por la mañana echó un vistazo a las fincas y por la tarde se incorporó a la partida de dominó en el casino de labradores sin que nadie del círculo levantara una ceja de asombro. Para empezar tuvo mala suerte. Le ahogaron el seis doble y ni siquiera eso provocó ningún chiste. El domingo salió a pescar con la barca, pero esta vez no trató de naufragar porque ahora ya sabía que el mundo era una mierda".

La indiferencia familiar resulta tan enorme, que cuando vuelve el hombre a casa, después de siete años en que le han creído muerto en el mar, nadie hace un comentario, ni siquiera de sorpresa.

Este relato, que forma parte de las Historias de fin de siglo, parece indicar que los sentimientos

no existen, no son lo que mueve el mundo, el amor queda como un tópico, la gente olvida demasiado pronto. El, huyendo de la rutina y el hastío, olvida a su mujer y a sus hijos, y éstos a él. Una semana de dolor y un mes de luto son suficientes para no recordar años, y la vida sigue como si nada hubiera pasado, como si un marido y un padre no fuera imprescindible, como si no hubiera desaparecido, sin dejar ninguna huella en sus existencias.

Da lo mismo estar compartiendo la vida con alguien, la convivencia convierte a los seres en muebles. A la familia no la motiva el amor, las personas son un cúmulo de necesidades fisiológicas, que satisfacen camufladas en grandes palabras que aluden a sentimientos.

Con libertad y sin ella, con familia y sin ella, el hombre siempre está solo, y nadie llora demasiado su desaparición.

Los personajes que selecciona Manuel Vicent dentro del tema de la familia, son totalmente materiales, describe un mundo deshumanizado en el que todo se mueve por intereses, en el que no entra la palabra amor.

También como una institución económica la traslada a su columna del diario El País, en "La foto" (11-9-84).

"Aquel abuelo sepia que la estampa ha fijado en un sillón, rodeado de hijos, nietos, nuera y yernos sonrientes con cuello de piqué y la mano en el bazo, era un símbolo de la unidad familiar. En aquella época Dios estaba en el cielo, pero el abuelo guardaba a su nombre en el cajón de la cómoda las escrituras de la finca". (...).

"Durante mucho tiempo la familia de clase media también estuvo coexionada contemplándo-

se en círculo en el espejo de una sopa de fideos cuyo fuego sagrado se alimentaba con el sueldo de un padre perito industrial, contable o jefe de negociado. Este señor tenía gran autoridad. La esposa le sonreía, los hijos le alargaban la mano como mendigos a la hora del postre, él impartía doctrina y algunas monedas para ir al cine y a cambio recibía amor, respeto y confianza, valores que se derivaban del sobre de la empresa a final de mes. Dios aún estaba en el cielo, Franco en la cacería y el honor en la nómina. De pronto un día se produjo la desbandada. A causa de la expansión financiera todos los miembros de casa tuvieron la osadía de ganar un jornal y a renglón seguido la virginidad de las doncellas dejó de ser un bien parafernal, los jovenzuelos con acné se sacudieron el yugo del progrenitor pelmazo, la mujer se negó a soportar los regueldos del marido y todo el mundo se largó a Ibiza".

"Ahora, con la crisis económica, la familia vuelve a estar unida, pero el eje del hogar ya no es aquel abuelo sepia con escrituras, ni el padre severo en nómina, sino un hijo, un nieto o un sobrino, el único que tiene trabajo. A su alrededor se recompone la vieja estampa. El sobrino aparece sentado en un sillón con el sueldo, y a su lado la parentela que está en el paro sonría apiñada en la fotografía".

Nos da la psicología de la familia, una relación estrecha con la economía, el egoísmo y materialismo que la guía. La pérdida de los conceptos afectivos en pro de los materiales.

En cada época el respeto y el "jefe" de la tribu familiar ha estado representado en un miembro distinto, pero siempre el cariño y el amor se han ofrecido a cambio de dinero o bienestar.

La misma idea vierte dos años después, en la misma columna del mismo periódico, se titula "La huella" (19-8-86).

"Por desgracia el abuelo murió, pero antes de ser amortajado sus deudos le rebanaron

en caliente el dedo pulgar y envuelto en un plástico lo guardaron en la nevera. El último día de cada mes aquel dedo era descongelado y con él se imprimía la huella a modo de firma en los papeles que mandaba la Seguridad Social. Gracias a eso la hija, el yerno y cuatro nietos seguían cobrando lal pensión del jubilado. Prácticamente esta familia de parados no tenía otra fuente de ingresos. El pulgar derecho del abuelo constituía su único patrimonio y lo que comenzó siendo un acto de picaresca para sobrevivir se acabó convirtiendo en una forma religiosa de existencia con un remate a cuchillo. La nevera pronto se transformó en una cripta donde se veneraba el poderoso dátil del pensionista como se hace con la reliquia de un santo".

"El efecto económico de la huella digital duraba ya varios años y con el tiempo ella fue engendrando fórmulas mágicas en el seno de aquella familia que vivía cohesionada en torno al dinero generado por el dedo divino. El rito de la descongelación estaba rodeado de un misterio casi agrario. El yerno extraía de la bolsa de plástico el pedazo de carne convertido en un carámbano y lo depositaba con sumo respeto en un plato y al amor de unos cirios lo iba calentando y mientras se producía el deshielo todo el clan entonaba canciones de alabanza al abuelo y así el mito del eterno retorno se reproducía al final de cada mes. Desaparecida la nieve se veía brotar la yema del pulgar como un milagro de la primavera. Lentamente el dibujo de las estrías volvía a renacer sobre la pulpa y la familia quedaba admirada otra vez al comprobar que la estampilla de aquel dedo en el papel de la Seguridad Social daba el fruto deseado. Todo fue bien hasta que los cuatro nietos crecieron y entre ellos no comenzaron las ambiciones. La historia cuenta que el mayor de los cuatro llevado por la avaricia un día robó el pulgar rebanado e intentó huir pero los hermanos le alcanzaron en el andén de la estación y allí hubo una reyerta fratricida a navaja que produjo un muerto. La reliquia del abuelo volvió a la nevera aunque ya había una boca menos".

La familia por tanto es el resultado de un contrato, una institución movida por la economía, por los intereses de sus miembros, víctimas del egoísmo y la ambición. Cada uno va a lo suyo, sólo se unen por los intereses materiales.

En todas las crónicas encontramos que a

nadie afecta la muerte de "los seres queridos", es más, en ocasiones incluso se espera ansiosamente como forma de liberación o de alcanzar bienes materiales.

Así Manuel Vicent también se fija en que la familia abandona a sus viejos. Los abuelos no tienen cabida en la nueva familia nuclear. Una injusticia social que narra en "Servicio de urgencia" (10):

"Sin contar hemorragias, apendicitis, infartos, cólicos miserere y abortos de costumbre, el parte de guerra hasta ese momento era el siguiente: un herido de navaja en una reyerta de chulos, un niño que se había tragado un tenedor, un drogadicto rescatado en estado de coma en el retrete de una cafetería, varios albañiles quebrantados por caída del andamio, una actriz secundaria que se había bebido medio litro de lejía, una vieja planchada por un coche, un árabe con un tiro anónimo en el vientre, un homosexual al que habían descerrajado el trasero con una palanqueta y un abuelo con peluquín de color azafrán, sin el menor síntoma de daño alguno, abandonado en el pasillo del sanatorio por su familia que se largó a esquiar a Baqueira-Beret". (...).

"Un forzudo de bata blanca con voz estentórea preguntó quién era el responsable de aquel sujeto, pero allí nadie abrió el pico, porque sus familiares estaban ya a la altura de Calatayud en dirección al Pirineo en un coche cargado de esquís y entre ellos se cruzaban apuestas acerca de qué diablos operarían al viejo ahora. Podían sacarle la vesícula, rebanarle la próstata, amputarle un trozo de algo o encerrarlo sin más en un pulmón de acero. (...) que aquel hombre había sido intervenido quirúrgicamente tres veces en un solo año. Durante las vacaciones de Semana Santa le habían extirpado una especie de bulto en la cococha izquierda, en el mes de agosto le habían cortado en canal por nada en concreto y en el puente del día de difuntos le habían metido un tubo por el recto opara explorarle el colon sin éxito". (...).

"Llegas allí a entregar un paquete o a saludar a un amigo y al menor descuido alguien te envuelve en una sábana, te extiende en la piedra, y al instante unos fantasmas verdes van hacia ti con un cuchillo tratando de repararte algo y te hacen la autopsia.

Aquella familia era muy ordenada. Iba a misa, pagaba los impuestos y tenía el respeto de todos los menestrales del barrio, pero quería ir tranquilamente a Benidorm o a Baqueira-Beret o a las Rías Bajas sin tener que cargar con el abuelo. (...) Pero esta vez un médico, después de palparle el hígado, descubrió el juego y el tipo del peluquín color azafrán fue arrojado a las tinieblas". (...).

"Que a uno le echen a patadas de un quirófano y que tampoco estés bien visto en el depósito de cadáveres es lo último que le puede pasar a un hombre de mediana dignidad, aunque aquel sujeto no era de los que se arredran fácilmente. Para empezar encendió un puro en la esquina, disparó un esputo de ira en la calzada y al amparo de una marquesina pensó un momento qué podía hacer. La familia estaba muy lejos chapoteando en la nieve, el piso había quedado cerrado, él no tenía llave, y la ciudad se veía rutilante de luces en la noche. El viejo se subió las solapas del abrigo y decidió meterse en un cine porno, que tenía dos salas". (...).

"la cámara rondaba por la silueta del pubis vadeando el tarro y de repente allí mismo la imaginacón del viejo estalló. Se encontraba perfectamente bien. En ningún momento sintió la mínima angustia por verse abandonado". (...).

"De regreso a casa el hombre compró algunas revistas eróticas y se detuvo media hora frente al escaparate de un "sex-shop". (...) Ahora tenía que despertar al conserje para que le ayudara a forzar la puerta del piso. (...) Apoltronado en el sillón del yerno se puso a ojear una revista pornográfica y de la sección de anuncios eligió el número de teléfono más excitante. Elegancia, capricho, fabuloso relax. Bellísimas señoritas, chicos, travestis. Juventud, delicadeza y simpatía. Domicilio y hotel".

"- Oiga. ¿Es usted Fedora?
- Diga.
- Quiero uno de esos masajes. Mándeme a una prójima.
- Muy bien, señor.
- Que sea rubia con coletas".

"Para iniciar las jornadas de su liberación el viejo se permitió el lujo de darse un masaje a manos de una rubia oxigenada y para eso escogió el lecho matrimonial de sus queridos hijos. Después de la gran faena el hombre se sintió espléndido.

No tenía dinero, pero abrió el cajón de la cómoda, sacó el joyero y le regaló a aquella obrera del amor un guardapelo de oro y una sortija con cuatro brillantes". (...).

"Cogió un saco de buen tamaño, lo llenó de bandejas, cuberterías de plata y ceniceros de cristal tallado y se fue con el cargamento a una tienda de empeños. Las 100.000 pesetas le bastaron para entrar triunfalmente en el "sex-shop", donde se hizo servir de todo, muñecas hinchables, látigos, vestidos de tanguista, bragas rojas con cabecitas de gata, preservativos con crestas de gallo, vibradores de pilas, equipos de domadora, potros de tortura, hasta agotar las existencias. (...) Pero el abuelo quería más cosas todavía y allí mismo se hizo el trato. Podía entregar el televisor, el tocadiscos y una pianola de principios de siglo a cambio de esa maniquí de goma, rellena de agua templada, que simulaba los suspiros del orgasmo mediante un transistor incorporado". (...).

"Por la mañana se levantaba a las once, desayunaba enormes bollos con mermelada en una cafetería, se metía en una sesión de cine porno, almorzaba en restaurantes de cinco tenedores, dormía la siesta con la mejor chica del elenco en las salas de masaje donde había hecho famosa su peluca de color azafrán y veía otras películas eróticas por la tarde mientras los chamarileros le iban vaciando la casa de enseres hasta quedar despoblada de todo, menos de las últimas joyas de la familia, que reservó para pagar en especie las orgías nocturnas a domicilio. (...) gozaba de una salud de hierro y los pasillos de casa comenzaron a llenarse de botellas derribadas de champaña y otros restos de francachela. Pero el abuelo tenía una aspiración inconfesable, una clase de pez oscuro deslizado en la mucosa del cerebro". (...).

"- Oiga.
- Dígame.
- ¿Eres tú ese chico que se anuncia?
- Sí.
- ¿Quieres venir a casa?".

"En ese momento la familia de este abuelo precoz también estaba llegando a Madrid. (...) En seguida pudieron ver todos el espectáculo. El viejo aparecía sentado con majestad en el sillón frailero, único mueble del salón principal, vestido de tanguista

con medias negras, tacones de aguja, bragas rojas con liguero, mantón de Manila y una peineta en la peluca de color azafrán. Llevaba los labios pintados en forma de corazón, tenía dos alas de murciélago decoradas de violeta sobre los párpados y la cara revocada con polvos de arroz. El espanto tumbó de espaldas a la familia, pero el abuelo les dijo con una sonrisa muy dulce, que estaba esperando a un amigo".

Hemos visto un nuevo fracaso de la vida en familia, tanto ella como la sociedad abandonan a sus viejos, es una escena más de desamor.

En la sociedad de consumo y opulencia, nadie desea problemas. La gente quiere ser joven, divertirse, como en los anuncios publicitarios y en los folletines americanos. Nadie espera sacrificios, cargas, ni afrontar la realidad de la vida. Viejos, tarados, pobres, niños, lo feo se esconde, se interna, se recluye.

Los ancianos han pasado de ser, como en sociedades anteriores, modelos, el centro familiar, que representaban respeto, autoridad, sabiduría, experiencia, a ser anulados.

Pero los viejos, nos demuestra el relato y la realidad, continúan siendo personas, con sus ideas, anhelos, deseos. Incluso conservan su propia vida sexual. Haciendoles callar continuamente, privándoles de espacio en las viviendas, sin dejarles hacer su vida, arrinconándoles, se les quiere negar su libre albedrío, su derecho a la vida.

La actual sociedad, y la familia de hoy en día, ejercen la ley del más fuerte, o como mucho la de la tropa. La igualdad social que defienden las sociedades democráticas no se practica.

Manuel Vicent nos lo transmite en "Servicio de urgencia" con sentido del humor, llamando la atención en que nuestros ancianos no son parásitos ni inservibles, sino personas con dignidad, que merecen ser queridas, o por lo menos respetadas.

En todas las épocas de la historia ha existidoe el conflicto entre padres e hijos, la distancia, la oposición entre ambos.

Manuel Vicent realiza una descripción sociológica de la familia actual, de la que él conoce. Los que en la posguerra eran hijos, en los sesenta jóvenes, en los años ochenta son padres, maduros. Probablemente cada persona que llega a ejercer el papel de padre, lo hace con las pautas que hubiera deseado en el suyo, pero el resultado nunca es el esperado.

Los condicionamientos sociales también cuentan, como expresa en "Dioses lares" (11):

"Durante esa época de esplendor en los vertederos entre la juventud estaba de moda largarse del sagrado hogar y no había quien la parara. Los padres de ahora, que tal vez un día fueron fugitivos con macuto y guitarra, son tan inaguantables como aquellos que regaban los geranios de la parcela, pero hoy sus hijos ya no les abandonan Es más. Los padres de ahora se ven condenados a tenerlos encima hasta la muerte. Las parejas modernas se separan con gran facilidad, en cambio sus vástagos se quedan atornillados junto al plato caliente y gratuito".

"- ¿Por qué no te vas de una vez?
- ¿A dónde?
- No sé. Al sur.
- Por muy lejos que me vaya nunca encontraré un hotel tan bueno como éste".

"Los dioses lares estaban encargados de mantener el vínculo de la familia en torno al fuego de la chimenea. En este tiempo de crisis su sagrario es el frigorífico, y ellos también hierven dentro de la olla. El sur ya no existe. Ahora se puede contemplar el risueño espectáculo de unos progenitores divorciados que mantienen a sus dulces criaturas hasta el filo de los 40 años y aun más allá. Los jóvenes de noche se van a un concierto salvaje, pero a la hora del desayuno están ya en casa. Desaparecen durante el día, aunque se dejan caer en el momento ineludible de las tres comidas con una cadencia matemática. Los descendientes se debaten entre la rebeldía y el hervido, entre la libertad total y el horario de medio pensionista".

"- Hijo, eres muy mayor. ¿Por qué no te largas ya?
- Porque no me da la gana".

El autor refleja cómo en la década de los ochenta los hijos no se van de casa, no desean, o no pueden, vivir independientes, aunque sí libres, porque en casa de sus padres encuentras las necesidades primarias cubiertas. Es un problema consecuencia del paro y la imposibilidad de poder pagar alquileres o comprar pisos.

Los hijos toman la casa, como dice la columna de Vicent, como una pensión. Expresa, una vez más, la relación económica que hemos apuntado ya en los lazos familiares.

En "Relevo", (El País, 3-2-87), también en la columna dominical, nos describe el antagonismo entre ambas generaciones.

"Al parecer, nuestra generación hizo el amor sin medida durante la "década prodigiosa". Muchas de esas criaturas que ahora se rebelan en las calles y en las aulas fueron engendradas en el interior de los primeros "seiscientos" y luego vinieron al mundo junto con una avalancha de nuevas mercancías en medio de un estruendo de cacharros". (...).

"Aquellas criaturas tuvieron una lactancia feliz, atravesaron la crisis del petróleo montadas en un caballito de cartón, asistieron a los funerales de Franco desde el sillín de la bicicleta, pero al llegar a la adolescencia vieron el desencanto o el fracaso reflejados en nuestro rostro, y despreciándonos en silencio actuaron ya por su cuenta. Comenzaron a amarse sin culpa y a aburrirse sin traumas en las aceras de la ciudad. Mascaban chicle con mirada ovina ante el futuro cerrado y no sabían mentir. De pronto se han rebelado. Nuestra generación luchó por la libertad y estas criaturas pelean por la subsistencia. Alguien ha afirmado que el relevo de los socialistas tardaría en producirse porque los nuevos líderes estaban todavía estudiando BUP. Pues bien, los chicos de BUP ya se hallan en la puerta de la Moncloa. Los nuevos héroes ya han llegado".

La generación del autor luchó por la libertad, contra el franquismo, y una vez consolidada la democracia, con el socialismo en el poder unos años, se ha decepcionado, desencantado. Los hijos de esta generación, tuvieron la libertad desde el principio, no conocieron necesidades económicas, es más vivieron aproximadamente en la opulencia, aunque descubrieron el desencanto en sus mayores, y actúan pasivamente, no luchan, no poseen sentido de culpa como sus padres, pero pasan la vida pasotamente. Manuel Vicent apunta que no sabemos lo que traerá la siguiente generación.

La distancia generacional queda patente en una de las Estampas de una década, se trata de "Muerte de Agueda en Marraquech", en este relato vemos la impotencia de los padres ante la forma de actuar de los hijos, se cuestiona el tema de la educación, y se entra en la problemática de otra tara de nuestra sociedad, con la que se ha de enfrentar la familia, la droga.

Tal vez resulte larga la transcripción, pero es una crónica muy completa, que contiene muchos de los elementos que estamos tocando en el tema de

la familia:

"La historia había comenzado tres años antes, en un piso de clase media, en el barrio de Argüelles, en Madrid". (...).

"¿Qué hemos hecho que esté mal?, fue lo primero que pensó. Después se sentaron los dos en el tresillo del salón, él en pijama y con un carrillo lleno de espuma, ella con un pañuelo húmedo en la nariz. No entendían nada".

"El padre de familia vio alrededor su pequeño reino derrumbado, el televisor, las bandejas de plata, los libros de sociología en el anaquel, las cerámicas del siglo XVIII, los ceniceros de loza popular, los cuadros de pintura abstracta en las paredes, la carrera que había hecho, las oposiciones ganadas, los tres meses de cárcel por rojo, la araña del comedor, la confianza de su jefe, la estampa del Guernica sobre el arcón castellano, el respeto de los vecinos, el reloj de pesas que daba horas redondas y dulces como uvas en el espacio de un hogar progresista. Alguien había corrido una trampilla y todo se había venido abajo. Estaban los dos en silencio hasta que la madre saltó":

"- Si le hubieras dado un bofetón a tiempo...
- Qué quieres.
- ... aquella vez que llegó a casa con los labios pintados de negro, con una pluma de pato en la oreja...
- No sé pegar a nadie. ¿Qué quieres que haga?
- Haberla molido a palos, como se ha hecho siempre.
- No entiendo. Lo tenía todo".

"La niña lo tenía todo. Incluso los padres habían tratado de comprender la vida moderna, aunque sin éxito. La perdonaron aquella vez que hurtó algunos discos en unos almacenes, celebraron la gracia cuando se pintó el pelo de color calabaza para asistir a una fiesta, la vieron pasar un día a cien por hora en el portaequipajes de una motocicleta de escape trucado abrazando la barriga de un desconocido; tampoco se alarmaron demasiado al comprobar que en la alcoba de la niña el antiguo hedor a tocino podrido se había dulcificado con el perfume de un humo extraño y que entre las páginas de los libros de texto había colillas liadas con papel de fumar marca

Abadie. Después de todo, la juventud tiene sus ritos, que hay que respetar". (...).

"El padre de Agueda se fue, lo primero al Instituto de Segunda Enseñanza, no fuera a ser todo una falsa alarma. Hacía veinticinco años que no pisaba una cosa así. Vio un caserón con una explanada mugrienta, enjaulada con tela de gallinero, y en el suelo había un desecho de papeles, pipas y pringajos de helado, como si acabara de pasar una manada de búfalos consumistas. Los muros de hormigón estaban pintarrajeados con insultos, blasfemias y otras burradas. En ese momento salía de las aulas una estampida de púberes frenéticos con la cara llena de granos, y los pasillos comenzaron a oler a ganado lanar". (...).

"- ¿Es necesario drogarse para huir de casa?
- No, no, por Dios.
- Fumaba marihuana o cosa parecida. Lo normal.
- Aquí hay muchachos que se emporran hasta la ceguera, que se atracan de anfetaminas con anís, se meten en el cuerpo cualquier cosa, desde gasolina con optalidón machacado hasta cáscara de plátano con acetona de limpiarse las uñas. En cambio, vuelven a casa todos los días antes de las nueve, como angelitos. Mire usted: la libertad es una perra de lujo llena de pulgas.
- Nunca se sabe.
- ¿Su hija estaba con el "jaco"?
- ¿Cómo?
- Que si se "picaba"... Ya me entiende".

"Era un señor demasiado fino y no entendía nada. Aquel rebaño infernal de adolescentes que se empujaba, se mordía y blasfemaba a su lado le tenía aturdido. En un instante le vino a la memoria el "campus" de la Universidad de la Jolla, en San Diego de California, donde había estudiado un curso de filosofía en 1963, cuando la rebeldía estudiantil comenzó a fraguarse. Entonces el hachís era una mística, una forma de romper el engranaje y zafarse del capitalismo a bordo del paraguas de Mary Poppins. Pero aquella osadía juvenil parecía más limpia, tenía un sentido. Tumbarse en el asfalto, desafiar la porra de los guardias era también una clase de filosofía práctica, no una autodestrucción o una mugre violenta como este manicomio". (...).

"Entonces estaba en su esplendor contracultural el Centro Argüelles, dos patios

comercialels cruzados de pasillos y pasarelas en forma de sótanos al aire libre, minados de antros, cafeterías, "pubs", clubes americanos y salones de billar, que a la caída del sol tomaban una densidad de regüeldo de cerveza con marihuana, de orina solidificada en las paredes y botellas aplastadas contra los macetones de cactus, a donde acudían a espatarrarse estudiantes colgados, chulos de cuero con chinchetas, "camellos" con navaja y otros hermosos seres de extrarradio, atraídos por las vírgenes universitarias. El padre de familia atravesó toda clase de humaredas".

"En el "pub" Blue Fox se oía el grito pelado de Janis Joplin, la dulce pecosa que saltó la tapia con la sobredosis, un alarido de acantilado sobre los almohadones chamuscados con brasas de hachís y churretes de esperma. Dentro de aquel aljibe había una red de piernas formando una trama de almadraba donde se veían enredados muchos atunes con chicas de la edad de su hija". (...).

"Lla pareja de cuarentones en vela se miraba de madrugada, en medio de aquel mundo de enseres domésticos, y se interrogaba en silencio. ¿Qué hemos hecho que esté mal? Entonces fue cuando encontraron las dos jeringuillas usadas, envueltas en papel higiénico, dentro de la muñeca rusa". (...).

"El mundo era demasiado ancho y hermoso. Estaba poblado de lejanos oasis con palmeras, de prostíbulos color malva, de islas con sirenas y de puertos con embarcadero para elefantes blancos. En cambio, aquel piso tercer, letra B, entrada por el patio, de noventa metros cuadrados, abarrotado de libros y de cerámicas de Talavera, olía un poco a gas. El horario fijo, las clases en la universidad, las tardes en el despacho de la empresa, los viernes de la peluquería, los cines del sábado, las babuchas del comingo, las dos erecciones semanales, las cenas de matrimonio, las vacaciones en Gandía, las compras en El Corte Inglés, la pata de gallo con que empezaba a cuartearse la mirada, las primeras canas, las jaquecas de la mujer, el estreñimiento crónico, en eso había quedado el sueño de su juventud bajo el muro de aquella noche estrellada, que desde lejos traía risotadas del vecindario y ráfagas de una canción de Julio Iglesias". (...).

"Los padres de la chica se fueron a Valencia (...) De nuevo se abrieron paso a codazos entre distintas camadas de adolescentes que abrevaban en otras barras, analizaron el ritual de otros pesebres, tenían el "rock" metido en el cerebelo, la imagen múltiple

de púberes abiertos en aspas en las penumbras rojas, una luz deslumbrada de macutos, guitarras, estaciones de ferrocarril, salidas de autobús y colas frente a los barcos en el puerto. Agueda no estaba. Luego le siguieron el rastro por Barcelona, Alicante y Málaga. Y así durante un mes, hasta que el hombre, un día, se vio tumbado en el camastro de un psiquiatra, que, como es natural, le echó a él la culpa de todo, incluso de ese ataque de ciática con que había somatizado la fuga de su hija". (...).

"La pareja comenzó a organizar su vida sin Agueda (...) se dejó crecer una barba cuajada de hebras blancas. Tres veces a la semana acudía al diván de un psiquiatra argentino, que traba de aventarle de John Lennon, aquel retrato de la primera comunión, los zapatos de tacón alto, la falda plisada, los libros de texto, la ropa interior, aquellos sostenes de encaje, las medias de lana, las fotos de aquel viaje a Salamanca, y cada objeto les traía un recuerdo de su dulce paternidad responsable. Había sido tan tierna y pálida aquella niña, siempre con la paranoia, le metía en el vientre de sumadre y le hacía cosquillas en la mucosa del feto. La mujer ya no podía verter su besuqueo en el cuerpo de la hija ni podía llevársela de compras a El Corte Inglés, de modo que optó por adquirir un caniche para el asunto de las caricias, y el rato libre que le dejaba el perro se metía en un bingo. Realmente, Agueda había sido muy dura con ellos. Ni siquiera les mandó una tarjeta. A veces sonaba en casa el teléfono. En los primeros meses, el matrimonio se abalanzaba sobre el aparato. Luego, ya nada. Y así comenzó entre la pareja una borrasca, después de unos silencios pavorosos delante del televisor. La loza popular se fue estrellando contra las paredes, los gritos invadían cada noche el patio. La ausencia de Agueda terminó por separarlos del todo. Hacía ya un año que él dormía en un catre de la oficina. Allí recibió el telegrama". (...).

"El hallazgo del cadáver unió momentáneamente al matrimonio en la empresa del rescate". (...).

"La operación fue muy rápida. En el depósito municipal, un tipo de pantorrilla seca asomando por debajo de la chilaba, en una sala de cal deslumbrada por una claraboya, con chafarrinones de sangre cuajada en las paredes, abrió un portillón de acero y sacó un fiambre femenino con algún hueso descarnado. Levantó un paño mugriento y les preguntó en francés si aquello era de su propiedad. Los dos dijeron que sí, aunque no estaban muy seguros". (...).

"Por encima de los jardines de la Koutoubia se veía una puesta de sol de melocotón en almíbar enmarañado de golondrinas. (...) La ciudad elevaba un vapor de canela, un olor dulce a estiércol del medioevo hacia la luna llena sobre las murallas. Los padres de Agueda la dejaron enterrada. Se fueron a un hotel lleno de palmeras, y por primera vez, después de dos años, vivieron una intensa noche de amor". (12).

Manuel Vicent nos ha descrito crudamente el problema de la educación de los hijos y la distancia generacional que los separa de los padres.

Los progenitores les proporcionan una educación y unos medios que nada tienen que ver con los que éllos recibieron. Sin las carencias materiales que éllos soportaron, sin la palabra prohibición, de una forma liberal, sin dureza, y sien embargo, tampoco ahora existe comunicación.

La familia sufre las lacras de nuestra sociedad los jóvenes son consumistas cien por cien. En este caso, el autor relata el tema de la droga, jóvenes que se han introducido en élla, llevando una doble vida, chicos con sus necesidades económicas y educativas cubiertas, y que cuentan con una familia normal, progre, y culta.

Cuenta también la rutina en que se convierte todo tipo de matrimonio. Cuando transcurren unos años se toma conciencia de que no se ha cumplido ninguna ilusión, no se ha llegado a nada proyectado, la existencia consiste en unos actos que se repiten periódicamente cada semana, las metas se han ido postergando, y todo ha quedado programado, cada familia suele hacer la misma vida que el resto de las familias del país, compras en los mismos almacenes, vacaciones en el mismo trozo de costa, coito semanal, diversión idéntica cada equis tiempo, trabajo estacionado...

Se cuestiona asimismo los hijos como justificación del matrimonio. Cuando la pasión y la comunicación se apagan, muchas parejas continuan unidas proyectadas en los hijos. Pero en ocasiones los hijos fallan, y se atisba el vacío.

Se expone en la estampa una reacción contradictoria y extrema, después de encontrarse deshecha la pareja, una vez conocida la muerte de la hija, ante el dolor, se vuelve a unir.

"Se fueron a un hotel lleno de palmeras", es decir, se rompe el habitat, y con éllo la rutina, el tedio, se cumple la ilusión que nunca se había realizado en sus vidas. Tienen que ir a enterrar a su hija a Marraquech para encontrar un paisaje que habitaba en su subconsciente como un sueño. Es la identificación que realiza el autor entre los momentos placenteros en la vida de los hombres con los paisajes que aman.

¿Qué habían hecho mal? Probablemente nada, se trata de una generación a la que se le rompen los moldes, que se pasó la vida luchando, que conoció la necesidad y la opresión, que se rebeló en la esperanza de un mundo mejor, y se encuentra con que sus hijos educados en el consentimiento, el respeto, la libertad, la tolerancia, y la abundancia material, tampoco son felices, y no se enfrentan con la vida, caen en el aburrimiento, el pasotismo, la droga, la intransigencia.

Del mismo tema se ocupa Manuel Vicent en la revista Triunfo, (28-2-80 al 5-3-80), en la serie Detrás del espejo, con el artículo "Tu hijo no será Rimbaud", que sienta el precedente del que publica inmediatamente después, en la misma sección de esta

revista, "No pongas tus sucias manos sobre Mozart",(20-26 de marzo de 1.980), y con el que obtiene el premio "González Ruano", con un jurado compuesto por Manuel Halcón, Salvador Jiménez, Lorenzo López Sancho, Antonio Mingote, Rafael de Penagos, Luis María Ansón y Manuel Alcántara.

"No pongas tus sucias manos sobre Mozart" se ocupa de la distancia generacional de una forma tan desgarradora y real como el artículo que acabamos de ver, "Muerte de Agueda en Marraquech", y constituye una joya exquisita de la sensibilidad del autor.

Con este relato despedimos el tema.

"Esta es la pequeña historia de una rebelión, el famoso caso de un tipo de izquierdas que el viernes día 14 de marzo de 1980 se deshizo del propio terror psicológico de que sus amigos le llamaran reaccionario y le arreó un seco bofetón a su querida hija de quince años, la echó de casa y se liberó de una vez del trauma de la paternidad responsable". (...).

"La chica estaba en la leonera de su alcoba con unos amigos melenudos y una música de Led Zeppellin hacía vibrar las paredes maestras del piso. El padre estaba en la sala sentado en un sillón bajo la lámpara de enagüillas, leyendo un informe del partido acerca de los índices del paro. Aquella panda de jovenzuelos llena de harapos, pulgas y metales del rollo había entrado en su casa sin permiso, había pasado varias veces por delante de sus narices sin dignarse esbozar el más leve saludo, le había manoseado sus libros, le había vaciado la nevera, se había limpiado las botas camperas en la alfombra de la Alpujarra, había dejado un hedor cabrío a su paso. Ahora estaban en la habitación de su hija espatarrados como tocinos bajo los posters de "Ché" Guevara oyendo a Led Zeppellin, a The Police o a The Knack, fumando porros y apurando la última cerveza. Aquella alcoba era una reserva en la que él, desde hacía un año, no se había atrevido a entrar. En aquel momento tenía la cabeza metida en el informe económico lleno de coordenadas catastróficas cuando su querida hija salió a la sala, se acercó a la estantería y pretendió llevarse a la madriguera la "Sinfonía número 40" de Mozart. El padre, de izquierdas, saltó del sillón impulsado por un muelle

y lanzó un grito estentóreo: "¡¡¡Mozart, no!!! ¡¡¡No pongas tus sucias manos sobre Mozart!!!" y entonces se inició la escena final, en la que el padre se liberó de todos los traumas hasta alcanzar la propia libertad sobre el chantaje de sus hijos. Detrás había quedado un largo proceso de neurosis paterno-filial que acabó con una sonora bofetada".

"El hombre tiene cuarenta y dos años y pertenece a la izquierda fina, quiero decir que es un progresista con dinero, un economista colocado, con una biblioteca selecta de dos mil volúmenes, pintura abstracta en las paredes, carnet del partido anterior a la legalización con la cotización al día, piso de doscientos metros por los altos de Chamartín, un año de cárcel y ciertas mataduras de la represión franquista, educado en el colegio del Pilar, un marxista de vía chilena, buenos modales, deportista de ducha fría diaria y perfectamente alimentado ya desde el útero de su madre. Cuida mucho el envase, pero ama la libertad antes que nada. Tal vez su punto fuerte es la elegancia interior". (...).

"Cumplió todos los ritos. Se casó en una ermita de pueblo con traje de pana. Fue de viaje de novios a Rumanía. Tuvo tres hijos y los llevó a un colegio progre, los educó para que crecieran sin traumas, los metía con él en la bañera, los paseaba por la ruta del románico, se dejaba insultar por ellos, y así las tres criaturas fueron creciendo a la sombra de unos padres comprensivos, que no osaron jamás dar por zanjada una discusión sin antes mostrarles todas las salidas, opciones, contradicciones del problema para que fueran ellos quienes tomaran la deción según su responsabilidad. Ponerles la mano encima hubiera sido un escándalo para su propia alma, contestar con una negativa sin más apelación le producía un desgarro en su sensibilidad progresista. Y el chantaje iba engordando como un tumor".

"Este buen padre de izquierdas ya había pasado porque sus hijos no se lavaran los dientes o ni siquiera se ducharan una vez a la semana, soportaba que le llamaran viejo con cierta naturalidad displicente, pasaba por alto aquella indumentaria zarrapastrosa del vaquero con remiendos, la pelambrera de profeta nihilista, el hecho de que se fumaran un porro en la pocilga de la alcoba y que no lograran aprobar curso. Ante todo había que contar con la presión social, ya se sabe que la juventud no encuentra salida, la sociedad está muy deteriorada, cada generación tiene sus

ritos, sus mitos, sus formas de comportamiento y eso había que respetarlo. Imponer la voluntad a rajatabla no es más que una agresión. Después de todo, no es malo que toquen la guitarra o que oigan a Led Zeppellin".

"Un buen día, el hijo mayor no volvió a casa por la noche. Había tenido un percance en el colegio y decidió huir a Ibiza. La Policía lo encontró en Valencia, cosa que sucede a menudo, cuando no se logra pasar el filtro del barco. Otra hija se fue a vivir con un rocker. Después de un tiempo, el buen padre de izquierdas logró reintegrarlos a las suaves ordenanzas del hogar, lleno de traumas, explicaciones, consideraciones, pláticas razonables, amabilidades y sesiones antipsiquiátricas con un diálogo siempre abierto. Que hagan lo que quieran, lo importante es que están en casa, que los angelitos no sufran, que desarrollen su personalidad, aunque sea tumbados en el catre todo el día".

"Cada tarde, la alcoba de su hija se llenaba con una panda de amigos que traían una calaña bastante atroz. No era lo peor que pasaran por delante de sus narices y que no se dignaran saludarle, sino el olor a cabra que dejaban en la sala. Que se limpiaran las botas en la alfombra, que se abatieran sobre las estanterías y manosearan sus libros con las uñas sucias, que se bebieran el whisky y que mearan sin tirar de la cadena. El viernes 14 de marzo de 1990 fue un día histórico para este amigo, un tipo de izquierdas, padre de familia que se liberó de sus hijos. Y al mismo tiempo se sacudió el terror de que alguien le pudiera llamar reaccionario. El estaba estudiando un informe del partido acerca de los índices del paro. El sonido de Led Zeppellin hacía vibrar las paredes maestras del piso. Fue cuando su hija salió de la leonera con el pelo grasiento y los dedos amarillos de nicotina, cruzó la sala, se dirigió a la biblioteca con la ppretensión de llevar a sus compinches la "Sinfonía número 40" de Mozart. Mi amigo no sabe explicar bién qué dispositivo le hizo saltar, otras veces también su hija le había llamado carroza, pero en esta ocasión aquel hombre tan fino y progresista le arreó una bofetada, se lió a golpes contra todo dios y se deshizo el misterio. Echó de casa a patadas a aquella panda de golfos. Y hasta hoy. Mi amigo es un hombre de izquierdas liberado".

Aquí no sólo está presente la distancia generacional, sino también el trauma de los progresistas de izquierdas de los años sesenta, que en los ochenta

son padres cuarentones de hijos adolescentes. La antítesis entre el autoritarismo y el liberalismo.

Han educado a sus hijos con tolerancia, con respeto a sus principios, en contra de la educación autoritaria y prohibitiva que éllos recibieron de sus mayores, y sus hijos no han asimilado esta forma de vida liberal, les salen pasotas, drogatas, sin ideales ni esperanzas, sin espíritu de lucha, medio salvajes.

El relato muestra una oposición entre el protagonista, que representa el padre liberal, de izquierdas, que tomó partido contra el autoritarismo y el franquismo, abierto, culto, tolerante, y sus hijos, criados y educados sin necesidades materiales, sin traumas, sin prohibiciones, y sin embargo resultan pasotas, apáticos, conformistas, sin apreciar nada material ni espiritual.

Se trata del desencanto y la impotencia de los padres, que fueron jóvenes "rebeldes" de los sesenta,, liberales, progres, de izquierdas, y cultivados con su propio esfuerzo, ante el producto de sus hijos, a los que nunca han puesto las manos encima, les han consentido todo, y han dialogado con éllos.

El padre de la historia, se libera de la paternidad responsable arreandole un bofetón a su hija de quince años, cosa que no había hecho en la vida.

Mozart representa la transigencia, la cultura, la sensibilidad, la apuesta por cambiar las cosas y hacer la vida más humana, más bella, y las "sucias manos" de la hija lo contrario, la falta de respeto

y sentimientos, el conformismo, la intolerancia.

Es como si las generaciones fuesen cíclicas, y jamás fuese a finalizar el conflicto generacional. Como si algo fallase en nuestra sociedad, como si la solución no estuviera ni en la carencia de todo ni en la abundancia total que promete esta sociedad de consumo de masas, y que lleva a las personas a no apreciar lo que poseen.

Como si el no saber lo que es la falta de libertad, no dejara al hombre saber lo que significa ser libre o vivir en libertad.

CONCLUSIONES.

Manuel Vicent mantiene unas constantes en su visión de la relación de la pareja y del matrimonio. La institución en la mayoría de los relatos no sirve, no funciona, va abocada al fracaso. Las personas se casan, en general, porque llega la hora, sin una decisión razonada ni libre y en muchas ocasiones, sin que medie el amor. El matrimonio engendra rutina e incomunicación, incluso en la cama. Acaba con las aspiraciones, ilusiones e independencia de las personas. Existe una conexión de hecho entre economía y matrimonio. Todo es relativo, se mezclan y confunden las pasiones humanas, el sexo, el dinero y el amor. El matrimonio actual es víctima y protagonista de los problemas sociales y de la forma de vida actual: paro, estrés, impotencia, soledad, consumo, medios de comunicación, existencia programada, uniformada, imitada.

La familia será el resultado y el reflejo de la sociedad. Vicent describe la crisis de la familia tradicional occidental, dentro de un modelo urbano y como una unidad básica de consumo.

Olfatea la falta de libertad, es decir, la pérdida de individualidad de sus miembros. La familia simboliza la opresión, las obligaciones impuestas, genera insatisfacción, frustración. En ocasiones degenera en un aburrimiento compartido, en un continuo soportarse.

También consiste en una acumulación de cosas y objetos, un consumo estándar como forma de integración familiar, en muchos de sus textos ninguno de sus componentes es feliz si no se encuentra consumiendo. Las vacaciones están programadas, las cenas de los sábados con

amigos en la misma situación, las comidas con fechas establecidas, idénticos horarios de trabajo y ocio, los mismos bienes (utilitario, segunda residencia, vídeo...).

Los personajes que forman parte de estas historias confluyen totalmente materiales, describe un mundo deshumanizado en el que todo se mueve por intereses y no entra la palabra amor. Cariño y amor se ofrecen a cambio de dinero y bienestar.

La familia, por tanto, es el producto de un contrato, una institución motivada por la economía, sus miembros son víctimas del egoísmo y de la ambición. Y el escritor se fija también en que le núcleo familiar abandona a sus viejos, los abuelos no tienen cabida en la nueva forma familiar, son ignorados, en una escena más de desamor.

Y por último se detiene en el conflicto generacional, y en cómo se mueven los hijos de hoy. Incluímos el relato con el que obtuvo el premio "González Ruano", "No pongas tus sucias manos sobre Mozart".

El conflicto generacional parece no tener fin, es como si las generaciones fuesen cíclicas.

(1) El País, 9-7-83.
(2) El País, 28-4-84.
(3) El País, 8-9-84.
(4) El País, 9-2-86.
(5) El País, 9-7-79.
(6) El País, 10-4-84.
(7) Hermano Lobo, 29-12-73.
(8) El País, 23-7-83.
(9) El País, 12-3-83.
(10) El País, 15-1-83.
(11) El País, 24-4-84.
(12) El País, 13-3-82.

11. RETRATO DE "TIPOS" Y TRIBUS URBANAS

RETRATO DE "TIPOS" Y TRIBUS URBANAS

Manuel Vicent identifica el mar con el bienestar, la ternura, la felicidad, la idea del hombre sin ambiciones, un lugar para vivir sin competir. Asimila el mar a la libertad, la infancia, el mar es una aspiración. La ciudad con mar será progresista, liberal, culta, pacífica.

Y también ha expresado que la mejor literatura siempre nace de los estercoleros. Así se nutre de las tribus urbanas cortadas por el mismo patrón, las víctimas de las prisas, las drogas, la imagen, la falta de libertad. Está de acuerdo, y en la conversación mantenida con él el 1 de febrero de 1.991, apostillaba: "Creo que la literatura siempre nace de la marginación, de lo que rompe. Todo lo que hace avanzar a la sociedad primero ha sido marginal, vanguardia, y la marginación o la vanguardia la sociedad la va digiriendo, tomando, y lo que antes era marginal, ahora es ortodoxo, y todas las herejías acaban siendo asimiladas. Y claro, el escritor tiene que estar en esa frontera donde se está rompiendo la sociedad, siempre en las fronteras, bien por delante o bien por detrás, en lo que la sociedad va dejando como detritus, como cosa que no se asimila".

Otra característica será la animalización de los personajes, el esperpento, éllo sirve de base al hombre movido por sus instintos y necesidades, como despojado de intelecto y sentimientos. La vida vista como supervivencia, donde cada cual se "come el coco" para aguantarla. Los personajes, en ocasiones, poseen más costumbres que sentimientos. Los hombres en masa resultan miserables, absurdos, egoistas.

Ya hemos visto que la protagonista de sus relatos suele ser la gran ciudad, y en concreto, casi siempre, Madrid. En la gran ciudad la mayoría de las personas se recicla en una tribu, conforman modelos de "tipos" urbanos, y el que se queda fuera, generalmente está solo.

El autor al retratar a los diversos "tipos" urbanos, va pincelando la vida, la sociedad. Porque, en realidad, ante cualquier cuestión o tema, lo que hace es describir la sociedad del momento.

Hablamos de "tribus" o "tipos" urbanos porque el hombre contemporáneo es, como vimos al tratar "El consumidor consumido", masa, forma parte de una manada, se agrupa en "movidas", movimientos, clases sociales.

El lugar donde se desarrolla el hombre masa es la calle, en élla confluyen los ritos y mitos de la gran ciudad, la moda, el ocio, el consumo, el status, la escala de valores y prestigios. Los gustos individuales han sido manipulados y uniformados, asimilados.

Y las personasse"apiñan", reúnen por gustos, modas, ídolos, ideales, formas de pensar, sentir y ver la vida. Así formarán tribus o tipos según dónde y cómo se vistan, qué música les mueva, qué cine vean, en qué lugares se diviertan o les sirvan de escaparate.

Vamos a ver cómo Manuel Vicent realiza una disección de la sociedad en cada década, según la radiografía de los tipos y tribus urbanas que patean sus calles, edificios, lugares de trabajo y ocio.

En los años setenta el autor describe como

todas las clases sociales y todos los tipos sustentan el conformismo, es el silencio del régimen.

Una revolución supusieron los hippies. Vicent trata de éllos en el artículo "Puntos de mira", en el periódico Madrid, el 19 de septiembre de 1.970.

"Esto de los jipis no lleva trazas de amainar. Más bien lo contrario. Estamos en la cresta de una ola de mugre estético. Los jipis son unos señores bastante interesantes, que a pesar de su pinta facinerosa no van armados, y eso es de agradecer: en la cabeza traen un conglomerado de música e ideas abstractas generalmente apacibles sobre el menester de las hormonas. No tengo nada contra esta buena gente, ni siquiera el argumento de la higiene. Reconozco que el hombre es una clase de ente que a la mínima empieza a oler mal, como pasa con todo, pero la higiene no es un argumento moral y menos aún político. Hay personas que se lavan los dientes tres veces al día y son unos asesinos, y otras que fumigan al prójimo con gas y son muy relamidos. Por otra parte, no sé que pasa con los piojos que tienen tan mala fama. Habitan cerca del cerebro, pero nunca han sido incompatibles con las ideas geniales. La mayoría de esos señores retratados en los libros de Historia los tenían y ya se ha visto".

"Sólo tengo contra los jipis el que adopten un nihilismo pacífico. Si aquellos terroristas con alpargatas, blusón a rayas y gorra de fieltro levantaran la cabeza no permitirían que unos simples greñudos les quitaran la patente filosófica. Porque el nihilismo o es violento o no es nada, una dulce pereza muy estética que sólo salva a su propietario, una forma sutil de egoísmo. La solución para esta sociedad cargada con cacharros de plástico, que pasea a la cría en unos jardines agostados de monóxido de carbono, no consiste en plantar una tienda de lona a la dorada luz de septiembre en medio de un viñedo de moscatel, alimentarse con supositorios de marihuana y tocar el caramillo esperando una lluvia de conceptos podridos. Porque resulta que pasa el tiempo y los conceptos podridos no caen, sobre todo si están apuntalados con unos aparatos rematados con agujerito y punto de mira. Los jipis son una gente que no quiere solucionar nada, y uno no es nadie para decir que esos señores están equivocados. Ni yo ni usted tampoco, bien mirado. Aplicar conceptos moralistas a la Historia es un ejercicio de humor, como abatir elefantes con tirachinas. Pero hay que reconocer que los burgueses de un tiempo a esta parte atraviesan

una racha de buena suerte. Aquellos revolucionarios de Mayo ahora se dedican a comer melocotones y a darle al guitarrón". (...).

"pero sucede que nuestra sociedad no es racional. Hay oscuras descargas en su mecanismo que alimentan la fe de los padres de familia. Un fondo negro, insondable, lleno de peces, que los banqueres no pueden someter a balance. Esa juventud incontaminada que toca la guitarra y come melocotones no está sino aportando más pasión a ese fondo irracional. Ellos también quieren la revolución. Esperan una especie de advenimiento del reino de los parásitos. Pero la inteligencia es un modo de acción. La acción de las termitas, mucho más voraces. Cualquier revolución debe apoyarse antes en una estética. Bien, la estética de la inteligencia es el cinismo: sonrojar a los jueces, poner en evidencia a los inspectores de cobro, rebatir a los maestros, huir de toda emoción. La revolución debe ser hecha por los jóvenes. No admitimos herencia ni siquiera a beneficio de inventario. Nuestros padres están bien donde están. De madrugada desaparecen en un autobús y al anochecer regresan a casa en otro autobús. La tarde del jueves echan los dados sobre un papel de apuestas y el domingo se pasean por el corredor en zapatillas esperando el resultado de la suerte".

"El joven con peluca y levita de terciopelo ha dejado de hablar. Y la concurrencia ha quedado muy confusa. Un mendigo reparte melocotones a los asistentes al acto y el ciego toca el acordeón bajo la tabla de las cotizaciones de Bolsa".

Dibuja la psicología de los setenta, no interesan las grandes palabras, la ideología ha sido sustituída por una desgana de cambiar nada. El autor lo ve bien en el sentido que conlleva el pacifismo, pero por otra parte también advierte que lleva al conformismo y al pasotismo.

También nos aproxima a la idiosincrasia de las clases sociales por ideología, lo que representa a la izquierda y a la derecha. Lo podemos leer en "Hay que realizarse", (15-7-72) (1):

"En materia de ideología existe un principio general: no se puede ser de izquierdas

sin ser rico. Porque un señor de izquierdas, aparte de dar dinero a su mujer para la compra, tiene el sagrado deber de realizarse". (...).

"En cambio, la derecha, sea porque compra en el economato, sea porque le regalan cestas de Navidad, sea porque come carne de venado de cacería benéfica, sea porque le traen chorizos del pueblo, la vida sube, sube, se pone alta como un "hippy" al tercer chupetón de marihuana en ayunas o como San Juan de la Cruz cuando quería dar a la caza alcance; (...) porque a un señor de derechas le importa un rábano realizarse". (...).

"La concienciación es cara: viene en unos libros que hay que comprar en Biarritz o en Perpiñán. Después de leerlos hay que ir a Oliver para hablar de ellos delante de medio "whisky" con aceitunas sevillanas; (...) hay que darse masajes de poemas ingleses para hacerse rubio por dentro; hay que montar una comuna en un piso de Arapiles; hay que ir a Holanda porque la última novedad en erotismo es la calidad de las tetas rubias y blandas de las vacas europeas; hay que comprarse un morral de lona con sus pertinencias: cigarrillos Gitanes, píldoras para la depresión, un bocadillo de mortadela, un colmillo de jabalí plastificado, un collar de cuentas de olivo no de Jaén, sino de la Palestina no liberada, un pito de barro cocido de Ibiza".

"Mientras tanto, las fábricas de laminado se abren a las siete de la mañana y la sirena de aviso perfora la niebla. Los izquierdistas zurdos lo saben muy bien, porque lo han visto en una película de Antonioni donde la amante incomunicada del sueño mira a través del vaso de martini las chimeneas sacando azufre".

Nos muestra las costumbres de izquierda y derecha. Esta sin inquietudes ni planteamientos, todo se le regala, no ha de molestarse en conseguir nada por sus méritos. La izquierda que nos ofrece en este caso es la descafeinada, posee inquietudes pero se está aburguesando, volviendo consumista, lo que es un obrero lo sabe por las películas de Antonioni. El retrato exterior nos proporciona el interior. Es una clave del autor, las personas llevan por fuera

lo que son por dentro.

Otro tipo urbano nos lo da el señor de la clase media, un eterno sufridor, ya atisbado en el tema relativo a la familia. Lo trae a colación en "Matarse", como en el caso anterior, publicado en Hermano Lobo, seguimos en la misma década.

"Regresar a casa después de unas sanas y felices vacaciones y comprobar que su fregadero todavía huele a limpio gracias al detergente es un derecho de la señora ama, que puede ser arrebatado por el marido si éste no conduce con prudencia el coche y le echa previamente una mirada al delco. A finales de verano el neocapitalista es un señor tostado que limita al Sur por el acelerador, al Norte por el capó, al Este por el tractor del tío Felipe, que viene en dirección contraria, y al Oeste por el asiento de su mujer. Al regresar de vacaciones ya se sabe que, en la carretera, la gente muere como apaches. Uno tiene su teoría: el marido español muere por llevar la contraria a su mujer y a la televisión".

"En su mayor parte, los accidentes de coche se deben a exceso de velocidad, pero no se comprende que un señor tenga tanta prisa por volver a la oficina y enfrentarse de nuevo con el jefe de negociado". (...).

"Los especialistas en almas dicen que el acelerador es una palanca de fácil manejo que drena las represiones; uno aprieta la zapatilla y el aparato obedece, lo que no pasa con la mujer ni con el jefe de negociado". (2).

Para el hombre de la clase media el volante, igual que el fútbol son dos métodos de liberarse de represiones, por éso el autor ironiza con el señor dominado por su mujer y su jefe, el pobre infeliz siempre aguantando a una u otro.

Otra tribu urbana fue, más que es, la de los progres, con su modelo el autor nos sigue definiendo costumbres de cada momento. También en Hermano Lobo,

y el 14-10-72, nos muestra desde su óptica a los progres, en "El "soul" de la mala conciencia".

"Hoy los tiempos han cambiado: los ministros de Dios fuman emboquillado canario, los confesionarios están diseñados por Loewe y las hijas de María se bañan con sales de pino, sacan el muslamen entre la espuma, cantando el vals de las mariposas, y luego se ponen medias hasta la cadera". (...).

"Los progresistas piensan que pecar es una ordinariez. Lo mismo que llevar enaguas. Y mientras la Iglesia ha convertido su arquitectura de sillares en espectros de cafetería y ha acomodado los objetos de culto al diseño industrial "made in Milano", los progresistas han recuperado para sus fiestas los signos, pompas y brocados medievales. Le echan incienso a sus juergas del viernes, guardan la ginebra en sagrarios de anticuario y se vapulean con un cíngulo importado del interior de Castilla para excitarse leyendo a Dylan Thomas con pinchitos de cantimpalos. Los progresistas han recuperado también el sentido de la culpa, pero los pecados son distintos. Los congregantes batían mucho el sexto mandamiento: en otoño, que se iban de excursión a buscar setas y que si las setas son símbolos fálicos; en invierno, que si los árboles están desnudos; en primavera, que si la sangre altera; y en verano, que si las chicas se quitaban las medias y llevaban la manga arremangada, aparte de alguna mentirijilla al director espiritual, la lectura de Unamuno o el hurto de algún cenicero; total, que un congregante se pasaba el año agónicamente en plan barato. En cambio, el progresista, para tener mala conciencia, necesita manejar metálico y una cierta preparación para la tortura mental: pisar moqueta pensando en el obrero textil, repantingarse en un sofá y recordar al esclavo del mueblista, desayunar con mermelada búlgara y maldecir al importador, vivir como un pachá y predicar en el pub la huelga de la construcción. Estos progresistas de "boutique" también tienen un confesionario para purgarse: se van a una taberna cara, se ponen en corro y se disciplinan mutuamente hablando de Buñuel hasta las cuatro de la madrugada".

Nos relata, como vemos, un progresismo descafeinado, unos progres no auténticos, que se han vuelto consumistas y miméticos. No realizan la ideología que les es propia. Su vida no es consecuente con su teoría.

Todo el mundo se va adaptando a los tiempos, la Iglesia, los progres... pero todos se van volviendo cómodos, nadie desea para sí ningún compromiso.

Otro modelo de la época, que llega hasta nuestros días con diversos nombres, son los ejecutivos. En "Un día de ejecutivo", nos describe al nuevo tipo urbano tal comò es y actúa. Agresivo, satisfecho, egocéntrico, engreído. Impecable por fuera, falso y corrompido por dentro, sin escrúpulos ni interés por los demás, utilizando al prójimo para mantener impecable su propio estatus. Leámos:

"LEVANTARSE temprano, pegarse una ducha fría, despachar los rezos matinales, desayunarse con mermelada, coger el maletín; depositar un beso en la frente de la bella señora esposa, que responde con un mohín a tono con el salto de cama; agarrar el coche y dirigirse a la oficina con el pecho rebosante de agresividad comercial, esto es un rito neocapitalista que muchos ejecutivos cumplen cada mañana antes de estafar al primero que llega al despacho". (...).

"En el despacho tiene atascadas tres llamadas de teléfono; la secretaria ha tomado nota. (...) Allí, sentado frente a su mesa, ha caído un pájaro que está resuelto a hacer un pedido a la empresa. El ejecutivo saca el whisky del armario de caoba, sirve un lingotazo con almendritas al encausado y, cuando el licor le tiene bien cocido el lado del cerebelo, donde reside el centro de las decisiones, logra meterle un puro de tal calibre que el director general se ve obligado a abrazarle emocionado sobre la moqueta".

"Llega la hora del almuerzo de trabajo. El ejecutivo llama a Monique, y los dos en el Seat 124 desaparecen hacia un restorán de las afueras. Con regueldos de chuleta de Avila, lleva después a la amiga a un cine de la calle Carretas, que huele a colonia Tabú mezclada con salfumante; le echa unos pezcozones en el solomillo, le morrea la yugular y a las cinco ya tiene usted al ejecutivo listo otra vez al pie del despacho para colaborar en lo que sea con el tercer plan de desarrollo". (3).

En tres series del periódico El País podemos encontrar una amplia galería de tribus y tipos urbanos de nuestro tiempo: Estampas de una década, Crónicas urbanas e Historias de fin de siglo.

A la primera pertenece el relato "En el parque del Retiro" (4), que nos ofrece un variado retrato de los ciudadanos en el Madrid de los ochenta:

"Por la niebla de un pasillo de boj viene trotando una anciana con chandal rojo. Lleva fibras de pulmón en el belfo, trae la cara desencajada. Sin duda para esta anciana deportista el fin del mundo está más cerca todavía. Cuando pasa junto al corro del predicador, en el silencio de pájaros, se oye un crujido de cartílagos". (...).

"Antes de pisar la acera el millonario saca el pañuelo de hilo con sus iniciales bordadas y se lo pone en forma de mascarilla entre la boca y la nariz. Así atraviesa de puntillas cuatro calles con cara de asco huyendo del muladar de coches. Entra en el parque del Retiro y todavía camina cien pasos contados junto al paseo de magnolios antes de decidirse a liberar del todo su respiración. Este señor tiene en el parque un banco reservado y se cabrea mucho, da alaridos de Tarzán cuando lo encuentra ocupado por alguna niñera, soldado, guitarrista o estudiante con apuntes. El banco está perfectamente elegido. Goza de ocho horas de sol en invierno y de una sombra cerrada durante el verano. (...) El millonario antes de salir de casa ha dejado a la servidumbre una orden concreta". (...).

"La criada, un poco pánfila, sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Mientras tanto, el caballero millonario se sienta en el banco como en la poltrona de su oficina y comienza a leer los periódicos. Desde el parque del Retiro dirige una empresa financiera de setenta empleados, con horario medido de mañana y tarde. En este momento acaba de llegar un botones con la correspondencia. Por delante de su despacho vegetal pasa ahora un corredor de "footing" con los ojos fuera de órbita echando el bofe. El hombre lee por encima las cartas de forma rutinaria y da el visto bueno. Cerca de allí una pareja se mete mano y enfrente mismo de su moqueta imaginaria un barbudo muy espiritual come devotamente una ensalada de berros y zanahoria. A las doce en

punto acude su secretario y le ofrece un cartapacio abierto para que firme unos papeles. El hombre echa unos garabatos con estilográfica de oro, el secretario saluda al final dando una cabezada y desaparece sin mediar palabra por un bosquecillo de pinos". (...).

"El sol templa la escalinata del monumento a Alfonso XII que preside el estanque con una teoría de leones de piedra blanda, sirenas de bronce y ángeles feroces abrazados por media tarta de columnas. La dulce brisa de este febrero transporta tenues *ramalazos de marihuana y adolescentes con macuto posan el vaquero esmerilado en* la barandilla de este enorme pastel". (...).

"Cuando llega al banco de su señor todo sucede con gestos rituales, repetidos a diario. Extiende un mantel sobre el asiento, destapa la cesta y saca el cubierto de plata, el salero de plata, la botella de vino recostada en un capachete de plata. El caballero millonario comienza así su almuerzo campestre, servido puntualmente por la criada de pie y rodeado de pájaros, que ya lo saben. El menú de hoy se compone de sopa berlinesa con cerveza, camarones hervidos con retoños de bambú y tordos a la manera del marqués de Frienvaux, todo fabricado en la cocina de Jockey. Aunque puede que mañana el caballero millonario se aburra y mande ser atendido por el restaurante Hortcher o por Zalacaín".

"- Yo era un tipo derrotado, créeme. En mis tiempos de depresión llegué a recibir a los clientes tumbado en la alfombra.
- ¿Y se ha curado del todo?
- De momento me he hecho fuerte aquí, en el Retiro. Llevo aquí dos años seguidos. Mire eso.
- ¿Qué?
- Esa corona de veneno que hay sobre Madrid. Un día me volví loco y desde la ventana de casa comencé a disparar con un rifle de matar bisontes sobre los coches embotellados.
- Pues usted tiene cara de buena persona.
- Ya, ya. Que se cree usted eso". (...).

"A las cuatro de la tarde el lobo de mar viene otra vez desde Moratalaz a dar de comer a los gorriones. Tiene 45 años. Lleva una gorra de timones sobre la melena

cobriza, barba y bigote engomados de espadachín de cubierta. Por debajo de la casaca le baila una pata chula, que quedó fuera de combate en un lance de honor por los mares de Ceilán". (...).

"En el zócalo de la pérgola de columnas hay 63 viejos sentados como una formación de pingüinos. Da la sensación de que cualquier gamberro puede pegar una palmada y ellos echarán a correr balanceando el culo por tierra hasta refugiarse en el agua del estanque". (...).

"Un homosexual extrafino, entonado en azules, de calva peinada y ademanes de hada ha colocado a un adolescente en la barbacana del monumento, junto a las cachas de un león. El adolescente va vestido de golfillo aseado, recién salido del baño, y compone allí arriba la figura de pequeño pensador de Rodín". (...).

"Al borde del agua una pequeña orquesta de ecologistas toca una melodía pastoril, con instrumental de caña, de tipo pacifista. El parque va cayendo en una penumbra rosada. Policías a caballo baten los últimos rescoldos, en cada banco hay una pareja manoseándose, y los mirones se dan el banquete de ojos. El estanque ha cogido una tonalidad de cobre". (...).

"En ese momento avanzan por un pasillo de chopos cinco mozalbetes cuadrangulares, con cazadora, cinchos y guanteletes de cuero, el pelo lamido con gomina y botas de herradura. Se dirigen hacia la orquesta de caña y, de pronto, la emprenden a patadas con los músicos. El jefe del comando coge un estuche de flauta y golpea a un melenudo en el cogote". (...).

"En la bancada de la pérgola del monumento a Alfonso XII un viejo de gafas negras, con pinta de ser el pingüino de más autoridad, levanta la cachaba gritando:"

"- Los españoles somos borregos. Es lo que nos va".

"Un compañero le ofrece un pitillo para que se serene. Y el viejo de gafas negras se cabrea aún más".

"- ¡Si quiere morirse, muérase usted. Estamos juntos todos los días en este banco

desde hace siete años, y sabe que tengo bronquitis crónica. Y encima no he fumado nunca. ¿Por qué diablos me ofrece el cigarrillo?
- Lo hago para que se calme. Si le ven levantar el bastón a la policía le van a tomar por un revolucionario. Los tiempos no están para esos alardes". (...).

"A esta hora del crepúsculo atletas de todos los tamaños, gordos, flacos, altos, bajos, masculinos, femeninos y epicenos, en chandal o en calzón corto jadean por los vericuetos vegetales corriendo por el culo de saco de la historia. En los bancos algunas parejas hacen el amor sin contemplaciones en posturas algebráicas". (...).

"Cuando las sombras se alargan, el parque del Retiro se llena de libélulas, de hadas y de bambis con navaja bajo un decorado de ópera".

El autor nos ha ofrecido una descripción realista de ciudadanos, modelos "tipo" de la década de los ochenta, personajes de ciudad, en este caso ubicados en el madrileño parque del Retiro. Compone un relato de la rutina de la vida. Existencias sin grandes complicaciones ni metas, cada cual arrastrando su miseria y sus manías. Personajes mediocres, "pícaros" que van a lo suyo, que aguantan o se buscan la vida: jubilados, gamberros, medio mendigos, desempleados.

Manuel Vicent consigue retratos en color, nos da imágenes de los habitantes que configuran la sociedad de nuestros días. La vida en la capital dibuja estos protagonistas anónimos, víctimas del estrés, la contaminación, el desempleo, el olvido que sufren los más débiles, también gentes repletas de manías y modas, como la práctica del "footing" porque los medios de comunicación nos bombardean constantemente con el culto del cuerpo.

Nos muestra una colección de locos, de individuos desquiciados, pacíficos dementes de ideas fijas,

que a través de su firmeza pretenden huir de sus existencias sin sentido.

Una clasificación de la gente por ambientes y movimientos nos la ofrece en "Retrato de un ecologista" (5), aquí nos detalla varias épocas. Se trata de una historia descrita con dolor, con ternura por el protagonista, con el sarcasmo de la tristeza de la impotencia. Manuel Vicent se pone del lado del perdedor. Así dice:

"A este herbolario acuden ahora jóvenes muy espirituales que hacen tertulia acerca del caldo de amapolas, de las propiedades de la frángula para el riñón o del interés del salvado en el intestino grueso. Son charlas religiosas en las que la mística se mezcla con la fisiología, Dios y la función del hígado, el amor y la grasa, la belleza en sí misma y el método para defecar que usan los bramanes de la India. El herbolario del ex suicida es como una sacristía con olor a forraje, donde se expande una santidad huertana en bolsas, a precios casi prohibitivos. Este amigo no ha sido siempre así".

"Lo conocí hacia la mitad de los años sesenta, cuando gastaba un bigote de remero del Volga que era sobradamente familiar para la Brigada Social, (...) En la universidad era de los que arrojaban tazas de retrete desde el aula de Química Orgánica contra los cascos de la policía. En aquel tiempo los turistas comenzaban a mear dentro del Mediterráneo, vertían ya los posos de sangría en la arena y los excrementos del neocapitalismo estaban diezmando playas, ríos, vaguadas y suaves alcores. Pero él no reparaba en eso. Más bien vivía pendiente de la hora exacta en que se iba a producir el salto en la calle, el encierro en una iglesia o la sentada en clase". (...).

"- No te fíes de los barbudos que llevan Triunfo debajo del brazo. Son policías". (...).

"Eso era exactamente entonces: un proselitista del partido, que presumía de que su hijo de veinte meses ya sabía levantar el puñito sonrosado". (...).

"Mientras tanto, las ballenas eran pescadas a cañonazos, a las focas se las degollaba con garfios, los políticos del sistema abatían ciervos junto al pesebre, y en las cacerías de negocios se disparaba por igual contra todo lo que se moviera: perdices, conejos y ampliaciones de capital. El Mediterráneo comenzaba a dar señales de ser un mar muerto. Pieles de plástico flotaban en el caldo fúnebre y una luz de harina lo ponía todo en evidencia: envases con residuos de pollo, peces con la tripa llena de petróleo, espumosos orines que fueron refrescos multinacionales, preservativos inflados como globos de cumpleaños, diarres de veraneante endurecidas por el salitre; todo partido por el rugido de las canoas". (...).

"Mi amigo comía jamón, salchichas con "coca-cola" y leía Mundo Obrero amenizado con copazos de cazalla de noventa grados. Odiaba más que nada a los "hippies". Sencillamente, no era lícito que los obreros se jugaran la piel luchando contra la dictadura de Franco al tiempo que unos señoritos llenos de piojos se dedicaban a tocar el caramillo bajo las higueras, vestidos de apache, con barbita de Corazón de Jesús y cola de caballo. Si un día llegara la revolución, esa chusma también iría al caldero"

"Cuando la vida de Franco aún no había entrado en agujas, la moda de los intelectuales más finos consistía en sentarse en sillas de enea y en adornar el recibidor con una rueca de bisabuela, con una plancha de carbón llena de cardos secos y con un molinillo de café. Esos eran entonces los detalles ecológicos, que los audaces llevaban al extremo de alquilar una casa de pueblo a cien kilómetros de la Puerta del Sol para poner el fondo de Seix Barral en el establo del pollino. (...) y fumaba caliqueño bajo la boina. La pared encalada comenzaba a llevarse mucho y los intelectuales del tiempo le encargaban a un albañil represaliado por el sindicato vertical una biblioteca de mampostería donde se podía ver el Anti-Dühring, de Engels, y la Estética, de Lukács, separados por un porrón de vidrio". (...).

"en los estercoleros del franquismo. Era el reinado del Simca". (...).

"Aquellos progresistas de pantalón de pana los domingos de Miraflores no recogían los desperdicios de la sobremesa, pero lavaban el Simca a conciencia con agua purísima de montaña. El coche era el tótem. Allí se hablaba mucho de cilindros y de obreros torturados, de platinos, delcos, carburadores y de registros policíacos a domicilio. Y de paso se iniciaba tímidamente el intercambio de parejas. En el grupo había socia-

listas de vía chilena, trotskistas eróticos, eurocomunistas salidos, socialdemócratas ligones, estalinistas misóginos y otros que creían que la reconciliación nacional consistía en meter mano. Pero mi amigo era un rojo puro, no color campari con quisquillas, sino de una tonalidad sangre de toro. Se molestaba mucho cuando veía a un camarada dándose el pico con la legítima de otro al compás de una cosa de Adamo". (...).

"Aquel intercambio de parejas no era nada ecologista. Era más bien una moda industrial, importada de oídas desde California, algo que salía en las revistas serias en inglés con una connotación sociológica. Pero aquí sucedía que entre ellos se enamoriscaban, se sentían modernos y a la vez desarrollaban escenas de celo ibérico, y al final la fea y el tío plasta se quedaban sin catar nada, como siempre". (...).

"El objetivo era llevarle una ensaimada a Marcelino Camacho, a la cárcel de Carabanchel, unos turrones a Sánchez Montero y sobrasadas para la tropa. Así estaban las cosas. Cuando el general Franco hizo la primera flebitis y mi amigo escondía a clandestinos del exilio francés en las buhardillas, una nueva juventud se había instalado en las plazoletas. Aparecieron los primeros pasotas, los primeros profetas orientales, se estrenaban otras vibraciones, llegaban las tribus adolescentes con la onda ecologista. Venían con macutos de apátrida, con chalecos de vaquero, tocando una flauta de indio peruano. Ellas traían polvo de estrellas en los pómulos, batas de seda transparente y medias de lana con franjas de colorines. Compraban virutas de incienso en el Rastro, se perfumaban con pachulí y cantaban baladas acerca de la bondad universal". (...).

"Por las calles de la ciudad se veían ya los primeros gimnastas con chandal, que corrían, cosa extraña, sin que les persiguiera nadie; los artistas cotizados se habían refugiado en un molino". (...).

"El rinoceronte del franquismo, malherido, emprendió la huida hacia adelante y se refugió en la espesura de la democracia. Mi amigo quedó desmarcado. No así sus camaradas de célula ni los componentes de aquella feliz camada progresista de Miraflores. Unos han sido concejales comunistas, otros han salido diputados socialistas, unos son directores generales centristas, otros están de catedráticos en la universidad, o ejercen la medicina con éxito, o rigen un bufete famoso, o se sientan en el despacho

principal de una empresa. En cambio, a aquel luchador rojo un expediente de crisis lo dejó sulfatado a la puerta del laboratorio farmacéutico. De pronto, se vio en la calle, y desde la acera asistió a las primeras festividades de la libertad, con un gozo íntimo, pero con la mosca en la oreja. Y llegado el momento voto". (...).

"Un día de democracia lo encontré en una esquina, prácticamente ya sin culo, arrastrando los mocasines, con un maletín de muestras en la mano. (...) Me habló del desencanto, del consenso, de una jaqueca, de que no veía a ninguno de los viejos camaradas". (...).

"- Que Antoñito se ha tirado desde un sexto piso.
- ¿Se ha matado?
- No del todo". (...).

"Una especie de voz aquí, en el cogote, le dijo que la felicidad estaba abajo. No lo pensó más. Dejó el cigarrillo a medias en el alféizar y se arrojó en plancha. Saulo tuvo que caerse del caballo. El necesitó la altura de una sexta planta. Y en el trayecto de bajada tuvo la visión".

"- Te juro que vi a Atila desnudo.
- ¿Cómo era?
- Rubio. Estaba comiendo habas secas, germen de trigo y pasas de moscatel en un prado de flores. Me sonrió con una dentadura muy blanca.
- Has tenido suerte.
- Me han salvado las cuerdas del tendedero. A mitad de camino estaba arrepentido. Pensé que, si me libraba de la muerte, me haría vegetariano, ecologista, como Atila". (...).

"Antoñito cumplió la promesa, y después de cuarenta días de meditación ventral con el tobillo azul, se dedicó al nuevo apostolado. Se compró un chándal y comenzó a correr entre la cementera de Azca a la hora más procaz del día. Dejó de fumar, alquiló una bicicletas y siguió una novena de purificación en el parque del Retiro. La química, la medicina científica, la carne y la política le arquean el diafragma. Cogió el traspaso de un herbolario y allí ha instaurado la nueva religión. Ya no sabe quién es Carrillo". (...).

"La espiritualidad le ha dejado la cara de "bambi" feliz a los cuarenta años". (...).

"Pero él sueña con montar una granja biológica, donde todo sea natural o hecho a mano, para compartir con Atila una silla de enea, el zumbido solar de las moscas, el perfume silvestre que te lija el fondo de la nariz y una buena sopa de amapolas. Habrá que ver a Atila, recostado contra el horizonte, comiendo un filete de espinacas".

Es una crónica de los decenios de los sesenta, setenta y ochenta. Un desfile de los hippies, los progres, los pasotas, los comprometidos políticamente, los desencantados...

Manuel Vicent nos muestra una clasificación de la gente por la ropa que llevan, el coche que conducen, el barrio que habitan, cómo decoran sus casas.

El protagonista es el "tipo" antifranquista, comunista, opositor al régimen, hombre ético, de principios, que anhela la justicia social, y que cuando se estrena la democracia no llega a tiempo, además se ha quedado en el paro a los cuarenta años. Es un personaje típico de los que siempre llegan tarde a todo en la vida.

Es un hombre que pasó la vida luchando contra el franquismo, comprometido, y que no le toca nada en el reparto democrático. El mundo se lo reparten los jóvenes y los fuertes. Manuel Vicent se acuerda a menudo en sus narraciones de estas personas que dieron la cara de verdad en la oposición contra el franquismo en los años sesenta y setenta, y que quedan relegados de la vida política cuando las circunstancias son cómodas y favorables. Son personas dignas, auténticas, que no han practicado la hipocresía, el pasillo, el oportunismo, y por éllo quedan fuera.

Nos ha ofrecido este tipo urbano, abocado al fracaso, junto a la sociedad y costumbres de estas tres décadas, con sus protagonistas formando rebaños de tribus.

En "Balada de la cárcel" (6) la tribu la conforman los presos. Manuel Vicent se ocupa del submundo de las prisiones y sus habitantes forzosos, en ocasiones criminales y dementes, pero a veces víctimas extremas de nuestra sociedad, en numerosas ocasiones. "Balada de la cárcel" forma parte de la serie Historias de fin de siglo, y el autor, con su característica penetración en la condición del ser humano, contempla así a estos hombres:

"El recluso que más se desgañita, con voz de barítono, ha violado a todas sus hijas, y el que hace el dúo se ha llevado a un prójimo por delante con una escopeta de cañones recortados. El resto de la escolanía también se ha pasado lo mejor del Código por la entrepierna, aunque ahora tañe el dulce caramillo en esquijama". (...).

"En primera fila está el legionario prófugo, como un devoto feligrés, con la muñeca vendada. Se ha cortado las venas, se ha tragado veinte aspirinas en ayunas, hace siete días que no come nada y en los ojos ligeramente desvariados le brilla la fe pura del suicida". (...).

"Después de la misa, el director general, acompañado de un séquito de funcionarios, abriendo leoneras con llaves de un kilo de peso, inspecciona el penal hasta el último rincón bajo un agrio olor a urinario desinfectado con zotal en homenaje a la Virgen de la Merced". (...).

"El recluso "Palmera" tiene la fuerza de un búfalo psicópata, cosa que ha acreditado algunas veces. Puede arrancar una puerta con los dientes, y su devoción consiste en matar guardias. Es un homosexual esquizofrénico con un vendaval dentro del cráneo esquilado, pero hoy por la mañana le atraviesa el cerebro una hora de ternura. Se postra a los pies de Martínez Zato, le agarra ambas manos de un zarpazo y le lame

el dorso con la lengua gorda en plan vacilón. De repente, este penado le ha tomado un cariño inmenso al director general". (...).

"El mundo está lleno de placeres y máquinas, de mujeres mórbidas, de escaparates y policías, y algunos buenos chicos tienen la tentación de alargar demasiado la mano o de entrar en ese paraninfo de brillantes cacharros con una pistola roñosa. Aproximadamente son estos muchachos que ahora darán vueltas en bañador, con la pelambrera hasta las paletillas, durante un par de décadas, por este corralón. El muro del patio es un horizonte de 30 años y en él ha escrito alguien un pensamiento de alquitrán: "Menos porras y más "porros"". La libertad es tan sólo un poco de mierda. Por otra parte, la vida de estos presos es una lenta e inexorable destrucción. A las siete de la mañana, un celador toca el pito, ellos saltan de la piltra y ya no tienen nada más que hacer en lo que queda de siglo sino dar vueltas obsesivas dentro del aljibe del patio, despiojarse al sol, conseguir una navaja para erigirse en rey de la galería, sentarse en una butaca desventrada delante del televisor, ametrallar con esperma el cartel de una mujer desnuda clavado con chinchetas en la pared de la celda, jugarse a los dados unas colillas de marihuana y soñar que uno va de duro libremente por las calles de Manhattan". (...).

"En este momento, el director general inspecciona un cuartucho cegado donde los presos pueden celebrar la cópula una vez cada quince días durante una hora con su pareja oficial, ya sea legítima, barragana o querida simple si llega acreditada con una póliza". (...).

"Es un hombrecillo blandorrín, regordete, con bigotillo y gafitas de oficinista, en pantalón gris y camisa blanca planchada, uno de ésos que podría acercarse a ti sonriendo para venderte un seguro de vida. Cogió a dos chicas en el coche yse las llevó al monte. Con una frialdad llena de rigor acuchilló a la primera hasta la muerte mientras la violaba. La segunda se salvó por los pelos. Escapó sangrando por un barranco. El grueso de este regimiento está en la cárcel por robo en todas sus modalidades y fantasías. La mayoría son jóvenes, incluso adolescentes con acné y pelusilla, enganchados en la droga, especialistas en el tirón, en el atraco a farmacias, estancos y tiendas de comestibles. También hay viejos que han firmado 70 talones sin fondos; aquí habita el último conmutado de la pena de muerte gracias

a la Constitución; hay un abuelito ciego en un rincón de la enfermería; se ve a un profeta de barba bíblica que descalabró de un cabezazo a un guardia civil; en una terraza pasean un epiléptico, un depresivo profundo, diversos internos con úlcera y otros lastimados con navaja. Abajo, en el patio, el recluso "Palmera", hombretón rapado y de mucho peligro, ha sacado finalmente un pichón del palomar, lo acaricia con mimos de loca con una zarpa muy ruda y se empeña en regalárselo al director general en prueba de cariño". (...).

"Al espectáculo musical asisten también las reclusas del pabellón de mujeres, muy acicaladas de aguamarinas, con coloretes de amas de casa, aunque sin carrito para la compra". (...).

"Ppero ahora saltan a escena cuatro portuguesas disfrazadas de trogloditas, con harapos de napa, exhibiendo sus piernas de tintorera. Los hijos predilectos de Nuestra Señora de la Merced rugen, escupen de placer contra el friso de occipucios de la fila de autoridades. Las chicas vacían contra la delirante clientela, a oleadas, unas pelvis llenas de "rock" semiduro. Unos gritan, otros parecen alelados y algunos contemplan únicamente a las hembras portuguesas con mirada de gato excitado. La olla está a punto de estallar". (...).

"Pero el instante de la venganza llega cuando Toni Castro sube a la lona con sus dos misiles tierra-aire bien enguantados y una mariposa tatuada en el fibroso solomillo A este fragor colectivo los griegos lo llamaban catarsis, un don de Dionisos. El puño de este presidiario resume toda la pasión colectiva. La catarsis se resuelve en un segundo con un cañonazo de su zurda. La mole de Chumilla se derrumba con los ojos en blanco, y los presos arman un motín de abrazos, lágrimas; asaltan el cuadrilátero, besan a los funcionarios, y por un momento en el laberinto de gritos son libres. Mañana seguirán dando vueltas infinitas dentro del pozo; pero hoy un compañero, con su pegada resplandeciente, les ha salvado. Los habitantes de la prisión de Tenerife incluyendo a su director y a los funcionarios, me han parecido gente encantadora. En la cárcel también hay algún magnolio".

Nos ha mostrado una crónica-crítica de la vida en las cárceles, concretada en la prisión de

Tenerife, del sistema penitenciario, pero como es habitual en el escritor, lo hace describiendo, mirando y contando, sin buscar culpables ni soluciones, la conclusión es que los presos y funcionarios de prisiones le han parecido "gente encantadora", es decir nadie es bueno ni malo, al menos el autor no entra en éllo.

Expresa escepticismo hacia la humanidad, no hay culpables ni inocentes, son circunstancias.

Con una visión de los artículos en conjunto, parece como si todos los hombres fueran un sólo hombre, la humanidad se mueve siempre y en todos los sitios por las mismas necesidades, problemas, aspiraciones, ansiedades, da lo mismo la categoría, cultura, clase social. El ser humano necesita comer, beber, pasar el tiempo, copular, todo gira en torno a ello, estar en lo más alto o en lo más bajo es cuestión de suerte, pero el hombre se mueve por sus necesidades primarias, instintos animales. La religión está para cubrir una necesidad más, en este caso, simplemente para disfrutar de un día de fiesta, para comer mejor y contar con diversiones no habituales.

Escepticismo también hacia el hombre masa, lo que no se puede conseguir solo, se comparte con la masa, si uno no es un triunfador individual, se triunfa con la ley del más fuerte en el deporte.

La animalización que otorga a los personajes apoya las ideas que desea expresar, y nuestro apartado del hombre formando parte de tipos o tribus. Es el hombre visto movido por sus instintos, por sus necesidades despojado de intelecto, razón, sentimientos, alma,

como queramos llamarlo. Para Manuel Vicent el hombre es un pobre diablo, al que describe con ternura porque sólo es una víctima. La vida es como una lucha por la supervivencia, en la que cada cual se "come el coco" con un "rollo" para aguantarla, pero no tiene sentido. Sus personajes muchas veces carecen de sentimientos, no poseen aspiraciones, se mueven por costumbres.

De la actualidad de los antiguos progres nos habla en "Fin del mundo en la chimenea" (7):

"En aquel grupo había de todo: intelectuales alpinistas, antiguas feministas de tijera y psiquiatras intérpretes del Apocalipsis. Eran siete, un número cábala, y no se sabía exactamente quién hacía pareja con otro, excepto el joven profesor del instituto y su mujer aún legítima, que acababan de comprar la casa a un matrimonio belga con perro doberman. Pertenecían a esa clase de progresistas revenidos de melena calva y sexo gastado que han pasado del marxismo a la marihuana, del cáñamo a la ecología, de la comuna de vacas al esoterismo egipcio y de las pirámides a la moda del fin del mundo con remate nuclear. Les quedaba cierto afán montañero, y este refugio en la sierra conservaba un espíritu de alta cabaña, lejos de las radiaciones, muy idóneo para hablar impunemente de orgasmos y explosiones atómicas alrededor de la chimenea escondida. Al parecer, ninguno quería perderse la apoteosis". (...).

"Cuando un tipo presiente que va a morir, primero se sorprende, después trata de pactar con unas fuerzas irracionales, bien sea con Dios o con el médico de cabecera, luego el alma se resiste con violencia a salir y, finalmente, se abandona a sí misma a la dulzura de una bahía donde ya percibe el sabor afrodisiaco de la orilla". (...).

"Tal vez excitada por las postrimerías, una chica de la reunión propuso el juego del orgasmo psicológico mientras alguien leía salmos del profeta Isaías, pero en ese momento cayó en el fuego desde lo alto de la chimenea una pulsera de oro, aunque nadie reparó en ello. La experiencia erótica de última moda consistía en ponerse en círculo mirando los ojos de la pareja echada en suerte y acariciar las yemas del vecino hasta llenar con el pensamiento lascivo los bulbos de abajo. A la pulsera

de oro siguieron otras joyas. Una esmeralda se desprendió de la oscuridad envuelta en hollín y quedó como una brasa verde destellando luces entre las cenizas. A continuación comenzaron a rebotar metales preciosos llovidos del cielo en los troncos de encina y las llamas de la chimenea pronto se convirtieron en una fragua de anillos, brazaletes, diademas, collares de perlas, pendientes y monedas de ley que saltaban con quiños de vidrio y se derramaban en la hoquera. Parecía que un dios en el tejado de aquel chalé de la sierra estaba vaciando el cuerno de la abundancia por un tubo y en el fuego crepitaban diamantes y fina bisutería de muchos colores. El grupo de intelectuales alpinistas se dio cuenta del suceso, pero implicados en un clima de apocaliipsis con un ingrediente erótico, ninguno quería tener el mal gusto de pronunciar la primera exclamación. Por la chimenea también cayó un fajo de billetes de banco, que ardió en seguida. El olor a carne ahumada se inició poco después y nadie era capaz de adivinar de dónde procedía. La salal y los pasillos de la casa se fueron impregnando lentamente de un sabor a chuletas. ¿Acaso no sería esto un presagio del fin del mundo? Grandes riquezas y chamusquinas, batallas carniceras y coronas de oro se anunciaban en aquellos salmos del profeta que uno del grupo leía en alta voz". (...).

"A pesar de eso, ellos comenzaron a abrir las habitaciones, a destapar baúles, a escrutar el secreto de cada armario y a comprobar el horno de la cocina. No hallaron nada raro, aunque un eco de jadeos de lástima retumbaba siempre detrás de las paredes (...) Un día no lejano el cielo se cubrirá de ángeles negros, de murciélagos o querubines de amianto, y cuando en las terrazas de las cafeterías los simples mortales estén tomando horchata impunemente, el desgarrado alarido del hijo del hombre, dentro de un estallido de trompetas siderales, sacudirá el cosmos. Eso estaba muybien. Incluso no dejaba de poseer cierta belleza. Pero el fin del mundo en aquel chalé de la sierra había adoptado una forma demasiado vulgar. Las radiaciones atómicas olían como un asado de chorizos en Casa Paco, un ser misterioso, tal vez emparedado, aullaba tibiamente un dolor de muelas y el humo pestilente de carne, mezclado con un hedor a zapatilla chamuscada, lo inundaba todo y sólo te obligaba a toser". (...).

"El grupo se emparejó, excepto uno, que todavía leyó el último salmo de Isaías. Estos intelectuales alpinistas, antiguas feministas de tijera y psiquiatras intérpretes de sueños pertenecían a una clase de progresistas revenidos y posmodernos que habían

pasadoo del marxismo a la marihuana, del cáñamo a la ecología, de la comuna de vacas al esoterismo del Alto Egipto y del templo de Luxor a la moda del fin del mundo con el gran festín nuclear. Mientras ellos se amaban en los sofás y en los catres de cada alcoba, en el interior de la chimenea ardía lentamente el cadáver de un hombre. Esta es una pequeña historia real. Aquella casa había sido visitada antiguamente por los ladrones, y el matrimonio belga había instalado una reja en mitad de la chimenea para que los visitantes no se colaran por ella como otras veces. Un ladrón con un alijo de joyas había quedado atrapado allí y ahora su carne con harapos se quemaba a fuego lento como un pollo, pero el fin del mundo, con gritos de suaves orgasmos, continuaba en aquella cabaña".

Manuel Vicent describe cómo viven en los ochenta los que fueron progres, cómo se han ido descafeinando, y han pasado de unas ideas a un sucedáneo de ideas. Los hombres contemporáneos casi siempre forman parte de un rebaño, una tribu, el ser humano se mete en una manada, va perdiendo individualidad, como si le asustara quedarse solo consigo mismo, mantener una forma de ser independiente.

También se detiene a plantearse cómo reacciona el hombre ante la muerte, ante un posible fin del mundo. Y ve que es capaz de asimilar cualquier cosa, lo que entiende y lo que no alcanza a comprender, su respuesta es absurda ante lo extraordinario.

Bajo la "movida" progre, a estos intelectuales les preocupa lo mismo que a los demás mortales, es decir, pasarlo bien, tomar copas, hacer el amor... igual que a un ciudadano sin cultura. La muerte le inquieta a cualquier persona en cuanto tiene de incertidumbre.

Se trata en este caso, como en otros muchos, de historias increibles, pero que al final siempre tienen una explicación racional. Para Vicent lo sobrenatural y los fenómenos extraños encuentran un desenlace natural. Lo más alucinante es normal, sólo responde al miedo de la mente, de la muerte, del más allá, del sentido de culpa.

Los grandes temas los hace pequeños, cotidianos normales, están al alcance del hombre.

Ya hemos visto que la existencia de tipos urbanos y de tribus se sustenta en la sociedad como masa, en el hombre-masa. Manuel Vicent también se detiene en el modelo del delincuente, producto de nuestra sociedad, y que constituyen la ley del más fuerte, como en las películas americanas. Lo trata en "Vaqueros del asfalto" (8),

"Unos forajidos acababan de apoderarse del autobús de postas que cubre la ruta entre la plaza de España y el casino de juego de Torrelodones. Fueron tres no más. Habían montado en el carromato como si nada, y parte del trayecto lo pasaron silbando por lo bajo, acariciándose las hebras del bigote estilo Porfirio Díaz, mordisqueando un palillo, sobando las incógnitas culatas, departiendo amablemente con los pasajeros de la caravana, que sólo pensaban en hacerse ricos con golpe de ruleta. De repente, en mitad de la autopista, los salteadores se sintieron inspirados. Uno de ellos colocó el argumento de cañones recortados en los riñones del que iba en el pescante y le obligó a desviarse por un atajo hacia un baldío donde pastaba una manada de búfalos". (...).

"A un jovenzuelo lo acababan de linchar por haber robado un jamón a mano armada, y en todas las paredes de la ciudad parpadeaban neones rojos y azules con el siguiente reclamo: compro oro, compro joyas. Los anuncios luminosos se apagaban y encendían, y las bandas iban sueltas por la calle en busca de abuelitas con collares, de ilustres

damas que tuvieran un brazalete que echarse a la boca".

"En este paraje del Oeste, los caballos y el ganado de reses ya habían desaparecido en nombre de la modernidad, de modo que los cuatreros ahora se dedicaban a robar coches. (...) Los cuatrero emitían alaridos eufóricos, esos silbidos de "cowboy" con que se reúne a una punta de novillos. De pronto descubrían un automóvil apetecible, le echaban una lazada al cuello y lo arrastraban hacia una corraliza del suburbio donde había ya una buena camada de coches de todos los colores, fruto de otras correrías". (...).

"También había dulces vaqueros del amor. Se les podía contemplar en batería por la trastienda de Recoletos vestidos de blanco, con herrajes de plata, botas de inmaculado charol, flecos de gamuza apache, con revólveres nacarados, con sombreros de ala ancha ceñidos hasta el tuétano". (...).

"El forastero con peluquín de azafrán, bujarrón de media edad, se llevó al joven vaquero del amor a una pensión de mala muerte, y entre el catre y el armario ropero, un espacio que era tierra de nadie, se realizó una escena de reyerta como en un polvoriento descampado del lejano Oeste. Uno frente al otro, a corta distancia, se miraron en silencio. Se trataba de saber quién de los dos era el más rápido. De pronto, palpando las armas respectivas, desenfundaron en la misma fracción de segundo y ambos cayeron abatidos a la vez sobre el cubrecamas". (...).

"Todos los conductores hicieron mugir el claxon en un estado de pánico, y el fragor de apocalipsis aún excitó más la huida general. Los coches buscaban la ciega salida saltando unos sobre otros; verdaderas riadas de chapa fluían por las bocacalles buscando el campo abierto, los automovilistas se aplastaban mutuamente, se acuchillaban para ganarse un espacio en dirección al yermo y el extrarradio vertía hacia el campo sucesivas oleadas de búfalos en una cabalgada irracional que levantaba una seca polvareda radiactiva hasta las nubes".

Una vez más el autor realiza un análisis de la sociedad actual, comparándo nuestras grandes ciudades con los poblados del oeste. ¿Qué impera en

las películas del oeste americano, o en las policiacas más recientes? La ley del más fuerte, lo mismo que en nuestras calles. A su vez se puede entender la influencia de dicho cine en la forma concreta de actuar de los delincuentes, atracadores y gamberros en nuestras urbes.

Nos refleja a los atracadores armados como auténticos héroes de telefilme, se trata de los fuertes, los amos del mundo, actuando como en una ciudad sin ley, mientras que los que roban para comer son linchados.

Nos sumerge en las cloacas, describiendo un mundo de pobreza y avaricia a la vez. El hombre no se resiste al poder de la riqueza, y busca "oro" a cualquier precio y en cualquier lugar. Nos deja ver la permisividad social, que al no prohibir la compra venta del oro, los comercios que con licencia compran oro y joyas, posibilita y facilita la delincuencia al dar salida a la mercancía robada.

Los delincuentes forman tribus, y también los ciudadanos de a pie, confluyendo en los atascos, que acumulan más estrés, en su punto álgido en salidas de vacaciones y puentes. La clase media buscando un trocito de campo donde esparcirse y relajar sus nervios acumulados en las jornadas de trabajo y tensión de las ciudades, pero este descanso se convierte igualmente en una desquiciada huída, en la que no se llega al descanso ni al sosiego.

Todas las tribus urbanas juveniles confluyen en ""Area". 157 Hudson St. New York", punkies, rockes, yuppies, drogatas, ligones de discoteca, socios, tocones..

La despersonalización total del individuo nos la relata en esta historia de fin de siglo, publicada en El País, el sábado 27 de octubre de 1.984:

"Unos túneles negros a modo de pasadizos del infierno conducen a la primera sala de baile, (...) pero en la discoteca "Area" los tiburones sólo sirven para ejercer la fascinación de la crueldad". (...).

"Las tazas de retrete y los urinarios en batería son comunes, carecen de puertas, están dotados de una visibilidad sofisticada y mientras ellos y ellas ejecutan a la vez las labores del vientre mantienen una agradable conversación acerca de aquel viejo Dios del Sinaí que esparcía su ira por el desierto cuando aún había Historia o hablan del último modelo de Saint Laurent con el que se revisten ahora los sacerdotes. Al mismo tiempo otros extraterrestres se decoran para adquirir una imagen aproximadamente carnal después de su aterrizaje en este planeta. Allí, en los grandes lavabos color de rosa, perfumados con hachís, hallan de todo. Plumas, cremas, lápices, pelucas, acuarelas, gasas, pinceles, instrumentos de grabado, buriles con que inscribirse sentencias en las espaldas desnudas, correajes, tintes y cualquier clase de púa. Unas maquilladora tal vez terrícolas trabajan los sueños de cada uno". (...).

"En otra sala algunos indios cheyenes con una botella de cerveza en la mano sirven de objetos de decoración al pie de la escultura Victoria de Samotracia vestida de Christian Dior con una túnica de lino arrugado, que imita el mármol, entre héroes del Oeste en cartelones de cinematógrafo. En una pecera se debate un negro naufragado en una pelea rudimentaria contra varios pulpos de tentáculos magnéticos. Los extraterrestres bailan bajo la música furiosa, los maniquíes vivos permanecen herméticos durante toda la sesión de espiritismo y en las almohadas se hace amistad con gente de otras galaxias o de antiguas civilizaciones". (...).

"En los lavabos de la discoteca "Area" hay un pesebre lleno de cocaína donde comen los ciervos. Con un par de rayas bajo la naricilla ellos logran en un instante sacudirse el alma". (...).

"Muy cerca de la discoteca "Area" al margen del circuito turístico, se puede encontrar

una buena caverna del mal, aunque uno debe inscribirse de socio a la entrada".

En un auténtico despilfarro de color e imágenes Manuel Vicent describe diversas tribus urbanas a modo de razas animales. En la actualidad es conveniente pertenecer a algún clán para ser aceptado. La gente se agrupa por disfraces, cada grupo o familia posee su manera de vestir, modo determinado de hablar, forma de actuar, drogas que consumir, asumen determinadas y distintas filosofías descafeinadas de sus ideas originarias. Cada tribu posee su ídolo o ídolos de la música o el cine generalmente, son fans de diferentes cantantes, la música constituye un elemento importante: folk, pop, jazz, soul, rock, country, blues, para determinar la tribu a la que se pertenece.

También asimilan símbolos en el vestir y la imagen exterior: plumas, pendientes, cuero, lino, camperas, vaqueros, calzado deportivo, imperdibles... pelo al rape, con gomina, en punta, teñido...

La publicidad recicla estos modismos marginales para hacerlos moda y masificarlos, con lo que todo el mundo y más la juventud visten estándar, y portará unos atuendos según la tribu a la que pertenezcan.

Constata el problema de que en algunos locales exigen ser socio para poder acceder a éllos. Ya no se conforman sólo con que el cliente pertenezca a una especie, además dentro de esa especie hay que ser guapo y pertenecer a la subespecie de socio.

Toca el tema de que cada vez se da menos importancia al sexo. Los hombres tienden a ser

más femeninos, y las mujeres cambian atributos femeninos por derechos de igualdad, que en ocasiones no son tal cosa. El sexo también se vuelve descafeinado.

Los individuos tienden a la despersonalización en este fin de siglo. Manuel Vicent lo plantea de una forma satírica, interpretando que todo son modismos, que a veces se hacen neofascistas, pues el que no pertenece a una tribu determinada no es aceptado por la sociedad actual.

En todo éllo, además de la publicidad, ejercen gran influencia las costumbres americanas, tendiendo a una americanización de la sociedad.

En la columna semanal también se detiene el autor en diversas ocasiones a describir tipos urbanos. Vamos a ver algunos casos. Por ejemplo "Retrato" (9):

"Llegado el momento se matricularon en Empresariales, y asistían a clase perfectamente rasurados o con barba cultivada y se les veía aparcar coches "turbo" frente a la verja de los centros privados donde, gracias al dinero de papá, se habían refugiado huyendo de la horda universitaria. Jamás experimentaron una sensación ecológica, no amaban el campo ni la mar, ignoraban que hubiera obreros, gallinas, campesinos, conejos, grillos, pobres y lechugas, pero hablaban un inglés casi perfecto y adoraban a Norteamérica en cualquiera de sus modalidades. Peregrinaron a Harvard, y allí combinaron las ideas de la cabeza con los colores del jersei, las potencias del alma con las vitaminas, la sociología con el chándal y la economía con las suaves maneras liberales. Estos son nuestros jóvenes profesionales urbanos. Regresaron de Estados Unidos con el corazón de hierro y en seguida encontraron trabajo. Están en las altas finanzas, en la política, en los negocios. Van con su corbatita y son un poco chorras, pero han saltado el muro y ahora ellos mandan y usted obedece".

Describe a los chicos bien, los hijos de papá, la "élite" de nuestra sociedad, según el modelo americano. El resultado es un patrón de hombre sin sensibilidad, frío, calculador, materialista, sin ideales, ambicioso, "chorra", sin escrúpulos. Pero es lo que triunfa en nuestra sociedad, así han llegado, son los amos, y tienen las riendas del país.

Habla de los políticos que están en el poder en 1.986, los banqueros, los empresarios... la cúpula del poder, que constituye otra tribu, con otras costumbres hábitos, modas, bagaje.

Otra vez retorna a los progres, qué ha sido de éllos, lo vemos en "Progresista" (10):

"En su época este hombre fue un progresista de molde. Usó barba y morral de apache, encendedor de mecha y cinchо de la contracultura; se vistió de nudista con el lino de Ibiza, amó la libertad tanto o más que a los pepinillos de Bulgaria y tuvo una novia holandesa que se adornaba con harapos de muselina, y con ella peregrinó a Katmandú. En aquel tiempo de incienso y napalm este hombre también quería cambiar el mundo, e incluso concibió un sueño revolucionario, pero el plan quinquenal sólo lo adoptó para cultivar marihuana en una maceta. Pasó directamente del corazón de Jesús al corazón de Mao, y de éste al de Krihna Murti, aunque la dictadura le había obligado a hacer un "master" de tres meses en Carabanchel, donde recibió la bendición de Camacho y trató a algunos presidiarios que luego llegaron a ministros. Lo sabía todo de las tribus del Amazonas. Engendró un hijo quemando nueces de sándalo mientras Franco expiraba, y entonces se le vio bajo las nubes de gases lacrimógenos en el culo de saco de la historia. Después vino la democracia, y el rastro de este progresista se perdió. Amigos suyos se convirtieron en banqueros, diputados, jefes de empresa, y él pudo haber sido uno de ellos, pero se esfumó y no ha aparecido hasta la semana pasada".

"Ahora tiene casi 50 años y no es exactamente un mendigo madrileño, aunque se gana

la vida en la puerta de una iglesia del barrio de Salamanca, ayudando a subir los peldaños del templo a las ancianas de visón que acuden a misa. Las recibe en la calle al pie de la escalinata, les ofrece el brazo sonriendo y a continuación, con suma delicadeza, se las lleva en volandas hasta el cancel, y allí recibe de ellas un óbolo que no es una limosna. Con tesón ha logrado hacerse con una clientela fija compuesta de marquesas y viudas de general que requieren sus servicios porque este hombre es limpio, galante y de barba blanca. Quería cambiar el mundo, y en el morral ahora lleva una navaja ecológica. Mientras los socialistas se pasan a los nacionales, aquel progresistas hoy es un introductor de beatas".

Describe el tipo de progre de los años setenta. ¿Que ha sido de éllos ahora? Como relata el autor o se han materializado, derechizado, han abandonado sus ideales y deseos de cambiar el mundo, estan aburguesados y ocupando puestos de poder, o bien, no caben en el fin del milenio, no tienen lugar en un mundo sin ideales, donde no está bien visto no ser rico y guapo. Los progres han sido asimilados por el sistema.

Como estamos viendo a lo largo de todos los textos escogidos, en este también, Manuel Vicent realiza una descripción exterior de los personajes y con la prosopografía quiere la etopeya, la descripción interior, ofreciendonos estereotipos que dibujan nuestra sociedad actual, tipos y tribus.

Otro modelo de joven lo trata en "Cabalgar",

"Era guapo, extremadamente guapo, y tenía los testículos de piedra ónice e iba sobre ellos cabalgando una motocicleta de fuego por las tinieblas del sábado en aquella ciudad donde resplandecía una zarza ardiente en cada esquina. Con los ojos de hielo, este macho en llamas volaba por la estratosfera de asfalto con una Virgen pegada a los riñones dejando una ráfaga de hedor cabrío en la noche. A esa hora ya hervían los cuchillos en la niebla, sonaba la enorme berrea de los venados cerca de los

han bailado una conga celestial a los pies del Santo Padre. Para otros jóvenes está reservado el espectro de la muerte al final de una dureza sin tregua, pero vuestros retoños recién bendecidos beben "cocacola", discuten de baloncesto y hablan de marcas de camisas. A la salida del sol regresarán a casa para pasar toda la jornada de trabajo en la cama, con la Kawasaki candada como un ángel de acero espera la próxima noche. Y usted los verá esparramados entre las dulces sábanas al mediodía y dando gracias a Dios irá al supermercado a comprarles más ahumados de Escandinavia".

Describe a los adolescentes-jóvenes "pijos", su relación con la familia y entre éllos. Les refleja como parásitos de la sociedad, vagos, superficiales, pertenecientes a una clase social hipócrita.

Los contrapone a otros jóvenes que morirán víctimas de la miseria, pero esta clase social tiene seguros a sus hijos, sin peligro de que "caigan" en la droga, la delincuencia, éso sí, viviendo de los padres hasta no se sabe cuando, que pertenecen a una clase acomodada. Se trata de los pijitos, de ideas "fachitas", jóvenes católicos, que han asistido a la visita del Papa en Santiago de Compostela, y que no hacen nada positivo ni por ellos mismos.

CONCLUSIONES.

Del hombre-masa de las últimas décadas, sólo pueden surgir "tipos" y tribus urbanas, despojados en gran parte de sentimientos, y víctimas de la sociedad de consumo y de los mensajes de los medios de comunicación, que crean individuos en serie, uniformados, incomunicados, repletos de vacío, estrés, imagen, drogodependientes de diversos vicios.

Este hombre se forja en las calles de la gran ciudad, que es donde se nutre el autor para modelar sus narraciones.

Las tribus urbanas se conforman alrededor de la moda, los gustos musicales, el cine que digieren, los lugares donde se citan y el vehículo en que se desplazan.

Los retratos los realiza, asímismo, desde los años sesenta, por lo que nos ofrece un desfile de todos los tipos y "movidas": hippies, burgueses, clases medias, progres, ejecutivos, parados, pasotas, punkies, rockes, yuppies, pijos...

En definitiva las tribus están cuajadas por el materialismo, el conformismo, el pasotismo y la despersonalización. El autor les concede en muchas ocasiones atributos y conductas animales, se trata del hombre movido más por instinto que por sentimientos, agrupándose en manadas por no querer o no saber estar solo, pero éllo no les conduce a la comunicación y les sigue manteniendo en la soledad.

(1) Hermano Lobo.
(2) 9-9-72.
(3) Hermano Lobo, 4-11-72.
(4) El País, 13-2-82.
(5) El País, 3-4-82.
(6) El País, 1-10-83.
(7) El País, 7-4-84.
(8) El País, 29-9-84.
(9) El País, 9-12-86.
(10) El País, 12-3-89.
(11) El País, 19-3-89.
(12) El País, 3-9-89.

12. CLASES SOCIALES

CLASES SOCIALES

Nuestra sociedad se halla conformada por clases sociales, según la naturaleza, condición, importancia, distinción, prerrogativa, status, economía, ideas... de las personas que la componen.

En el Diccionario ideológico de la lengua española, de Julio Casares, la "clase" se define como "Orden, conjunto o número de personas que tienen algunas condiciones comunes".

Y aunque nuestra actual Constitución, de 1.978, en su capítulo segundo, artículo 14, se expone que "los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social", y garantiza una serie de derechos y libertades fundamentales, la realidad es que la desigualdad y las clases sociales subsisten.

Y así lo percibe, entiende y describe Manuel Vicent. En mi conversación mantenida con el autor el 1 de febrero de 1.991, le comentaba "una de tus frases favoritas es "cada cosa se encuentra en su sitio", describes la desigualdad social, ¿estás censurando que la democracia no ha terminado con el clasismo?", y el respondía:

"Es una fórmula que utilizo para decir que existe un orden ontológico, digamos del sistema establecido. Por supuesto, éso es evidente, que la democracia es un método de educación, la democracia es un ejercicio,

y está empezando. Para que la democracia se traduzca en hábitos democráticos de las personas, de la convivencia pues tienen que pasar muchos años. Como la libertad, la libertad es un ejercicio. El problema está en que hay unas desviaciones, y unos retrocesos, y en estos años se han producido desviaciones y retrocesos. Pero aunque haya retrocesos, la dinámica de la sociedad en democracia es imparable, léntamente vas adquiriendo hábitos democráticos, si se ponen los medios, es decir, si se quitan las barreras, la democracia se va alimentando de sí misma".

Los tipos y tribus urbanas que hemos visto anteriormente, también formarán parte de las distintas clases sociales. Ideología, economía, cultura, consumo irán tejiendo la colmena de las clases sociales de nuestra sociedad en cada período de tiempo.

Veamos qué ocurre en 1.970, lo cuenta en el periódico Madrid (1).

"Este verano la Policía de un lugar ha hecho una redada de jipis. Con el ceremonial de costumbre se ha enchiquerado primero a la reata, se han rapado barbas, se han metido tijeras a las melenas, se han herbido jubones y collares y se ha dejado a estos hombres como a los hijos de la mar: desnudos y con el carnet de identidad en la mano frente al inspector. Todo lo demás, lo que la filosofía tiene de derivado y moda hervía en las calderas en lugar aparte".

"La incógnita filosófica comenzó a ser despejada. Dos jipis pertenecían a la plantilla del Banco Español de Crédito: otrosí, un joven parecido a un San Jorge, rubio, ataviado con residuos de indio apache y de soldado federal, era hijo de un importante salchichero de Frankfurt: otrosí vestido de mendigo de Calcuta, recibía con suave cadencia a primeros de mes un cheque de mil dólares de su padre, fabricante de material para urinarios en Boston; otrosí era pintor figurativo, "pop" para más detalles, holandés y encima manierista. Había de todo, oficinistas, estudiantes, industriales, corredores

de comercio y artistas no ungidos. Desnudos, rapados y limpios con el carnet de identidad en la mano frente al inspector tenían el viejo instrumento para hacer la revolución, tenían el nombre y la palabra. Sin embargo, callados. ¿Por qué diablos calla siempre esta gente? Ellos, que son tan aficionados, deberían saber que el silencio sólo tiene sentido en música. Pero hubo alguien que habló, un joven que venía practicando el jipismo, eso de liarse la manta a la cabeza, desde los tiempos del antiguo testamento, un gitano de Chiclana. Habló, pero como si nada".

"Todos los que están ahora en el salón tienen el coche aparcado en la calle, un coche con más de nueve caballos tributarios al cuidado de un sereno con guardapolvo y bufanda. Alfombras de Persia, candelabros de plata, música de Paganini para piano y violín, y mientras un hilo de violín rasga el perfil de los óleos de firma los jóvenes revolucionarios, que tienen hecho el tacto a la cachemira y a la piel de mujer, hablan, claro está, de la necesidad de la revolución social".

"Allí hay uno que sin paliativos apela a la violencia, otro que recita las once tesis de Marx contra Feuerbach, otro que no comprende la pasividad de los obreros, otro que recuerda que todavía quedan calles con adoquines. Hasta que desbridado por el fragor del "whisky" el grupo se abate sobre una multicopista escondida detrás de un tresillo isabelino. Se va a redactar una proclama: revolución permanente, Marcuse, alianza de los obreros y estudiantes, Mandel, sociedad de consumo. Después de muchas disputas se llega al acuerdo. El más leído del grupo se ha impuesto. Y en la octavilla (veinte mil copias) se escribe: "Trabajadores de todos los países, uníos"".

"De pronto, policías con mandamiento judicial entran en el salón. Han sorprendido los gestos, han atisbado la multicopista y han leído la proclama. Pero en un aparato estereofónico, con disco de cuatro fases, sonaba un violín de Paganini. Y eso les ha salvado a todos. Al darse cuenta de que allí sonaba Marx con música de violín, la policía ha pedido disculpas, ha cogido cortésmente de la punta de los dedos a los revolucionarios y todos en coro han bailado un minueto sobre la alfombra persa".

"En la barra de la tasca de Manolo unos albañiles no cualificados hablan del Real Madrid y de Nixon. Un tinto con aceitunas y boquerón y la cosa está clara: el Real Madrid anda mal por culpa de cuatro, y Nixon es un tío simpático, siempre con los

brazos abiertos. Pero en España, oyes, lo que falta es jarabe de palo. Aquí, un servidor, si tuviera mando, no iba a dejar títere con cabeza. A la mínima protesta, una orden a los elementos de seguridad pública, oyes, y a deslomar se ha dicho. Porque aquí este cura opina que mientras no tengamos la atómica, el Nixon es el único que nos puede sacar las castañas del fuego. Ya me dirás tú, con las ganas que nos tienen esos del telón. Y ahora vienen cuatro señoritos a causar mal efecto y a estropear la fiesta. Cuando el pueblo de Madrid, oyes, se ha echado materialmente a la calle, impresionante, oyes, para ver al Nixon, y ahora vienen cuatro señoritos a gritar. A ésos este servidor les pasaba por la piedra como a los que se oponen a Muñoz. Un amable municipal de Abastos se acerca al grupo: ¡Manolo, un tinto para la seguridad!, y todos, albañiles y seguridad, beben fraternalmente bien".

"De modo que mientras los señoritos hablen como los obreros, los obreros hablan como los señoritos y los jipis callen, la revolución social habrá que desglosarla en materias. Primero que decida la Real Academia".

Manuel Vicent ha descrito la sociedad por clases sociales y su situación en el momento histórico, concluyendo que nadie juega su papel. Los obreros actuan de forma reaccionaria, los hippies permanecen mudos, pasivos, los "señoritos" imitan el vocabulario de los trabajadores.

En los años setenta los ciudadanos van careciendo de ideología, nadie ejerce activamente. El autor se lamenta de que aquí no va a llegar nunca la "revolución", es decir, el cambio, nadie está dispuesto a tomar parte para que termine la dictadura.

El concepto de clase social novecentista ha desaparecido, la gente no posee una conciencia tan clara como por ejemplo en los años treinta, y las clases son descafeinadas.

En este tiempo cualquier tema social se

encuentra vinculado a la política, las alusiones al régimen son frecuentes.

Citemos otro texto, escrito tres años después, "Tres rentrées, tres" (2):

"El grueso del pelotón de la mayoría silenciosa vestida de terilene ha regresado a la ciudad. El mar sólo está habitado ahora por algunos sabios pobres y por ese material de la revista "¡Hola!" al que no hay forma de hacerle trabajar". (...).

"Para los obreros, la rentrée es el camino en autobús que va desde el Parque Sindical al suburbio". (...).

"De todas formas, la auténtica apertura del nuevo curso político y social no comienza hasta que la revista "¡Hola!" cambia el panorama de sus reportajes y deja de fotografiar yates para enfocar el primer "cocktail" con canapé de salmón". (...).

"La clase alta, haciendo el zángano en la alta montaña; la media, tomando café con ensaimada en la cafetería, y la baja, aguantando. Sin embargo, cuando llega el dorado sol de moscatel en septiembre hay un nudo en forma de X que une a las tres e impulsa la cosa política: la verdadera rentrée para todos los españoles son las quinielas".

Aquí Vicent ha descrito la división de clases de acuerdo con su lugar de vacaciones y la duración de éstas. Las costumbres y hábitos de cada una.

A la vuelta de vacaciones, con la dictadura, no se puede esperar ningún calendario político, ni sorpresas laborales, ni subidas salariales para el próximo enero, aquí nunca cambia nada, y si cada clase social permanece en su gueto, sólo mantienen un nexo de unión, rellenar quinielas. El boleto constituye la única esperanza de cambio para los españoles.

La imagen de cada clase ofrece al escritor

los argumentos para descifrar sus diferentes psicologías. Así en la revista Triunfo (3), hablando de un espectáculo de Lina Morgan, nos describe la clase media que tira a baja:

"La revista ha quedado para una intimidad solariega. La sala está abarrotada tarde y noche por señoras con abrigo de paño gordo y cuello de nutria, gato de cualquier clase salvaje, chinchilla o amagos de visón, por parejas menestrales de una honradez campechana que no vigilan con el rabillo del ojo al compañero de butaca para saber si hay que reírse. Esta gente suelta la pierna con espontaneidad y aplaude a la reina de las candilejas con la antiquísima ingenuidad de los tiempos de oro". (...).

"Clemente Auger abandonó en seguida la compostura estética diseño Milano, y entró en un grado de plebeyez purificadora con carcajadas de mercado de abastos".

Su turno le llega en la misma revista a la alta burguesía, de derechas, se trata de "La España radical", (14-20 de febrero de 1.980):

"La sala de conferencias del Club Siglo XXI está adornada con bruñidas calaveras de ciervos y su correspondiente ramaje de cuernos que parecen árboles genealógicos. Es lo que resta de aquel ámbito cerrado e insonorizado del franquismo, un residuo de señoritismo de montería o estética de rifle, abrigo loden. Balmes en la canana, cierta deportividad de sauna y bronceado de cortijo".

Como vemos, al variar de clase, cambian los escenarios, los atuendos, las costumbres, los ritos.

Una descripción exacta y minuciosa encontramos en "Feria de Abril en Sevilla" (4), Manuel Vicent realiza detallados contrastes llenos de color, que nos dan las claves de la idiosincrasia de las diferentes clases sociales, comenzando con la frase a que anteriormente hice alusión. Es como el título genérico a que pertenece el artículo, una magistral estampa de una

década.

"En Sevilla cada cosa está en su sitio: el duque en el palacio, el toro en el chiquero, el matador en el vestíbulo del hotel Colón, el limpiabotas a los pies del señorito, el turista en el coche de caballos, la gente en el paro, el jamón en la barra, el puro en la boca, el clavel en el ojal, la gitana pidiendo limosna, el polvo en la feria". (...).

"Hay en el aire un erotismo muy ganadero de refajo sudado. A esta hora en la feria se ve desde un tiro de mulas enjaezadas con borlas y escarapela de seda con los colores heráldicos de la familia hasta el medio penco alquilado a tanto la hora".

"- ¿Quien es ése?
- Un Terry.
- ¿Y ése?
- Un Osborne.
- ¿Y ése?
- Un Medinaceli.
- ¿Y ése?
- Nadie". (...).

"Lentamente la feria coge una gran densidad caballar con todos los alardes varoniles en danza. Es un bello paseo de exhibición lleno de pavoneos de macho. El día está hecho para estos gallos de botos enterizos. La feria de noche pertenece a las hembras". (...).

"En el palacio de las Dueñas hay un par de títulos por metro cuadrado. El señor duque baja ahora al comedor de la servidumbre, y la visita inesperada deja de piedra a dos viejas criadas que están tomando el postre". (...).

"Un escalofrío de respeto ha sacudido la raspa de las viejas criadas". (...).

"La feria de Sevilla es una gigantesca boda de primavera que tiene sus ritos marcados. Por la mañana cualquiera que se precie debe dormir la borrachera anterior. Al mediodía hay que abrir el ojo arañado. Hacia las dos se da uno el garbeo viril cimbreando

la caderita de vaquero encima de un caballo con una mujer en la grupa que te puntee con los senos la espalda. Para las seis está la Maestranza. Un puro en la boca, un clavel en el ojal, el traje de alpaca, y mientras en el ruedo normalmente sucede una cosa costrosa, uno se puede entretener descifrando los cogotes ilustres de los que están sentados en la barrera de sombra. Aquel pescuezo brillante es de un Domecq. Aquella nuca es de un Guardiola. Aquellos rizos son de un Murube. Y así sucesivamente. La plaza de la Maestranza tiene unos silencios profundos, como de aula de filosofía". (...).

"El resto es la fiesta popular propiamente dicha. Una forma de bacanal colectiva con un millón de seres bailando en el interior de las casetas, bebiendo vino hasta que te recoja la grúa. El baile por sevillanas es un juego erótico en que la hembra tienta al macho zureando a su alrededor. Todo queda en eso. En una teoría caliente de miradas. En un amago de entrega que se hurta en el último instante. La feria de Sevilla ya no es como antes, cuando la única diversión consistía en ver cómo se divertían los señoritos por los entresijos de las cortinas echadas. Ahora hay quien se pasea por la feria a lomos de un pollino proletario con gran espanto de una minoría selecta".

"El pueblo ha invadido el antiguo rito. La feria comenzó en un mercado de ganado en el siglo pasado. La aristocracia impuso sus gestos hasta hace algunos años. Ahora la masificación está a punto de dar un salto cualitativo. Una multitud compacta que baila sin parar hasta la madrugada en caseta propia ha roto el viejo molde. En Sevilla están ahora todos los aristócratas, limpiabotas, políticos, patronos, gente de medio pelo, obreros en paro, mendigos en horas extraordinarias, pobres de polígono industrial bajo el color deslumbrante de una ceremonia masiva. Hay una carga erótica en todo el ajo. Pero la cosa tiene aún un punto contenido, una horma secular que impide dar salida al muelle. Cualquier año de estos puede saltar. El limpiabotas granadino baila por sevillanas en torno a los zapatos".

"- He venido a la feria a pasar fatigas.
- Resiste, hombre. Ya queda poco.
- Esto es como la vendimia. O peor".

El autor parece destacar que aunque ya existe

democracia en nuestro país, continúan las distancias entre las clases sociales, y las altas mantienen sus privilegios, que se resisten a perder.

En Andalucía permanece un caciquismo, unos títulos, una aristocracia, que desea seguir lejos del pueblo.

La Feria de Abril en Sevilla siempre ha sido clasista, y aunque el pueblo ya puede participar, lo hace como tal. Cada cosa como denuncia el autor se encuentra en su sitio, se trata de una fiesta para los sentidos, pero su erotismo es provocativo, "contenido" Por otra parte, las casetas son privadas, como los locales sólo para socios. Democracia e igualdad no caben en la feria sevillana.

La aristocracia sigue arriba, el pueblo baila y se emborracha en masa, el paro coexiste con la abundancia.

En nuestro país subsiste la desigualdad social, gente parada y gente-personaje que sigue viviendo del apellido o la fama. La democracia no ha atenuado las diferencias de clase.

La descripción de la aristocracia, de los ricos y la alta burguesía la desarrolla el escritor ampliamente en "Magia para gente noble", (El País, 8-5-82):

"(...) doscientos búhos observan cada sesión con ojos pasmados, lo mismo que la reina de Inglaterra desde la fotografía enmarcada. Los duques de Badajoz también están allí sobre el aparador, junto a san Judas Tadeo, que parece un "rockero" recién salido de la peluquería de los hermanos Blanco. El mago Araciel se aparece sentado

a una mesa-camilla bajo la luz íntima de una lámpara y habla suavón, entre golpes de risa tonta, con los labios húmedos de babilla dulce de confesor". (...).

"El mago pasea una dureza de diamante, va apartando fieles con el codo por el pasillo y al filo de su pequeña mirada gris hace enmudecer a los más desesperados". (...).

"Las duquesas tienen un aura color malva con destellos azules. Los políticos de república bananera presentan el cuerpo astral lleno de agujeros de bala. El cordón de plata, que envuelve el perfil de los banqueros, lleva un punzón de pantera coronada" (...).

"En medio de este bebedero de patos, todas las princesas están tristes. El caso no es para menos, con la cantidad de rojos que hay. Las duquesas tienen el corazón en un puño, las marquesas duermen con una oreja levantada, como las liebres, los políticos sienten chapotear a los cocodrilos bajo la trampilla, los banqueros viven en una tienda de campaña dentro de la caja de caudales. Ha pasado siempre. Los griegos, en caso de apuro, se iban al santuario de Delfos, sacrificaban un palomino y el oráculo les soplaba al oído la forma de salir del lío. Los romanos, a pesar de sus músculos de hortera, se licuaban patas abajo ante un cuervo que hacía un extraño en el vuelo y entonces le abrían la tripa a un cabrito para consultar el destino en sus entrañas. Y así hasta llegar a Hitler, que tenía un brujo en nómina, pasando por los astrólogos medievales librados por los pelos de la hoguera, por los hechiceros de la selva que entraron en competencia con los misioneros". (...).

"La aristocracia es una clase desvencijada que guarda en la alacena de palacio los pasteles con moho de un domingo para otro, pero tiene el corazón muy sensible y necesita que un ser extraterrestre la consuele. La alta burguesía carece de liquidez y está pidiendo a gritos el aval de un mago. El contribuyente medio sólo piensa en ganar al bingo. La vida está llena de misterio. El empleado de seguros le pone los cuernos a la mujer. En la playa de Torrevieja aparece de pronto un cadáver. La reina de Inglaterra sufre de insomnio. Gadafi está fabricando una bomba atómica con serrucho y martillo. A la señora marquesa le ha salido un forúnculo en el sobaco. El planeta Tierra va a entrar en la constelación de Acuario. Un drogadicto le ha pegado un navajazo a un farmacéutico. Un funcionario de Hacienda se ha quedado con la paga de todo el negociado y se ha fugado a Brasil. En la gruta del oráculo, situada

en un apartamento de la calle de la Princesa de Madrid, hay una espesa sombra de cortina y allí en medio brilla la bola de cristal". (...).

"Tiene la boca fina, un poco húmeda y te mira con ojitos sesgados, de reflejos grises entre las pestañas cortas. Se agita con ademanes de loca sublime y ríe sus propios éxitos, sus visiones en la diana, con una carcajada blandorra, como reiría Adán antes de comer manzanas".

El texto muestra a la gente noble como deshumanizada. Ridiculiza a marqueses, reyes, políticos, banqueros y al propio marqués-mago de Araciel.

Pone al descubierto el vacío de la aristocracia, que necesita de la mágia para sobrevivir, se trata de gente sin nada que hacer, que quiere saber si el destino le proporcionará lo que no se puede comprar con dinero, amor, felicidad, infidelidades, larga vida...

Compara las supersticiones de los poderosos actuales con los de la Historia, incluídos los fascistas y el propio Hitler.

Al marqués le retrata como a un ser frío, que no le importa lo más mínimo el sufrimiento de la humanidad, y que se ha propuesto buscar la posible felicidad y la solución a los problemas de los ricos, que van al mago porque se aburren, no tienen nada que hacer y no saben cómo gastar el dinero, tiempo y dinero les sobran.

Pero también se para el autor a analizar el materialismo que invade a todas las clases sociales. Las clases bajas y medias, que no pueden acceder fácilmente a la riqueza, la buscan mediante los juegos de azar.

Imprescindible en el tema que estamos tratando es el relato "Extraterrestres en Puerta de Hierro" (5), donde Manuel Vicent se sumerge, sin reticencias, en la condición del ser humano:

"La Biblia no dice si el viejo paraíso tenía picadero, campo de golf y piscina olímpica, aunque ciertamente aquél club del Eufrates fue el más exclusivo del mundo, cuyo único socio era un mono al que le gustaban mucho las manzanas, pero esta reserva de Puerta de Hierro, en el orden de la sociedad madrileña, es la cúspide soñada, el último peldaño de la escalinata, donde alargas la mano y ya tocas el calcañar de Dios, que en estos tiempos está mucho más tranquilo y deja comer cualquier fruta". (...).

"toman el sol unas criaturas rubias al cuidado de ayas de almidón o de institutrices anglosajonas. Son niños hermosos por siete generaciones de proteínas y sus padres practican finos deportes o están sentados bajo sombrillas viscontianas, fuera del alcance de sus gritos. Sería horrible oír aquí una madre que se queja: "Este hijo no me come"; a la amiga que le recomienda: "Chica, dale un fruco", y el berrido de un pequeño canalla, que acude a la merendola campestre aullando: "Yo también quiero fruco". Esa escena quebrantaría la ontología aristotélica. Los verdaderos señores están más allá". (...).

"Todo funciona en silencio. Tú sólo debes cimbrearte en medio de las reverencias, aunque tienes la obligación de ser alto, guapo y rico, con legajos color sepia en el cajón de la cómoda que hablen de un antepasado conocido muerto en los campos de Flandes. Hay diez trabajadores en nómina para cada uno de tus signos, caprichos, llamadas o dudas, siempre que no sean metafísicas". (...).

"Ahora el hombre de la gorra, con antorchas de general de opereta, abre la puerta y dobla la bisagra mientras un ser gordito sale del coche escupiendo miasmas de cigarro habano". (...).

"El Real Club de Puerta de Hierro tiene un privilegio extraño. Te sientas en la terraza, al borde de la colina sagrada, bajo un toldo siena, y sin necesidad de fumarte un canuto, que aquí está considerado como una ordinariez, o de pasarte una

armónica de nieve por las aletas de la nariz o de inyectarte salsa de tomate en las venas, puedes divisar las tres capas estratificadas de la sociedad, cada una en el lugar exacto del panorama. Al pie de la verde reserva, separado por el cauce fétido del Manzanares, está el parque sindical. Ahora mismo, aquí al lado, canta un mirlo y las abubillas caen sobre los jugosos tapices de pasto, pero de abajo llega un esfumado fragor de obreros con un alarido de altavoces, donde se desgañita Manolo Escobar, que trae y se lleva la brisa. A la izquierda, según mira el joven jinete por encima de las orejas del caballo, aparece la carretera de La Coruña, embotellada por la clase media, que acarrea hacia la sierra todas las frustraciones de la semana. (...) Más allá, sobre un teso de pinadas municipales, se ve el Club de Campo, lleno de meritorios. Allí también come, juega y toma el aire lo más sólido de la sociedad madrileña, pero ya se sabe que la felicidad en este valle de lágrimas, aunque sean lágrimas de Campari, nunca es completa. La aspiración, la ansiedad inconmensurable de los socios del Club de Campo consiste en poder un día alcanzar el último rellano de su clase y entrar en el Club Puerta de Hierro, que es un cerrado de estirpe, donde se guarda el séptimo sello de la coronación".

"Aquí, en la terraza, hay unos ejemplares mágicos. Las hembras son hermosas, rubias y elásticas. Los machos tienen la quijada cuadrada, con un hoyo voluntarioso en la barbilla, y sus músculos despiden luces de linimento. Uno puede hacer fácilmente el ridículo si pretende ser actual y habla de lo que viene en los periódicos".

"- El presidente del Gobierno va a comprar aviones.
- ¿Cómo dices?
- Calvo Sotelo.
- ¿Y ése quién es?
- Perdona".

"La política es algo lejano y bastardo. En las tertulias del aperitivo sólo se discute la forma de darle adecuadamente a la pelota para que entre en el sitio, se comentan las subidas a la red, el extraño que el caballo ha hecho en la galopada y otras intelectualidades deportivas". (...).

"- Es muy bonita la vista desde aquí.

- ¿Cómo?
- Se está muy bien.
- Ah.
- Lo pasas mejor si sabes que los obreros están ahí abajo comiendo patatas.
- Nosotros cumplimos una misión. Un lugar como este ssirve para que la gente trabaje. Cuando el obrero ve que hay un mundo de lujo se esfuerza por conseguirlo. Todos quieren subir hasta lo más alto. Se necesita que alguien esté aquí para provocar la envidia. Eso mueve la economía". (...).

"A la terraza llegan otros jóvenes hermosos, recién salidos de la ducha posterior al picadero. Y así el día se va dorando en el paraíso terrenal. Pero en el Club Puerta de Hierro no existe ningún árbol con la fruta prohibida. Dios es un buen chico y aquí deja comer de todo. Sólo hay que tener cierta clase de inocencia. Ellos han oído decir vagamente que el mundo está muy mal. Tal vez sea un falso rumor". (...).

"Desde la terraza del Club Puerta de Hierro los seres mágicos contemplan la autopista atiborrada de coches de la clase media, que acarrean el pedrusco hacia la parcela. Todavía se oye un ligero clamor de obreros en el parque sindical. Siguiendo el cauce del río, en la Casa de Campo, los comunistas celebran un sarao de churros y matasuegras, globos y pegatinas. Por el barrio Salamanca, jóvenes falangistas con banderas pasean la festividad de una guerra civil. Incluso un poco más allá los iraníes están a las de Basora y los judíos descargan salmos de dinamita sobre los palestinos. Calvo Sotelo compra aviones y en la manigua de la Bolsa hay caimanes muertos con la tripa lechosa hacia arriba. Es un crepúsculo amoratado de julio. En el horizonte parpadea un círculo de luces". (...).

"Ella sabe que los extraterrestres tienen un nido cerca. Tal vez esos seres mágicos, no contaminados, vienen a hacerse socios del club. Después de todo, son como de la familia".

Manuel Vicent ha descrito las clases sociales a vista de pájaro, en el suelo de Madrid. Se ha situado encima, sin participar en el espectáculo, ha observado y ha contado la visión.

Una visión alucinante y escéptica de la humanidad.

Dibuja sobre todo el egoismo y superficialidad de la aristocracia, preocupada por el culto al cuerpo y al ocio, sin producir, sin sentimientos, como fuera de la realidad, ni siquiera les interesa lo que pasa en el mundo, como bien elige la palabra el autor, su actitud es "extraterrestre".

Mediante antítesis, y por los "cotos" privados de cada grupo, refleja a todos los estamentos de la sociedad, el más alto se ocupa, además, de que su espacio no sea invadido, sino sólo para socios. Pero todas las clases se unen en unos objetivos comunes, el disfrute de su ocio, la huída de sí mismos, la despreocupación por el prójimo.

En las últimas décadas del siglo, en nuestro país, las clases, cómo las tribus, no se mezclan. Todas participan por igual en la idea de querer estar arriba. Y los que ya se encuentran en lo más alto, desean que los demás no escalen para seguir manteniendo y preservando sus privilegios.

Pero en realidad, todas las personas, pertenezcan a la clase que sea, aspiran a lo mismo, disfrutar el máximo, existir con el mínimo esfuerzo y sin ningún problema, participar del materialismo y hedonismo que *nos invade*.

Pero la clase media, la muchedumbre consumidora, las masas, no se resignan ante el cambio de objetivos económicos. El clasismo permanece, pero los consumidores todo lo llenan, lo invaden, lo nivelan, lo arrasan

y cuando es posible lo indiferencian. La clase media intenta llegar a los lugares de siempre reservados a las minorías. Vamos a verlo en la siguiente crónica, "Batalla en el Club de Campo" (El País, 7-7-84). En teoría los placeres adscritos a unos pocos, deben ser puestos al alcance de todos:

"El Club de Campo, levantado en territorio del ayuntamiento cuya concesión ha expirado el 1 de julio de 1984, ha sido durante años coto exclusivo de caballeros y damas respectivas, un Palacio de Invierno de carácter vegetal para gente bien, aristócratas sellados, militares muy monárquicos, ricos simples y guapos con dinero antiguo y abuelos mauristas. Ellos y sus crías vitaminadas sabían que algo grave podía suceder cuando los rojos llegaran al poder, aunque nadie esperaba un asalto en toda regla. (...) Una muchacha rubia, bastante adorable, llegó con la primera señal de pánico al bar del picadero. Se azotó rudamente la bota de montar con la fusta y dijo:"

"- Me ha pasado algo horrible. Acabo de ver a unos pobres o cosa parecida.
- ¿Qué ha hecho el caballo?
- Ha relinchado.
- ¿Cómo eran?
- No sé.
- ¿Cómo que no sabes? Los pobres tienen una cara especial.
- Estaban sentados en una manta alrededor de una cocacola familiar. Abrían latas de sardinas. Comían longanizas con tomate.
- ¿Eso comen ahora?
- Me han saludado.
- ¡Qué horror!". (...).

"La olla estaba tapada, aunque ya hervía. De un tiempo a esta parte habían comenzado a verse demasiados furtivos en la reserva. Eran tipos raros, generalmente vestidos de rebajas, que saltaban la alambrada no por curiosidad, sino llevados por una misión de espionaje. (...) Hubo otras provocaciones más evidentes. Una tarde penetraron en el Club de Campo cuatro familias del barrio del Gran San Blas con todala parentela del pueblo de origen, seguida de una intendencia de tortillas paisanas, botellas de vino Savín, ensaladas, cocacolas, sangrías y latas de bonito en escabeche. Tomaron

legítima posesión de una loma de césped y sobre el tapiz comenzaron a ejercer sus costumbres. Aquellos obreros en bañador lucían piernas pálidas de pelo ensortijado; los niños habían improvisado una portería con dos banderolas y chillaban de forma callejera dando patadas a un pelotón de trapo; las mujeres se habían arremangado la falda hasta la cadera y exhibían grandes muslos inocentes a la luz; algunos jugaban al guiñote con cartas sobadas y, en una manta, el más viejo de la reata se había puesto a roncar. Cuando llegó el guarda jurado no se hicieron fuertes. Simplemente fueron echados de la oreja; pero en otra ocasión un intruso, delatado esta vez por las zapatillas de felpa, fue apresado, conducido a las oficinas e interrogado. No osó decir más que su nombre de pila y el grado, como hacen los prisioneros de guerra".

"- ¿Quién es usted?
- Me llamo Regino Gómez.
- ¿Qué busca aquí dentro?
- Nada.
- ¿Cuál es su profesión?
- Pertenezco al pueblo llano. Tengo una tienda de embutidos.
- A ver. ¿Os habéis fijado? Lleva en la camisa una etiqueta de Saldos Arias.
- Sin duda es de ellos". (...).

"Los jefes expedicionarios habían explicado la estrategia a seguir. Se trataba de irrumpir candorosamente en el edén con la máxima inocencia y hacer uso y disfrute de sus servicios e instalaciones; montar a caballo, jugar al polo, al tenis, al golf, nadar en las piscinas, merendar bajo las encinas, regar los coches utilitarios con la manguera, instalar chiringuitos que admitieran bocadillos traídos de casa, echar papeles a discreción en el suelo conquistado y oír el transistor tumbados en una manta". (...).

"En el Club de Campo no había suficiente champán, ni siquiera nacional, para llenar una vaguada, y el altercado entre los socios y el pueblo de Madrid permaneció en punto muerto varios días con escaramuzas y golpes de mano. Las botellas de cocacola eran arrojadas hacia el interior del paraíso como "cócteles molotov", seguidas de una lluvia de huevos duros y tortillas de patatas. Finalmente se llegó a un alto el fuego. No se firmó capitulación, sino un acuerdo municipal bajo los siguientes apartados. Los socios del Club de Campo van a permanecer en sus puestos con los

derechos intactos. Podrán jugar al golf, pacer en las doradas praderas, hacer equitació y desafiarse al bridge. A cambio, el pueblo de Madrid, por orden riguroso, en grupos de 10, con un volante que le será facilitado en el ayuntamiento, tendrá la oportunidad de visitar este coto en sucesivas excursiones como quien va al zoológico. Se limitará a contemplar a los ejemplares de la aristocracia sin hacer comentarios. En contrapartida, algunos socios del club, los más antiguos y honorables, deberán ponerse peluca de Luis XV y permanecer sentados mientras pasen los turistas. Se establece un horario de museo. Al pie del documento signado por ambas partes se dice que este contacto periódico del pueblo de Madrid con los seres del Club de Campo podría facilitar el entendimiento entre las clases sociales. El Palacio de Invierno acaba de ser tomado, pero esta historia no conmoverá al mundo. La coral de relinchos de caballo no se ha producido".

Las clases sociales quedan plasmadas en los artículos de Manuel Vicent por su manera de vestir y comer, por los barrios que habitan, pero destaca que todos hacen lo mismo y les importa lo mismo, vestir, comer y beber, disfrutar el tiempo libre. Unos llevan marcas y otros compran en los saldos, unos beben martinis o vino de cosecha y otros gaseosas y cocacolas. Las clases las establece el dinero, hoy nadie se mueve por ideas sino por status. Aunque ideología política y clase social vayan unidas, los ricos serán de derechas, los pobres y clases medias de izquierdas, para la derecha los que no sean como éllos seguirán siendo "rojos".

Las clases no quieren mezclarse. Los ricos no quieren nada con la "chusma". La democracia como sentimiento no existe todavía. En 1.984 ha cambiado el régimen, la estructura, pero no las personas. El tema y el problema político para casi todos los ciudadanos es económico.

Nadie se salva en las narraciones de Manuel Vicent. El pueblo se comporta como masa, como borregos,

donde llega lo arrasa, lo estropea, lo invade todo. Muestra la falta de educación y sensibilidad cívica. Los ciudadanos piden pero no respetan, reclaman derechos pero no creen tener obligaciones.

Los socios del Club de Campo, como lo han sido los de Puerta de Hierro, son descritos como objetos de museo, reliquias, cosas, una colección de desfasados que se aferran a sus privilegios, estancados y sin participar en la realidad, no hablan de temas palpables, para ellos no existen problemas en el país, constituyen una minoría a extinguir, que no se extingue.

Se hace eco del problema de que en una democracia existan cotos privados, lugares para socios, y para tribus urbanas, en este caso en un club que ya existía en el franquismo, pero es una cuestión que se ha agudizado en muchos locales públicos, y que va en contra de los derechos constitucionales y de la igualdad entre los ciudadanos. El país se va convirtiendo en una colmena de guetos, de clases, de grupos, distribuídos por marcas comerciales, preferencias musicales, movidas de moda y demás, donde el pueblo de a pie, el ciudadano que no va de nada o que no posee algún carnet de socio no cuenta, se le prohibe la entrada.

La igualdad como derecho no funciona. La democracia como costumbre y ejercicio no ha entrado en la mentalidad de la mayoría de los españoles.

Otro hecho, esta vez ocurrido en Italia, pero que se puede trasladar sin ningún esfuerzo a nuestro país, de la realidad de las clases sociales, y de la injusticia que en ocasiones acarrean, nos lo regala Vicent en "Laberinto para un conde siciliano" (6).

"Aquella infausta mañana, desde el fondo del trigal vio de pronto a un muchacho desconocido que merodeaba alrededor de unos cerezos de su propiedad y, sin pensarlo mucho, puesto que no había encontrado perdices, el señor dispuso la culata del arma contra la clavícula, se apalancó bien sobre los terrones, apuntó correctamente y a continuación soltó un pepinazo que abatió al joven furtivo dejándolo muerto del todo al pie del frutal. El lance no tenía ninguna importancia para un conde siciliano, ya que la justicia ordinaria estaba a su servicio, si bien en este caso se cruzaron algunas complicaciones inesperadas. El pequeño ladrón de cerezas era hijo de un campesino rebelde vinculado a la "mafia" agraria de aquel tiempo y esta circunstancia cambió el destino del noble terrateniente. Hoy, don Giovanni di Cósimo hubiera sido apuntillado esa misma tarde por los compadres del difunto, pero entonces la Mafia todavía respetaba algunas reglas". (...).

"¿Qué mejor lugar podría servir de sarcófago a un conde siciliano? En su momento, la Mafia local, cuyo jefe, con la gorra ladeada, residía en Agrigento, dictó sobre el conde siciliano una sentencia amable e implacable. Obligó a don Giovanni di Cósimo a internarse voluntariamente en el Grand Hotel de Palermo, advirtiéndole, bajo amenaza de muerte, que nunca saliera a la calle mientras su capataz, de hecho inocente, se hallara en prisión. El lujoso albergue fue transformado para él en una jaula dorada e impune, pero en la misma acera estaban los verdugos. Han pasado 40 años y el ilustre aristócrata no ha abandonado todavía la fastuosa madriguera". (...).

"y los campesinos, a su paso, se quitaban la gorra negra con mucho respeto. Nada más lejos de la frivolidad. En aquel tiempo las cosas estaban en su sitio. El conde creció robusto, se hizo buen cazador, ejerció el derecho de pernada en varios kilómetros a la redonda, su elegancia fue temida y a la vez adorada por las hijas de la nobleza, entre las que también realizó algunos estragos galantes, pero Giovanni llevaba siempre botas de montar y era ya un joven paternal, alegre y caritativo con la servidumbre. Oh, qué feliz y luminosa época de su juventud y primera madurez, cuando el aire interior de la isla olía a espliego y las colinas se llenaban de flores de jara. Inviernos en el palacio de Palermo. Bailes de sociedad provinciana. Monterías de primavera. Estíos de sandía abierta en el sur mientras los cargueros del puerto hervían de emigrantes de luto hacia Nueva York".

"- Odio profundamente a la masa, ¿sabe usted?

- Lo comprendo. Claro que sí.
- Por eso nunca he amado el fascismo. Los gritos de Mussolini me perturbaban. Los rugidos de la multitud me parecían algo muy obsceno.
- Demasiado ruido, señor conde.
- Nunca quise colaborar con aquella gentuza. Tampoco disparé en la guerra. Yo soy un individualista. No hace falta que se lo explique.
- No hace falta, señor conde".

"Los tiempos eran dichosos para don Giovanni di Cósimo, llenos de carnalidad y flores sicilianas hasta que tal vez sucedió aquel infortunio envuelto en el misterio". (...).

"El señor conde Giovanni di Cósimo eleva su enorme figura blanca, que parece no terminar nunca, desde el fondo de la butaca y, perseguido por su puro habano y varios reflejos de anillo, sube la escalinata y desaparece. En su salón privado se va a celebrar un festín. El laberinto está completamente cerrado".

Da las características de este tipo de condes--aristócratas-caciques, en este caso italiano, pero prototipo del español, algo desfasado, pero del que quedan residuos: amante de la caza, desprecio por las masas, derecho de pernada... la mujer tampoco es un ser humano para éllos, sino algo de su propiedad.

Una persona no es nada para los caciques, tiene el mismo valor que una perdiz, un conejo o cualquier otro animal objeto de caza.

Para muchos elementos de la aristocracia, los caciques, los altos estamentos, la justicia está a su servicio. Un crimen u otro delito no está penado para un conde, siempre se encuentra a alguien que pague por él.

La cárcel puede ser sustituída para los

poderosos por un hotel de cinco estrellas, por un lugar de lujo. En el relato el conde no puede salir de ahí, pero no le hace falta, ya que ahí lo encuentra todo. El protagonista ha permanecido medio siglo dentro del Grand Hotel de Palermo, sin enterarse de que la Historia ha seguido su curso, él ha permanecido en su jaula de oro, en la que ha podido ejercer sus privilegios.

Para los grandes, en muchas ocasiones, no existe castigo ni justicia terrena. Los seres humanos son estadísticas, o simples piezas de caza, que respaldan los privilegios de su estamento.

También es interesante lo que Manuel Vicent expone en "La hormiga de oro", un Relato publicado en El País, el sábado 12 de octubre de 1.985, que nos muestra asímismo la huella de la inacabable sociedad clasista:

"Ahora ella le prepara la comida y le limpia el retrete a un gran charcutero, que se ha enriquecido al patentar una fórmula combinada de cerdo y plástico".

"Yo soy el conductor de su automóvil, saco brillo a la plata y a los grifos de oro, paso el plumero a los óleos y acudo al aeropuerto, como en este caso, a recibir a los invitados a su fiesta. Ocupo, con mi mujer, una alcoba de cemento en el sótano de la mansión, con un cencerro de avisos que se agita sobre nuestras cabezas cuando el amo desea algo. Mi señora procede de una familia de pastores de serranía, que después de ser cantadas por san Juan de la Cruz se pasaron al ramo de la construcción y fueron peones de albañil en una ciudad de Castilla donde, al parecer, hay muchos conventos, frailes de pies místicos en las sandalias y monjas que fabrican yemas". (...).

"En Nueva York había muchos expendedores de felicidad basada en las zanahorias, pero yo prediqué una mezcla de higiene y helados, dulce sexo y perfumes suaves,

flores y yoga, ritos de agua y amores ingenuos. Como no tuve la suerte de conquistar al hijo de un magnate y los neófitos eran pobres y no hacían sino adorar mi calcañar y mirarme a los ojos, abandoné el empeño y pasé a ser taxista en turno de noche".

"En Manhattan, a la caída del sol salen las hormigas a buscar oro en la garganta de los elegantes. Son rápidas y eficaces las estocadas que allí se reparten, formando haces de luz muy moderna, y de aquel baile nocturno guardo a la altura del hígado una costura violeta. ¿Qué podía hacer este indio en medio de tal fregado? Yo no había olvidado aún la ambición que me arrancó de la orilla del Ganges y cuando bajaba a los pozos de Nueva York volvía a soñar. ¿Dónde podría encontrar una hormiga de oro? (...) y, finalmente, arribé a Luxemburgo y entré de limpiacoches en la residencia del señor Scheneider, cuya fachada ve usted ahí enfrente, brillando como un ascua". (...).

"He dado la vuelta al mundo buscando una hormiga de oro, y nunca pude imaginar que ella me esperaba aquí. Esa chica de Avila, cuyo rostro es puro y solitario, me había esperado 10 años ahorrando monedas, labrando un tejido amoroso en torno a mi largo viaje. Hoy es mi mujer. Por su corazón pasa el Ganges. Y ahora, señor, ya hemos llegado. Deseo que disfrute usted de la fiesta. El rey de las salchichas, sonriente, gordito y feliz, ofrecerá a todos los invitados distintas especialidades de cerdo. Cuando esté sentado a la mesa piense, señor, que bajo el festín se encuentra el espíritu adusto de Avila y el dolor putrefacto de Benarés. Nosotros somos los criados".

Es un hecho escogido por Manuel Vicent que refleja su ternura por los perdedores, las personas que se pasan la vida luchando y jamás llegan.

Nos enseña la oposición entre la riqueza y la pobreza, y la existencia traumática de los emigrantes, los que se ven forzados a dejar a su familia y a su país para poder subsistir.

Debajo de la riqueza, el lujo, el poder, el dinero de las clases altas, se encuentra el sudor, la miseria, el sufrimiento, la pobreza de las bajas.

Los ricos viven gracias al trabajo y la existencia mísera de los pobres, les son necesarios. En todas las partes del mundo se encuentra lo mismo, poderosos y sirvientes, los que viven y los que perviven. Felicidad y dolor coexisten.

A los ricos, como vimos en el tema de la marginación, no les interesa la justicia ni la igualdad de derechos, sino la caridad.

También nos deja entrever el texto que la felicidad es relativa, este hombre, el protagonista de la historia, la encuentra en una mujer. Después de pasarse el tiempo emigrando de sitio en sitio para encontrar dicha y riqueza, encuentra el sentido de su existencia, la escasa paz que puede alcanzar el ser humano en una chica, en el amor. Porque la poca felicidad que podemos disfrutar, como cree el propio autor, no está en lo material, en lo superfluo, en las grandes cosas, sino en las pequeñas, en el interior de cada uno.

Y para rematar el tema, vamos a ver "A pleno sol" (7), que hace hincapié en las mismas ideas, y sigue reflejando la injusticia social:

"La gente de clase media pide que en esto se siga la tradición secular. Los pordioseros deben adornar la puerta de los templos, los delincuentes deben actuar junto a los vertederos industriales, en su propia salsa, durante las tinieblas. Al parecer nadie soporta que lo acuchillen a la luz del día en una calle elegante del centro de la ciudad mientras se dirige a casa del notario o toma un aperitivo de gambas. Eso sienta fatal. Es la falta de costumbre. El pequeño contribuyente se ha hecho ya a esta sociedad de bienestar con mendigos, de libertad con navajeros, de democracia con terror. Lo acepta todo: que la dinamina germine en las alcantarillas, que el mundo se caiga a pedazos, que se cometan grandes crímenes lejos, que en los semáforos haya una cuerda de pobres pidiendo limosna, pero se pone muy nervioso cuando se

entera que un humilde atracador se busca la vida a pleno sol en una esquina de Goya, al lado de una pastelería. Esa acera tranquila donde él paseaba con su señora constituía su única reserva".

"Hasta hace poco el centro de la ciudad era ocupado en horas de oficina sólo por algunos distinguidos delincuentes que en sus altos despachos daban bocados de negocio, cometían atracos con un golpe de teléfono e incluso dictaban leyes. Los carillones financieros, desde la cúpula de los bancos, daban campanadas de paz sobre el asfalto lleno de tulipanes. Al anochecer, estos refinados atracadores se retiraban a su hogar dejando el espacio libre a delincuentes minoristas que exhibían una navaja oxidada a la luz de la farola. Trabajaban en la oscuridad; pero ahora todo anda revuelto. Unos y otros se agitan a pleno sol. El centro de la ciudad se ha convertido en una romería. Y eso es lo que tal vez cabrea a las últimas almas benditas".

Describe y denuncia un tema de toda la vida, a las clases altas y medias acomodadas no les inmuta que haya pobres y ciudadanos marginados y marginales, siempre que no entren en sus cotos reservados.

Nunca les han importado los núcleos de chabolas con su miseria, analfabetización, delincuencia, falta de higiene y salubridad... con la condición de que no estuvieran a su vista, en sus terrenos, en sus calles.

Dichas clases y el poder hacen poco por sacarles de ahí, por rehabilitar sus vidas, pero se alarman cuando se ponen a su vista, cuando la delincuencia penetra en sus barrios.

No les conmueven estos hechos, siempre que no les incomoden a éllos. Como hemos repetido, no les importa hacer caridad, pero sí justicia.

Podemos concluir afirmando que Manuel Vicent no cree en ninguna clase social en concreto, en ninguna tribu urbana, en el hombre-masa, sólo describe lo que contempla y encuentra cada día, la perdida de individualidad y personalidad que nos rodea. Y únicamente se conmueve por las personas concretas, de una en una, por los débiles y perdedores, o por los que son capaces de luchar, amar y mantener capacidad de sorpresa, sensibilidad, ganas de vivir, de tolerar a los demás, de disfrutar y respetar las pequeñas cosas.

CONCLUSIONES.

La desigualdad y las clases sociales subsisten, así lo percibe y describe Vicent, que a menudo deja escapar la frase de que "cada cosa se encuentra en su sitio".

La ideología, la economía, la cultura y el consumo se encargan de componer la colmena de las clases sociales en la sociedad y en cada momento.

Aunque el concepto de clase social novecentista, en parte, ha desaparecido, y mucha gente no posee una conciencia tan clara como en los años treinta, se van borrando ideologías, y las clases en ocasiones son descafeinadas, consecuencia de la enorme clase media, sin grandes señas de identidad.

Pero, en cualquier caso, Manuel expresa que la democracia no ha atenuado las diferencias de clase, y en el recorrido de sus textos nos retrata a cada una. Las altas mantienen sus privilegios, que se resisten a perder. La aristocracia y la alta burguesía, siguen arriba, manteniendo las distancias con el pueblo, preocupadas por el culto al cuerpo y al ocio, frías, sin producir.

Pero también las clases más bajas y las medias buscan sin cesar el estado de bienestar y la riqueza, entre otras formas mediante los juegos de azar.

Todas las clases sociales participan en la idea común de querer llegar o conservarse arriba, pero no se mezclan, cada una se mantiene en su coto, aspirando a disfrutar el máximo, víctimas del materialismo y

del hedonismo que nos invade.

El escritor plasma las clases sociales por su manera de vestir y comer, por los barrios que residen, las bebidas que gastan, lugares que frecuentan, ocupaciones que desarrollan, tomando nota de que hoy las clases las fija el dinero, nadie se motiva por ideas sino por status.

La democracia como sentimiento y costumbre no existe todavía, la igualdad como derecho no funciona, ambas no han entrado en la mentalidad de los españoles.

(1) "Redadas", 22-10-70.

(2) Hermano Lobo, 15-9-73.

(3) "Lina Morgan y el escritor", 10-16 enero 80.

(4) El País, 1-5-82.

(5) El País, 17-7-82.

(6) El País, 15-6-85.

(7) El País, 22-3-88.

13. LAS MOVIDAS MADRILEÑAS

LAS MOVIDAS MADRILEÑAS

Madrid resulta la principal protagonista de la creación literaria de Manuel Vicent. Sus personajes, temas, argumentos, situaciones se nutren en la gran ciudad.

El escritor levantino, que nació en La Vilavella, llega a Madrid a los veinticuatro años, en 1.960, y desde entonces habita en la capital.

Vicent es más que nada un contemplativo, lo que le encanta es mirar a la gente, entiende la vida como un espectáculo, y siempre se encuentra receptivo, manteniendo despierta su capacidad de asombro y la mirada limpia del que ve por primera vez. Así no es extraño que en el asfalto halle todo lo que se refiere al ser humano, lo que le hace maravilloso y miserable a un tiempo.

En la gran ciudad se topa lo más elevado y lo más marginal, lo más bello y lo más feo. Si su literatura, como hemos visto, se alimenta en los estercoleros, es comprensible que no necesite salir de la urbe pare recoger el material que da vida a sus páginas. El olor, el sonido y la imagen de la villa subyacen en sus mejores relatos.

Estampas de una década, Crónicas urbanas. Historias de fin de siglo, y la cita semanal de su columna en El País concurren por lo general en Madrid.

Cualquier esquina, local, cola de museo, el día y la noche, las cuatro estaciones albergan los

protagonistas tiernos, psicóptas, estresados, solitarios, frustrados o esperanzados que se cruza el escritor y convierte en seres literarios.

Muchos de los textos que hemos visto hasta ahora y que nos quedan por estudiar se han desarrollado en el habitat madrileño, por éso ahora hemos seleccionado sólo cinco, suficientes para comprobar cómo Manuel Vicent se encuentra en su ambiente.

"La terraza del Teide", forma parte de la serie Crónicas urbanas, (El País, 18-6-83).

"En Madrid se ha instaurado un nuevo rito. Cualquiera que se sienta guapo a medianoche puede incorporarse a ese censo de tarzanes de lino, libélulas, ciervos de 14 puntas, cisnes y pavos reales que bajan por el paseo de Recoletos a abrevar en el estanque del Teide. Sólo se requiere ser un bello animal ambivalente. El rito consiste en sentarse en esa terraza, en mirarse como Narciso en el espejo dorado de la piel de otro y esperar a que la madrugada de verano te convierta en una flor. En Madrid hay ahora una cornisa que está de moda. De momento, allí no se ven policías, sino muchachas de lengua caliente haciendo una felación a enormes cucuruchos de helado, patinadoras con un rastro de gasas y cintas, hadas madrinas de cabellera azul cobalto, homosoexuales en desnudas camisetas de Ararat, chicas molonas de mirada extraterrestre, jóvenes dioses casi araucanos, nuevos románticos de lívida silueta en forma de dril y otros seres con plumas de inciertos paraísos, con pajaritas de terciopelo y sostenes de encaje que son cucharadas de un flan de caramelo. La policía trabaja un poco más arriba. En este instante desciende un furgón cargado con un travesti que ha sido cazado a lazo en una algarada a media altura de la Castellana. Desde la terraza del Teide se ha visto pasar una jaula llena de carne pintada y verónicas de bata de cola hacia la Dirección de la Seguridad del Estado. Pero la noche es una hermosa arruga de Domínguez, y algunas parejas ambiguas hacen el amor en el césped, entre macizos de petunias, a la luz de farolas isabelinas. En la mesa de al lado, un sodomita bronceado enreda el meñique en el colgante de plata y se desmaya a gritos hablando de Venecia". (...).

"Esta manzana de oro del paseo de Recoletos también ha comenzado a pudrirse con el primer calor del verano. Detrás están los puntos de la suave bohemia -Oliver, casa Gades, Bocaccio-, donde los antiguos abonados de la noche se lamen todavía la neura. En la calle del Almirante se extiende un mercado de adolescentes expertos en desatascar cañerías. Por allí pasan automóviles bujarrones a marcha lenta, explorando la mercancía, y unas veces el contrato se formaliza de palabra a través de la ventanilla, con un guiño o con un gesto de la mano en señal de embarque, aunque hay negocios de esta clase que también se cierran con un silencio de navaja metido entre dos chuletas. (...) Son bandadas de aves torcaces que vuelan a ras del asfalto por distintas partes de la ciudad y ponen de moda transitoriamente el lugar donde se posan. La terraza del Teide es ahora el último apeadero". (...).

"En este momento, un gladiador enjaezado por Paco Rabanne exhibe músculos y cinchos de amianto en el escenario vacío". (...).

"Frente a otros espejos de la ciudad hay más ciervos acicalándose en la noche, ninfas de ojos acuáticos, damas de tul o jóvenes cardados que bajo la luz solar son empleados de Banesto o trabajan en una gestoría, pero que al llegar la oscuridad se convierten en crisálidas. La fiesta sólo consiste en verse, en asomarse a la piel del vecino. Por lo demás, en ese dique de Recoletos (...) El travesti resulta ser también un joven de taller, un mecánico de la Seat, que acaba de pinchar a un cliente por falta de pago. En bata de cola, con la cara resplandeciente de hermosura y los senos de silicona, ha sido bajado a un sótano de la Puerta del Sol. Puede permanecer allí las 72 horas del código mientras comienza en Madrid el primer pase de la función". (...).

"En la terraza del Teide comienza a pacer una zoología variada, que va llegando por estratos en sucesivas oleadas. Primero aparece una capa de plastificadas niñas de Serrano. A ellas se superpone una veta de muchachos "new-wave" con las caderitas hermetizadas con flecos y cremalleras de Giorgio Armani. Sobre estas siluetas se extiende otra cobertura de "gay" decorados por la tienda Berlín o diseñados por Jesús del Pozo. Luego irrumpe en el pasto una manada de seres con una palidez violinista, ectoplasmas de Chopin, señoritas de la burguesía del planeta Júpiter. Después se condensa un nuevo pliegue de cuerpos vestidos con láminas de metal, y finalmente, a la hora alta, llegan bellos animales de cualquier índole con la cabellera imaginati-

va, con arreos de la decadencia del imperio, clámides, dalmáticas, peplos, desnudos galvanizados en cobre y otros dorados faraónicos. Ya están todos. Los camareros sirven horchata a los dioses, y en esa terraza del Teide los reflejos de carne, al traberse magnéticamente, forman una superficie de lago donde cada narciso se mira. El espectáculo consiste en contemplar el propio perfil en la estancada profundidad del coro". (...).

"Son suaves las noches de fin de semana en Madrid. Los ángeles bajan a ligar con los niños de Sodoma ylas muchachas lamen bolas de vainilla sobre patines silenciosos". (...).

"A esa hora sublime del viernes ha llegado a bordo de la motocicleta, después de trabajar en la fábrica toda la semana. Ha puesto el yo a remojo dentro de una tela neorromántica y ha desfilado por la pasarela del Teide también el sábado y el domingo. Ha dormido durante el día, se ha decorado en el crepúsculo y no desea más que ofrecerse de maravilloso, porque ésa es su única pasión. Mientras tanto, el retrato de Dorian Gray, tal vez la imagen genuina del fresador, se ha ido pudriendo, lejos de allí, en un sótano de la Puerta del Sol. El travesti ha pasado varias jornadas recluido sin poder restaurarse. Lleva churretones de rimel en la cara, tiene la peluca arrumbada contra el muro de la celda; el párpado caído; la boca, descolgada, y las tetas de yeso, llenas de cucarachas. Está sentado en el suelo con las pantorrillas abiertas, con la bata de cola levantada hasta el vientre, y acaba de pedir un espejo al guardián de turno. El fresador romántico se exhibe como un doble fantástico por la cornisa del Teide y sólo reclama un poco de admiración. En este instante, un sargento de la policía pone el espejo en la mirilla del calabozo, y el travesti contempla con horror que en sus mejillas de diosa le ha nacido una barba de tres días. Suave es la noche en Madrid. Al fresador le quedan unas horas de belleza en la terraza. Mañana es lunes y hay que volver a la fábrica de tornillos. El travesti será puesto en libertad".

Manuel Vicent relata en esta crónica una parcela representativa del ambiente nocturno de Madrid, la movida del viernes por la noche, en las terrazas de Recoletos. Describe el culto de la imagen y la moda

divulgadaspor la publicidad y los medios de comunicación de masas. Vestuario y perfume constituyen una exhibición de marcas. Hoy la belleza viene distribuida por las firmas de diseño, y la gente compone un escaparate expuesto en la irrealidad de la noche.

La "gente guapa" pone de moda las calles y los locales, montan en un lugar determinado su muestrario por un tiempo, para después cambiar de sitio y formar el ambiente en otro espacio, que siempre acaba haciendose caro.

Narra a su vez el mundo de los homosexuales-travestidos, la contradicción de sus vidas, de día hombres que trabajan en fábricas, talleres, oficinas y de noche se transforman en un sueño de dioses.

Transmite la falsedad de este ambiente ficticio la "gente guapa" sale de sus leoneras, se disfraza para ser durante unas horas lo que no es en realidad, para ser vistos y admirados.

Como en el cuento de La Cenicienta, al llegar la madrugada todos vuelven a la miseria y al anonimato.

El autor habla de una "función", se trata de una representación, la movida se viste de máscara, finge lo que le gustaría ser y no es. Además se sustenta en el consumo, el que no lleva una marca no forma parte de la tragicomedia.

Los personajes de la noche madrileña, en la vanguardia de la ciudad, van en busca de amor y sexo, pero ni lo ofrecen ni lo encuentran, son lobos

esteparios, conformados por el conformismo y el consumismo. Son unas víctimas más de la sociedad que se gasta en el asfalto.

Veamos otros hechos que suceden en Madrid, ahora llegamos a una de sus Historias de fin de siglo "No ardió el café Gijón" (1):

"En ese momento se presentó en escena el extraño galán: un sujeto chaparro, de calva blanda y ojos inyectados de fresa con dos bidones de gasolina de 96 octanos. Gruñiendo levemente para sí como hacen los mensajeros del destino, los puso encima de un velador, junto al tenderete de Alfonso, el cerillero, y entonces lanzó al aire un grito desmesurado que hizo callar hasta el último mono. Mientras quitaba con manos febriles la rosca a su mercancía en medio de un silencio absoluto, con un gallo de herida voz formuló un principio patriótico seguido de una pregunta terriblemente indiscreta".

"- ¡España ya es una mierda!". (...).

"Visto de cerca, el instinto de conservación de un grupo de intelectuales, poetas, artistas y otra gente de barba apacible que rumia media tostada es muy parecido a una manada de búfalos poseída por el pánico en una pradera telúrica llena de copas, pinchos de tortilla, tazas de té y refrescos de naranja. La etología pone a ras de la misma conducta a un profesor de canónico que no desea pasar a la posteridad y a un ganso cenizo sin deseos de grandeza. A todo eso, el galán de la bencina ya estaba en este preciso instante vaciando el primer bidón por el cuello de una vieja muy dulce, y en seguida sobrevino aquella secuencia de película de Sam Peckimpack con mucho jugo de tomate". (...).

"Madrid ya está a la altura de las circunstancias, en las azoteas se celebran bailes de gala con tiradores de primera y en la barra de la cafetería se puede sentar a tu lado un loco beatífico con pinta de adorador nocturno que se relame en secreto contemplando tu yugular. A veces, la neurosis colectiva hace contacto en el cerebro de este ciudadano que ha perdido el sueldo en el bingo, se le funden los plomos y se transforma en una bomba de dos patas. Un día te levantas silbando una balada,

acudes felizmente a la oficina, firmas una póliza de crédito en el banco, comes a mediodía una tortilla paisana, duermes la siesta y a las seis de la tarde cruzas tu destino con el suyo junto al taburete de un bar". (...).

"Madrid es una ciudad tan de moda que cualquiera puede erigirse en dios y abrirte el melón con un rifle desde una terraza, o darte con un bate de béisbol entre ambas cejas, o regalarte sin más un viaje de cuchillo en el hipocondrio". (...).

"Desde el final del siglo pasado, el café Gijón ha sido un lugar de encuentro entre el pensamiento y el chocolate con picatostes. Aquí, alguna tarde Galdós se mató las pulgas y, colgado de la propia barba, Santiago Ramón y Cajal se citó con una tanguista, y Arniches inventó madrileños que hablaban con la boca torcida, y Jardiel Poncela escribió con tijeras de podar, y González Ruano se hizo la manicura con cinco artículos diarios a sus uñas de tigre señorito. Cuando al inicio de los años sesenta entré por primera vez en el café Gijón, un pintor famoso a cuatro patas ladraba a los recién llegados. Desde entonces ha habido de todo: un famélico que recita a Garcilaso subido a la cumbre de su ayuno, un grupo de falangistas que te obliga a cantar el "Cara al Sol" pistola en mano, un pícaro que pasa la aspiradora por las propinas de los clientes rebañándolas del plato, alguien que se come un periódico con bocados nerviosos de cabra como si fuera el plato del día;". (...).

"El café Gijón también es una forma de envejecer. Lentas tardes de tedio frente a una taza con un poso donde se ahogan las colillas, largas sesiones de silencio esperando la gloria literaria, soterradas depresiones pasadas con los codos en el velador, el color macilento que va calando en el rostro de los soñadores, la niebla de los cigarrillos que te ahuma el alma, y de pronto aparece un caballero, tal vez enviado por Apolo, dispuesto a mandarte a Delos convertido en un fulgor de brasa, y por poco lo matan. En estos casos siempre hay alguien que tiene una cuerda. Ahora el incendiario estaba ya atado de pies y manos, hecho un ovillo, tirado en el suelo desierto del café y un magistrado del Tribunal Supremo intentaba un diálogo con él". (...).

"Por la esquina llegaban cantando ya las sirenas de la policía. La operación fue cosa de ritual. Los guardias se limitaron a cargar con el bulto, abrieron el maletero del furgón y lo arrojaron dentro como un saco de harina, aunque el sujeto llevaba

un pimiento de sangre reventado en la calva. Aquí no ha pasado nada. Al atardecer, esa manzana podrida de Recoletos iba tomando el carácter de cada puesta de sol. Los adolescentes en venta se fijaban con la caderita en las paredes del contorno, las chicas de pelo mohicano patinaban en el paseo, lejos de allí sonaban otras ambulancias, la ciudad exhalaba el fragor de la modernidad, esa que te pone en la arista del acantilado y el café Gijón comenzó a poblarse de soñadores. Por los tejados cruzaba un helicóptero cuyo sonido es el "rock" más actual y abajo olía a gasolina de quemar poetas. Los dioses sólo dan una oportunidad en la vida a sus elegidos".

"Aquella tarde del café Gijón algunos tuvieron una ocasión de oro para ser transportados a la gloria en un carro de fuego; pero Manuel Blanco Rodrigo, hijo de Martín y de Tránsito, nacido en Dos Torres, provincia de Córdoba, un administrativo pirómano, antes de prender los bidones de gasolina había tenido la debilidad de formular a gritos una pregunta indiscreta: ¿Quién quiere ser mártir? Y cosa rara, nadie quería".

Es como una crónica de costumbres de la vida en Madrid. Esta vez centrada en el histórico café Gijón, que el escritor conoce bien, frecuenta y como sabemos, es contertulio. Describe a sus protagonistas, a los clientes, al cerillero, los intelectuales que lo visitan, da sus imágenes con grandes pinceladas que ofrecen los detalles, y consigue una muestra de personas-personajes.

Se detiene en los males de la gran ciudad. Moderna, occidental, con gran densidad de población, que conlleva grandes dosis de violencia e inseguridad ciudadana, la perturbación de muchos ciudadanos que han sido normales. Cualquier trastocado puede clavarte en Madrid una navaja, meterte un tiro en el cuerpo, hacerte vola accionando una bomba, prender fuego a un establecimiento, atropellarte con un vehículo sin detenerse, o empujarte a las vías del metro.

Ello puede llevar a cualquier habitante a una inseguridad absurda, a una muerte imprevista, a sentir el sinsentido de la vida. Manuel Vicent lo percibe, lo presencia y lo sufre como uno más, comunicándolo a sus lectores.

También describe la vulnerabilidad de los intelectuales, tan racionales e irracionales como los demás mortales, movidos por las mismas necesidades y egoísmos, que desean la inmortalidad pero defienden su instinto de supervivencia.

Nadie quiere ser un mártir, nos dice, en momentos de peligro inmediato cada cual intenta poner a salvo su esqueleto, nadie se preocupa por nadie.

Vicent muestra a través de su obra un escepticismo ante la humanidad en general, los hombres son miserables, absurdos, egoistas. Ve a las personas de una forma esperpéntica, y por éso de continuo animaliza a sus personajes, las personas no tienen piernas sino patas, manos sino garras, carne sino huesos. Sus actos están movidos por la ley de la selva. Y también refleja que cuerpo y espíritu van unidos, que los actos diarios de las personas se rigen más por los sentidos que por los sentimientos.

De Madrid, como vemos, lo capta todo, el tono de su cielo en cada hora, los constantes ruidos de ambulancias, coches de policia, bomberos, helicópteros, obras, el olor de los cafés y demás "garitos", los árboles que pueblan sus calles, los atascos, y cada uno de sus anónimos personajes, patinadores, homosexuales

y prostitutas que hacen la calle, viejecitas "dulces" que toman chocolate a las siete de la tarde, cerilleros, parados que venden pañuelos, niños que van a la escuela, menestrales, funcionarios, mecánicos, niñas bien... todos desfilan por sus páginas.

Y por último vamos a analizar tres artículos de la columna semanal, con características similares, y muy entrañables. "Nocturno" (2).

"Lo encontró en una esquina plantado en la noche de la ciudad, vestido con bata de satén y la raja a lo largo del muslo dejaba ver las medias rojas hasta el liguero. También sus altos zapatos de charol brillaban junto a la boca de la alcantarilla. Llevaba una violeta en la sien bajo un casquete de terciopelo adornado con un fleco de tul y sus senos de parafina palpitaban en las tinieblas. Esto sucedió en un barrio maldito de Madrid donde crecen flores nocturnas y los hombres modernos se abren paso de madrugada aplastando jeringuillas con las botas en el asfalto entre buscadores de oro apoyados en las paredes del callejón por una ruta de sucios bares con cortinilla en los reservados que huelen a esperma podrido. Por este puerto franco iba un tipo solitario en busca del propio deseo".

"Agitando el bolso como un lazo de vaquero, aquel nardo plantado en la esquina llamó su atención, y entonces él se acercó de forma discreta. Se detuvo ante su mirada ambigua y sin mediar palabra el tipo, con cierta dulzura, llevó al hada hacia la oscuridad de un portal. Lentamente le fue despojando las sedas, le arrancó las alas de mariposa, le bajó todas las cremalleras de plata, liberó el sostén de las falsas colinas y el travestido que se había abandonado a aquel anónimo aventurero dibujó con la sonrisa un carnoso corazón en los labios. Sólo se oía algún breve jadeo mientras aquel tallo abierto se estaba quedando sin hojas sobre un montón de encajes en el suelo. De pronto la carne totalmente desnuda se convirtió en un vidrio rosado, el cuerpo de este ser contratado en la acera por 2.000 pesetas se transformó en un espejo y en su interior el tipo solitario descubrió la propia imagen reflejada con la memoria anfibia de la adolescencia abrazada a un amigo. En ese instante tuvo

aún el valor de preguntarle quién era. Y aunque no hubo respuesta, ambos lo sabían. Aquel mariquita que en la noche de la ciudad vendía en una esquina amores fugaces a cambio de unas monedas era un antiguo compañero del colegio. Lo estrujó contra el pecho y su cristal saltó en mil pedazos".

Es una pequeña historia ciudadana, en forma de pequeño relato con dos protagonistas, un argumento que ofrece la vida en Madrid, descripciones auténticas de los personajes anónimos que recorren o se buscan la vida en las aceras de la ciudad.

La realidad del tema de la homosexualidad, el travestismo y la prostitución. El autor muestra ternura hacia los seres marginales, desamparados, que sufren unas circunstancias adversas, hacia los que tienen que pagar para encontrar un trozo de amor.

En la noche y la marginación sigue el siguiente artículo, "Travesía" (3):

"En la oscuridad del sábado caminaba solo por la ciudad con la memoria húmeda perdida en el fondo del mar. Algunos mendigos le salieron al paso. Hermano, ¿me da una caridad? Al atravesar una plazoleta con árboles oyó el canto de un ruiseñor enamorado de las tinieblas. Había en la esquina varios centauros con los senos de escayola a la intemperie, con ligueros rojos y minifaldas de plata. Alguien le llamó desde un cubo de basura tiritando. Guapo, ¿necesitas un poco de ternura? Por la acera desolada pasaron unos mozalbetes con navajas temblorosas y las tabernas despedían gritos, echaban a la calle bocanadas de licor. Sin esperanza, él buscaba a la chica que lo había abandonado. ¿En qué punto del asfalto se halllaría aquella corza? Veía sus ojos de oro dentro de la niebla brillando, aún florecían los neones en la madrugada un coche tardío cruzó cargado de risas. Probablemente ella estaría en una discoteca bailando con otros amigos, en un incierto jardín abrazada a un nuevo amante. Una infanta pálida se pinchaba una vena en un túnel de cemento y cerca de allí sonaban

las blasfemias de una reyerta de beodos. Con leves zancadas, una sombra de traficante se le acercó por la espalda para ofrecerle la ración. Amigo, ¿quieres un pedazo de cielo? Su amor tenía el cuello de una diosa y se había ido".

"En la oscuridad del sábado, perdido en la ciudad, su memoria comenzó a sumergirse en un mar muy azul, pero no lloraba. De un garito salía un hálito de música acuática y locos anuncios trazaban dibujos de coral en la bruma. Ahora, en el agua, los centauros se unían a otros peces fosforescentes, las navajas urbanas se agitaban como sardinas, las rameras de aquel pasaje maldito parecían ánforas griegas de un pecio. ¿En qué lugar del fondo marino le estaría esperando durante siglos, recostada, una diosa tan esquiva? En la cima de la oscuridad apareció de pronto la luz fría y no quiso desear nada más sino el recuerdo de ella. Camino de casa aún le salió al paso el último mendigo. Hermano, ¿me da una caridad?".

Otra descripción de una pequeña historia real, triste y tierna, del mundo marginal en Madrid. Todo el submundo de la noche y la miseria, prostitutas, delincuentes, travestidos, camellos, drogadictos, desesperados, mendigos, solitarios en busca de amor o de vivencias. Los que habitan la noche, mientras la gente de orden y suerte duerme.

Es el estiercol de que habla el autor.

También vemos la importancia del amor en la vida de las personas. Casi todos los protagonistas del escritor son víctimas del desamor, éllos mismos viviendo en el materialismo no son capaces tampoco de dar amor. Pero cuando se refiere a alguien que quiere, Manuel Vicent le trata con cariño y ternura. La falta de amor puede llevar a la desesperanza y a la locura.

Contrapone el concepto de caridad referida a las necesidades físicas y espirituales. El mendigo le pide una caridad al protagonista, una caridad económica cuando él necesita una caridad intangible, una caridad de amor.

Y por último vamos a leer "Latido" (El País, 7-5-89), que redunda en Madrid y la noche.

"Ardían los mariquitas en todos los sótanos bajo una niebla escarlata, y entre ellos se daban besos delicados al pie de la barra, desplegando las alitas dulcemente hacia atrás. Llevaban grandes escotes en la espalda, la cabellera les cubría con varias ondas angelicales una oreja sonrosada y de la otra les colgaba la pluma de un ave del paraíso. De noche se oían por toda la ciudad las trompas de caza que hacían sonar los propios venados, cuyos ojos insomnes eran de plata. Con un garfio en los genitales huían por los largos pórticos muchachas heridas gritando, y estos alaridos de sangre eran la melodía que bailaban los rufianes en unos antros donde los amores violados no cesaban de derramar miel hasta el amanecer. En algunos túneles también había yeguas hacinadas con las crines plagadas de flores, ofreciéndose mutuamente el galardón de Venus, mientras relinchaban en la oscuridad. Corrían tiempos de dulzura. Unos soñaban con inyectarse música de Bach en las venas, otros lucían mamíferas de lujo en los espaciosos atrios de la filosofía, muchos sólo buscaban una bala de oro para suicidarse. En una esquina de la ciudad un profeta ciego vendía dinamita de la mejor calidad en las tinieblas del sábado, y a esa misma hora las ninfas abrían el compás dentro del camisón perfumado. y un furioso guerrero siempre entraba en ellas silbando un himno".

"La noche era la barrica más suave que uno pudiera imaginar, y su oscura cavidad de carne exquisita se hallaba unida a una mecha de pólvora seca, por lal cual discurría quemándola una estrella de hada madrina. Todos esperaban que la explosión coincidiera con el instante álgido del placer, y cuando ésta se produjo al filo de la madrugada, el profeta ciego pudo contemplar desde la azotea el grandioso fogonazo, en cuyo interior vislumbró siluetas de corceles y yeguas arrebatados, vírgenes partidas

por la cintura, torsos de mármol que aún palpitaban, sexos que parecían constelaciones, mariquitas, venados, rufianes, gárgolas y garfios, todo disparado por un inmenso latido. Y eso era la noche".

Cuenta lo que es trasnochar en Madrid el viernes o, en este caso, el sábado, una antítesis entre el placer y la destrucción. Sexo, prostitución, droga, accidentes de tráfico o violencia. Se busca el placer y la felicidad, pero no se halla, se trata de una ficción, se tropieza con la marginalidad, con los camellos que quieren enganchar y los ya drogadictos.

Relata la desesperación de una juventud que no encuentra sentido a la vida, "muchos sólo buscaba una bala de oro para suicidarse". La diversión y el amor tropiezan con la muerte, mediante la droga, y el desamor, el sexo pagado, prostituido.

El autor presiente lo que ya está ocurriendo, el paro, la falta de "ideales" y metas, la frustración, la desilusión, convierten la noche en la metrópoli en lo contrario que siempre ha ofrecido, vivencias, experiencias, juega, ligue, amor.

CONCLUSIONES.

Vicent encuentra en el asfalto, y muy concretamente en Madrid, todo el material para sus relatos, lo que hace grande y miserable al ser humano.

En la gran ciudad se halla, y él recoge, lo más elevado y lo más marginal. Su literatura, que se nutre en los estercoleros, no necesita indagar en otro lugar para tomar los elementos que recompone, como en un rompecabezas, en sus argumentos.

Sus seres literarios han sido arrancados de los seres reales que caminan y existen en las calles, los barrios, los pisos de la gran ciudad: personajes tiernos, psicópatas, estresados, solitarios, frustrados, amables y esperanzados... Amas de casa, vírgenes, homosexuales, chulos, prostitutas, funcionarios, literatos, bohemios, obreros, progres, dulces viejecitas, menestrales...

Describe las consecuencias de la urbe: violencia, inseguridad, delincuencia, pasotismo... que arrastran a muchos ciudadanos a palpar el sinsentido y el absurdo de la existencia. Ello explica el escepticismo que vierte el autor en sus páginas.

De Madrid lo nota todo, sus cielos, sus sonidos característicos (ambulancias, obras...), sus olores (cafés, tascas, acacias...), los atascos y el hacinamiento, el submundo de la noche, el placer y la destrucción.

(1) El País, 10-3-84.
(2) El País, 28-1-86.
(3) El País, 22-12-87.

14. POBREZA Y MARGINACION

POBREZA Y MARGINACION

Ya hemos contemplado al tratar el tema de la sociedad de consumo de masas, que el crecimiento industrial ha minorado la oposición riqueza-pobreza, en el sentido que se consideraba hasta hace un siglo, pero que el estado de abundancia y opulencia no ha terminado en absoluto con las desigualdades sociales. Existe, es cierto, un mayor nivel social y material, pero que no ha hecho posible llegar a un modelo igualitarista.

El subconsumo de las necesidades secundarias crea a los marginados, que la misma sociedad pretende ignorar. El que no consume, no posee existencia social.

El que no se encuentra dentro del sistema de valores que sustenta el sistema industrial, se convierte en un ser asocial, que no llega a integrarse en el modelo de vida urbano. Así, la inmensa mayoría de las comunidades marginadas se hallan habitando en los extrarradios, en los suburbios de la ciudad, allí donde la metrópoli ya no lo es, el consumo no llega, y ni las clases sociales altas ni el hombre-masa las tropiezan.

Para adentrarnos en la cuestión de los marginados nos interesa partir del punto de vista que se analiza en el libro Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850), de Catharina Lis - Hugo Soly, (1) que concluye:

"En todas las regiones de Europa donde el capital penetró en la esfera productiva, surgió una política social con dos funciones dominantes: control

de la relativa superpoblación y regulación del mercado de trabajo. El desarrollo de las relaciones de producción capitalistas requería la formación de mecanismos de la asistencia pública que no sólo permitieran tener bajo control a la numerosa reserva de mano de obra para garantizar el orden público, sino que también ofrecieran la posibilidad de proporcionar a los patrones, en cualquier momento, trabajadores asalariados, suficientemente baratos, para acercarles a sus objetivos económicos. (...) Desde el siglo XVI en adelante, las alternativas entre reglamentaciones flexibles y rigurosas para la asistencia, estaban cada vez más determinadas por las cambiantes necesidades del mercado y el nivel variable de la "estabilidad" social. Según las circunstancias, el acento se puso, ora en el deber de trabajar, ora en la neutralización de las latentes tensiones de clase. La expansión del pauperismo no fue nunca en sí misma ni por sí misma una condición suficiente para hacer revisar o mantener la asistencia a los pobres. El "fracaso" de las leyes para pobres en ciertas zonas hay que explicarlo por factores económicos y políticos. Los gobiernos medievales y los primeros gobiernos modernos y las autoridades locales no tenían intención de eliminar la pobreza. Sólo trataban de mantener el "status quo" social y estimular la producción. El carácter "adecuado" de su política social debe ser analizado desde ese esquema de referencia restrictivo". (...).

"El argumento de que la creciente eficacia de la política social hubiera sido el resultado de motivaciones religiosas o morales es erróneo. No es que los reformadores del siglo XVI y los filósofos del siglo XVIII no hayan ejercido influencia en la asistencia a los pobres, sino que, en la mayoría de los casos, sus ideas sólo fueron llevadas a la práctica cuando

podían ser "traducidas" a términos económicos o políticos. En otras palabras, cuando la trinidad de caridad, control y regulación del trabajo, coincidiera con los intereses reales o imaginarios de los patronos y de las autoridades. Con respecto a la caridad privada: la misericordia de la élite se limitaba a los pobres "dignos", a saber, los niños, los ancianos y los enfermos y físicamente débiles. La miseria de los trabajadores asalariados o pasaba sin ser reconocida o se adscribía a la pereza u otros defectos personales".

"La cristalización de una nueva clase obrera se produjo junto con los esfuerzos de la burguesía para inculcar su sistema de valores a los "obreros pobres". Por ello que el acento descansara, durante la Revolución Industrial, en la desventura personal y en la disciplina del "bourgeois manqué". La predicación de virtudes como la sobriedad, el ahorro, la paciencia y la resignación, constituía el medio preferido para asegurar la docilidad de las clases bajas. Una red de iniciativas paternalistas consolidaban -y simultáneamente justificaban- una desigualdad social fundamental. Cuanto más fortalecía el capitalismo su dominio sobre la sociedad, más se destacaba este aspecto de la política social".

Bien, hemos traído esta larga cita a colación, porque nos parece válido, en líneas generales, para la situación actual.

Manuel Vicent se interesa sobradamente por el tema de los pobres, por la tremenda injusticia social que sufren, y siente una entrañable ternura y cariño por éllos.

Refleja ironía respecto a la falsa caridad cristiana. Las clases altas y los católicos desean cada cosa en su sitio, actúan de forma clasista, los pobres les son necesarios para lavar la conciencia ejerciendo la caridad oficial, pero no la justicia social. No se les trata como a iguales, como ciudadanos, no poseen derechos.

Admitir la igualdad de oportunidades y de derechos, significaría perder privilegios, el orden de la sociedad. A los pobres se les puede ofrecer limosna, un plato de lentejas, unos calcetines, un abrigo pasado de moda, una comida por Navidad o Jueves Santo, pero no una educación, una reinserción.

Así lo relata Manuel Vicent, no sólo en los artículos que vamos a relacionar, sino también en su novela Pascua y Naranjas (2).

En Hermano Lobo, el 27 de diciembre de 1.975, publica, precisamente, "Los pobres, a su sitio", y dice:

"Uno comprende que los pobres estén muy acreditados en el Evangelio porque en el fondo son unos buenazos que se creen el milagro del pan y los peces; uno comprende que los pobres como elemento decorativo pidiendo limosna en las escalinatas de las catedrales han cumplido una función histórica; los prelados con capa de armiño y los mendigos con el muñón extendido en el apestado aire medieval reclamando la bendición apostólica era algo precioso. Pero los pobres, cuando les invitas a la mesa, son la leche. Se lo comen todo. Y encima no saben usar los cubiertos".

"Por estas fiestas y para cumplir con el precepto navideño que ha lanzado el ropero parroquial hemos sentado a una pobre en nuestra mesa. A la mendiga Cayetana de Alba por más señas.. Es una pobre de cuarenta mil hectáreas de latifundio, propietaria de algunos palacios con goyas en la pared y medio señora ama del Banco de España.

Pues, bien ¿saben ustedes qué nos ha hecho esta tía? Se ha comido el helado con el tenedor y se ha limpiado después los morros con el mantel. Realmente es que no se puede. Uno tiene la mejor voluntad. Está dispuesto a regalarles calcetinitos de lana, a llevarles un juguete Geyper para sus hijos, incluso a lavarles los pies delante de las cámaras de televisión. Y a sentar uno a la mesa y echarle un pavo con ciruelas aunque te estropee la vajilla, igual que hemos echo con la mendiga Cayetana. Pero después de estas fiestas los pobres deben volver a su sitio. Los pobres donde mejor están es en el sindicato".

El autor ama lo marginal por lo que contiene de inocente, preternatural, humilde, auténtico. En junio de 1.981 contrapone la marginalidad que se ofrece en Nueva York con la que tiene lugar en nuestro país, los mendigos, hombres-rata, psicópatas, todos los desheredados del otro lado del Atlántico, con los de aquí. Así lo expresa:

"Aquel hombre no era exactamente un mendigo o un marginal de la serie infima, sino un humanoide mutante enamorado de las ratas hasta el punto de adoptar sus costumbres y elegir para sí mismo un proyecto político de vida en común con ellas. Ví de cerca a este ser, crucé con él una mirada terrible pero inocente al pie del basurero y entonces supe en verdad qué es la contracultura". (...).

"Llega uno a Madrid con los bulbos de la nuca llenos todavía de aquel brillo y fragor con que agoniza la Historia y esta ciudad parece que tiene el candor del huerto de una abadía. Se sabe perfectamente que en Madrid pueden pedirte una limosna o darte un navajazo en cualquier esquina, la suerte o la desventura son capaces de hacer de ti un señor caritativo o un ser muerto, pero el azar madrileño no tiene ningún rigor, no es todavía científico. Como yo soy muy patriota, cuando estoy en el extranjero pienso mucho en España. Mi patriotismo es de la escuela de Concha Piquer. Mientras un negro me limpiaba los zapatos en la esquina de la calle 42 tuve una percepción de nuestro país y de su circunstancia política. La sensación es esta. En Norteamérica tienes la evidencia de que allí se pueden matar mutuamente uno a uno. Y que los españoles uno a uno son capaces de darse agua del Carmen, pero que están dispuestos a matarse la mitad contra la otra mitad. Nuestra convivencia

es un poco naif, nuestra contracultura es una parodia de tercera mano si se compara con la alucinación final de Manhattan, esa isla donde se han refugiado los locos más excitados del planeta".

"Los españoles están muy sensibilizados ante el problema de la inseguridad ciudadana. Habría que importar un millón de negros cargados con un transistor de diez kilos sonando a toda mecha, con los patines deslizados entre toneladas de basura, traer una muestra de hombres-ratas, multiplicar por mil todas las máquinas de matar marcianos y hacer sonar a la vez todos los ruidos de las luchas siderales, traer empaquetados una legión de camellos con los calcetines llenos de cocaína para darse una idea de lo que es el verdadero terror del cataclismo. Pero nuestro país todavía goza de un suave encanto menestral y Madrid, bajo las acacias reverdecidas, tiene una contracultura de dibujos animados y la tranquilidad de una pequeña heredad con frutales". (3).

El envés del culto al dinero que se desarrolla en los ochenta, es la crisis económica, los conflictos sociales, la desigualdad. Analicemos la original visión que ofrece el escritor en "Terror de Año Nuevo", dentro de la serie Crónicas urbanas (4),

"A las tres de la madrugada, cuando el sueño de la ciudad era más placentero, en una esquina de Serrano se produjo la primera explosión, que conmovió las raíces de una manzana entera e hizo trepidar todos los cristales en un radio de medio kilómetro. La onda expansiva fue tan violenta, que en algunas mesillas de noche tintinearon también las dentaduras postizas dentro del vaso de agua, y muchas copas, soperas y cuberterías de plata se estremecieron en las vitrinas de la buena sociedad. A la detonación siguió un silencio telúrico. Pero muy pronto se oyeron voces en la calle, golpes de persiana, coches que frenaban en seco, y detrás de las ventanas aparecieron sucesivas siluetas de burgueses en pijama con la mosca en la oreja. Algunos habitantes del barrio de Salamanca se felicitaron el año nuevo así, desde los balcones". (...).

"Contra la fachada se veía un retablo de sangre estampada, en la acera había quedado un zapato calzando todavía un pie rebanado por el tobillo, la base de un mirador

estaba salpicada con grumos de encéfalo, y medio pantalón de hombre, con el interior rebosante de menudillos, colgaba de una marquesina. El resto de la víctima se había esfumado por el hueco del estallido. Unos guardias con blindaje de hule se pusieron a recoger vísceras con pala, mientras los artificieros, por su lado, realizaban pruebas sobre el terreno". (...).

"Un bombazo de ese calibre tenía forzosamente que haber derribado un bloque de pisos; sin embargo, alrededor de aquél pobre diablo destripado no pudo observarse ningún daño en las cosas. Incluso el escaparate estaba intacto, con las maniquíes calvas e ilesas. No había señales de pólvora, de Goma 2 o de dinamita, y tampoco olía a nada chamuscado, sino sólo a carne palpitante". (...).

"y a media mañana, en la calle de Serrano se había extasiado un bullicio de madres selectas acompañadas de hijas púberes y paquetes con lazos, de caballeros finos que también iban de compras, y en las tiendas de estilo se debatía un fragor de regalos, besamanos, talonarios y sonrisas. Los periódicos traían la noticia de una ola de atentados, ilustrada con una breve literatura de receta. Durante la noche se habían producido otras explosiones en algunas capitales de provincia, y cada descarga había desintegrado a un sujeto desconocido. No era nada alarmante. El hombre moderno tiene la conciencia unida directamente a la dinamita y ha aprendido a comportarse dignamente en medio de las fuerzas del mal que acechan en la penumbra". (...).

"En la calle de Serrano, los verdaderos señores aún regalaban orquídeas a sus amantes, las joyerías centelleaban pruebas de amor de muchos quilates, en la calzada había Mercedes estacionados en segunda fila con mecánicos de uniforme, y cada cien pasos en la acera se veía un bulto sentado en el suelo pidiendo limosna. Era un paisaje de gran calidad en una mañana radiante. Las mendigas tenían un niño anestesiado entre los muslos cubiertos de refajos, otros pobres exhibían un cartel con argumentos laborales que movían el corazón, y algunos obreros en paro se habían limitado a extender una toalla de caridad a sus pies y a permanecer en silencio con la mirada fija en la recaudación. Todo estaba en regla a las doce y cuarto del día. De repente, en el cruce de Goya, en medio de aquel rigodón de consumo, se produjo otra terrible explosión, que aflojó el esfínter de los ciudadanos en un kilómetro a la redonda e hizo temblar loso cimientos del barrio". (...).

"El artefacto había estallado en la puerta de un banco, en el sitio exacto que había elegido un parado para hacer la colecta, y la desgracia tenía las mismas características que el atentado de la noche anterior. Por allí se veían residuos menores de un ser anónimo despanzurrado contra el zócalo, sin señales de pólvora, pero esta vez algunos transeúntes habían resultado heridos, aunque de poca importancia. A una señora se le había incrustado una moneda de cinco duros en la pantorrilla, la chapa de un automóvil aparecía taladrada por una ráfaga de calderilla, y una peseta disparada, después de perforar la zamarra de cordero, se había alojado entre las costillas de un marroquí que vendía sortijas y relojes". (...).

"Aquel caballero, rodeado de gente, le juraba a un guardia que el mendigo de la esquina se había convertido en una bomba humana ante sus ojos. Iba a echarle un billete de cien en la gorra, y en ese instante observó con espanto que el hombre se hinchaba como un globo, se ponía morado hasta coger el color de una lombarda y dentro de la ropa se le oía un crujido de huesos, algo semejante a un murmullo de tejidos". (...).

"El hombre moderno se ha acostumbrado a convivir con la dinamita y es capaz de digerir cualquier clase de maldad, siempre que no le rompa los esquemas. (...) Resultaba muy difícil aceptar que los obreros en paro, los pobres del suburbio y los mendigos galdosianos que adornaban la acera hubieran tramado una rebelión conjunta". (...).

"La noticia se había confirmado. Los pobres no traían ningún cartucho en el bolsillo. Sólo estallaban por sí mismos, en un zambombazo puro, sin más química, aunque se ignoraba el motivo o la clase de fulminante que los convertía en un obús". (...).

"Entre pobres de pedir, mendigos clásicos y obreros en paro, había en el país un arsenal de dos millones de bombas activadas. No se sabía si iban a reventar todas por simpatía o la cadena de descargas humanas se cortaría de repente. La radio transmitió una orden de la autoridad. Hasta que la situación no fuera dominada, quedaba prohibido dar limosna, porque cualquier moneda podía convertirse en metralla. La gente esperó con ansiedad la salida del sol para comprobar si los pobres seguían estallando".

Manuel Vicent continuamente desarrolla una

espléndida descripción de los barrios de Madrid, su ambiente urbanístico y social, las clases que los componen En este caso se trata del barrio de Salamanca, adjudicado a la burguesía.

Hace notar una vez más que el hombre contemporáneo no reacciona ante el terror, se mueve con una calma y una indiferencia total, atroz. Se ha acostumbrado a convivir con él, a caminar sorteando sorpresas, navajas, bombas, jeringuillas contaminadas, atropellos de peatones y conductores, nada le conmueve.

El relato establece una sarcástica dicotomía entre la gente bien, acomodada del barrio de Salamanca, en torno a la calle Serrano, señoras que salen de compras a la hora del ángelus, funcionarios, hombres de negocios, actores visitando joyerías, etc., contra los protagonistas de la mendicidad, cohabitando como en las mejores novelas del XIX.

¿Qué pretende decirnos el autor? ¿Se trata de una llamada a la conciencia? ¿Desea destacar el número de pobres que se extienden en un país desarrollado, democrático, occidental en el final del siglo XX? Parados, mendigos, pobres... ¿actúan como una bomba ante nuestra amuermada conciencia?

Se pueden considerar dos interpretaciones. Una que los propios burgueses se van cargando a los mendigos uno a uno, porque significan un estorbo, una molestia a los espíritus consumistas y opulentos. Y otra, tal vez más acertada, en que los propios mendigos habrían decidido convertirse en kamikazes, ejercer una trágica revolución ante la indiferencia de los

ciudadanos y los gobiernos a su existencia, en una sociedad en que la mayoría de sus individuos disfrutan de bienestar. Su número resulta tan avasallador, que si se unieran podrían llevar a cabo una auténtica revolución, al menos una protesta a la clara injusticia social que no ampara la Constitución, ni reivindica ningún colectivo.

En cualquier caso, pone en el tapete un tema y una escena típica de nuestras ciudades. La sociedad del bienestar, del consumo, del confort, del lujo, no hace nada por acabar con las lacras que ella misma propicia. En un mundo desarrollado, en un estado de derecho, ocurre lo mismo que en otras épocas, que en el novecentismo, o en la época feudal, la miseria conviviendo con la abundancia y el lujo. Los ricos siguen necesitando a los pobres. Es como si a los estados les siguieran interesando mantener las desigualdades economómicas y sociales: pobreza, marginación, dorgadictos... los pilares en los que se sustenta la civilización del consumo.

En la misma línea podemos leer una de sus Historias de fin de siglo, "Mendigos mecánicos", reflejo de la sociedad actual (5):

"El alcalde de la ciudad, a pesar de todo, no tenía mal corazón y había lanzado un bando neoclásico con latiguillos de Moratín en el que prohibía a los pordioseros que poblaban las calles valerse de sus criaturas para mover la caridad de los burgueses. (...) Los habitantes del lugar ya se habían hecho a semejante cochambre. En cada esquina se veía, con la mano humilde en el aire, un mojón de harapos en cuyo regazo siempre había un bebé chamuscado e inmóvil. Un público no sólo compuesto por viudas inocentes, ebrios solitarios y otros amantes del azar, sino por caballeros con pasador en la corbata, echaba monedas en la boina de aquellos pobres sin exigir nada a cambio, pero nadie sabía si el niño estaba drogado, muerto o dormido, si

se trataba de un hijo legítimo o alquilado mediante traspaso, y esa incertidumbre, unida a la orden tajante de no utilizar niños vivos para mendigar, excitó la imaginación creadora de este empresario de máquinas tragaperras, que, al parecer, era tan humanista como el mismo alcalde". (...).

"El empresario explicó con detalle al industrial fallero el modelo que deseaba para estos seres de cartón. Debían tener la cara desmedrada, los ojos cerrados y la tripita inflada, e imponía la condición indispensable de que fueran morenos, con una expresión de angustia relajante. (...) La policía (...) Cuando encontraba a un menesteroso con un recién nacido, se lo arrebataba de forma expeditiva para llevarlo a una especie de perrera o almacén del municipio. (...) No todos los mendigos tenían la suerte de contar con un hijo, nieto o sobrino de edad exacta y peso liviano para usarlos de señuelo, aunque podían contratarlos por horas al 50% en las ganancias. Sus propietarios los cedían atildados con una manta raída y ya perfectamente drogados con gas de bombona, si bien este negocio había comenzado a fallar a causa de la cacería que los guardias estaban realizando alentados por la justicia social del Gobierno". (...).

"La mercancía lucía un perfecto acabado, era cómoda de llevar y encima aquellos monigotes dormían eternamente con patética dulzura. Estaban preparados para la helada, la lluvia o el viento, y nunca el calor tórrido podría disolver la pintura de sus lívidos mofletes. El artista fallero había acertado en su trabajo. Sabía que la realidad es pura fenomenología, y aquel corro de pordioseros, obreros en paro y oficinistas marginales que en seguida rodeó el carromato por lo visto también lo sabía. La subasta comenzó a continuación. El empresario de máquinas tragaperras se elevó en el pescante y gritó desde allí".

"- A la paz de Dios, hermanos.
- ¿Cuánto?
- Mil pesetas al día. Pago por adelantado.
- ¿Y en propiedad?
- Cincuenta mil. Véanlos. Incluso se los dejo palpar. Son niños recién nacidos de verdad. Todos varones. Llevan la manta incorporada. Con esto moverán el alma más empedernida. Existen repuestos en caso de avería". (...).

"¿Es moral que un mendigo despierte la caridad de los burgueses con un muñeco de cartón? Se trata simplemente de un instrumento de trabajo. Eso se preguntaba a sí mismo, rascándose una patilla bajo la gorra, aquel buen policía".

"- No sé qué decirle.
- Yo no hago mal a nadie, señor guardia.
- Pero es un truco.
- Cada uno se gana la vida como puede.
- También es verdad. Siga usted". (...).

"Nadie lograba ya adivinar si los niños que los mendigos llevaban en brazos estaban vivos, muertos, dormidos o anestesiados, si eran de carne o de plástico, reales o ficticios". (...).

"los buenos burgueses con un poco de imaginación se enternecían lo mismo a la hora de echar cinco duros en la tripa de aquellos niños industriales". (...).

"Pronto llegó a la evidencia de que la caridad era más generosa con él que el azar. Y de ahí partió la idea de ampliar la empresa. El artista fallero de Valencia estaba ya al otro lado del aparato".

"- Oiga, que necesito 500 pobres.
- ¿Mayores de edad?
- Como de unos 50 años.
- ¿En qué situación?
- Totalmente raídos. Con harapos y barba de cuatro días. Le mando más detalles por carta". (...).

"El empresario pidió a la fábrica de muñecos tres modelos según estos diseños. Gitana sentada con un niño incorporado entre las piernas. Mendigo de pie, cabizbajo y con el brazo tendido. Obrero en paro con una boina limosnera en la mano y los ojos cerrados Cuando llegaron las primeras remesas, el empresario ya tenía bien tramado el planteamiento comercial, que sin saberlo había extraído del mito de la caverna de Platón. Se necesitaba una gran organización para colocar al amanecer un pordiosero de cartón

en las esquinas más señoriales de la ciudad y tener que retirarlo cada noche con objeto de hacer caja. A este trabajo se añadía el peligro de robo, abuso, deterioro, escarnio y falta de control. Así que el magnate de las tragaperras fue insuflado de nuevo por otra idea feliz. Reclutó a la leva de menesterosos a la sombra del chopo canijo de aquella plazoleta de extrarradio y desde el pescante de un carromato les hizo una oferta moderna al 50% en las ganancias con arreglo al siguiente contrato. Cualquier pobre real podía recibir bajo su responsabilidad un monigote de tamaño natural que sería su propia imägen. No tenían más que tratarle como a una réplica de sí mismo y comprobar si adquirían con el tiempo una vida paralela". (...).

"El alcalde humanista también pensó que era una solución filosófica al problema de la pobreza. Por una parte, las calles, los túneles de cemento y las estaciones del suburbano conservaban el sabor típico de Tercer Mundo que no había que perder, y por otra, ningún obrero en paro, mendigo común o marginal hambriento podría quejarse de falta de trabajo. Bastaba con adquirir al contado o en cómodos plazos su propia imagen de cartón y ponerla en el sitio exacto, sobre el asfalto, en un horario de oficina. (...) Trataba de conseguir un híbrido de pordiosero y máquina tragaperras en una labor de síntesis. El fabricante de estos aparatos unió su industria al buen oficio del artista fallero y de ese pálpito surgió una gran creación hipostática. Después de todo, los ciudadanos caritativos merecían una recompensa".

"- Quiero tres melodías.
- Bien.
- Y un programa de premios del 25%.
- De acuerdo".

"Desde ese momento, los pobres de la ciudad, plantados en cada esquina, llevaban ya la tripa llena de cables. Con una cadencia de 10 minutos hacían sonar la musiquilla del "Tercer hombre" o la canción de "Los pajaritos". El público les echaba una limosna y ellos a veces escupían un puñado de monedas por la bragueta. La gente comenzó a amar a esta clase de muñecos y los mendigos reales los cuidaban, pulían, engrasaban como a la imagen ficticia de sí mismos. De esta forma las calles se llenaron de melodías y sonidos metálicos, mientras el empresario Platón se rascaba los piojos en el fondo de la caverna".

Apunta Manuel Vicent las ideas humanistas del primer alcalde socialista que gobernó Madrid con la democracia.

Y hemos encontrado también otra idea de Manuel Vicent, que se repetirá en otros artículos, el accidente de que a las personas rubias las relaciona con el mundo desarrollado, gente guapa, rica, satisfecha, culta, civilizada, europea, mientras que las morenas representan lo contrario, subdesarrollo, intolerancia, incultura... "condición indispensable de que fueran morenos", es decir naturales del país, más africanos que europeos.

Otro relato más trata el conflicto de la desigualdad social, se trata de "Cuento de Navidad", aparecido también en la serie Historias de fin de siglo, en el periódico El País, el sábado 22 de diciembre de 1.984.

"Las brujas habían advertido a Macbeth que dejaría de ser rey cuando viera llegar el gran bosque de Birnam en dirección a su castillo. Al escribir semejante augurio, tal vez Shakespeare no pensó en este empresario de uralita, pero ahora, forestalmente, la situación era similar. El bosque se movía. Desde la sierra bajaban a la ciudad largas caravanas de coches con un abeto en la baca, con un pimpollo en el maletero entreabierto. La gente tambi´en compraba árboles de plástico en las tiendas, los cargaba al hombro como la vanguardia de un ejército camuflado detrás de las ramas y los plantaba en el rincón más dulce del hogar, en el vestíbulo de los hoteles, de las empresas, de los centros oficiales, a la espera de un hipotético asalto. El espectro de un millón de bombillas brillando en la noche, los vientres plateados de un millón de besugos en las pescaderías, las baterías de un millón de jamones adornados con guiños de guirnaldas en los escaparates y la escarcha sintética derramada sobre todas las mercancías anunciaban el próximo nacimiento de Dios". (...).

"Antes pedían limosna a la salida de misa. Ahora los semáforos han sustituido a

las escalinatas de los templos. Pero bajo las luces de Navidad los pobres se hacen más visibles". (...).

"Aquellos empresarios y el resto de personal bien apalancado en la vida habían recibido la misma carta certificada mediante la cual un ser desconocido los invitaba a comer el día de Navidad para ejercer un acto de caridad con ellos. El remite era idéntico". (...).

"- Tenemos que tratarlo bien, porque para nosotros usted ahora representa a Dios". (...).

"Con la yugular crepitando chispas de ira el rey de la uralita entró de nuevo en casa, cruzó con fuertes taconazos el pasillo y se plantó en el vano del comedor. La familia se miró en silencio con la yerta fascinación de unas máscaras de cera. El hombre vio en seguida la aparición. En la cabecera de la mesa ocupando el mismo sillón del invitado menesteroso se hallaba sentado el ministro de Hacienda que atiende por el nombre de Miguel Boyer. Sonreía. En ese momento pasaba el filo del cuchillo sobre la coyuntura de un muslo de faisán y no hablaba nada en absoluto. Una formación de abetos de plástico acababa de rodear el ático".

Se trata de otra manera, también llevada al límite, de tratar la cuestión. Realiza un símil con la tragedia de Macbeth, transpone o adapta el relato de Shakespeare a la actualidad. Los capitalistas pueden dejar de ser reyes por la política de Hacienda. Los ricos pueden necesitar la caridad del Ministro de Economía y Hacienda, en el primer gobierno socialista, su dios es el dinero, por tanto sólo pueden rendir cuentas al dios que controla el capital. A su vez, está jugando con el sentido cristiano de ver reflejado a Dios en un pobre, los empresarios y capitalistas del país, las clases altas, los católicos entre comillas, ejercen una falsa caridad, no encontrarían a Dios en un mendigo, pero sí en la figura de Miguel Boyer, que posee poder sobre éllos.

A Manuel Vicent, por otro lado, no le gusta la parafernalia que arrastra la celebración de la Navidad. Los cristianos olvidan la fraternidad y la caridad durante todo el año, y aplacan su conciencia haciendo algún acto en las fiestas de Navidad, algo cómodo, simbólico, hipócrita. Al autor le fastidian las buenas intenciones y mejores caras en esas fechas, sonrisas, limosnas, felicitaciones, regalos, intenciones, que al día siguiente no se recuerdan ni practican.

También lleva el tema a su columna semanal del diario El País. Vamos a ver algunos ejemplos. El primero lleva el título de "Libertad" (15-12-87).

"Sabía que si lograba realizar aquella hazaña toda su miseria acabaría de repente. Sólo trataba de recobrar la dignidad. Tampoco exigía demasiado. Pedía comida, trabajo, tiempo libre, aseo personal, un pequeño espacio para soñar, algún compañero de fatigas con el que pudiera hablar del pasado, pero ese paraíso estaba lejos de aquí. Antes tenía que liquidar a un prójimo. Por fin se decidió a hacerlo".

"Este perro madrileño primero cometió un atraco logístico en un estanco, sacó el pasaporte y compró un billete de avión con destino a Suecia. No llevaba consigo la navaja todavía. La consiguió en el mismo aeropuerto de Estocolmo, y después de pasar la aduana, puestos ya los pies en una tierra tan amable, comenzó por acuchillar a un nativo, y no mató a uno, sino a tres, porque sabía que cuantos más crímenes cometiera más firme sería su porvenir. Se entregó en seguida, lo metieron en una cárcel del país y al instante allí le fueron reconocidos sus derechos humanos. Esa noche durmió en una celda con calefacción, al día siguiente tomó varias sopas humeantes, luego le atendió un psicólogo y a continuación inició una vida respetablee y deportiva dentro de los muros, y no le faltaba cada dos semanas aquella mujer que le ofrecía el cuerpo con un poco de amor durante una hora de visita. Su sueño ya nunca tendría final".

Es una pequeña historia, un relato desgarrador, que realiza una antítesis entre la forma de vida en

España y en Suecia. Mientras aquí muchas personas no tienen ni para comer, y se ven obligadas a mendigar, allí hasta los presos llevan una vida digna. Los derechos humanos que aquí se niegan a muchos ciudadanos, se conceden allí a los presos.

Se trata de una tremenda paradoja, de un conmovedor drama, que un hombre se vea forzado a asesinar, para poder sobrevivir con dignidad. El protagonista alcanza la libertad en la cárcel.

Está relacionando la delincuencia con la marginación. El autor comprende a los pobres, a los aparentes locos, conducidos al desequilibrio, a estar fuera de las normas sociales, bien por no querer formar parte de la masa, bien por que no poseen otra forma de sobrevivir.

En "Los pobres" (6) describe la situación del mundo, inundado de miseria, la actitud de Occidente que ignora esta realidad, y "avisa" que la cantidad de pobres es tal que puede amenazar a nuestra sociedad del bienestar. Los pobres le conmueven. Leámos.

"Los pobres están en todas partes. Cuando uno viaja por el mundo puede contemplar la miseria humana al pie de hermosas cordilleras de nieve, las multitudes hambrientas que anegan ya las aceras de los más bellos palacios en las ciudades antiguas, los inmensos basureros que se expanden por los valles. Los pobres están en todas partes y no hacen sino multiplicarse de forma ciega. Crecen en las escalinatas de los templos de cualquier clase de dios, se reproducen en el interior de las selvas, duermen a la sombra de los rascacielos. En el silencio de la noche bajo las estrellas se oye el estertor de su orgasmo, que es un grito de guerra. Con la fecundidad ellos esperan apoderarse de la Tierra, y al parecer, esta victoria se halla ya en el horizonte, donde humea la paja de los bidones. La miseria humana constituye un mar que va cubriendo la mayor parte del planeta, aunque por fortuna su oleaje no es siempre

borrascoso. En zonas muy abrigadas, a veces la miseria humana crea suaves bahías, y en ellas se remojan la conciencia los sociólogos de mesa redonda, los artistas exquisitos y los nuevos filósofos amantes de la verdad y del codillo de cerdo".

"No hay modo de detener a los pobres. Los sacerdotes los bendicen para calmarlos, los intelectuales los ignoran para que no existan, los políticos alimentan las armas para aniquilarlos, pero ellos avanzan por todos los caminos que conducen a una salvación desesperada. En su poder están las montañas más bellas del mundo, los ríos más caudalosos, los desiertos resplandecientes. Sus alaridos traspasan la naturaleza y después de fermentar todas las religiones con el sufrimiento y de abatir todas las culturas con el hambre ahora esa marea se encuentra golpeando los muros de Occidente, en cuyo espacio los intelectuales juegan a la perejila. En las reservas estéticas de los países industriales se ha puesto de moda ser maravilloso y tener ideas de color malva, pero si uno se da una vuelta por el mundo, atravesando el espectáculo terrorífico de la miseria humana se da cuenta de que todas las horas están contadas".

"Mendigos" (7) lo hemos dejado para el final porque es un relato que nos conmueve, y que muestra el sentimiento franciscano del autor. En él le preocupa el tema de la pobreza en los países industrializados, en las grandes capitales. La antítesis entre el desarrollo y la mendicidad. Expresa ternura hacia los desamparados, los asociales. Y cree que existe esta realidad porque la sociedad lo quiere y permite. Los gobiernos los consienten, y concretamente el socialista, que es el que se encuentra en el poder en el momento de publicarse el artículo, no hace nada por aliviar a pobres y mendigos, ni por erradicar el mal.

"Esta noche he tenido una visión. He soñado que el Gobierno socialista estaba realizando un desesperado esfuerzo por terminar las obras de la catedral de la Almudena para albergar en ella a todos los mendigos de Madrid. En las calles se hacían grandes colectas de carácter popular y las bandas de música de la Guardia Civil tocaban pasodobles en torno a las mesas con baldaquines de terciopelo que presidían ilustres damas del partido, junto a los mármoles de ciertos bancos, y el público echaba dádivas

en las bandejas. Se consideró que ésta era la solución definitiva, y en la niebla del sueño vislumbré el proyecto acabado. Durante el invierno nunca se abrirían las puertas del "metro" a los mendigos cuando de noche la temperatura bajara a cero grados, que es al parecer el nivel térmico de la blasfemia o de la caridad. Ahora ellos tenían ya para siempre un real aposento lleno de ángeles labrados y música de órgano. Del techo no colgaban murciélagos hibernados, ni los estorninos invadían aquel espacio a través de las ventanas abiertas, ni las ratas celebraban su matrimonio entre los escombros".

"Durante el sueño vi la catedral de la Almudena inaugurada con un solemne oficio de tinieblas. Estaba repleta de pordioseros alineados en colchonetas a lo largo de las naves, algunos rampaban por los altares neoclásicos papra esconder la botella de aguardiente detrás de un santo de su devoción, otros habían elegido dormir en las cornisas de las pilastras, y una perenne fuga de Bach con perfume de incienso se derramaba sobre ellos, sólo cortada por el toque de fajina igualmente interpretado al órgano, y entonces en el presbiterio se impartía a los pobres una sopa negra a cargo de señoras socialistas con visón. El único cielo era la bóveda, y allí cada mendigo podía grabar una esperanza. Muchos lo hacían, pero no todos. Algunos preferían jugar a la brisca. La catedral de la Almudena, junto al palacio de oriente, se convirtió en un nuevo reino de Dios. En las duras heladas de enero, en medio del Madrid oscuro y salvaje, se oían cánticos miserables que se elevaban a las esferas. Y en ese templo se erigió sumo sacerdote un tipo con navaja que por cierto también era, como ella, de Albacete".

Y para concluir transcribimos una columna especial, que volveremos a citar al tratar el tema de la Guerra del Golfo, pues por éllo fue pensada por Manuel Vicent. Pero ahora también nos interesa, pues demuestra una vez más como el autor ve en los débiles y fracasados de la vida la elegancia de la humildad, como cree que los pobres son dignos.

Se trata de "Desfile", (El País. 30-6-91):

"Lo más moderno que he visto en Nueva York ha sido una manifestación de vagabundos,

hombres-ratas de ojos blancos por una calle del East Soho. Eran varios centenares e iban en formación de ocho en fondo por el asfalto que el sol terrible había escalfado, protestando contra el cierre del parque Tonkins, donde dormían. Caminaban a grandes zancadas y algunos se parecían a Lincoln, otros a Satán, algunos a san Francisco de Asís, y entre ellos no había ningún negro ni hispano. Todos eran de color ceniza, de tipo polaco o irlandés. No llevaban pancartas, sino una expresión sideral en el rostro, y atrás iban dejando un hedor a choto, que en el aire espeso se confundía con la dulzura podrida del "ice-cream" y con los rebufos de soja que expulsaban los restaurantes chinos. Una larga dotación de guardias flanqueaba el viaje de los vagabundos con plateadas Harley Davidson, y con otros caballos de sangre, cuyos relinchos eran parejos a los rugidos de los tubos de escape. Aparte del olor a cabrillo, con los mendigos también avanzaba un halo de alcohol, que a muchos les confería un talante intelectual, y desde la acera, sin desdén, contemplaba la marcha un público compuesto por morenos de rapadas cabezas, sólo adornadas con inscripciones de pelo en forma de oraciones o blasfemias. Un fraile franciscano, a todas luces hermafrodita, repartía entre los vagabundos raciones de algún licor matarratas como medida de caridad, pero lo más espectacular era el silencio espiritual de estos extraterrestres, unido al estruendo de las sierenas que los envolvía. Nueva York es la única ciudad en el mundo que no imita a nadie, y por otra parte nada es más elegante en este mundo que un vagabundo neoyorquino. Muchos de aquellos seres de ojos blancos llevaban libros bajo el brazo. Unos marchaban cubiertos de harapos leyendo el Ulises, de Joyce, y otros, desnudos, se cubrían sólo con la barba los genitales apagados, aunque algunos lo hacían con el periódico del día. No se dirigían a ninguna parte".

CONCLUSIONES.

El crecimiento industrial y la sociedad de consumo ha minorado el gran abismo que mediaba hace un siglo entre la riqueza y la pobreza, pero éllo ha hecho posible que el que no puede consumir se convierta en un marginado, sin existencia social.

El mismo capitalismo crea la desigualdad social. A Manuel Vicent le preocupa la injusticia que padecen los pobres, y le despiertan afecto y ternura.

Le molesta la falsa caridad cristiana, ya que cree que católicos y clases altas desean mantener la sociedad clasista con sus privilegios, y dejar a los marginados en su sitio, es decir, no buscan la justicia social. La otra cara de la moneda del culto al dinero arroja la desigualdad.

El escritor ama lo marginal por lo que posee de auténtico, así se detiene en sus textos en los mendigos y en los hombres-rata, en los psicópatas, parados, en los que todos llamamos locos.

Realiza encantadora descripciones contraponiendo el estado de bienestar, la opulencia, el confort, el lujo entre la gente bien, acomodada y los protagonistas de la miseria.

Los pobres le conmueven, y piensa que muchos de los que vemos por las calles y apuntamos de desequilibrados, es porque no tienen otra forma de subsistir o porque no quieren formar parte del modelo occidental de hombre-masa.

El autor sostiene que tanto la sociedad como los gobiernos quieren y permiten la mendicidad en los países industrializados. Describe la pobreza y la marginación con un espíritu franciscano, y encuentra en los débiles y fracasados la dignidad y la elegancia de la humildad.

(1) Akal Universitaria. Madrid. 1.984.
(2) Vicent, Manuel. Alfaguara. Madrid-Barcelona. 1.967.
(3) Triunfo, "Contracultura".
(4) El País, 8-1-83.
(5) El País, 14-4-84.
(6) El País, 20-11-88.
(7) El País, 14-1-86.

15. EL HOMBRE

EL HOMBRE

Escriba lo que escriba, y toque el tema que toque, a Manuel Vicent lo único que le interesa, como a todo buen escritor, es el hombre, la complejidad y contrariedad del alma humana, capaz de lo más grande y de lo más miserable.

Es un contemplativo, un espectador de la vida, todo anónimo ciudadano, toda persona que se cruza en su vida, puede ser uno de sus personajes. La vida de cada ser humano, repleta de circunstancias en permanente variación, constituye una novela, un relato.

Y Manuel Vicent describe lo más bajo y lo más bello, lo primero lo ofrece el estercolero de la ciudad, lo segundo las pequeñas cosas, los pequeños gestos. La gente que le gusta es la normal, la sencilla y educada, la que trabaja en lo pequeño o en lo grande y no sale en los periódicos. Por éso es tan fácil identificarse con sus personajes.

En la conversación mantenida con él, ya citada, el 1 de febrero de 1.991, le decía: "Dices pertenecer a la escuela de la abulia, y cínica, escribes con escepticismo, sarcasmo, esperpento, pero en el fondo flota una enorme sensibilidad, ternura y tristeza, sobre todo por esos personajes de tus historias que de pronto descubren que no llega el éxito, sus expectativas de vida, primeros sueños y metas, la vida va quemando, y conduce al fracaso, y también por los que llegan tarde a todo, la generación de posguerra, que pasó la vida luchando contra el franquismo y para subsistir y que no le toca nada en el reparto democrático ("Retrato de un ecologista", "La chica que quería un reportaje").

Las personas por las que expresas ternura huyen de lo cotidiano y la rutina. ¿Escribes así porque crees o no en el hombre?, ¿te da tristeza la humanidad, o eres sarcástico para defenderte de ella? Tu escepticismo creo que se ha acentuado a partir del 89".

Y él comentaba: "Eso es la eterna cuestión, que a lo mejor la cosa del exabrupto es la timidez encubierta; el cinismo, el sarcasmo es una forma de ternura enmascarada, que el amor por las cosas se traduce como la cara negativa como un escepticismo, o el escepticismo son las ansias que tienes de que las cosas vayan bien y ves que no van".

Vamos a ver cómo contempla lo bueno y malo que hay en el ser humano. En "El terror de 1.983" (1) afirma:

"Hoy existe en el corazón del hombre un terror metafísico que se deriva de su propio poder. Dios creó el mundo en siete días y el hombre tiene el íntimo orgullo de ser capaz de destruirlo en siete horas. La apoteosis atómica es la respuesta por parte de los descendientes de Adán a su expulsión del paraíso. Francamente Dios dejó a Prometeo muy mal encadenado en el este del Edén y la destrucción general, el espectacular fin de fiesta, trabaja día y noche en el interior del ser humano como una escapatoria o como un vértigo diabólico".

Y en "Volada" (2):

"Pero si se pudiera contemplar esta fugaz y absurda navegación, a escala reducida, desde otro planeta, los fanáticos finalmente entrarían en razón y acudirían a la fiesta donde los escépticos brindan con champán. El mundo es un mineral en órbita lleno de monos cuyas pasiones tienen la duración de una cerilla. Unos han estudiado en Oxford. Otros han nacido con un higo chumbo en el culo".

En estos, como en muchos otros artículos,

nos va mostrando su filosofía de la existencia, cómo ve al hombre, su dolor por la miseria humana y los momentos de crueldad.

Contempla al hombre como a un mono, que se mueve más por instintos que por la razón. Todos navegan en la misma nave, en la que no saben por qué se encuentran ni a donde se dirigen. Unos han nacido con fortuna y otros sólo les rodea la desgracia, pero su destino es idéntico, sus interrogantes sin respuesta igual, la brevedad de la existencia segura.

Nos puede parecer una visión pesimista, pero en realidad el autor es escéptico por impotencia, y además prefiere a los dubitativos, a los tímidos, a los que se cuestionan la existencia y no están seguros de nada, que a los fanáticos que además desean arreglar la vida a los demás.

En "Gran escala" (3) ve que la historia de la humanidad es siempre la misma, leamos:

"En este preciso instante habrá en el mundo 50 millones de seres celebrando el coito y otros tantos rascándose el pescuezo, rezando a su respectivo dios o cortándose las uñas". (...).

"Pero, debajo de cada traje regional o sombrero típico, en todas las partes del planeta habita el mismo hombre, con unos delirios, virtudes o bajezas semejantes a las del vecino de tu casa. Son las cuatro reglas de la supervivencia. Llegas al fin del mundo, donde está la isla del tesoro, y encuentras tu alma repetida hasta la saciedad: la misma hormiga que busca el pan tres veces al día y quiere amar una vez a la semana, dormir tapada, tomar un refresco, que adora a un dios, mata al prójimo, besa a la novia y dice las mismas cosas, normalmente tontas, a la misma hora que otros miles de millones de hormigas de la misma especie. La planificación

universal es un asunto de niños".

Cada persona se cree única e irrepetible, otros países nos hacen soñar otra vida, pero el ser humano siempre se ha movido por las mismas necesidades, inquietudes, aspiraciones, interrogantes y temores.

Cambiar de paisaje no cambia al hombre.

En "El poder" (4) sigue exponiendo cómo ve la realidad del ser humano.

"Si uno se da una vuelta por el planeta, llega muy pronto a la siguiente conclusión: la humanidad se divide en dos clases de personas: las que obran bien y las que lo hacen con grandes dificultades. En este caso, el verbo obrar no se refiere al lance aristotélico de pasar desde la potencia al acto, sino al hecho feliz de evacuar el intestino como un reloj. No es ninguna broma, ya que en este asunto también interviene la geopolítica. En general, puede afirmarse que el Occidente cristiano industrial está fuertemente estreñido. En cambio, la gente de los países pobres se alivia igual que un príncipe bajo los árboles, sin un mínimo esfuerzo. ¿Influye en esto la comida, la religión, la gimnasia, la ideología, el talento, la bondad de Dios? Creo que para triunfar en el retrete sólo se requiere humildad".

"Nietzsche predicó al superhombre, y todo cuanto ha quedado de su filosofía es un ejemplar que devora poderosos solomillos, permanece todo el día sentado en el despacho, da órdenes severas, es obedecido con terror, pero que se siente incapaz de vivir sin un laxante. Se trata de un caso patético: ser alto, rubio, protestante y anglosajón, tener misiles de cabeza atómica con los que se puede destruir la Tierra y que tu intestino no te obedezca. Sin embargo, la gente pobre y morena se pone en cuclillas bajo una higuera del Tercer Mundo, mira hacia lo alto y ve caer la gracia".

Opina que el poder no es nada, hace hombres vacíos, en cambio la naturaleza humana funciona bien cuando no se tienen ambiciones. Es una teoría que defiende el autor en muchas ocasiones. La gente guapa y rubia

crece en el mundo civilizado, los bajitos y morenos se dan en los incivilizados.

Los países desarrollados cosechan ciudadanos estreñidos, mientras que los países subdesarrollados posibilitan habitantes que funcionan bien biológicamente. En realidad es como las enfermedades, las psíquicas de estrés, ansiedad... y las físicas de la abundancia, coresterol, coronarias... surgen en el mundo industrializado, mientras que las que vienen de insuficiencias y del hambre y la miseria se ceban en el Tercer Mundo.

Esta misma teoría aparece en su novela Angeles o neófitos (Destinolibro, 1.986).

Sigamos avanzando en el absurdo de la existencia y la contrariedad de la condición humana, lo encontramos en "Moderneces" (5).

"La crueldad y la ternura están en los cromosomas. En este mundo se reparte leche en polvo a los niños raquíticos y se construyen elegantes cementerios para canarios, se embalsama a los héroes y se incendian las ciudades, se acaricia a los huérfanos y se montan campos de concentración, se realizan colectas de misericordia en medio de la acción de los verdugos que esparcen napalm cantando salmos de Isaías. En el parque de fieras se puede contemplar a Einstein tocando el violín dentro de una jaula".

La humanidad vista como una manada de pobres locos, el hombre como un mono. Describe todo el sinsentido de la vida, la hipocresía de la humanidad, el dolor que siente y la impotencia ante la forma de actuar de los hombres.

En "Mono común" (6), ya el título deja claro la semejanza del hombre a los animales irracionales, y no a la inversa.

"Desde que el hombre, al abandonar las cavernas, fue cargado con el peso de la propia conciencia e inoculado con la razón práctica de Kant, no ha buscado más que la forma de liberarse. Para ello se ha servido de la religión, de los licores, de la meditación trascendental y de algunas raíces. También ha hecho el pino, se ha anudado las patas en el cuello y ha consultado los oráculos. El hombre quiere cambiar de yo. Esa epidemia se nota mucho cuando llega el verano. Pero entre la bomba atómica y el psicoanálisis hay soluciones más baratas. La ecología, el pacifismo y la liberación moderna consisten en alcanzar aquella felicidad preternatural sin tener que recurrir al remedio nuclear. Para cambiar de yo durante una temporada basta con comprarse una camisa de Jesús del Pozo. O hacer otro número más raro: por ejemplo desnudarse del todo y acompañar a esa horda de filósofos que va a recorrer en cueros la ruta de Santiago".

El hombre se repite, siempre actua igual. Quiere la alegría de su ser natural, pero sin renunciar a las conquistas que aporta el bienestar.

Se trata de una criatura infeliz, en busca constante de la incierta felicidad, pero no puede alcanzarla porque no se conforma nunca con lo que tiene. Es un animal mimético, procura la imagen, paga porque le den lo que él mismo puede encontrar. Nadie está contento con su propio yo. Al ser humano le mata el materialismo y el no saber estarse quieto, como afirmaba Pascal.

En "El cilindro" continúa su análisis de qué es el hombre y su realidad radical.

"El gran invento de la cultura ha sido el alma. Hubo un tiempo en que estos tubos de carne iban sueltos por el planeta realizando su labor degustadora sin otra aspiració en la vida. Eran unos instrumentos solitarios, dotados de una ciega maldad química. Luego se agruparon en manadas cerca de las charcasy allí tal vez reconocieron a un jefe. La cultura comenzó cuando este raro mandamás tuvo la ocurrencia de coronarse con plumas de pato. Al calor de ese sombrero germinó la conciencia, o sea, una argucia para desviar el destino. Ahora abra usted la ventana y vea cómo desfilan todavía.

Van con abrigos, gorros, bufandas, mitras, birretes y cada uno ya tiene su alma".

"Estos cilindros de carne son totalmente inocentes porque la historia del pensamiento de la humanidad se ha cifrado sólo en enmascarar este simple mecanismo. Pero cada orificio del cuerpo le recuerda al hombre un determinado placer y alrededor de ellos se instala la antigua verdad, el recuerdo del tubo". (7)

Es su certeza de que el hombre es inocente en cuanto animal, mientras sólo se dedica a sentir el placer de los sentidos. Los problemas y angustias le llegan en cuanto se le mete en la cabeza el sentido de culpa con el alma, o en cuanto adquiere ambiciones por la inteligencia. La maldad le viene de la mente, no del cuerpo.

El autor engrandece el sentido del cuerpo y el placer, el sistema sensorial humano, y empequeñece el de la mente y el alma. Una vez más la felicidad se encuentra en lo pequeño y no en lo grande.

La pasión del ser humano por dominar la expone en "Mando" (El País, 19-1-88):

"Cualquier miserable colgado del último eslabón de la jerarquía siempre ha encontrado a un ser inferior dispuesto a ceder y hasta ahora los animales domésticos constituían un buen recipiente de la frustración humana, aunque los tiempos han cambiado".
(...).

"No hay perros ni gatos suficientes para saciar la sed de poder de los solitarios humildes, pero si uno quiere mandar hoy lo consigue apretando sencillamente el botón del ventilador y éste obedece. Antes los jubilados sólo podían echar una firma en el brasero. En cambio a esta altura de los tiempos los pordioseros industriales poseen un tablero electrónico donde vierten toda suerte de caprichos. Las viudas de clase media mantienen íntimas confidencias con la lavadora automática, los sacristanes manejan a Dios con un ordenador personal y por otra parte no existe jefe más

cruel que un pensionista sentado frente al televisor con un mando a distancia. En la pantalla aparecen reyes, políticos, divos de la canción, intelectuales y comediantes Al pensionista la vida le ha ofrecido la gran potestad de cambiar de canal. Desde la raída butaca con un simple impulso del dedo borra la existencia de los monarcas, llama a su presencia a los líderes, los fulmina, recobra a los héroes y los vuelve a matar según su arbitrio soberano. Los humildes están satisfechos. Debajo de las máquinas caseras quedan las ratas".

Describe el ansia de mando y poder de la humanidad, toda persona lleva dentro de sí un jefe, un déspota, un querer dominar a los demás.

La vida actual está montada para que el hombre satisfaga este afán, incluso los más pobres pueden mandar, dejar patente su voluntad, los que no trabajan también, dominan a las máquinas, aprietan teclas para obtener sus deseos, para ejercer su mando.

En "Escena" (8) se plantea y no entiende, no le gusta el sinsentido de la vida.

"Dios creó este mundo en sólo siete días y no se puede negar que esa prisa se nota, aunque Dios parece estar muy contento con su hazaña. Si yo hubiera hecho una chapuza semejante me habría guardado mucho de contárselo a nadie. A pesar de todo, el fabricante de este pastel ha ofrecido a los mortales un regalo a la altura de la omnipotencia. Ha inoculado la vida con el azar y dentro de sus reglas de oro nunca descifradas los hombres se aman, blasfeman con fluidez, se acuchillan, experimentan momentos de ternura, se adornan con borlas, mitras y gorras de plato, desempeñan el papel de víctimas o de verdugos, mueren de hambre y de indigestión. He aquí el teatro". (...).

"Ahora voy por el asfalto atravesando la escena y trato de componer la figura de un desesperado entre mendigos y altos financieros. En la primera esquina una niña inmaculada me sonríe y a continuación un automovilista está a punto de atropellarme, un pletórico bodeguero me ofrece vino en un colmado y un desconocido me cede gentilmen-

te el paso y al darme la vuelta intenta pegarme una puñalada. Todo puede suceder a lo largo de una calle. Finjamos ser felices. Bajo la luz dorada del azar, ¿no oyes cómo te amo?".

Censura a Dios su obra porque no entiende que haya podido crear esta locura, esta maldad, este sufrimiento, esta enorme y amarga contradicción del ser humano. Los hombres son incoherentes. Se mueven por intereses, casi nadie sabe vivir respetando a los demás, sin molestar al prójimo. El autor se pregunta, y se responde que Dios no puede ser testigo de tanta crueldad y amargura.

Tampoco comprende que la vida sea producto permanente del azar, que vida o muerte dependan constantemente de elementos fortuitos, ajenos a nuestros actos y planes.

Le duele la pobreza y la riqueza extrema, y también que el hombre pueda ser amable y bueno y al mismo tiempo indeseable y tremendamente cruel, que pueda amar y matar a la vez.

Y por último vamos a ver dos textos que explican, como veíamos al principio, el valor que da a los trabajadores, a la gente sencilla, tímida, educada, amable, escéptica, a los que son naturales por sí mismos, sin haberlo aprendido en ningún libro.

Uno es "Intelectuales" (El País, 9-10-84):

"A mi juicio, la vanguardia de la historia está constituida por los panaderos, los cultivadores de patatas, los asentadores de frutas y demás personal del gremio de

abastos. Incluso algunos camareros psicoanalistas que vacían una garrafa de ginebra por el cuello de nuestra camisa. Todos los días se repite el mismo milagro. Mientras unos señores toman medidas exactas para destruir el planeta, otros seres maravillosos cada mañana dejan en la puerta de nuestra casa dos litros de leche, el tendero de la esquina nos vende sonriendo un cuarto de jamón de york y el chatarrero insiste en comprarnos el colchón de lana cantando como un juglar al pie de la celosía. Uno se acuesta lleno de angustia, totalmente derrotado por las noticias del periódico, pero al saltar de la cama al día siguiente contempla con asombro el sol en el tejado. En efecto, esta vez tampoco ha caído ninguna bomba atómica, las botellas de leche están en el rellano y la existencia ha dado otro paso guiada por lejanos, humildes e ignorados sembradores de trigo. La civilización avanza de forma ciega y los poetas e intelectuales van agarrados de su rabo. En el rastro de blasfemias y oraciones que la humanidad deja atrás, ellos ejercer una labor de oruga. Los poetas transforman la basura en estética y los intelectuales nos explican por qué no estamos muertos todavía. Formulan graves pensamientos sobre esta gran sorpresa. La vida sigue. ¿Quiere usted un bocadillo de chorizo?".

Y "Comestibles" (El País, 22-1-85):

"¿Qué hay debajo de tanta ciencia, filosofía, arte, teología acumuladas por este hombre? Un pequeño sueño de comida, tal vez sólo el vapor de una sopa de fideos. De modo que el tendero de comestibles, aunque lleve plantada en el cráneo esa avellana con toda la cultura concentrada, hará muy bien en no abandonar el mostrador. Desde el principio de los tiempos todos los sabios han luchado por conseguir lo que él ya tiene en las manos. Un kilo de judías".

Divide a la humanidad en los que aman la vida y los que apuestan por la muerte. Se pone de parte de los trabajadores y de las pequeñas cosas de la vida, de los hechos cotidianos. Los intelectuales van por detrás de la Historia, la describen, se nutren de élla, intentan explicarla.

CONCLUSIONES.

A Manuel Vicent lo que en realidad le interesa es el hombre, la complejidad y contrariedad del alma humana. Es un contemplativo, todo el que se cruza con él puede ser uno de sus personajes.

Describe lo más bajo y lo más bello, lo primero lo encuentra en el estercolero de la gran ciudad, y lo otro en los pequeños gestos. Le atrae la gente sencilla y educada, la que no ocupa los titulares de la prensa.

Escribe con escepticismo y sarcasmo, pero también con sensibilidad, ternura y tristeza.

A veces la humanidad es vista como una manada de pobres locos, el hombre es un mono, una criatura infeliz que nunca se conforma con lo que posee, también es un animal mimético, en busca de imagen.

Cree que el ser humano es inocente mientras desea sentir el placer de los sentidos, la angustia le viene del sentido de culpa y de la ambición que le facilita la inteligencia, es decir, la maldad se la da la mente, no el cuerpo.

Le duele la contradicción, la pobreza y riqueza extremas, que seamos capaces de amar y de matar a un tiempo. No asimila que la vida sea producto permanente del azar.

Para Manuel Vicent no es inteligente el que desprecia las necesidades fisiológicas y el placer que se alcanza mediante los sentidos corporales.

(1) Triunfo, noviembre 81.
(2) El País, 14-2-84.
(3) El País, 13-3-84.
(4) El País, 20-3-84.
(5) El País, 3-4-84.
(6) El País, 26-6-84.
(7) El País, 26-3-85.
(8) El País, 26-1-88.

16. SOLEDAD DEL HOMBRE

SOLEDAD DEL HOMBRE

Una de las preocupaciones básicas del autor, que estamos estudiando en el recorrido de todo nuestro trabajo, conduce al tema de la soledad del hombre contemporáneo. La sociedad de consumo de masas, el materialismo, la competitividad, la imagen, el status, en definitiva, la forma de vida actual, en un sistema capitalista y una economía industrial no lleva más que a la frustración, incomunicación, deshumanización, desamor, locura, estrés, es decir, a la soledad del individuo.

La soledad la encontramos en cada relato de Manuel Vicent, los protagonistas la propician y la sufren, sus personajes son víctimas, sobre todo en el medio urbano, en la gran ciudad.

La vida cotidiana que padecen los ciudadanos les hace caminar al vacío. Se trata de existencias sin ilusiones, ideales, metas, "valores", y cuando los tienen la propia sociedad, la vida como una lucha, una carrera sin cuartel, un lugar en que nadie es nada por lo que es sino por lo que representa, se les va despojando hasta arrastrarlos a la desilusión, al fracaso, a la soledad de la que estamos hablando.

Describe la sociedad y a sus anónimos habitantes tal como los ve, tal como son. Un lugar donde no se perdona a nadie que vaya por libre, no se permite la individualidad, lo diferente, el yo, la verdad. El que piense diferente, el débil, el que no sirva o no desee competir, el que ya no produzca, el que no sea guapo, el que no pueda consumir y poseer...

es ignorado, borrado, aniquilado hasta la marginación o hasta la locura.

Manuel Vicent realiza una minuciosa disección del hombre actual, analiza sus inquietudes, traumas, desequilibrios, infelicidades, miedos...

Una forma de escape en este modelo de vida, lo constituye el juego. Al autor no le gusta ningún tipo de juego porque no cree en el azar como forma de solucionar ninguna situación.

Lo censura en "El éxtasis y el bingo" (1):

"Que haya paz. Sobre todo que haya paz. El fakir está feliz encaramado en el Arco del Triunfo entonando la canción del profeta, porque en un pliegue del turbante guarda las llaves del Rolls Royce que acaba de comprar esa misma mañana. (...) Después, el fakir, al final de la plegaria, promete que habrá aparatos para todos. Los fieles podrán comprar relojes que encienden el año, el mes, el día, la hora, el minuto, el segundo de su felicidad exacta, cuando aprietas un botón. Podrán comprar bolígrafos que escriben cartas de amor a cuarenta metros de profundidad bajo el agua y esas mantas eléctricas tan finas que las doblas y caben perfectamente en la mochila para dormir en una ladera del Tibet. Todo, lo podrán adquirir todo, cualquier instrumento para hacerse dichosos, desde un preservativo rematado con una cresta de gallo hasta una nevera que fabrica hielos para el whisky en forma de óvulo de una chica de Charly". (...).

"El Maestro Perfecto sonríe bajo la visera de béisbol, abre el libro de la sabiduría y entona una especie de gregoriano: no hay duda que existe esa paz que buscáis, existe ese amor, está escrito en el reverso del cartón y es posible encontrarlo. Arrodillaos, hermanos, y cantad bingo todos conmigo. Que alguien apague la luz".

Manuel Vicent no comparte la afición de amplios sectores de la población por las quinielas,

"Pero llega un punto en que el pesimismo fragua. Y oyes a esa dulce ancianita que toma el té en una elegante cafetería cuando grita que hay que matar con la boca llena con un pastelillo de nata". (...).

"En este país se ha llegado a un estado de naturalidad frente a la muerte. Mientras la televisión se esfuerza en establecer una amable realidad paralela en el ánimo colectivo, se posa una capa de estiércol que sin duda promete una buena cosecha. Yo no soy gafe ni anuncio grandes batallas. La guerra civil moderna no es más que una desmoralización. Y la noticia tampoco la dará el telediario".

Expresa cómo lo malo viene cuando el hombre pierde la capacidad de asombro y de dolor. Llega un momento en que se acostumbra, en parte porque la violencia que le rodea y que arrojan los medios de comunicación de masas es tan inmensa y agotadora, que ya no puede asimilar más desgracias, más dolor.

Nuestra sociedad padece un tiempo en que el ciudadano ya no reacciona ante la muerte y la violencia, así se aterriza en el pasotismo, el desencanto, el ir cada uno a lo suyo, el egoismo y la falta de sensibilidad en las relaciones humanas.

El hombre se situa fuera de su estado natural y alcanza la locura. Es un mal de los muchos que describe el autor de nuestra manera de vivir, la falta de solidaridad, de amabilidad, de hacer los actos cotidianos humanos. Hasta los más "normales" y pacíficos terminan reaccionando hoscamente, irasciblemente.

El autor realiza una comparación entre la vida en la ciudad con lo que ocurre en una corrida de toros, el hombre se acostumbra a la muerte, a la crueldad de la vara entrando en el lomo del animal por el picador.

La gran ciudad productora de desequilibrados mentales y psicópatas, víctimas de soledad, vacío e infelicidad es uno de los temas que desarrolla Vicent frecuentemente. La misma idea la encontramos en la revista Triunfo, en su número de mayo de 1.981, con "La carne es yerba", y en El País, el 29 de enero de 1.983, en una crónica urbana, "La sopa de Ulises", vamos a ver este último relato.

"El profesor se fue a la cocina con él y allí se dispuso a preparar todo lo necesario para hacer un buen sofrito en la olla exprés. Tarareando el tercer movimiento de la "Pastoral", peló una cebolla y dos dientes de ajo, cubrió el fondo del cacharro con una capa de aceite y encendió el gas. Cuando aquello estuvo bien dorado, añadió agua suficiente con algunas pizcas de sal y una rama de perejil. Metió el libro en la olla, la tapó herméticamente con la palanca de acero, y la "Odisea", de Homero, en una edición de lujo, comenzó a cocerse a fuego lento como un repollo. Era exactamente lo que quería comer ese día".

"Mientras la sopa hervía, el profesor se asomó a la ventana de aquel quinto piso y en la calle vio la mediocridad que había contemplado durante tantos años de soledad: la pollería de azulejos blancos, las furgonetas de reparto aparcadas en segunda fila, la frutería con las piñas suspendidas de un hilo en el dintel, las siluetas de oficinistas en el cristal de aquel departamento de contabilidad, la pequeña gente que se arrastraba en la acera reclamada por los gritos eufóricos de ese tipo de la pescadería. Aquella mañana el profesor estaba más aburrido que de costumbre, y para entretenerse un rato quiso jugar otra vez con el rifle de aire comprimido". (...).

"La realidad era ésa. El iba de héroe griego y aquella amante gorda y desgreñada estaba delante buscando camorra. Tenía la evidencia de que había sido señalado por un dedo misterioso para ser un divo. Quería convertirse en un joven alto y rubio, de ojos verdes, vestir traje blanco de lino y sombrero de paja finísima, tener maletas de cuero como un inglés de entreguerras y viajar a la isla de Creta en compañía de una adolescente malvada para escribir un libro lleno de pasiones venenosas, y esa maldita pécora había cometido la ordinariez de recordarle su sórdida penuria, el aliento fétido, la mierda del calzón y el género de vida miserable que llevaba.

No pudo resistirlo. Cuando ella fue a tirar la olla donde se cocía lentamente la "Odisea", de Homero, él entró en la cocina armado con una lámpara y, sin pensarlo más, la aplastó contra la espalda de su vieja novia. Así comenzó la borrasca con alaridos de muy baja calidad. En el tocadiscos, los acordes feroces de Beethoven llenaban el espacio, pero el estallido de platos en los tabiques y el derrumbamiento general de la estantería se impuso a toda clase de música. En medio del fregado se oyó de repente el golpe de la puerta. El profesor se quedó solo en casa y la espita de la olla exprés silbaba en el silencio que se hizo de repente después de la batalla campal".

"En el despacho había un mapa del mar Egeo clavado con chinchetas en la pared. Mientras la sopa de Ulises hervía en la cocina, el héroe fue navegando el dedo por todas aquellas islas blancas: Delos, Miconos, Lesbos, Salamina, Creta, y él era tal vez el propio Dionisio embarcado en una trirreme de velas enracimadas de uva moscatel que se balanceaba en un oleaje de dulzura. (...) Acababa de atracar en un puerto de pescadores en la costa de Corinto. Entonces miró por la ventana". (...).

"Pero ahora había una novedad alarmante. Su amiga estaba hablando con el dueño de la frutería. Sin duda, en un rapto de coraje, le había ido a contar sus hazañas con las piñas tropicales. En ese momento la cabeza se le llenó de dioses, de modo que no lo pensó nada en absoluto. Cogió el rifle cargado con nueve balines de plomo, se acodó fieramente en el alféizar y, sin calibrar demasiado la puntería, comenzó a disparar sobre aquella oca que ponía en entredicho su buen nombre en el barrio. (...) Sólo el mal permite al ser humano codearse con Dios". (...).

"Dentro del cacharro, la "Odisea", de Homero, desplumada, flotaba como un tordo en el caldo negro, lleno de grumos, muy parecido a un puré de lentejas. En un cazo de barro se sirvió una buena ración y se sentó en la mesa del comedor con todo el respeto que un sabio de lenguas muertas podía adoptar ante un guiso concentrado de dioses griegos. Sabía a cromo de futbolista o tal vez tenía el perfume de aquellos tebeos de su niñez, que olían agriamente a linotipia cuando era tan feliz en aquel puerto de mar donde las barcazas de pesca despedían también un aroma de brea. A grandes cucharadas se estaba zampando todo el regreso a Itaca, y eso le sentaba muy bien en el estómago. El cíclope Polifemo, la ninfa Calypso, la maga Circe, el canto de las sirenas y la amorosa Penélope, ¡oh qué gran menú del día!, toda la

belleza de la antigüedad y el heroísmo de los semidioses metidos en el plato. El profesor se encontraba a mitad de camino en su retorno a la isla de su infancia. Entonces sonaron unos golpes en la puerta con algunas voces de autoridad". (...).

"Al día siguiente, los periódicos traían la noticia redactada aproximadamente así: "Catedrático de lenguas muertas, gran especialista en el poeta Píndaro, detenido por disparar contra unas piñas tropicales. En la refriega murieron su amante y dos jubilados"".

Ulises es uno de los personajes constantes en la literatura de Manuel Vicent, tanto el protagonista de Homero como el de Joyce. Aquí realiza una yuxtaposición de un hombre de nuestros días con los héroes de la Odisea, ya no quedan Ulises ni Penélopes, hoy no hay héroes. Ulises vuelve a Penélope, que le aguarda fiel y pacientemente, en cambio en nuestra crónica la amante se marcha, abandona a su compañero, y él la mata.

El autor refleja el tema que estamos desarrollando, la soledad del individuo en la soledad actual, el aburrimiento y desidia de la vida, la existencia no se vive, se soporta. La amante del protagonista no es la mujer ideal, fiel, comprensiva como Penélope, le recrimina como una vulgar verdulera y resulta antiestética, la antimujer, le dice: "soy yo la que tengo que limpiar", "te crees Dios. Y no eres más que un pobre tipo que ensucia los calzoncillos". La realidad es demasiado burda, y no encaja con los ideales de este profesor, que soñaba con los héroes y dioses, que quería "comerse", meterse dentro la Odisea.

Transmite la dicotomía del ciudadano entre la vida cotidiana, asfixiante, y sus propias aspiraciones.

La Odisea, de Homero, resulta una aspiración

de belleza. La idea panfletaria del autor. El ideal de felicidad identificada con retazos de la infancia junto al mar. El Mediterráneo y el Egeo, la costa de España y Grecia, conjugados con el placer, la felicidad, la niñez, un lugar para realizarse y vivir. Manuel Vicent se halla repleto de metáforas marineras, vivencias mediterráneas. El mar siempre va asemejado a lo bello de la vida, a la ciudades civilizadas.

Por el contrario, la vida urbana crea individuos anónimos, anodinos, insatisfechos, nadie resulta alguien en una gran ciudad. Los ideales del hombre chocan con la evidencia de una existencia monótona, mediocre, donde todo lo que quiso se le negó. El ser humano lleva dentro un afán de individualidad y grandeza, de ser alguien, y casi nunca lo consigue.

En este relato refleja una lacra social de las grandes ciudades, el psicópata que coge un rifle y dispara desde una azotea o ventana contra todo lo que se mueve, indiscriminadamente. Un hecho que nació en EE.UU. y su modelo de vida, y que se va extendiendo a todas las grandes urbes.

La soledad en nuestra sociedad se torna terrible y absoluta en la vejez. En nuestros días que rinden culto a lo bello, lo guapo, el cuerpo, lo joven, los viejos son abandonados, ignorados, despreciados, no gozan del respeto y veneración que tuvieron en otros días y en otras civilizaciones. Manuel Vicent lo refleja patéticamente en "El viejo y la mosca" (2):

"Cuando un hombre está solo en el mundo, a cierta edad, hay que tomar algunas medidas, así que él había pedido a un antiguo compañero de oficina, también jubilado, que le llamara por teléfono cada mañana de forma rutinaria. Tenía el compromiso adquirido,

si nadie contestaba, de avisar al portero, de abrir el piso para comprobar lo que había pasado. Seguramente él estaría muerto y encontrarían su fiambre en pijama tirado en el pasillo". (...).

"El único familiar que le quedaba en la tierra era una mosca. ¿Dónde estaba ahora? La mosca estaba ahora en el visillo del segundo balcón. Cada mañana, al levantarse, la primera labor de este jubilado consistía en buscar a aquel ser entrañable para darle los buenos días. (...) Al parecer, la mosca conocía aquel amor de su dueño, y acudía a su voz. Apenas le veía, se le depositaba en la mejilla en forma de beso, se ponía a volar a su alrededor, le seguía a todas partes mientras el hombre se aseaba y le despedía en la puerta, como una buena esposa, cuando salía a la calle para cumplir sus obligaciones". (...).

"Se paraba a contemplar, con las manos detrás, las taladradoras del asfalto cuando levantaban un conducto del gas y se estremecía de placer si la mañana le deparaba la inmensa suerte de ser testigo de algún accidente de coche, sobre todo si había heridos y llegaban ambulancias, pero también se conformaba con un simple tortazo en la chapa o con el reventón de una cañería. No es que fuera un mal hombre. Simplemente estaba aburrido y le servía cualquier cosa, la discusión de un taxista, el cabreo de un guardia urbano, el desmayo de alguna señora, un frenazo brusco, el chico de la tienda al que se le desparrama el pedido, para salir del tedio mortal".

"Al mediodía, en aquel restaurante formaba ya parte del mobiliario. En un ángulo de azulejos, bajo una cabeza disecada de toro, comía una perenne sopa de fideos, una rodaja de merluza con patatas y el flan de la casa; así durante siete años seguidos, tiempo en que vio caer en la tumba a diez parroquianos fijos". (...).

"Lo peor era al caer la tarde. Cuando volvía a casa, metía el llavín en la cerradura, que resonaba en el hueco de la escalera, y penetraba otra vez aquel espacio de sombra. Se ponía el pijama, vagaba por los pasillos de aquella vivienda de quinientos metros cuadrados, renta antigua, del barrio de Salamanca, y una mano de soledad le invadía del todo hasta calarle los huesos, en un silencio donde crujían los muebles. Encendía el televisor y se tragaba cuanto salía de allí, esperando la medianoche. Entonces se metía en una cama de alto cabezal con hojas de acanto pulimentadas en negro y se quedaba con los ojos abiertos en la oscuridad del techo y una idea le taladraba

la frente como esa termita que se oía roer la balda del armario ropero. No tenía a nadie en el mundo, excepto a una mosca fiel planeando en el aire del salón y a un antiguo compañero de oficina, al que no veía nunca, pero que le llamaba todos los días por teléfono para saber si aún estaba vivo. Como siempre, aquella vez también recibió la llamada puntual. Fue la última:"

"- ¿Diga?
- Buenos días.
- Gracias, oye.
- Hasta mañana".

"A la mañana siguiente el teléfono no sonó. Tampoco al otro día. Al jubilado le entró con eso cierta paranoia, aunque quiso resistir un poco más. Tampoco era el caso de ponerse demasiado pesado. Pero, después de una semana, el hombre se dispuso a comprobarlo. En seguida se enteró de que su antiguo compañero de oficina había muerto. A partir de entonces ya sólo le quedaba una mosca en esta tierra. Ese ser entrañable era el único que, llegado el momento, podría avisar al portero de cualquier desgracia. Y entonces el viejo tomó una decisión bastante lógica". (...).

"- Vengo a hacer testamento.
- Siéntese, por favor.
- Tal vez sea un poco complicado.
- Nada, por Dios. ¿Tiene usted herederos?
- Sí.
- Entonces, dígame.
- Quiero nombrar heredera universal a una mosca.
- ¿A una mosca?
- Eso es.
- Un momento". (...).

"No se sabe si el notario hizo una excepción fuera del reglamento, pero el testamento se formalizó a renglón seguido. La mosca se lo llevaba todo, sin cláusula alguna que restringiera la pasión de aquel hombre solitario. Al llegar a casa, ella le esperaba, como siempre, en el brazo del sofá. Comenzaron los dos a hacerse cariños

hasta llegar al acto más íntimo. Aquel ser tan entrañable sabía lo que le gustaba a su pareja. El viejo se tumbaba desnudo en la cama y entonces ella, afilándose previamente las patas con las alas, le recorría el cuerpo, le besaba los ijares, le bailaba en el sexo y después subía hasta el rostro sonriente y se posaba en el labio. vivieron ambos una larga temporada de amor, hasta el punto de que el jubilado apenas salía ya de casa. Cuando sucedió aquello, la mosca también supo estar a la altura. Como era de suponer, el viejo un día se quedó tieso en el sofá, fulminado por un infarto, mientras veía la televisión. Fue una muerte dulce. El cadáver estaba con la pierna elegantemente cabalgada, la mano pellizcada en la barbilla, los ojos abiertos como si aún siguiera con interés el telediario, sin inmutarse ante la noticia más pesimista. Su cuerpo se reflejaba en el espejo del salón y se veía adornado con bandejas de plata y cerámicas, se descomponía en los rombos de las vitrinas, se licuaba en el barniz de los muebles. Todavía puede estar allí sentado, porque nadie en este mundo le ha echado de menos. Pero, a partir del instante de su defunción, la mosca comenzó a realizar sobre el cuerpo de su amante el acto definitivo de amor. Ella, sus hijas y sus nietas se lo están comiendo apasionadamente ahora mismo, comenzando por las partes más blandas. El viejo sonríe en medio del mobiliario".

Escrito con infinita ternura y amargura, describe la angustiante soledad de la vejez. El último período de la vida es en el que más se padece este problema, y sobre todo en nuestras grandes ciudades que no están ideadas para las relaciones humanas, para la comunicación y la convivencia. Este viejo está solo en la vida, pero aunque se tenga familia, ya hemos visto en otros textos, que padecen de lo mismo, pues la mayoría de los hijos y demás miembros familiares no quieren cargas que les quiten de sus obligaciones y del disfrute de su tiempo libre.

Además nuestras ciudades carecen de infraestructuras, no facilitan el paseo, las zonas verdes, se van perdiendo las tertulias. Las prisas, el strés, el consumo, las calles para los coches... impiden la comunicación y el trato, nadie se fía de nadie, nadie

cuenta con tiempo para "perder", hablar, se olvida el rito de echar la partida, los jóvenes no alternan con viejos...

La vida pierde sentido en la vejez, y más si te quedas solo, si toda tu gente se ha ido muriendo, y uno mismo ha de enfrentarse con el hecho evidente e inevitable de la propia muerte cercana. La jubilación termina con la actividad de muchas personas, todas aquellas que no han mantenido otras aficiones. En estas circunstancias hay que inventarse una rutina de actos sin sentido para completar un horario fijo e idéntico cada día, que mate las horas.

A la vejez no se le dedica amor, pero lo necesita igual o más que cualquier edad, así este viejo se hace amante de una mosca, que será su compañera más allá de la muerte.

La mosca es necesaria para este hombre solo. Lo que demuestra, por otro lado, que no es tan difícil mantener la ilusión del amor, basta con un poco de atención y dedicación.

Hace el testamento a nombre de la mosca, significando que este hombre, a los setenta y cinco años, no cree en la humanidad, no ha encontrado a quién dejar sus bienes mejor que a una mosca.

La mosca además resulta el símbolo que prepara su muerte, no elige el autor un animal más identificado con el cariño del hombre como un perro, un pájaro o un gato, sino uno antipático, casi repulsivo como una mosca.

Las moscas le amortajan, comen el cadáver. Identificación con la naturaleza y el amor llevado a sus últimas consecuencias, alimentarse de alguien.

Manuel Vicent ha descrito la vejez en su cruda realidad, con el desprecio e ignorancia de los demás, la soledad, el arrinconamiento que sufren las personas en vida, el abandono por parte de las instituciones, los poderes, los ciudadanos, y todo el mundo en general.

Las cuestiones de la masificación, el paro, el conformismo, el tedio, el estrés, la competitividad que también conducen al hombre actual a la soledad son abordados por el autor en infinitas ocasiones, constantemente. Vamos a contemplar diversos ejemplos. Uno es "Viaje de regreso", una de sus Historias de fin de siglo (3).

"(...) y muchas hormigas pulsando ascensores como él mismo dispuestas a fichar". (...).

"Entró en la sede de esta multinacional de piensos compuestos y comprobó con alarma que allí dentro todo había sido desmantelado. Sólo los teléfonos estaban en la moqueta y algunos sonaban todavía, pero el resto de los enseres habían desaparecido. (...) Diez años seguidos hasta el día anterior, jueves 29 de marzo, el hombre había trabajado en este mismo lugar de subalterno en la sección de pedidos junto con otros 50 empleados Ocupaba una mesa pegada a la cristalera con una visión de acantilado sobre los tejados de la ciudad". (...).

"Sin embargo, en el entorno no había ninguna protesta. Las hormigas de otras empresas o negocios salían a la calle sin volver la vista atrás hasta disolverse humildemente en el asfalto, y de pronto aquel edificio de cristal se convirtió en una caja rebosante de música. Múltiples orquestas de "jazz" con gran desgarro de trombones de varas

se habían apoderado de cada oficina vacía, y si bien el magnífico sonido de Nueva Orleans llenaba una manzana entera en los altos de Chamartín, nadie reparaba en eso. Era un bellísimo concierto de despedida con una dentadura de negro detrás de los vidrios, pero el hombre decidió regresar a casa". (...).

"Durante diez años seguidos este hombre había cumplido un horario lleno de rigor, pero tal vez ignoraba que era un poeta. Se levantaba a las siete de la mañana. Tosía un poco en el cuarto de baño mientras una mujer de felpa amorosa le preparaba en la cocina un vaso de leche caliente con polen de abeja, que tomaba oyendo las noticias de la radio sobre un mantel de hule. Cogía el metro y después de hacer un trasbordo emergía alegremente en una calle junto al edificio de cemento y cristal. Había entrado en la empresa como ordenanza y un trabajo implacable y la fidelidad absoluta a aquella multinacional de piensos compuestos le habían elevado al cargo subalterno en la sección de pedidos y todos los días estaba en contacto con cerdos, gallinas y reses de papel satinado al borde de un acantilado de vidrio ahumado en la séptima planta y sólo hablaba de alfalfa y avena". (...).

"De pronto ellos se habían ido. Desde un punto innominado de Norteamérica, de Japón o de Alemania alguien había dado la orden tajante de retirada y entonces esta humilde hormiga se había encontrado con la oficina desmantelada". (...).

"Entre los pasajeros apenas se hacían comentarios. Iban distanciados como figuras de Solana con ademanes de cartón. Sus ojos paralizados, al atravesar velozmente las estaciones, contemplaban actos orientales, jaulas de fieras y danzas en el interior de las jainas donde algunas huríes movían el vientre. Todos sabían que el tren no se detendría nunca".

Describe en este caso las oficinas actuales y sus trabajadores a sueldo. Les denomina "hormigas". Los trabajadores son hormigas a sueldo de una multinacional o catedral financiera, ellos no tienen que pensar ni cuestionarse nada, sólo ejecutar las órdenes o las tareas como eslabones de una cadena. No son considerados seres humanos, ya que ni siquiera se les anuncia que

la empresa ha quebrado o que va a cerrar, ni que están despedidos.

Retrata a las personas como animales de costumbres, todos los días realizan los mismos ritos, los mismos gestos y se sienten perdidas, sin saber qué hacer si se les quita de sus escenarios rutinarios, el despertador, el café, las gárgaras en el cuarto de baño, la misma mujer, el mismo trayecto para desplazarse a trabajar, de casa al trabajo, del trabajo a casa, en el trabajo siempre hablando de lo mismo...

Es una historia al borde del absurdo. Se intuye el problema del paro, el tren no se detendría nunca, ya no tenían a donde ir.

Se trata del fracaso de este tipo de vida en la ciudad, en la que miles de individuos anónimos no son nada, no brillan por nada, sólo constituyen un bulto necesario para que el tinglado siga funcionando para unos cuantos. Ciudadanos además apáticos, conformistas, humillados, incomunicados, que no reaccionan ni cuando les pisan, que no se oponen a nada, no protestan, no se rebelan.

El estrés también acerca al hombre a la soledad, es otra locura de nuestra sociedad. Lo trata en "Diferencia de fase" (Historias de fin de siglo), (4).

"De un tiempo a esta parte su vida había comenzado a adquirir una velocidad alarmante hasta el punto de que el maletín con el fonendoscopio cierta mañana se le había quedado rezagado en el aire, en mitad de la calle, mientras caminaba con una intensidad de búfalo en dirección al primer dispensario". (...).

"La chaqueta ya había caído en la acera pero el maletín del doctor aún iba volando a media altura y algunos transeúntes trataban de alcanzarlo con las manos inútilmente. Le había pasado otras veces. De pronto la ansiedad le engendraba por dentro una fuerza centrífuga que lo dividía por dos. En los casos más simples una rágaga de sí mismo lo impulsaba hacia adelante de forma vertiginosa y entonces se salía del traje, continuaba andando desnudo, seguido a corta distancia por los propios zapatos vacíos. Volvía la cara y un minuto después podía contemplar su abrigo azul doblando la esquina, con la cartera unida a la hueca bocamanga. Aunque si el golpe era muy rudo solía suceder lo contrario. Sentía que una copa de viento interior le arrancaba las orejas de cuajo y luego le arrebataba el meollo del cráneo junto con todos los menudillos y otras partes sustanciales de su personalidad. En ese momento el sujeto en cuestión lograba verse el cuerpo de lejos, enfrente o detrás, según el sentido que hubiera tomado el remolino. No obstante, este tipo era un buen profesional, sonriente y acreditado. Sólo iba con la lengua fuera. Tenía mujer y tres hijos, un perro dálmata y un horario automático que se repetía unívocamente cada jornada". (...).

"Aquella noche el teléfono había sonado cinco veces. Nada de importancia. La familia de un moribundo quería más morfina; un niño confesaba haberse tragado un imperdible, si bien finalmente lo negó; una madre llorosa estaba segura de que su recién nacido había dejado de respirar; a un desconocido con cartilla le dolían las proximidades de la pleura y a otro más, de voz gangosa, le había dado una fiebre de tripa. A pesar de todo, el doctor, que se había multiplicado en la oscuridad impartiendo frascos desde la almohada, se levantó a las ocho de la mañana y salió de casa arrebatado por el celo. Primero tuvo que ir a un dispensario de pobres en el extrarradio a pasar la consulta del seguro. (...) estuvo cinco minutos animando al descuartizado con una sonrisa helada y se largó. (...) Pero antes el médico quiso batir la propia marca. Trató de realizar en media hora la visita a tres clientes en puntos separados en la ciudad. Cuando llamó al timbre de la segunda casa se llevó un buen susto. Una mujer en bata de felpa le abrió la puerta".

"- Soy el médico.

- ¿Qué médico? -exclamó la señora.

- Acabo de recibir un aviso. ¿No me han llamado ustedes?

- Sí, claro, lo hemos llamado, pero debe de haber una confusión. El doctor ya ha llegado. Está dentro atendiendo a mi hermana".

"En ese momento, desde el recibidor se oyó a sí mismo en la alcoba de la enferma. Era su propia voz inconfundible la que recetaba un jarabe. Dos cucharadas después de cada comida. Cogido por el pánico corrió escalera abajo y se detuvo jadeando en el portal. No fue necesario esperar demasiado esta vez, ya que la diferencia de fase sólo duró unos minutos. Casi en seguida vio salir del ascensor un cuerpo idéntico al suyo, que caminaba precipitadamente con una ráfaga de maletín. En la acera se produjo el contacto mediante un violento chasquido carnal entre ambos y a partir de ahí todo fue bien. (...) La deformación profesional le obligaba a vislumbrar a los ciudadanos por dentro. Para él los peatones sólo eran un cúmulo de vísceras con dos patas. Se sentía rodeado de hígados palpitantes, de una red de arterias, de sucesivas oleadas de intestinos y no tenía piedad por nadie". (...).

"Poseído por la imbecilidad transitoria que a uno le acoge cuando le introducen un dedo por el trasero, el magnate de las finanzas cantó de plano algunos secretos bancarios, abrió una poliza al doctor con crédito facial y abandonó la consulta con el culo lacerado, aunque sonreía. A continuación el médico volvió a recuperar el propio cuerpo y pidió a la enfermera un bocadillo de lomo. A renglón seguido comenzó un nuevo despliegue de bazos, páncreas, pulmones, tosferinas, cañerías obstruidas, huesos quebrantados, costillas hundidas, tumores de radiante porvenir, análisis de sangre o de orina, que pasaban en fila india ante su mesa de nogal de donde surgía una granizada de píldoras". (...).

"El doctor se detuvo en el lado más oscuro del comedor y a través del espejo biselado de una vitrina pudo divisar la silueta, la sombra o el fantasma de sus actos. A simple vista, de espaldas, parecía un señor respetable, con la coronilla pelada y unos ademanes cortantes que obligaban a su mujer a viajar constantemente a la cocina para complacer sus deseos. Muy pronto sorprendió la primera mirada de odio". (...).

"El sujeto pudo observarse a sus anchas. En este preciso instante tomaba a lentos bocados una tortilla a la francesa mientras salían del televisor anuncios de jabones. A intervalos le echaba una miga al perro y a esto seguían algunas órdenes contundentes, generalmente sin sentido. Luego se hurgaba la nariz o se rascaba el hombro. Soltaba algún grito. Alguien había estornudado a su lado. Después él mismo soltó un largo bostezo. Desde el lado oscuro del comedor el doctor no cesaba de escrutarse minuciosa-

mente. El color de su piel tenía una tonalidad de ceniza y sin duda sus ojos saltones eran un poco fieros. Había comenzado a desperezarse y la mujer trató de sonreír, pero él encendió un pitillo. Durante media hora acarició al dálmata y el cenicero. Volvió a hurgarse la nariz. El doctor se estuvo analizando por fuera hasta la madrugada y no llegó a ninguna conclusión. Sólo había descubierto una mirada de odio".

Manuel Vicent exagera una situación para llamar la atención sobre las consecuencias de la vida con prisas, basada en el reloj y el horario, del trabajo estresante y sin ética profesional. El protagonista realiza una jornada laboral tan exhaustiva que termina desdoblándose en dos, se le escapa un doble que llega antes con la velocidad deseada en la mente, el sujeto puede estar atrapado en un atasco mientras en su cabeza ya ha llegado a visitar a un enfermo.

La profesión es ejercida sin vocación, el médico no visita a personas, sino vísceras, huesos, órganos. Está censurando a su vez la manera de ejercer la medicina.

En su tiempo de ocio, igualmente ejecuta actos mecánicos, nerviosos.

Sarcástica, esperpénticamente cuenta como cada acto de su vida lo realiza con tal velocidad y tan mecánicamente, que ya no necesita estar en lo que hace, lo hace un doble, lo realiza el subconsciente sin que él tenga que intervenir en sus propios actos.

Este hombre está tan deshumanizado, que cuando se contempla a sí mismo, y a los que le rodean, no encuentra nada, sólo una expresión de odio en su mujer, que además la tiene como a su propia esclava. Su relación viene determinada porque la mujer se mueva al ritmo de su voluntad, ella se levanta constantemente

a ejecutar sus deseos-órdenes. No siente por su compañero, que tanto trabaja, más que odio, un odio que ni siquiera le transmite con palabras. Y él ni se ha dado cuenta de que la mujer con la que convive le odia, porque encuentra en él al hombre que no tiene tiempo para estar con ella, y que mantiene una relación machista.

Encontramos una vez más, como cuando hemos tratado el tema, a la familia descrita como un grupo de personas aisladas cenando juntas frente al televisor, desbordada por la incomunicación.

Relata el tipo de vida de la sociedad occidental. La familia en torno al televisor, el trabajo seguro, de horario fijo, estresante, mecánico, la rutina, la deshumanización, las relaciones sin amor, la propia insatisfacción, la soledad de cada individuo en la gran ciudad.

El tema de la competitividad es otro mal de nuestra sociedad que conduce al hombre a la soledad, y que deja fuera de juego a los más débiles o simplemente a los que no quieren o no pueden competir, hacer de su vida una lucha continua contra los demás. Lo vamos a ver en una de las Historias de fin de siglo, y en la columna dominical del periódico El País. "Ejecutivos de usar y tirar" (5):

"Pocos meses después de terminar la carrera una multinacional de informática le había ofrecido un puesto de trabajo, y ahora el sudor deportivo le goteaba en la punta de la nariz, le empapaba la mandíbula agresiva, le bajaba por el músculoso antebrazo hasta la muñequera. Podía considerarse a sí mismo un tipo bien realizado a edad muy temprana. Cada mañana, en la empresa, lo cepillaban como a un potro, y al final de la jornada le daban un terrón de azúcar. En la cuarta planta había otros caballos parecidos a él, relinchando, piafando en los "boxes" que forman las mamparas. El mozo de cuadras, con categoría de jefe intermedio, le había aleccionado

a la perfección". (...).

"El primer examen lo había pasado con una facilidad de campeón olímpico, y en la prueba de inteligencia también había saltado la valla casi a la pata coja. (...) Resultaba muy divertido jugar con aquellas máquinas. Tenían la tripita muy delicada. Primero había que cebarlas con muchos datos y después ellas tomaban ya vida propia, hasta convertirse en una extensión del sistema nervioso; pero en el primer momento aún estaba claro que estos aparatos no eran totalmente humanos, aunque algunos ejecutivos comenzaron muy pronto a hacerles el amor sobre la moqueta de la oficina".

"En aquel tiempo los contables acababan de quitarse los manguitos. Las facturas, recibos y albaranes del negocio se colgaban de un pincho en el tabique. Los directores generales comían bocadillos de mortadela, se daban la vuelta al abrigo y echaban una firma al expediente y otra al brasero. Los despachos de consejero delegado se abrían a un patio interior, donde las interinas cantaban canciones de Juanita Reina, los bedeles dormitaban al fondo del pasillo desconchado con un botijo a los pies, los porteros no iban todavía vestidos de almirante de gala y un esbirro azotaba a los oficiales de segunda bajo una bombilla de cuarenta vatios. (...) Este tipo era un técnico a la milanesa. Su única obligación con la empresa consistía en entregarle el cerebro y ser absolutamente rentable. Desde ese instante sus ideas formaban parte de una patente extranjera. Además de eso debía vestir con chaqueta y corbata que le ciñera bien la yugular palpitante. También podía dejarse la barba siempre que fuera de diseño oriental. Estaba mejor visto un bigote a lo Hackman y la quijada bruñida con agua brava. Así iba el muchacho". (...).

"En el último chequeo médico no le hallaron nada anormal, aunque el doctor le advirtió que fumaba demasiado. Debía seguir haciendo deporte, no comer grasas y ahorrarse alguna copa. Esa leve taquicardia no tenía importancia. (...) Mantenía con los nuevos aparatos un rudo combate cerebral hasta que lograba doblegarles la intimidad. Se trataba de un desafío. Con una cadencia trimestral aparecían computadoras cada vez más complicadas, cuya inteligencia electrónica se multiplicaba en progresión geométrica. Las últimas máquinas comenzaban a ser casi humanas y había que estar a la altura de ellas. La pugna era equilibrada. Pero un día tuvo que presenciar un percance misterioso: su compañero de mesa, un joven de su misma promoción, sintió de pronto un hormigueo en la cerviz y se puso pálido. No le dio tiempo a aflojarse el nudo de la corbata. Se quedó rígido, con la mirada fija en la mampara". (...).

"En seguida se presentaron en la sala dos jefecillos con la sonrisa extremadamente abierta e invitaron con gran cortesía al joven lívido a que les acompañara. Este se negó, mas, al parecer, no había otra alternativa. Se lo llevaron tirándole con suavidad de los codos, y de él no se supo más. Su puesto fue ocupado por un nuevo potro de ojos brillantes".

"El ingeniero informático, a los 35 años, no cesaba de hacer deporte. Daba raquetazos llenos de electricidad en la jaula de la colonia de lujo. Fabricaba músculos con tensores, pesas y bicicleta estática. Aún tenía la tripa allanada, le hervían las sienes y no había perdido la moral frente a esos aparatos de vísceras diabólicas. Pero había comenzado a soñar en secreto con las vacaciones, con largos fines de semana, y eso él mismo lo tomaba como una debilidad, aunque en el examen médico nadie había registrado un descenso en su nivel de energía. Por otra parte, en la empresa sucedían cosas raras. Muchos compañeros de su promoción habían desaparecido sin dejar rastro". (...).

"Probablemente no había cumplido 37 años, pero sin duda ya era el más viejo de toda la planta. Nuevas hornadas de potros, que habían llegado con el cerebro acomodado a los últimos modelos de ordenadores, llenaban los "boxes", las cuadras de mamparas y trabajaban frenéticamente en los tableros. Esos jóvenes hablaban otro idioma. Y de repente, un día normal, de carácter gris, el joven ingeniero sintió un cosquilleo en la nuca, acompañado de un sudor frío que le empañó la frente. Nunca había experimentado hasta entonces esa sensación. Los músculos del pecho comenzaron a ponérsele rígidos, los brazos se le habían paralizado y no podía apartar la mirada de la pared de enfrente". (...).

"Por un ascensor privado lo bajaron hasta el sótano, y un bedel de uniforme, al paso de la comitiva, abrió la puerta metálica del trastero situado allí abajo, junto a las calderas de la calefacción. En esa sala ciega e iluminada con la luz mantecosa de unos polvorientos neones había computadoras viejas, embalajes de cartón y otros materiales de desecho. También se podían ver sentados detrás de medio centenar de mesas a unos ejecutivos con los miembros agarrotados, cubiertos de telarañas, con los ojos fijos en un punto del aire cerrado. Todos llevaban la camisa planchada, una corbata con pasador y la chaqueta de antiguo héroe del puente aéreo. Al joven ingeniero informático, fuera ya de servicio, lo sentaron en el suelo, con el tronco

caído contra una caja de madera. Lo dejaron allí sin más historia y después el bedel, canturreando, cerró lal puerta del depósito".

Manuel Vicent ofrece en esta crónica el espectáculo de la vida entendida como un continuo desafío y deporte competitivo, el tema de la competitividad en el mundo laboral y de empresa.

Expone cómo al hombre en esta sociedad capitalista, casi industrializada, se le trata como a un ente productivo, sólo sirve el sujeto que rinde y produce, cuando se termina su etapa productiva se le tira, se le echa, se le encierra o recluye en un asilo, etc. Es el modelo de vida que llevan los yuppies.

En el mercado de trabajo, como en otro tipo de relaciones humanas, al individuo se le requiere cada día más joven, agresivo, sano, con cuerpo de anuncio publicitario, con imagen, ya no cuenta como en otras décadas la experiencia ni los conocimientos que ofrece la edad, a los viejos, incluso a los que no son rabiosamente jóvenes, se les relega.

La propia ambición convierte a los ejecutivos y a los yuppies en sus propias víctimas. Mueren de su propio sueño de competitividad. Les abordan las típicas enfermedades de éllo: infartos, estrés, insomnios, ansiedades, depresiones...

El autor observa este tipo de vida como una carrera de caballos, cada trabajador es un potro al que se le mima, cuida y prepara para la competición, pero si ya no sirve para correr se le desecha. Ello les despoja de lo que de bueno tiene la existencia, vivirla: el tiempo libre, las relaciones humanas, perder

el tiempo, disfrutar sintiendo, mirando, conversando.

La soledad llega también al mundo laboral, el autor muestra su deshumanización, no existen relaciones directas entre los compañeros, menos entre los componentes de diferentes escalas o categorías laborales, cada compañero es un enemigo en la desenfrenada carrera por ser el primero. Compara la forma de vida de los antiguos contables con la de los nuevos. Aunque antes se trabajaba con más miseria y pobreza, existía más calor humano, ahora el ambiente es frío y las personas que conforman ese ambiente también.

Describe la moda del deporte como respuesta al estrés y para tener un cuerpo en forma, pero la solución a los problemas se halla dentro de cada uno.

Muestra cómo en la actualidad hay que ser el mejor, hay que triunfar, cueste lo que cueste, sino te convertirás en un fracasado, aunque para éllo se tenga que renunciar a los placeres de la vida, incluído el sexo.

El ser humano en este tipo de yuppie o ejecutivo, se convierte en un muñeco de marketing, hecho en serie, sus pensamientos, deseos, razones, afanes no cuentan, y el que se diferencia ofrece los argumentos para ser reemplazado. No se puede permitir ningún tipo de debilidad psíquica o física, no puede faltar al trabajo, no puede caer enfermo. El hombre se ha convertido en esta sociedad en una máquina, que cuenta si es rentable, cuando ya no sirve se tira sin más complicaciones, ni siquiera se repara.

La misma idea desarrolla en "Carrera" (6):

"En la pista había seis corredores en línea esperando que sonara el disparo de salida para una carrera de cien metros libres. Ninguno de estos atletas era negro. Los corredores iban vestidos con traje azul, camisa a rayas, gemelos de oro, corbata de seda con pasador, zapatos de tafilete y todos llevaban la mandíbula bruñida con linimento de Paco Rabane. Estaba a punto de comenzar la gran prueba de velocidad y los seis finalistas olímpicos, que no eran sino banqueros de nueva planta, permanecían en la posición reglamentaria, agazapados como panteras, con la mente concentrada en la victoria, mientras por el ámbito del estadio el altavoz difundía sus nombres con el palmarés de cada uno, cosa innecesaria, puesto que el público que llenaba las gradas los conocía muy bien. La imagen de estos jóvenes financieros se había repetido a menudo en las páginas de economía en los periódicos y también en las revistas frívolas junto a las mujeres más hermosas. Nadie ignoraba la rivalidad que había entre ellos".

"Faltaban sólo unos segundos para que se iniciara la competición y la gente gritaba cerrando las apuestas. El juez de la carrera levantó el brazo armado con una pistola. De pronto, sonó un disparo, y los banqueros salieron de estampida hacia la meta. Salieron todos menos uno, el cual había caído fulminado de un tiro por la espalda. Los otros huían dando furiosas zancadas, pero al instante se oyó un nuevo pistoletazo, seguido de otros dos. Cada proyectil dio en el blanco, de modo que tres corredores más fueron abatidos y el público los vio rodar ensangrentados por la palestra. Quedaba una pareja de banqueros que aún avanzaban con la boca abierta para ganar la carrera. Entonces alguien apretó otra vez el gatillo, y de los dos contendientes que restaban, uno se proclamó campeón y el otro quedó en la pista con la cabeza volada. El vencedor subió a la tribuna donde le esperaba el Gobierno en pleno, y allí fue condecorado. Se le impuso una medalla de oro y el presidente se fundió con él en un largo abrazo".

Nos describe el mundo de los altos ejecutivos financieros, y su hermanamiento con el gobierno. Es un mundo de competitividad, del triunfo de las marcas y la imagen, de la gente guapa, formando una tribu también uniformada.

Han de subsistir en una desenfrenada carrera sin respiro, en constante lucha y agresividad, y el

propio sistema les va aniquilando, destruyendo, van quedando en el camino. Se trata de triunfar o morir. La misma sociedad les venera, les admira en la cumbre, en las páginas de los periódicos y las revistas de cotilleo, en los medios de comunicación de masas, cuando son guapos y triunfadores, y les desprecia, rechaza y olvida cuando están abajo, cuando ya no sirven, cuando se ha pasado su hora y ya no son moda ni fotos de portada.

Son productos de nuestra sociedad y a su vez víctimas. Ellos potencian esta forma de vida, y a su vez la padecen. La competitividad no lleva más que al vacío y la soledad, no realiza a la persona.

Un relato imprescindible en este tema es "Marque el número de sus sueños" (El País, 10-11-84), en el Manuel Vicent con su intuición característica, se adelanta a lo que van a ser las líneas de teléfono que una vez más marcan la soledad y el vacío que sufre el hombre en la sociedad de masas. Veámos.

"En esta sede central, todas las conexiones de la imaginación funcionan de modo automático; pero detrás del puro sonido no existe nadie en absoluto, aunque uno crea reconocer al otro lado del hilo la dulce voz de la novia, el tono inconfundible de un familiar, de un socio, del abogado o del médico de cabecera. ¿No lo sabe aún? En este mundo está usted más solo que una rata, y no se trata de un problema de filosofía". (...).

"(...) pero desde la intimidad de los hormigueros la gente no deja de comunicarse entre sí por medio de pulsaciones eléctricas o magnéticas. No todas las llamadas buscan un contacto con el paraíso perdido. Resulta muy difícil abandonar la mediocridad y muchos aún se sirven del teléfono para concertar citas de negocios, hablar con el amante, pedir que te suban un pollo de la tienda o contarle un catarro a un pariente del pueblo". (...).

"Muy lejos de este piso de renta limitada del barrio de San Blas una bailarina del Lido de París ha estampado un beso de carmín en el espejo del camerino y la pulpa de la boca ha dejado un signo frutal en honor a un humilde representante de cosméticos, madrileño, con bigote anónimo. La comunicación se ha cortado y en este instante su esposa sale de la cocina con la bandeja luciendo una tortilla, la consabida rodaja de mortadela y media botella de vino común. Ella se ha recalentado una sopa de estrellas y los restos de bacalao del mediodía. La pareja cena en silencio sobre un hule de flores a la luz de una tulipá polvorienta".

"- ¿Quién te ha llamado?
- El proveedor.
- ¿Qué quería?
- Nada.
- ¿Va bien la cosa?
- Esta tortilla está fría".

"En ese momento la mujer mira hacia la ventana y en la oscuridad del cristal ve reflejadas algunas palmeras con troncos de oro, dunas carnales de color león y el árabe de costumbre cabalgando un caballo salpicado de perlas. Esta vez no va a desaprovechar la ocasión. Abandona el plato de bacalao y corre hacia el dormitorio. Se encierra con llave, se tumba en la cama y marca un número de teléfono". (...).

"Se repite un suceso muy extraño últimamente. La gente no deja de concertar citas vulgares por teléfono, cierra tratos, se da el pésame, comenta desgracias, se transmite noticias, se felicita las pascuas o el cumpleaños; pero si usted queda con su novia a la salida del "metro" de Gran Vía a una hora determinada, o trata de verse con el socio en el bar, o establece un almuerzo de trabajo en cualquier restaurante, o consiente en asistir a una conferencia, llegado el momento, uno se presenta en el punto de la reunión y no encuentra a nadie. En medio de la soledad sólo unas palabras previamente pronunciadas a través de un aparato le rondan todavía el oído. ¿Su novia existe de un modo real? ¿Tienen una entidad física esos parientes, deudos y amigos que un día le acompañarán a la sepultura? ¿Están en el mundo los compañeros del taller? De hecho, cada día la ciudad se ve más desierta y por la calle pasean únicamente los exhibicionistas". (...).

"Seres miserables hablan con héroes de la canción, las peluqueras de provincias piden comunicación con divos de la pantalla, descargadores de bultos declaran su amor a estrellas de Hollywood, amas de casa realizan orgasmos conducidos por maestros de la India, dependientes de comercio son elevados a la categoría de jeques del petróleo, tenderos de comestibles flotan en alfombras mágicas con turbantes de seda y pantalones bombachos alrededor de la bola de oro de los minaretes, algunas abuelas románticas se hacen cantar melodías a cargo de gondoleros de Venecia, los mendigos celebran nupcias rápidas con princesas alemanas y en medio de la nocturnidad ardiente Carolina de Mónaco es la luz de carne más solicitada por los vendedores de seguros. Dentro de la gran central se ha acumulado un exhaustivo registro de voces con sus sentimientos respectivos. Se admiten toda clase de sueños siempre que no excedan de los cinco minutos. En ese caso, hay que volver a marcar o complacer al aparato con otra moneda".

"- Señorita, ¿me pone con el 1003286?
- ¿Diga?
- ¿Eres tú?
- Sí, claro.
- ¿Quedamos mañana a la salida del "metro" de Gran Vía?
- Bueno. A las siete.
- Te amo".

"Mañana, a las siete de la tarde, esta chica tampoco va a acudir a la cita. Realmente ella no es más que una voz en el oído. Una pulsación de tu cerebro".

Aquí el autor analiza los servicios de líneas telefónicas de compañía o sexológicas que todavía no funcionaban en nuestro país. En nuestra sociedad todo el mundo funciona en masa y se encuentra rodeado de masa, pero a pesar de los tumultos las personas se encuentran solas.

El teléfono siempre ha servido para llenar los momentos de soledad. Pero nunca como ahora.

En el relato la gente llama por teléfono buscando la realización de un sueño, poder hablar, mantener una conversación con la persona que siempre se ha deseado estar y no se ha estado, durante cinco minutos pueden ser felices por una módica cantidad de dinero. En la sociedad de consumo hasta la comunicación por palabras cuesta dinero.

Ya no se preocupan de hablar con alguien real, sino con un fantasma que no existe, y se vuelven a quedar solos como al principio. Las personas ya no tienen tiempo para quedar y hablar, para mantener una tertulia, para amarse o tratar cualquier asunto. El colmo es que hasta el amor se hace por teléfono, es decir, no se hace, se imagina, no se vive ni el sexo.

Se ha perdido la capacidad de conversación y de vida, solo existe pseudovida, imitaciones de sentimientos, todo es descafeinado, no se siente, se sueña que se siente.

La incomunicación y la soledad más absoluta invaden la vida del hombre en la sociedad de consumo de masas.

El vacío y la soledad también conducen al morbo, los ciudadanos cada día actúan más friamente. Lo leemos en "Taller" (7):

"Bajo la luz escalfada de mayo, en medio de un gran atasco en la ciudad, había una ambulancia averiada, con el capó levantado y la puerta trasera abierta. El mecánico manipulaba con una llave inglesa en las tripas del motor, sudando a chorros, cubierto de grasa. Mientras tanto, en el interior del furgón, sobre la camilla, un enfermero le enchufaba cables a un señor que parecía también muy estropeado. Algunos curiosos contemplaban a la vez ambos remiendos y su interés se dividía casi a partes iguales:

les atraía mucho los trabajos en la maquinaria, a otros les seducía más el auxilio de urgencia que se prestaba a aquel moribundo de carne y hueso. El corro de ciudadanos cruzaba apuestas entre sí respecto al origen de las dos averías. Probablemente sería un infarto de miocardio o la bomba de la gasolina, el hígado castigado o el delco mojado, una peritonitis aguda o un problema de carburador. La ambulancia de repuesto no acababa de llegar, la pareja de técnicos se encontraba rodeada de más herramientas a medida que el tiempo pasaba y la calle se estaba llenando de un clamor de bocinas".

"Después de apretar unas tuercas, el conductor trataba de poner en marcha el vehículo. Le daba al arranque y el motor permanecía mudo, pero en ese instante el enfermo soltaba un gemido ronco y prolongado. También sucedía al revés. Cuando el practicante conectaba la goma en la nariz de aquel ser humano, de pronto el tubo de escapes comenzaba a sonar. Era evidente que el tipo se encontraba en la agonía. Lo mismo le pasaba a la ambulancia. El atasco de coches iba creciendo, y en vista de que el caso no tenía fácil solución, alguien llamó a la grúa, y cuando ésta hubo llegado se planteó el dilema: puesto que el hombre y la máquina formaban algo indivisible, ¿a dónde habría que llevar aquel par de trastos, al taller o al hospital? Entre el público había humanistas que estaban de parte del agonizante. En cambio, a otros, que eran de la rama de ciencias, les caía más simpático el carburador. Se estableció un pequeño debate sin resultado positivo. Entonces, el enfermero y el mecánico lo echaron a suertes. De los pacientes, perdió el que iba de paisano".

Describe, como vemos, anécdotas que se convierten en pequeños relatos, que de increíbles parecen fruto de su imaginación, pero se trata de hechos reales, que observa y cuenta. Aquí muestra la deshumanización de la gente en masa, el morbo, la falta de sentimientos y caridad.

La curiosidad por los accidentes ajenos. Un accidente de cualquier tipo, de tráfico, y con sangre mejor, puede causar tremendos atascos porque la gente que pasa se pone a mirar. Nadie colabora ni ayuda al prójimo, pero todos curiosean, cotillean, miran.

Esta deshumanización de la personas, el masoquismo en la civilización actual, constituyen un tema que preocupa al autor.

Nadie se muestra conmovido por nadie. Los ciudadanos se convierten en una masa amorfa, que sólo se une para protagonizar acontecimientos que no presenciarían de uno en uno.

La xenofobia, el racismo, la falta de caridad, el pasar, el tomar la justicia por su mano, y el inibirse de responsabilidades, el no compadecerse ante nada ni nadie, el ser cada día más insensibles, mal educados, son características de los individuos hoy en día, sobre todo en las grandes ciudades. Y todo éllo es fruto de la soledad y aumenta dicha soledad.

El materialismo nos dirige a la soledad, la abundancia de bienes y objetos muchas veces inútiles no dan al hombre los momentos de felicidad, la realización el gozo. Manuel Vicent habla de una soledad que lleva al suicidio. Lo vamos a ver en tres historias publicadas en la columna del periódico El País, la primera es "El plazo" (8-7-86).

"lo despertó un mirlo. Se levantó temprano. Tenía algo importante que hacer esa mañana, aunque no sabía exactamente qué. Se duchó cantando y mientras se afeitaba espoleó un poco la memoria. ¿Le esperaba un pago inexcusable, una cita de negocios, un vencimiento judicial? Podía tratarse tal vez de un funeral o de una boda. No lograba acordarse en ese momento. Esto le sucede a menudo a la gente muy ocupada. Era un día como otro cualquiera y él se sentía relativamente feliz. Durante el desayuno, aspirando el aroma del café, leyó algunas catástrofes en el periódico y entre un desfalco y un tiroteo los ojos se le iban por el ventanal hasta la verja del jardín donde aún había rosas encendidas. Cantaban los pájaros. Cuando salió de casa

en dirección al trabajo olió la hierbaluisa y en el trayecto de automóvil deseó a cuatro muchachas distintas que le sonreían desde las vallas. La sensación de un compromiso ineludible le siguió acaparando, pero no tenía por qué preocuparse. A fin de cuentas el asunto estaba anotado en la agenda de la oficina".

"No obstante se entretuvo imaginando o descartando algunas posibilidades. Ningún familiar había muerto. Nadie le había invitado a almorzar, no había solicitado un solo crédito, todas sus deudas se encontraban debidamente aplazadas, había conseguido un alto el fuego en el amor, su salud era excelente, tampoco le acechaba la policía o el inspector de Hacienda. Aun así, en la cervical llevaba el peso de una obligación perentoria. La calle lucía un puesto de flores en cada esquina, los fruteros silbaban melodías de amor sopesando los primeros melones y él también se sentía eufórico aquella fresca mañana. Al cruzar el vestíbulo saludó jovialmente al conserje. Entró en la sede de la empresa y a medida que fue avanzando hacia el despacho todos los empleados le dijeron buenos días. Finalmente llegó a su mesa y primero repasó la agenda para salir de dudas. En la hoja él mismo había escrito taxativamente: recuerda que hoy tienes que suicidarte. Se llevó una sorpresa, pero no dudó nada. Sacó el revolver del cajón, se apuntó en la sien, sonrió y a continuación se hizo saltar la perola sin más".

Un pequeño relato que nos describe el sinsentido de la vida humana. El protagonista en este momento no tiene ningún problema, es un hombre bien situado, un ejecutivo, con las necesidades bien cubiertas y sin complicaciones. Manuel Vicent lo escribe con ironía, muestra la existencia que arrastran los jupies o ejecutivos, con un ritmo de vida tan acelerado que ha de apuntar en la agenda una decisión tan trascendente, la de suicidarse para que no se le olvide.

No obstante esa mañana no tiene ningún motivo para desear quitarse la vida, como tampoco debe tener ninguno para desearla o amarla. Se encuentra simplemente vacío, no tiene nada que dar ni que esperar.

Lo material no lo es todo en la vida, si

no se posee nada que amar, ninguna ilusión que esperar, la existencia humana se convierte en insoportable. Este vacío muchas veces viene de tener todo lo material y las aspiraciones cubiertas. Existe una edad intermedia o madura en que muchas veces no se encuentra ninguna motivación para seguir aquí.

Manuel Vicent refleja el hastío y vacío que se puede encontrar en la vida.

Algo similar ocurre en "Suicida" (El País, 26-6-88).

"Hacia el final de mayo llegó un viajero catalán a un parador de la provincia de Tarragona y alquiló una habitación con vistas a un valle lleno de margaritas. En efecto, en el campo era primavera, pero el caballero traía el bigote a media asta y en el maletín llevaba martillo y clavos, un frasco de barbitúricos y una botella de anís Machaquito. Una vez instalado en la habitación puso manos a la obra. Claveteó la puerta y la ventana para que nadie pudiera salvarlo y a continuación el inminente suicida comenzó a escribir una carta de despedida mientras la bañera se llenaba. Degustando a pequeños sorbos una copa de licor, expresó a su esposa en una cuartilla algunas recomendaciones y luego dejó en un lugar visible el sobre cerrado que lucía el membrete del negocio familiar recién quebrado. Era un catalán de clase media, fabricante de pañería, devoto de las setas, amante del orden, antiguo excursionista, que se había hecho un lío con la vida, si bien la bañera ya estaba llena de agua templada y parecía una cuna".

"Descorchó el Valium y entró en un largo sueño, pero al día siguiente, en conserjería, se dieron cuenta de que algo no iba bien en aquella habitación. Después de llamar varias veces, el director mandó derribar la puerta, y allí dentro los bomberos hallaron a este catalán mesocrático que agonizaba con un tubo de pastillas en el estómago y media botella de anís Machaquito en la mano, flotando en el cuarto de baño con cara de felicidad. Nada se pudo hacer por él. Cuando los camilleros se lo llevaban, el director abrió el sobre y leyó la carta que el suicida había escrito: "Querida Montse, ruego que me perdones, no he podido soportar el fracaso, deseo que seas feliz. El coche lo he dejado en el primer sótano del aparcamiento, según se sale

del ascensor a la derecha. Le falta aceite y la rueda de recambio está pinchada. Dile al dentista que no podré ir a la cita el próximo jueves. En esta hora suprema quisiera hacerte la última recomendación: me gustaría que votaras a Jordi Pujol en estas elecciones. Adios".

Como podemos comprobar los suicidas que describe el autor no son personas condicionadas al suicidio desde el principio de sus vidas, sino que la mediocridad, el fracaso o el hastío les conduce a él.

Aquí describe una vida absurda y mediocre, dedicada al negocio, que como no cuenta con otro ideal, esperanza, amor, etc. cuando fracasa dicha empresa no desea ya vivir, no ve otra salida que la muerte. La carta muestra con sarcasmo la mediocridad de su existencia.

Veamos el último de estos artículos, "Motocicleta" (El País, 2-9-86).

"Eran colegas. Al final también estaban unidos por la misma velocidad. El papá le había regalado una moto a su amigo y ellos iban siempre a 200 por hora a ninguna parte, con los genitales pegados al sillín y ninguno distinguía entre el vértigo y el deseo, el amor al propio cuerpo o a la máquina, hasta que ésta decidió separarlos. Un día saltaron por los aires. Su amigo se fue directamente al infierno y él se salvó de milagro. Pero no estaba dispuesto a consentirlo".

"¿Por qué la moto que había matado a su mejor amigo se vendía ahora tirada de precio? Se sentía humillado. Aun así, él tampoco tenía dinero para comprarla. Se pasaba tardes enteras contemplándola en aquel escaparate y una ráfaga de admiración le atravesaba el cerebro. Era perfecta, bellísima, japonesa. Mientras aquella moto permaneciera parada su alma estaría muerta. Iba por las calles de la ciudad con las manos en los bolsillos y sólo pensaba en la forma de rendir un homenaje a su amigo. La soledad le obligó a reventar una mañana. Cogió una navaja y con ella señaló

la gargante de un joyero. Vendió al peso un puñado de oro y de esmeraldas a un perista y una hora después entró en la tienda con los billetes precisos. Compró la moto. La acarició como a una amante. La puso a 200 por hora y cuando alcanzó el límite del deseo descubrió en el espejo de la frente el rostro del colega muerto que le sonreía. De pronto se hizo la oscuridad de la venganza. Esta vez la moto tampoco se había salvado".

Describe el mundo de los adolescentes y jóvenes, el ídolo que tienen de la velocidad y el culto al cuerpo. Pero en varios relatos del autor un amigo ve reflejado en su rostro el del amigo desaparecido. Ya que Manuel Vicent cree en la importancia de los primeros amigos de la infancia y de la adolescencia, la necesidad que el hombre tiene de éllos para sentirse bien en su vida.

Se trata, otra vez, de la soledad, que lleva al suicidio. Este adolescente se queda solo sin su amigo, probablemente el único cólega en esos años tan difíciles de la adolescencia, y la vida ya no tiene sentido para él.

En "Quirófano" (8) la soledad arrastra al protagonista a la depresión:

"Sentía una soledad tan profunda que al final decidió operarse de algo. Era un hombre de mucha pasta. Le bastaba hacer así con el dedo para que al instante una bandada de cirujanos acudiera en su ayuda. También su salud era perfecta. Por consiguiente, podía elegir cualquier clase de enfermedad a su antojo. Después de repasar mentalmente todas las vísceras y menudillos del cuerpo exigió que le rajaran el corazón. La otra alternativa consistía en ir a Ibiza o a Marbella. Ese tedio solar ya lo conocía: los mismos rostros de siempre, cada año más ajados; el gentío de oficinistas dándose crema en las paletillas bajo la estúpida canción del verano; esas fiestas en la discoteca de moda donde los maricones para ser felices se disfrazan de gato o de conejo hasta el amanecer. Decidió operarse no por esnobismo, ni siquiera por aburri-

miento, sino por necesidad de creerse alguien en el mes de agosto. Eligió el corazón por tratarse de la víscera más elegante".

"Se encontraba muy solo. Tenía dinero para pagarse placeres comunes, diálogos insustanciales, infinitas sonrisas de criado o de camarero, pero buscaba una relación de la máxima profundidad que a la vez fuera peligrosa. Nada mejor que dejarse abrir en canal y ofrecer el bulbo más íntimo a la espada de un cirujano desconocido. Así lo hizo. Al llegar el primer día de vacaciones ingresó en un sanatorio de lujo. Se tumbó por las buenas en un quirófano como en una hamaca y allí un tipo vestido de verde, desde la trasera de una mascarilla, le formuló esta pregunta de barbero: ¿qué va a ser? Aquel veraneante, cuya salud era de hierro, contestó que deseaba pasar un par de semanas distraído, y entonces se señaló el corazón. El cirujano puso manos a la obra. Comenzó a trincharle las costillas hasta sacarle la bomba del amor a la intemperie. Todo estaba en regla. Aun así, le sustituyó una válvula en buen estado por otra de cerdo, puesto que ése era el capricho pactado. Cuando salió de la anestesia el hombre solitario, en sueños descubrió a una linda enfermera que se pintaba los labios mirándose en la amplia cicatriz de su esternón como en un espejo".

A lo largo de todos los relatos que tocan el tema se repara en que el dinero y el poder no significa gran cosa, no bastan para soportar la vida. La soledad de este hombre le hace capaz de inventarse una enfermedad y someterse a una operación para salir del tedio, el aburrimiento, el sinsentido, el desamor. Lo único que necesitaba era un amor de verdad.

El autor expone el problema de la depresión en nuestra sociedad. Esta depresión puede venir de no tener ningún problema, de no necesitar nada material, tener todas las necesidades cubiertas, haber llegado a lo que se quería o podía en la vida, pero no tener nada más, es decir, nada dentro, nada que dar ni que recibir. Las depresiones vienen de la soledad, la incomunicación, el quedarse pensando que nadie te quiere

por tí mismo, que nadie piensa en tí ni te necesita, ni te espera, ni te sonríe, ni te besa.

Muchas personas que se tornan hipocondriacas, este afán que invade a muchos ciudadanos de ir al médico sin sentirse mal, de inventarse dolores, lo mismo que de tener cita con el psiquiátra, el peluquero, la esteticien, la modista, ir de compras... no es otra cosa que la forma de salir de las pequeñas o grandes depresione cotidianas, de matar el gran vacío que se soporta dentro.

Y para terminar este extenso apartado, nos paramos a leer "Discotecas", que refleja la incomunicación en la sociedad actual.

"Cuando terminó la refriega verbal del "mayo francés", alguien subió el volumen de la música para llenar el vacío, y las motocicletas también abrieron los escapes, ya que el silencio de la nueva generación había que cubrirlo de alguna forma. Las discotecas lo solucionaron con los trallazos de las guitarras y los gritos desaforados de los cantantes de moda. La gente mayor dice que en las discotecas no se puede hablar a causa del estruendo que reina allí; pero se trata justamente de lo contrario. En las discotecas hay que meter mucho ruido porque nadie habla. Ningún joven moderno tiene necesidad de comunicarse por medio de palabras mientras está en el abrevadero. En ese espacio iluminado por el resplandor de los licores la relación se establece a través de una vibración de las vísceras que se deriva de los bafles. Ellos juegan al billar, se friegan con los ojos, echan al aire la propia berrea levantando el belfo, como los ciervos,, con un vaso en la mano y el ritmo en el pie. La comunicación de palabra se desarrolla después, en el coche, cuando las pandillas cambian de discoteca en frenéticos viajes de madrugada atravesando la ciudad. Con los pies fuera de las ventanillas, loso jóvenes de hoy recitan una y otra vez este verso inmortal: "Jo, macho, putamadre, tío, jo, macho, putamadre, tío". Llegan a otro abrevadero y callan bajo la música". (9)

Describe una generación sin conversación ni interrogantes, que no ama la tertulia ni la comunica-

ción. Una generación que lo que ama es el ruído, de los coches, las motos, su música, pero en realidad como explica Vicent es porque no sabe o no tiene nada que decirse.

En realidad aunque el autor siempre describe, y él asegura que no hace otra cosa, estamos convencidos que siempre describe dentro de lo que ve, lo que no le gusta.

El ama la conversación, el cambio de opiniones, las sobremesas, el diálogo, la tertulia, la comunicación entre las personas en todas sus formas. Y por tanto se fija y destaca acertadamente el hecho de que hoy la mayoría de los jóvenes no hablan.

Manuel Vicent deja a través de todos sus artículos la huella de la soledad y el desamor de los hombres en nuestra sociedad de consumo de masas. De ahí vienen las depresiones y locuras de la actualidad, individuos que hablan solos por la calle, que se suicidan, que se tornan maniacos o esquizofrénicos o hipocondriacos, los tropezamos a diario en Madrid, y el autor los lleva de protagonistas a sus relatos, describiendo que el egoismo propio y ajeno, la ambición, la competitividad no conducen más que a la frustración y la locura. Retrata una sociedad real, víctima del materialismo y la desidia, de la escalada al poder, encontrándose al final con el vacío, el hastío, el tedio, la locura, la amargura, la depresión. Y lo hace sintiendo a veces ternura, a veces dolor por estas criaturas que se cruza en los semáforos o que llenan las páginas de sucesos de los periódicos.

CONCLUSIONES.

Todos los temas y las páginas que estamos recorriendo conducen a la soledad del hombre contemporáneo. Materialismo, sociedad de consumo, competitividad, culto al cuerpo, imagen, status... concluyen en la frustración, la incomunicación, la deshumanización, la locura, el desamor, ni más ni menos que la soledad.

Vicent realiza una disección del hombre contemporáneo, entresacando sus traumas, miedos, desequilibrios, inquietudes... La sociedad critica la individualidad, lo diferente, aniquilando hasta la marginación y la locura al que piensa distinto, al débil, al que no puede o no quiere competir, al que no es "guapo", al que no consume...

Y el autor marca la huella de la soledad y el desamor, y describe los resultados: depresiones, locura, suicidio, maniacos, hipocondriacos... Retrata la sociedad, víctima del materialismo y de la desidia, de la escalada hacia el poder, que camina al vacío y al hastío, al tedio.

Manuel Vicent siente en ocasiones dolor y en ocasiones ternura por el desvalimiento del ser humano.

(1) El País, 6-5-79.
(2) El País, 24-7-82.
(3) El País, 31-3-84.
(4) El País, 30-6-84.
(5) El País, 8-12-84.
(6) El País, 2-10-88.
(7) El País, 3-6-86.
(8) El País, 15-7-86.
(9) El País, "Discotecas", 31-5-88.

17. LA ESTETICA DE LA MUERTE

LA ESTETICA DE LA MUERTE

Cualquier diccionario que consultemos define la muerte como la "cesación de la vida", ninguna otra palabra nos puede parecer más clara en la realidad de la condición humana, como la seguridad de que el sentido de la vida individual es la muerte.

Teológicamente se interpreta como la separación del cuerpo y del alma. La muerte, en cualquier caso, es un hecho radical y certero, que entra dentro del estudio de la metafísica, y que preocupa a todo ser humano.

Manuel Vicent se detiene en numerosas ocasiones a pensar en el hecho de la muerte. Ya vimos, al tratar su biografía, que el autor aseguraba no tener miedo a morirse, en la revista Cambio 16, (14-11-85), exponía: "La muerte la veo como una maravillosa bahía azul muy suave donde voy a recalar". La muerte le sugiere la tranquilidad que no se alcanza en vida, y la imagina con el sabor mediterráneo, que tanto le agrada, impregnando todos sus sentidos. Intuye a la muerte como la plenitud de las sensaciones que le gustan en la vida.

El autor siente amor a la existencia e identificación con todo lo creado, con lo natural y auténtico. Y así desea que más allá de la vida siga la vida, y que le traiga la paz interior, el sosiego, una eternidad sin ambiciones, disfrutando de lo que proporcionan los sentidos.

Se trata de su idea panteista, como una aspiración, tras expirar, continuar disfrutando

con todo lo que ofrece el cuerpo a través de los sentidos.

Lo dice en su columna del periódico El País (31-3-87), donde también expone lo que le llena en la vida, y su deseo de que se prolongue tras el tránsito. Valora el sentimiento del amor, y a las personas que lo han llevado a su vida. La muerte, al menos, sirve para sustentar otras vidas. El texto se titula, sugestivamente, "Vida":

"pero a veces pienso en el diseño de mi propio final. Me gustaría convertirme lentamente en un tipo maduro cada día más azul por dentro hasta llegar a conquistar en la vejez un sillón de mimbre blanco, y sentado frente al mar junto a un refresco de granadina enmudecer o sólo mantener sabias conversaciones con los salmonetes, y recordar en silencio a las personas que he amado, las calles lejanas que he visitado, los seres que han marcado mi imaginación, e interpretar las huellas que en mi interior han dejado algunas pasiones efímeras, y creer que después de las cenizas habrá otro mundo donde yo seré un pez en la sima del agua con aletas que sirvan para rozar algas sensibles y extraer de ellas una música de un Mozart sumergido. Está floreciendo el membrillero, la perra me mira con ojos tiernos que ignoran la muerte y yo imagino que la primavera es un tiempo para que el cuerpo sirva de pasto a las rosas de abril".

Es decir, Manuel Vicent, no se imagina la nada, la cesación de la vida, sino una prolongación, un destino final, como un puerto, donde se siga percibiendo, sintiendo.

En "Un artista ha muerto, como siempre (Equipo Crónica)" (1) expresa cómo la muerte es lo más cierto, real, inevitable y auténtico del ser humano:

"La muerte es un acto hiperrealista, estéticamente es la definición más exacta que un artista puede formular de sí mismo. No me refiero a la idea de la muerte expresada en un cuadro, sino al certificado de defunción sellado con una póliza de tres pesetas, es decir, a ese acto antiacadémico que acaba de ejecutar muriendose Rafael Solbes, del Equipo Crónica. Llegan las cuatro de la madrugada de un lunes anónimo, esa hora

en que los camioneros toman cazalla y descargan verduras en el mercado de abastos y uno se muere de hepatitis, lo ponen dentro de una caja acolchada, le echan tierra encima y durante unos días se adula la memoria del finado, uno pasa a la gran historia semanal junto con un accidente de tren, a la intoxicación de los invitados a una boda, a la caida de un autobús escolar por un terraplén y a otro rumor de golpe de Estado".

En realidad la muerte es una contradicción, un absurdo, el hombre se siente impotente cuando pierde para siempre a un ser querido, ante la certeza de que no podrá volver a verlo, hablarle, tocarlo, sentir su olor, su piel..., y sin embargo la vida, cruelmente, sigue, ajena a la irreparable pérdida, haciendo más dolorosa la realidad.

La frialdad con que se asimila el tema, muchas veces, en la actualidad, no le gusta al autor. La muerte se está convirtiendo en algo aséptico, indiferente en nuestra sociedad, en nuestras grandes ciudades.

Veámos como lo ve en una de sus Crónicas urbanas, en "El cementerio desnudo" (2).

"El tipo comía cuellos de pollo regularmente y en tiempo de lluvias tenía que meterse en la cama con el paraguas abierto, pero en la calle se hacía llamar don Paquito y llevaba un traje azul impecable con una dalia en el ojal. Así acudía cada tarde a la tertulia taurina, donde, como es lógico, se hablaba de fútbol". (...).

"Sólo faltaba el tercero, que bien podía ser don Paquito; aunque tampoco era seguro porque en la tertulia las sospechas se habían dividido: unos creían que don Paquito no había echado la quiniela y, ante la grave situación creada, se había quitado de en medio; otros se maliciaban que el tipo pensaba largarse con el dinero a Brasil. Las pesquisas estaban en punto muerto, hasta que el limpiabotas del local pudo dar una pista". (...).

"Allí en el recibidor se oía el "clic" metálico de la gotera que caía en una palangana y todo parecía en ruinas en aquella casa. Tal vez avergonzada por esa miseria la mujer se resistía levemente a hacerles pasar, aunque estaba dispuesta a aceptar el pésame sobre el felpudo". (...).

"- Mi hermano murió en sábado. De angina de pecho.
- ¿Con qué traje fue enterrado?
- Con el único que tenía.
- ¿Un traje azul?
- Ese".

"Entre todos se llegó a la conclusión de que la última esperanza estaba en aquel traje que sirvió de mortaja. La hermana de don Paquito creía recordar que le había registrado todos los bolsillos, aunque tal vez había olvidado el de la solapa porque no quiso quitarle al difunto la dalia del ojal. Sin duda la quiniela premiada con noventa millones de pesetas había quedado allí, pero en este momento don Paquito se estaba pudriendo en la fosa común del cementerio más concurrido de la ciudad". (...).

"El juez soltó una carcajada. Fue la primera de toda la serie que se oyó en despachos, ventanillas, antesalas de forense y sacristías durante un mes de diligencias hasta que la cuestión quedó varada en el bufete de un abogado de imposibles. A todo esto, don Paquito estaba cada día más podrido y los gusanos más voraces, agotadas las partes blandas, podían haberse zampado ya el boleto, empezando por el sello. El pleito siguió adelante con todas las pólizas imaginables". (...).

"desde el primer momento se vio claro que aquellos señores del guardapolvo gris se oponían a sacar al fiambre con el pretexto de que ese trabajo era imposible porque don Paquito se encontraba muy hondo, debajo de veinte clientes que llegaron después. (...) Unos sepultureros maldiciendo su suerte por lo bajo, unos técnicos con mascarilla abriéndose paso entre cadáveres hinchados, el hedor recalentado por la luz del mediodía que exhalaba el osario abierto, los tipos de la tertulia al borde de la zanja con la nariz tapada con un pañuelo y los ojos ávidos de dinero. La hermana del muerto gritó desde lo alto". (...).

"- ¡Satanás!

- ¿Qué pasa?

- Este muerto está desnudo.

- No es posible".

"Don Paquito estaba completamente desnudo dentro del ataúd con todos los gusanos a medio festín. Mejor dicho, el cadáver llevaba los calcetines y los calzoncillos puestos, pero el traje azul había desaparecido. Alguien se lo había llevado". (...).

"Resulta que allí, en el cementerio, dos sepultureros tenían un pequeño negocio. Se dedicaban a despojar muertos para vender los arreos a un perista de la calle de Embajadores. En este caso, los dos funcionarios salteadores de tumbas tampoco sabían nada de la quiniela. Se habían limitado a desnudar a don Paquito y a deshacerse de su traje azul por mil pesetas, sin percatarse de que en el bolsillo de la solapa podía llevar una fortuna". (...).

"El traje azul de don Paquito estaba allí a la venta, colgado de la palomilla en la barra metálica. El policía metió los dedos en el bolsillo de la solapa y sacó un papel: se trataba del boleto premiado. Pero este no es el asunto. Esta historia real sólo viene a demostrar que el cementerio está lleno de cadáveres desnudos".

El relato pone de manifiesto varios puntos en torno a la muerte. El hacinamiento y masificación que padecen los habitantes de las ciudades, también lo sufren los muertos. Los cementerios urbanos amontonan, y niegan espacio, a los restos mortales de sus ciudadanos,

La falta de respeto ante la muerte, la deshumanización que la rodea. Los amigos no lloran al que se ha ido, pendientes sólo del supuesto dinero de la quiniela, sin recordar al que hasta hace unos días disfrutaba con éllos de la tertulia. Los enterradores, acostumbrados a la rutina de su trabajo, tampoco padecen por los que echan bajo tierra. Los vivos giran en torno a lo material. Y a las personas no se les deja descansar

y no se les tiene consideración ni muertas.

Expone, asímismo, que la vida se alimenta de la muerte, macabramente. El dinero y los negocios sucios no tienen miramientos ante la muerte.

Esto conduce a pensar que una parte de la humanidad no se para a ver que al final, antes o después, también va a ser un cadáver. Los vivos sólo se mueven por la vida.

Ironía, sarcasmo, amargura y dolor tiñen todos los artículos en los que Manuel Vicent se detiene a describir hechos reales sobre la muerte. Así en "Sepelio" (3).

"No me refiero a los tanatorios modernos, donde la mojama es tratada con la delicadeza del jamón de Jabugo en un marco adornado con pinturas abstractas y asepsia de aeropuerto. Quiero decir que ahora también en los pueblos a uno se lo llevan a la fosa con faena de aliño y todo el mundo te sigue hablando de negocios, buenos o malos".

"El otro día tuve que acompañar a un amigo al cementerio en un lugar de Valencia y el espectáculo me pareció excitante. En primera fila, a la espalda del carromato, los deudos más íntimos caminaban pastueños y sonrientes puesto que acababan de heredar. En cambio, el resto del cortejo lloraba con el ceño a media asta a causa de la bolsa que había vuelto a bajar. Dios había mandado, además, a la comarca un furioso pedrisco y a continuación una riada tipo Bangladesh. Sólo los huérfanos del difunto parecían felices, y los yernos, sin duda, estaban radiantes. Los demás plañian echando al aire gritos desolados. Deseo que alguna gente llore en mi entierro. Por eso me gustaría morir días después de que la bolsa conociera un martes negro sin ahorrar de postre una buena granizada. De esta forma mi último viaje iría orquestado por un coro de llanto. Yo al cielo y aquí todos arruinados".

El autor lo ha escrito, como indicábamos, con sarcasmo y mucha amargura, contando la realidad

de que ya casi nadie llora en los entierros. La falta de respeto, humanidad, sensibilidad, amor, llega hasta el extremo de la muerte. Los vivos continúan afanados en sus problemas y cuestiones materiales, que no pueden olvidar ni en el momento de despedir para siempre a un familiar, amigo o compañero. Es una verdad de toda la vida, ya se sabe el refrán, pero el materialismo de nuestro días acentúa la situación.

Manuel Vicent, como cualquier mortal normal, indica que le gustaría que alguien le llorara cuando muera, simplemente desea que alguien le quiera y le haya querido por lo que es.

Cómo el muerto va al hoyo y el vivo al bollo, nos lo sigue comunicando en la columna del 3 de mayo de 1.988, "Testamentaría" (El País).

"He conocido a un mendigo en Madrid especializado en testamentarías. Este hombre no pide limosna, pero ciertos cubos de basura carecen de secretos para él. Su método de salvación es el siguiente. Un primo suyo que trabaja de repartidor de coronas en una importante funeraria le pasa un parte diario de los muertos habidos en la ciudad, con la dirección exacta de cada uno, y sobre esta lista el pordiosero establece su vida. No todos los difuntos le sirven. En realidad sólo se nutre de las bajas que se producen en el barrio de Salamanca. Su labor de investigación se inicia poco después del entierro. Cuando el duelo desaparece, él monta la guardia en la acera junto al cubo de la basura más próximo a la vivienda del fallecido. Según sus cálculos, la familia comienza a limpiar la casa al día siguiente. A media mañana se ve salir a la criada con una caja llena de íntimos enseres que pertenecieron al muerto: las gafas graduadas, la dentadura postiza, el último pijama todavía sudado, las medicinas que sobraron, la boquilla con sabor a brea para quitarse del tabaco y a veces también algún bisoñé. Todo esto va a parar al depósito de basura de la esquina, y enseguida aparece la sobrina llevando en brazos un nuevo cargamento: la colección encuadernada de la revista taurina El Ruedo, la almohada donde apoyó la cabeza el cadáver, la avutarda disecada que él tanto amó".

"La cantidad de cosas que la familia desecha siempre depende del grado de odio o de amor que el difunto despertó, pero el mendigo esto no lo sabe. Hay parientes que lo tiran todo; en cambio, existen viudas que guardan hasta el cepillo de los dientes. El cubo de la basura marca el nivel del corazón. El mendigo recibe el aviso de su primo que trabaja en una funeraria, y la suerte consiste en que el muerto sea a la vez rico y odiado. Entonces el cubo de la basura florece. Se convierte en una testamentaría donde se pueden encontrar relojes, bolígrafos dorados y la cucharilla de plata para las amígdalas. Este mendigo ya ha comenzado a surtir a varios establecimientos. Y sin duda pronto será almacenista".

Acertadamente, y continuando con grandes dosis de sarcasmos, el autor relata un hecho que demuestra una vez más cómo la vida de muchas personas se nutre de la muerte.

Se entresaca amargura por la indiferencia y el desapego que rodea a la muerte de las personas. Los propios familiares se comportan como buitres, hombres concretos subsisten como aves de rapiña, para el protagonista, la desaparición de seres significa "su método de salvación".

El autor describe los sentimientos de amor y odio. El amor respeta, venera, el odio arrasa con todo. Con su sensibilidad característica, Manuel Vicent se fija en que alguien que quiere se aferra al recuerdo, a los objetos que tocó, que sirvieron, que tal vez compartió con el que se ha ido, mientras que el que no sintió ningún tipo de afecto desecha todas sus pertenencias, incapaz de encontrar en éllas ningún significado ni acercamiento hacia el que se ha marchado.

Finaliza el relato con una frase que expresa que son más las familias que odiaron que las que quisieron, ya que el pordiosero pronto será almacenista.

También es sugestiva la frase que indica como "la familia comienza a limpiar la casa al día siguiente", está impaciente por borrar la presencia del muerto de la casa que fue su vida, no puede esperar. Alguien que sienta dolor ante la muerte de un familiar, sería incapaz de ponerse a realizar una tarea tan "burocrática", rutinaria, no podría hacer limpieza a las veinticuatro horas de haberle enterrado.

Pasemos a ver "Ultima copa" (4):

"Se trata de la cafetería del tanatorio. Hasta hace poco, los clientes de ese colmado sólo eran los deudos de los cadáveres que en ese mismo edificio esperan un pasaporte para la eternidad. Durante el día, por allí deambula gente silenciosa y enlutada; hay un bullicio de cucharillas en el desayuno y de platos combinados en el almuerzo, mientras los altavoces, como en un aeropuerto, dan el aviso de salida a los distintos fiambres en dirección al camposanto. El ajetreo mortuorio de cada jornada, dentro de un estilo aséptico, está adornado por el hilo musical con canciones románticas que suplen a los salmos del gorigori. No obstante, de noche ese espacio queda en calma, a media luz. Detrás de los ojos de buey se hallan los difuntos, y cada familia vela al suyo en pequeñas salas funcionales. Cerca del amanecer, cuando los espectáculos terminan, comienzan a llegar a la cafetería del tanatorio unos extraños visitantes".

"De pronto, en la calle se oyen frenazos de coche y algunas risotadas de los exploradores que vienen cantando. Entonces la cafetería del tanatorio se vuelve a animar. Estos eufóricos clientes entran, ocupan las mesas, piden toda suerte de licores y forman tertulias que se extienden hasta la salida del sol. El lugar se ha puesto de moda: tomar la última copa, esperar la luz del nuevo día rodeado de cadáveres es el signo postrero de la modernidad".

Como estamos observando, cuando Manuel Vicent trata de alguna manera el tema de la muerte, siempre destaca la falta de respeto que nuestra sociedad actual guarda hacia élla. ¿Puede haber algo más deprimente que tomarse una copa en un tanatorio? Cualquier persona

con un mínimo de sensibilidad, sería incapaz de poder estar de copas en un lugar repleto de muertos, pues el autor describe que la última, y la última se puede interpretar incluso con sarcasmo, está de moda tomársela ahí.

Como todo en nuestra sociedad de consumo de masas, el hecho de la muerte también está masificado y programado, los difuntos se encuentran uniformados, ordenados, borradas sus señas de identidad, igualmente amortajados, "arreglados", alineados, y constituyendo comitivas que parten idénticas y numeradas hacia los igualmente ordenados nichos de los abarrotados cementerios. Antes a cada muerto se le velaba en su habitat habitual, se le vestía cumpliendo sus deseos, con su mejor traje, con un hábito de un santo de su devoción, sin despojarle de alguna medalla o símbolo que apreciase en vida, hoy se les puede preparar según su estatus económico, lo que los que quedan puedan pagar, pero todos iguales y en serie. Todos los ritos que rodean la muerte se ejecutan con rapidez, "asépsia", frialdad, indiferencia, sin músicas sacras, ni muchos lutos, ni grandes llantos.

La idea de montar una casa de juego en un depósito de cadáveres, como "signo postrero de la modernidad", como la última vanguardia y "movida", la desarrolla el autor en la serie Domingo negro, en el suplemento dominical del periódico El País, en 1.991.

Y como última historia referida al tema, transcribimos "Imagen".

"Sentado en un banco del parque el hombre se quedó dormido y después de un tiempo no determinado este hombre comenzó a soñar y en el sueño se vio a sí mismo sentado

en el banco de ese parque con un álbum de fotografías en la mano, el cual contenía imágenes de su vida. Soñando abrió el álbum por la primera página y en ella había un bebé desnudo sobre un almohadón de terciopelo. Luego apareció un retrato escolar donde él posaba junto a un mapamundi de mares muy azules y a esa ficción seguían otras que representaban su infancia. Se descubrió en un jardín indefinido en brazos de su nodriza junto a una balaustrada, en el farallón de aquella cala desierta cuando pescaba cangrejos, en el tiovivo de la feria en una ciudad de provincias. Así fue pasando páginas de su existencia hasta llegar a un estanque con cisnes que no recordaba Mientras el hombre soñaba las palomas en el parque zureaban a su alrededor y un mendigo que por allí merodeaba optó por sentarse en el mismo banco y se quedó observando a aquel desconocido que dormía a su lado, el cual ahora en sueños alcanzaba su juventud en el álbum abierto en las rodillas. Estaba contemplando fotografías de fiestas familiares, recuerdos de la universidad, meriendas campestres y en ellas había comenzado a vislumbrar rostros que ya se fueron, pero él entonces era muy fuerte y en su hombro apoyaba la cabeza sonriendo aquella novia que también murió. Lentamente nuevas imágenes iban conquistando los años fenecidos y pronto se revelaron en el álbum los seres que ahora lo amaban. Su mujer esquiando en la sierra, su hija con la catedral de Notre Dame detrás. Pero antes de cerrar el álbum quedó sorprendido. En la última página el hombre en sueños se descubrió a sí mismo soñando. La fotografía mostraba un banco en el parque y allí estaba él dormido con algunas palomas a los pies, junto a un mendigo que lo observaba. Entonces vio con terror que la imagen del hombre dormido despertaba, y sin despedirse, echaba a andar y se perdía". (5).

Ha compuesto una tierna historia que muestra el tema universal y eterno de la fugacidad de la vida, como un viaje hacia la muerte, un viaje corto e inconsciente. La muerte en nosotros mismos siempre parece sorprendernos, no la terminamos de asumir ni asimilar. Es un hecho inexplicable, absurdo, que no entra en nuestros planteamientos, en nuestros razonamientos de mortales.

Lo relata indicando que la existencia de una persona es tan entrañable, corta y completa como un álbum de fotos, ahí cabe toda la biografía de un

hombre, siempre falta sólo una única foto, aunque no nos demos cuenta y no lo queramos.

El final corrobora algunas teorías sobre el tema, cómo en los últimos momentos de agonía se comprimen las imágenes de los recuerdos de la vida. Y unos instantes después el alma, espíritu, o lo que sea, contempla por encima el cuerpo en su último momento y lo que y quienes le rodean, mientras parte sosegado, en paz, sin dolor ni sufrimiento hacia "el más allá".

Manuel Vicent nos ha hablado del tema de la muerte describiendo lo que ve, con extrema sensibilidad, sorprendido e impotente, con dolor y ternura por los amigos a los que ha tenido que acompañar, con amargura por los que ni sienten ni padecen ni lloran a sus muertos, en contra de que, hasta en el hecho de muerte, nuestra sociedad se comporte con frialdad, materialismo, desafecto desapego e indiferencia.

CONCLUSIONES.

La muerte es la realidad más rotunda de la condición humana, y a Manuel Vicent, como escritor, le interesa tanto estética como temáticamente.

Su propia interpretación resulta panteista, el autor se identifica con todo lo creado y quiere disfrutar con las sensaciones que se alcanzan a través de los sentidos, en un deseo de que el gozo perdure tras la muerte.

Las descripciones en torno al hecho de la muerte son visuales y estéticas, deteniendose en poner de relieve la deshumanización que la rodea por parte de los que quedan, la masificación a que son sometidos los muertos, alargándose los problemas del exceso de población hasta después de la vida, la falta de respeto de la sociedad hacia sus difuntos. Una forma de vida materialista e insolidaria con sus vivos, tampoco puede amar a los que se van.

Trata la codicia, la falta de escrúpulos y el desamor de muchas personas, que ante la muerte siguen buscando sus propios intereses y defendiendo sus vanos anhelos, como si éllos mismos no fuesen a sufrir la misma situación del que despiden.

A veces trata el tema con sarcasmo, otras con ternura, y siempre con amargura.

(1) Triunfo, diciembre 81.
(2) El País, 11-9-82.
(3) El País, "Sepelio", 17-11-87.
(4) El País, "Ultima copa", 7-6-88.
(5) El País, 19-11-89.

18. COSTUMBRES

COSTUMBRES

Una cosa parece clara, y es que Manuel Vicent realiza una crónica de la sociedad española de la segunda mitad del siglo XX.

Constantemente describe la vida actual, las costumbres de su época, lo mismo que lo hicieron Galdós y Valle-Inclán en su momento.

Podemos decir que el modo de vida y las costumbres de las generaciones desde la década de los sesenta en nuestro país, quedan reflejados en sus textos.

Así, con las debidas distancias, y al creer que relata dichas costumbres, queremos hacer una breve referencia al costumbrismo. En la Historia de la literatura española, de Juan Luis Alborg, en el capítulo sobre "El costumbrismo romántico" (1) encontramos las siguientes ideas que nos interesan: "Nace, pues, el "artículo de costumbres" como una consecuencia de la prensa periódica, que lo hace posible. De hecho, se puede afirmar que el medio de difusión condiciona y determina las características formales que separan el cuadro de costumbres moderno, de sus precedentes clásicos". (...).

"Podemos ya, sin temor a equívocos, aducir ahora la definición del "artículo" o "cuadro de costumbres" que nos ofrece Margarita Ucelay: éste, dice , "visto en su desarrollo, ofrece una personalidad bastante definida. Es siempre una composición breve, en prosa o en verso, y que tiene por finalidad la "pintura filosófica, festiva o satírica de las costumbres populares", o en un sentido más amplio "la pintura moral de la

sociedad". Sus temas concretos son la descripción de tipos, costumbres, escenas, incidentes, lugares o instituciones de la vida social contemporánea -la contemporaneidad es una nota imprescindible-; con escasa o ninguna trama argumental. En cuanto a la tendencia de su contenido, presenta un carácter variable: ya es satírico o didáctico, con propósito de reforma de la moral o la sociedad; ya pintoresquista, humorístico, o realista descriptivo, sin preocupación ulterior fuera del puro entretenimiento. En su fondo y en su forma representa una fusión feliz del ensayo y del cuento". Más adelante resume Ucelay su criterio: "Lo que de interés para nosostros se deduce es que el costumbrismo moderno en España es una forma literaria perfectamente diferenciada, expresada en el "artículo de costumbres", y que florece vinculada a la prensa periódica en el segundo cuarto del siglo XIX. Tiene antecedentes cercanos en los principios del siglo y en la segunda mitad del XVIII, y otros más remotos en la literatura clásica de fines del Siglo de Oro. Modernamente logra una personalidad propia, debido en gran parte a que tres figuras de importancia lo cultivan con casi exclusividad de otras formas"". (...).

"El capítulo del costumbrismo se abre de hecho, y de forma ya incontestable, cuando en 1831 José María Carnerero, que dirigía el Correo Literario y Mercantil, funda Cartas Españolas, primera revista literaria de tipo moderno aparecida en España. En las Cartas Españolas comenzaron a publicar regularmente sus artículos de costumbres Serafín Estébanez Calderón, bajo el seudónimo de "El Solitario", y Ramón de Mesonero Romanos con el de "El Curioso Parlante". Al desaparecer al año siguiente Cartas Españolas, el mismo Carnerero fundó la Revista Española, donde los mencionados escrito-

res continuaron su tarea. En agosto del mismo año comenzaba Larra la publicación de El Pobrecito Hablador para incorporarse más tarde a la Revista". (...).

"(...) baste añadir ahora cuál fue el aspecto - positivo del costumbrismo, (...). Cualesquiera que fuesen sus limitaciones y desviaciones, el costumbrismo habituó a considerar la vida diaria como materia artística, acercó la atención a lo inmediato, estimuló la observación, montó, cuanto menos, el escenario de que iba a servirse la futura novela realista y desvió el gusto del público de la fantasmagoría medieval de la novela histórica de los románticos para traerlo hacia el presente".

Pues bien, este último apartado es el que creemos interesa para nuestro estudio, pues Manuel Vicent, a través de la observación, parte de la vida cotidiana, de la actualidad, para elaborar sus relatos, sin olvidar el hecho de que su literatura se publica en la prensa periódica. Ya que no estamos diciendo que sea un escritor costumbrista, sino que describe las costumbres de su época.

Pero describe las costumbres realizando una auténtica radiografía psicológica de la sociedad.

Aunque se comprende en todos los textos que hemos visto y nos quedan por leer, vamos a pararnos en algunos para comprobarlo.

En 1.971, escribe "Tres escenas neo-capitalistas y un final" (2):

"En el bar, a la hora del desayuno. No hay más que verlo para darse cuenta de que

es un ejecutivo: camisa color de rosa, ojos brillantes con sed de provenir, mano recién salida de la manicura, vientre liso, mentón lleno de voluntad y de Guivenchy; lo que se dice, un ente agresivo y comercial. El hombre está hablando por teléfono desde el bar con su secretaria. Da órdenes sobre no sé qué estructuras que han de llegar de Milán. Preguntá si ha llamado el señor Taylor desde Nueva York. Manda a la secretaria que ponga a punto las facturas para mandarlas a Suecia. Oído a contrapelo, la cosa está clara. Se trata de un representante de esta España dinámica, de antedespacho con macetones de ficus, moqueta y música ambiental. Oye uno a este ejecutivo y piensa que nuestro país ha perdido definitivamente el pelo de la dehesa y los valores de la raza. Hasta que el ejecutivo cuelga el teléfono, se acerca a la barra y pide el desayuno:"

"- Niño, ponme un cortao y una ración de porras".

"Estoy en el palacio de una marquesa. La marquesa abre sucesivamente las puertas con cuarterones y me enseña los salones dorados: lámparas de la Real Fábrica, tapices del XVIII, cuadros de firma romántica, plata y porcelanas en las repisas, muebles del XVII. La marquesa está orgullosa de su mansión; se nota en los ademanes, llenos de señorío. En la penumbra de los corredores cruza a veces la sombra de un criado, de un fámulo empecherado, de un mozo de comedor, no sé. Todo lo que hay allí habla de dinero sólido y antiguo, de recia nobleza castellana, de polilla con ascendientes en el siglo de oro. Tomamos té con pastas a la luz de un vitral. La marquesa riza el meñique al elevar la taza hacia los labios macerados por el crepúsculo. Por un momento la señora interrumpe la conversación llena de matices y llama al criado:"

"- Pepe, que no se te olvide echarme la quiniela. Hoy es viernes".

"Otro panorama del neocapitalismo español podría estar representado por aquel embotellamiento de automóviles en la Gran Vía una tarde pelada de invierno. Los anuncios de neón se vertían en la chapa brillante y atascada. Escaparates con corbatas de seda metidas en zapatos de ante, agencias de viajes que te prometen matar un león en Mozambique o descabezar un sueño con flores en los mares del Sur o una excursión por los tablados eróticos de la Europa Central, grandes cartelones en los cines con figuras de supermachos con las manos repletas de pistolas. Oficinas de import-export. Dentro de esta imagen fantasmagórica los automovilistas embotellados levantan

un clamor de bocinas, pero allí hay un hombre que no ha perdido la calma ni los valores de la raza esa tarde de crudo invierno. Es el guardia de la circulación. El guardia aprovecha un momento el semáforo rojo, se va hacia la acera, se acerca al fogón de una castañera y pone a calentar junto a las brasas el silbato".

Va describiendo, como ya vimos, los tipos urbanos y las clases sociales, así el ejecutivo, la los restos de la nobleza...

La sociedad de consumo, y un presagio de sociedad en que el dios va a ser el dinero.

Se puede oponer a lo que ocurría en los años cuarenta, lo vemos en "Elogio del boniato" - (3):

"Estéticamente, el boniato no es mejor ni peor que ciertas esculturas, por ejemplo, el monumento al cabrero, o a la madre del emigrante gallego, o al pescador de erizos de bajura. Con la ventaja de que en plástica es más moderno, está más en la línea de la Bienal de Venecia. A Henry Moore le pagan muchos duros por algo parecido". (...).

"Pero la fuerza del boniato no reside en la estética, sino en la sociología. En los años cuarenta fue un alimento-totem que salvó de perecer a todos los villanos e incluso a algún burgués de bigote imperialista. Si todo el boniato que el descendiente de Isabel la Católica se ha pasado por el esófago en los años cuarenta se amontonara hoy en Mallorca, el sol no saldría hasta las dos de la tarde, cuando los turistas están tomando paella con sangría".

Encontramos en estas líneas su tendencia a divinizar, engrandecer lo pequeño, algo desprestigiado, humilde, como un boniato, lo eleva a la categoría de arte, en cambio el arte, representado en una escultura de Henry Moore puede empequeñecerse hasta quedar en una forma de boniato.

Explica como nuestros padres, todo el mundo en los años cuarenta, incluídos los "grandes" subsistieron de boniatos, aunque hoy muchos lo hayan olvidado.

Con el "boom" del turismo en los sesenta y sobre todo setenta, Manuel Vicent todos los veranos nos hablaba de la cuestión, así en el 72, con "Un cilicio en el muslo", (4)

"Con esto del verano ha llegado otra vez esa manía de querer ser felices. Aquí, en la costa, con traje de baño, se nota mucho. En el Occidente civilizado todo iba bien mientras las cosas estaban en su sitio: Galileo, en la cárcel; el cilicio, en el muslo del consumidor; las comitivas, en dirección a Jerusalén, y, de vez en cuando, una pasada de cólera morbo para curar los devaneos. La decadencia de Occidente comenzó desde el momento en que a la gente se le dio a conocer aquel bando de Descartes (pienso, luego existo) y le entró la convicción de que la felicidad era obligatoria.

"Puestos en el aprieto de ser felices, antes eran más serios. (...) Pero ahora la felicidad se ha aligerado. Lo impregna todo: desde la pastilla de jabón al agua embotellada, desde la excursión en burro-taxi hasta el bikini con anillas. En nuestro tiempo hacerse dichoso es fácil: basta con dejar de leer los artículos de Diego Ramírez, comprarse un buen bronceador y dedicarse al pulpo de bajura".

"Por otra parte, la playa está llena de chicas físicamente insolentes. Uno puede darse un banquete de ojos, que es como aquel de Platón, pero en plan de dientes largos y con el ombligo fuera de la túnica. Aunque el espectáculo es gratuito: se ve al ligón de bigotito esconder la tripa cuando pasa por delante del corro de extranjeras, se ve al procurador en Cortes haciendo flexiones de cintura en vistas al próximo ejercicio político, se ve al ligón del bigotito que no se come una rosca, además de cubos, escafandras, pelotas de goma, barcas de plástico y demás instrumentos de la felicidad".

"Pero lo nuestro, lo verdaderamente nuestro, es sufrir. Hoy he visto a una sueca en bikini que llevaba un cilicio en el muslo. Tal vez sea ese el camino: el ecléctico. Y las suecas saben mucho".

Sigue tratando las costumbres, y nuestro país, moderadamente, va asumiendo las europeas. En estas dos décadas de los años sesenta y setenta, el autor entra todos los veranos, así como en Semana Santa y puentes, en el tema de las vacaciones, el turismo, la playa, la huída masiva de la gente a la costa, y todo lo que lleva consigo.

A los españoles hasta ahora no se les educaba ni permitía ser felices, todo lo bueno era pecado y estaba prohibido, vetado por la dictadura y la Iglesia, sin olvidar que una inmensa mayoría de la población había vivido además como mínimo la posguerra. Aquí Manuel Vicent expresa que la gente poco a poco va queriendo ser feliz.

Muchas veces explica, como ya hemos visto, cómo su generación pasó radicalmente de la prohibición a la obligación de ser feliz. A los cuarenta o cincuenta años resulta complicado asimilar un cambio tan extremo, del boniato, como acabamos de leer, o las gachas a los canapés y el vídeo.

Pero deja constancia en sus textos, que la felicidad se identifica con el consumo y la uniformidad. Una vez en la democracia, Manuel Vicent expondrá la idea de que existe la obligación de ser felices. No le convence ni la prohibición ni la obligación, por eso habla aquí del termino medio, de conciliar posturas, de huir de soluciones extremas. Ni se puede estar siempre sufriendo ni siempre gozando.

Otra fijación del país es lo que define "La santa quiniela" (5),

"La quiniela es un modo de promoción social. Una fórmula de salvación en la tierra, cuando eso del cielo para muchos se ha vuelto problemático: cada domingo se repite la esperanza de salir de pobre, y como acertar un pleno gordo es más difícil que matar una perdiz en vuelo a tres kilómetros con un rifle, resulta que así, apenas sin darse cuenta, uno llega a los setenta y cinco años en un periquete y no le ha dado tiempo de meterse en líos sociales, en convenios colectivos y en pararse a pensar que su inmediato superior era tonto. La quiniela es una obra maestra del capitalismo para drenar las ganas de hacerse rico con libertinaje". (...).

"La "rentrée" española en el otoño es un sueño de descapotable y chalet con piscina. No sé por qué se habla tanto del problema de nuestro futuro político, del panorama económico-social. Se acierta un catorce bien gordo y... ya está".

Escrito con mucho sarcasmo, se manifiesta contra la esperanza del juego como solución para los problemas. La quiniela supuso, y todavía hoy (bono-loto, cupones, loterías...), para el ciudadano la solución a sus problemas y la posible realización de sus sueños, de paso quitarse de responsabilidades sociales, políticas y represiones. Era la panacea para liberarse del jefe, el trabajo, la pobreza o estrechez de la clase media, y como no existía ningún tipo de derechos ni justicia social, como dice el autor, se acertaban catorce, llegaba la riqueza, y con ella la dignidad.

El fútbol se utilizaba por la dictadura para liberar tensiones, y entretener a los ciudadanos de otros pensamientos o reivindicaciones.

Este tipo de artículos son como de sociología política. Pasemos a "La Navidad sin zambomba", aparecido en la revista Hermano Lobo, el 23 de diciembre de 1.972.

"La dulce Navidad se nota mucho, sobre todo porque a la rama del comercio le entra de pronto un ataque de amor al prójimo y llena los escaparates de bombillas, adorna

los jamones con guirnaldas, pone escarcha plateada sobre los paños y te atiborra el buzón de cartones con angelitos y paisajes nevados deseando que seas feliz. Cuando un comerciante desea tan ardientemente tu felicidad, ya puedes ponerte a temblar". (...).

"Uno es sentimental, y por eso mismo en estas fechas se hincha de turrones y mazapán, se recoge junto a los leños de la chimenea, sienta un pobre o un rojo a la mesa para compartir la escudilla y contribuye con cinco duros para que el ropero de la parroquia regale mantas segovianas y calcetines de lana a los obreros que todavía no se han ido a Alemania. Uno, que está muy politizado, cree que eso de regalar mantas a los peones está muy bien, porque con eso se consiguen dos cosas: que puedan acudir al tajo cada mañana sin catarro y que al estornudar no se caigan del andamio. Aparte de que siempre es mejor vivir en una chabola, detrás de una loma de solar patrio con la amorosa asistencia de las ilustres damas del astracán con cuello de foca, que a lo mejor te montan un puchero colectivo por Nochebuena, que estar de productor emigrado en una fría ciudad europea, donde lo único que puede hacer un obrero es mirar la pornografía de los quioscos con las manos en los bolsillos y olvidarse del sentido religioso-racial de la zambomba de su pueblo". (...).

"Ahora, ni eso. La expedición del cante se ha suprimido, y nuestros obreros en Europa, una vez más, se quedarán silbando en la nieve una cantata del Escobar, con el transistor pegado a la oreja, por si enganchan algo de la Cadena SER. La cosa puede ser peligrosa. Lo mismo se cabrean y se vienen todos para acá. Y, entonces, nos quedamos sin divisas".

Realiza un retrato de la sociedad. Aquí trata el problema social de los obreros, los que trabajan aquí al borde de la miseria, pasando necesidades de todo tipo, y los que se han visto obligados a emigrar a Alemania para no participar de esta miseria. Si un porcentaje de mano de obra no estuviera en Alemania, crecería el paro, las necesidades y el analfabetismo en nuestro país en esas fechas.

Manuel Vicent se hace eco de ambas situaciones,

apunta el olvido de nuestros trabajadores emigrados, el desamparo por parte de nuestras instituciones. La injusticia social con los que se han quedado y con los que se han ido, y con la caridad de las fechas de Navidad, que no es solución para todo el año. Los ricos se tornan espléndidos esos días, y se olvidan de obreros y parados en sus chabolas, relegados el resto del tiempo. Se estimaba que el número de emigrantes en la década de los sesenta era de 4.000.000 de personas, por eso el franquismo presumía "oficialmente" de que en España no había paro...

Otro tema de los setenta fue el Lute, "Verano sin Lute" (6):

"Este verano largo, caluroso y lleno de avispas tendrá muy poco interés si el Lute no está en libertad. Cuando llegaba la calor, todos los años, el señor Lute salía de su madriguera y se daba un garbeo por lugares de la costa frecuentados por el turismo internacional. A falta de rumores de crisis, el cotarro veraniego se animaba mucho con los despliegues de la Guardia Civil y las playas de moda rivalizaban secretamente por acoger al bandolero clásico; los delegados de turismo o de agencias de viaje presumían bastante por el hecho de que el quinqui hubiera elegido su rincón para pasar quince días de descanso". (...).

"Pero una autoridad con gran sentido de la maniobra sociopolítica tendría que pactar con el Lute y llegar al acuerdo de soltarlo los veranos por el solar ibérico para que animara las playas, despertara el instinto cazador del celtíbero y volviera el calor a las tertulias. Luego, al llegar septiembre, cuando los turistas se largan, se coge otra vez al Lute y se le mete en la trena hasta la próxima temporada".

Lo del Lute era como la serpiente de verano, pero utilizado no por la prensa, sino por el gobierno, un mito para entretener a la opinión pública, puesto que política, escándalos, corrupción, la realidad eran temas e informaciones tabú.

Analicemos más momentos que ha vivido el autor, en Hermano Lobo, publica "El piojo verde" (2-11-74):

"Mi generación tomó la primera comunión y alcanzó el libre albedrío (es un decir) con el alma blanca purificada con hisopo y amenazas, con el estómago nutrido con boniato que fue nuestro alimento tótem y con la cabeza poblada por un safari de piojos. En las solanas estremecidas de los años cuarenta, mientras sonaban los tambores deseando un imperio, las madres ibéricas rastrillaban el cuero cabelludo de sus crías con aquellas furiosas liendreras y aplastaban luego las uñas de los pulgares la caza habida. En la radio cantaba Machín interrumpido a veces por una voz persuasiva que hacía saber que el aceite inglés parásito que toca muerto es. A pesar de las ganas y del hambre no hubo imperio que echarse a la boca pero, la verdad sea dicha, cuando llegaron los tecnócratas del Opus los piojos se retiraron del escenario nacional".

"Ahora el piojo verde ha vuelto a depositar sus liendres y formado nido en las hermosas cabelleras tratadas con camomila de los escolares en algunos colegios de pago. Este retorno de los piojos de la infancia me parece una premonición. Por una parte televisión española ha puesto la película Gilda, por otra, se avecinan las colas del azúcar y los curas de Cuenca después de habernos puesto la carne de gallina con la promesa formal del infierno se retiran tan tranquilos a tomar chocolate con picatostes. Todo esto me parece muy sospechoso. Alguien está intentando salvarnos otra vez y como para ponerse a temblar. En el evangelio se dice que cuando las higueras se cubren de hojas es que está cerca el verano; y yo digo que cuando en las cabezas de los españoles vuelven a anidar los piojos es que se acerca otra vez una reata de salvadores de la patria. De modo que ya están ustedes advertidos".

Como vemos, y comprobaremos más adelante, Manuel Vicent ha tomado partido siempre que consideraba que había que hacerlo.

Describe la miseria en que creció su generación, cómo se vivía en la década de los cuarenta.

Tiembla ante los que quieren salvar a la patria en cualquier época y lugar, le dan escalofríos los golpistas, fascistas, las dictaduras, la violencia indiscriminada, la falta de libertad de pensamiento, expresión, opinión eideas.

Más costumbre, y más sociología política vuelca en "Otoño, dulce otoño" (7),

"Ahora los españoles nos quedamos solos mirándonos cara a cara. Aquí encerrados frente a un otoño que se presenta lleno de dulce suavidad. Las quinielas han llegado ya como nuevas golondrinas del azar. Y mientras la luz de septiembre comienza a dejar en el paisaje esa pátina de sillar románico los españoles afanados con el bolígrafo rellenaremos en perfecto orden los boletos cada viernes, saldremos los domingos con el coche a comernos una tortilla a las afueras al pie de un transistor cruzado de balonazos, estaremos los lunes pendientes de la moviola y cada día al anochecer nos sentaremos en la salita de estar para esperar que nuestra amada esposa nos prepare el avecrén que tomaremos lentamente acompasado con las noticias del telediario. Y así hasta que llegue la no menos dulce navidad con su turroncito y todo. (...) Así que ya tenemos el otoño cubierto. Todo se reduce a encender el braserillo de picón y a estar atentos a la jugada en que se va a producir el gol. El otoño es un escorzo del tiempo que se pone dorado de amarillo Rembrant y en el corazón se enmaraña una raíz de crisantemo. No me diga usted que no es bonito".

Todo sigue igual, empieza otro curso y parece que la situación política no variará este año tampoco.

Y a su vez describe al hombre como un ser uniformado, que cada día y cada estación realiza los mismos gestos, nadie se sale de la rutina y lo establecido. Es un animal de costumbres y mimético.

El último que reflejamos en este apartado,

de los que publica viviendo todavía Franco, es "El futuro de nuestra generación" (Hermano Lobo, 27-9-75).

"Si los sociólogos del futuro se toman la molestia de juzgarnos, cosa segura, porque los sociólogos no paran, me gustaría saber con qué etiqueta van a reconocernos, con qué nombre van a llamar a nuestra generación, a este tajo de gilipollas que hemos comenzado a trabajar cada uno en lo suyo hace diez o quince años. Puede que nos llamen la generación del silencio, como una de esas procesiones de Viernes Santo, o generación del lavaplatos, o generación del cepo del artículo 2º de la Ley de Prensa, o generación de los calzoncillos de Alfredo Landa, o generación Terlenka o la generación del telediario y avecrem, del Simca y la parcelita, o del sansonite y el protesto multitudinario de la letra de cambio. Vista desde lejos, esta generación tiene que ofrecer a los sociólogos del futuro una impresión bastante deprimente. Quienes escriban sobre esta época podrán decir sin error que los españoles, a partir de los años sesenta, recién salidos del imperio del boniato, sufrieron un encanallamiento general por la tenencia y disfrute de aparatitos. Y cambiaron gustosamente cualquier derecho político por un transistor, por una turmix o por una caja idiota de veinte pulgadas". (...).

"Espero al menos que los sociólogos del futuro echen una mano a esta generación y digan, aunque sea con letra pequeña, que por este tiempo los escritores comenzaron a comer caliente, pero que no eran tontos y estaban en el ajo. Lo que pasa es que...".

Describe el modo de vida en el régimen de Franco. El cambio de hábitos a partir de los sesenta, el advenimiento de la sociedad de consumo, que genera ciudadanos conformistas. El individuo cambia conciencia de clase e ideología por la sociedad de bienestar que le promete el consumo.

Los pocos inconformistas que restan, chocan con la censura, la Ley de Prensa, y la falta de libertades.

Y después de la desaparición del franquismo, continúa describiendo las costumbres que han sido y

son, nos ofrece formas de vida. Así en enero de 1.981, en la revista Triunfo, nos ofrece "Los nuevos seductores de la derecha perenne":

"Cuando la Revolución del Mayo Francés vino a España después de algunos años, convertida fundamentalmente en material de boutique, vaqueros, zamarras, botas, bufandas, harapos, guerreros y sombreros de granja mormona, estos jóvenes estaban preparando oposiciones para abogado del Estado. La nueva música, el nuevo sexo, las largas cabelleras, se habían afincado en las aceras de Argüelles. Entonces todo el tiempo era primavera, nuestra cultura de segunda mano estaba llena de batallas estudiantiles contra la policía, de persecuciones bajo las acacias. En cambio ellos estudiaban para notarios, registradores de la propiedad, letrados del Consejo de Estado, técnicos fiscales, inspectores del Timbre o catedráticos de Derecho Político, diez horas diarias, con el pescuezo humillado ante un cuestionario de cuatrocientos temas arrastrando las babuchas por el pasillo, mientras repetían de memoria una retahíla de artículos del código, pruebas orales que a veces les tomaba la novia".

"Puede que en algún momento miraran por la ventana o que los domingos al salir a la calle para ir a misa con un devocionario de cantos dorados en la mano vieran pasar las motocicletas de la última seducción con el escape trucado que llevaban a un revolucionario de mayo en el asiento y a una chica recién liberada, espatarrada en el transportín y sintieran la tentación brevemente de ponerse también unos pantalones vaqueros. Pero estos chicos opositores tenían ya las posaderas un poco fondonas, las tetillas caídas a los veinticinco años. Es imposible imaginar las caderas de Landelino Lavilla o de Miguel Herrero de Miñón sometidas a la rabiosa pretina de un levis auténtico. (...) Tomaban café con leche y simpatinas. Nunca descendieron al sótano de una sala de fiestas, puede que fueran puteros de tapadillo, no se sabe, pero no olieron jamás el perfume de aquel hacinamiento de muslos, bragitas perfumadas con Nina Rici y tetas sin sostén que se extendía en el ámbito de los primeros pubs. Después de mil noches de vigilia sacaban la oposición, apagaron el flexo y pasaron directamente de la mesa de estudio al despacho, al consejo de administración, a las alfombras de las altas secretarías, a las oficinas insonorizadas de la dirección de los bancos, a ese espacio donde nunca se levanta la voz". (...).

"Ellas se han casado con ellos. Los nuevos políticos seductores son aquellos que

en los años sesenta no oyeron a los Beatles ni se han enterado del ruido de los Rolling Stones. Iban a misa, prepararon oposiciones serias, comían pasteles, llevaban a la novia del brazo a una conferencia en el Colegio Mayor San Pablo y la derecha clásica mitad eclesiástica mitad dineraria los fichó a su debido tiempo, los tuvo en hibernación a salvo de lo más gordo del franquismo y ahora los ha sacado, limpios, acicalados, con camisa blanca y tirantes, el paquete genital del otro lado para defender sus valores morales y financieros hasta el último recoveco del más ínfimo de los reglamentos".

Ofrece la realidad de la sociedad, mediante la muestra de sus tipos urbanos, estableciendo oposiciones, antítesis entre formas de vida, así la de los hippies, la generación de Mayo del 68, y los jóvenes de orden, que en la misma época eran muy formalitos, sacrificados, se encerraban a preparar oposiciones para el mañana que es hoy.

Estos jóvenes abnegados, que en su juventud no se permitieron la más mínima ilusión de vida, ningún devaneo, nada normal de su edad, en 1.981, forman la clase política dirigente, son los protagonistas de UCD.

Unos vivían la vida, otros encerraron su vitalidad, su sexo, la ilusión y la rebeldía propia de la juventud, y después gobernaron el país.

En muchos textos del autor, encontraremos la misma idea, que la clase dirigente tanto de la UCD, como del PSOE, la han conformado jóvenes empollones, en general señoritos, los que no lucharon contra el franquismo, ni formaron parte de los movimientos de oposición, los que en su día mantuvieron una postura cómoda.

A su vez nos retrata el ambiente de cada época, si existían o no salas de baile, cuándo aparecen los primeros pubs, quién iba y quién no a misa, cómo eran los coches, las motos, que hacían los españoles los domingos...

Leámos parte de otro texto, "A Baeza" (8),

"En febrero de 1966 en España no había libertad, pero la gente ya comía hamburguesas, cantaban los Beatles, los cubos de basura se llenaban con los primeros envases del neocapitalismo". (...).

"(...) un aluvión de demócratas en estado de gracia salió por debajo de las piedras y trató de llegar a Baeza (...) poniendo al borde del camino un dedo cuya huella era muy apreciada entonces en la Dirección General de Seguridad". (...).

"Hoy aquella romería frustrada pertenece a la mitología de la represión. Aquellos padres ahora son ministros, aquellos niños de pecho están en la universidad". (...).

"(...) diecisiete años después, la escultura del poeta va a ser colocada en Baeza por unos demócratas nostálgicos, calludos, tal vez desencantados como un homenaje retrospectivo a la libertad".

Refleja la evolución de los años sesenta a los ochenta, la realidad del desencanto tras los primeros años de democracia. Establece la oposición y distancia de la dictadura a la libertad.

Retrata a los demócratas utópicos, sin malear, y cómo los idealistas de los sesenta, en los ochenta se han burocratizado, es el desencanto del paso de la lucha por la libertad a la libertad conseguida y oficializada.

En "Encanto" (El País, 12-6-84), el materialismo ya ha cuajado, Manuel Vicent lo viene oliendo desde los años sesenta, desde la entrada de los primeros cacharros de plástico, de los primeros electrodomésticos en el habitat de los españoles. Veámos:

"La última moda consiste en ser rico de izquierdas, vestirse de lino blanco manteca y andar por ahí con un bronceado de lámpara hablando mal de los socialistas. Para estar en la cumbre de los días hay que ser además un animal hermoso, aunque un poco usado, amar la paz verde y adoptar una sexualidad extraña". (...).

"Siguiendo el ejemplo del Gobierno, entre los antiguos progresistas también se ha destapado un desmesurado deseo de ser feliz a toda costa, pero ya no sirven las chicas con poncho, la contracultura, la pana, la gastronomía, las semillas, el adulterio, los ejercicios orientales en la cama, el sol pagano ni el propio socialismo. Ahora la última moda consiste en hacerse rico precipitadamente, vestirse de color manteca, viajar con maleta de cuero antiguo, hospedarse en un hotel inglés, hablar de lo blandos que son los socialistas, mencionar algo de ecología y tener una experiencia secreta con un paracaidista decadente".

En los ochenta ha triunfado el dinero y la imagen, una persona no cuenta si no es bella, rica o ambas cosas a la vez. Es una cultura mimética, materialista, se pierde la ideología, los valores, la ética, lo auténtico.

Nos muestra la sociedad expresando como visten sus gentes, qué hacen, dónde van, qué comen...

En "La abuela" (El País, 18-9-84), también nos muestra la evolución de la sociedad, el cambio de --- hábitos por generaciones,

"Esta abuelita de pelo blanco y gargantilla de perlas, dulce como una tartaleta de merengue, tiene un nieto lleno de granos que va en motocicleta y cultiva marihuana

en una maceta de la terraza. Esta abuelita, en su época, fue alumna de las ursulinas, llevaba rebeca de angorina, iba a misa con un devocionario cuyas tapas eran de nácar y en el cancel de la iglesia conoció a un joven florido del Círculo Católico Agrario con el que contrajo santas nupcias. Tomando mistela o refrescos de granadina bajo la imagen oval de un antepasado con patillas vino la guerra y Franco, lógicamente, la ganó, ya que esta cofrade había rezado mil rosarios en familia. Con la victoria su marido entró en el servicio nacional del trigo y allí había varias divinidades con camisa azul y pistola en el cinto".

"Fue una madre beata, escolástica, elegante, con un moño traspasado por una aguja de oro, que educó a sus cinco hijos entre el miedo al infierno y el amor a los correajes. Asistió a todos los desfiles militares, donde aplaudía con calor el paso de la Guardia Civil. Conjugó las meriendas de chocolate con el corte y confección de patucos de lana en el ropero parroquial para los pobres del suburbio. Cuando la autarquía acabó por gripar la peseta, ella tenía a sus vástagos en la universidad, que un día serían tecnócratas supernumerarios, funcionarios con tirantes, constructores en el área metropolitana. De pronto los tiempos cambiaron. La señora atravesó la primera etapa de la modernidad acariciándose el camafeo de marfil sin perder cierta mansedumbre burguesa, pero llegó un momento en que la confusión se hizo convulsiva y la casa comenzó a llenarse de nietos, ruidos, salchichas, caras pálidas, alaridos de música, petardeos de motocicleta y macutos de fugitivo".

"- Abuela, ¿te has acordado de regar la marihuana?
- Sí, rey bonito".

"Esta abuelita de pelo blanco, con la dulce esclerosis estallada en el cerebro, ahora cada mañana sale a la terraza con la regadera y apaga amorosamente la sed de una pequeña plantación de marihuana que su nieto preferido cultiva en unas macetas. Ella ha dado incluso algunas caladas a la yerba el día de su 75 cumpleaños. Y se ha reído mucho".

Expone los diferentes períodos históricos de nuestro siglo concretados en una vida, en una pequeña historia. Relata la mentalidad de derechas de una señora,

ama de casa, y su avance hacia la pérdida de esquemas.

Es la evolución psicológica que han atravesado muchas mujeres en nuestro país. Vidas gastadas insulsamente, sin personalidad, productos de la época, que no poseen sus valores e ideas claros.

Vemos las costumbres, las modas, la mentalidad de cada momento, de cada generación.

En "El muro", publicado en 1.987 (9), también lo expone claramente, tocando el problema del paro:

"A estos jóvenes de 25 años los atiborraron de vitaminas en la infancia; fueron vacunados con la trivalente a su debido tiempo; unos padres que empezaban a ser modernos les cambiaron los pañales cantando una balada de los Beatles; crecieron entre juguetes didácticos, a la sombra de unos profesores de barba progresista y represaliada. Luego, en la adolescencia, ensayaron la primera marihuana, tocaron la guitarra sentados en el alféizar de la ventana, montaron una motocicleta para llevar en el sillín a la novia estéticamente andrajosa a tomar una piña colada. Tal vez pasaron por la Universidad o no hicieron nada. Hoy están frente al muro de cemento que los propios padres han levantado para protegerse de ellos. A este lado del muro hay una explanada, y en ella se concentran nuevas promociones de adolescentes según van llegando a la puerta de una ciudad habitada por gente mayor, honorable e instalada, que regula la entrada de los otros después de examinarles las encías".

"Al pie del paredón, una multitud de jóvenes entretiene la espera bebiendo cerveza en corro, pintándose el pelo de escarlata, engarzándose las mejillas con imperdibles a la antigua usanza. No obstante, en medio de este gentío aún existen pequeños héroes que preparan notarías, o quieren ser asesores de mercado de una empresa de uralita, o tratan de convertirse en guapos neoliberales con corbata y garfio de acero bajo el guante. Pero hoy la mayoría de los jóvenes se divide en dos: unos no pueden saltar el muro y otros se niegan a hacerlo. Son éstos los que están creando la nueva sociedad

con una forma estética de vivir imprevisiblemente. El testigo de nuestro tiempo será ese tipo de joven que no encuentra un puesto de trabajo porque éste lo ocupa su padre: el señor que en la infancia le cebó con vitaminas y en la adolescencia le compró una guitarra y después se esforzó para que fuera a la Universidad y finalmente le mandó a Londres a aprender inglés. Hoy ese señor ha levantado un muro para no ser arrollado por su propia criatura".

Describe a la juventud, cómo viste, actúa, qué hace, con la problemática del paro. Narra una realidad que afecta a dos generaciones. Los padres que educaron a sus hijos progresivamente, les proporcionaron una educación con la que éllos no contaron en la mayoría de los casos, y surgen unos hijos más cultos, preparados, que podrían situarse profesionalmente por encima de éllos. Pero o trabajan los jóvenes o lo hacen los mayores.

Escrito en 1.987, una vez más Manuel Vicent escribe lo que ocurre, pero se anticipa a lo que va a ocurrir, una situación más grave todavía.

En "Pétalo" (El País, 30-4-89), sigue mostrándo la vida actual,

"Esta es una época menor en la que cualquiera puede saltar por los aires mientras toma un helado en una terraza. Los fabricantes de candados imparten lecciones magistrales en la universidad; al pie de cada obra de arte hay un mono con revólver; los guardajurados cachean a los fiscales en la puerta de los juzgados; Dios de noche no sale de casa; Dios en las alturas también se pone vídeos para pasar la eternidad. (...) He aquí un diseño de modernidad: ahora nada existe si no puede ser filmado; los asesinos son más bellos cada día; ningún horizonte traspasa la valla publicitaria y en todos los banquetes el joven más moderno es ese que se halla en estado residual levantando la copa con una mano extremadamente pálida. La peste genital que amenaza con exterminar a la humanidad aún no ha engendrado a su gran poeta o bailarín. Nuestra cultura se alimenta de aniversarios".

"Cuando este tiempo se transforme en la página amarilla de un libro, en ella no habrá nombres de escritores, científicos, políticos o artistas. Sólo los cerrajeros habrán logrado salvar su perfil. Algunos historiadores benévolos dirán que nosotros amamos la libertad. Otros dejarán constancia de nuestro afán de dinero, pero tal vez dentro de un siglo se producirá un hecho trascendental: una muchacha abrirá la historia por la página de nuestra generación y junto a ella guardará un pétalo de rosa y éste perfumará nuestra memoria como un homenaje a nuestra desesperación".

Trata cada tara y mal de nuestra sociedad, el terrorismo, el SIDA, la delincuencia, el materialismo, la insensibilidad, la carencia de vida cultural y artística, la sociedad de consumo, los medios de comunicación de masas y la publicidad, la masificación y despersonalidad de los individuos, el clima de miedo e inseguridad ciudadana. A Manuel Vicent no le gusta esta forma de vivir de la sociedad, aunque él haga hincapié en que sólo describe, también censura o se lamenta, lo deja bien claro en el último párrafo: "nuestra desesperación".

Hace un recorrido por todo lo que ocurre en nuestro país, y todo lo apunta o augura, podemos decir que ha desembocado en lo que está ocurriendo en los noventa, guerra del Golfo, de Yugoslavia, tema de la droga, derechización de Europa en general, movimientos paramilitares y neofascistas...

Un panorama semejante encontramos en "Teología" (El País, 30-7-89),

"No está de moda la resurrección y tampoco se lleva ser pobre. Ahora la última novedad consiste en llegar completamente agotado a la sepultura después de haber convertido la existencia en una feria del juguete. Ser guapo, acuchillarse, atracar un banco, vestirse de malva, seducir a las máquinas, pilotar como un bólido el propio cuerpo para recibir todos los placeres vertiginosamente por cada uno de los orificios que

tiene nuestra carne y al final de esta ráfaga vislumbrar una lápida y aplastar contra ella el carné de identidad con un golpe mortal: así se baila hoy el mambo. La gente cae rendida en la fosa y luego le da una enorme pereza resucitar. ¿Qué podría deparar-nos la otra vida? Con hilo de plata los teólogos sobre nuestra ignorancia han enhebrado a un Dios omnipotente que va a ofrecernos como premio sólo la necesidad de contemplarlo durante toda la eternidad. Aunque este espectáculo se amenice con una degustación de pasteles variados mientras suena infinitamente el "Bolero" de Ravel no habrá santo que resista el tedio. La gente prefiere hacer el pavo en una discoteca aquí en la tierra y pedir un helado de fresa antes del viático. Los elegantes están dispues-tos a cambiar la inmortalidad por una corbata italiana. Esa es la nueva teología".

Nos muestra su visión de la sociedad actual, movida por el materialismo, el culto al dinero y al consumo, para éllo hay que trabajar hasta quedar exhausto.

Todo el mundo desea ser rico, triunfar, no cuentan los sentimientos, el prójimo, el espíritu, las ideas, el amor. De ahí vienen todos los males que el autor describe en nuestra sociedad, la delincuencia, la droga... no hay lugar para el pobre, el marginado, el "bueno", el respetuoso, el místico, el fracasado, el viejo, el feo, el débil.

Nos narra la realidad y su psicología.

Y para cerrar este apartado hemos elegido un texto menos trágico, que también nos ofrece la realidad pero esta vez con una mayor dosis de humor y sarcasmo, es "Ambulancia" (El País, 10-12-89),

"Frente al portal de la mansión donde vive el banquero esperaba la ambulancia a las nueve de la mañana. La ciudad estaba totalmente colapsada y las emisoras de radio seguían pronosticando el caos para el resto de los días. Con zapatos de tafilete, traje azul y la mandíbula recién bruñida, el banquero bajó de su aposento y en el

zaguán fue recibido por dos enfermeros con bata blanca que no eran sino el mecánico de toda la vida y el secretario particular. Con las reverencias de costumbre, estos servidores abrieron la trasera de la ambulancia, el banquero se introdujo en ella a gatas, tumbóse impávido en la camilla y el vehículo arrancó en dirección al despacho del banco, situado en el centro de la capital. El atasco general se presentó al doblar la primera esquina. El mecánico disfrazado de celador puso en marcha la sirena, la cual comenzó a ulular exigiendo paso. Ante semejante estrépito, los coches bloqueados se hacían trabajosamente a un lado, los guardias le franqueaban todos los cruces y, tragándose semáforos rojos, a través de la inmensa barricada del tráfico volaba la ambulancia y en su interior iba el banquero tumbado en la camilla fumando el primer puro de la jornada. Desde el mes pasado, toda la ciudad se hallaba paralizada por el nudo definitivo que se había formado en la circulación, y los expertos afirmaban que ese colapso duraría algunos años, tal vez hasta el final del milenio o aún más. En este momento sonaban otras sirenas, destellaban ráfagas amarillas los capós de otras ambulancias. En ellas viajaban otros potentados con una flor en el ojal, echados en las parihuelas, y no todos se dirigían al trabajo. Muchos comerciantes adinerados, prohombres de la política o hijos de papá también utilizaban la ambulancia sólo para tomar una copa en su bar preferido, pero este banquero que salió de su mansión a las nueve de la mañana era más consecuente. Había montado su despacho en la novena planta de un hospital y ahora su ambulancia le acaba de dejar en la sala de urgencias, después de haber atravesado el caos de la ciudad".

El autor se detiene en cada problema y tara de nuestra sociedad, generalmente reflejado en Madrid. En esta ocasión, como vemos, toca el turno a los atascos, la masificación de las ciudades, y cómo la inmensa mayoría de los ciudadanos ha adquirido el coche y decide usarlo, así se producen los colapsos circulatorios, que se iniciaron en los años sesenta, y que han desbordado actualmente todas las previsiones.

También retrata al alto ejecutivo financiero, a las clases altas, para los que los problemas siempre son más leves.

Manuel Vicent describe las costumbres de nuestra sociedad a lo largo de casi todo el siglo XX, principalmente desde la guerra hasta nuestros días, pero lo hace profundizando, mostrándonos los entresijos de la mente y el alma del hombre contemporáneo, su actitud ante la vida, su modo de estar, que al fin y al cabo es el que consigue el modelo de vida del momento.

CONCLUSIONES.

Manuel Vicent realiza una crónica de la sociedad española de la segunda mitad del siglo XX. Describe la vida actual y las costumbres de su época, igual que lo hicieron Galdós y Valle-Inclán en la suya.

Hacemos una breve referencia al costumbrismo, entresacando las ideas que nos interesan para realizar este apartado.

El autor, a través de la observación, parte de la vida cotidiana, de la actualidad, para elaborar sus relatos. Anota las costumbres realizando una radiografía psicológica de la sociedad, paseandonos por sus taras y sus males: el terrorismo, el SIDA, la delincuencia, el materialismo, la insensibilidad, la sociedad de consumo, la masificación...

Refleja la evolución social desde 1.969 hasta hoy, de la dictadura a la democracia, deteniéndose en las preocupaciones concretas de los ciudadanos en cada momento y en la idiosincrasia de las personas. Dejando en sus páginas los protagonistas de cada tiempo: el hippie, el ejecutivo, el ama de casa, el progre, el intelectual, el parado...

En realidad a Vicent no le gusta esta forma de vida, aunque él defiende que sólo describe, también censura o se lamenta, demostrándolo con su escepticismo y su profunda tristeza.

(1) Alborg, Juan Luis. Historia de la Literatura Española. (Tomo IV). Gredos. Madrid. 1.982.
(2) Madrid, 4-3-71.
(3) Hermano Lobo, 13-5-72.
(4) Hermano Lobo, 5-8-72.
(5) Hermano Lobo, 16-9-72.
(6) Hermano Lobo, 16-6-73.
(7) Hermano Lobo, 13-9-75.
(8) El País, 7-4-83.
(9) El País, 13-1-87.

19. PEQUEÑAS HISTORIAS

PEQUEÑAS HISTORIAS

Se podría afirmar de la forma de escribir Manuel Vicent lo mismo que de la de Joyce. Holbrook Jackson afirmaba en 1.922: "No es ni moral ni inmoral. Mr. Joyce escribe, no como si la moral no hubiera existido nunca, sino como quien deliberadamente prescinde de códigos y convenciones morales. Una franqueza como la suya habría sido imposible si no hubiera estado prohibida tal franqueza... El es el primer narrador no-romántico, pues, al fin y al cabo, los realistas no eran más que románticos que trataban de liberarse del medievalismo... No pretende divertir, como George Moore, ni criticar, como Meredith, ni satirizar, como Swift. Sencillamente, anota, como Homero, o incluso Froissart. Esta actitud tiene sus peligros. Mr. Joyce se ha enfrentado con ellos, o mejor dicho, ha hecho como si no existieran. Ha sido totalmente lógico. Lo ha anotado todo". (1).

De igual forma Manuel Vicent mira, observa, anota. Sólo describe lo que ve, sin ninguna intención, sin deseo de criticar, cambiar el mundo, socializar. Unicamente quiere desmenuzar la realidad, contando las *grandezas y miserias humanas*, *mostrando al hombre* como es, haciendo que el lector lo comprenda, en ocasiones se identifique, y relatando el dolor que el ser humano lleva consigo mismo. Su inspiración es la vida, que cree que conforma un espectáculo maravilloso. Los relatos son trozos de vidas.

Ya en una entrevista publicada en el periódico Madrid, por Alberto Miguez, en 1.969, afirma Manuel Vicent "A mi juicio la literatura ejerce un papel masivo.

Interpreta la sociedad, la refleja, eso es, sirve de testimonio como el espejo de Stendhal. Tampoco purifica nada. La literatura no influye en la sociedad, ni su misión consiste en pretender cambiarla" (13-6-69).

Manuel Vicent lo que hace es confeccionar pequeñas historias de grandes temas, de pasiones eternas, de maldades de siempre, de problemas concretos y actuales. En las escasas entrevistas que le han realizado o en las pocas críticas, siempre sale a relucir el debate entre literatura y periodismo, y también se le interroga sobre el hecho de ser articulista, escribir en los periódicos y no hacer más novelas.

Rafael Conte afirma cuando el autor obtiene el premio Nadal con Balada de Caín: "Hoy, Manuel Vicent es uno de nuestros mejores prosistas, dueño de un estilo incomparable, denso, poético e iluminador, que se derrama con frecuencia sobre el común de los lectores. Y, sin embargo, su talla como novelista no ha sido todavía reconocida al nivel que se merece, la crítica lo ha desatendido y ni siquiera los jóvenes profesores que tantos libros nos perpetran sobre la narrativa española más actual lo han tratado con el necesario detenimiento. Como si toda la fortuna que Vicent ha alcanzado como articulista incomparable le hubiera faltado en su carrera de narrador". (El País. 5-3-87).

El propio autor salía al paso en el mismo periódico en 1.979, a la pregunta "¿Qué diferencia notas entre escribir sobre la actualidad y la literatura?", respondía: "Tal como está la actualidad en este país, realmente ninguna. La vida concreta escrita en artículos políticos es lo suficientemente alucinada como para sentirte realizado estéticamente. Si cualquier

noticia la redactas buscando el adjetivo preciso, ya te conviertes en escritor. Cualquier periodista que ponga el adjetivo exacto en el lugar oportuno es un escritor, tanto si el protagonista es un tipo maravilloso que se da pinchotazos en las venas como si es un jefe de negociado que te lee un comunicado de ministerio. Para mí no hay diferencia entre el periodista y el escritor. Toda la moderna literatura se ha fabricado en los periódicos". (1-7-79).

Y en 1.987, sigue opinando: "Yo creo que lo que hay que hacer hoy es escribir en los periódicos, lo cual no es nuevo, porque una parte de la literatura del siglo XIX fue escrita primero en periódicos. Hay una saturación de ficción, de datos, de aparatos, de posibilidades, y entonces el soporte pasa a ser lo de menos. Pero el hombre aún necesita fabular, aún necesita que le "desrealicen" la realidad". (El País, 8-1-87).

Todavía en 1.991 se mantiene la paradoja, y Jaume Roselló con Pepe Verdú, le vuelven a interrogar, "¿te sientes más periodista que escritor?", y el autor continúa aclarando: "Carezco de sentido del periodismo: no sé qué quiere la gente, no tengo sentido de la noticia. Tiempo atrás hice crónicas parlamentarias, pero resultó que lo que a mí me interesaba no le atraía a nadie más. Por otra parte, yo creo que fundamentalmente "escribo". Que, mejor o peor, hago literatura, y no me importa el soporte que hay debajo de las palabras. Incluso creo que hoy se debe escribir en los periódicos. El libro tiene una onda, un radio de acción, un "tiempo"; especialmente cuando ni siquiera sabes si se va a publicar En cierto modo, escribes en el vacío. En cambio, en el periódico trabajas en los latidos de cada día, y

eso es muy fuerte. Además, actualmente se puede hacer literatura en un periódico; después, que la gente coja el relato y lo tire, y ya está". (Integral, mayo 1.991).

Como vemos es algo que se le recuerda continuamente, insistentemente. Pero Manuel Vicent lo que hace, hasta cuando escribe de política, es literatura. En el diálogo mantenido con él para realizar esta Tesis, se le decía: "Se te ha criticado que en tus novelas escribes apuntes, algo no terminado, sin embargo tus artículos son auténticas narraciones, que en ocasiones arrancan de una situación de la actualidad social, y poseen un argumento y las características de la novela (exposición-nudo-desenlace), ¿qué crees?".

Y Manuel Vicent opinaba: "Tal vez a mí me falta el espíritu o el aliento o la disposición de ánimo, o la fuerza de voluntad para escribir una obra, no una gran obra, sino una obra por lo menos larga, pensada, analizada, estructurada. Mi forma de escribir es como muy intuitiva, muy rápida. Yo tengo intuiciones, y si las escribo rápidamente salen, sino las abandono, eso me impide sentarme largamente a hacer un trabajo reposado y metódico, como forma de escribir, como forma de actuar, de ser. De hecho yo creo que lo que he escrito hasta ahora son apuntes, como ráfagas. Siempre estoy pensando que el día de mañana me sentaré a hacer una obra reposada, metódica, pero de momento estoy escribiendo y el final a lo mejor se reduce a que escribir consiste en haber escrito, y que eres realmente lo que has escrito". (1-2-91).

Y así, Manuel Vicent ejerce su literatura en artículos periodísticos, que son narraciones, relatos, pequeñas historias, que arrancan de un personaje, un suce-

so, una observación cotidiana que a lo mejor otros pasamos sin ver, un piso de los miles que hay en nuestra ciudad, un garito, un concierto de rock. Porque como decía Holbrook Jackson de Joyce, nuestro escritor, anota, como Homero. Mira, observa, olfatea, intuye, anota, describe.

Y el resultado son lo que aquí llamamos pequeñas historias, y quizá no sólo pequeñas por su estrecho espacio en la limitación de las páginas de un periódico o revista, sino también porque cualquier relato se compone de trozos de vida de los protagonistas, y no hay más. La vida de cualquier persona no es más que una pequeña historia, ocupa muy poco sitio, se puede resumir en el escaso y preciso número de palabras que emplea el autor.

Lo que es una persona se comprueba en sus ojos, en sus manos, en sus gestos, en su expresión, en su atuendo, en sus gustos. Su biografía se puede concretar en unos pocos datos, en unas cuantas circunstancias concretas de su vida. Y éso nos desentraña Manuel Vicent, con éllo es suficiente.

Además sabemos que hoy no existen grandes héroes, sino más bien antihéroes. El autor está del lado de los que sufren la historia, que son los que además la hacen. La existencia de estos personajes entra en una página de periódico.

Por éso pensamos que todos sus artículos constituyen una gran pequeña historia de personajes que son, en la mayoría de los casos, entrañables y

anónimos ciudadanos, con los que nos cruzamos todos los días, que podemos ser nosotros mismos, y en los que sólo reparan las personas con sensibilidad como el propio autor.

Los temas de las pequeñas historias, como hemos podido comprobar hasta el momento, y vamos a seguir viendo, no son nada pequeños. Los conforman pasiones de siempre y hechos de actualidad, el desamor, la incomunicación, la muerte, la droga, el paro, la marginación, el problema de conseguir una vivienda, la soledad, la violencia, el suicidio, la vejez, la juventud, el sexo, el tedio...

Aunque hemos visto muchas, vamos a pararnos en alguna más, ya que creemos que merece la pena.

Por ejemplo el tema de la violación lo toca en "No sonrías a un desconocido" (2):

"Los porteros, los dependientes, los menestrales de aquellos siete bloques de viviendas levantados en el secano, la amaban en secreto y conocían perfectamente su horario". (...).

"A ella le acababa de caer el chicle de la boca, tenía diecisiete años y se había convertido en el primer ejemplar erótico de aquella barriada de alcantarillas reventadas, pasos subterráneos en la vía del tren y vertederos industriales. Los mecánicos del taller eléctrico trazaban una cruz en el calendario el día en que la veían coger el autobús. El tendero se daba cates en la frente con un bote de fabada después de servirle el pedido, y aquel subnormal sentado en una silla de ruedas, que sólo era un inmenso pedazo de carne bautizada, rebuznaba de placer cuando la chica le sonreía por misericordia junto a los columpios del jardín. Después estaban los muchachos de las motocicletas". (...).

"El padre de la chica tuvo que dar algunas explicaciones. No muchas. Tampoco era conveniente que su hija quedara envuelta con las lenguas de un barrio tan familiar por un asunto como ése. Nunca se sabe lo que podría pensar la gente si un día la muchacha movía el culo un poco más de lo normal". (...).

"La chica tenía un amante invisible en el barrio, aunque no es seguro que fuera el mismo sujeto que la llamaba por teléfono a medianoche. (...) Llevaba anotado en una agenda cualquier movimiento de la corza. La chica salía de casa a las nueve de la mañana. (...) le había observado por el filo del periódico abierto sus paletillas llenas de pecas sonrosadas, aquel cuello alto como un batido de vainilla". (...).

"Por la tarde acudía a una clase de inglés en la calle de Atocha, y antes de que cerrara el día ya estaba de nuevo en el barrio, menos los sábados, cuando iba a bailar al Club Consulado con unas amigas. Entonces volvía a las once, y el punto negro era aquel túnel en la vía del tren. El autobús paraba al otro lado y había que atravesar el subterráneo de cemento, donde ya habían caído otras como ella. Algunos mozalbetes habían adoptado aquello de madriguera y a veces exigían un derecho de peaje bromeando con navajas. Siempre pasaba por allí con la taquicardia en la garganta, mientras sus malditos tacones resonaban en la bóveda". (...).

"Aquel día no era sábado, pero regresó a casa a las once y media de la noche. Había ido a una fiesta de cumpleaños, y, al parecer, su amante invisible también lo sabía. En la parada de autobús bajaron algunos pasajeros del mismo polígono. La chica pasó el túnel sin novedad. Cruzó la carretera iluminada con farolas. Subió las escaleras del terraplén que daba al jardín de su bloque de viviendas. Vio los columpios parados a la luz de la luna y la sombra proyectada por el sauce raquítico sobre el césped. El portal estaba abierto, así que no tuvo necesidad de buscar la llave en el bolso. Otras veces también le había pasado. Pero aquella noche, en el fondo del vestíbulo apagado, una raya de neón salía del ascensor. Tampoco le dio mucha importancia. La chica pensaba en la tarta de moka que traía en la mano pringada después del viaje. Abrió la puerta metálica, y dentro del ascensor estaba él esperando. Allí se encontró con su amante invisible, un hombre pálido, sonriente, con peluquín rojizo y zapatos con alza, que le dio las buenas noches". (...).

"La chica comenzó a dar alaridos y él intentó taparle la boca con la manaza, mientras le buscaba con el hocico un lugar en el cuello jadeando y le pegó el primer zarpazo

en la bolsa del escote. Ante todo, esta maldita perra tenía que callar. (...) Un mordisco cárdeno le palpitaba todavía en la clavícula derecha". (...).

"La chica se arregló la cara en el espejo del lavabo. Acompañada por aquel matrimonio tan amable del segundo izquierda y por alguien más que se sumó al cortejo fúnebre se dispuso a presentarse a la familia como una virgen violada. Apenas le abrieron la puerta, ella corrió llorando por el pasillo hasta su cuarto. El padre supo en seguida lo que había pasado, pero no reaccionó bien. Comenzó a soltar gritos contra la democracia, el Parlamento, los partidos, las autonomías, la libertad de Prensa y los rojos en general. Aunque los vecinos trataban de calmarle, el hombre daba puñetazos en los tabiques y se buscaba en el cinto una pistola imaginaria". (...).

"Aquel padre airado era jefe de un almacén de madera y sentía que le habían tocado algo muy profundo de su propiedad. Estaba orgulloso de sí mismo a través de su hija, porque le había salido sana, radiante, la más guapa del barrio, y ellos, no se sabe qué chusma desalmada, querían comerse ese pastel. La chica era la reina de aquel paraje de siete bloques con jardín entre la vía del tren y algunos vertederos industriales. Todo el mundo, según parece, la quería violar. Eso le pasaba por ir sonriendo siempre a los desconocidos. Aquella misma noche sonó otra vez el teléfono. Los jadeos obscenos llenaron el auricular. El padre cogió la llave inglesa. Brincó furiosamente por la escalera. Atravesó el jardín. Llegó hasta la cabina junto al túnel de la vía. Allí dentro había un hombre marcando un número. No lo pensó más. Abrió la puerta de una patada y comenzó a descargar martillazos sobre el cráneo del desconocido hasta partírselo del todo. Aquel señor estaba llamando a una clínica de urgencia. Pedía una ambulancia para su mujer. El no la necesitaba, porque murió allí mismo. Se trataba de un guardia municipal retirado. Una parte de su masa encefálica quedó fuera de la cabina".

Nos relata una pequeña historia sobre el tema de la violación, pero concretizada en una chica de diecisiete años que nos describe con detalle. No se trata de la fría noticia informativa, con las iniciales de la víctima, los números de estadísticas, la hora del suceso... No, Manuel Vicent nos introduce en el ambiente, en la familia, en las actividades de la mucha-

cha, la profesión e ideas del padre, la clase social, la tipología del barrio. Nos está ofreciendo los datos de una sociedad, de su modelo de vida, las psicologías de unos personajes...

Sin proponérselo realiza una crítica del urbanismo periférico, tan sólo escribiendo lo que se encuentra en su observación, de todos los barrios que se han ido construyendo desde los años sesenta hasta nuestros días, pequeñas ciudades dormitorios, creadas sin ningún tipo de servicios, sin infraestructura de transporte, ni calles, ni alumbrado adecuado, donde se aunan la zona industrial y las viviendas junto a los vertederos, los descampados, los pasadizos subterráneos sin ninguna garantía ni seguridad para quien los ha de atravesar. Medio desiertos porque son barrios que se han ideado no para vivir, sino para dormir, malvivir, especular, con la aceleración de ganar dinero las inmobiliarias y de apiñar a la gente que ya no cabe en el centro ni posee poder adquisitivo para comprar una vivienda.

Describe una sociedad retrógrada, chismosa, cotilla, que no entiende ni la libertad ni la independencia del individuo, que no cree en la igualdad de derechos, preocupada por el qué dirán y que a su vez siempre tiene algo que decir. Una sociedad hipócrita y farisea, que no le importa levantar falsos testimonios y perjudica constantemente al prójimo. Antidemocrática, porque la democracia se ha instalado en el derecho pero no en las mentes de los ciudadanos, la democracia no ha llegado a cuajar como costumbre.

Expone la desigualdad hombre-mujer y cuestiona el machismo. El machismo hace posible que el hombre

y la mujer no disfruten los mismos derechos, que el macho se crea con derecho a someter a la hembra, y que ésta no pueda ser natural, simpática, agradable, educada, porque se interpreta que provoca, y que una mujer que esté bien física y humanamente pueda ser sometida a actos violentos y humillantes, como la violación, y que sea difícil recurrir a la Justicia, porque es suceptible de sospecha de provocación o mentira.

En "No sonrías a un desconocido" también nos llama la atención sobre las consecuencias de tomar la justicia por su propia mano, coincidiendo el tema del honor. Esta idea esconde una mentalidad antidemocrática, la gente que piensa así echa la culpa de todo a la libertad y la democracia. Estas actitudes terminan añadiendo violencia y mayor dosis de injusticia.

La justicia ha de estar en manos de los tribunales, sino no conduce más que a la violencia. Y a su vez el estado democrático debe garantizar los derechos de todos los ciudadanos sin distinción económica ni sexual, y preocuparse de la seguridad.

De la inseguridad no tiene la culpa la democracia, sino la intransigencia, la incultura, el extremismo, y en todos los regímenes existen ciudadanos así. Pero la democracia y sus instituciones, deben proporcionar los medios adecuados para que sus ciudadanos disfruten una ciudad con servicios, ideada para convivir, para moverse y transitar por élla con comodidad y sin miedo.

En "Grandes paellas en el cielo" (3) Manuel Vicent contempla una vez más la soledad del individuo, y nos muestra una crónica de la España negra:

"Después de todo, la hija de los guardeses parecía una fruta, y alrededor de ella había también cerezas, níspero s y albericoques ya maduros. Vivía entre naranjos, como una novia con el grado exacto de azúcar, y aquel campesino capataz de la finca colindante la tenía largamente observada. La había requerido sin éxito otras veces, conocía a la perfección cada uno de sus gestos de desprecio y la soñaba por la noche volando desnuda en el cielo del desván de la casa de labranza donde dormía. No puede decirse que el hombre fuera un subnormal, sino un ser analfabeto y solar, con el instinto a ras de la naturaleza. El abogado, durante el juicio, no utilizó este argumento en su defensa. Si se hubiera informado bien, habría sabido que en el paraíso terrenal todavía quedan sujetos rezagados, en estado puro, que no distinguen una mujer hermosa de una manzana. Con el seso nublado por la primavera de hecho, Juan realizó el delito con el mismo mecanismo que él había usado siempre para abrir una sandía en el mes de agosto bajo la parra, y trató de comerse a la hija de los guardeses con idéntica ferocidad, no exenta de gracia animal, con que se hinca el colmillo a un melocotón. Fue un acto muy frutal". (...).

"Primero él quiso abordarla de buenas maneras. Se mantuvo sonriendo con los cuatro dientes sucios a poca distancia de ella y allí sólo hubo este breve diálogo antes del fregado".

"- Qué hay.
- Nada.
- Podrías tratarme mejor.
- Vete.
- Vas a perder. Ya sabes". (...).

"Juan le puso en el cuello la zarpa temblorosa y aún balbució su vulgar deseo con cierta timidez, pero la chica se revolvió bruscamente y el forcejeo continuó sobre la hierba, en una extensión de margaritas. (...) y cuando el inmediato asesino y su víctima se alcanzaron de nuevo ya llevaba el pelo cubierto de pétalos de azahar, como novios de una violentísima boda que se produjo al instante. A golpes de puño en el vientre el capataz logró abrir a la mujer para vaciar en ella su instinto, aunque el dictamen del forense no pudo especificar si la muerte había llegado antes o después de la consumación. Realmente fue un acto simple y unitario donde la azada del campesino intervino trabajando el cuerpo de la muchacha, que dejó de gritar

en el momento en que comenzó a sangrar en abundancia. El capataz arrojó al desgarrado cadáver a la acequia en medio de una soledad perfumada". (...).

"(...) el asesino estaba sentado a la puerta de la casa de labranza limpiándose los dientes con una viruta de tomillo y ni siquiera había desechado la herramienta del crimen, cosa que le perdió. Este hombre no regía bien del todo". (...).

"El asesino ofreció unos melocotones a los guardias y habló alegremente de que un día, si volvían por allí, les haría una paella. Por eso se llevó tanta sorpresa al sentirse esposado. (...) el preso explicó a los nuevos amigos su situación, que no dejaba de tener cierta lógica. Resulta que en toda una vida de 40 años nunca había probado mujer, y él conocía a aquella jovenzuela desde niña, había asistido de cerca al proceso de su maduración y se encontraba sola en una legua a la redonda. Llega un momento en que la fruta hay que comérsela, de lo contrario se pudre. Al convicto y confeso Juan una ligera oligofrenia le había ablandado el cerebro, pero en cosas de agricultura se sentía un experto. En medio de semejantes bienes de la naturaleza, nadie le había mencionado el nombre de Dios". (...).

"Quiere decirse que el sujeto en cuestión, analfabeto de 90 kilos en canal, de cráneo ya rapado en la cárcel, barrigudo, carnicero un poco solar, en 11 meses ya se hallaba listo para el descabello. Era otra vez el mes de mayo, un nuevo ciclo de flores y frutos se había iniciado y en aquella madrugada de la ejecución en el pasillo del penal alguna gente tosía en la oscuridad". (...).

"Por fin, a regañadientes, el penado decidió arrodillarse para recibir el perdón, sólo porque el fraile en última instancia le había dicho que, si así lo hacía, dentro de una hora estaría en el paraíso y que allí comería paella todos los días". (...).

"(...) pero antes de que el verdugo le pasara la herrumbrosa argolla por el cuello, el sentenciado llamó al fraile".

"- ¡Eh, tú, el de la barba!
- Dime, hijo.
- ¿Seguro que no me has engañado?
- No, hijo. Pídele perdón a Dios.

– Júrame que en el cielo hay paellas.
– Las hay.
– ¿Con pollastre?
– Sí.
– Entonces, bueno".

"El oligofrénico Juan soltó una carcajada y el verdugo apretó la tuerca de la puntilla. Olían las rosas de mayo, había un trino furioso de pájaros en torno al ajusticiado, chillaban también las golondrinas y en la huerta de Valencia amanecía un nuevo día perfumado".

Nos da la crónica de una violación y crimen cometidos por instinto, sin premeditación y no por crueldad. El asesino es condenado a la pena de muerte, pero el autor le describe con ternura porque es víctima de los instintos primigenios del hombre, posee la inocencia de no distinguir el bien del mal, de guiarse sólo por los instintos de la naturaleza, cosa que dice no tiene en cuenta el abogado defensor. Cuestiona, por tanto, la justicia de los hombres y la pena de muerte.

Juan es uno de esos seres que han crecido sin cultura, sin entrar en el mundo de la competencia, del intelecto, ni de nuestra sociedad actual. Lo ha hecho en la naturaleza y la soledad, sólo se guía por sus instintos primitivos, el hambre, la sed, el frío, las estaciones. Tiene cuarenta años pero nunca ha estado con una mujer, ha vivido aislado de todo, se mueve motivado por la influencia de la primavera.

No existe capacidad de discernimiento ni maldad en su acto, toma a la chica como tomaría una fruta en la huerta para quitarse el hambre. No interviene la mente, ni el amor, ni el machismo, ni el orgullo herido, ni el móvil económico, ni ningún deseo de matarla,

sólo el instinto sexual, la llamada de la naturaleza, del cuerpo, que le crea una necesidad sin resolución para satisfacerla. Se trata de fisiología, del componente ancestral y animal del hombre.

Tampoco se plantea la muerte ni la existencia de Dios, Dios sólo significa una paella en el cielo, no posee sentido de culpa, porque no ha sido educado en él ni en ninguna religión, ni le importa si después de la muerte hay otra vida, le basta para morir contento creer que sigue esta misma vida, seguir satisfaciendo sus necesidades, que vienen dadas por los sentidos.

Influye el cuerpo, los olores del campo, los sabores de la naturaleza, el aroma de la paella para saciar el hambre y de la mujer para aplacar la líbido.

El autor se pone de parte de los instintos primitivos, en un ambiente rural, de paraíso terrenal, sin contaminar por la civilización. Son los sentimientos que produce y encuentra en el paisaje valenciano.

Manuel Vicent siente ternura por el personaje que sólo es víctima de la inocencia, se comporta como un animal porque ha crecido en un estado puro, el crimen es una circunstancia fortuita, Juan no es un asesino, sino un hombre que no ha conocido más que la soledad.

"Live-sex show" (El País, 9-2-85), nos relata una historia de emigración, sexo, amor, pareja, familia...

"El sur está muy lejos. Tony era en Tarrasa un peón de albañil, hijo de emigrantes andaluces, asalariado igual que sus hermanos en la empresa constructora de Núñez, presidente del C.F. Barcelona. A la sombra del andamio tomó en matrimonio a una

muchacha de su condición y a los nueve meses la pareja tuvo una niña de ojos negros, que había sido concebida en una cama de suburbio dentro de las normas del Concordato. Quiere decirse con esto que la pobreza engendra pobres y para ellos sólo existe un horizonte de cabras entre vertederos industriales. Pero Dios, por regla general, también inserta el alma en el útero de las proletarias cualquier noche de sábado después de una cópula anodina. Tony no hacía demasiado uso de la cerviz, muy pronto se cansó de ser esclavo y un día le dio la ventolera de dejar la familia en casa, cogió el montante sin un salvoconducto y partió hacia Holanda, totalmente a ciegas, con la intención de labrarse un porvenir. No fue uno de aquellos chicos de la época dorada que acudían a la plaza del Dam guiados por una estrella de chocolate, sino un explotado, mera carne de cañón, que huía de los fieros capataces del mediodía. Durante cuatro años en Amsterdam fregó platos y limpió retretes en una soledad de perro. Una noche, con las manos en los bolsillos, Tony se fue a los canales de las putas y quedó pasmado ante los anuncios candentes de Casa Rosso". (...).

"En Casa Rosso se ejerce un sexo de garrafa, con un cariz gimnástico, mecánico y tedioso. Cualquier suerte del instinto genético tiene lugar en vivo sobre las tablas. Negro con blanca, pelirroja con orangután, rubia con látigo y polainas, "strip-tease" simple, ejercicios lingüísticos, juegos con el gollete de una botella, fino "ballet" de lesbianas y cópulas de varios gustos al compás del bolero de Ravel. Si uno viaja a Amsterdam y no puede comprarse un diamante, al menos debe rendir la visita de rigor a este establecimiento portuario que goza de prestigio internacional. Seriedad y garantía, orden y limpieza. En todas partes del mundo hay ensaimada como ésta, pero en Amsterdam el sexo todavía es turístico. Un público de japoneses llena el pequeño paraninfo y algunas desde la primera fila escrutan los genitales de las atletas con un largavistas". (...).

"- Entonces llamé a mi mujer. Le puse una conferencia a Tarrasa y se lo dije. Oye, chata, se trata de esto. Por lo que tú y yo hacíamos ahí en la cama sin que nos pagaran nada aquí nos dan 100 florines a cada uno por sesión. Se trata de salir a un escenario, que tiene calefacción, y echar un polvo de diez minutos en plan artístico. ¿Vale?". (...).

"- ¿Te he dicho que quiero mucho a mi mujer?

- Lo has dicho.

- La verdad es que me gusta mucho, me tiene loco y aquella vez en escena la amé demasiado. Estaba lleno de japoneses el patio de butacas, sonaba una música que me recordaba la niñez, un viaje a Andaludía, y mientras ejecutaba el coito yo pensaba en aquellos días felices. No me pude contener y además tardaron en echar la cortina. Dejé embarazada a mi mujer. Ahora ella está de siete meses. Ese amor nos ha dejado a la intemperie. Yo me remedio de momento vendiendo entradas". (...).

"Al borde de la pila el padrino Jopie De Vries se quitará la chistera y aquel pequeño cúmulo de carne sonrosada, que fue concebida en un acto de amor sobre un escenario de pornografía en vivo ante un público de japoneses, se convertirá en un cristiano. Ahora, en el portal de Casa Rosso, el joven Tony, con la mirada un poco desvanecida aún, pregona a los lobos de la noche una mercancía caliente sobre el hielo. Y no hace más que frotarse las manos".

Es otra pequeña historia de gente corriente, que ofrece cómo todo es relativo en la vida, en cualquier lugar se mezclan y confunden las pasiones humanas, el sexo, el dinero, el amor. En este relato, como en otros muchos del autor, sus protagonistas huyen de la rutina de lo cotidiano, y también de la pobreza.

Vemos los tipos de relación en pareja. La boda convencional, la gente se casa porque llega la hora, la consecuencia inmediata es un primer hijo, sin pensarlo. La idea constante expuesta por Vicent de que el matrimonio tradicional engendra rutina, incluso en la cama.

La rebeldía del protagonista contra la pobreza, los problemas económicos acuciantes quitan a las personas las aspiraciones y la independencia.

Vemos las paradojas de la vida, y la yuxtaposición amor-dinero. Cuando realizan un coito profesional, delante del público, engendran un hijo por amor. En esta narración vence la atracción sexual y el amor

por su propia mujer, a la que había abandonado para huir de la miseria, sobre el sexo como profesión.

En este caso la pareja empieza su vida en común de forma tradicional, y termina fuera de la "normalidad" en la lucha por la supervivencia, entonces es cuando se dan apoyo mutuo.

También nos introduce en el mundo de la emigración, una realidad para salir de la escasez económica y de la explotación, pero esta situación lleva a lo mismo, con el añadido de la soledad.

Se vende el cuerpo como medio de vida. Todo nos lleva a ver que con un trabajo honesto, normal, no se sale nunca de la estrechez económica, de la miseria.

En "Siluetas", como en el relato anterior, aparece el propio autor, el narrador contemplando la escena, anotando y describiendo lo que ve, que es lo siguiente,

"Todo fue un reflejo en la luna biselada del bar. La adolescente llegó abrazada a un libro de texto, oliendo a lápices Alpino o a pupitre de aula, y a veces hacía estallar en el hocico pompas de un chicle de fresa. Llevaba en los muslos del pantalón algunas pegatinas de James Dean y de Snoopy, vestía una zamarra desgalichada, condecorada con una chapa donde se podía leer algo en favor de las focas. Sentado en el taburete de la barra la esperaba un hombre maduro, de aire cansado, con pinta de intelectual o profesor muy concienciado en materia nuclear. La adolescente se acercó a él sorbiéndose el frío de la calle por la nariz, le dio un beso, le dijo: "Hola, ¿cómo estás?" y después pidió una naranjada. Yo los miraba a través del espejo, veía sus gestos y a mi espalda también oía fragmentos de conversación".

"El hombre maduro adoraba a aquella menor y no podía tener las manos quietas. Le acariciaba el cuello, le pellizcaba el costado, la vaciaba por dentro con ojos de

deseo, le golpeaba las rodillas cariñosamente con el puño adornado con un anillo de casado mientras le hablaba de geopolítica, del peligro atómico, de yanquis y soviéticos. Ella bostezaba dejándose manosear con una inocencia de ternera. La adolescente trataba de contar a este intelectual enamorado que su perra estaba a punto de criar, y él, sin escuchar, insistía en explicarle el problema de la OTAN, cogido a la verde cintura de la muchacha. El tipo le morreaba lascivamente la oreja y allí le decía con susurros que debía tomar conciencia. Había que votar en contra de los misiles y dar la cara por la paz, pero ella ponía la mirada perdida y de pronto hacía estallar el chicle en los labios sobre el panorama siniestro de la tercera guerra mundial que él le pintaba. De nuevo intentó la niña hacerle partícipe del futuro de su perra. ¿Dónde podría colocar a los hijos? Quería regalarlos a amigos de confianza para que los cuidaran bien. Yo los veía a través del espejo. Ambos apuraron los vasos y entonces el hombre maduro propuso ir a un apartamento y la adolescente aceptó con una mueca de desgana. Cuando las dos figuras partieron todo quedó como un reflejo en la luna biselada del bar". (4)

Es una escena que igual que el autor podemos tropezar cualquiera en un bar, son ciudadanos-personajes con los que nos cruzamos todos los días, a los que vemos y oímos, manteniendo una conversación normal, refiriéndose al referendum que se acercaba sobre la OTAN.

Describe pequeños hechos reales de la vida, lo que ve, lo que sucede continuamente. La realidad de cada edad. Aquí el hombre aprovecha su intelectualidad para que la adolescente le admire, aunque en este caso a ella no le interesa lo que cuenta él. Refleja la soledad de ambos, la incomunicación del mundo actual, donde nadie escucha. El hombre desea recuperar lo que ya no le es dado poseer.

Puede recordarnos el mito de Susana y los viejos, y una escena de un capricho de Goya. Negro

por ambas partes, por una el hombre está enamorado, por otra la adolescente no. El hombre representa el conocimiento de la vida, le salva el amor, pero aparece casado, vapuleado, pendiente de grandes temas, mientras la chica representa la inocencia, la preocupación por su pequeño mundo, por lo cercano contra lo lejano de él.

Se da una antítesis de los dos protagonistas de la historia. Antítesis de sexo, hombre-mujer, de edad, madurez-adolescencia, de temas, lo lejano y grande frente a lo cercano y pequeño.

Muestra una realidad de la sexualidad, el hombre necesita el sexo y el amor, mientras la adolescente muestra aburrimiento a sus requerimientos.

De la droga nos habla en otra pequeña historia en su columna "En flor" (5).

"Detrás humeaba Valencia aquella madrugada de primavera cuando el viejo labrador cuyo rostro estaba agrietado por la sabiduría fue al huerto de judías donde también había algunos frutales. Bajo un ciruelo florido el viejo labrador descubrió a una muchacha tan pálida como una Ofelia posindustrial que agonizaba. El hombre la miró en silencio. Ella era bellísima y tenía el antebrazo taladrado por una aguja sangrante, pero el viejo labrador pensó que aquella niña sólo quería descansar. Entonces ella le dijo:"

"- Me estoy muriendo. Perdóneme".

"El viejo labrador, que no entendía nada, contestó, rascándose el cogote:"

"- Hija, estás perdonada, puedes dormir aquí, si quieres".

"Valencia exhalaba una copa de calima y ya cantaban los pájaros y en el suburbio se multiplicaban los perfumes delicados y hediondos de la huerta y los vertidos de las fábricas. El viejo labrador se sentía feliz porque aquella bella muchacha dormía bajo uno de sus ciruelos en flor. Se puso a cultivar las judías mientras ella expiraba".

Para llevarnos al tema de la droga, Manuel Vicent concretiza en una escena, en dos personas, nos lleva a ver palpablemente a una joven real, pálida, bajo un ciruelo en una huerta, con una aguja clavada en el antebrazo, de nuevo no es una estadística, no hace falta decir que se trata de heroína, ni que el cadáver apareció de tal forma, la encontramos con vida, no es un número se trata de una persona. Nos introduce en una tara de nuestra sociedad, que con la insatisfacción consiente y expande la droga. Un mal que se da en los jóvenes y adolescentes, y que conduce a la muerte y la destrucción.

Contrapone la vida a la muerte, la vejez a la juventud. La existencia vivida sin ambiciones, en comunión con la naturaleza, a la vivida sin estar conforme con lo que se tiene, buscando una felicidad fictícia.

La vida asimilada, conformada se prolonga, el buscar paraísos falsos la acorta.

La sabiduría en ocasiones se encuentra en la ignorancia, en vivir la vida como viene, sin grandes aspiraciones.

Y para finalizar este apartado, vamos a citar "Biopsia" (El País, 1-12-87), el tema del cáncer en otra pequeña historia tangible.

"Tenía un tumor auténtico, aunque ella ignoraba todavía si era maligno. El doctor le había extraído una pequeña muestra del seno izquierdo con el fin de realizar una biopsia. Aquel seno femenino había sido adorado por diversos amantes que lo escalaron con los labios para depositar en la cumbre palabras de amor. Esta mujer de 37 años parecía muy valerosa y durante la espera del veredicto, que podía ser mortal, se comportó con un exquisito desprecio por la vida. Estaba citada con el analista el viernes a las ocho de la tarde. Ese era el instante supremo y se preparó a conciencia. Se depiló las piernas, se hizo una limpieza de cutis, pasó por distintos masajes, tomó ensaladas de zanahoria y mientras ejecutaba estos ritos de belleza no dejó de pensar en su seno dañado y en los hombres que lo amaron. Un adolescente lo había explorado por primera vez en un coche aparcado, varios novios besaron su botón de nácar, un marido idiota lo había zarandeado, su zumo amamantó a cuatro hijos, algunos enamorados adúlteros habían llorado al pie de aquella colina de oscura nieve".

"Pero la cuenta atrás había comenzado. Al regresar de la peluquería, esta mujer se hallaba ahora frente al espejo del tocador acicalándose como para asistir a una fiesta maravillosa. Se puso unas pestañas azules, se maquilló la cara con un tono de malva, se adornó con todas las joyas e incluso se coronó con una diadema de esmeraldas, y luego eligió prendas íntimas muy eróticas y ese traje blanco de seda y unos zapatos de charol con tacón de aguja, y así acudió al hospital donde el análisis la esperaba en un sobre cerrado. Por pasillos repletos de camillas caminó con toda elegancia para recibir el diagnóstico. Lo adivinó en la sonrisa helada del médico. Aquel objeto de amor debía ser rebanado hasta la raíz. Vestida de gala, la mujer abandonó el hospital, salió a la calle, arrojó el informe a una papelera y se fue a una discoteca a bailar. Parecía radiante, si bien sólo lloró en la oscuridad cuando comenzó a sonar la canción "Yesterday"".

Manuel Vicent describe aquí maravillosamente la psicología femenina, y la tragedia que supone un diagnóstico de cáncer. Concretiza y humaniza el tema de la enfermedad, se conmueve y nos lleva a conmovernos con el dolor ajeno, que también puede ser el nuestro.

Es una pequeña historia inmensamente tierna, que trasluce toda la frustración, amargura, impotencia

y desesperación que cabe en un diagnóstico de cáncer.

Nos introduce en el trauma que supone para una mujer perder los pechos, fundamentales para ejercer el sexo y para su equilibrio mental, símbolo de amor y fecundidad, vitales en la vida de una mujer, esenciales en el amor.

Nos muestra la sensualidad de la mujer, su forma de arreglarse y vestirse, la depilación, el cuidado del pelo, la limpieza del cutis, el tono blanco del vestido, los zapatos de tacón de aguaja, toda la preparación para sentirse bella ante el hombre. El ansia de vida de la chica frente a la enfermedad que la mina, el deseo de enfrentarse a la muerte, o cuando menos al cáncer, a la desaparición de su pecho con serenidad y frialdad. La impotencia del ser humano ante la cruda y cierta realidad de la destrucción y la muerte.

Pero su casi juventud y su deseo de vida no la pueden dejar indiferente, toda su amargura y tristeza estalla ante el recuerdo de una canción de los Beatles, que la llevan al sentimiento de vivir, del amor y del sexo, cuando despreocupadamente, sin ni siquiera saberlo sentía sus pechos.

Manuel Vicent, mediante sus observaciones que vuelca en sus pequeñas historias nos hace vibrar y conmovernos, nos torna humano lo que en la información sólo son datos fríos, porcentajes, nombres, estadísticas. Concretando en personajes reales los grandes males y plagas de nuestro siglo, de nuestra sociedad, el

crímen, el cáncer, el sida, el paro, la violación, la soledad, la incomunicación, el ansia de amor, el rechazo a la muerte, el materialismo. Los grandes temas los vuelve de andar por casa, hace a sus lectores fijarse y sentir la realidad, alejarse de la deshumanización e insensibilidad a que nos conduce nuestro actual modelo de vida.

CONCLUSIONES.

Mira, observa y anota. Desmenuza la realidad, contando las grandezas y miserias humanas, relatando el dolor que el hombre lleva consigo. Se inspira en el espectáculo maravilloso de la vida. Y así sus narraciones son trozos de vida.

Desarrollamos que el autor crea literatura y no periodismo. Ejerce su literatura en la prensa, pero sus artículos son narraciones, relatos, pequeñas historias que comienzan en una observación cotidiana.

El resultado son lo que llamamos pequeñas historias, pequeñas por su limitación de espacio en las páginas de los periódicos, pero también porque cualquier relato se compone de trozos de vida de los protagonistas. La vida de culaquier persona ocupa muy poco sitio, se puede concretar en el preciso número de palabras que emplea Vicent.

La existencia de los que sufren la historia entra en una página y en una columna de periódico.

La mayoría de los personajes son anónimos y entrañables ciudadanos, que nos cruzamos cada día en las calles.

Sus pequeñas historias nos vuelven humano lo que en la información de los medios de comunicación sólo son datos, porcentajes, nombres, estadísticas. Concretan en protagonistas reales los hechos de nuestro siglo: cáncer, sida, paro, violaciones, soledad, miedo a la muerte, homicidios, atracos...

(1) Prólogo de José María Valverde. Ulises. Editorial Lumen. Barcelona. 1.984. P. 27.

(2) El País, 19-6-82.

(3) El País, 12-5-84.

(4) El País, 25-2-86.

(5) El País, 24-3-87.

20. LA LIBERTAD

LA LIBERTAD

Manuel Vicent en su largo recorrido de escritor en prensa no demuestra más que su amor por el ser humano, una enorme ternura por el hombre, que la mayoría de las veces le lleva al dolor impotente y se convierte en escepticismo y sarcasmo.

Desea la dignidad y la libertad, podríamos decir que escribe para la libertad, y se encuentra con que ya no existen valores, que el rey de la creación ya no posee ni quiere ideales ni libertad, que el resultado de la sociedad actual es, como hemos visto, la uniformidad y el consumo masivo.

El hombre de hoy no anhela huellas de identidad, no sabe estar solo y por consiguiente tampoco acompañado. El materialismo invade cada faceta de su vida.

Pero, no obstante, el autor ha defendido todo tipo de libertades, la libertad de expresión, de información, política, sexual y siempre ha creído que el hombre debe ser libre.

No haría falta redundar en este tema, después de todo lo visto, pero vamos a detenernos brevemente para comprobar que la postura de Vicent se ha mantenido intacta en toda época y situación.

La importancia de la prensa es incuestionable en la defensa de la libertad. En la entrevista que realiza Lola Díaz en Cambio 16, el 18 de febrero de 1.991, le comenta al escritor: "Ultimamente la prensa

española no goza de buen cartel y nos riñe todo el mundo, hasta el Rey...".

Y Manuel Vicent opina: "Sobre esto yo tengo las ideas bastante claras: el aspecto público de una cuestión o de un personaje público -todo lo que interesa al bien común- no tiene que tener ningún límite de libertad de expresión. Ahora bien, es que yo me siento particularmente ofendido si alguien me cuenta que tal señor le pone los cuernos a fulanita y viceversa. Esos aspectos no me interesan, como no me interesa saber cuántas veces se masturba un ministro o si un político es cojo o tiene ronquera".

La periodista insiste: "A veces es difícil discernir entre lo privado y lo público...". Y Vicent contesta: "De cualquier forma la prensa es el único sitio donde, hoy por hoy, te puedes acoger y respirar. Aunque, en ciertos aspectos, también sea irrespirable, es el único lugar donde todavía encuentras un poco de verdad y libertad. En ese sentido comparo la prensa con la justicia, porque, por muy mal que esté la justicia, si alguien puede poner freno a la prepotencia de este Gobierno son ciertos jueces y ciertos periodistas. Lo demás es tierra machacada".

La libertad siempre cuenta con la contrapartida de la esclavitud y de la censura. En la historia de la humanidad siempre ha existido la lucha de unos hombres por dominar al resto, y todas las formas de gobierno han deseado controlar a sus ciudadanos más o menos ampliamente.

Hemos seleccionado algunos textos, en los que encontramos cómo han ido las cosas en nuestro país

y la postura de Manuel Vicent.

En Hermano Lobo, publica el 10 de febrero de 1.973, "La chapuza erótica":

"Ahora en los teatros de Madrid se trabaja mucho el camisón, el recio sostén, la braga ibérica, que es en materia de erotismo una chapuza equivalente al socavón, a la barriada sin alcantarillas, al ascensor que no funciona. Cuando en el escenario una moza inicia un amago de "strip-tease", la clientela deja de comer bombones y un hilo de emoción europea corre por la sala, pero al instante llega la prodigiosa toalla o el biombo chino, y entonces el corazón del burgués deja de palpitar y la parroquia vuelve a entrarle unánimemente al chocolate".

"Particularmente pienso que la censura hace muy bien en defender las partes pudendas de nuestras actrices. Si las obras de teatro con problemas de camisón están abastecidas por los burgueses, que, por otra parte, son los responsables de la chapuza nacional, es lógico que la censura, por reflejo, les someta a contemplar otra chapuza erótica. Pero esto tiene su contrapartida. Los burgueses se quedan sin ver a la señora en pelotas, a pesar de haber pagado doscientas pesetas; entonces ellos se cabrean muchísimo, y el lunes se van a Getafe y construyen una casa de quince pisos sin ascensor ni alcantarillado, pavimentan una calle y la levantan una semana después para meter el hilo musical, edifican una zona verde y no pagan una letra ni a la de tres".

"Un desnudo de mujer es una obra de arte, tan redondito, tan sonrosado, tan bien... En nuestros teatros, si la primera actriz es empresa llega hasta aflojarse el sostén; si está a sueldo, entonces el respetable público se queda a dos velas con la tripa llena de bombones. Pero es mejor eso que comer pipas de girasol, como hace el pueblo llano en los espectáculos. Al fin y al cabo, los burgueses tienen metálico para ir a Biarritz y ver allí mujeres enteras sin chapuzas, como las carreteras, la circulación, la política, la fe, la esperanza y la caridad. Por decir algo".

Describe la censura sobre los espectáculos en el régimen franquista. La mojigatería e hipocresía de la derecha, de la burguesía, que aquí prohiben pero después se van a Francia a disfrutar de lo que no

permiten al pueblo.

Quieren dominar y someter a los ciudadanos, amenazándoles con el tema de la moral, aplicada al sexto mandamiento.

Descubrimos el talante progresista, liberal y transigente de Manuel Vicent.

El tema de tener al pueblo alejado de todo disfrute que tuviera que ver con el sexo, fue constante en la etapa franquista. El autor lo toca otra vez en "El centralismo de Perpiñán" (1),

"Uno de los males esenciales de Madrid consiste en que nuestro señor el Rey Felipe II lo plantó muy lejos de Perpiñán, donde ponen una película de Marlon Brando y venden a la salida del cine mantequilla erótica en porciones. Pero Felipe II no tiene la culpa de que en su tiempo la mantequilla sólo se usara para surtir los capones de palacio y que Marlon Brando entonces existiera sólo en la mente del Creador. De lo contrario, Madrid hoy estaría donde debiera estar, es decir, en Barcelona, a dos horas en coche de los cines eróticos de la frontera". (...).

"El camino de Barcelona a la frontera tiene en el país un recuerdo de peregrinación en exilio cuando en el treinta y nueve un río humano de colchones a rayas corría por las cunetas en dirección a Francia. Se ve que esa ruta es una querencia. Hoy, una romería de autocares y coches de dominguero con tortilla de patatas en el maletero reemprende el éxodo los sábados, se atiborra de sexo-expresión, purga el bajo vientre perdiendo a la ruleta, y el lunes ya están los catalanes en la oficina cuadrando balances como unos héroes europeos. Esas caravanas hacia los santuarios de Perpiñán pueden ser consideradas por los sociólogos de dos maneras: como una fabulosa horterada o como un acto de rebeldía". (...).

"Los fines de semana, el madrileño está condenado a respirar aire puro en la sierra, lo que no deja de ser una lata, y a esperar a que un señor de Tarrasa le cuente una vez más el consabido tango y le relate a cámara lenta con acento catalán la

escena de la mantequilla. Alguna desventaja debía tener Madrid por haber sido antaño el centro de un imperio donde no se ponía el sol".

El autor hace confluir el tema de la censura, el centralismo y la estrechez mental de las leyes del país, en materia sexual.

Los ciudadanos mostraban ansias de libertades. En 1.973 estaba de moda, quien podía, ir a Francia a ver "El último tango en París", película prohibida en España. Europa y Francia en concreto, representaban las libertades que aquí no disfrutábamos, cruzar la frontera era pasar de la dictadura y la represión a la democracia y la libertad. La cuestión empezó ya con el exilio del 39, y a través de todos estos años era una especie de rito, se cruzaba hacia la libertad de pensamiento y la permisividad.

La censura era constante. La revista Hermano Lobo en la que escribía en ese período Manuel Vicent, era de las más secuestradas. Leámos otro texto relevante, "Política, vino y rosas" (2),

"(...) como el tiempo ya no está para aperturas y uno es plumífero consciente, puedo hablar de San Isidro, que es el patrón de Madrid, y de su arado romano, con todas sus implicaciones sociológicas; del ángel esquirol que le hacía los surcos a orillas del Manzanares mientras el Santo rezaba para que su heredad de coles entrara en el Area Metropolitana y se pudiera vender en parcelas; puedo hablar de que el hombre es un mono que se ha vuelto loco y ha comenzado a comprarse trajes para disfrazarse y a montar escaparates con electrodomésticos, y se lleva a las monas al cabaret a bailar con saxofón hasta las tres de la madrugada; puedo escribir de toros, que también está bien visto por estas fechas; de las flores del campo, que son bien bonitas, unas rojas, otras amarillas, otras azules, otras moradas, en un perfecto contraste de pareceres, sin que pase nada; de los peces del acuario, que son un espectáculo sedante para calmar los nervios. Temas hay muchos y, bien tratados,

un escritor puede sacar mucho partido, siempre que no sea político".

Está escribiendo contra la censura, y pidiendo la libertad de expresión, que por otra parte, dentro de los estrictos límites, el autor siempre ejerció.

En la misma línea confecciona "Hermano lego", también en Hermano Lobo, (2-6-73),

"Nadie tiene la culpa de que por estos parajes las cosas estén en orden. Al contario debe ser un motivo de íntima alegría el hecho gozoso de que en España los escritores y periodistas estén sin trabajo y que pasen la triste vida sin pena ni gloria endureciendo las posaderas en la mesa de redacción corrigiendo esquelas, apañando telegramas que llegan de las ferias de ganado y maquinaria agrícola, transcribiendo las declaraciones de los alcaldes de pueblo con motivo de las fiestas de la patrona. Todo eso a simple vista puede parecer muy aburrido, pero día a día en labor callada constituye *una gloriosa sinfonía apasionada del canto al trabajo, del sonido fascinante* de las herramientas del taller, la narración de la epopeya diaria del vivir en paz, la puesta a punto de la historia de la gente que palpita en la calle bajo los paraguas o en alegres caravanas de la prosperidad. Los escritores y periodistas de España no estamos llamados para los grandes hechos como los santos héroes, sino para la labor callada del hermano lego que regaba amorosa y oscuramente la huerta del convento pero que a la hora del juicio final se sentarán tres peldaños más arriba que el santo fundador de la orden. Total, que es un placer".

La lucha contra la censura era diaria, el autor la ejercía, por supuesto con la autocensura. No se podía escribir de nada porque no existía legalmente libertad de expresión.

Funcionaba el oscurantismo y la prohibición, la imagen del régimen era la paz y la prosperidad, no había noticias, no ocurría nada, y en teoría se *daba unanimidad de pensamiento.*

Así supuso todo un récord que la revista llegara al número cien. Y en conmemoración el autor escribe "Number 100", (Hermano Lobo, 6-4-74), destacando que sigue en su papel, por encima de la censura y los secuestros:

"Pues bien, como quien no quiere la cosa HERMANO LOBO a golpe de coyuntura y de libertad dentro de un orden ha remontado la primera centena de su historia. Un grupo de amigos cachondos y muy simpáticos, entregándose cada día a la ruda tarea callada de alegrar las vísceras de los españoles ha elaborado cada semana esta revista sin escuchar los cantos de sirena de los politicastros, alerta siempre, vigilando al monstruo rojo que nunca duerme y al enemigo que acecha desde dentro y desde fuera". (...).

"De momento HERMANO LOBO saltando encima de las coyunturas y con libertad pero sin libertinaje ha llegado a las cien semanas. Tal como está la cosa de movida no todos los políticos podrían decir lo *mismo*".

La censura va siempre ligada a las dictaduras. Así en España la censura no fue derogada hasta la Constitución de 1.978, elaborada por consenso de las fuerzas políticas, bajo el gobierno de la UCD, que en su artículo 20 reconoce y protege los derechos a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de comunicación, reconociendo también que "el ejercicio de estos derechos no puede restringirse mediante ningún tipo de censura previa", y que "sólo podrá acordarse el secuestro de publicaciones, grabaciones y otros medios de información en virtud de resolución judicial".

El control político de la información fue constante en el franquismo, la plena vigencia de la censura fue un hecho desde 1.938 hasta 1.966. Después estuvo vigente la Ley Fraga de Prensa e Imprenta de

18 de marzo de 1.966, que prohibía la censura previa y la "consulta obligatoria", pero que de hecho seguía sin permitir la libertad de expresión ni el derecho de información. Las publicaciones eran secuestradas, y los periodistas y escritores no actuaban libremente.

Así lo refleja el autor en "Periodistas sin orejas" (3):

"Pobre destino en verdad el de los periodistas españoles de esta época. El periodismo es ciertamente una profesión arriesgada. Pero en otros países le cabe al escritor aunque sea una muerte rara: periodistas que mueren ametrallados con la cámara al hombro en las trincheras de una guerra exótica, corresponsales rubios y brillantes que se estrellan en la jungla llena de animales buscando guerrilleros barbudos con la mochila repleta de libros sobre estructuralismo, escritores que cierran su biografía devorados por un tigre en las selvas africanas, reporteros que consiguen mandar a Nixon a casa para que pueda dedicarse full time a la noble tarea de capar ranas contemplando la puesta de sol en el Pacífico, cronistas lúcidos que husmean en los pudrideros de la sociedad y sacan los calzoncillos sucios del senador a la luz pública" (...).

"Hasta ahora el destino del periodista español era morir de viejo en la cama y con los santos sacramentos e incluso con la bendición apostólica de Su Santidad que los familiares para alargar la esquela habían previsto mediante un modesto óbolo. Lo cual es una muerte perfectamente tonta y honorable sin gloria ni nada. Pero ahora la cosa con esto de la apertura se está animando un poco. Todo es cuestión de empezar. De momento sobre el periodismo progresista español pende la amenaza cierta de quedarse sin oreja. Usted se mete con un señor importante que tenga mala uva y una navaja y en un descuido a la vuelta de la esquina una noche le sale un guerrillero de treinta años pero que aún está en tercero de bachillelrato y le rebana el pámpano. Desde luego para un periodista español es poco glorioso pasarse toda la vida con un esparadrapo en el occipital por haberlo metido con oreja donde al parecer no se debe. Pero algo es algo. Es mejor eso que morir de fiebre tuberculosa en el riñón después de pasar una vida corrigiendo telegramas".

En "La cosa está mal", (Hermano Lobo, 28--9-74) dice:

"La cosa ha comenzado a empeorar desde que algunos periodistas desalmados han decidido llamar a los problemas por su verdadero nombre: desde que al contraste de pareceres se le llama partido político, desde que al conflicto colectivo se le llama huelga, desde que a la tensión inflacionaria se la llama simplemente inflación, desde que a la recesión se la llama paro, desde que a los patrioteros de extrema derecha cuando siembran el terror se les llama terroristas, desde que a la libertad dentro de un orden se la llama falta de libertad, desde que al artefacto se le llama bomba. Y así sucesivamente. Somos un país de nominalistas y de bizantinos mentales que podemos llegar fácilmente a las manos por un simple matiz de lenguaje. De modo que la solución es poner una buena guardia en el diccionario".

Al no existir libertad de expresión, no se podían decir las cosas por su nombre, y el periodismo funcionaba a base de eufemismos y todo tipo de censuras, desde la autocensura hasta la censura previa.

En el último texto que transcribimos de este período, vemos cómo la coacción era mental y física. Existía auténtico peligro para quien se atrevía a ejercer la libertad de expresión. Se trata de "¿El artículo 2ª, en artículo mortis?", (Hermano Lobo, 17-5-75),

"Quiero decir hablando en plata que la censura últimamente está rabiosa como cola de alacrán, que el artículo segundo de la Ley de Prensa funciona a pleno rendimiento de tal forma que el periódico o revista que flirtea un poco con el enemigo que acecha desde dentro y desde fuera o con el monstruo rojo que nunca duerme, le dan un estacazo que lo baldan". (...).

"(...) *aquí estás escribiendo tranquilamente en la mesa camilla, incluso con brasero* de picón, con pijama a rayas y tiernas babuchas y en un momento de distracción se te escora un renglón hacia la izquierda y es como si estuvieses en primera línea en un tiroteo. Una bala perdida te puede dejar seco en un instante".

"Ultimamente por las troneras de la casamata del artículo segundo de la Ley de Prensa están disparando con fuego a discreción y hermanos y colegas están cayendo como

moscas. Y, hasta los quiosqueros están asustados. Ante este fuego graneado de momento sólo está la solución del cardiaco: régimen sin sal, paseos suaves, comida sin grasa y mucho reposo. A ver".

Ante este panorama, decidimos preguntar a Manuel Vicent si de alguna manera se había autocensurado, y si había recibido coacciones, presiones, sobornos y amenazas personales. El autor nos explicó que la autencensura la había ejercido muchas veces, en el inconsciente, siempre, debido a su formación y educación desde la infancia, al característico sentido de culpa que ya hemos encontrado y tratado a lo largo del trabajo.

Coacciones, presiones y sobornos no los ha conocido. En cambio amenazas personales ha recibido mediante anónimos y amenazas algunas veces de muerte durante los primeros tiempos de la transición.

Una vez muerto Franco, el tema, por supuesto continúa. Así en la serie Caperucita y los lobos. La perdigonada del cazador, escribe "El lobo (reprimido) de la semana. El vaticano", (Hermano Lobo, 31-1-76),

"El besuqueo juvenil el magreo ciudadano, el coito alegre y confiado, el placer sin carnet sellado, los gozosos cosquilleos de rabadilla sin previa bendición son actividades que ponen aún muy nerviosa a la Santa Madre Iglesia Católica. Ahora desde su paternal estrechez ha soltado un documento tridentino, ha servido un caldo con bromuro a la parroquia para que ponga las pasiones en su sitio, no en el vientre, sino en el pecho; que es la parte alta y noble del cuerpo humano, la más acreditada. A través de este documento pontificio, la Iglesia nos ha ofrecido de sí misma una imagen reseca, de vieja solterona, una escultura de yeso vaciado de tripas. (...) pero la vida es bella. Si hoy está claro que siendo de izquierdas igual, si te descuidas, se puede llegar al cielo, también es cierto que el negociado de la carne está pidiendo un tratamiento racional. Y hay que echarle más alegría al asunto, hombres de Dios. Hay que aflojar las ballenas del sexto mandamiento, que una vez

a la semana es cosa sana".

Describe el papel que ha representado la Iglesia en todo lo que se refiere al sexo. Y el autor defiende lo contrario, la libertad individual de cada persona para disfrutar y hacer de su cuerpo lo que considere oportuno.

Y de la libertad sexual también escribe en la misma serie "El lobo (democrático) de la semana. La ley antiporno", (Hermano Lobo, 21-2-76), defensores de la "moral" nunca faltan,

"La democracia orgánica había germinado últimamente en una cosecha de muslos como nardos morenos y había optado por echar toda esta carne a las fieras para ver si a la población se le iban las ganas de votar: Pero resulta que la población está dispuesta a pedirlo todo: quiere urnas y tetas, sufragio universal y traseros dorados, libertad y pubis radiantes". (...).

"Antes de salir esa ley antiporno ya han aparecido sus heraldos anunciadores: una avanzadilla de jóvenes cruzados de la moral han amenazado a nuestras especialistas en destape con raparlas la cabeza al cero y proporcionarles una cucharada de aceite de ricino. Tal como se han puesto las cosas, he tenido que advertir a la Caperuza y a la Abuelita para que no se metan en líos. Ellas querían salir en un reportaje a todo color friendo un huevo en bikini, a base de famosas en la intimidad, fregando platos sin sostén, acariciando un muñeco de peluche espatarradas en la cama. A este par de insensatas hay que ponerlas a salvo. La abuela debe volver a las enaguas de almidón, a las medias algodonadas y al sostén de estameña; la Caperuza debe enfundarse el rígido leotardo y la falda tableada que no le marque las incipientes curvas y aflojarse el canesú para que no apunten sus senos turgentes. Porque lo mismo me las coge un comando tridentino y les corta el pelo al rape".

La censura a la prensa también se puede ejercer por parte de la propia empresa, y así lo refleja Vicent en "El lobo (insolvente) de la semana. Prensa

Económica, S.A. Editora de Nuevo Diario" (4):

"En el capitalismo forestal español, cuajado de lobos portadores de valores eternos elevados a escritura pública, todavía impera un principio inapelable: el que paga, manda". (...).

"Y así estaban las cosas cuando el lobo feroz, en vista de que no podía someter a dieta la pluma de unos profesionales canallescos, urde la treta de contraatacar por el flanco del estómago. Roma no paga a traidores, el búnker no alimenta a rojos, que encima no agradecen los garbanzos del amo. Así que un buen día el lobo se cabrea y hace saltar la trampilla de la suspensión de pagos y los perros de la prensa caen al foso de los cocodrilos, cogidos en el cepo saduceo de la moratoria, del auto provisorio, de la diligencia procesal, de la cuestión previa. Este es un lobo muy suyo que se las sabe todas. Señor Juez, aquí ha pasado lo de siempre: han caído unos periodistas por no haber defendido a tiempo los valores eternos del Santo Patrón".

Manuel Vicent fue llamado a declarar una vez. Por el artículo publicado en la revista Personas, "Paracuellos, mon amour", dentro de la serie España en travestí, el día 22 de enero de 1.977. Creemos que debemos transcribirlo en su totalidad, a pesar de su extensión:

"Dentro del contexto sadomasoquista en que se mueve la política española, el recuerdo de paracuellos está siendo manipulado ahora como la rata muerta que un bromista macabro hace aparecer de pronto en la sopera de plata Meneses de este banquete predemocrático. Ya es mucha lata, francamente. Paracuellos constituye un prurito anal de cierta parte de la derecha: probablemente de quella que tampoco dudaría en repetir hoy la experiencia de la plaza de toros de Badajoz, la de una aterradora corrida en la que fueron sacrificados algunos miles de obreros. La verdad es que estos señores mayores nos están dando una murga insoportable con sus viejos cantos de ametralladora, con este festival de trapos sucios. Y la cosa no va por ahí. Pienso que la gran mayoría del país no tiene ningún interés en asistir a una colada general donde unos carcamales heroicos y siniestros están colgando de las cuerdas del tendedero los cadáveres de ambos bandos. Si en los resecos y alucinados yesares del Este de Madrid,

hubo una ejecución masiva de prisioneros, tampoco en el otro lado se quedaron cortos a la hora de darle gusto al gatillo. Parece que en este territorio el concepto de la historia se mueve como una dramática molécula con dos núcleos en constante fricción, como un huevo con dos yemas que flotan en una clara viscosa de intolerancia, dentro de la misma cáscara, sin posibilidad de fundirse, ni de olvidar, incluso puestos muy decididos a freír en la sartén".

"Ahora la controversia escolástica estriba por lo visto en comprobar quién fue más asesino, en dirimir quien cobró más piezas en aquella cacería, mientras la juventud española fumando porros de Nepal asiste al espectáculo deprimente de cómo se arrojan los maestros sus muertos a la cara. Creo que a la heroica generación del treinta y seis, hay que curarle ese prurito anal con un supositorio de "hashish", a ver si se relaja de una vez y cambia el mauser por la guitarra, para que los himnos hírsutos y el "tam-tam" guerrero del altiplano se convierta en una balada dulce al pie de la colina. Lo he escrito otra vez: en este país no existe una tumba al *soldado desconocido, porque en el fondo aquí nos conocemos todos demasiado*".

"Lo más insoportable de la política española actual son los recuerdos vivos y operantes de la guerra civil, que aún permanecen como despojos que se han salvado de la putrefacción de la Historia. La gran masa de aquella guerra se ha transformado felizmente en abono orgánico, pero quedan restos intactos que luchan por no pudrirse. Todos los problemas con que se enfrentan ahora mismo el Gobierno y la oposición no se derivan de dificultades modernas, de coyunturas nuevas, de cuestiones racionales planteadas por los tiempos de ahora. Esta es una pelea encallecida, un viejo rencor, una moral de campamento, una mística de combate por encima de todo pragmatismo, que ha introducido un reflejo condicionado o un tic nervioso en cualquier relación política".

"La resistencia tenaz a conceder la amnistía está fundamentada en una filosofía de guerra. El propio Gobierno sabe que una medida generosa, que zanjara de un plumazo esta cuestión, redundaría en su propio beneficio. Por simples razones tácticas, por un puro pragmatismo político, la amnistía en estas circunstancias se ha convertido en un acto de Gobierno muy rentable, pero sumido como está en plena paranoia, un núcleo influyente de la sociedad española lo ha convertido en un quiste sebáceo que no sabe cómo extirpar. Todo cuanto tiene sublevado prácticamente al País Vasco radica en las medidas que se tomaron como derecho de conquista: la supresión de

los fueros, la ridícula persecución a la lengua, la política de castigo impuesta como por mal comportamiento, todo eso huele a pólvora aún. Los hábitos de la extrema derecha de entrar a mansalva con pistola para resolver las cuitas son vestigios de los buenos tiempos de impunidad, como el caso del sumario de Montejurra, rematado con faena de aliño por un juez del llamado Orden Público, que ha puesto en libertad al hombre de la gabardina con cuatro mantazos por la cara, aliviándose descaradamente en la media verónica del considerando. El público protesta airadamente, pero el escándalo consiste en esa sonrisa de conejo del que sabe que tiene la sartén por el asa. El sumario de Montejurra pertenece a esa saga de desfalcos jurídicos que constituyen nuestra fiesta nacional, una práctica que se basa en el Derecho romano--carolingio del vencedor".

"La calma chicha que rodea el secuestro del señor Oriol, esa sensación que da estar en buenas manos, hace que el ciudadano medio, en su trastienda, piense que esto es lo más parecido a una merienda de negros. Esos graciosos muchachotes del GRAPO son capaces de todo: lo mismo entran en una factoria con octavillas y disparan una ráfaga de metralleta sobre los trabajadores para concienciarles en la huelga general, que se les ve muy devotos en la vigilia de la Inmaculada; lo mismo acuden a las cuarenta horas de la iglesia de San Ginés que colocan una bomba en un Juzgado: ahora raptan al señor Oriol y mañana, si es primer viernes, igual se ponen en la cola del Cristo de Medinaceli para besarle la llaga amoratada del calcañar. Ha dicho un ministro que cuando se resuelva el caso, la gente puede llevarse una sorpresa. Puestos así, tampoco sería raro que al final el GRAPO estuviera afilado a la Adoración Nocturna".

"Y por otro lado está el espectáculo de la oposición. Ahí los tiene usted, honrados y confusos, tímidos y adictos, unos hombres que ayer lanzaban desde la clandestinidad en catapulta sobre el personal contribuyente los tomos de Montesquieu, que batían la doctrina de Rousseau con menudillos de seso de la opinión pública a la romana o cogían una encíclica papal con interpolaciones de Lenin y hacían con todo eso un pliego de cordel para un cantar de ciego y ahora se les ve como fieras de zoo, en la cuadriculada libertad del coto, esperando la ración de comida a hora fija, vacunados con la trivalente para el moquillo por los guardianes. El Gobierno les ha preparado un hábitat de cartón-piedra, ha simulado una selva libre con ramajes y abrevaderos, ha tapado las rejas con masas vegetales y allí dentro están ahora

los intrépidos chicos de Montesquieu dispuestos a todo, a subir a la banqueta o saltar por el aro cuando suene el "ale op". En los medios de la oposición parece que se ha impuesto el predicado aristotélico de que más vale ser cabeza de ratón que cola de pescado. Y ahí los tienes, desconfiados entre sí, picoteándose mutuamente como bandada de corral cuando llega el granjero oficial a llenarles el comedero con el pienso compuesto. Después de cuarenta años de pertinaz sequía, la gente se pone en lo peor. Y levantando el halda a los comunicados, el personal comienza a olerse ya los vapores de un pucherazo pactado en las próximas elecciones".

"Y ahora, si no era bastante divertido el que la Guardia Civil fuera persiguiendo a un grupo de alcaldes vastos que cabalgan por los cerros en busca de casa consistorial donde reunirse; si no era bastante patético el que el "bunker" económico del país esté dispuesto a hacerle la llave de la corbata a la clase media; si no era bastante glorioso el que las Cortes putrefactas tengan el valor de dictaminar, con solos de barítono corporativo de zarzuela bufa y paisana, sobre la reforma sindical, llegan unos bromistas macabros a este banquete platónico que han montado entre sí el Gobierno y la oposición y mete la rata muerta de Paracuellos dentro de la sopera de plata Meneses. La gente está muy pasada, francamente. Paracuellos, "mon amour", he aquí un "single" para esta temporada. Una lata de música clásica para una verbena pseudo--democrática, adornada con calzoncillos sucios a modo de gallardetes".

Pues bien, el 15 de marzo de ese mismo año, 1.977, el periódico El País, hace una reseña, por cierto con una errata, y dice: "MANUEL VICENT director de la revista Personas, ha sido procesado por desacato a la autoridad judicial, como consecuencia de un artículo publicado en la citada revista y titulado "Paracuellos, mon amour". Manuel Vicent, que se encuentra en libertad provisional sin fianza, será defendido por el letrado Francisco Martínez Jordá".

Evidentemente, no era el director de la revista.

Manuel Vicent fue llamado a declarar por

dicho artículo y procesado por el juez Chaparro, referente al caso del hombre de la gabardina en el tiroteo de Montejurra. Fue por desacato, y no aplicaron la amnistía, pero en el último momento fue sobreseido el caso.

Este mismo juez le había llamado también a declarar por un artículo publicado en Hermano Lobo, referente a la muerte de Franco en 1.976.

Pero escatimar la libertad se da en todo tiempo y por todo tipo de poderes. Así en 1.980 la situación continúa siendo censurable. El autor escribe "Libertad de expresión sin micrófono", dentro de la serie Detrás del espejo, (Triunfo, del 1 al 7 de mayo de 1.980):

"Durante este trienio democrático, la oposición ha batido una marca insólita. Sin mandar, sin tocar pelota, sin comerlo ni beberlo se ha gastado más que el propio poder. Y después se le ha venido encima la libertad en forma de paro, procesos, cierres, represiones legalistas, cepos, consensos y trampas. Periodistas encarcelados, artistas represaliados, editores empleitados, otra vez el sadomasoquismo a flor de piel. Ante este panorama de desencanto y represión, la izquierda pensó que sería una buena idea volver a cenar masivamente, según el rito antifranquista, en un reflejo condicionado. El jueves 24 de abril, la coordinadora pro-Libertad de Expresión montó un ágape colectivo en un comedor de bodas, bautizos y comuniones para lamerse las heridas conjuntamente. La cena fue una experiencia terrible".

"Allí estaban todos. Otra vez las mismas caras de siempre con tres años más en la pata de gallo, con el desencanto puesto que se reflejaba en los bigotes a media asta, toda la plantilla con las barbas en remojo. El salón aparecía abarrotado por más de mil personas, un conglomerado dividido en familias. Literatura, periodismo, cine, pintura, las distintas ramas de la creación tocadas del ala. A pesar de todo había cierta euforia previa al consomé. Una multitud de tics, guiños, abrazos, cortesías de vestíbulo. Aunque lo parecía, aquello no era una convención zanusi, sino la izquierda madrileña dispuesta a sentarse de nuevo a la mesa".

El autor se muestra consciente de que tras cinco años de la muerte de Franco, el panorama de libertades y derechos humanos es el mismo.

Manuel Vicent describe que la democracia no prospera. Existe gente de izquierdas, que también está amuermada, y de vez en cuando reacciona y se cita para cenar, pero nada cambia.

A lo largo de toda su obra hemos visto como se encuentra de parte de la libertad, la justicia y la democracia. Cuando algo resulta positivo se alegra, y también lo comunica, así lo podemos leer en "Seis nombres justos en el Ateneo" (5),

"Contemplar los salones del Ateneo repletos de policías con su bigote Manix y una elegancia Cortefiel sobre una musculatura tipo puma, que con sólo media llave dejaría paralítico a un poeta; presentir que en el patio de butacas hay espias con barba; descubrir a sospechosos melenudos que huelen a linimento de gimnasio, todo revuelto con una parroquia juvenil y contestataria, con la clientela habitual de la casa, con algunos reventadores y gente de la izquierda que busca otro sonido no amanerado para su ideología, constituye un espectáculo nuevo en medio del tedio general. Por supuesto, aquella no era una conferencia donde se masacra el auditorio con lugares comunes o con ideas de tercera mano. Era algo nuevo. Unos policías que tienen las agallals de defender la libertad en público, un fiscal que arremete contra la represión un juez que desenmascara el porvenir de este país como estado policiaco. Y todo eso en el Ateneo, formulado como una sesión didáctica, con claridad y vigor, recogiendo la tradición liberal de aquella paredes". (...).

"El público se percató en seguida de que aquella gente iba directamente al grano. También descubrió muy pronto que hay policías majos, demócratas e inferiores a la ley. Oír al comisario Antonio Plaza o a Jesús Merino, con un tono de humildad profesional casi detonante, pronunciándose en favor de la Constitución hasta sus últimas consecuencias, denunciando los trucos, los vicios y las prácticas policiales con que se quebranta el reglamento, defendiendo la dignidad moral del detenido era una

melodía nunca oída que hacía estremecer de felicidad a los demócratas del patio de butacas. Parecían policías casi beatíficos, como los que hacen de buenos y constitucionales en los telefilms, pero en el fondo de aquella sinceridad se adivinaba una veladura de dureza jurídica que sería incapaz de saltarse una coma de cualquier artículo del Código. En nuestro país se pueden pagar veinte duros de entrada para escuchar de boca de un comisario que la redada es una detención masiva ilegal. En el Ateneo eso lo dijo Antonio Plaza sonoramente y gratis".

Y por último en "Petunias", (El País, 16--12-83), en la columna dominical, expone su idea de la libertad:

"La libertad es la sangre de un pueblo, una circulación, una distribución, un ejercicio de los derechos concretos. No es cierto que el hombre prefiera ante todo ser libre. Existen pruebas de que el rey de la creación posee una tendencia natural hacia el envilecimiento, de modo que tampoco el despotismo constituye ninguna hazaña ni exige esfuerzos sobresalientes. La tiranía se ejerce muchas veces tomando pacífica posesión de la indignidad colectiva, excitando el placer de la sumisión. En el fondo, la esclavitud no es más que un hábito. Frente a esto, la libertad se presenta como un ejercicio de fortaleza, como una práctica dolorosa que convierte a un conglomerado en pueblo, a una masa de súbditos en una comunidad de ciudadanos".

Los hombres en muchas ocasiones temen la libertad. El autor expresa que la libertad hay que ganarsela. Existen hombres que quieren ser libres y hombres que consienten la esclavitud. La libertad, como la democracia, es un ejercicio, una costumbre, una forma de estar en la vida.

El hombre es un animal de costumbres, y puede adquirir y escoger la costumbre de la libertad o la costumbre de la sumisión.

Manuel Vicent desea para el hombre la libertad, y la ha elegido dignamente para su vida.

CONCLUSIONES.

Manuel Vicent ama al ser humano y choca con que el hombre no se mueve por ideales, esclavizado por lo material. Pero él ha defendido cada parcela de libertad, así la de expresión, la de información, la política, la sexual...

Siempre, y sobre todo en su primera etapa, con el anterior régimen, le ha preocupado y se ha opuesto a la censura con su pluma progresista y transigente.

Se detiene y describe la época en que cruzar la frontera suponía pasar de la dictadura a la democracia y la libertad. La libertad de expresión no existía y la lucha por conseguirla, por ejemplo desde la revista Hermano Lobo era diaria, los secuestros de sus números también eran continuos.

El contros político de la información fue un hecho durante el franquismo, el periodismo se ejercía entre el eufemismo, la censura previa y la autocensura.

Con la transición y la democracia el tema se prolonga, y en ocasiones surge la polémica, los defensores de la moral y del orden no desaparecen pppp que se produzca el cambio de régimen, pues, como el autor defiende, la democracia y la tolerancia son fruto de una costumbre, de un modo de estar en la vida.

Tratamos también en este capítulo el artículo "Paracuellos, mon amour" (Personas, 22-1-77), por el que el autor fue llamado a declarar, y procesado por el juez Chaparro.

Manuel Vicent cree que la libertad y la democra-

cia son un ejercicio, que hay que ganarse, y que existen hombres que las desean y otros que prefieren la sumisión.

21. EL ARTE DESCAFEINADO

EL ARTE DESCAFEINADO

Manuel Vicent siempre se ha sentido motivado por cualquier manifestación artística, sobre todo por la pintura. Uno de sus gustos y conocimientos es el arte, y a lo largo de toda su obra encontramos artículos dedicados al tema.

Aunque no tenga nada que ver, ya hemos señalado que su mujer posee una galería de arte en Madrid.

Durante el año 1.970 el autor realiza crítica de arte en el periódico Madrid, precisamente en la sección Arte, y se ocupa de numerosos pintores, algunos de los cuales posteriormente han sido de primera línea e incluso consagrados.

En Madrid se publican treinta y dos críticas de arte del autor, y desfilan entre otros Angel Orcajo, Manuel Millares, Cristobal Toral, Matías Quetglas, José Barceló, Lucio Muñoz, Luis Feito, Lorenzo Goñi, Guinovart y Eduardo Urculo.

Lo más interesante de estos textos es que al autor le interesa aunar la crítica de arte con la crítica social.

En sus críticas entresaca lo que expresa cada pintor, el ambiente del mundo del arte y de la sociedad en que se gesta y a quien se dirige la obra. Vamos a ver algunos ejemplos. Así "Angel Orcajo - La línea, el ojo y el cerebro" (Madrid, 27-1-70):

"Un fustigamiento incluso más directo, hubiera sido legítimo, pero en la evolución

de este pintor se observa un momento de conciencia, ese en que el artista ha empezado a saber que para él un fusil debía ser un pincel. Desde ese instante se produce un despegue, su arte adquiere una completa libertad".

En "Genaro Lahuerta - Cierta crudeza del Mediterráneo" (Madrid, 4-2-70) advierte:

"Había pocos barbudos en la inauguración de Genaro Lahuerta. Había más bien señoras con astrakán y varones severos, es decir, que no había revolucionarios y terroristas estéticos, sino compradores. Oleos, acuarelas y dibujos pintados bajo la sagrada ley de libertad del artista. Porque no hay que negar lo comúnmente admitido: un pintor debe pintar lo que le dé la gana, lo que le divierta. Otro asunto es que eso que divierte al artista guste a los críticos, a los estetas de vanguardia y a los enemigos".

A Millares le intuye en "Manuel Millares - Meditación ante una arpillera" (Madrid, 6-2-70):

"La frivolidad de un cóctel hubiera sido un desacato. Porque Millares requiere silencio y bancos de capilla y ante sus cuadros llenos de un ascetismo tan cruel, la plática debe ser sustituida por la meditación. Con esta pintura uno debe enfrentarse individualmente. Pero en la puerta de la Galería hay que dejar la noción del dinero y del peritaje mercantil, olvidar las vanidades del siglo y los prejuicios y abandonarse en el regazo desnudo de malicias historicistas de los propios sentimientos. Lo primero es una mezcla de repulsión y atractivo. Lo que verá el simple espectador son arpilleras alquitranadas, costurones, superficies blancas y negras, filamentos y boquetes oscuros. Lo que verá un ejercitante sensible es la dramática fuerza de la austeridad, la materia empobrecida, mutilada y exaltada; fetos resecos, cordones umbilicales y pozos negros, que conducen al abismo. Y sobre todo el sudor del arte, cuya esencia no está en la obra hecha, sino en la búsqueda. Millares hace evidente que lo importante es el camino". (...).

"Claro está, Millares es un subversivo".

En su recorrido Manuel Vicent descubre lo

que significó la galería Juana Mordó. Lo leemos en "Lucio Muñoz: Visualización de la ética" (Madrid, 11-3-70),

"Por lo que uno lleva observado, la Galería Juana Mordó se ha convertido en una trinchera desde donde últimamente, con una cadencia metódica, dispara un grupo de artistas de esta tercera cuerda. Primero, el burgalés Luis Sáenz en unos cuadros exaltados de fuerza enseñó el flagelo de la carne, el potro y el cilicio en un expresionismo donde la violencia era tortura. Después, Antonio Suárez expresó un mundo de vísceras. Manolo Millares revistió la sala con sus arpilleras tenebristas, desoladas como gritos retorcidos. Rivera se encargó de encerrar con celosías místicas esta Tebalda, y ahora Lucio Muñoz exhibe unas formas requemadas y encendidas, colores de brasas, que recuerdan fr4agmentos de viejos retablos, iconos reducidos a ideas plásticas, macerado todo por una austeridad medieval. A primera vista parece que se trata de caminos distintos. Y, en efecto, lo son. Pero los artistas que han pasado recientemente por la Galería de Juana Mordó van en busca de una meta similar: reencontrar lo inevitable, insustituible y genuino del hombre social. Me parece evidente que estos artistas están más preocupados por la visualización de una ética que por la expresión de una determinada estética".

Por la galería Juana Mordó desfiló toda la vanguardia, consagrada en nuestros días, lo mismo que por el ojo intuitivo de Manuel Vicent.

El autor se queda con la sensibilidad y lo esencial antes que con todo lo que sugiere la sociedad de consumo y el hombre masificado. Apuesta en pintura, igual que en otras facetas de la existencia humana, por lo rebelde, lo marginal, lo auténtico. Está con la vida que se vive frente a la que se imita.

Desde estas páginas de la crítica de arte realiza en lo posible una crítica de la sociedad y del régimen, toreando la censura. Lo comprobamos en los dos casos que siguen. "José Caballero: Dramatismo

lírico" (Madrid, 7-11-70),

"Caballero es un pintor importante, haga lo que haga, porque ha cumplido a su debido tiempo una función de enlace estético en España entre el surrealismo y el abstracto, sirviendo de puente sobre el foso de la guerra. Ha sido Caballero quien en solitario durante el páramo artístico de los años cuarenta siguió haciendo vanguardia y ha salvado los recuerdos de la generación del 27, aquella libertad de las vísceras mezclada un poco con la alegría de la huerta, y ha entregado la tea al dramatismo castellano, la pasta gruesa austera, el rojo de toro, el negro de alguitrán, el blanco calcinado. Sólo por eso Caballero ya se merece un lugar en los libros".

"'La brisa erótica de Eduardo Urculo" (Madrid, 7-11-70):

"Hay que reconocer que Urculo es un artista bien dotado, y salva en todo momento, deslizándose por hilo muy matizado, el refinamiento, el humor y la gracia de su pintura erótica. Urculo ha tenido un reciente éxito en la Bienal de Venecia. Ahora esta clase de pintura es como una brisa necesaria que debe chocar contra las paredes dramáticas de Castilla".

Manuel Vicent escribe de arte desde su propia sensibilidad, guiado por su intuición y sus gustos. Engrandeciendo a pintores que no han sido consagrados y empequeñeciendo a otros que sí lo son. Así sin ningún trauma ni complejo muestra su rechazo por Salvador Dalí. No le importa que el pintor haya pasado a las páginas de los libros de historia del arte, que se trate de un monstruo aceptado por la inmensa mayoría, para mostrarse antidaliniano, para desmitificar al genio. En su columna semanal en El País le dedica dos días "Dalí, todavía" el 6 de junio de 1.983, y "Dalí / y 2" el 12 de junio del mismo año. En "Dalí, todavía" opina,

"Aunque Salvador Dalí es un pintor mediocre y un pésimo dibujante, siempre ha dicho

cosas muy graciosas. (...) A renglón seguido recomendó al caudillo de España que continuara firmando sentencias de muerte porque eso le rejuvenecía mucho. Sucede que en el Ampurdán sopla muy fuerte la tramontana y cualquier huracán deja totalmente zumbado el cerebro. Dentro de ese viento loco, los payeses sueltan animaladas subconscientes. Dalí no ha hecho más que repetir en Nueva York o París frases geniales que había oído a sus paisanos en los bares de Figueras. Sólo por eso pasará a la historia". (...).

"Ha ido por la vida soltando burradas graciosísimas y con él ha sucedido una cosa extraña: nadie ha tomado en serio su lengua, que es totalmente borde, y en cambio todo dios ha adorado su pintura, que es una horterada mediocre".

El autor describe la personalidad de Dalí como de un hombre sin escrúpulos, adaptado a cualquier circunstancia para llegar. Expone incluso que no poseía talento ni para ingeniar sus propias ideas.

Rompe el mito, niega su genialidad y su obra como arte. Su éxito para alcanzar la fama y pasar a la historia reside en su frases y sus gestos. Le califica de mediocre.

El arte en nuestra sociedad de consumo requiere también del montaje.

Manuel Vicent es consciente de la estrechez mental de las instituciones, que siempre van por detrás de la calle, de la vida, del arte. El arte también se relaciona con las ideas políticas, así como Dalí ha ido asumido a la derecha, Picasso lo ha ido a la izquierda.

La llegada del "Guernica" ha nuestro suelo también le hace reflexionar artística y socialmente. "El Guernica en la cueva neolítica" (1):

"En el inicio de los años 60, cuando un amigo progre iba a París, el resto de la camada que se quedaba en el Comercial frente a un tinto con pipas de girasol siempre le hacía el mismo encargo. Tráeme un Playboy y tres "guernicas". Luego, de regreso, en la aduana cabía la posibilidad de que te vieran cara de rojo y entonces las manos de la Guardia Civil se abrían paso en la maleta entre calcetines, revistas eróticas, camisas sucias, libros del Ruedo Ibérico hasta alcanzar la muda más íntima. Y allí, en el fondo del equipaje, se veía cornear al toro de Picasso contra un calzoncillo. El vista de aduana te miraba con cierto asco, cogía con pinzas el "guernica" estampado y los dos pasabáis al despacho del jefe, donde tenías que implorar el perdón correspondiente. El desembarco del Guernica hace unas semanas en el aeropuerto de Barajas era otra apoteósis policial, muy chocante si se recuerda la represión de las maletas durante 20 años. Esta vez la Guardia Civil ha rodeado la llegada del cuadro más famoso de la historia contemporánea con un boato específico". (...).

"Y encima está la Guardia Civil que convierte en literatura y oro todo cuanto toca". (...).

"Puede que sea una simple coincidencia, pero se da el caso de que el Guernica de Picasso, después de tanta espera, ha sido entregado a los españoles cuando el país está a punto de comprometerse oficialmente en algo que va contra el espíritu del cuadro. Y en otro sentido, para alimentar más el escepticismo, el desencanto, la relatividad de la historia y la ambigüedad de la política, el Guernica ha llegado protegido por los brazos de sus viejos represores". (...) "Qué más da. Después de tanta confusión, el español medio ya no se asusta de nada. La llegada del Guernica significa que la guerra ha terminado, pero hay que ponerlo detrás de un cristal antibala por si las moscas".

"El cuadro fue encargado por la izquierda, ha sido el símbolo del exilio y ha representado a las fuerzas pacifistas de todo el mundo y ahora lo trae a España la derecha cuando está a punto de metemos en una organización belicista. Esto ya no hay quien lo entienda. Da igual. Lo importante es que el Guernica ya está en la cueva neolítica del Casón del Buen Retiro. La ceremonia mágica ha comenzado".

Vicent mediante oposiciones y paradojas nos muestra cómo el cuadro símbolo de la izquierda

ahora lo asume la derecha. El contrasentido de que lo que fue creado para la paz es traído cuando se invita al país a entrar en la OTAN.

La guardia civil protege lo que prohibía y perseguía en el franquismo. Y una antítesis más, lo que ideó contra la guerra ha de ser protegido en una cámara antibala.

El poder recicla el arte para sus propios intereses, al margen del pueblo, por detrás del pueblo.

El autor conoce bien el mundo del arte, sobre todo de la pintura, y describe su movida como una mafia. También es consciente de la masificación, el arte se consume masivamente en los museos.

Pasemos a ver "El mundo del arte por dentro" (2):

"El cuadro recorrió un circuito de dos galerías, el piso de un intruso, el despacho de una financiera, y en cada parada se le metió la correspondiente cuchara, hasta que pasó por la jurisdicción de un revendedor amigo mío. El dueño pedía quince millones de pesetas. Ahora valía 45. Una ristra de intermediarios colgada de la teta había multiplicado por tres el precio de la pieza, que en el último momento fue depositada en la caja fuerte de un banco para rodearla con un boato de seguridad e impresionar así al tío de la pasta". (...).

"- Conozco el cuadro. Perteneció a la colección privada de Goering. ¿Qué piden por él?

- Cuarenta y cinco millones.

- Bien. Les doy dos millones. Es una cifra razonable, sobre todo si se tiene en cuenta que el cuadro es falso.

- Si es falso, vale 15.000 pesetas.

- Exactamente. Pero hay un detalle. Este cuadro es falso en las manos de ustedes.

Cuando yo lo compre y lo incluya en mi catálogo será auténtico". (...).

"El judío internacional, famoso coleccionista y marchante de arte, dio media vuelta, se arrojó en el interior del coche, recogió en la joyería a su amante, aquel lujoso galgo rubio que había entrado a saco con amoralidad idiota en el reino de los cristalitos". (...).

"Esta es la primera lección del arte por dentro. Un cuadro tiene siempre un valor relativo si está fuera de su ambiente. El mercado del arte a escala internacional tiene unos cabecillas que mandan, dictaminan, peritan, convierten las obras auténticas en falsas, las falsas en auténticas, crean alrededor de cada cuadro un perfume exclusivo que atrae a los millonarios. Un cuadro es bueno o malo, despide distintas vibraciones estéticas y monetarias, según el lugar donde esté colocado". (...).

"El mercado del arte limita, por arriba, con la Mafia, y por abajo, con la picaresca, todo envuelto en ademanes y ritos de extremada sofisticación. Cuando en las subastas extraordinarias de Londres y Nueva York salen grandes piezas, en la "suite" de un hotel de superlujo, un día antes, tiene lugar una ceremonia secreta. Allí se reúnen los grandes marchantes internacionales y formulan entre sí un pacto de no agresión. El Foujita será para el japonés; el Monet, para el millonario sirio; el Picasso, para el representante del museo de California; el Bracque, para el judío de Ginebra; el Renoir, para mí; el Van Gogh, para tí; el Modigliani, para él. Con unos modales de guante de cabritilla que esconde un garfio de pirata, rodeados de rubias muchachas "molonas", de negras exóticas recostadas en divanes como leonas de Etiopía, todo naufragado en un perfume "diorísimo", los cabezas de serie en el mercado del arte imponen los gustos y los precios, fabrican prestigios y se zampan a los boquerones que se acercan al coto".

"De ahí a la visión de algunas subastas de Madrid, llenas de morralla, donde se ve a dos gordas forradas pujando frenéticamente un cuadro falso, hay la distancia de años luz. En las subastas internacionales, el dinero maneja un lenguaje críptico y en torno a las grandes obras se citan los iniciados con una cautela exquisita. Hasta hace poco, las subastas españolas eran una fiesta social de puro habano, joyas de a puño en la pechuga de la mujer del constructor y un frenesí hortera por demostrar quién tiene aquí más dinero para ese Romero de Torres totalmente vulgar. El negocio del arte, hasta el otro día, en España, estaba en manos de gitanos y de marquesas.

Cuando estalló aquí la moda de la pintura, los coleccionistas bajaban de la parcela y entraban en las galerías como en una farmacia de guardia". (...).

"Han pasado los tiempos en que una galería dejaba un cuadro a un amigo para que lo corriera y, por la tarde de ese mismo día, volvía el cuadro a la galería en manos de un extraño que lo ofrecía en venta al propio dueño por dos millones más. En la feria del arte contemporáneo era un placer contemplar a los nuevos marchantes en el trabajo estético de estar a la altura de la obra colgada. La muestra exhalaba un aire de sofisticación dentro de la belleza suprema del dinero. Entre vibraciones de Juan Gris, Tápies, Antonio López, Aligi Sassu, Picasso, Canogar, Orgega, Equipo Crónica, que emanaban desde los compartimientos de las galerías, había en los pasillos una música de bellas panteras, caballeros patinados, pintores vivos en traje de pana, artistas muertos disecados en la pared, el suave "frufrú" de los talonarios en flor. Luego, cuando la feria se pliega y las obras de arte se arrumban en el suelo y el marchante se agita entre ellas con una confianza de sacristán, el mundo interior se recompone".

"- Oye: ¿qué vale este bodrio de Picasso?
- Veinte.
- Te ofrezco siete.
- Vale".

"Y el pichón se lo lleva puesto".

Tanto aquí como en "La rata que amaba la pintura" (El País, 23-2-86) Manuel Vicent nos muestra el arte como negocio.

Muestra el ambiente de la realidad de cómo funciona el tinglado del arte en nuestro siglo, y de quien lo mueve. No cuenta el artista y su obra, sino la cotización, como si de acciones se tratara.

El arte también es una mentira. La movida

del arte es una mafia. La estética la mueve el dinero. Exposiciones, subastas y demás constituyen un montaje, manipulado por gente sin sensibilidad y muchas veces sin entendimiento.

La obra de arte pertenece a los millonarios. En estos relatos siempre describe el ambiente de lujo que exhalan las subastas de arte.

Los ricos y el poder consumen en las subastas, y el pueblo en los museos.

En nuestro siglo el arte es un objeto de consumo. Se ha masificado y prostituido, no es auténtico, sino uniforme, mimético, falso.

Para finalizar el tema dedicado al arte, y más concretamente a la pintura, cerramos con una de sus columnas en El País, "Museo":

"Dos siglos estuvo aquel museo entregado al sueño".

"De pronto, sus escalinatas y zaguanes comenzaron a llenarse de mochilas. La pintura acababa de ser declarada objeto de degustación universal y por todos los caminos del continente bajaban ahora sucesivas oleadas de amantes del arte con un saco en la espalda. Aquel museo se había convertido en un lugar de cita preferente en la ruta migratoria. Hasta allí llegaban los consumidores de cultura a granel, innumerables excursionistas a pie y otras hormigas voraces. La dirección tuvo que habilitar una sala para que tal gentío pudiera depositar el equipaje en la entrada, y esto creó en seguida una gigantesca montaña de mochilas que ya nunca dejó de crecer. La avalancha de fardos que se multiplicaba en consigna tomó vida propia y no hubo modo de pararla. Primero invadió el vestíbulo, después fue ganando la planta principal y al cabo de cierto tiempo se hallaban varias galerías cegadas con diversos estratos de macutos, y éstos, al subir de nivel, habían sepultado todas las obras maestras. En la puerta del museo había a cualquier hora una inmensa cola petrificada, y estos adoradores

acarreaban un nuevo bulto en la espalda. La dirección tomó una decisión tajante. Retiró todos los cuadros y dio paso franco a las mochilas de plástico, y entonces, el museo, después de dos siglos de silencio, tuvo de pronto su sentido, puesto que cada una de aquellas mochilas transportaba un sueño. Sobre él volvió a volar la mosca imperial". (3).

En nuestro siglo se ha desarrollado hasta el límite la cultura mosaico, el arte mosaico o de masas. El público de arte se ha convertido en una masa, los museos y exposiciones se visitan en masa, el protagonista es la cola para acceder a ver los cuadros. El arte ahora es el público, es decir, al público no le interesa tanto la obra como el estar.

Con este pequeño relato Manuel Vicent describe el fenómeno de nuestro tiempo, ya no es necesario que estén los cuadros colgados y presentes en un museo, por éso hace que la dirección los retire, al público le basta con mirarse a sí mismo, se convierte en la obra de arte. Supone una degeneración del sentido de la palabra arte en nuestra sociedad.

El público lo consume, lo "degusta", lo asume todo en masa, despojado de sensibilidad, de individualidad, no posee gustos ni ideas propios, asiste al espectáculo y al lugar que se lleva. Conciertos, exposiciones antológicas o universales, películas, países, todo lo visita haciendo cola, sufriendo continuamente caravanas, empujones, controles, malos servicios... porque se lleva, para estar a la última, para verse a sí mismo allí donde va todo el mundo y luego contarlo. Es la uniformidad de gustos.

CONCLUSIONES.

En el diario Madrid el autor realiza durante el año 70 la crítica de arte. Su gusto y conocimiento de la materia, sobre todo de la pintura, le acompañan a lo largo de su trayectoria.

Escribe de arte dejándose llevar por sus gustos y su olfato, ajeno a lo establecido por el público y los estamentos oficiales. Refleja cómo las instituciones y el poder van por detrás de la vida y de la calle, y recilan el arte, lo mismo que la cultura, para sus propios intereses, por detrás del sentir del pueblo.

También se ocupa de la mafia del mundo del arte, del negocio que representa, y de que en la actualidad se consume masivamente como un artículo más.

Deja constancia de la parafernalia que rodea el ambiente, el lujo que se respira en las subastas, el poder y el capital consumen en éllas, y el pueblo en los museos.

El arte, como todo lo demás, es otra víctima de la masificación de nuestro tiempo, de la uniformidad de los gustos.

(1) Triunfo, octubre 81.

(2) El País, 20-2-82.

(3) 5-3-89.

22. CULTURA DE MODA

CULTURA DE MODA

Lo mismo que con el arte ocurre con la cultura. La cultura es impuesta a las masas, distribuída en serie.

Lolà Díaz en Cambio 16 (14-11-85) le pregunta a Manuel Vicent:

"¿Sueles leer las páginas de cultura de los diarios?" A lo que responde, "No, porque no leo nada de cultura. Yo creo que un tipo va muy bien servido leyendo a Shakespeare y mirando por la ventana. Después de Shakespeare tú coges la máquina de escribir y la tiras. Las páginas de cultura de los periódicos son páginas disecadas, pura taxidermia".(...) "La cultura está en algunos clásicos y en la calle. Tú miras atentamente el rostro de una persona y ahí ves la tragedia, el horror, el aburrimiento, la vida y la cultura".

Y en "Integral" (mayo 1.991) así lo comenta el autor:

"- Actualmente se compran más libros que los que se leen. La cultura, ¿es una imposición?".

"- Sí, es una depuración de sí misma. La cultura se ha convertido en consumo. La gente tiene derecho a viajar, a leer, etc., pero sobre ese derecho se ha montado un gran mercado. Se consumen viajes. Tienes derecho, puedes ir, vas, es barato viajar: destruyes el planeta. Entonces, ¿qué pasa?, ¿no debemos viajar? La gente se cita internacionalmente en las colas de los museos, pero yo no sé si eso es bueno o malo. Si

dices que no, eres un elitista. Si dices que sí y vas, no puedes entrar porque está como el metro".

"- Quizá, como decía Borges, una persona con suerte puede leer unos quince libros importantes en su vida, y el resto es una pérdida de tiempo".

"- Es que no hay más de quince libros importantes; acaso cincuenta. Lo demás es una bobada. Pero ahora existen los VIP's, donde desembarcamos los fines de semana. La gente "guapa" compra un libro allí y después dice que lo ha leído. A eso lo llamamos "cultura". Otro espectáculo son las chucherías que dan los periódicos los domingos. Cada vez se parecen más a las bolsas de avituallamiento de las vueltas ciclistas. Sólo falta que te den paquetes con la merienda... Cualquier día nos la darán gratis con el periódico, para que podamos leer su publicidad".

Vamos a ver las ideas que sobre cultura vierte el autor en sus textos. Así en la serie Crónica de un irresponsable, en La Codorniz (25-9-77) escribe,

"En el Rastro madrileño, a la sombra de la lata de Cascorro, en las Ramblas de Barcelona, en el barrio del Carmen en Valencia han nacido los tres focos de la nueva cultura de este país entre correajes y somiers, canarios y ropa usada, marineros de la sexta flota, turistas y tiendas de horchata con grifa. Son tres universidades autónomas donde la juventud se examina a diario de su asignatura pendiente, donde una adolescencia adelantada por las vitaminas coge el rabo del deseo. Allí se fabrican y se expenden los nuevos ritos, los nuevos mitos de la sociología de este territorio. El resto de la cultura es tedio".

Es decir, para Manuel Vicent la cultura se encuentra en la calle, en lo marginal, en lo que todavía no ha sido asumido por la burguesía, por el

poder, por las instituciones, por la "intelectualidad". Una vez reciclado por cualquier poder o mayoría, ya no se trata de cultura, ni de vida, libertad, revolución, se convertirá en lo establecido, en la norma.

El resto de las opiniones que leeremos a continuación están entresacadas de la columna semanal del diario El País. "La recepción" (1),

"Nada hay más moderno que un artista solitario y resentido, nada hay más deprimente que un escritor maldito vestido de corneja en una recepción oficial. A uno le da un poco de dentera cuando ve a un literato triunfante, que en los papeles ejerce de rebelde, saludando a jefes de Estado con una reverencia de bisagra, (...) Comprendo que la Real Academia es muy buena para la próstata y que cualquier escritor o lingüísta está en su derecho de asegurarse una plaza en ese balneario de Panticosa, porque la Real Academia da la inmortalidad en vida. Una vez se ha ingresado en ella, uno ya no se muere nunca. En ese panteón, todo tiene el aire perenne de la avutarda disecada, y allí dentro sólo se realizan labores de taxidermia entre los propios habitantes". (...).

"En esas recepciones oficiales se ve a intelectuales dinamiteros rodilla en tierra, a marginales de barba que respetan los búcaros de porcelana, a delincuentes en la vida real posando los labios en el dorso de la mano de princesas de la aristocracia pontificia o a revolucionarios departiendo los canapés de unos contrabandistas. Ya no quedan lobos esteparios. Hoy, los dioses pierden el culo por pisar alfombras, y hasta los terroristas se visten de corneja".

El autor cree que la Real Academia, como muchas otras instituciones, es enemiga del creador. El intelectual necesita estar vivo y libre, nutrirse de la calle, y una vez que ha ingresado en la Academia se pierde el contacto con la realidad y la vida. Utiliza sustantivos que dan idea de que los que ingresan en ella se convierten o ya ingresan momias, objetos de archivo, de museo.

El artista pierde su papel marginal, opositor y contestatario en las recepciones oficiales.

Así denuncia a los intelectuales y escritores que se venden por la fama. La intelectualidad ha de estar reñida con la oficialidad. En la actualidad ocurre lo contrario. Como explicaba Larra, un escritor ha de tener las manos libres, y hoy los escritores, artistas e intelectuales acuden a las recepciones oficales, quieren estar a bien con políticos, famosos de las revistas del corazón y aristócratas, formar parte de la denominada jet-sep, y por tanto, pierden su independencia y categoría, olvidan lo marginal y lo que ocurre en la calle, a la gente normal, que para el autor es donde debe nutrirse un escritor.

Las mismas ideas expone en "El tango" (2):

"La cultura de la derecha tradicional consiste en matar urogallos. No voy a defender a estos socialistas sumidos en una euforia infantil con la chequera abierta a los pies de Antonio Machado. Pero hay que decirlo todo. Desde que llegó la democracia, uno no ha visto sino intelectuales sublimes que perdían el culo en dirección a palacio, poetas malditos empinando el codo en recepciones oficiales, escritores crípticos que han alargado el brazo desde la torre de marfil para trincar un millón, empezando por ése que se da en nombre de Francisco Cerecedo, un premio hortera donde los haya. Aquí nadie ha rechazado una beca, una invitación a la Moncloa ni un bocadillo de calamares. Para bailar el tango se necesitan dos. Voto a bríos, ¿qué creen algunos que es la cultura? La cultura no es otra cosa que escribir sandeces o hacer el chorra por las tarimas hasta que al final alguien dé en el clavo. Tal vez dentro de 100 años, cuando la historia olvide los nombres de todos los presidentes del Gobierno, nuestra generación será recordada porque un genio, cuya existencia hoy ignoramos, pintó un abanico. De modo que por mí puede seguir el tango. A ver si en un descuido también logro coger un millón".

Una vez más expone que un intelectual no

puede estar con el poder. Expresa la mentira actual de la intelectualidad del país, todos se encuentran vendidos, desean tener contentos a los de arriba, a los políticos, alcanzar fama y dinero al precio que sea.

Manuel Vicent mantiene que un escritor se alimenta de la vida cotidiana, no se puede describir lo de abajo desde arriba, así como tampoco describir las injusticias al lado de los que las pueden cometer.

Como ya hemos apuntado al autor no le gusta la fama ni es ambicioso, y renuncia a muchas invitaciones y a lo que supone figurar.

Pasemos a ver lo que dice en "Vips" (3),

"En los grandes almacenes y en los vips, el libro comparte ahora felizmente la categoría intelectual de un refresco o de una cacerola. Ha sido elevado a la distinción poco dudosa de un cepillo para los zapatos o de un simple bocadillo de jamón. Así, el público penetra confiadamente en un establecimiento a comprar una bayeta o a esperar a un amigo y se encuentra de narices con una bancada de libros. Incluso puede comprobar que unas verdes doncellas se acercan a ellos sin peligros, acarician sus mórbidas portadas y meten la perfumada naricilla entre sus páginas, mientras cae una cascada de "rock" o bala Julio Iglesias. Este es el rito. Con este sistema algunos españoles han descubierto la última novedad: que leer no da dolor de cabeza".

Apunta el escaso gusto de los españoles por la lectura. Y lo poco que se lee es consumo, en serie, cultura de masas o mosaico. El consumidor sabe un poco de todo y nada en profundidad, es decir, va al cine a ver la última película que se lleva o que ha ganado un oscar, hace cola en un museo para degustar la última exposición antológica, asiste a un concierto de rock, va una vez a los toros en San Isidro, y adquiere

el último Planeta en unos grandes almacenes. Todo como se le va indicando en serie, uniformemente, desde los medios de comunicación, sin ninguna capacidad de elección. El libro es un objeto más de consumo, se compra el que se lleva, del que a lo mejor sólo se leerá la solapa, para tener la librería y la opinión al día.

Y por último nos detenemos en "Los del 27" (4):

"La "generación del 27" se compone de un grupo de gente fina, inteligente e incluso adorable, pero francamente uno está ya hasta las narices de ella. El colonialismo que ejerce en nuestra cultura resulta insoportable. Hoy no se puede abrir un periódico, ir al teatro, enchufar la radio, asistir a un coloquio o prender el televisor sin que un progresista revenido te agreda con un fragmento de García Lorca, con una anécdota de Buñuel, con una estupidez de Dalí, con un poema de Guillén, con un suspiro de Cernuda o con el recuerdo de la tertulia en la biblioteca de Aleixandre. Se trata de una receta que comienza a ser macabra. Parece que toda España estudia COU y las monjitas anti-LODE se han puesto de acuerdo con los críticos estructuralistas para mandar a sus chicas a la papelería de la esquina. Abrazadas al cartapacio escolar, ellas allí preguntan al tendero: "¿Tiene algo de Lorca?". Y el papelero contesta: "Ayer Luis del Olmo habló muy bien de él". No es por nada, pero al final conseguirán que todo el mundo acabe odiando a la "generación del 27"".

De nuevo muestra su rechazo por la cultura impuesta, oficial, obligatoria, está en contra de todo lo establecido.

Cuando lo que era marginal pasa a ser asumido ya no es revolucionario, el poder lo ha reciclado para sus propios fines.

La Generación del 27 pasó en nuestro país de estar censurada a ser venerada y protegida por el poder. El autor no tiene nada en contra de élla, sólo quiere decir que en cincuenta años han ocurrido más

cosas y ha escrito más gente.

Manuel Vicent mantiene las mismas ideas que en otros temas. La vida va por delante de los políticos, las instituciones, los museos, las conmemoraciones, cuando alguien pasa ha formar parte de ésto último es que ya ha sido reciclado, ya ha dejado de jugar su papel auténtico, rebelde...

El escritor debe alimentarse de la vida real, de lo marginal, y para éllo no puede estar muerto o consagrado.

La cultura también constituye un objeto de consumo, los ciudadanos consumen cultura en masa: festejos, festivales, conciertos, conferencias, libros, discos... Todo organizado por los medios de comunicación de masas y por las instituciones públicas.

CONCLUSIONES.

La cultura también es impuesta y repartida en serie. El autor cree que la cultura se halla en algunos clásicos y en la calle, en lo marginal, en lo no reciclado por el poder, las instituciones y los "intelectuales".

Cree que el intelectual y el creador deben situarse en el lado opuesto del poder, de la cultura establecida, oficial.

El escritor no puede estar muerto o consagrado, sino independiente, vivo, abierto, espectante.

Y apunta que la cultura también se convierte en un objeto de consumo, los ciudadanos mastican cultura en masa: festivales, conciertos, conferencias, libros, música...

(1) El País, 26-6-83.
(2) El País, 5-12-84.
(3) El País, 17-1-84.
(4) El País, 29-1-85.

ABRIR CAPÍTULO 23 TERCERA PARTE 